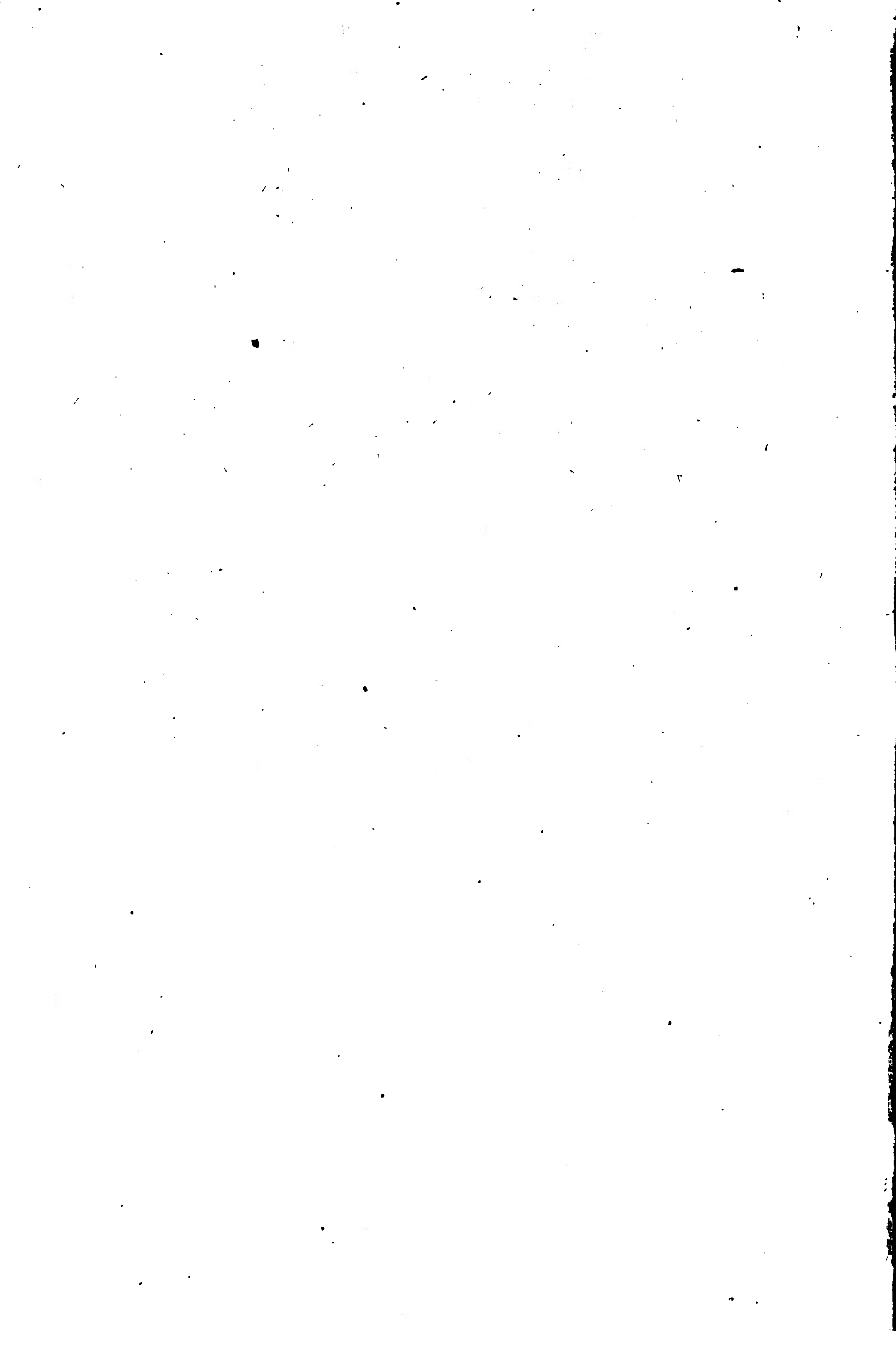
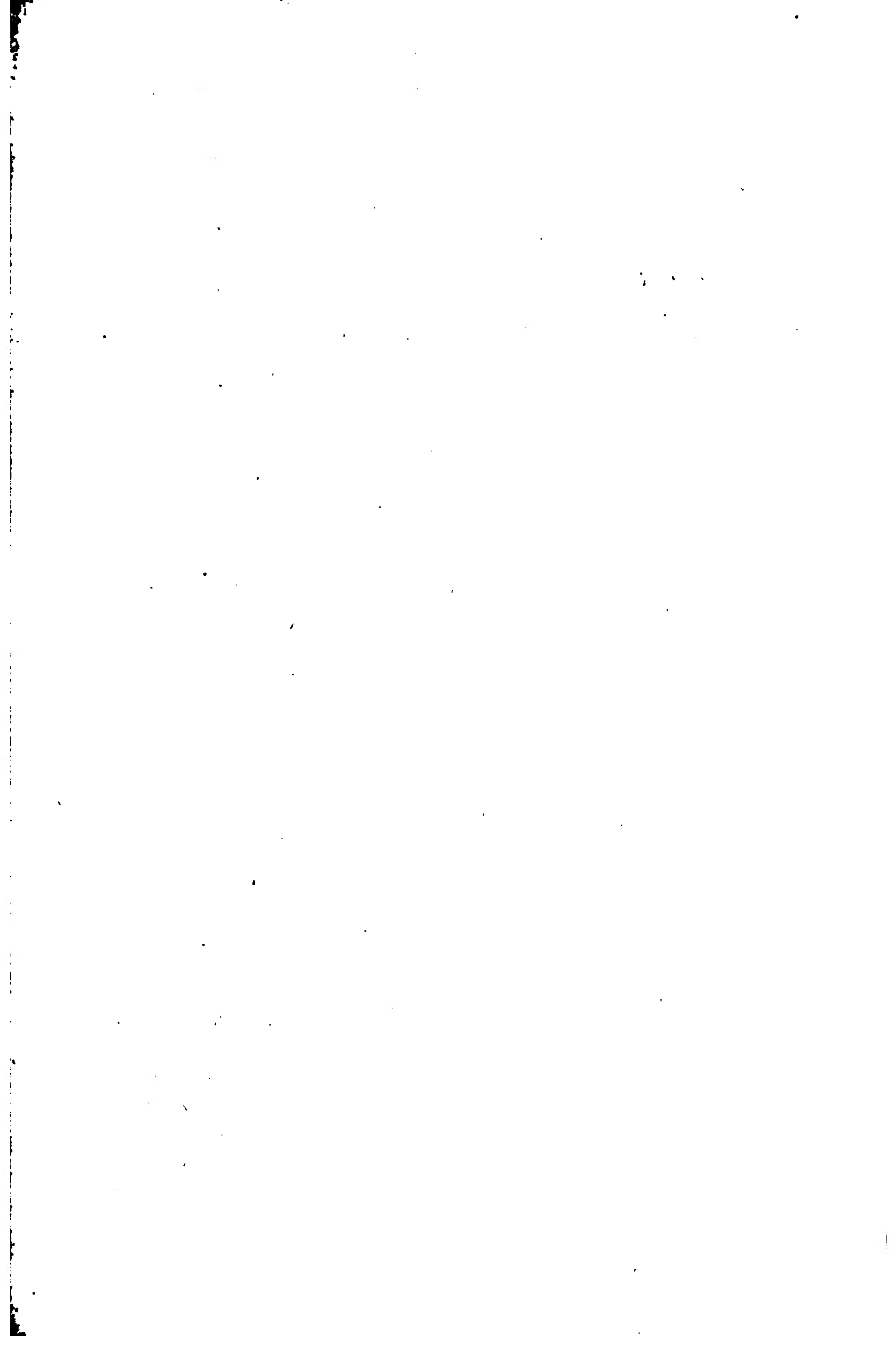
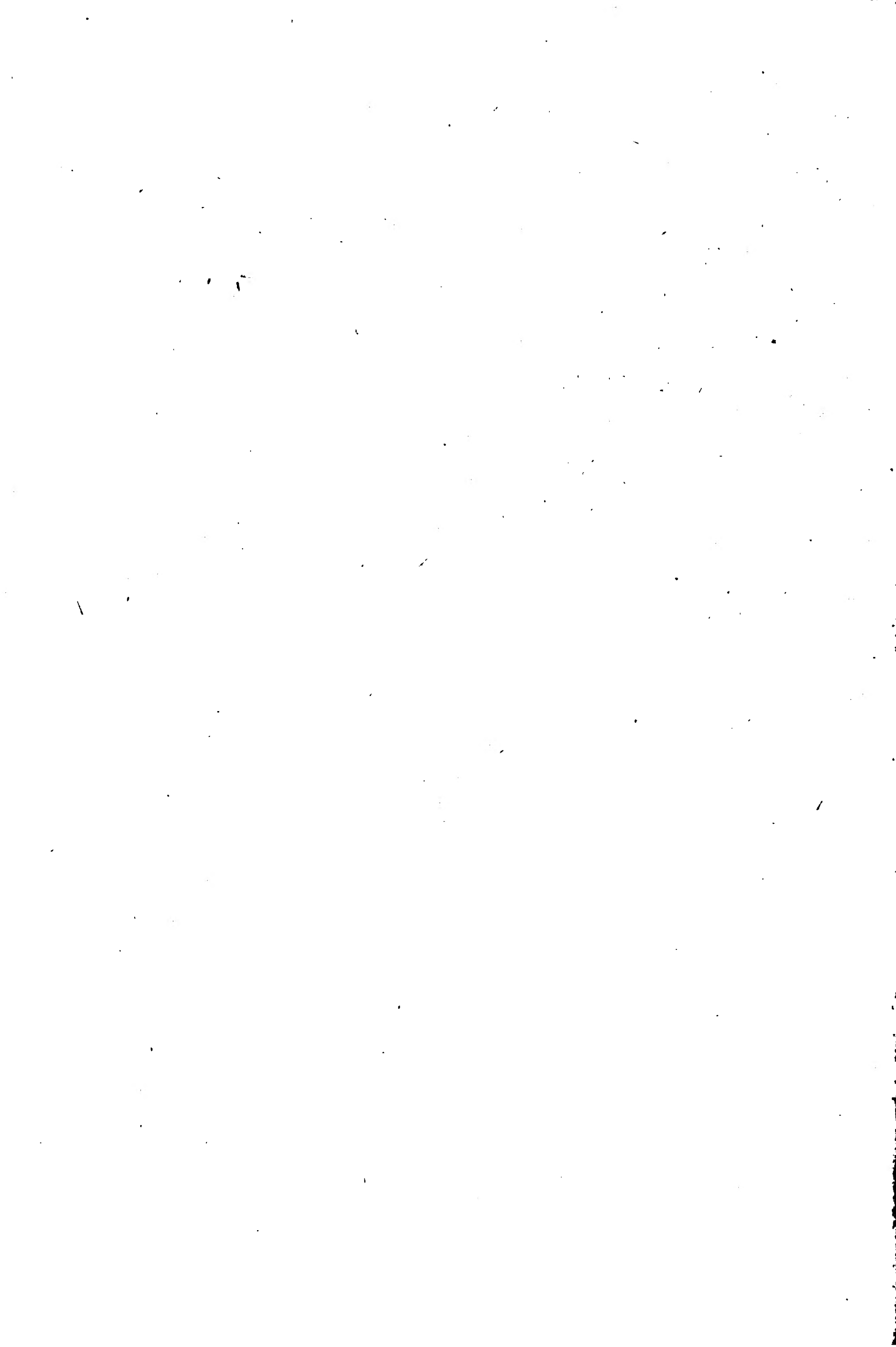


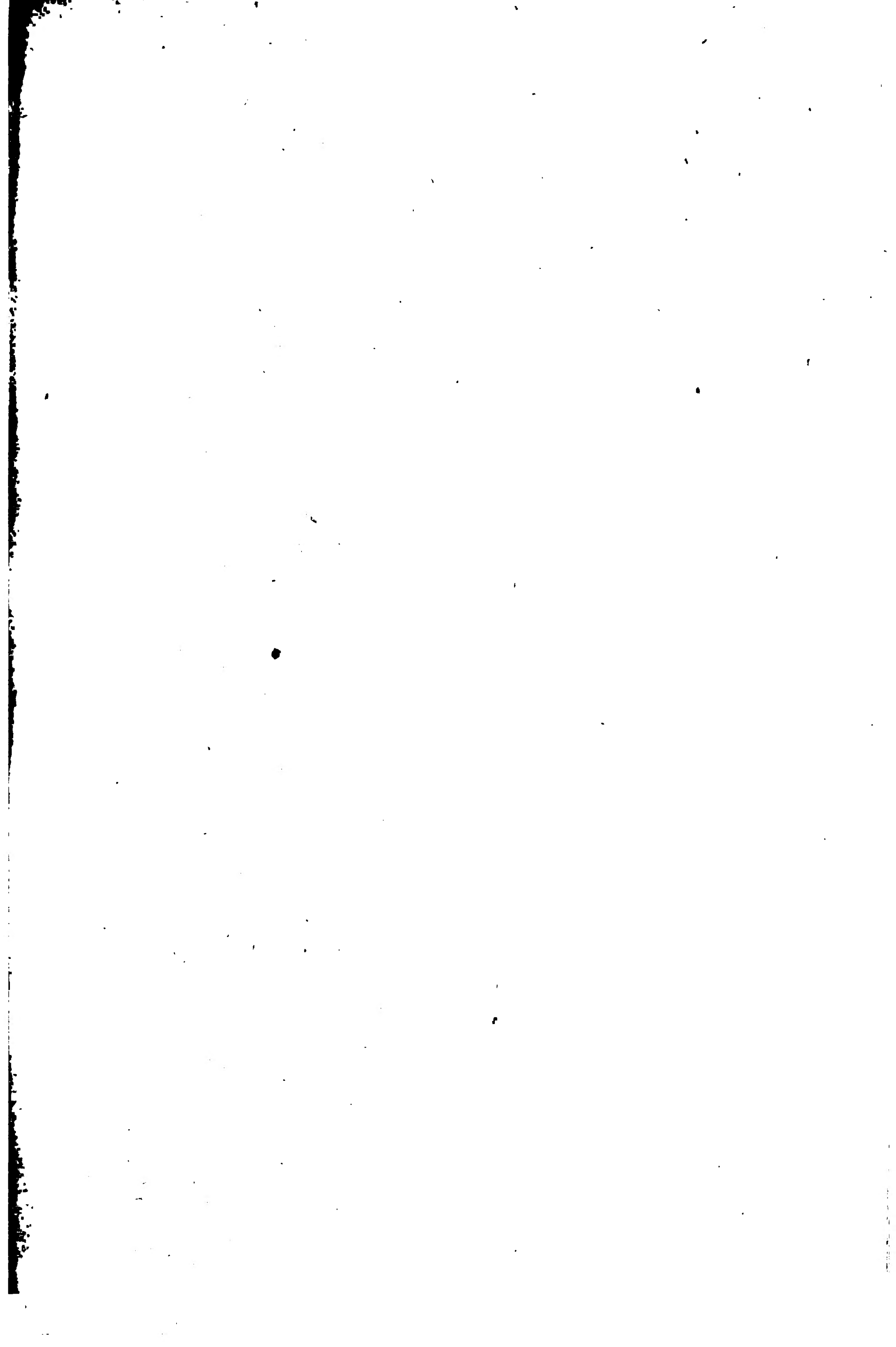


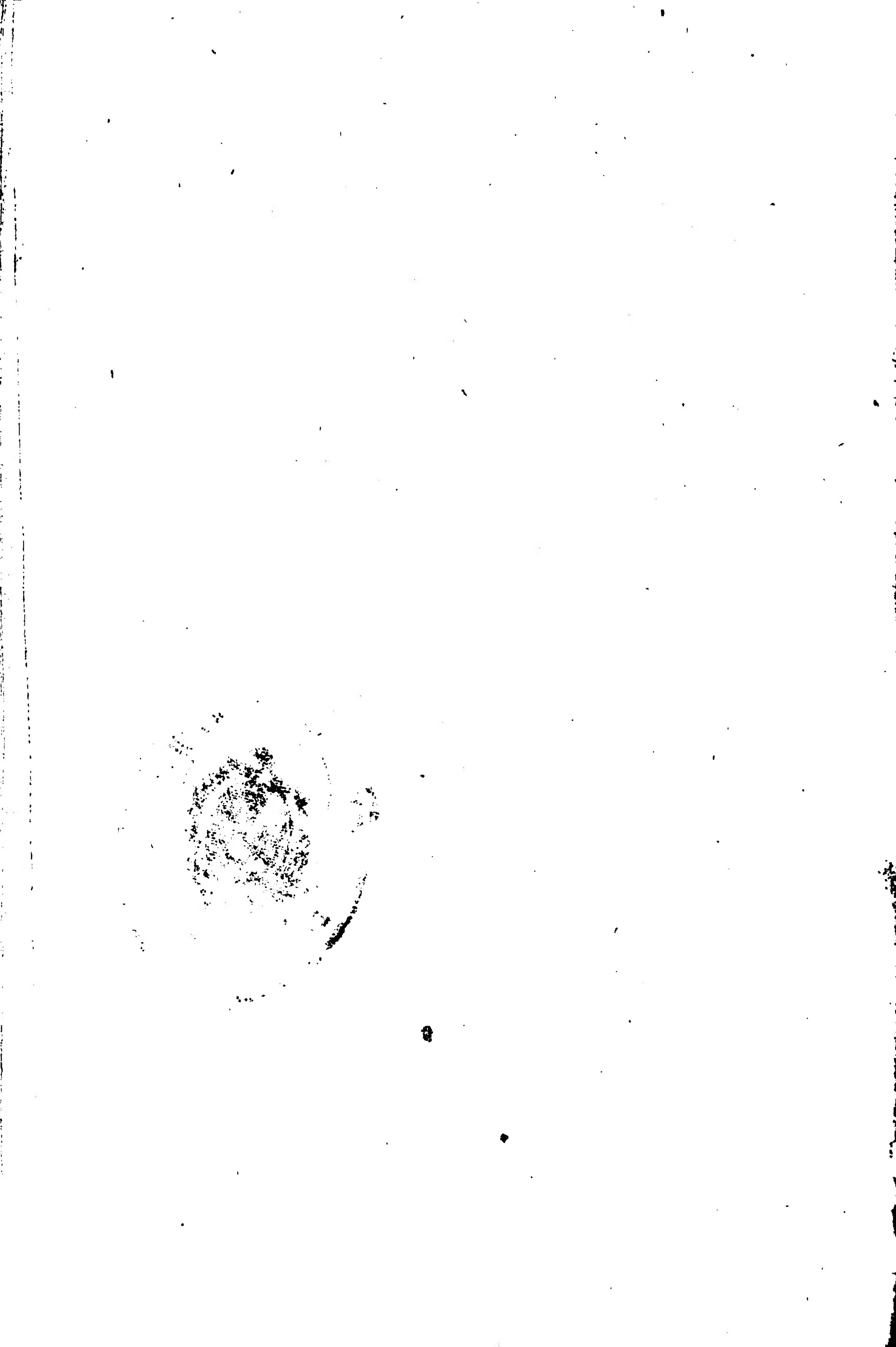












HISTORIA

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA

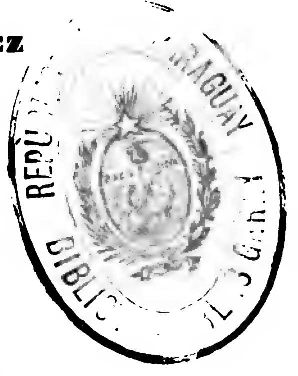
SU ORIGEN

SU REVOLUCION Y SU DESARROLLO POLÍTICO

HASTA 1852

POR

VICENTE F. LOPEZ



TOMO VII

BUENOS AIRES

CARLOS CASAVALLE, EDITOR—IMPRENTA DE MAYO

CALLE PERÚ 191 (ántes 115)

1888

DEDICACION Y SACRIFICIO DE LOS INTERESES ARGENTINOS Á LA LIBERTAD DE LAS OTRAS REGIONES SUD-AMERICANAS: DE CHACABUCO Á PICHINCHA





CAPITULO I

FATAL INFLUJO DE LOS INTERESES Y DE LOS PARTIDOS DE CHILE SOBRE LA POLÍTICA Y EL GOBIERNO DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS

SUMARIO—Fatal y desgraciado influjo de los intereses de Chile sobre la política argentina — Llegada de Carrera—Los buques norte-americanos y sus pasageros—Conferencias y sus pasos ante el Supremo Director—Doña Javiera Carrera—Afinidades y propósitos sediciosos—Disidencia con el capitan de la *Cliffton*—La victoria de Chacabuco—Empeño de Carrera por adherirse al servicio de Chile — Inconvenientes é incompatibilidades—Protestas y promesas de Carrera —Situacion de los buques—Proyectos sediciosos de los tres hermanos—Delacion de Lavaysse—Prision de Carrera—Visita de San Martin—Evasion de Carrera—Su residencia en Montevideo—La situacion general de los negocios—Nuevas cargas y responsabilidades—Necesidad del ejército de los Andes para el Organismo Nacional—Inquietudes de Pueyrredon—Sus ideas sobre la invasion portuguesa—Reservas ambíguas de San Martin—Principio de la diverjencia—Incompatibilidad de miras de intereses y de responsabilidades—Situa-

cion interna de O'Higgins—Poderoso prestigio de San Martin — Exceso de sacrificios, y cargas sobre el gobierno de Buenos Aires—El nuevo Ministro doctor Tagle y su política interior—Transigencias íntimas y promesas privadas—Embarazos y compromisos con Portugal—Entrerrios—Corrientes y las costas del Uruguay—La causa de Sud-América segun el *Times* de Lóndres.

Desvanecidas las sombrias alarmas del año anterior, y consolidado en la Capital el régimen unitario por la templada energia del Supremo Director y por las victorias de San Martin y de Güemes, surgió una doble categoria de hechos, que echó en camino de su crísis final el movimiento político creado por la Revolucion de Mayo. Impúsose por un lado la necesidad abrumadora de que nuestro ejército no solo se remontase otra vez parcialmente en nuestro país, sino que permaneciese á nuestra costa al otro lado de las cordilleras para defensa exclusiva de Chile. Cayó con esto sobre nosotros la fatalidad de que quedásemos así sometidos al influjo absorvente de los intereses del Pacífico; y que de sacrificio en sacrificio nos viésemos arrastrados á una bancarrota total y á la mas completa disolucion de fuerzas y de medios con que sostener nuestro gobierno y nuestro órden interior.

Cuando el país contaba con ver regresar á su seno las tropas vencedoras que debian

garantirle su solidez y su respetabilidad, se encontró con que era indispensable que ellas emprendieran una nueva y laboriosa campaña al sud de Chile: y que quedaran todavia á la mira de una fuerte expedicion con que el Virrey del Perú se preparaba á tomar desquite del desastre que habia sufrido en CHACABUCO. Pero peor que esto fué todavia la cruel necesidad en que nos vimos, de cargar con las responsabilidades, con los ódios y con los intereses personales de los partidos chilenos: y que para contener su anarquia, mientras el país estuviese amagado por el desembarco de tropas españolas, fuese forzoso emplear nuestras tropas en sostener el gobierno de O'Higgins contra las tentativas subversivas del partido de los Carrera: tanto mas audaz y apasionado ahora, cuanto que veia á sus contrarios sostenidos por la irritante complicidad de las armas de un gobierno estrangero. He aqui el doble y fatal conflicto que complicó el proceso de nuestra historia despues del Paso de los Andes y de la victoria de Chacabuco.

Las tropas realistas que no habian podido llegar á tiempo para tomar parte en esta gloriosa batalla, ni concertarse para hacer la defensa del terreno que ocupaban, se pusieron en retirada buscando asilo en las fortalezas de Talcahuano. Allí se concentraron en número de dos mil hombres bajo las órdenes

de un oficial superior—el coronel Ordoñez—dotado de eminentes cualidades. El general San Martin comprendió bien que si los Españoles conseguian aguantarse en esa plaza, no tardaria el Virrey del Perú en mandar tres ó cuatro mil hombres, con que abrir nuevas operaciones; y desde luego mandó remontar algunos cuerpos en Cuyo, al mismo tiempo que al mando del coronel Las-Heras hizo salir una brillante division que limpiase el sud de partidas enemigas y pusiese un sitio en forma á la plaza de Talcahuano.

Cuando la guerra tomaba esta nueva faz, que habia de comprometer la permanencia indefinida de nuestro ejército en Chile, era tambien cuando Don José Miguel Carrera llegaba á Buenos Aires, y levantaba en alto sus derechos de ciudadano libre, y de hombre político, para entrar y actuar como tal en su pais; mas, el gobierno argentino, convertido por la fuerza de las cosas en guardian de la tranquilidad de Chile, tenia que prohibírselo, y que abrir con él y con su partido una desgraciada lucha, echándolo como aliado en el campo de las esperanzas y de las pasiones con que los adversarios del gobierno directorial trabajaban por trastornar el órden imperante en Buenos Aires.

Envuelta así con nuestros partidos políticos, esta lucha produjo tan tristes y estensas con-

secuencias que conviene estudiarla en su origen, dejando para mas tarde los episodios del sitio de Talcahuano y de la subsiguiente campaña.

Despues de muchas contrariedades y de agotar sus haberes en diligencias, consiguió don José Miguel Carrera en los Estados Unidos introducirse á la relacion de la casa de los Señores Darcy y Didier de Filadelfia. Estos hábiles y emprendedores negociantes habian hecho ya varios negocios de armas con la plaza de Buenos Aires, y estaban dispuestos á continuarlos. Puestos de acuerdo en el negocio que Carrera les proponia, convinieron en equiparle y armarle dos buques—la corbeta *Cliffton* y el bergantin *Savage*, comprometiéndose Carrera á pagar el doble de todos los valores así que estableciese su autoridad en el primer punto de Chile en que desembarcase. Pero, como era natural, Darcy Didier y C.ª no entregaban tan grandes valores á la personal discrecion y mando de Carrera, sino que los habian confiado en todo al cuidado y resoluciones del comandante de la *Cliffton* conocido agente de la casa y poseedor de toda su confianza.

Al fin habia encontrado Carrera los mèdios de transportarse á los mares de Chile. Tomó y embarcó á su servicio algunos oficiales franceses, que por la caida de Bonaparte andaban

desgraciados y desvalidos; y con ellos muchos otros aventureros norte-americanos. (1) El 3 de Diciembre salió la corbeta de Baltimore, debiendo seguirla algunos dias mas tarde el bergantin. El viaje fué muy feliz; y el 9 de Febrero llegó á Buenos Aires. Informado Carrera por la voz pública de que San Martin y O'Higgins habian emprendido su marcha sobre Chile el 18 de Enero, se lisongeó de que los buques que traia, su armamento y oficialidad podian ser de un precioso auxilio para el éxito de la expedicion argentina; y así que bajó á tierra se fué á hablar del asunto con el Supremo Director: y lo hizo con el entusiasmo de su deseo por operar sobre las costas del sud de Chile poniéndose de acuerdo con el ejército de tierra, que á la fecha, segun se calculaba

(1) Nombraremos los que se hicieron mas conocidos en los sucesos argentinos de la guerra ó de la política: *Alberto Bacler d'Alve* Com. de escuadr. de ingenieros (francés) *Cárlos Ambrosio Lozier* (francés) administrador militar, y sábio naturalista.—Dr. en Med. *Juan Ougham* (irlandés) *José Rondizzoní* cap. de infanteria: *Miguel Brayer* gener. de divis. Conde y Par de Francia—*Juan Dauxion Lavaysse* coron. de cab. (francés) *J. de Widt* cap. de cab. francés: y con estos veinte ó veintidos oficiales y sargentos franceses, norte-americanos ó ingleses: que no se hicieron conocer con hecho alguno, á escepcion del Norte-americano *Diego Yates*, fiel compañero de Carrera que ha escrito todas sus correrias con el desembarazo de un hombre sin responsabilidad.

debia estar operando ya al otro lado de los Andes. El señor Pueyrredon lo recibió con la esquisita cortesía que le era habitual. Se lamentó de que no hubiera llegado mas antes con tan poderosos auxilios; pero le hizo presente que en el momento actual eran inútiles, por que hallándose ya San Martin al otro lado, el lance estaba comprometido, y cualquiera que hubiese sido el resultado de la campaña, no habia auxilio ni hecho que pudiera alterarlo. Si habia vencido era necesario dejarlo consolidar la victoria y restablecer el órden interior del país; y si habia sufrido un descalabro, todo auxilio por mar era extemporáneo. Por consiguiente, era forzoso esperar hasta saber los sucesos; y que antes de saberlos, el gobierno no permitiria empresa ninguna que pudiera complicarlos.

Comprendió muy bien Carrera que en el fondo de estas declaraciones se le notificaba una categórica resolucion de no dejarlo obrar libremente; y tanto mejor lo comprendió cuanto que afectando mucha amabilidad y confianza, el señor Pueyrredon le confió que estaba acordado y resuelto que en caso de haber triunfado, ocuparia el gobierno de Chile el general O'Higgins con el título y los poderes de Supremo Director de aquel Estado. Con el mismo candor le hizo notar que en semejantes circunstancias la primera necesidad de las autoridades patriotas que se creasen en Chile seria refrenar con mano

firme y fuerte toda intentona subversiva; y que en vista de lo que antes habia pasado, creia que su presencia en Chile habia de poner en recelos el ánimo de sus adversarios, y dar origen á persecuciones y violencias—«Mire usted, le agregó el Director, yo creo que puedo arreglar sus intereses de usted y los de nuestros respectivos Estados, de un modo sumamente satisfactorio. El gobierno argentino tomará á su cargo los dos buques y todos los valores que contengan: chancelará las cuentas de los tripulantes; y usted será nombrado con plenos poderes y con el correspondiente sueldo, Agente Diplomático, en los Estados-Unidos, de Chile y de las Provincias Argentinas». Oirlo y airarse, fué todo uno en el ánimo y en el rostro de don José Miguel—«Me negué decididamente á aceptar su propuesta (dice él mismo) y le contesté que siendo yo ciudadano chileno no podia aceptar empleos de un gobierno extranjero, por honrosos que fueran: que además de eso seria indecoroso para mí ejercer cargos de boato y de comodidad, cuando mi pátria en peligro invocaba el socorro pronto é inmediato de sus valientes hijos».

Carrera no habia buscado expontáneamente esta entrevista con Pueyrredon, sino que lo habia hecho forzado por las vacilaciones y dificultades que el comandante de la Cliffton habia comenzado á oponerle desde que se impuso en Buenos Aires del nuevo aspecto que ofrecia la situacion

de Chile. De espíritu vivaz y diestro en los negocios como genuino *yankee* que era, habia comprendido que era mucho mejor y mas seguro parasus comitentes redondear todo el negocio con el gobierno de Buenos Aires: que si los argentinos habian triunfado y organizado gobierno en Chile, Carrera no podia cumplir el contrato; y que si habian triunfado los españoles no era posible ya que tuviese éxito una aventura tan azarosa como la que este premeditaba. Carrera habia ido pues á requerir la acquiescencia de Pueyrredon para tranquilizar al agente de los señores Darcy Didier y C.ª; y como no lo habia conseguido, se abstuvo de volver á bordo de la Clifton; pero despechado hasta lo mas hondo del corazon, se alojó en casa de su hermana doña Javiera decidido á buscar su venganza entrando de lleno en las conspiraciones que se fraguaban contra Pueyrredon.

Don José Miguel, jefe natural de su familia y jefe histórico del partido excluido y perseguido por O'Higgins, habia dejado en Buenos Aires quien lo representase cumplidamente, y mejor quizá que lo que él mismo lo habria hecho estando presente. Su hermana doña Javiera, mujer de una alma heróica, de un carácter inflexible y de pasiones implacables, sabia querer y odiar, cubriendo su natural vehemencia con las formas esquisitas y halagüeñas de una reina florentina medioeval. Su belleza era proverbial;

nada le faltaba. Estatura de una rara esbeltez, fundida (diremos así) en el molde de una Ariadna. Pérfil griego: ojos hermosos, con un cierto velo de disimulo, pero elocuentes por la tranquilidad poderosa de su mirada. Entregada con alma y vida á los intereses políticos de su hermano, bullian en su seno las mismas pasiones, los mismos enojos: y poco diria yo con eso, si no agregase, que sabia trabajar con destreza sin igual en el manejo de los hilos de una conjuracion complicada y estensa. Tenia á su lado sus dos hermanos, don Luis y don Juan José, bravos y resueltos ambos, pero mejor dotado el primero con las condiciones sobresalientes de un jóven hidalgo y aventajado.

Por sus talentos, por su arrojo y la soberbia, era doña Javiera todo un hombre político; y á no haber sido por su estremada belleza, y por sus hábitos tan galanos como afinados, poco habria quedado en ella de lo que es comun en el carácter de la mujer. Inflamada con la mala suerte de su familia, y lastimada en lo mas altivo de su alma al ver desalojados á los suyos del régio y predominante influjo que les correspondia, segun la creencia connaturalizada en la familia, habia reunido en rededor suyo toda la emigracion chilena, y forjado estrechos vínculos con los argentinos descontentos que buscaban ocasion de asaltar el Poder.

Doña Javiera habitaba en Buenos Aires la me-

jor parte de un vasto edificio, casa perteneciente entonces á la viuda doña Juana Ordoñez de Zamudio. Esa casa, que hoy pertence á uno de los vecinos mas pacíficos y mas honorables de la ciudad, (2) convertida entonces en un laberinto sombrio de intrigas tiernas y políticas, en un foco de convulsiones, es donde se han enredado en el silencio de sus muros los desgraciados complots de los hermanos Juan José y Luis Carrera, y de los franceses Robert y Lagresse cuya sangre corrió dolorosamente, si nó con injusticia, con una justicia desapiadada al menos: al mismo tiempo que nuestra historia grababa en las barreras del tiempo sus páginas mas gloriosas.

Los hijos de doña Juana Ordoñez, don Máximo y don Floro Zamudio, habian sido celosos y ardientes partidarios de Alvear; y como habian conservado sus altas conexiones de familia y de partido con miembros distinguidos y activos de la sociedad porteña, doña Javiera habia tenido ocasion de tratar allí á muchos descontentos y rezagados del movimiento revolucionario, que estaban inclinados á entrar en aquellas tentativas que pudiesen cambiar el estado de

(2) Calle de Belgrano número 213 entre *Bolivar* y *Perú*, perteneciente á don Alejo Arocena; se halla en el mismo estado que entonces tenia.

las cosas que servia de apoyo al gobierno de Pueyrredon.

Algunos jóvenes argentinos mal predispuestos con el órden actual, y animados de un provincialismo que entonces se tenia por patriotismo, seguian detestando al gobierno centralizado; y mirando como funesto el influjo aristocrático y monárquico que atribuian al Congreso, entregado segun ellos á los intereses de los *arribeños* y de la Côrte del Brasil. Pertenecian por consiguiente á la faccion de French, de Agrelo y de Moreno (D. Manuel) sobre quienes el Supremo Director tenia ya el ojo vigilante, y levantada la mano para descargarle el golpe de su poder. Figuraban entre ellos tres hermanos, oficiales de cívicos, que por vínculos de familia estaban ligados á un caballero emigrado de Chile, que, aunque sin grande notoriedad política, era muy considerado entre sus compatriotas por su fortuna y por su carácter respetable. (3) Atraidos estos y otros jóvenes por opiniones propias, encontraban en el trato seductor de doña Javiera, y en los intereses que se promovian en su círculo, un teatro atrayente donde eran agasajados y casi mimados por el interés de lo que se esperaba de ellos; y fueron los que principalmente sirvieron para ligar el conci-

(3) El señor Ureta (chileno) era casado con una señora Del Campo, de la que eran hermanos los jóvenes don Epitacio, don Dámaso y don Estanislao.

liábulo chileno con la conjuracion de French y Agrelo.

No mas tarde que el 10 de Febrero, conociendo ya que nada tenia que esperar de Pueyrredon, montado en ira, é informado de la conjuracion existente, se avocó don José Miguel, con French y con Agrelo. Enceguecido por la pasion aseguraba que todo el éxito dependia de que se diese el golpe con prontitud y rapidez; les ofreció apoyarlos con todos sus recursos, que al decir suyo no eran pocos, pues creia contar con parte de las tripulaciones que habia traido en la *Clifton* y con muchos, si no todos, de los oficiales extranjeros que venian á su servicio. (4)

Que fuera por haberlo sabido, ó por haber llegado el tiempo oportuno de la represion, fueron esos mismos instantes los que el Supremo Director aprovechó para prender y deportar como hemos visto á los jefes de la conjuracion, haciendo caso omiso por el momento de todo lo demás que era subalterno. Y si inmediatamente no cayó sobre Carrera fué en primer lugar por que tenia tratos pendientes con el capitan de la *Cliffton*, que á su vez necesitaba de desligarse de Carrera comercial y civilmente; y en segundo lugar, por que una vez desmontadas las principales cabezas de la conjuracion, don José Miguel no tenia valor propio en Buenos Aires—«Yo no

(4) Véase el vol. VI, pag. 413.

« he descargado el golpe, decia el Supremo Di-
« rector, sinó sobre los cabezas:. . . . muchos alu-
« cinados estaban dispuestos á seguirlos: ellos
« saben que los conozco y que sé sus pasos,
« pero no he querido llevar adelante los procesos
« para evitar mas castigos y desgracias».

Descorazonado por este lado, don José Miguel se echó todo entero en un empeño desesperado de ir á Chile por mar, y de operar sobre las costas del Sud. No teniendo como hacer valer su natural soberbia, y la impetuosidad de su carácter, se doblegó todo entero á las circunstancias y se hizo solicitante. Por un lado se empeñaba privadamente en rogarle á Mr. David capitan de la *Cliffton* que no le opusiese resistencias, y que conviniese en levantar anclas ocultamente con direccion al Pacífico. Por otro lado repetia humildes diligencias para que el gobierno autorizase la expedicion como una dependencia del ejército argentino, ofreciendo su sometimiento al gobierno de Chile aunque estuviese presidido por O'Higgins, con quien desde luego queria conciliarse.

Llégale en esto el dia 26 de Febrero y á las tres de la tarde rompen sus fuegos de salva los baluartes del *Fuerte*, échanse á vuelo á las campanas, se alborotan las gentes: corren todos por las calles, y ébrios de júbilo se gritan los unos á los otros: hemos triunfado en Chile, todo aquello es ya nuestro. El sentimiento de la libertad defi-

nitiva de la América del Sur iluminaba ya como un hecho la fantasia de todos los ciudadanos: habian pasado los peligros: estaba alcanzado el éxito de aquella tremenda aventura corrida al borde de los abismos; y todas las recriminaciones levantadas contra los hombres del gobierno caian de suyo entre los encantos y los transportes del triunfo. Qué moralista seria capaz de apreciar en todo su horror, delante de este espectáculo, las emanaciones mórbidas del espíritu de Carrera frente á frente con su hermana y con los suyos, en el silencio del hogar, si toma en cuenta los recuerdos amargos de su vida, y su despecho al ver á O'Higgins y á San Martin, (la cruel pesadilla de sus insómnios) convertidos en semidioses de la causa americana y en dueños absolutos de su Chile! Qué momento para un Shakspeare!

Pero qué hacer; pasado el primer choque del tétrico estupor era menester no aplastarse y volver á hacer por su persona levantando su derecho á participar del triunfo y de la libertad de su país.

El capitan David le habia declarado definitivamente que no contase con la Cliffton. Habia puesto en tierra todos los pasajeros; y una gran parte de ellos desprovistos de medios de subsistencia habian solicitado colocacion en el ejército de los Andes, ó en el de Tucuman titulado Auxiliar del Perú. No le quedaba pues

mas recurso que congraciarse con Pueyrredon, que halagarlo, que pedirle en una palabra su graciosa proteccion; y le dirigió esta carta diciéndole:

« Han cambiado, señor Director, las circunstan-
« cias despues de la gloriosa victoria de Chaca-
« buco; pero la necesidad de dominar las aguas
« del Pacífico es ahora mayor y mas interesan-
« te que nunca, por que por ahí es que debemos
« asegurar la ruina final de nuestros opresores.
« Dígnese V. E. reflexionar sobre tan interesan-
« te asunto, no olvidando que puede duplicarse
« la fuerza de la flotilla sin desembolso de este
« erario, y *que debe contarse seguramente con la*
« *proteccion que hé insinuado*»: aludia en esta última frase á la esperanza de que los Estados Unidos protegerian la independencia de la América del Sur. Mas, como los buques no tenian los bastantes medios para la empresa, solicitaba tambien auxilios y tropa que lo pusiesen en actitud de emprenderla. Carrera tenia razon; pero por desgracia su persona era incompatible con los intereses públicos y privados que dominaban la nueva situacion.

Pueyrredon lo llamó á su despacho y le dijo de palabra que aceptase el puesto diplomático que ya le habia ofrecido, por que no era posible permitirle que tomase parte alguna inmediata en los negocios internos. Carrera se negó con la misma firmeza que antes. Fué en vano que el Director tratase de redu-

cirlo diciéndole categóricamente que estaba en la firme resolucion de no dejarlo salir de Buenos Aires, ni á él, ni á sus hermanos, amigos ó parciales; porque ante toda otra consideracion, la quietud y la sujecion absoluta de Chile al poder de O'Higgins era una condicion forzosa de cuanto quedaba por hacerse por la independencia de Chile mismo, del Perú y de la América del Sur. Carrera esquivó la prosecucion de este altercado; y preconizando su honorabilidad personal en asuntos y compromisos de dinero, solicitó fondos para pagar y sostener las tripulaciones de los buques que habia sacado de Baltimore con objetos y fines de servicio público. Pueyrredon le contestó que estaba dispuesto á arreglar el asunto directamente con los interesados á nombre y por cuenta del gobierno, pero de ningun modo en otra forma, cualquiera que fuese.

Convencido de que por este lado no le quedaban esperanzas, se resignó á tentar el chilenismo de O'Higgins. Supuso que éste estuviera mal avenido en el fondo con la prepotencia de San Martin y con la incómoda presion de los argentinos, y que no estuviera muy distante por lo mismo de hacer con él acto de generosidad y de clemencia, aceptando sus amistosas protestas, para realzarse en la opinion propia del pais con una reconciliacion que hiciera de Chile la patria de

los Chilenos, libre de influjos estraños y aborrecibles. Otro hombre podia y debia haber esperado con justicia un éxito cumplido en este camino; pero con él no era eso posible por un lado; y por otro, O'Higgins no era ya aquel O'Higgins de la primera data, que con paciencia y moderacion habia soportado el influjo soberbio y poderoso de la familia, que no habia tenido tiempo de sacudir. Ahora tenia el poder supremo y la resolucion de sostenerse á todo trance, hasta con castigos de sangre, sordo á la clemencia y aún á las influencias del general San Martin en sentido contrario, como hemos de verlo.

Carrera juzgaba las cosas bajo el mirage de sus intereses y de su fantasia. No se imaginaba ni se habia dado el trabajo de descifrar lo que habia en las tinieblas con que O'Higgins guardaba lo mas recóndito de su espíritu: pues no en valde habia hecho en su juventud el aprendizage del sufrimiento y de la reserva. Sin sospechar este cambio radical, le escribió tres notas halagüeñas haciendo valer con moderacion los servicios que acababa de hacer á Chile en su viaje á los Estados Unidos. Le comunicó que habia encontrado allí una acogida tan favorable de parte del gobierno y de muchos otros personajes influentes, que tenia por cierto que no tardaria aquella poderosa República en hacer grandes y eficaces manifestaciones en favor de Chile.

Allí era tambien, agregaba, donde debia constituirse un centro de accion que fundase las relaciones contínuas y la alianza entre el movimiento de las otras provincias hispano-americanas con las autoridades patriotas de Chile. Era tal, agregaba, la disposicion del pais y del gobierno, que él no habia encontrado dificultad ninguna en armar buques y reclutar partidarios; y que estaba seguro que arreglado el gobierno Chileno, se podria organizar allí una poderosa escuadrilla que haria desaparecer del Pacífico las fuerzas marítimas de la España.

Lo que no comprendia (agregaba) era que habiendo llegado á Buenos Aires con tan valiosos resultados, se le tratase como enemigo, y se le prohibiese llevar los buques con su armamento al servicio del gobierno de Chile. Cosa peor no habrian hecho los Españoles con él; y le parecia en efecto tropelia inesplicable y atentatoria. Reclamaba pues con este motivo la inmediata proteccion de su gobierno y de su pais, protestando que por tal de que los buques se empleasen en servicio de Chile estaba dispuesto á entregar su mando á otro jefe Chileno—«Los sucesos posteriores hacen « creer que cuando Carrera hacia estas pro- « testas no tenia otra mira que la de recuperar « las simpatias perdidas por sus anteriores « hechos, y volver á su pais. » (5)

(5) Barros Arana, vol. IV, pag. 115: notas de Carrera del 15 de Marzo de 1817.

Entretanto, la situacion de las tripulaciones de los dos buques era ya insostenible. Los gastos, los víveres, las otras erogaciones indispensables y las esperanzas con que se habia emprendido la aventura, no reposaban ahora sobre ninguna base razonable. Apercibido de esto el capitan de la *Cliffton* Mr. Sam. David, andaba negociando una solucion con el Supremo Director; pero el del bergantin *Savage* insistia en continuar el viaje contando con mejores utilidades. Fué motivo esto de conferencias bastante violentas, que llegaron hasta convertirse en un altercado en que los dos capitanes se insultaron y se amenazaron con armas. El del bergantin lo desoyó todo, y declaró que haria el viaje con su buque quisiese ó no el gobierno de Buenos Aires; y don José Miguel preparó sigilosamente su partido llevándose á muchos de los oficiales estrangeros que habian venido con él, y casi todos sus partidarios. Sus hermanos don Luis y don Juan José acordaron salir disfrazados por tierra, ocultarse en Chile, y recibir la expedicion con un pronunciamiento nacional de sus partidarios.

El contraste les vino de donde menos lo esperaban. El coronel del ejército francés Dauxion Lavaysse, no solo por su alta graduacion, sinó por la distinguida cultura de sus modales, y por su vasta instruccion, gozaba de una reputacion

tan aventajada entre sus compañeros de emigracion, que Carrera tuvo justísimas razones para mirar en mucho su adquisicion; y tanto caso hizo de él que le entregó su mas absoluta confianza, y lo alojó á su lado en su misma casa. Difícil es decir qué pasó por el alma de este hombre, que no habia querido pactar con los Borbones asegurando su fortuna y su carrera en su país; y que trasladado á Buenos Aires, se resolvió á pedirle una audiencia secreta al Supremo Director, en la cual le delató no solo cuanto Carrera y sus hermanos hacian y proyectaban en aquel momento, sinó los pasos que habia dado pocas semanas antes para tomar parte en la conjuracion de French y de Pagola. Semejante delacion hecha por un hombre de la importancia de Lavaysse, comensal de la familia Carrera, testigo y actor íntimo de todo lo que se hablaba, se pensaba y se decia en la casa, hizo comprender al Supremo Director la gravedad del incidente, y la necesidad de sofocarlo con una medida tan rápida como inesperada. Sin dar tiempo á mas dió órden de prender á don José Miguel, á sus dos hermanos y á otros de sus parciales mas señalados. Quiso la casualidad que don Luis no estuviese en su casa, lo que dió tiempo para salvarlo ocultándolo en la familia de don Dámaso del Campo. Don José Miguel fué llevado por lo pronto al bergantin de guerra *Belen* el 19 de Marzo, fondeado al

interior de las balizas; y don Juan José, con los otros detenidos á otro buque menor de la escuadrilla.

Como quince dias hacia que don José Miguel sufria esta prision cuando llegó de improviso á la capital el Libertador de Chile, introduciéndose á su hogar, casi de incógnito, para sustraérse á las ovaciones y festejos de parada que le habrian hecho, y que él miraba con un tédio invencible. Hombre práctico y modesto, grande guerrero y hábil político, estaba siempre preocupado de los árduos negocios que pesaban sobre su espíritu, y de los medios de libertar á la América del Sur. Que fuera por esto, ó que fuera por la natural sensatez de su carácter, huia, siempre que podia, de las escenas de aparato y de fastuoso charlatanismo. Tenia el sentimiento sincero de la gloria y del deber, y no apreciaba las manifestaciones mas ó menos teatrales de la lisonja que tanto envanecen á los necios y á los pícaros.

Su viaje tenia por objeto graves y difíciles asuntos de que vamos á ocuparnos. Pero antes conviene seguir la suerte de don José Miguel Carrera en este momento, para esplicarnos las causas que vinieron á ser despues de una importancia capital en nuestra historia. En medio de los asuntos que venia á tratar, queria el general San Martin ver y hablar á don José Miguel. Traido este á tierra fué colocado en el cuartel de

Granaderos, que era entonces el que ocupa hoy el centro del costado oriental en la *Plaza de Marte*. (6)

Estrictamente incomunicado hasta entonces, Carrera no tenia antecedente alguno que le hiciera suponer la presencia de San Martin en Buenos Aires. Al verlo entrar en su aposento se demudó pero disimuló rápidamente su sorpresa:—No estrañe V., general Carrera, mi presencia, le dijo San Martin con tono franco y sin la menor afectacion: estoy sinceramente disgustado de lo que pasa con V. y desearia poder servir en algo á un amigo de la causa americana tan conocido y tan digno de toda mi consideracion como es V.: y al decirlo tomó asiento.

Carrera reflexionó un momento y con irreprochable urbanidad contestó—A pesar de eso, señor general, convendrá V. en que es natural que yo estrañe tan repentino interés; y deveras, si él fuese tan sincero como V. me lo manifiesta, desearia que se me permitiera trasladarme á mi patria: fuera de este no puede V. hacerme nin-

(6) En el trasunto de esta interesante entrevista, voy á dar la sustancia de las informaciones de mi padre, del doctor Tagle y del señor don Nicolás Rodriguez Peña, que son tambien las que se repitieron entre los miembros de la *Logia Lautaro*. Deben ser fieles por que condicen con el relato del señor Barros Arana (tomo IV, pág. 119) que procede de documentos chilenos.

gun otro servicio, ni yo aceptaré jamás otro, cualquiera que sea—Pero V. comprenderá que las circunstancias políticas en que se halla Chile, y la necesidad suprema en que estamos todavia de defenderlo contra los preparativos del Virey de Lima empeñado en arrojarnos de allí, hacen imposible que podamos acceder por ahora á sus deseos: mas tarde.—En ese caso, V. no puede hacerme ningun servicio, señor general San Martin—Debo sin embargo insistir; por que sin pretender que V. necesite de mí, seguiré siendo franco y no ocultaré que yo necesito de V. De lo que V. me dice debo inferir que no aprecia V. bien la causa de su posicion—Debe ser la envidia y el temor que me tienen allá en Chile sus amigos de V.—Pues no es nada de eso, general; y sin convertirme en juez de hechos y de cargos que V. debe conocer mejor que yo, le diré que V. ha sido denunciado por el coronel don Juan Dauxion Lavaysse.

Oir esto Carrera y demudarse con una indignacion tremenda, fué todo uno; y prorrumpió en palabras elocuentísimas contra los gobiernos que se valian de tanta corrupcion y de tan infames medios, para sostener sus fines personales.

—Puede V. tener razon, le dijo el general San Martin con la mas completa calma: el coronel Lavaysse solicitaba pasar á servir en el ejército de mi mando, y yo me hé opuesto: nada tengo de

comun con él; pero me dá vergüenza y dolor de ver que los hombres que servimos una misma causa nos estemos persiguiendo como enemigos. . . Ya V. lo vé, ni es envidia ni es temor: se sabe que V. conspira.—En defensa de mi libertad y de mis derechos de chileno!—Pero V. conspira contra el gobierno de Buenos Aires y contra el de Chile que han reconquistado la independencia perdida..... General, este es mal camino: mejor es que seamos amigos. Al fin somos americanos, y es una barbaridad que no nos entendamos aquí los dos mano á mano. Todo se puede remediar con ventajas mútuas—Es difícil, dijo Carrera con sequedad—Yo creo que no es difícil si V. me oye cordialmente como yo quiero hablarle. El hecho es que V. conspira—Por ir á mi país donde tengo el derecho de vivir con libertad—Pero, general, en su país de V. hay un gobierno—Humillado y sostenido por extranjeros—Nó, general: V. está en error.... pero esto mismo probaria que V. amenaza dos gobiernos que tienen el derecho de defenderse y de prevenir sus ataques. De volver á Chile, no tendria V. mas camino que subordinarse á O'Higgins como Director Supremo de aquella República, y á mí como general en jefe de las fuerzas aliadas—No nos necesitamos, señor general San Martin, V. ya tiene en su mano el instrumento de sus planes—Luego V. mismo conviene que no iria sinó á conspirar. General, no

quiero hablarle del pasado, y créame: ahora no tiene V. medios para nada de lo que premedita: V. se perderia y perderia tambien á sus amigos: no se obstine V. contra mis consejos y mis súplicas: he venido con el deseo sincero de que seamos amigos—Aceptaria sus protestas, general, sin comprometerme á ninguna condescendencia indigna de mí, si no recordara nuestros antecedentes, si no tuviera en vista su posicion y los compromisos que allá y acá lo ligan á mis enemigos: ellos son los que me persiguen—Mire, general Carrera, á V. no le conviene conspirar: consérvese para mejores tiempos; para cuando tengamos asegurada nuestra campaña, y sea posible que cada uno ocupe su lugar sin peligro de la causa americana—Eso equivale á predicarme que me resigne con este indecente calabozo; con la desgracia de mi familia y de mis amigos, mientras el señor general San Martin que no es chileno, sinó general en jefe de un ejército estraño, se ocupa de hacer á su modo el triunfo de mi causa y la felicidad de mi país.... V. vé, señor, á que martirio estoy condenado, y puede calcular quien es el que está devorando aquí el sufrimiento y la paciencia—Pero yo no vengo á decirle á V. que se resigne á ningun tormento; por el contrario, deseo poner un término á esta fatal posicion en que nos encontramos, y que V. consienta en hacernos servicios de mucha importancia para los dos gobiernos—¿Marcharme como

plenipotenciario á los Estados-Unidos? dijo Carrera con ironía: Pueyrredon ya me lo habia propuesto, por órden de VV. probablemente—Permítame, general, que le observe que el señor Director Supremo no recibe órdenes mias. La mision á los Estados-Unidos, representando á Chile y á las Provincias Argentinas en estos momentos, es una de las posiciones mas importantes que puede desempeñar un americano—V. no la tomaria, general.—Yo no estoy en el mismo caso, tengo deberes que me lo impiden: por otra parte, jamás he aspirado á gobernar ni á otra cosa que á servir la causa de nuestra independencia bajo las órdenes de los gobiernos que la defienden. Con V. es cosa muy diversa—Yo he contestado ya al señor Pueyrredon rehusando esa oferta: seria indigno é ignominioso que yo representase á mi país en los Estados-Unidos, cuando se halla humillado por un déspota que no tiene mas razon de ser ni mas apoyo que los soldados de V.: muy dignos en verdad de elogio, pero que al fin son extranjeros en Chile. Es natural que se me quiera alejar: yo sé el terror que mi nombre inspira á los opresores de mi país, y que no cuentan con una hora de tranquilidad, ni aún teniéndome aherrojado en este calabozo».

San Martin no pudo disimular su cansancio, y se vió bien que iba á cambiar el tono de la conferencia.

—¿Es esta su última palabra, general Carrera?—Es irrevocable—V. está engañadísimo, señor don José Miguel: no es á V. ni á su partido lo que tememos: lo que yo temo y quisiera evitar es que haya que castigar con el rigor que se haria necesario. Por mi parte no encuentro inconveniente de ningun género; y si no fuera por que no puedo tomarme facultades que no tengo, ahora mismo lo sacaria á V. de esta prision y le daria ámplia libertad para que regresase V. á Chile con sus hermanos y sus amigos: voy á hablarle al Supremo Director sobre esto; y aunque la licencia que á V. se le acuerde no sea directamente para entrar en Chile, por que esto no es del resorte de este gobierno sinó del de Chile, trasladándose V. al exterior puede hacer viaje de su cuenta y riesgo para donde V. quiera, para Chile tambien, ya que V. se empeña en esto. Eso sí, general Carrera, tenga presente que por allá hay una resolucion inquebrantable de ahorcar sin muchos miramientos ni trámites á los que conspiren contra el órden establecido. —En ese caso será necesario ir con precauciones ¿no es así?—Me parece mejor no ir: medite V. bien nuestra situacion: ella no nos permite salir de un sendero estrechísimo por ahora. Si V. fuese á los Estados-Unidos seria otra cosa: nuestra causa comun se habria consolidado, y V. mismo procederia á su regreso de otro modo que lo que ahora piensa. Sentiria tener que

retirarme sin haber convencido á V. de que no seré jamás su enemigo sino forzado y comprometido por V. mismo.»

Cenvencido de que nada podia obtener, el general San Martin le preguntó á Carrera al despedirse, si no tenia ningun encargo, ningun deseo que confiarle; y Carrera agradeciéndole su oferta le pidió que se empeñase para que le volvieran al bergantin *Belén* donde estaba mucho mas cómodo que en aquel cuartel. San Martin, le ofreció empeñarse y obtener el cambio de prision; pero comprendiendo bien claro que ese deseo ocultaba algun proyecto de fuga, mucho mas fácil de ejecutar por el rio que desde tierra, le dijo—V. no necesita fugar, general Carrera, le doy mi palabra de que conseguiré que se le manden pasaportes para salir libre de Buenos Aires—Haciendo honor á su hidalguia, general San Martin, le diré bajo reserva que prefiero correr el riesgo de una evasion, á la gracia de una licencia—Tiene V. razon, le contestó San Martin; y se separaron dándose las manos. San Martin cumplió su palabra: nunca fué enemigo ni perseguidor de Carrera; éste siguió empero su destino: el despecho y su intransigencia lo echaron en el camino de los bandoleros: cubrió su nombre con crímenes atroces, y sucumbió bajo el peso del castigo que habia merecido.

Razones personales tenia don José Miguel para

solicitar que lo pusieran de nuevo en el bergantin *Belén*. Por circunstancias propias de los tiempos de desórdenes revolucionarios, que tan favorables son á los aventureros y advenedizos, mandaba en ese buque un marino catalan, hombre sin mas antecedentes, segun hemos oido, que haber estado al servicio de la antigua casa de Larrea y Hermanos en el año de 1813 y 1814 en que tanto influjo tuvieron estos señores. Monteverde se habia dejado seducir por Carrera, entrando en los proyectos grandiosos y fantásticos de la expedicion marítima á Chile. Cubrió su mal proceder con grande aparato de cañonazos y correria de lanchas; pero quedó ocultamente comprometido á servir de intermediario entre el prófugo y los afiliados á sus planes, que quedaban en Buenos Aires. (7)

Asilándose en un buque mercante que estaba inmediato al *Belén*, y que habia sido hablado con anticipacion, Carrera hizo viaje á Montevideo con la esperanza de captarse la proteccion de Lecor, en caso de guerra entre portugueses y argentinos, que parecia inminente; ó de entenderse con Artigas y con los gefes de Entrerrios y Santa-Fé para atravesar

(7) Monteverde se pasó mas tarde á las montoneras del litoral y tomó servicio con Ramirez el caudillo entrerriano al mismo tiempo que Carrera se unia tambien al mismo caudillo.

rápidamente por los campos de Cuyo, convulsionar á Chile, y envolver en dificultades insuperables al ejército de San Martin, que era la única fuerza que imponia respeto á los montoneros y que les impedia echarse sobre la capital á trastornar todo el órden existente. El plan no era desatinado, pero aún no habia llegado el momento de que tuviese éxito.

Lecor se creia tambien amenazado por el gobierno de Buenos Aires; y como era muy previsor puso esmero en recibir á Carrera con muchísima distincion, sin perjuicio de descuidarlo á medida que se disipasen los temores que le inspiraba el probable regreso del ejército de los Andes, ó de una parte considerable al menos de las fuerzas que lo componian: suposicion que se habia acreditado mas en la opinion general con la súbita presencia del general San Martin en la capital.

Por lo demas, la evasion de Carrera fué mas bien un descanso para el gobierno. Permaneciendo en Buenos Aires, Pueyrredon tenia sobre su espíritu el deber de cuidarlo y retenerlo por cuenta de O'Higgins. Puesto fuera de su alcance y de sus facultades, quedaba libre de esa incómoda responsabilidad. Entre tanto Carrera habia fugado sin necesidad: un dia antes, su hermana doña Javiera habia recibido tres pasaportes para los Estados Unidos, con los cuales los tres hermanos quedaban

en libertad de salir libremente. Pero una vez evadido don José Miguel, se puso en libertad á sus hermanos, y tan lejos de que desistiesen ellos de su complot, lo reanudaron con mayor tezon, insistiendo en evocar su mala estrella y los acasos tremendos que sin saber cómo de un momento á otro originaron grandes y luctuosas catástrofes.

Cuando San Martin triunfó en CHACABUCO, resolviendo en un dia uno de los problemas vitales de la independencia, los Políticos del partido directorial debieron creer que con esa victoria quedaban resueltas tambien todas las incertidumbres de la organizacion interna. Vencida allí la España é impotente desde entonces para presentarse en nuestras fronteras del Norte, el Gobierno Directorial debió contar con que las tropas vencedoras volverian á la patria para sofocar la insurreccion de las masas litorales, imponer límites á los portugueses que se habian apoderado de la Banda Oriental, y quedar á la mira de la formidable expedicion que preparaba España contra Buenos Aires.

Concertado estaba de antemano con el general San Martin que una vez libertado Chile y puesto en posesion de sí mismo, levantaria y reorganizaria su ejército para su propia defensa; pues para ello habia tiempo de sobra, desde que no era probable que el Virey del Perú pudiese enviar fuerzas respetables á

Chile antes de ocho meses ó un año. En este concepto habian de repasar la Cordillera las tropas argentinas, ó por lo menos una parte considerable de ellas, quedando al otro lado solo las que fueran estrictamente necesarias mientras se reorganizaba el ejército chileno, para cooperar á la defensa del pais si era nuevamente invadido por los realistas.

Al travès del influjo momentáneo y de las grandes apariencias producidas por el triunfo, bastaba una segunda ojeada para comprender, que si el ejército de los Andes no regresaba á Buenos Aires para imponer un límite al descomunal desórden de las cuatro provincias litorales dementadas por el bandolerismo de Artigas, seria imposible reconstruir la nacionalidad, infundir respecto al Portugal, y entrar de una manera séria en el trabajo de tranquilizar los espíritus para reanudar la armonia moral, y plantear el organismo constitucional y administrativo sobre bases científicas y estables.

Despojado del apoyo de ese ejército, no le quedaba al gobierno directorial otra perspectiva que la muy triste de continuar en un pujilato desesperado contra las facciones, contra el desórden creciente, y reprimir siempre las fuerzas disolventes, sin un solo dia de quietud; y por término de tan azorosa vida, caer aplastado bajo los escombros de un de-

rrumbe general. Y para tan triste juicio, poco era todavia lo que sucedia y amenazaba dentro del mismo pais; por que coindia ademas para mas amargura la amenaza terrible de la expedicion formidable que España preparaba en Cádiz contra Buenos Aires directamente.

Apensionado con las dificultades, las dudas y los sinsabores que le rodeaban, el Supremo Director le escribió al General San Martin en estos términos con fecha 3 de Marzo de 1817, es decir á los 6 dias de haber recibido la noticia de la espléndida batalla de Chacabuco, tales eran las aprehensiones con que miraba su situacion — « Los portugueses han manifestado ya su mala fé: su obgeto, y sus tan ponderadas miras de beneficencia con estas provincias están ya descubiertas, y no son otras que agregar á la Corona del Brasil la Banda Oriental, si nosotros proclamamos por Emperador al Rey Don Juan y admitirnos como por gracia bájo su soberano dominio. ¡Bárbaros miserables! Tenemos *mas poder* y dignidad que ellos, y jamás las provincias del Sud-América tendrán un monarca tan subalterno. Vea V. mi Manifiesto de ayer y *gradúe por él mis sentimientos.* El nombre americano y nuestro amor propio debe sentirse humillado. Yo deseo un Soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder á la honra que recibirá de mandarnos; es decir, quiero alguno que sea

mas grande que Don Juan, y lo quiero para solo nosotros. Es pues necesario aumentar este ejército (el de la capital) para hacerles sentir la locura de sus pretensiones; y *de oficio* digo á V. que me mande mil soldados *de nuestras fuerzas*, y mil Chilenos de los presentados ó prisioneros. Veo muy indispensable y muy próxima la guerra con los portugueses.... Que vengan sin falta antes que se cierre la cordillera los dos mil soldados pedidos *por que aquí está ahora la mayor necesidad*».

Dos dias antes, el Supremo Director le habia pasado una nota al Congreso residente en Tucuman, diciéndole que no era posible poner en práctica las instrucciones antes despachadas para negociar acuerdos con Portugal como lo habian pretendido su antecesor el general Gonzalez Balcarce, y el ministro Tagle: que él no cargaria con semejantes responsabilidades, por que «tenia la resolucion de no sufrir insultos. Si los portugueses quieren negociar con las armas en la mano, nosotros debemos conservar la misma actitud».

En el Manifiesto del 2 de Marzo, el Supremo Director hacia causa comun con los Orientales contra Portugal empleando las palabras mas vehementes. Que estaba dispuesto á emprender esta guerra no cabe la menor duda: los documentos hablan; y si fué—«una

veleidad» no por eso era menos grave; pues una gran parte de las guerras mas desastrosas provienen de veleidades. *Veleidades* fueron las guerras de Napoleon 1º á contar desde Egipto á Moscow: *Veleidad* (y nó de hombres sino de mujeres) fué la última guerra de Francia con Prusia: *veleidad* fué tambien la de Popham y Beresford contra Buenos Aires; y se puede decir que no hay gran desastre que no tenga por origen una *veleidad.* (8)

(8) No solamente Pueyrredon sino todos sus mnisitros estaban predispuestos á emprenderla con Portugal á principios de 1817. Véase en el vol. VI pag. 391 el Acuerdo de reconciliacion y de reabsorcion de la Banda Oriental celebrado con los Emisarios Orientales por el señor Lopez y Planes, á quien se ha supuesto adversario de la guerra con Portugal: véase la carta del coronel don Pedro Andrés Garcia en la nota de la pag. 207. Véase los cargos y reproches del Enviado Argentino en Rio Janeiro en la pag. 200 á 207 del mismo vol. VI. Este mismo enviado no repugnaba tampoco á la guerra con Portugal en tiempo oportuno y allí decia, hablando de los Portugueses: «*Sabemos bien cuales pueden ser sus pretensiones: no crea V. que se me ocultan. Pero aseguremos lo principal, y despues hablaremos con mas probabilidades de éxito.*» Todos estos hombres, bastante sérios en verdad, y puestos en cabal inteligencia de las cosas, creian en una guerra inminente con el Portugal. En un trabajo anterior hecho con la premura con que se escribe de ordinario para Diarios y Revistas, incurrí en un error de pluma insustancial, que ha dado pretexto para ponerme bajo un mal aspecto personalmente, y que por lo mismo me obligará á volver sobre este incidente en un Apéndice especial y detenido.

No estaria en verdad fuera del cálculo, la sospecha de que en este alarde de guerra contra Portugal, el Supremo Director exajerara sus enojos y su resolucion para afirmar mejor su derecho á que el general San Martin le devolviera la mitad, al menos, de las fuerzas que habia llevado al lado occidental de la Cordillera: y que el principal estímulo de esta exigencia fuese la necesidad de fortificar su autoridad contra los peligros y los vaivenes internos que preveia. Pero esta presuncion no es del todo aceptable: el señor Pueyrredon sabia bien que el general San Martin no era hombre de dejarse engañar con farsas; y en tal caso, tomarlas como motivo para exigir un derecho legítimo era estorbar y esterilizar la exigencia. Y tanto mas era eso de temerse, cuanto que el general San Martin, vencedor en Chile, dueño absoluto de su ejército,

Ese error fué escribir.--«A fines de 1818 y despues de la batalla de Maipú» en vez de haber dicho—«A principio de 1817.... y despues de la batalla de Chacabuco». He dicho que el error era insustancial, porque se trataba solo de fijar—«*el punto de partida de las desavenencias del general San Martin con el Gobierno Directorial*» que terminaron en el estallido y en la insubordinacion militar de 1820. Desde luego pues, lo importante y sustancial era la verdad del conflicto, de la filiacion de su proceso y de sus resultados: y no la fecha material en que se originó, por que cualquiera que esta fuese—1817 ó 1818—no alteraba la verdad ni el caracter de los hechos que siguieron acentuándose en el mismo sentido. Por ahora basta.

y absoluto dominador tambien de las tres provincias de Cuyo, si no por la fuerza, por la idolatria y por el respeto con que lo miraban los habitantes, tenia ahora donde remontar los cuerpos que mandaba, y donde hacer cuanto conviniera á sus miras por su solo influjo. De Buenos Aires no necesitaba ni queria otra cosa que dinero: todo lo demas lo podia hacer á su voluntad en Cuyo y estaba resuelto á obrar de por sí, como quiera que fuese, con la persistencia lenta y paciente con que acostumbraba llevar adelante sus propósitos, cohonestándolo todo el modo con que un hombre político, habil, evita estrellarse, y salva las apariencias y el decoro de su caracter en aquello mismo en que á sabiendas, obra contra su estricto deber. (9)

(9) Y para qne no se nos acuse de hacerle un cargo antojadizo y gratuito, vamos á adelantar este dato que dejaremos á la apreciacion de los lectores. Se hallaba en Mendoza y se *disculpaba* con el gobierno de Buenos Aires de no tener medios ni caballos para mandarle los auxilios que se le pedian; y con la misma fecha le escribia á O'Higgins en estos términos:—«Tengo la órden de marchar á Buenos Aires con toda *mi caballería* é infanteria que pueda montar; pero *me parece* imposible poderlo realizar *tanto por la flacura* de los animales como por la falta de dinero . . . *Reservado para V. solo.*»
« No pierda momento en avisarme el resultado de
« Cochrane para sin perder momento, marcharme con
« toda la divisiou á esá (Chile) escepto un escuadron
« de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo
« de la provincia. Vá á caer sobre mi una responsa-

El general San Martin tenia indudablemente un interés personalísimo en no desprenderse del ejército que le habia confiado el gobierno argentino, ni de parte alguna de él que pudiera amenguar su integridad y su fuerza. Contra todo y contra todos habia resuelto llevarlo al Perú y seguir con él en sus gloriosos propósitos de destruir el régimen colonial de España en toda la América del Sur. El medio en verdad no era lícito ni es aceptable á los ojos de la moral política y de la disciplina militar. El mismo lo reconocia y decia como hemos visto: «Voy á echar sobre mí una terrible responsabilidad.» Despues de eso nada tendriámos que agregar, sino que el personalismo que lo empujaba en ese camino, no era el repugnante anhelo de gobernar ni de satisfacer las ambiciones impuras de aquellos ambiciosos vulgares y perversos, que pasan por el poder haciendo daño, sin haberlo idealizado jamás con una obra digna de la histório, ni con calidades honorables siquiera. El Gene-

« bilidad terrible, pero si no se emprende la expedicion « al Perú, todo se lo lleva el diablo. *Tengo reunidos « 2000 caballos sobresalientes* que marcharan á esa con « la division. » La nota del gobierno de Buenos Aires le habia dicho—« si no nos manda V. nuestro ejército « *todo se lo lleva el diablo* aqui.» Y se lo llevó. (Correspondencia de San Martin con O'Higgins inserta por Barros Arana en el vol. 3 de la Rev. Chilena, pag. 632).

ral obraba con la conciencia de su génio, poniendo sus aspiraciones á la altura de la obra que pensaba consumar con sublime desprendimiento como lo prueba toda su vida.

Pero es verdad tambien que poniendo á un lado el influjo de estas nobles aspiraciones personales, cuya existencia no negariamos jamás, la situacion creada en Chile por la victoria de Chacabuco, era no solo tan desgraciada y tan compleja como la de las provincias argentinas, sino mucho mas embarazosa é insoportable para el gobierno de Buenos Aires por que constituia un estado de fuerza y de presion que pesaba sobre sus recursos, y que á la vez irritaba á Chile.

Si la gloriosa reconquista de ese pais habia desconcertado los peligros de la reaccion española, por un lado: vivas quedaban por el otro todas las dificultades del régimen interior; y no solo vivas sino complicadas fatalmente con enormes responsabilidades, y cargas abrumadoras para un gobierno como el de Buenos Aires que habia quedado exhausto y postrado por el esfuerzo hecho para crear y poner en marcha, por cima de las Cordilleras mas altas y mas desiertas del mundo, un ejército cumplidamente pertrechado y vigoroso como el que acababa de libertar á Chile.

Aunque contenido por los vencedores, el espíritu local y patriótico de Chile estaba emocionado y sumamente predispuesto á anarquizarse.

Crear allí en aquellos momentos un ejército nacional y librarle el país, era echar el gérmen de un desórden completo y perder todo lo ganado; pues las fuerzas militares que se creasen en un momento en que las opiniones estaban viciadas por los sucesos anteriores, por el influjo de los mismos caudillos, y por el escozor de tener que alternar con tropas estrañas, vencedoras y propensas á conflictos y rivalidades, como ya se habia visto, no podian ser base de seguridad : y en vez de servir á defender el país, serian un semillero de facciones y causa incurable de su perdicion. No habia pues alternativa, ó se perdian todos los resultados del *Paso de los Andes*, ó era indispensable persistir en la ocupacion, dando al ejército argentino, y á los elementos políticos ligados con él, la triste mision de una *fuerza compresora* encargada de sostener militar y políticamente la autoridad dictatorial de O'Higgins interesado en imperar y castigar á los partidos subversivos que intentaran derrocarlo. En este sentido Chile habia venido á ser una provincia argentina, sometida al menos á la *egemonia* de Buenos Aires, bajo el influjo latente pero directo del general en jefe de nuestro ejército.

O'Higgins dominaba con omnímodo poder pero supeditado á los gigantezcos proyectos del general San Martin. En esto consistia toda la solidez de su base. Para él mismo era un peligro

gravísimo crear un fuerte ejército chileno; por que su propio partido estaba muy lejos de ser compacto y de prestarle un apoyo que pudiese dispensar á los argentinos de ser los guardianes obligados de su poder y de su persona. (10)

El general San Martin no podia cerrar los ojos á esta dificultosa situacion; ni podia tampoco consentir en esterilizar los importantísimos resultados que debia sacar de su victoria. Pero, Pueyrredon de su lado pasaba por angustias harto apremiantes tambien. Con la entrada

(10) Don Tomás Guido le escribia al señor Pueyrredon que despues de la victoria--«Don Bernardo O'Higgins era el militar mas condecorado por su rango y mas acreditado por su valor, y que fué colocado en la Suprema Direccion del Estado *por eleccion del general* San Martin y con aprobacion del pueblo de Chile, despues de la resistencia de este ilustre jefe á tomar el mando del país. «Mas, desde aquel momento *fué fácil calcular* que el carácter honrado del señor O'Higgins no suplia la falta de fibra *ni la escasez* de sus luces para dirigir los negocios, ni aquel teson y tino necesarios etc». El general San Martin decia tambien—«En Chile, Exmo. señor, es imponderable la penuria de recursos, y espantosa la pobreza general. Buenos Aires ha iniciado y sostenido con magnanimidad la grandiosa empresa de cimentar una Patria. . . sin *sus auxilios convenidos, en esta ocasion urgente todas nuestras ventajas retrogradarian á una nulidad espantosa.* Papeles del Brigadier General Guido: 1817—1820 coordinados y anotados por C. Guido Spano: pág. 24, 167 y 181.

de los portugueses en la Banda Oriental, se habia levantado un verdadero furor de guerra contra ellos. Tan lejos de atreverse á contrarrestarlo, Pueyrredon parecia inclinado á ceder á la fuerza de esa corriente, despues del triunfo de Chacabuco ; por que no solo creia que asi pondria de su lado las simpatías de los pueblos sino que teniendo bajo su mano el brillante ejército de los Andes, tenia como exterminar á los facinerosos y anarquistas del litoral, al mismo tiempo que imponer respeto y condiciones al gabinete portugués.

La fuerza pues de las cosas y sus respectivas preocupaciones producian una necesaria divergencia de intereses personales y de propósitos políticos entre el general en jefe del ejército de los Andes constituido sustancialmente en poder independiente, y el Supremo Director *de las Provincias Unidas del Sur*, que desposeido, por aquel general, de ese su ejército, y que combatido y desarmado, presentia la ruina mas ó menos inmediata del régimen que presidia. Aunque muy desagradable para todos, la disidencia se mantenia completamente reservada en el seno de los amigos mas íntimamente afiliados á los secretos de estado; pero comenzaba ya el cambio de notas y exigencias cuando San Martin avisó que en breves dias saldria para Buenos Aires á tratar de los asuntos relativos á los dos países. Y

en efecto llegó á la capital el 2 de Abril. (11)

Traia el general como hemos dicho, exigencias gravosísimas. Ya no era solo la permanencia indefinida del ejército, y su consagracion absoluta al servicio y *prepotencia de Chile en el Pacífico*, sino que además de vestirlo y pertrecharlo eran dispensables dos cosas para invadir y emancipar al Perú: 1º *asegurarle esa prepotencia creándole y costeándole* una gran fuerza marítima con dineros argentinos, por que Chile no tenia como hacer frente á ninguno esos gastos. (12) Pero mientras la fantasía del general tenia fijos sus ojos, como el Aguila, en los resplandores del Sol de los Incas, el fantasma del año XX trasunto en la negra nube de la borrasca litoral, tronaba á lo lejos, y llenaba de angustias la mente y las previsiones del Supremo Director.

(11) Profundamente disgustado con estos síntomas, y previendo disidencias mas ó menos inmediatas en que no queria tomar parte activa, el Ministro Lopez renunció su cartera á principios de Marzo (1817) manifestando su decidida voluntad de no continuar actuando. El Supremo Director, que queria un hombre resistente con quien excudarse de las exigencias y sacrificios que el general San Martin parecia resuelto á imponerle invocando los solemnes compromisos tomados en la Lógia Lautaro, llamó á su lado al doctor Tagle á pesar de ciertas dudas en las circunstancias de su iniciacion.

(12) Cuando lleguemos al momento en que se acentuaron todos estos disgustos entre Pueyrredon y San Martin daremos las pruebas documentadas de estos asertos.

Las circunstancias le sirvieron cumplidamente al general San Martin para salir con la suya en este crítico momento. Cuando llegaba á Buenos Aires, se deshacia como una tormenta de verano, el conflicto de agravios y de amenazas recíprocas que pocas semanas antes habian hecho temer un rompimiento inmediato de hostilidades con Portugal. La Córte de Rio Janeiro no habia aprobado el edicto de *Policia criminal* contra los Orientales promulgado por Lecor, que habia sido la causa de la explosion; y mientras el Enviado García trabajaba por regularizar de nuevo las relaciones de los dos gobiernos, se le habia escrito á Lecor que hiciese manifestaciones indirectas en un sentido contrario al de aquel edicto.

Con esto, desaparecia á los ojos del general San Martin la parte séria y urgente de las dificultades y objeciones que pudieran oponerse á sus exigencias. Quedaba algo que por cierto era harto grave y desesperante, á saber—la dificultad de que pudieran colectarse las enormes sumas que requeria no solo la compra del armamento y tripulacion de los buques, sino el complemento de vestuarios y pertrechos que necesitaba el ejército que ocupaba á Chile. Por mas que se le protestara el exceso abrumador de los gastos, la exigüidad de las entradas, y la irritacion que ya se levantaba en el país despues de siete años de sacrificios, el arbitrio de los empréstitos

forzosos y capitaciones, San Martin nada queria oir ni ceder; y pretendia que con la buena voluntad del gobierno y de los *Amigos* (la Lógia Lautaro) Buenos Aires tenia como sufragar á la defensa de Chile, á su prepotencia marítima en el Pacífico y á la expedicion sobre Lima.

El inmenso prestigio que le daba su reciente campaña de los Andes; la profunda gratitud de que la opinion pública estaba animada hácia un hombre, que como él habia cambiado en poco mas de un año la suerte del país, sacándolo de su perdicion inminente, á la seguridad de su independencia y de su porvenir, le daban un influjo omnipotente; y como se sentia moralmente incontrastable en aquel momento, insistió, trajo en su apoyo á los miembros de la Lógia y dominó la oposicion lenta y capciosa que en nombre de la seguridad interior comenzó á hacerle desde entonces el nuevo ministro doctor Tagle, empeñado en que se postergase toda grande empresa ulterior, hasta que una parte de las fuerzas del ejército de los Andes, unida á otra division del que mandaba en Tucuman el general Belgrano, bajasen al litoral, y tomasen posesion de Santa Fé y de Entre-Rios, ahogando á Artigas en la Banda Oriental, y reintegrando el órden y la union de todas las provincias en una verdadera entidad política y nacional. El momento no podia ser mas favorable para esto. En Santa-Fé, en Entre-Rios y Corrientes habia

una decidida inclinacion á la reintegracion nacional, con jefes de importancia predispuestos á trabajar por ella desde que fuesen bien apoyados, como vamos á verlo. Pueyrredon no se manifestaba. En el secreto de sus confidencias creia que la política de su nuevo ministro era bien meditada, necesaria y justa: pero lo dejaba opinar por lo pronto (como lo dejó hacer mas tarde), sin pronunciarse; y de ahí que el general San Martin comenzase á mirarlo con esa marcada aversion de que ha dejado pruebas escritas. (13)

Por muy fundados que fueran los temores con que el gobierno nacional veia que el desórden de las masas litorales iba en crecimiento, y que no estaba quizá muy lejano el momento de que se viese desarmado delante de aquella anarquía ligada á las facciones de la Capital, San Martin no pensaba del mismo modo: creia que Artigas tenia demasiado que hacer con los

(13) En una de sus cartas confidenciales, el general le escribia al señor Guido:—«El tal Tagle ha tenido un modo sumamente político de separarme del mando del Ejército: Dios se lo pague por el beneficio que me hace. . . . Dije á V. en mi anterior que mi espíritu *habia padecido* lo que V. no puede calcular: algun dia lo pondré al alcance *de ciertas cosas* y estoy seguro que V. dirá que nací para ser un verdadero cornudo». Por ahora basta con esto; mas adelante vendrá el momento de mostrar y de ver como se fué enlazando todo esto desde su punto de arranque hasta su desventurado desenlace.

portugueses para amenazar sériamente á Buenos Aires; y que con eso era imposible que las montoneras de Entre-Rios pudiesen combinarse con las de Santa-Fé, para amenazar al Supremo Director. Habia segun él, tiempo para terminar la campaña de Chile; para preparar un nuevo ejército en Mendoza que quedase á la disposicion del gobierno nacional, y organizar en Chile una poderosa expedicion contra el Perú.

Con estas promesas y con el apoyo de *Los Amigos* que juramentados estaban á la empresa simbolizada con el nombre masónico de *Lautaro,* el general consiguió hacer aceptar un presupuesto nominal de 700 mil pesos oro destinados á formar la escuadra del Pacífico. En esta suma Chile entraba con 200 mil pesos; de los que no abonó sinó 100 mil (14); el gobierno argentino, despues de inmensas y dolorosas dificultades pagó al fin su cuota de 500 mil, mas 170 mil por otras cuentas. (15) Una vez hechas las ofertas y los cálculos, el general San Martin dió por perfeccionado el trato, y aún cuando no estaba recolectada la suma, en Abril de 1817 mandó á Inglaterra al oficial de Ingenieros Alvarez Condarco, y á los Estados Unidos al señor don

(14) Papeles del Brig. General Guido, pag. 54, 59, 70, 89.

(15) Id pag. 98, 153.

Manuel Hermenejildo Aguirre con el encargo de comprar buques y de contratar marinos; seguro de que aún cuando Chile no tuviera con que responder, llegado el caso, el gobierno de Buenos Aires y *los Amigos* arbitrarian recursos con que hacerlo. (16)

Una de las circunstancias que embarazaba mucho al gobierno argentino para dar tantos y tan costosos recursos al general San Martin, era los arreglos que habian mediado entre el gabinete portugués y el Enviado argentino señor Garcia. Se ha visto antes que aquel gabinete se habia comprometido á respetar la inviolabilidad del territorio de Entrerrios como parte integrante de las Provincias Argentinas, limitando sus operaciones contra Artigas á la márgen izquierda del Uruguay; pero todo ello á condicion de que el gobierno de Buenos Aires obrase coercitivamente en la márgen derecha

(16) El señor Barros Arana se equivoca cuando dice— Para esto les entregó (á los comisionados) 200 mil por cuenta del Gobierno de Chile, y el Director Pueyrredon les dió letras por 500 mil. A lo que resulta de los *Papeles del señor Guido*, no hubo tales entregas en 1817; la primera no se entregó siquiera y la segunda no se hizo efectiva sino en 2 de Enero de 1818, lo que tiene una grande importancia en la historia de los disgustos de los señores Pueyrredon y Tagle con el general San Martin. Como ahora lo vamos á ver, los sucesos que ocurrieron en seguida interrumpieron el curso de estos armamentos marítimos.

con fuerzas eficaces, á fin de que las bandas de Artigas, deshechas y perseguidas por el lado oriental, no se abrigasen ni se pudiesen reponer para repasar y hostilizar á las fuerzas portuguesas. Nada mas justo que esta exigencia por parte de Portugal, y no solo por eso, sino por apremiante interés de ocupar y de aquietar las provincias argentinas de Entrerrios y Corrientes, el gobierno de Buenos Aires se veia formalmente obligado á poner en accion allí un ejército de tres mil hombres á lo menos. San Martin no los daba como lo habia ofrecido, de los que reputaba *suyos*. Belgrano no podia desguarnecer á Tucuman ni dejar sin reserva á Güemes. Entretanto habia que hacerlo; y se hizo con fuerzas débiles y con el desgraciado desenlace que era natural.

Dejando las cosas en este estado, el general San Martin regresó á Chile y llegó á la ciudad de Santiago el 11 de Mayo, á tiempo de atender á las numerosas y árduas necesidades que por allí ofrecian tambien los negocios; aunque sériamente enfermo.

El virrey del Perú preparaba una nueva expedicion de sus mejores tropas europeas, en número de tres ó cuatro mil soldados.

Pero la causa de la independencia argentina comenzaba á poner de su lado la poderosa influencia de la prensa inglesa y de la opinion pública: y el *Times* que era ya su representante mas genuino y respetado, decia en 11 de Abril

de 1817, al saber la victoria de Chacabuco:—
« Hay sin duda un deseo vehemente de parte
« del gobierno Español de envolvernos prime-
« ro en mediacion entre la madre pátria y sus
« Colónias, y por consecuencia, si nuestros
« términos no son aceptados, en una guerra
« contra las últimas. Por el contrario LA DIS-
« POSICION DEL PUEBLO AQUÍ ES DE INTERVENIR
« POR LA PARTE DE LOS INSURGENTES. Noso-
« tros *todavia* adherimos á la opinion de que
« nuestro deber al presente es de una estricta
« neutralidad, y con atencion á *aprovechar de*
« *las ventajas comerciales* que naturalmente
« resultarán de la neutralidad entre los belige-
« rantes.... Seria vergonzoso é inhumano *ven-*
« *der* ó alquilar nuestras armas por algunas
« ventajas. Aún mas, los que solicitan nues-
« tra mediacion olvidan *que ya hemos mediado*
« *y mandado una Comision à Cadiz con ese ob-*
« *jeto*, QUE NO FUÉ ACEPTADA..Nosotros confe-
« samos francamente que durante la guerra pe-
« ninsular *estuvimos pesarosos de que los Colo-*
« *nistas no estuviesen mas activos en mandar au-*
« *xilios á la madre patria*....Parece levantar
« aprehensiones (en España) de que algunos
« ingleses de espíritu turbulento se reunen á
« los insurgentes. No tenemos médios legales
« de evitarlo ni de impedirlo....Es sabido que
« si la tentativa de mediar que se nos pide fue-
« se inútil, deberiamos combatir, y no lo pode-

« mos *ahora* aunque quisiésemos. Nuestras
« rentas no saldan siquiera nuestro estado de
« paz. ¿Qué seria si tuviésemos que recomen-
« zar una guerra y mandar nuestras flotas y
« ejércitos para Sud-América?.... Expeliendo á
« los Franceses, y auxiliando á los Españoles á
« expulsarlos del corazon de sus territorios euro-
« peos, los hemos dejado expeditos *para reu-*
« *nir todas sus fuerzas*, y dirigir toda su ener-
« gia contra sus súbditos revolucionarios de
« Sud-América. »

Facil es ver que alboreaba ya la política de Mr. Caning en el sentido de la Independencia de la América del Sur; y que no fué Bolivar sino San Martin quien produjo y acentuó este grande movimiento de la Diplomacia Europea en la época mas gloriosa y mas fecunda de nuestra historia.

CAPITULO II

CAMPAÑA DEL CORONEL LAS HERAS EN EL SUR DE CHILE

SUMARIO—Campaña del Coronel Las-Heras en el Sur de Chile—Extenuacion asombrosa y lamentable del pais —Sus causas—Indiferentismo—Bandolerismo—El coronel español Ordoñez—Fuerzas de Ordoñez—Operaciones de Las-Heras—Hábil lucha de maniobras entre ambos jefes—Encierro de Ordoñez en Talcahuano—Previsiones de Las-Heras—Accion de *Curapaligüe*—Episódio de la isla de la *Quiriquina*—Alteraciones históricas, sus fines, sus ventajas y la leyenda nacional—Las previsiones proféticas de la poesía argentina *(nota)* —Asedio de la plaza de Talcahuano—Brillante victoria del cerro del *Gavilan*—Llegada de O'Higgins al sitio con nuevas fuerzas argentinas—Enfermedad grave de San Martin—Opiniones sobre O'Higgins—El Coronel argentino H. de la Quintana Director Supremo de Chile—Llegada del General don Antonio G. Balcarce.

Como el general San Martin lo habia previsto, preparó á su vez una division que marchando con rapidez pudiera sorprender á los españoles en sus primeros preparativos de defensa, ata-

car y tomar la plaza de Talcahuano. Conseguido esto, la expedicion de Lima debia encontrar tales dificultades, que casi era imposible que pudiera realizar su desembarco.

Antes de partir para Buenos Aires San Martin organizó la division con su habitual esmero, y la puso en marcha á las órdenes del coronel don Juan Gregorio de Las-Heras. Componíase toda ella de tropas argentinas: del batallon Nº 11 con 750 plazas, del 3er. escuadron de *Granaderos á Caballo* al mando del comandante don José Melian; de cuatro piezas de línea y dos obuses al mando del comandante don Pedro R. de la Plaza. Suponia el general que los comandantes chilenos Freire, Merino y otros guerrilleros patriotas á quienes habia encomendado correrias y recoleccion de recursos y acémilas para la Division, se habrian expedido con éxito, y reunido todos los medios indispensables para que Las Heras marchase rápidamente sobre Talcahuano sin dar desahogo á los españoles que hacian esfuerzos por su parte para defenderse y salvarse en ésta plaza.

El 8 de Marzo tuvo el general la satisfactoria noticia de que Las Heras habia ocupado la ciudad de *Talca*, y dominado con esto toda la línea interior del Rio *Maule* donde debia concentrar los recursos para ponerse en rápida marcha sobre el Sur. Arreglada así la prosecucion de la campaña con que debian coronarse los resul-

tados de la victoria de Chacabuco partió el general San Martin para Buenos Aires.

No era la campaña militar sobre el sur de Chile, tan fácil ni tan expeditiva como el general lo habia pensado. Por mucho que dijéramos, no alcanzariamos á dar con verdad una noticia acabada del estado de extenuacion y de miseria, de anarquía y desórden en que se hallaba. Desde la batalla *Rancàgua* la mayor parte de los habitantes propietarios del norte del Maule habian emigrado á Cuyo abandonando sus haciendas al robo de los ladrones sueltos, y al saqueo de la soldadesca española. Trescientos veintiseis de los que habian preferido quedarse habian sido deportados al atroz presidio de la Isla de *Juan Fernandez*—150 leguas dentro del mar Pacífico, sin contar con los que habian caido bajo la cuchilla de los vencedores. Las familias se habian desbandado, y rodaban por todas partes en el abandono, en el dolor, ó en la degradacion. Se habian seguido tres años de dura opresion, de contribuciones forzosas, de cárceles, de confiscaciones para pagar, premiar y mantener las tropas vencedoras. Muchos de los hijos de las familias criollas nacidos y criados en aquellos vecindarios rurales, se habian echado al bandolerismo patriótico, permítasenos decirlo, y hacian de su cuenta una guerra implacable abrigados en las escabrosidades del país. Otras partidas de guazos y verdaderos facine-

rosos sin rey ni ley, vagaban haciendo la misma vida, destruyendo y consumiendo cuanto encontraban. Obligadas á mantenerse concentradas en vista de las amenazas argentinas, las tropas realistas cuidaban ante todo de no gastarse, y se abstenian de emprender una campaña de policia en que hubieran sufrido mucho.

Pero triunfaban ahora los patriotas, y las familias y los propietarios adictos ó comprometidos en las banderas del Rey de España, huian á su vez buscando asilo en Talcahuano, detrás del Bio-Bio, y no pocos habia huido hasta el Perú y Lima.

De ambos lados el país estaba pues asolado; y así lo encontró el coronel Las-Heras, cuando con una marcha atrevida vino á dominar la márgen derecha del Rio *Maule*. Las-Heras se encontró en Talca desprovisto de los recursos que se le habian prometido, sin dinero y sin medios de adelantar. A lo que parece era en vano que los pidiese: no se le contestaba. (1) Pero compren-

(1) El 22 de Marzo le escribia á O'Higgins—«No sé por qué mis cartas y hasta mis comunicaciones oficiales llegan á V. con tal desgracia que no alcanzan contestacion siquiera. Yo estaria ya operando sobre los enemigos si se me hubiese dado lo que estaba pedido y convenido. No se me envia el dinero necesario, y se me recomienda muy especialmente que gravite lo menos que pueda sobre los pueblos. Era inútil la advertencia, por que estos están en tal estado que aunque los pongan en

diendo la urgencia de los momentos, aunque no estaba en aptitud de sacar resultados definitivos se decidió á pasar el *Maule* y continuar las operaciones que se le habian encomendado.

Los españoles, segun uno de sus partes, habian comenzado á hacer correrias á su frente desde el *Itata* al *Maule*. Para contenerlos y arrollarlos Las-Heras le ordenó al comandante Freire que con cuatrocientos milicianos marchase sobre ellos; pero burlando al jefe chileno, se ladearon á la costa de Cauquenes. Las-Heras hizo marchar entonces á los Granaderos de Melian con doscientos infantes montados; y los enemigos desalojaron el terreno trasladándose al Sur del Itata; con lo cual el jefe argentino se puso en aptitud de pasar tambien ese rio, y de abrir su campaña el 23 de Marzo.

Véamos ahora lo que habian hecho los jefes españoles que lo esperaban.

Uno de los oficiales que mas se habian distinguido en la guerra de España contra las tropas de Bonaparte era el coronel Ordoñez. Hombre de temple enérgico y audacísimo, de excelente ojo militar, experimentado y sagaz, se habia

prensa no dán un adarme de jugo; y si en otras circunstancias, dijo V. que la guerra no se hacia con *padrenuestros* y *avemarias* sino con dinero, calcule ahora como podré yo en otras peores llenar mi comision. En fin, no seguiré incomodando á V. puesto que estoy cubierto en mi responsabilidad.»

captado una alta y merecida estimacion en el ejército español; y si hemos de seguir las informaciones que hemos recogido de muchos de los que lo conocieron, presentaba indudablemente un conjunto de calidades que lo hacian muy parecido al conocido general Prim de este último tiempo. Ordoñez salió de España en 1814 con el nombramiento de Gobernador Intendente de las Provincias del Sur de Chile.

Llegó á Lima despues de la victoria de *Rancágua.* Algunos cuentan que no le cayó en gracia á Pezuela, y que le tuvo detenida la licencia de partir á su gobernacion; pero que conociendo despues la necesidad de buenos oficiales por la ineptitud de Marcó del Pont, se le dió el pase á su destino muy entrado ya el año de 1816.

Las acechanzas y falsas maniobras de San Martin habian sido causa de que Ordoñez hubiese permanecido en su provincia vigilando la entrada de los argentinos por el sur; y estaba de hito en hito esperándolos todavia, cuando ya San Martin habia triunfado en Chacabuco y ocupado á Santiago. Fácil es de concebir su estupor cuando algunos de los pocos fugitivos que alcanzaron á llegar del norte le dieron noticias de lo que habia sucedido: noticias que como sucede generalmente en estos casos se prestan á grandes dudas y conjeturas contradictorias. No tardó empero en conocer la verdad, aunque sin creer

que todo el ejército de la capital hubiese sido totalmente deshecho.

Comenzó sin embargo á desplegar una poderosa actividad acreditando el genio militar que se le reconocia; y poniéndose de acuerdo con el coronel don Juan Francisco Sanchez Gobernador de Chillan, que tanto habia acreditado tambien su capacidad y energia en la campaña de 1813—1814, comenzó á prepararse para resistir á los patriotas y dar tiempo á que le llegaran auxilios y refuerzos del Perú. Por lo pronto, su primer medida fué reclutar, por bien ó mal, todos los milicianos y hombres capaces de llevar armas en quienes pudo poner la mano, y encerrarlos en los castillos y cuarteles de Talcahuano. Dió órdenes á los subdelegados del *Maule* y del *Itata* que se replegasen pronto de sus partidos, arrastrando todo el ganado vacuno, caballos y víveres que pudiesen recolectar á viva fuerza y sin consideracion ninguna.

A poco andar comenzaron á llegar partidas considerables de dispersos casi todos de los que habian pertenecido á los cuerpos europeos, como era natural. Por ellos fué que Ordoñez pudo conocer toda la estension del desastre que habian sufrido la armas del Rey de España; y de los nueve mil soldados veteranos que habia contado el ejército real, solo pudo recoger bajo sus órdenes como 1200: mil y tantos habian huido al Perú por Valparaiso, quedando todo el resto per-

dido, unos como prisioneros, muchos como pasados, en desercion todos los naturales de Chile que servian mas ó menos violentados; por que—«la dispersion de un ejército reclutado en país enemigo, es como el agua que llueve en tejado»—decia el mariscal Berwick.

El coronel Las-Heras llevó su campaña de una manera muy hábil. Las divisiones enemigas que Ordoñez y Sanchez habian echado á su frente desde Concepcion y Chillan trataban de operar para reconocer la fuerza patriota y dividirla por los tres caminos mas ó menos paralelos que se corren del norte al sur de Chile. Las-Heras tomó el del centro con 600 y pico de buenos soldados, por la derecha y sobre el camino de la costa adelantaba Melian con 500 hombres y por la izquierda ó camino de las alturas, marchaba Freire con 400 milicianos en su mayor parte. Se hizo la marcha oblicuando alternativamente las posiciones respectivas; de modo que los enemigos retrocedian amenazados siempre de frente y flanco, sin poder descubrir el grueso de las fuerzas que los empujaban; hasta que llegaron á las posiciones que ocupaba Ordoñez en las goteras de Talcahuano. (2) Entre nuestros oficiales generales de la guerra de la Independencia tenia tanta fama de precavido y desconfiado el co-

(2) Informes verbales del mismo señor Las Heras que me fueron dados y repetidos varias veces, de 1842 á 1844.

ronel Las Heras, que sus compañeros muchas veces le tachaban de visionario y previsor de peligros donde ellos contaban con la mas completa confianza. (3) Marchaba de dia y campaba de noche como si tuviese al enemigo encima y se tratase de repeler su brusco ataque: precaucion que le sirvió en las altas horas de la noche del 4 de Abril no solo para evitar una derrota, sino para ganar una victoria digna de su crédito militar. Ordoñez habia venido observando cuidadosamente, y con mucha maña, los pasos de la division patriota, en la esperanza de tomarla en un mal momento y de destruirla por sorpresa. Contaba, sin que los patriotas lo supiesen, con mil y pico de buenos soldados, y se mantenia herméticamente encerrado en Talcahuano, como si hubiese resuelto permanecer inmóvil allí hasta recibir los refuerzos de Lima. Para Las-Heras, las apariencias nada valian: que tuviera cien hombres ó cuatro mil era lo mismo; y cuando llegó en la noche del 4 de Abril á la hacienda de *Curapaligüe* destacó sus partidas de avanzada hácia todos los rumbos por donde podia ser atacado; y alarmado precisamente por la soledad y el silencio en que todo aquello estaba, campó su tropa en el espacio que mediaba entre los edificios de la casa y un morrudo molino, quedando, se puede de-

(3) Esto como veremos le sirvió en *Cancharrayada* para salvarse y salvar todo el ejército.

cir asi en una posicion inexpugnable sin mas trabajo que poner de pié la tropa y recibir al enemigo. Inútil es decir que los oficiales de avanzada Dehesa, Alemparte, J. A. Martinez y Correa tenian órdenes estrictas de mantenerse en observacion contínua.

Y tenia razon, ese era el momento que Ordoñez habia escogido para batirlo. A la una de la noche salió este de Talcahuano con 600 infantes y 100 caballos contando con dar una feliz sorpresa.

Pero al aproximarse con ímpetu, las avanzadas argentinas, lo reciben con una descarga cerrada, y se abren tomándole los flancos; le vuelven á hacer fuego y se repliegan al cuerpo principal. Los soldados españoles se conturban: en vez de sorprender se ven sorprendidos: sus gefes los apuran, los reorganizan á la ligera y los llevan aturdidos sobre la línea de Las Heras que los esperaba en calma y en posicion: sigue el combate reñido en medio de la noche: trata Ordoñez de entrar á la bayoneta pero es repelido de frente, y fusilado de los flancos: pierde al fin su órden de batalla, es acometido á su vez y cede dejando en el campo dos cañones, bastantes muertos, algunos prisioneros, sesenta y dos fusiles, un carro de municiones, sin contar un número considerable de heridos que al favor de grandes empeños lograron levantar del campo y llevarse consigo. Ese mismo dia entró Las

Heras á Concepcion dejando acampadas sus fuerzas en el cerrillo del *Gavilan* que se levanta en los suburvios del noroeste. (4)

(4) Curioso será ver lo que con este motivo dice el señor Vicuña Mackenna:—« Batiendo á Ordoñez en una de las « jornadas mas sangrientas que se registran en nuestras « campañas de la guerra de la independencia, dió Las « Heras un dia de gloria *á las Armas de Chile:*». Si uno no viera esto escrito, é impreso, seria cosa de no creerlo! Verdad es que desde entonces con la complicidad disimulada al principio, pero manifiesta despues, del general San Martin, el Ejército Argentino comenzó á ser mirado y empleado como una propiedad de Chile, sin que un solo dia se obedeciesen en él las órdenes é insinuaciones del Gobierno de Buenos Aires. Aprovechándose de esto casi todos los escritores de Chile, con mas ó menos desembarazo, convierten en armas y triunfos chilenos, las de ese ejército que desde *Chacabuco* hasta *Pichincha* continuó siendo siempre compuesto de soldados, de oficiales y de jefes argentinos; y de esto dió testimonio verídico, aunque tardío, el mismo general San Martin, cuando habiendo dejado de necesitar esa ficcion insincera de un ejército chileno, que nunca existió ni triunfó al norte ó al sur de Chile, ni en el Perú—le dijo en la proclama que le dirigió al tomar tierra en el Perú— « Soldados: ya hemos llegado al lugar de nuestro desti- « no. . . . . . Acordaos que vuestro gran deber es con- « solar á la América, y que no venis á hacer conquistas « sino á libertar á los pueblos. . . . . . Los Peruanos « son nuestros hermanos y amigos: abrazadlos como ta- « les y respetad sus derechos COMO RESPETASTEIS LOS « DE LOS CHILENOS DEPUES DE LA BATALLA DE CHACABUCO » (*Historia del Perú Independiente* de don Mariano Felipe Paz Soldan, vol. 1.º cap. III. pág. 65) Ante este testi-

Al encerrarse en Talcahuano, Ordoñez habia tenido el cruel antojo de hacer prender un número considerable de vecinos afincados en los

monio no hay quien pueda levantar la voz contra la verdad que él acredita, ni quien pueda negar que esas palabras del general se dirijian al mismo ejército argentino que habia triunfado en Chacabuco y libertado á Chile. Pero si aún se pidiese mas, mas daremos ahora y mucho mas á su tiempo. La justicia y la verdad reclamaron su imperio sobre la conciencia del general San Martin al zarpar de Valparaiso en busca del Perú, y dirigió al Cabildo de Buenos Aires la siguiente nota fechada el 19 de Agosto de 1820: « Exmo Señor: el dia de mañana dá la vela la expedi- « cion libertadora del Perú: como su general, yo tengo « el honor de informar á V. E. que representa el *Pueblo* « *heroíco, el virtuoso Pueblo mas digno de la historia de* « *Sud-América y de la gratitud de sus hijos; protestando* á V. E. que mis deseos mas ardientes son por su felicidad; y *que desde* el momento en que se erija la autori- « dad central de las Provincias (Argentinas) ESTARÁ EL « EJÉRCITO DE LOS ANDES SUBORDINADO Á SUS ÓRDENES « SUPERIORES con la mas llena y respetuosa obediencia » (Papeles del *señor don Tomas Guido*, publicados por su hijo don Cárlos Guido Spano: 1882: pág. 466). Véase en la pág. 175 de esa misma coleccion, donde dice el general que—«*Chile no habia dado ni un peso ni un recluta*». Seria este el caso de traer á colacion la malhadada carta del general Guído del 18 de Marzo 1819 que con tanta jactancia y placer han usado los escritores chilenos para atribuirse la propiedad y las glorias del ejército argentino que libertó á Chile, que ocupó á Lima, y que puso los cimientos incontrastables de la emancipacion del Perú. Pero entre estos escritores ninguno como el señor Vicuña Mackenna. Segun él, la victoria de *Chacabuco*

pueblos del sur, y de confinarlos en la isla de la *Quiriquina* con todos los presos políticos y prisioneros que extrajo de las cárceles de Chillan

estaba ya preparada y ganada por las partidas de guazos chilenos; y quien la decidió fué O'Higgins. En la de *Maipú*, los españoles huyeron al ver sobre los cerros de sus flancos y retaguardia las innumerables huestes de campesinos con que los amenazaba el guerrillero Manuel Rodriguez. La de *Curapaligüe* fué—«gloria de las Armas Chilenas»—aunque ganada por Las Heras y por soldados argentinos. Mucho mas hemos de ver despues.

Y sin embargo, no seremos nosotros quienes criticaremos esa manera y método de presentar la historia nacional; por que el hecho es que adulterándola con ese patriotismo, se incrusta poco á poco en la creencia comun y general del pueblo una tradicion heroica, que aunque ficticia, levanta el caracter y la energia de las naciones: nadie, muy pocos al menos, son los que tienen ocasion y medios de verificar la verdad de los hechos. Si un escritor estrangero los refuta, su libro no puede correr con la abundancia ni con la aceptacion del libro nacional; contribuye á eso la complicidad del patriotismo; de modo que para lo que es realzar el sentimiento nacional, la historia adulterada ó ficticia produce el mismo efecto benéfico que la historia genuina. Y de nó, bastarianos leer en la *Historia General de América* del señor Barros Arana, que el ejército que llevó al Perú la causa de la Emancipacion era—«Un ejército chileno» contra los documentos y los asertos del mismo general en gefe como acabamos de verlo. Para los que lo necesitan el método no es malo, repetimos.

Al hacer estas rectificaciones nada mas nos mueve que el derecho á restablecer la verdad de los sucesos; y tan lejos de tener la idéa de mortificar el amor propio ageno, pensamos que Chile tiene mas justos motivos que

y de Concepcion. La *Quirinquina* es un peñon bajo y estéril colocado en la bahia bajo los fuegos de las fortalezas en donde nada hay que crezca ni agua siquiera que beber. Caro y difícil era para Ordoñez mantener aquella multitud de desgraciados dentro de una plaza sitiada; y se le ocurrió aliviarse pasándole una nota rajante á Las-Heras en que le notificaba que dejase entrar víveres para esos presos si queria evitar que muriesen miserablemente de ne-

esas jactancias lisonjeándose de haber adquirido la estimacion y el respeto de las naciones por la sensatez y la honorabilidad de su administracion: que es lo que lo hace uno de los Estados mas prósperos y mas sólidos de la América del Sur.

Diremos ahora que en las páginas del señor Vicuña Mackenna encontramos algo que nos concierne por razon de nuestro ilustre padre Don Vicente Lopez y Planes; y es, la burla que el escritor chileno hace de aquella conocida cuarteta:—«Cálle Esparta su virtud—su grandeza cálle Roma : —Silencio! que al orbe asoma—La gran capital del Sud. » Sobre esto diremos que la poesia tiene sus visiones y sus pronósticos inescrutables cuando es grande y verdadera por la frase y por el concepto. Quizá, despues que pase un siglo sobre nuestro pais, no parecerá tan escesiva la vision del poeta argentino: que al ver nacer esa nacionalidad victoriosa al otro lado de los Andes y á lo largo de las costas del mar Pacífico, echaba inspirado su vista al porvenir desde las márgenes del Rio de la Plata, y de pié en el vasto y opulento suelo que debemos al favor de Dios veía sus progresos futuros.

Tu prócul eventura vides: tibi déditus augur
Scit bené quid fati próvida cantet avis.

cesidad. Ordoñez no conocia (á lo que parece) al hombre que tenia al frente, y debió morderse los labios cuando recibió inmediatamente la contestacion diciéndole—«A V. S. corresponde asistir y mantener con abundancia y esmero á los potriotas que tiene presos ó prisioneros. En virtud de la nota de V. S. acabo de dar orden de poner á *media racion escasa* á todos los prisioneros europeos que tengo en mi poder: y me incumbe el deber de hacer saber á V. S. que por cada preso ó prisionero patriota que muera en la Quiriquina, pasaré por las armas dos de los que tengo en mi poder, hasta obtener que las leyes de la guerra se cumplan como las cumplo yo y los gefes á cuyas órdenes sirvo. No tenga duda V. S. de que igual cosa se hará en la capital y en los demas depósitos de prisioneros». No hacia muchos dias que el gefe argentino habia hecho fusilar espias que habia tomado, y se sabia que era hombre de una justicia severa y recta pero inflexible. El resultado fué que Ordoñez hizo retirar las guardias de la *Quiriquina*, dejando allí botes viejos y hangadas en que todos los detenidos se embarcaron hasta tocar libres las orillas donde dominaban los patriotas.

Atrincherado en el *Gavilan* y fortificado Ordoñez en la plaza de Talcahuano se puede decir que quedaban á fortaleza contra fortaleza pero sin bastantes recursos ambos para po-

ner en apuros el uno al otro. Sin embargo, la posicion de Ordoñez mejoraba dia á dia, mientras que la de Las Heras se hacia de mas en mas difícil. Ordoñez disciplinaba y aumentaba sus fuerzas dentro de la plaza, y contaba con un número muy superior al de Las-Heras. Le convenia pues por lo pronto ganar tiempo; por que no solo esperaba refuerzos del Perú, sino que el activo y bravo coronel Sanchez dominando absoluto al otro lado del Biobio, reunia numerosas fuerzas de caballeria, y disciplinaba tambien soldados traidos de Valdivia y de Chiloe. Las-Heras entretanto se hallaba paralizado en medio de un pais devastado y sin medios de accion. Apercibido de que su posicion se empeoraba y de que podia llegar un momento en que no tuviera como retirarse ó como evitar un contraste, multiplicaba sus avisos al gobierno de Santiago y aconsejaba la venida de O'Higgins á Concepcion, no solo por la popularidad de que gozaba en el sur, sino por que solo un chileno revestido de la autoridad suprema, podia extraer y colectar por la fuerza los recursos y medios necesarios para continuar las operaciones.

Que fuese por las atenciones apremiantes del gobierno y de la tristísima situacion en que yacia la administracion pública, ó por no dar bastante crédito á las exigencias de Las-Heras, O'Higgins ofrecia partir pronto pero no lo veri-

ficaba. Segun él, era ridículo el temor de que pudiera llegar á Talcahuano un refuerzo de Lima, que Las-Heras comunicaba aludiendo á noticias que le habian dado algunos pasados, y entre ellos un oficial mendozino. Pero cuando el Supremo Director de Chile estaba en esta seguridad, llegó un bergantin norte-americano contando que el Virrey Pezuela no habia permitido desembarcar las tropas que habian escapado del desastre de Chacabuco embarcándose en Valparaiso y San Antonio, y que en el puerto del Callao se les estaba habilitando con toda rapidez para que volviesen á Chile.

Conoció entonces O'Higgins que Las-Heras tenia razon, y el 10 de Abril puso en marcha hacia el sur el batallon argentino número 7 mandado por el teniente Coronel Conde de la misma nacionalidad, el tercer escuadron de *Granaderos à Caballo* cuya nacionalidad es notoria, dos compañias de artilleros con dos piezas del ejército de los Andes, y doscientos á trescientos hombres de las milicias de caballeria de las cercanias de Santiago.

Despues de los arreglos administrativos y políticos que su ausencia hacia necesarios, delegó el mando en el Coronel Argentino don Hilarion de la Quintana; y el 15 salió á ponerse á la cabeza de la division. Apenas se vió en la campaña, tuvo ya ocasion de darse cuenta de cuantas y cuan enormes dificultades habia te-

nido que vencer Las-Heras para operar y arrollar á los enemigos hasta encerrarlos en Talcahuano. «Por grandes que fuesen sus deseos de llegar á Concepcion su marcha no pudo ser tan rápida como él queria. En todos los pueblos de su tránsito ocurrian grandes dificultades que lo obligaban á demorarse y que embarazaban el servicio de todos los empleados y subalternos. El camino del Sur *estaba cubierto de bandidos* que si no estaban ya en relacion con los realistas, era probable que se entendiesen con ellos». Entretanto se realizaba la peor parte de los recelos del coronel Las-Heras. El 1º de Mayo se avistaron en Talcahuano cuatro buques españoles que desembarcaron 1600 hombres, á las órdenes del coronel Morgado enteramente de acuerdo con las noticias que habia comunicado el bergantin norte-americano. (5)

Apenas recibió estos refuerzos no pensó ya Ordoñez en otra cosa que en emprender de sorpresa un vigoroso ataque sobre el campamento de Las-Heras, con el fin de destruirlo antes de que se le reuniese O'Higgins. Nada mas natural que esta esperanza teniendo ahora una

(5) De esas tropas fueron solo separados por Pezuela el coronel Barañao que fué destinado á la gobernacion de Trujillo, el coronel Quintanilla por no andar en buenas relaciones con Ordoñez, y el brigadier Maroto que pasó á la gobernacion del Cuzco.

enorme superioridad de fuerzas disponibles; y con el temor de que se le evadiese por una pronta retirada, tomó sus medidas para impedírselo. Las-Heras, habia previsto tambien que un militar de las aptitudes y de la audacia de Ordoñez habia de hacer lo posible por aprovechar tan favorable ocasion. Tan cierto estaba de ello, que en la tarde del dia 4 de Mayo le escribió á O'Higgins que apresurase en lo posible sus marchas—« al alba pienso ser atacado; y si V. E. no acelera sus marchas á toda costa en auxilio de esta division, pudiera tener un fatal resultado para el país ».

Pero mas confiado en sí mismo que en el auxilio que pudiera traerle O'Higgins, se ocupó toda la noche en rectificar cuidadosamente sus posiciones. Por su frente defendia su centro el número 11 con cuatro piezas colocadas al frente de la altura de Chepe y mirando al camino que de Talcahuano viene á Concepcion: por su izquierda, mirando al oriente habia hecho construir un reducto defendido por una compañia de los batallones argentinos 7 y 8 á las órdenes del teniente coronel Freire (chileno) y á su derecha, defendida por un arenal difícil de transitar, habia colocado otras dos piezas, que en caso de ser necesario podian ser apoyadas por dos compañias del número 11 puestas en disposion de acudir por allí á las órdenes del Capitan don Roman De-

hesa: formaba en reserva el escuadron de Granaderos á caballo al mando de su Comandante Manuel Medina.

Si Ordoñez contaba con la sorpresa, estaba engañado. El gefe argentino lo esperaba, y sus soldados estaban resueltos á no dejarse vencer. En efecto, entre las 4 y 5 de la madrugada, se sintió la aproximacion á la playa de Penco de unas cuatro lanchas armadas con *pedreros* que abrieron un vivo fuego por aquella playa, al mismo tiempo que Ordoñez, á la cabeza de una columna de 600 infantes resguardada en los flancos por 250 caballos apareció por el lado de *Chepe* avanzando con rapidez sobre el centro. La artilleria de los patriotas rompió sus fuegos sobre él causándole bastantes estragos: la columna enemiga se conturbó un momento: su bravo gefe la reorganizó, y consiguió colocar en la lomada de *Chepe* dos piezas de artilleria que tiraban á bala rasa sobre el campamento argentino; y de allí volvió al ataque amagando entrar á Concepcion por el lado oriental protegido por esos cañones. Su arrojo fué tanto que sus primeras partidas ocuparon la *Casa de Ejercicios* frente á frente del campamento. Por el costado derecho entró conjuntamente la division Morgado fuerte de 400 á 500 hombres: topó allí con el reducto de Freire, vaciló y este, así que lo notó, sacó al esterior sus soldados, los echó en guerrilla, y reforzado al ins-

tante por dos compañias del número 11 al mando del capitan Nicolás Arriola, se arrojaron á la bayoneta, desbarataron el ataque, y pusieron al enemigo en completa derrota quitándoles los dos cañones con que habia entrado en combate. A pesar de todo, Ordoñez sostenia bien el ataque por el lado de *Chepe*. Las-Heras habia tenido allí el contratiempo de que se le desmontasen los cuatro piezas por la viveza y la continuidad del fuego. Pero supliéndolas con un acto de energia desprendió al capitan Dehesa con la 4ª compañia del número 11 ordenándole que recuperase á la bayoneta la *Casa de Ejercicios;* y para asegurar el éxito de este audaz movimiento, lanzó los Granaderos á Caballo sobre el centro de la columna de Ordoñez protegiéndolos con el avance de la tercera y cuarta compañia del 11 á las órdenes del Sargento Mayor del cuerpo don Enrique Martinez. Comprendió Ordoñez que todo le habia fallado, y se puso en retirada; mas, en ese momento entraba al campo de batalla el Sargento Mayor Cirilo Correa con dos compañias del número 7 que O'Higgins habia hecho avanzar al oir el fuego presintiendo que Las-Heras estaba atacado. Con esta aparicion, la retirada de los realistas se convirtió en completa derrota: dejaron tres cañones, 25 mil cartuchos, muchas cargas de municiones, 86 caballos, 300 fusiles, 80 prisioneros y 180 muertos. Las-Heras habia batido á

un enemigo muy superior en fuerzas y habia quedado dueño del campo de batalla. En la tarde de ese mismo dia se incorporó el general O'Higgins á la division vencedora.

No estaba fuera de los designios de O'Higgins y de Las-Heras el proyecto de dar un asalto en forma á la plaza sitiada, antes de que viniesen á reforzarla las nuevas tropas que se esperaban de Lima. Pero por lo mismo, era indispensable limpiar el país vecino de las gruesas partidas con que el enemigo lo recorria; y tomar los fortines de la frontera á uno y otro lado del Biobio, para estrechar así la escasez de la plaza, quitarle los víveres que de cuando en cuando lograban introducirle esas partidas, y hacer no solo difícil el desembarco de los refuerzos, sino mas estrechas las angustias de la plaza cuando tuviese que mantener tres ó cuatro mil hombres mas.

Pero un invierno escepcionalmente rígido y lluvioso, en que las nevadas se frecuentaron como pocas veces, hizo sumamente laboriosas estas operaciones; cuyo éxito no se consiguió sino entrado ya el mes de Noviembre. Era tarde.

Resulta de los documentos oficiales, que el general San Martin se encontró imposibilitado de atender personalmente á los sucesos tan retardados de la campaña del sur. A fines de Mayo, y por causa probablemente del viaje

que acababa de hacer por las cordilleras en una época muy desfavorable ya del año, tomó un catarro bronquial, que descuidado al principio por lo imperioso de las tareas que pesaban sobre él en la administracion y campamentos de la tropa, comprometió el pulmon de una manera tan séria que el médico del ejército Juan Isidoro Zapata llegó á temer una terminacion fatal; sin que fuera extraño que por sus enormes responsabilidades, y por su timidez, hubiera exajerado en demasia el estado del ilustre enfermo, de quien en aquel momento dependia el éxito feliz ó desgraciado de la emancipacion de Sud-América. (6)

(6) El mal, segun parece llegó á su mayor intensidad de Julio á Agosto, y tuvo una declinacion lenta de Setiembre á Diciembre. El doctor Zapata, Cirujano Mayor del ejército, segun me han dicho los que lo conocieron y se vé en la *Revista de Buenos Aires,* tomo 5, pág. 172, era un Negro limeño, modesto y aplicado pero verboso. Como es sabido en el tiempo colonial ningun hombre blanco y de buena estirpe estudiaba y egercia la medicina en los pueblos del Pacífico. Se le tenia por profesion baja y menospreciada, de que se habian apoderado los negros criollos; con no poco talento al pensar de muchos, pero con estudios incompletos como era indispensable en el tiempo. Decíase que este físico era hijo del Canónigo Zapata, natural de Mendoza, pero dignatario del Coro de Lima. Hé aquí el diagnóstico que emitió oficialmente sobre el estado del general San Martin á fines de Julio (1817)—«Preveo muy próximo el término de la vida de nuestro ilustre

Con estas malas noticias, se le hacia saber á Pueyrredon que el ejército argentino habia sido puesto á las órdenes de O'Higgins al frente de Talcahuano. El Supremo Director contestó que esperaba que con la buena estacion se hubiese ya restablecido San Martin—«y que creia de suma conveniencia la ida de San Martin (al sur) pero que consideraba tambien necesaria su presencia en el ejército (la parte acampada en *las Tablas*) pues ignoraba la situacion por menor de ese pueblo (Santiago) y no podia formar un juicio exacto:—Contemplo á O'Higins (agregaba) muy bueno, pero en la guerra es

general, si no se le alívia de las tareas que lo agitan. El cerebro viciado por el continuo trabajo, comunica la irritabilidad al pulmon, al estómago, y á la tecla vertebral, de donde resulta la *emathoe*, ó sangre por la boca que si antes fué traumática, hoy es lo que hé dicho. El mismo origen tienen sus *dispexias* y vómitos, sus insómnios y la consuncion á que va reduciendo su máquina».

Daba cuenta el señor Guido de este diagnóstico fatal y decia—«La complicacion de los negocios que pesan sobre este digno gefe es inexplicable en un pais donde todos los vicios de la depravada administracion española *conspiran contra el que manda.* La mayor parte de los ciudadanos mas distinguidos por su rango, lejos de auxiliar embarazan, por su timidez y por su apego á los resabios coloniales. Esto redobla los cuidados del General, aniquila sus fuerzas, y le produce recaidas violentas que agravan su estado.» (Pap. del señor Guido. pág. 24 y 25).

una arma eficaz el crédito del General, y es preciso convenir en que O'Higgins no lo tiene, como aquel, entre nuestras tropas ni entre las enemigas. (7)

Era indispensable además, por mil otras razones, que O'Higgins volviese á Santiago y tomase las riendas del gobierno. La persona de Quintana, ya por ser de argentino, ya por estar de manifiesto que en ese alto puesto no era otra cosa que agente subalterno de intereses políticos y personales de otros, ofendia profundamente la quisquillosa delicadeza de los chilenos: y sobre todo de los mismos que estaban adictos á la situacion. Parece probable que en vista de todo esto, se resolviera privadamente entre San Martin y Pueyrredon que el General don Antonio Gonzalez Balcarce pasase á Chile á sostituir á O'Higgins en el mando del Ejército del Sud, para que este regresase á la capital. Pero, como fuera el señor Guido quien apareciera como promotor y negociador de este cambio, el general O'Higgins quedó bastante resentido, como veremos despues.

Complicaciones muy dolorosas habian tenido lugar al mismo tiempo en Buenos Aires, comprometiendo de mas en mas la política argentina en la situacion engorrosa de los asuntos de Chile.

---

(7) Papeles del señor Guido, pág. 32 y pág. 42.

CAPÍTULO III

ESFUERZOS Y EXTENUACION DE NUESTRO ORGANISMO POLÍTICO

Sumario—Alucinaciones febriles de los emigrados políticos—Combinaciones y proyectos fantásticos de los hermanos Carrera—Doña Javiera Carrera—Proyectos para insurreccionar á Chile contra O'Higgins—Fuga y aventuras de los hermanos Luis y Juan José Carrera —Robo y violacion de la balija del correo—Luzuriaga gobernador de Cuyo—Arresto y prision de don Luis y de su compañero Cárdenas—Situacion política de Chile —El coronel don H. de la Quintana delegado en el mando por O'Higgins—Viaje de don Juan José Carrera—Suceso de la posta *San José*—Presuncion del asesinato del niño postillon—Arresto de don Juan José —El Proceso criminal y las averiguaciones—Pueyrredon, San Martin y O'Higgins—Efecto del descalabro sobre el ánimo de don José Miguel—Don José Miguel, Artigas y los naipes del fraile Garcia—Tentativa de don Luis Carrera para evadirse y apoderarse de Cuyo —Nuevo desastre—Opinion del licenciado don Juan de la Cruz Vargas—Caracter enfadoso y dañino de estas complicaciones bajo el punto de vista argentino— Agotamiento de recursos, y extenuacion de fuerzas ocasionadas por la defensa del órden interno y de la

emancipacion de Chile—Complicacion funesta de las tropelias de Artigas en Entrerrios y Corrientes—Horrible situacion de los vecindarios y de las familias—Conatos por romper el yugo de Artigas y de sus tenientes—Descalabro de los *Toldos*—La Nota oficial de Artigas—La demencia de los tiranos y el mareo de la sangre—Entrada de nuevas divisiones portuguesas, y derrotas de Artigas—Pasiones agresivas y brutales de Artigas sin justificacion de ninguna clase—Barreiro: su peligro de muerte y su salvacion—Insinuaciones y trabajos de don José Miguel Carrera.

No hay situacion que alucine tanto las esperanzas de los desgraciados, como la de los emigrados de un partido político perseguido por el gobierno de sus contrarios. Hacen ellos entrar en el cálculo de sus realidades aquello que generalmente se llama—«los ensueños del pordiosero.» De acuerdo con sus pasiones y con las angustias que pasan cada dia, multiplican por miles los grupos de descontentos que estan dentro del país que los llama, esperando que vengan de afuera á salvarlos; y toman por decision al sacrificio y al levantamiento en masa, los vagos rumores con que uno ú otro amigo acongojado, y mal avenido, les trasmite el deseo de los pueblos á echarse á la accion, desde que un gefe atrevido se presente á congregarlos. La preocupacion se convierte pronto en un estado *psicológico* iluminado unas veces y enfermizo otras. Las ideas toman una claridad fascinadora á causa del giro y del roce contínuo

con que van y vienen por la imaginacion, en mil combinaciones de circunstancias á cual mas precisa y mas favorable: allí mismo se las forjan; hasta que llega al fin una hora en que el génio rompe todas las dificultades, y triunfa entre las luces de la histôria; ó en que la vulgaridad enceguecida por la misma irradiacion de la demencia vá de lleno á la catástrofe.

Don José Miguel Carrera en Montevideo, sus hermanos don Juan José, don Luis, (doña Javiera sobre todo,) en Buenos Aires, no podian convencerse que el pueblo entero de Chile no estuviese indignado de que un «guacho» y un «gitano»—O'Higgins y San Martin—lo tuviesen dominado y esclavizado á los soldados estrangeros de un tirano, de un Neron: que, para solaz de sus conciliábulos, hacia consonante con Pueyrredon, en las infinitas diatribas con que ya en prosa, ya en verso, solazaban sus reuniones privadas y sus planes. En el fondo tenian razon de suponer, que, si bien no era en ese mismo grado, el espíritu público de Chile participaba del mismo enojo; y cuando les llegó la noticia de que San Martin estaba *postrado en cama*, de que O'Higgins estaba al frente de Talcahuano, y de que se habia cometido la insoportable insolencia de entregar el Poder Supremo del país á un menguado coronel argentino, contaron con que todo estaba ya maduro á la medida de sus deseos; y que habia llegado el momento de

obrar. Contribuyó á hacerles concebir facilidades, las circunstancias de que en esos dias hubiera llegado á Montevideo la fragata norte-americana *General Scott*, que era uno de los buques que don José Miguel habia inducido á venir al Rio de la Plata con la mira de sacar un buen precio. Creyendo contar con este buque para trasladarse al Sur de Chile con armas y partidarios, don José Miguel acordó con sus dos hermanos y algunos de sus mejores parciales que saliesen de Buenos Aires, y se introdujesen ocultamente en Chile para *dar el golpe*, decia, así que supiesen la llegada de la fragata y su desembarco.

Pronto estuvieron de acuerdo; y bien servidos por sus relaciones, don Luis y don Juan José se procuraron buenos pasaportes y papeles con nombres falsos, contando que asi atravesarian incógnitos y felizmente las provincias argentinas hasta introducirse en Chile.

Hicieron salir en delantera á tres partidarios oscuros con cuatro sirvientes y cinco soldados, que como peones se juntaron con dos *árrias* que marchaban á San Juan llevando mercaderias. Tomando diversos caminos y distintos dias, estos descubridores, diremos así, llevaban órden de ocultarse en la *hacienda de San Miguel*, vasta y opulenta propiedad de doña Javiera, y de esperar allí la llegada de sus gefes, que debia

tener lugar diez ó doce dias mas tarde por caminos separados.

Suponiendo que semejantes pasos les salieren bien, se proponian apoderarse ante todo del General San Martin que como hemos dicho se hallaba postrado: obligarlo á firmar órdenes y movimientos de tropas para dejar desarmado á O'Higgins y fraccionado el ejército de los Andes; y en caso de no lograrlo, levantar guerra en Chile con la bandera del patriotismo local contra la tiranía de los Argentinos. Otras mil fantasias habian acordado. Pensaban juzgar á San Martin en un gran Consejo de guerra por el crímen de haber intervenido y tomado parte en los partidos Chilenos, usurpando un poder que no le correspondia en país ageno. Habian resuelto tambien permitir al Ejército de los Andes que repasase libremente la cordillera, si renunciaba á la resistencia. Pero pensaban reclamar la entrega de todos los chilenos que hubiesen servido voluntariamente á las órdenes de los vencedores de Chacabuco, para confiscarles los bienes y fusilarlos; premiando con empleos y dádivas á los patriotas que cooperasen á la grande obra, intentada por estos desgraciados ilusos, al mismo tiempo que el ejército Realista estaba próximo á desembarcar en Talcahuano con nuevo peligro de la independencia de su propio país. Nada les decia por lo visto el lúgubre recuerdo de Rancágua!

En Buenos Aires debia tambien responder una sedicion de los Cívicos, tan luego como el movimiento de Chile pusiese en conflictos al ejército de los Andes, para darse la mano con los montoneros del litoral; derrocar el Directorio, y levantar hombres del partido popular ó *cívico* que comenzaba á tener una importancia amenazante como en el tiempo de Alvear.

Eran tales las seguridades que daban los descontentos de Chile, que los conspiradores de Buenos Aires habian llegado á convencerse de la practicabilidad de estos ensueños; y fué así que llenos de fé pusieron manos á la obra.

El 6 de Julio de 1817 llegaron en efecto á la hacienda de *San Miguel* diez ó doce soldados de nombre insignificante bajo el mando de cuatro oficiales decididos: Jordan, Martinez, Lastra y un sargento Conde que habia sido inseparable compañero de don José Miguel. Pero no bien se habian introducido al monte de la hacienda para cortar ramas y preparar algunas chozas, cuando una partida del gobierno se echaba sobre ellos, y los conducia á un cuartel, con tal reserva, que nadie sospechaba en Santiago lo que acababa de suceder. El fin del gobierno era aprovecharse de esta ignorancia para descubrir por medio de los presos todos los hilos que la conspiracion pudiera tener en Chile.

Los gefes de la conjuracion, que ignoraban la mala suerte de sus emisarios, salieron de Buenos

Aires en prosecucion de su plan. Don Luis salió el 10 de Julio como peon ó *mozo* de un tal Cárdenas que habia sido oficial subalterno suyo. El 18 llegaron á Córdoba. Cárdenas hizo revisar los pasaportes; y como nadie sospechara allí quienes eran ni de lo que trataban, pudieron tomar el camino de la Sierra para salir al de San Juan, como el menos espuesto á encontrar en él obstáculos ó desconfianzas. A los dos dias de andar, quiso el acaso que se les reuniera un correista que llevaba la *Balija* para la Rioja y para otros puntos de las comarcas andinas. La ocasion le pareció propícia á don Luis para apoderarse de la correspondencia y ver si el gobierno de Buenos Aires habia descubierto su fuga, ó si daba órdenes y prevenciones para detenerlos. El correista se resistió á las indicaciones y halagos que los dos prófugos le hicieron para que abriese la balija y les dejara ver si habia algunas cartas ó pliegos para ellos, contestándoles con honradez que solo el Maestro de posta tenia el derecho de abrir la balija. Pero ellos, disimulando sus propósitos, esperaron la noche, y se alojaron en la misma posada en que se alojó el postillon. Lo convidaron á comer y á beber hasta que habiéndolo cargado de vino fingieron que se ponian á dormir. El que en efecto se durmió con todo descuido fué el postillon. Cuando los prófugos lo vieron así, se apoderaron de la balija, le cortaron con cuidado

las costuras que aseguraban las presillas del candado, y sacaron toda la correspondencia oficial con lo demas que les pareció importante para su caso. Despues de este atentado volvieron á coser con el mismo cuidado las partes desprendidas, de modo que el postillon no pudiese sospechar lo que habia sucedido, como no lo sospechó en efecto.

Dueños de la correspondencia, pasaron la noche leyéndola; y como no encontraran motivo ni rastro alguno que les hiciera temer haber sido descubiertos, arrojaron los papeles á un lado del camino, y siguieron en la misma ruta con el postillon hasta la posta donde este entregó la balija á otro postillon, y regresó á Córdoba.

Despues de esto llegaron á San Juan sin ninguna novedad; y allí resolvieron separarse para borrar los indicios que pudieran haber dejado en el camino. Un antiguo soldado de los Carrera, amigo de Cárdenas, se comprometió á conducir á don Luis hasta Mendoza y ocultarlo en casa de un pariente oscuro que le merecia mucha confianza. Partió don Luis con él, y Cárdenas quedó en San Juan. El conductor cumplió su promesa: y luego que dejó oculto á don Luis, se ausentó. Pero los misterios con que éste parecia preocupado, las precauciones que tomaba para que no se supiese su venida, pusieron en angustias al vecino que lo habia asilado. El coronel don Toribio de Lu-

zuriaga, brazo fuerte de San Martin, era allí tanto mas temido cuanto que se tenia una idea muy bien acreditada de la suspicacia de su carácter, de la grande vigilancia con que cuidaba el órden de la provincia, y del rigor, sobre todo, con que perseguia y castigaba toda sospecha de subversion por efímera que fuese. Apercibióse don Luis de la agitacion en que estaba su ocultador; y al verlo ausentarse, comprendió que iba á delatarlo, y salióse detrás de él sin darse tiempo á tomar sus papeles ni su equipaje. Introdújose sin prévio aviso en casa de otro chileno á quien habia conocido antes; pero en ese momento ya se le buscaba. Sus papeles y su equipage lo habian descubierto, y en pocos momentos se le tomó.

Por lo pronto don Luis negó con firmeza que hubiera llevado propósito alguno contra la tranquilidad pública: la causa de su fuga era la desesperacion de su largo destierro, las persecuciones de que era objeto su familia en Buenos Aires, y el deseo de esconderse ignorado y quieto en la Hacienda ó granja de sus padres.

Pero quiso su desgracia, que al mismo tiempo que á él le prendian, se descubriera en San Juan el robo y la violacion de la balija. Preso Cárdenas, no solo habia confesado el hecho y que su autor habia sido don Luis, sino que habia revelado tambien la marcha de éste á Men-

doza y *todos los propósitos de la conjuracion que llevaba á Chile.* (1)

El teniente gobernador de San Juan don Juan de la Roza, comunicó inmediatamente lo ocurrido al gobernador Luzuriaga. De modo que éste, si bien pudo creer que hubiera algo de verdad en las primeras disculpas de don Luis, tuvo al momento la prueba de los propósitos anárquicos y subversivos con que habia emprendido el viaje. Con esta luz procedió al momento á formalizar la famosa causa que tanto ruido ha hecho en nuestra historia; y mandó un expreso, que ganando horas, llevase la noticia á Chile, para que se tomasen las precauciones necesarias contra aquel peligro, que, en el primer momento, se le presentaba como sumamente sério y grave, por las vastas ramificaciones que le suponia en Chile y por las revelaciones de Cárdenas.

En la ausencia de O'Higgins gobernaba, segun hemos dicho, el coronel argentino don Hilarion de la Quintana, que, como es natural suponerlo, era fiel instrumento de la política personal de O'Higgins. A este le habia convenido mantener en el mas impenetrable secreto la prision del grupo de conjurados que habian descubierto y prendido en los montes de San

(1) Declaracion de Cárdenas en el Proceso que corre impreso.

Miguel. Espéraba de ese modo aprovecharse de la ignorancia de esta prision, para obtener revelaciones y descubrir las maniobras de los conjurados que suponia avisados y prontos en Santiago. Pero aprehendido don Luis en Mendoza, y dueños ya de todos los hilos de la tentativa, temieron que el sentimiento de la propia defensa llevara á los conjurados de Santiago, á tentar un golpe rápido que hubiera de ocasionar mas desgracias y mayor severidad en la represion; y se decidieron entonces á obrar prendiendo y encarcelando un número considerable de personas notables, que indudablemente estaban complicadas, de una manera directa las unas, é indirecta las otras, como resulta de las revelaciones que produjo el Proceso.

La obligacion de perseguir personas de distincion y estrechamente vinculadas con familias de primera nota, fué motivo de grande sinsabor para el coronel Quintana. Como argentino era nada mas allí que un extranjero sin derecho propio para ejercer facultades coercitivas y castigos severos sobre los ciudadanos chilenos: ni tenia otra mision que la que le habia dado O'Higgins para que representara sus intereses personales en la política interior de Chile. Esto, en el momento presente exageraba el sentimiento de indignacion personal contra esta prueba palpable y humillante de que el personalismo de O'Higgins estaba apoyado por hombres y por

influjos argentinos: ó por lo menos, de que estos eran los sostenes y cómplices de su dictadura. Los mismos partidarios de O'Higgins habian mirado mal esta prediléccion por un extranjero; y cada dia corroboraban mas su opinion al ver el efecto desastroso que hacía en el público.

Entretanto, el coronel Quintana habia sido puesto en ese lugar espontáneamente por O'Higgins. Contra su propia voluntad se habia visto forzado á prestarle ese servicio. El general San Martin se hallaba entonces en Buenos Aires (Abril de 1817), y tuvo tal disgusto al saber esa circunstancia que escribió reservadamente á Guido para que sin estrépito, y aprovechando la primera oportunidad, sacase á Quintana de esa comprometida situacion y recayese en manos de chilenos la delegacion del gobierno. Guido tambien habia hecho objeciones á tiempo, pero habia tenido que callar ante la voluntad decidida de O'Higgins.

El caso se presentaba ahora mas desnudo y mas irritante. Era necesario perseguir, encarcelar y deportar chilenos; y para mayor enojo, coincidia una disidencia viva y agria, entre Quintana y el Cabildo de Santiago, con motivo de unos impuestos irregulares, ó tenidos por tales, que por órdenes de O'Higgins se habian cargado al vecindario. (2)

(2) El señor Guido cuenta así este incidente:—«Des-

Consiguió al fin el coronel Quintana que O'Higgins lo eximiese de la comision que le habia dado, y fué sustituido por una Junta Delegada compuesta de tres señores enteramente

« pues de la jornada de Chacabuco el órden se habia
« restablecido: la armonía entre los magistrados tomaba
« consistencia, la liberalidad de las tropas restauradoras
« compensada por la gratitud de los ciudadanos virtuo-
« sos estrechaba cada dia mas la confianza entre los
« súbditos (?) de ambos Estados. Pero aún existian en
« esas Provincias (del Plata) ciertos génios que por des-
« gracia de la América tomaron influjo en los primeros
« tiempos de la revolucion del Reyno (Chile) y que sin
« haber escarmentado en la escuela de las desgracias
« pasadas se empeñan en renovar las escenas que hu-
« bieron de perder para siempre este país. Incitados *al-*
« *gunos díscolos* de esta Capital—por cartas de chilenos
« emigrados en esas Provincias *para promover celos* entre
« los naturales de uno y otro Estado habíase principiado
« há mas de tres meses á sembrar especies que avivasen
« la desconfianza contra nuestras armas; y aparentando
« un santo anhelo por la independencia del Reyno, ins-
« piraban temores que fácilmente siente la multitud im-
« bécil de todo pueblo y de que se aprovechan los malva-
« dos.—La política del gobierno, la conducta moderada
« del general en jefe del Ejército de los Andes, y la opi-
« nion de los hombres de bien contrastaba el empeño de
« los perturbadores, á términos de inutilizar todos sus
« pasos; pero continuaba un rumor sordo fundado en la
« sustancialidad de las quejas en el orígen del Director
« Delegado don Hilarion de la Quintana, encareciendo
« la degradacion del país por la tolerancia de un *porteño*
« á la cabeza de la magistratura Suprema. El espíritu
« de partido figuraba misterios en las operaciones mas

ligados al partido dominante, coronel don Luis de la Cruz, don José Manuel Astorga y don Francisco Antonio Perez: que por cierto no procedió con blandura en la prosecucion de la causa y

« indiferentes. Entonces *creí* (*) político y necesario avi-
« var en el Director Delegado los deseos de dejar un
« mando *que habia recibido con disgusto* y que ya le era in-
« soportable. Con efecto dirigió sus renuncias al Supre-
« mo Director propietario, que no le *fueron admitidas* hasta
« por tercera vez, cuándo descubierta la conjuracion pro-
« yectada en esa Capital (de que instruiré á V. E. por se-
« parado) se hizo inevitable la aceptacion de la renun-
« cia. Era necesario que el poder ejecutivo que sucediese,
« apareciera todo del interés de los naturales, sin vis-
« lumbre de relaciones con las autoridades argentinas, y
« en aptitud de decidir sus operaciones políticas con ab-
« soluta independencia.»—(Pap. del señor don T. Guido, pag. 34) Algunos sin fijarse en el anacronismo han pretendido que esta actitud del señor Guido produjo un conflicto con O'Higgins tan fuerte, que éste exigió que le fuese retirada la plenipotencia; y que así se explica un notable párrafo de la *Gaceta de Buenos Aires* con el título de *Falso Rumor* en que se procura desmentir la voz corriente de que el gobierno argentino retiraba su comision al señor Guido; pero, la renuncia del coronel Quintana tuvo lugar en Agosto de 1817, y el incidente del *Falso Rumor* en noviembre de 1818, lo que prueba que en esta última fecha se trataba de otros hechos de muy distinto género é importancia como lo veremos á su tiempo.

(*) Adviértase que en esta fecha (Agosto) ya estaba el general San Martin en Santiago, y que este *creí* del señor Guido, debe ser *creimos* históricamente hablando, y comprender á San Martin en esa opinion ó *creencia*.

de las prisiones por via de precaucion y de esclarecimiento.

Mientras esto acontecia en Mendoza y en Chile, salia don Juan José Carrera de Buenos Aires (ignorándolo todo) como sirviente de un tal Alvarez, impresor chileno, que se fingia en sus papeles comerciante de mulas. Habiendo llegado sin novedad á la posta *San José* intermédia entre el *Rio Cuarto* y la ciudad de *San Luis*, pidieron caballos con urgencia, y el *Maestro de posta* por servirlo pronto se los dió haciéndolos acompañar con un niño de 16 años, hijo suyo, que habia de conducirlos por aquella desierta travesia y regresar de la posta siguiente con los mismos caballos. Al entrar la noche, Alvarez se adelantó á la posta de la *Cañada de Lucas*, con el motivo ó pretesto de preparar la comida por el hambre que llevaban, *quedándose don Juan José con el niño.*

Quiso la mala suerte de aquellos malaventurados que despues de la separacion de Alvarez, y apesar del hambre que habia dado motivo á ella, don Juan José se quedase en el desierto con el niño postillon. Una tormenta violentísima de pampero y granizo les tomó en la noche; y tan crudo fué el frio, que el niño apesar de la vida habitual y de estar connaturalizado con las intemperies de aquellos campos, amaneció muerto, quedando Carrera solo, y sin testigo que pudiese delatar su camino; pero tan yerto y

tan entumido, segun dijo él mismo, que habria perecido, si Alvarez, inquieto por la tormenta y por la tardanza, no hubiera vuelto á buscarlo con caballos y con auxilios. Era fatal y raro el caso, en verdad.

Al llegar don Juan José á la posta de la *Cañada de Lucas* se encontró con el correo que venia de Mendoza dando noticias de la prision de don Luis y de la vasta *Conspiracion de los carrerinos*. Lo mas acertado que don Juan José podia haber resuelto en aquel momento era volverse inmediatamente á Buenos Aires; donde podia haberse ocultado con mayor facilidad que en Chile; y donde, en todo caso, aunque preso al principio, habria obtenido un proceder mas clemente que el que hahrian de adoptar las autoridades de Mendoza ó de Chile amenazadas de mas cerca por sus propósitos.

Pero su mala estrella ofuscó sus ideas, y prefirió seguir de incógnito á Mendoza, contando con que esta misma audácia le serviria para escapar á toda sospecha. Verdad es que él no sabia que Cárdenas en San Juan habia ya declarado su venida; y que con este antecedente, una partida del gobierno de San Luis, donde imperaba el vigilante coronel Dupuy, le esperaba en la posta de las *Barranquitas*, donde en efecto fué detenido con Alvarez. Traido á dar las primeras declaraciones, dijo mas ó menos lo que habia dicho don Luis; pero re-

convenido con las revelaciones de Cárdenas, confesó que habia algo de cierto en los cargos que se le hacian; y es de creerse que dijo la verdad declarando—*Que él no habia entrado en el complot político de sus hermanos*: que su único afan « habia sido meterse en Chile y vi-
« vir al lado de su señora de quien no podia
« estar ausente sin sentirse profundamente des-
« graciado, pues no tenia recursos para vivir fue-
« ra de la hacienda de sus padres, donde ha-
« bia pensado hundirse en la mas profunda
« oscuridad. En corroboracion, agregó: *que*
« *hacia mucho tiempo que se hallaba en el mas*
« *completo desacuerdo* con su hermano don José
« Miguel, á términos de tener rotas sus relacio-
« nes. »

Como esto último era verdad, creemos que lo demás tambien lo seria. Don Juan José habia sido siempre *godo* y *realista* en el fondo, y muchos de los que lo conocieron y fueron bien informados de estos sucesos, aseguraban con buenos datos que su último plan era declararse por los realistas si estos triunfaban: y vivir entretanto oculto y tranquilo en la campaña, á la espera de los sucesos. Dupuy no pudo sacarle mas aclaraciones que estas; y Alvarez, apesar de haber sido azotado cruelmente por órden de aquel, se afirmó en que esta era la verdad ó por lo menos lo único que á él le habia dicho. Pero uno y otro cometieron la enorme impru-

dencia de guardar profundo silencio acerca de la muerte del niño postillon.

Entretanto, inquieto el padre con la demora de su regreso por dos noches y un dia todo entero, se puso en su busca por los campos, hasta que en efecto dió con el cadáver del niño algo á trasmano de la línea recta que debian haber seguido: circunstancia que don Juan José explicó, cuando se le hizo tan tremendo cargo, diciendo que á causa de la borrasca los caballos se les habian alejado y que para no perecer habian tratado de andar algunas cuadras y ver si tomaban alguno, hasta que la rigidez de la noche los habia postrado.

El padre del niño no aceptó esas explicaciones y persistió en asegurar que Carrera lo habia ahogado oprimiéndole el pecho para ocultar su ruta; que si se habia quedado solo, habia sido para que Alvarez le trajese nuevos caballos con que adelantar su camino y ganar tiempo. El cadáver estaba en efecto muy amoratado; pero la imposibilidad de hacer allí una inspeccion profesional autorizaba la duda. La escusa del hambre habria sido buena para que Carrera se hubiese adelantado á la posta, decia el acusador, pero nó para que se hubiese quedado en la pampa.

Bajo el peso de un hecho como este la historia tiene que cubrirse la vista y enmudecer. No pudiendo vindicar, no puede ni debe inculcar en los indicios desfavorables que podria seguir la razon y la lógica jurídica, contra un desgraciado cuya

sangre corrió en el patíbulo como la de una víctima política. Pero es incuestionable que el padre de ese niño que se habia sacrificado en el desempeño humilde de su deber, debió mirar esa triste y lúgubre ejecucion como una reparacion justa y debida á los manes de su tierno hijo.

A los pocos dias de su prision, don Juan José fué remitido por Dupuy á la cárcel de Mendoza, donde se hallaba tambien don Luis; y allí comenzó esa larga y azarosa causa de los dos hermanos que tanto ruido hizo, y que á medida que se adelantaba perdia su primera importancia, porque con escepcion del incidente del postillon y del mal espíritu que era preciso sofocar en Chile, todo lo demas del plan era un miserable desatino que en ningun caso podia haberse llevado á cabo ni producir resultados sérios.

Si como era evidente la prision de los dos Carrera habia sido una buena fortuna para O'Higgins, mas favorables eran las coincidencias con que ella habia venido á servir el vivo interés con que el gobierno argentino miraba la conservacion del órden interior. Ni Pueyrredon, ni San Martin, tenian motivos de odio personal contra los presos de Mendoza; y la verdad es, que habian hecho de su parte cuanto era dable en las circunstancias por asegurarles una posicion honorable y lucida que los mantuviese á distancia de Chile mientras se conseguia expulsar á los españoles y expedicionar sobre el Perú. Pero

convencidos de la terquedad y de la incansable saña con que don José Miguel y sus secuaces estaban resueltos á buscar complicaciones y medios de venganza en los azares del desórden popular, sabian, que presos ahora dos de ellos y amenazados de un serio castigo en caso de que su propio hermano los comprometiera con una conducta imprudente, podian contar con que este hombre incorrejible se contendria en sus atentados; y que se resignaria á una estricta tranquilidad con prescindencia de intrigas ó tentativas peligrosas.

Tan acertado era este cálculo, que precisamente en aquellos dias, empeñado estaba don José Miguel en obtener auxilio de tropas y armamento naval, de la buena voluntad con que el general Lecor y don Nicolás Herrera lo habian recibido en Montevideo. El halagaba al uno con la amistad que lo ligaba al general Alvear para contrapesar la influencia de San Martin en el ejército argentino; y al otro con la probabilidad de que un trastorno en Chile y en Cuyo, le libraran del temor de que el gobierno de Buenos Aires pudiera tomar parte en la guerra que le hacian los orientales. En la voraz actividad de su espíritu habia tratado tambien de ligar relaciones con Artigas para combinar elementos disolventes que desde Santa-Fé cundiesen en Córdoba, en San Luis y en Mendoza. Todo le venia bien y en todo ponia su mano es-

trellándose cada dia en los obstáculos de un lado y buscando al ótro dia como doblarlos por el otro lado. Fué en medio de estos afanes que le llegó la noticia del contraste de sus hermanos.

Tanta razon y tanto acierto tenian los cálculos del general y del Supremo Director, que don José Miguel al saber ese contraste le escribia así á la señora doña Javiera: « La situacion « de mis hermanos me tiene atado y perple- « jo. Todo quisiera hacer por ellos. Pero « no sé cómo ni qué pedir. Preséntate al Con- « greso y vé al Director para que *los traigan* « *a Buenos Aires*. Si han delinquido no ha podi- « do ser sino contra el país en que se hallaban « y en donde han sido tomados. Y si su crímen « ha sido querer fomentar mis intereses en Chile, « en Mendoza no hay jurisdiccion para encau- « sarlos y castigarlos. Su causa corresponde « al gobierno general; y este no tiene derecho « á otra cosa que á expulsarlos del territorio « donde hayan preparado esos trabajos.... « Mientras esten presos yo no puedo moverme « de aquí ni emprender nada, aún cuando pueda « llegar la fragata *Scott* cuya demora me tiene « pensativo.... Bien es que aún llegando nada « haria quizas, por el amor de ellos, y calcúla « tú el estado de mi espíritu. » Pero segun consta del Proceso, su hermano don Juan José habia declarado que una de las bases de la cons- piracion era obrar de acuerdo con Artigas y con

Mariano Vera, el gobernador de Santa-Fé; y el mismo don José Miguel, con fecha 24 de Julio habia escrito á su señora—«Pronto estaré con Artigas: y de ahí á Chile.»

Y en efecto: desengañado, y conociendo que el general Lecor no pasaria jamás de los melosos cumplimientos y esquisita urbanidad con que lo trataba, no tardó en irritarse contra esta conduota que él llamaba desleal; y echó el fuego de sus esperanzas del lado de Artigas. Tratando empero de no hacer acto própio ni ostensible, se valió del Fraile franciscano Solano Garcia hijo de Chile y buen amigo suyo. Era este fraile hábil é industrioso en pequeños trabajos de mano; y aunque la cosa era poco concordante con su carácter sacerdotal, habia trabajado unas excelentes planchas de madera con que estampaba naipes; y las usaba en provecho própio, no muy limpio quizá. Valióse Carrera de él para que le propiciase la proteccion y el favor de Artigas; y con ese fin inventaron un ingeniosísimo modo de captarse el cariño del caudillo oriental: que fué estampar en el *As de Oro* una orla de gloria con esta inscripcion:

Con su valor y fatigas
Libertó la Patria Artigas (3)

El presente era naturalmente apropiado á la popularidad y al influjo que queria Artigas

(3) Vicuña Mackenna.

mantener entre los semi-salvages y bandoleros del litoral dados con frenesí al juego de naipes; y el fraile Solano Garcia se dirijió al campamento de la *Purificacion* con buenas docenas de esos naipes, que regaló ó expendió segun las clases y sugetos con quienes se puso en contacto.

Pero Artigas era demasiado desconfiado y cauto para recibir al fraile Garcia sin inspeccion secreta de su policia. Supo muy pronto que era agente de Carrera: los elogios que hacia de este lo confirmaron en que para algo se le buscaba; y no tardó en saber que se hacian diligencias para que Carrera pasara á Entrerrios y se uniese con Ramirez y con Vera de quienes (del primero sobre todo) tenía ya grandes celos y cuidados el caudillo oriental. Provocó él mismo las confidencias del fraile fingiéndose bien dispuesto, y cuando este se confió en servicio de su mandante, Artigas prorrumpió en palabras terribles contra Carrera, hasta asegurar que si caía en sus manos lo haria degollar, pues por cuenta de Lecor y de los portugueses *maquinaba anarquizarle los pueblos libres que se habian puesto bajo su proteccion.* Sin mas ni mas expulsó en el instante al emisario de los naipes, que regresó como pudo en un lanchon y bastante de prisa. Los hombres de este jaez son demasiado astutos para admitir á su lado cooperadores con pretensiones de valer

tanto ó mas que ellos; y por eso Artigas y Carrera eran incompatibles.

Faltóle pues á don José Miguel, y de golpe, todo cuanto habia combinado y tentado para continuar sus empresas contra O'Higgins y San Martin. Perdida toda esperanza de que lo protegiese el general portugués, rechazado y amenazado por Artigas, desparramados y presos sus mejores partidarios, y—«atado y perplejo por la suerte de sus hermanos»—no le quedaba mas arbitrio que resignarse á una inaccion desesperante, á una cruel y lenta espectativa, mientras se seguia, unas veces en Chile, otras veces en Mendoza, la causa criminal de sus hermanos cuya principal gravedad, no tanto era su faz política por lo pronto, cuanto su carácter criminal por el presunto asesinato del niño, hijo del Maestro de la Posta de *San José*.

De genio demasiado altivo, ó indómito, si se quiere, para resignarse á tanta desgracia, no pensaba don Luis en otra cosa que en combinar medios de evasion. Nunca menos que ahora era posible dejarlo entrar en Chile. Talcahuano se sostenia; y no era éste chico contratiempo para la causa de la independencia; por que no solo era una plaza fortificada sino un puerto seguro y bien situado para que la nueva expedicion que acababa de salir del Callao con cuatro mil soldados, europeos en su mayor parte, tomase tierra en el centro mismo

del territorio, y á la vanguardia de las numerosas masas de *Chillanejos* y de *Chilotes* que ocupaban todo el país al sur del Bio Bio. La entrada de los Carrera y el alzamiento de su partido al favor de una situacion tan complicada y tan peligrosa, habria traido el rompimiento de la guerra civil en medio de la guerra nacional: es decir, una coincidencia como la de *Rancágua* que era menester impedir á toda costa. El general San Martin, harto y justamente preocupado con tan grande peligro le escribía al Gobernador de Cuyo general Luzuriaga:—«Redoble V. S. su infatigable vigilancia *por la seguridad de los Carrera;* pues se me repiten los avisos de que se trata con empeño de promover su fuga».

Y era verdad: Don Luis habia armado en la cárcel una nueva conspiracion. Puesto al habla con un sargento Solis, chileno, que con frecuencia venia con la guardia de la cárcel, consiguió interesar su compasion con demostraciones de amistad, con lamentos sobre su desgracia, y promesas de todo género. Solis le procuró la adhesion de unos treinta *cívicos* y otros perdularios, que se dejaron halagar con las brillantes recompensas que les esperaban en Chile una vez que los reos se viesen allí en libertad. El plan de la conspiracion era ridículo; no se limitaba á la fuga, sino que aspiraba á volcar el gobierno y apoderarse de la provincia. Para esto los conjurados se proponian asaltar la

guardia, poner en libertad y armar treinta y cuatro presidarios que estaban en la cárcel: sorprender á Luzuriaga, á Corvalan jefe de Plaza, al mayor de los Cívicos D. M. Martinez y á otros muchos: llamar á las armas á todos los chilenos esparcidos por la Provincia:—reunir á los numerosos prisioneros españoles tomados en *Chacabuco* con otros que Güemes habia remitido para alejarlos de aquella frontera: arrastrar con estas fuerzas á los Cívicos de Mendoza organizando un gobierno terrible: apoderarse de San Juan: y sacar recursos por contribuciones para entrar por el Sur en Chile, levantar el país, y ponerse en aptitud de exigirle á San Martin que expedicionase al Perú con sus tropas, ó que se retirase por la Cordillera libremente. Por el plan puede deducirse la capacidad de estos obsecados sediciosos. Bien le habia escrito don José Miguel á su hermana:—«Mis hermanos se pierden. No son hombres para estas empresas. No tienen discresion ni recursos; ni es ésta tampoco la época». (4)

Don Juan José era escaso de fantasía pero tenia un sentido mas práctico que el de don Luis; y cuando los soldados confabulados le impusieron de lo acordado dándole una lima para que se librase de los grillos y estuviese pronto á obrar, se resistió á creer que su her-

(4) Vicuña Mackenna, § XI. Cap. VIII.

mano hubiera caido en semejantes sueños y exigió prueba escrita para contestar.

A la verdad que el estado moral de ambos presos debia ser amargo. Creian que estaban bajo la mano de enemigos duros y terribles. La pasion les impedia hacerse una idea exacta del ánimo de San Martin: y creian que no debian contar con otra esperanza de salvar de los tormentos, del mal trato y de la muerte, sino con su propio esfuerzo para reventar sus cadenas. El encierro combinado con el insómnio y con la desesperacion, bastan para enloquecer á los hombres, como lo saben hoy todos los criminalistas modernos.

Convencido al fin don Juan José de que su hermano habia concertado realmente aquel complot, contestó que él no haria otra cosa que cooperar hasta recobrar su libertad, para *ocultarse en Chile en el seno de su familia, pues estaba hastiado de la vida política,* y decidido á no continuar en las amarguras que ella le habia ocasionado.

Preparados al golpe, los conjurados designaron para darlo la noche del 25 de Febrero de 1818, dia en que Solis entraba de guardia. Como éste habia hablado y comprometido á varios individuos del pueblo, luego que cayó la tarde del dia fatal se fué á ver á uno de ellos llamado Olmos que podia arrastrar y capitanear doce ó quince *Cívicos.* Al oir Olmos que estaba tan in-

mediata la ejecucion de sus promesas, se sintió turbado, y decayó perplejo su espíritu: la agitacion y el miedo aumentaron su confusion por instantes: y en vez de ir á reunir su gente, se resolvió, al cabo de media hora de tribulaciones, á presentarse á Luzuriaga y revelarle toda la conjuracion, confesando la parte que tenia en ella.

Luzuriaga lo secuestró inmediatamente; y llamando en el acto una fuerza veterana, con oficiales de su confianza, se presentó en la cárcel, prendió la guardia de cívicos, los engrilló, los metió en los calabozos, redobló las prisiones de los Carrera, y comenzó á instruir el nuevo proceso en aquella misma noche.

Cuando daba cuenta de todo esto al general San Martin en la madrugada siguiente, el Licenciado don Juan de la Cruz Vargas, á quien el gobierno habia nombrado Juez instructor, escribia tambien al mismo general lamentándose de que Luzuriaga hubiese procedido tan tontamente:—«No ha sabido jugar el lance: le decia « en estilo de naipes. El debió dejarlos salir; « y tener apostados doce hombres por allí cerca, « y haberlos baleado á ellos y á la guardia ga- « nada que escapaba con ellos. Tiene V. una « justicia pronta, bien merecida en el mismo « hecho de la delincuencia, y nos librábamos de « este modo de estos diablos, y *de las conside- « raciones, que no atino por qué fundamento*

« *les dispensan los gobiernos* MÁXIME EL DE « NUESTRO ESTADO. Luzuriaga no estuvo en el « golpe! »

De las declaraciones que se les tomaron resultó comprobadísimo el plan. Todos los testigos convinieron en que su autor y cabeza era don Luis. El mismo don Juan José declaró en 2 de Marzo que los emisarios de su hermano le habian dicho que una parte del plan *era ponerse de acuerdo* con Artigas y con Vera el de Santa Fé, y protestó que él no se habia prestado á nada mas que á fugar para esconderse tranquilo en Chile: que ignoraba lo que hubieran acordado los otros, pues jamás habia pensado ni intentado TRASTORNAR EL BUEN ÓRDEN QUE REINABA EN MENDOZA. En obsequio de la justicia, es preciso convenir en que esto era estrictamente cierto.

Envuelto don Luis en tan concluyentes declaraciones, vió que no le quedaba disculpa. Toda la dignidad de su alma se alzó soberbia derrepente contra su propia confusion, y fastidiado por la fuerza de los cargos, dijo que iba á declararlo todo, si el gobierno le prometia perdonar á los infelices á quienes habia seducido y engañado: protestando que su hermano don Juan José era enteramente inocente. Luzuriaga ofreció el perdon (que á su tiempo fué cumplido religiosamente) y don Luis confesó todo lo que

antes hemos narrado con la franqueza caballeresca y entera que era propia de su carácter.

Nada mas desagradable para el gobierno directorial que esta tediosa inmixtion de la política de Chile con los negocios interiores de las Provincias Unidas; y harto caro pagaban estas sus glorias del otro lado de las Cordilleras, con las fatigas y los sinsabores que esas complicaciones causaban de momento á momento.

La cuestion portuguesa tratada con suprema habilidad y heroico patriotismo por don Manuel José Garcia, tomaba el sesgo altamente satisfactorio que conocemos. El gabinete de Rio Janeiro habia prometido categóricamente que la ocupacion de la Banda Oriental seria transitoria, y concretada únicamente á la expulsion de Artigas y restablecimiento del órden (5), y que como una consecuencia de esta base amigable, el Brasil se abstendria de pisar con sus fuerzas las provincias de Entrerrios y Corrientes; pero con la condicion natural de que el

(5) No debe olvidarse jamás que si esta gloria de la diplomacia argentina no tuvo su completa consecuencia despues, fué por que los mismos orientales espresaron su voluntad de que preferian convertirse en provincia brasilera antes que volver á la integridad nacional argentina; y que fué en este último acto en el que el Brasil apoyó su derecho contra las reclamaciones que el gobierno argentino le hizo para que cumpliera sus primitivas declaraciones.

gobierno argentino las sometiese á su autoridad, poniéndolas en órden é impidiendo que Artigas levantase fuerzas allí, y las emplease en hacer la guerra á las tropas portuguesas que ocupaban la otra costa.

Claro es que bajo el punto de vista del derecho internacional el gobierno portugués tenia razon en exigir que las provincias del gobierno nacional, ó amigo, no sirviesen de cuartel y reclutaje á su enemigo; por que de otro modo le incumbia el derecho de atravesar el Uruguay y de perseguir las bandas de Artigas en el territorio argentino.

Privado del ejército de los Andes, y no pudiendo disponer del que formaba el general Belgrano en Tucuman que servia de reserva á las fuerzas de Güemes al frente del formidable ejército español que mandaba Laserna, se puede decir que el gobierno de Buenos Aires estaba en completa incapacidad de someter la rebelion de Santa Fé y de ocupar el Entrerrios. Contaba para la defensa de la capital y de las fronteras en que los indios salvages, á 20 leguas, hacian sus atroces correrias y saqueos, con dos batallones de negros (africanos en la mayor parte) y con un cuerpo de dragones sin ninguna disciplina ni consistencia. Y no solamente era esto, sino que le faltaba buena oficialidad; por que toda la que valia algo, y era capaz de mantener el buen

nombre nacional, se hallaba dentro ó alrededor de aquellos dos ejércitos en accion.

Sucedió entretanto lo que era de temerse en tan triste situacion. Derrotado Artigas en el *Quaraim*, y deshechos sus tenientes en la *India muerta*, (6) desparramó sus emisarios por toda la costa occidental del Uruguay y por Corrientes. Servido allí por Ramirez—el alzado gefe de Enterrios; aliado suyo en el levantamiento contra el órden nacional, reorganizó numerosísimos grupos de gauchos y de indios ginetes; disciplinó tres batallones, y preparó algunas fuerzas en el centro de la provincia fuera del alcance de los portugueses, con lo que volvió á echarse á la Banda Oriental donde al momento respondió un nuevo alzamiento, tan general como espontáneo, de valientísimos bárbaros con no pocos foragidos. En muy pocos meses, se vió el general Lecor verdaderamente asediado en Montevideo; falto de ganado vacuno y de artículos de campaña, privado sobre todo de caballos y sin medios de adquirirlos, ó de mantenerlos para operar en campaña. El resultado fué que se viera encerrado en la plaza; en pleno bandolerismo toda la campaña, y completamente cortadas sus comunicaciones con las fuerzas y autoridades portuguesas de la frontera del *Yaguaron* y de *Santa Ana*.

(6) Véase el vol. VI, pág. 367 y siguientes.

Forzados se vieron pues los portugueses á emprender una nueva y laboriosa invasion para despejar el pais de aquellos enjambres de partidas que lo recorrian; y se acordó entre ellos que el general Lecor hiciera entrar por el Uruguay una escuadrilla sutil que despejara la costa á uno y otro lado, y que sirviera de apoyo á una fuerte division de tropas que bajaria recorriendo la costa oriental del mismo rio, y empujando los grupos enemigos hacia adentro del pais; á fin de que pudiesen caer bajo las divisiones del general Curado Marqués de Alegrete y del general Abreu que debian entrar, por Santa Ana el uno y por el Yaguaron el otro.

Las costas del Uruguay ofrecian entonces una vasta y solemne soledad abandonada á la barbárie en su estado primitivo, donde rara vez se veia ó se oia otra cosa que el canto de las aves, el rugido del yaguar, ó el murmullo del magnífico Rio llevando en su corriente la fragil canoa del indio leñador. La navegacion era dudosísima y muy difícil para buques de vela y de construccion ordinaria como los de aquel tiempo. La escuadrilla portuguesa tenia pues que marchar cautamente, con suma lentitud; y sucedió que al pasar cerca de la costa entrerriana, entre *Gauleguaychù* y el Arroyo de la China, dió con una bateria emboscada en las arboledas que le hizo fuego desde tierra,

causándole algunos daños. Don Jacinto Roque de Sena Pereira gefe de la escuadrilla contestó ruidosamente, armándose con este motivo un infernal pero vano cañoneo que alborotó por demás los ecos de aquellas quietas regiones. Este estrepitoso ruido llevado por aquellos ámbitos solitarios fué oido por las avanzadas portuguesas que venian ya próximas al *Queguay;* y habiendo dado parte inmediato al General Curado de aquella importante novedad, este comprendió que la causa seria la llegada de los buquecillos de su nacion, y adelantó inmediatamente fuerzas bastantes con órden de aproximarse al lugar del tiroteo. Dieron estas fuerzas al otro dia con los buques que seguian subiendo el Rio; y recibieron informes unos y otros del estado de las cosas. Con el grande interés de que esta vía única de comunicacion no fuese interrumpida por la bateria que habia hecho fuego á la escuadrilla, el general portugués le ordenó al gefe *rio-grandés* Bentos Manuel que atravesase el Uruguay llevando los caballos á nado: que atacase la villa de la Concepcion en el Arroyo de la China y destruyese la bateria.

En esa villa era donde Artigas tenia depositada la caja del dinero con que contaba. Hallábanse allí tambien, agrupadas sin hogar ni recursos, mas de trescientas familias arrancadas de la otra costa, que habian visto incendiar sus casas, arrebatar sus bienes y sus ense-

res, como necesarios á las bandas del gefe y con el fin de dejar vacio y yermo el terreno en que habian de pisar los enemigos. Muchas personas de ambos sexos que no se habian apurado á ponerse en camino, habian sido pasadas á cuchillo á vista de sns deudos por las partidas que intimaban la órden.

Bentos Manuel atravesó el Uruguay: arrolló á los artiguistas hasta tres leguas al interior: entró al Arroyo de la China, tomó dinero, armas, cañones, y cometió el desacato de imponer una contribucion de 4000 pesos á los vecinos entrerrianos, con el pretesto de que era necesaria para auxiliar á las familias arrancadas de su país, y proveer á su regreso bajo la custodia y la proteccion de las armas portuguesas.

Este ataque á la costa entrerriana causó en Buenos Aires una ruidosa irritacion. Fué traido y puesto en prisiones el infeliz comandante de un buquecillo que hacia la guardia en Martin Garcia, por haber dejado pasar la escuadrilla portuguesa; y el Director reclamó inmediatamente contra esa agresion. Lecor insistió en el buen derecho del General Curado para aquel acto. Desde que el Gobierno de Buenos Aires (decia) no asegure con fuerzas propias la navegacion del Uruguay por la parte argentina, es indispensable que los Portugueses usen de los medios permitidos para su propia defensa, con

tanta mayor razon cuanto que la agresion y los tiros habian procedido de la costa entrerriana. El Director no podia dejar de asentir á la justicia de la observacion; y se vió forzado á enviar fuerzas contra las montoneras de Entrerrios.

Dominaba en las regiones entrerrianas del Uruguay don Francisco Ramirez—gaucho mestizo ambicioso y resuelto, que se creia llamado á grandes destinos, y que no carecia de cierta amplitud en las ideas y aún de buenas dotes militares. Ligado con Artigas en los propósitos generales, habia empezado á sentirse mas fuerte que Artigas mismo en su própio terreno de Entrerrios donde Artigas *era estrangero*, miéntras que Ramirez era *nativo*. A fé que esta doctrina de la propiedad local, era la del maestro, y no tenia este derecho á quejarse. Puesto en esta pendiente Ramirez se hacia cada vez mas sobérbio, asegurando de mas en mas su independencia local. Aunque gran federal por su cuenta, lo único que él sabia de las teorias federales era que ellas tenian por base un régimen en el que cada provincia debe ser dueña de sí misma y cada caudillo dueño absoluto de su provincia; lo que él traducia como un dogma constitucional sin atenuaciones en provecho de su propio poder absoluto y personal. Reconociéndose con mas aptitudes y fuerzas que los otros caudillejos que dominaban en Gualeguay y del lado del Paraná, habia tomado ya la resolucion de arrojarlos

para quedar por árbitro único de todo su territorio.

Conocidas esas ambiciosas pretensiones que ya mostraba Ramirez de hacerse el gefe omnipotente de Entrerrios, se alarmaron algunos de los que hasta entónces habian compartido con él el poder anárquico á que los autorizaba el caudillage de Artigas; y se consideraron perdidos si no volvian sus ojos al gobierno nacional. Ramirez tenia la base de su influjo en las costa del Uruguay; y aunque predominante en todo el territorio, figuraban del lado del Paraná algunos gefes que con mas ó menos razon se creian amenazados por él, y capaces de volcar su influencia si conseguian ser apoyados por Buenos Aires. Entre estos era el Comandante Eusebio Hereñú el que se atribuia mas popularidad, pero se inclinaban tambien á sus mismas ideas los de igual grado Gregorio Samaniego, Gervasio Correas y Evaristo Carriego; hombre hábil este último, y muy á propósito para manejar el asunto con éxito. Unidos por el mismo temor y puestos de acuerdo, ofrecieron al Supremo Director provocar la reconciliacion de los pueblos argentinos del litoral si él por su parte los auxiliaba con algunas tropas.

La ocasion era favorable y coincidia ademas con la necesidad imperiosa en que el gobierno nacional se hallaba de tomar posesion del Entrerrios para evitar que los portugueses tuvieran

necesidad de entrar allí á pretexto de perseguir y desarmar las partidas de Artigas. El Supremo Director cometió el imperdonable error de no haberse puesto de acuerdo con los gefes portugueses para obrar en combinacion. Si lo hubiera hecho, habria asegurado la victoria; y desde aquel dia se habria consolidado para siempre la tranquilidad y la integridad del organismo político nacional argentino. Pero temió Pueyrredon las acusaciones de sus enemigos políticos: le faltó valor para ofrontar el gran problema en el momento en que mejor y mas completamente podia haberlo resuelto; y sin fuerzas adecuadas, sin medios consistentes, emprendió la sumision del inmenso país barbarizado que se trataba de sugetar al órden.

La suerte de los vecindarios pacíficos y de las familias entrerrianas era de lo mas desgraciado que la imaginacion pueda concebir. La desnudez, el hambre y la desolacion, habria sido poco todavía si con la miseria pública no anduviese obrando á sus anchas, el saqueo, la violacion, y el asesinato, sin piedad ni asilo respetado. Todos los dias llegaban mugeres prófugas á las costas y á las islas de San Nicolás, pidiendo pan y andrajos, y contando horrores de lo que allá quedaba por detrás de ellas. El comandante Samaniego avisó que habiendo despertado las sospechas de los sicarios del artiguismo habia tenido que armarse y lla-

mar á sus amigos en derredor suyo: que esto habia bastado para que se cometiesen tales tropelias que de los pueblos de Gualeguay y de Gualeguaychú habian venido á asilarse un número considerable de familias pidiéndole que las trasportase á las costas de Buenos Aires. Pero que no tenia recursos para servirlas, ni podria sostenerse si no se le mandaban auxilios.

El Supremo Director no pudo desoír las plegarias de tantos infelices; y haciendo un grande esfuerzo mandó aprontar de prisa una division de ochocientos hombres, y la envió á las órdenes de don Luciano de Montes de Oca, coronel graduado de Milicias. Era este gefe un hombre honorable pero de poquísimos alcances y sin antecedentes militares. Lo que determinó su eleccion fué la suposicion de que conocia bien los lugares donde habia de operar, y de que gozaba en ellos de mucha y justa estimacion.

El 19 de Diciembre de 1817 llegó la pequeña espedicion al paso de los *Toldos* en el Rio Gualeguay. Allí la esperaban los gefes entrerrianos convenidos ya en pronunciarse contra Artigas y contra Ramirez. Tenian como 200 hombres del país: que en su mayor parte eran vecinos de los pueblos ansiosos de sacudir la situacion espantosa en que se hallaba la provincia. Estaban ademas con ellos todas las familias de Gualeguay y Gualeguaychú que habian venido bus-

cando el amparo de las fuerzas nacionales. —« Es imponderable (dice el coronel Montes de
« Oca en su parte, datado el 20 de Diciembre
« en el Paso de los *Toldos*) la sensacion que
« hizo en este ejército Auxiliar el estado de
« miseria en que encontramos á estas gentes;
« en términos que para alimentarlas fué preciso
« partir de nuestros víveres; y solo el olvido
« que manifestaban de sus trabajos con el rego-
« cijo del auxilio pudo mitigar nuestra compa-
« sion. »

Ese mismo dia en que desembarcó la division, se presentó á cierta distancia, en actitud de observacion, un grupo como de 300 ginetes. Adelantóse sobre ellos una fuerza de infanteria en guerrilla, y se pusieron en retirada perdiéndose dentro de los bosques del Rio Gualeguay, que eran entonces mas difíciles de penetrar que ahora, con una fuerza tan diminuta. El comandante Samaniego le observó al jefe de la division que era indispensable perseguir de cerca al enemigo sin dejarle tiempo de engrosar su fuerza, de retirar los ganados y caballos, y quemar las habitaciones para dejar asolados y sin recursos los lugares por donde tendrian que marchar. El coronel Montes de Oca reforzó en el acto la partida de Samaniego con 25 húsares, otros tantos dragones y 50 infantes; ordenándole que persiguiese á Ramirez hasta Gualeguaychú, y que se inclinase á la derecha hácia el Uruguay

cuya direccion tomó él mismo con el grueso de su fuerza costeando la márgen izquierda del Gualeguay. Pero en la noche cambió Ramirez de rumbo, tomó las puntas del Arroyo *Ceballos*, y el 26 de Diciembre (1817) cayó sobre Montes de Oca, y le destrozó literalmente la caballeria, dejándolo reducido al cuadro de los infantes. Bajo el peso de esta desgracia emprendió una retirada desastrosa por entre pantanos y esteros: abandonó los tres cañones que llevaba, perdió los bagajes y un crecido número de soldados dispersos, muertos y prisioneros. Pudo por fortuna llegar con los infantes á la Villa de Gualeguay: se fortificó á la ligera; y comunicó al Gobierno diciéndole que se consideraba perdido si en cuatro ó cinco dias no se le enviaban auxilios; pues rodeado de familias fugitivas é indigentes no tenia ni que comer. Samaniego tuvo que dispersar su tropa, y cada uno de los que lo acompañaban fugó como pudo.

A la noticia del desastre acudieron del Paraná el coronel Hereñú y el comandante Carriego, al mismo tiempo que el Director hacia salir de la Capital, con toda urgencia y con algunas tropas, al general don Márcos Balcarce. La situacion en que este jefe encontró las cosas, no le permitia continuar con éxito la campaña contra los montoneros, y contrajo sus cuidados á ponerse en retirada con las familias y con sus tropas hácia un punto cercano del Paraná por donde le

fuera posible atravesar á *San Nicolás de los Arroyos*. Con esta retirada de las tropas porteñas, Hereñú, Samaniego, Carriego y los demas que habian tratado de hacer partido contra Artigas, tuvieron que huir tambien; y el Entrerios quedó totalmente sometido á Ramirez y á su hermano materno Ricardo Lopez Jordan. Cuatrocientas familias abandonaron aquella provincia. Su estado era mas bárbaro todavia que el de la Banda Oriental, aunque asi mismo no lo era tanto como el de Corrientes donde imperaba un Indio llamadó ANDRESITO. Estas familias fueron trasladadas á Buenos Aires; y el Cabildo encargó de sostenerlas ayudado de la caridad pública.

Impuesto Artigas de que en Buenos Aires se preparaba esta desgraciada espedicion, se lo habia comunicado á Ramirez para que se previniese, trascribiéndole la famosa nota del 13 de Noviembre de 1817 con el encargo de hacerla circular en Santa-Fé y en las demás provincias del interior. La referida nota era un papel indescifrable y monstruoso, parto de una cabeza en delirio y obra maestra del fraile Monterroso que le servia de secretario. La pieza merece ser conocida en todos sus detalles: contiene el mejor retrato que podria hacerse del personaje, de su política, de su estilo, de sus procederes y de sus propósitos:—«¿Hasta cuando pretende « V. E. apurar mis sufrimientos?...... Ese Go- « bierno debe haber reconocido mi delicadeza

« por la inalienabilidad de los derechos sagra-
« dos del pueblo oriental? ¿Y V. E. se atreve á
« profanarlos? ¿V. E. empeñado á provocar
« mi moderacion? ¡Tiemble V. E. solo al con-
« siderarlo!.... Promovida la agresion de los
« portugueses V. E. es criminoso en repetir los
« insultos con que los enemigos creen asegura-
« da su empresa.—En vano querrá V. E. os-
« tentar la generosidad de sus sentimientos—
« Ella es desmentida por el órden mismo de los
« sucesos, y estos convencen que V. E. es mas
« escrupuloso en complicar los momentos, que
« en promover aquella santa energia que reani-
« ma á los libres contra el poder de los tiranos
« —De otra suerte ¿cómo podia V. E. haber pu-
« blicado en el último Diciembre el pretendido
« reconocimiento de la Banda Oriental? (7) CRÍ-
« MEN TAN HORRENDO PUDIERON SOLO COMETERLO
« MANOS IMPURAS—¿Y V. E. se atrevió á fir-
« marlo?.... Era conforme á los misteriosos
« planes de V. E. derribar al mejor coloso con-
« tra la iniquidad de sus miras.... Efectivamen-
« te conocia V. (*sic*) mi dignidad y sabia que un
« justo reproche era todo el resultado debido á
« su perfidia—Sin embargo, este era un pedes-
« tal en que debia V. E. asegurarse contra las
« invectivas de la neutralidad mas vergonzosa.

(7) Alude al aeuerdo del 8 de Diciembre que puede verse en el vol. VI, pág. 390.

« Ella jamás podrá cohonestar delitos tan ma-
« nifiestos.... Por ellos se autorizó V. E. á dis-
« poner de la escuadrilla para promover la in-
« surreccion de la Banda Oriental—Por ella for-
« mó V. E. el triste proyecto de repetir tercera
« espedicion sobre Santa-Fé, y *animar las in-*
« *trigas del Paraná*.... Por ella en fin logró
« V. E. mezclarse á tiempo para avivar la
« chispa de la discordia, para complotarse con
« los portugueses y tramar la desercion del
« *Regimicnto de Libertos* á la plaza, franqueán-
« dole el paso, y recibirlos V. E. en esa como
« en un triunfo. Un hecho de esa trascenden-
« cia no puede indicarse sin escándalo. ¿Y
« V. E. es todavia el Director de Buenos Aires?
« Un jefe portugués no hubiera operado tan
« descaradamente.... ¡Oh! ¡que dulce es el nom-
« bre de la Pátria y que áspero es el camino de
« la virtud!.... Confiese V. E. que solo por
« realizar sus intrigas puede representar ante el
« público el papel ridículo de un neutral....
« Pero sea V. E. un neutral, un indiferente ó
« un enemigo, tema la justa indignidad ocasio-
« nada por sus desvaríos:—tema y tema con
« justicia el desenfreno de unos pueblos, que
« sacrificados por el amor de la libertad, nada
« les acobarda tanto como perderla. Desista
« V. E. de concebir tan pobre pensamiento,
« que sobre los fragmentos de sus ruinas po-
« drá cimentarse un dia el alto Capitolio que

« simbolize nuestra degradacion (?) La grandeza de los orientales solo es comparable á sí « misma. Ellos saben desafiar los peligros y « superarlos: reviven á la presencia de sus opresores. Yo á su frente marcharé donde primero se presente el peligro. V. E. ya me conoce y debe temer la justicia de la reconvencion.»

El hombre estabo loco como se vé: la rábia de haber provocado él mismo su ruina y la de su país, la conciencia de la torpeza con que habia hecho imposible la reconciliacion que los habria salvado, lo ahoga, lo enfurece, lo hace estallar en improperios de fiera: propala propósitos de muerte y de exterminio contra los mismos á quienes pide socorros; y los pide pretendiendo hacerlos temblar cuando su derrota y su caida eran ya de notoria evidencia. Pero, véase como sigue:

«Confieso á V. E. que haciendo alarde de « toda mi moderacion *he tenido que violentarme por no* COMPLICAR los preciosos instantes « en que la Pátria réclama la reconcentracion « de sus esfuerzos.» En prueba de sus buenas recomendaciones por la paz, pero por la paz á su modo, agrega estas sandeces que revelan la barbárie y la crueldad de sus procederes habituales. «Yo abrí los puertos que debia mantener cerrados por razones poderosas; devolví « á V. E. los oficiales prisioneros *que aún no*

« *habian purgado el delito de sus agresiones y*
« *violencias sobre la inocencia de los pueblos.*
« V. E. no puede desmentir estos actos de mi
« generosidad, sin que V. E. haya podido igua-
« larlos, despues de sus continuadas promesas
« por la reconciliacion.»

A renglon seguido conviene cínicamente en que habia recibido auxilios; pero muestra la depravacion do su alma en los términos mismos con que lo hace:—«Es verdad que V. E. franqueó
« algun armamento al sitio (Montevideo) y al
« Paraná, *pero sin darme* el menor conocimien-
« to. Esa doble intencion de V. E. descubre el
« gérmen fecundo de sus maquinaciones. Con-
« venia á las ideas de V. E. *ponerse á cubier-*
« *to* de la responsabilidad de su inaccion ante el
« tribunal de los pueblos ¿y cree V. E. eludirla
« con REMESAS TAN RASTRERAS? ¿No acabamos
« de tocar sus resultados en las conspiraciones
« del Sitio y del Paraná? (8) Deje V. E. de ser
« generoso si han de esperimentarse tan terri-
« bles consecuencias.... V. E. puede gloriarse,
« no de haber servido á la Pátria, sino de haber
« apurado mi constancia, *hasta hacerme tocar*
« *el extremo de la desesperacion....* ¿Y V. E.
« ha tenido la osadia de acriminar mi comporta-
« miento en público y en secreto? ¿Soy yo por

(8) Alude á los sucesos de Entre-Rios que acabamos de narrar; y la desercion de Bauzá con sus oficiales y tropa.

« ventura como V. E. que necesita vindicarse
« con el público y *asalariar apologistas* en su
« favor?»

Podria preguntarse que le habia hecho el gobierno directorial y su Presidente á este loco en pleno furor y desafuero?.... Nada, absolutamente nada. Desde 1814 en que se le dejó el absoluto derecho de mandar, estrujar, robar y matar á los orientales á su arbitrio, ni un solo soldado argentino habia pisado el territorio oriental, ni una sola tentativa se habia hecho para minar su autoridad. La mision García no habia tenido por orígen ni por primer motivo la destruccion de su caudillaje, sino la solicitud de proteccion contra la España. La invasion portuguesa fué provocada por el mismo Artigas; y justificada precisamente por su alzamiento, sin ley ni nacionalidad conocida.

Sus actos de agresion en las provincias argentinas del litoral, la guerra á muerte que desató en ellas contra la soberanía argentina, su pretension de usurpar allí la autoridad que no le pertenecia por título ninguno, la barbárie atroz de sus medios y de sus propósitos como esa misma nota lo revela, fué la que puso al gobierno argentino en la necesidad de defender su genuino territorio, y de defenderse él mismo contra el vandalage con que él lo dominaba. Bastante inclinado se habia mostrado el gobierno de Buenos Aires á protegerlo contra los portugueses.

Acababa de enviarle, como él mismo lo confiesa, veinte mil pesos, 300 fusiles nuevos, 500 sables, 30 mil cartuchos á bala, y dos cañones con 100 tiros á bala, y 100 metrallas. Lo único que se le exigia para tomar como propio el asunto, era que volviese á la integridad nacional argentina. Sin eso nada tenia él que reclamar: nada tampoco tenia su pais que exigir, mientras continuase dominado por un gobierno bárbaro, sin formas orgánicas ni mas bandera que la del vandalaje, la depredacion, y los caprichos sanguinarios y delirantes de un mónstruo. El fué quien hizo que la alianza portuguesa viniese á ser para el gobierno argentino un medio estremo de salvar la nacion en las circunstancias mas azarosas de nuestra historia.

Llevado de derrota en derrota, desde la del *Quaraín* hasta la del *Catalan*, no encontró otro medio á que asirse, que el de pedir otra vez la proteccion del gobierno argentino por medio de un emisario privado á quien en todo caso podia desmentir impunemente. El Supremo Director le prestó oidos, por que el gabinete portugués habia declarado al Emisario Argentino, que desde que Artigas se subordinase y entregase el mando del pais, y las responsabilidades del orden interior al gobierno argentino, se abririan negociaciones sobre la Banda Oriental y una rectificacion de las fronteras en términos favo-

rables al Brasil. Inclinado pues á negociar sobre estas bases, el Supremo Director, que no queria ser otra vez burlado, exigió que Artigas tomase la iniciativa, y que mandase Comisarios en forma. Pero apenas supo las condiciones con que el Supremo Director le ofrecia su cooperacion y apoyo, tronó otra vez enfurecida la soberbia enfermiza de este histericado Caudillo:—«Mi pro-
« puesta de Junio de este año (1818) fué que V. E.
« me enviara Diputados adornados con plenos
« poderes para estrechar los vínculos de la Union.
« V. E. no pudo desconocer su importancia y
« se comprometió á remitir los Diputados. Obra
« en mi poder la respuesta de V. E. datada en
« 10 del mismo Junio. (9) En consecuencia,
« anuncié á los pueblos el feliz resultado de
« mi propuesta. Todos esperábamos con án-
« sia ese íris de paz y concórdia.—¡Ni como
« era posible esperarse que V. E. *dejase de-*
« *sairado* (sic!) el objeto de mis votos! Pero es
« un hecho, sin que hasta el presente otro haya
« sido el resultado que un desmayo vergon-
« zoso con que se cubre de ignominia el nom-
« bre de V. E. Para eludirla debia escusarse
« V. E. contra las tentivas del pueblo mismo de
« Buenos Aires: de aquí—LA VULGARIDAD DE
« QUE YO HABIA OFERTADO á V. E. Diputados que
« se esperaban con el propio fin. Es muy po-

(9) Falsísimo.

« ca dignidad en V. E. negarse tan descarada-
« mente á los intereses de la conciliacion, y acri-
« minar por ocultar su perfidia. Este es el úl-
« timo insulto con que V. E. me PROVOCA. V. E.
« es un criminal é indigno de la menor con-
« sideracion.... V. E. no ha cesado de irritar
« mi moderacion....y es responsable ante las
« aras de la pátria de su inaccion, ó de su ma-
« licia contra los intereses comunes. Entre-
« tanto desafio á V. E. AL FRENTE DE LOS
« ENEMIGOS, para combatir con energía y os-
« tentar TODAS LAS VIRTUDES que deben hacer
« GLORIOSO el nombre americano.»

Aqui está el hombre! Hé aqui su lenguaje y su cancilleria. Inutil seria decir nada mas sobre él, pues ahí está pintado. Todo eso era lo que él se permitia decir del Gobierno que habia sabido preparar y consumar los triunfos de Chile; y se figuraba muy de veras que las glorias argentinas pendian de la estúpida empresa de MISIONES y de las correrias de sus hordas!....

Rara vez presentará la historia un personage mas inepto ni mas obcecado, que haya ocupado un lugar mas prominente en la historia de su pais, y en la de los vecinos. Traidor en 1814 á las huestes de la patria que luchaban en la Banda Oriental por sacudir el yugo español y por arrojar al opresor de las murallas de Montevideo: enconado en la guerra civil y en

la obra del desquicio cuando el pais entero crugia bajo el peso de la guerra de la Independencia: sin haber cooperado jamás á los sacrificios, siempre solícito antes bien por arruinar los recursos apurados con que la causa nacional se defendia: enemigo de todo órden social, preocupado y retrógrado en todo, al mismo tiempo que cruel y descreido como un tigre: vencido siempre por los estrangeros, sin ninguna hazaña própia, y piedra de escándalo en todos los dolores de la revolucion, desafiaba todavia á los guerreros de TUCUMAN, de SALTA y de CHACABUCO á que *ostentasen las virtudes que debian hacer* glorioso el NOMBRE AMERICANO, al frente de sus enemigos! ¡El!....El infeliz habia perdido el criterio moral en los accesos del poder absoluto que no eran para su débil cabeza. Era un enfermo de los delirios del poder omnímodo, sanguinário y omnipotente, que no habiendo tenido la fortuna de enloquecerse del todo y de morir en los estremecimientos de la fiebre como Mazaniello, rugia devorado por el despecho cuando veía que habia provocado su pérdida con sus própios desatinos.

Era tan malo y tan cruel, que aquel mismo Barreiro, aquel instrumento conocido de sus fechorias, hubo de ser la víctima de su rábia sombria. Este hombre que le habia servido con toda fidelidad, tenia un crimen á los ojos del loco; y era el de haber negociado, y aceptado

el Acuerdo del 8 de Diciembre (1816) restableciendo la integridad nacional para alejar ó contener la invasion portuguesa. (10)

Desechado ese acuerdo por Artigas fué imposible impedir que Lecor entrase á Montevideo; y leal á la causa que habia defendido, Barreiro huyó de Montevideo, y fué con su señora y con sus hermanas á incorporarse al campamento de Artigas. No bien llegó cuando este le mandó poner preso, y lo puso amarrado de piés y manos en el *cepo* de campaña (uno de los tormentos mas bárbaros que se conocen) á unas varas de su misma tienda de campaña, y con centinela de vista, que con afectada compasion, y por órden superior sin duda, le decia que preparara su alma pues estaba condenado á morir por traidor y por haber querido entregar la *patria Oriental* á los infames porteños. Afortunadamente para la víctima, á las dos noches de hallarse en esta cruel situacion, tuvo lugar la sorpresa de *Arapehy*, y Barreiro, salvado por los Portugueses pasó á vivir oscuramente desde entonces á la villa de *Santa Ana do Libramento*.

Carrera tambien estaba en Montevideo á la sazon. Parecia natural á primera vista que hubiese corrido á reunirse con Artigas; pero se habia guardado bien de cometer semejante impru-

(10) Véase vol. VI, pág. 390.

dencia. Las gentes de esta estofa se comprenden á leguas. Bastante avisado por sí propio de lo que son las pasiones de un caudillo absoluto y perverso, sabia medir por su propia cuerda á los que eran de su temple; y habia comprendido que era preciso no ponerse al alcance de sus garras. Pero se ocupaba con tezon en publicar Manifiestos, y en dirigir memoriales á Ramirez y al gobernador de Santa Fé Estanislao Lopez, exponiéndoles las ventajas y fuerzas que él podria proporcionarles armando los emigrados chilenos, levantando el batallon número 10 compuesto en su mayor parte de chilenos y que estaba en Tucuman á las órdenes del coronel don Francisco Antonio Pinto chileno tambien; con todo lo cual podia atacar las provincias de Cuyo, recorrer la de la Rioja engrosando sus fuerzas; y desbaratar muy pronto el ejército de Belgrano y el de San Martin, que eran en aquel momento la mas grave amenaza que tenian los caudillos anarquistas del litoral.

CAPÍTULO IV

SITIO Y ASALTO DE TALCAHUANO

SUMARIO—El general Brayer y el Coronel Juan Dauxion Lavaysse—Decepcion y ruina de las esperanzas—Lavaysse y don José Miguel Carrera—El Mayor Beauchef — La Plaza de Talcahuano — Estudios y opiniones sobre el Asalto—El Coronel Las-Heras—Disposiciones y órden de ataque—Exito completo de la derecha al mando del Coronel Las-Heras—Descalabro del centro y de la izquierda—Heróica retirada de Las Heras—Aliento del espíritu militar en el ejército argentino—Descrédito de Brayer—Envio del emisario Torres á Lima—Los fines y los resultados de la Comision—Aprestos de la nueva tentativa del Virey Pezuela contra Chile—Situacion general de las cosas.

Eran el coronel Dauxion Lavaysse y el general don Miguel Brayer los dos oficiales de mas categoria y mayor crédito que habian venido en la Comitiva de don José Miguel Carrera. Ambos habian sido altamente recomendados por el ilustre Mariscal Grouchy, emigrado como ellos en los Estados-Unidos ; y á estar á la

foja de servicios de cada uno, y á su indisputable crédito en los ejércitos de Napoleon I, parecian ser dos hombres de guerra científicos y probados. Brayer servia desde los 17 años y se habia distinguido con Moreau en la famosa batalla de *Hohenliden*, y en la no menos célebre de *Austerlitz*. En Prusia, en Silesia, en España habia subido de grado á grado con brillo hasta el puesto de general de una division de la guardia imperial. Restablecidos los Borbones, Brayer fué colmado de honores; pero á renglon seguido adhirióse á Napoleon en los *Cien dias* como Ney con tantos otros y fué hecho Conde y Par de Francia. En Waterloo mandaba 20,000 mil hombres, y se retiró honorablemente al interior de las fronteras francesas. Apercibido allí de la extrema situacion en que se hallaba su Emperador, corre á él y le incita á que se ponga á la cabeza de su division y recomience la guerra—« Yô (dice Nopoleon en su *Memorial*) habria debido montar á caballo cuando la division de Brayer se me presentó en la *Malmaison*, y hacerme conducir por ella al centro del ejército »(1)—Que esperanzas! el héroe de las guerras

(1) *Biographie des Contemporains*—(1828) Esta obra, como es sabido respondia á propósitos de oposicion liberal, y aún bonapartista, contra el gobierno de Cárlos X. No seria extraño pues que se hubiese exajerado los méritos de Brayer; y algo así podria deducirse del artículo bastante pálido que le consagra el *Diccionario* de Larrousse,

de Italia habia vivido mucho tiempo en las delicias del poder absoluto; y era ya un cobarde perseguido por los remordimientos y por la duda de su destino. Queria vivir, y vivir de esperanzas aunque fuera en Santa Elena.

Brayer cayó pues con crimen de muerte, pero pudo evitar la suerte de Ney, huyendo á los Estados Unidos, como Grouchy, Lavaysse y muchos otros que estaban en su caso. Allí se salvó del caldaso, pero nó de la miseria ni de la nostalgia, la peor de las nostalgias, la pérdida de la patria, de la carrera y del porvenir. Tenia que brindar su vida por un sueldo. De Par de Francia, tenia que descender á aventurero y mercenario. Tan altas dignidades no se pierden sin perder tambien las mejores y mas nobles calidades del carácter. La Europa cerrada para él en todas partes. La democracia norte-americana en profunda paz y progreso económico, no necesitaba de héroes de espada completamente inútiles en pueblos libres. La América del Sur, punto oscuro, pobre, sin teatro para un oficial

en el que no aparece como hombre de importancia bajo ningun aspecto; y que guarda mayor analogia con el papel, muy poco distinguido por cierto, que hizo Brayer en el Ejército *de los Andes*. Pero la posicion que ahí se le dá de *haber organizado el ejército de Buenos Aires*, es notoriamente falsa, pues no organizó ni siquiera un batallon ó escuadron. Todo estaba organizado cuando él se presentó en Talcahuano como Gefe de Estado Mayor improvisado.

ilustre de las grandes guerras europeas, comprometida en una lucha sin ecos; donde los grandes ejércitos triunfadores ó vencidos, alcanzaban apenas á las microscópicas proporciones de cuatro ó cinco mil hombres, debia inspirar tédio á un hombre acostumbrado á ver en línea trescientos mil hombres, y á mandar él mismo veinte ó cuarenta mil de ellos.

Pero se topa con don José Miguel Carrera. Las ideas fosfóricas y el tono inspirado de este incansable removedor de la vida, le hacen ver á Brayer una noble causa y un horizonte seductor. Las promesas no escasean. Hay campo para la fortuna; y una carrera facil en que hacerla, para volver á Europa ó al suelo de la patria en dias de bonanzas. De lo que se trata pues, es de vivir mientras tanto; y bien debió ver Brayer que al entregarse á este forzado y fatal destino, llevaba su alma y su antigua bravura sin el aliento de la fé; y que cuando la fé falta, vacila el espíritu, decae el ánimo; y queda el hombre de antes mas espuesto á caer en flaqueza, á mostrarse cobarde en la causa ajena, mas que á mantener su antigua nombradia.

Poco á poco anduvo Brayer este fatal declive. Llegan á Buenos Aires, y encuentran que Carrera, en vez de ser el iniciador y el héroe de la insurrecion y de la independencia de su país, se hace conspirador, y procura echarlos en guerra civil contra las tropas y los hombres que acaba-

ban de triunfar y de asegurar esa independencia. Lavaysse, perdido y desesperado con tan cruel desengaño, comete el crímen indigno de la delacion contra el protector y el amigo que lo habia traido de Norte-América—« Es (dice) el « mas imprudente impostor, el mas vil intrigan- « te, el mas bajo de los traidores, pero al mismo « tiempo, á Dios gracias, el mas atolondrado é « indiscreto de los conspiradores. »

Mas decente y mas honorable que Lavaysse, el general Brayer guarda en su pecho los crueles tormentos del mismo desengaño, y ofrece sus servicios; pero sin conviciones, ni simpatias ni amistades de iguales campañas, y solo como el que en un náufrago se toma á una tabla para poner el pié en una tierra desconocida. Se le habló de las dificultades que ofrecia el sitio y los preparativos del asalto de *Talcahuano*; y Brayer se prestó á estudiar en el terreno mismo de la lucha, las condiciones de la plaza y de las tropas que debian atacarla. Con este encargo pasó á Chile á mediados de 1817, acompañado del capitan de ingenieros Alberto D'Alve, y del capitan de infanteria Jorge Beauchef: dos caballeros de un mérito distinguidisímo, que hicieron importantes servicios en Chile, con una valentía y con una competencia completa. D'Alve se incorporó al ejército argentino en el puesto de Primer Ingeniero Militar: Beauchef fue nombrado Sargento Mayor del número 1º de Chile, cuerpo de nueva creacion;

y Brayer fué dado á reconocer como Jefe del Estado Mayor del ejército del Sur que mandaba O'Higgins.

Nada mas natural que el descontento de un ilustre general francés de los ejércitos de Napoleon, sostenidos con ostentacion por las exacciones y violencias ejercidas sobre toda la Europa, al tener que entender con tropas y oficiales sud-americanos. Contribuia á esto el carácter displicente, impetuoso y enfático de que á cada momento y en cada detalle daba muestras. El trage, el corbatin, las armas, la táctica, los detalles del campamento, todo era materia de reprobacion y de enojo para él; á términos que para contentarlo no habria quedado otro remedio que traerle pintiparada su famosa division de la Guardia Imperial (2)

Con todas estas majaderias, provocó una funesta enemistad entre todos los oficiales del Ejército; y comenzó á correr la voz de que era un fátuo cobarde que se amparaba de todos esos reparos para escusarse de batirse á la cabeza de las tropas. Y no era del todo infundada la observacion. «Yo observaba (dice Beauchef en sus memorias) algo que no era muy favorable para el general Brayer: de todas las caras que vi, la única que no le era desfavorable era la

(2) Noticias dadas al autor por el general Las Heras.

del general O'Higgins, el único tal vez que lo atendia de buena fé». (3)

Esta observacion sumamente sagaz, y de un tono tan frio, ó indiferente, respecto del general Brayer, trasunta la diferencia de caractéres y de procederes entre los dos oficiales franceses, á términos de parecerse á un asentimiento acerca de los defectos del Mayor General. Y no era que este no tuviera ocasion de conocer la bravura y la disciplina de los soldados argentinos; pues no pasaba dia sin que dieran pruebas; pero afectaba mirarlas como juguetes sin consecuencia, desde la altura de sus recuerdos de Austerlitz y de Jena. Llegó empero el momento en que era indispensable dar el asalto á Talcahuano, é impedir que pudiera tomar pié allí la Expedicion que salia ya de Lima para reconquistar á Chile; y todo se preparó para dar el ataque el 6 de Diciembre.

Talcahuano es una bahía bastante estensa, de forma casi circular, que se abre en la costa de Chile con una boca, ó entrada, relativamente bien cerrada que mira al noroeste. Por el norte, se sigue una costa áspera que no ofrece ningun accidente de importancia. Pero hacia al lado del sur, ó sudoeste, el costado del puerto se fracciona, y forma entre las aguas interiores del puerto, y las del mar, una península estre-

(3) Barros Arana.

cha que se avanza, á formar la dicha boca, como si fuera un brazo estendido de sur á norte; en cuyo codo, diremos asi (por que es un verdadero codo) está situada la Plaza, de manera que con el antebrazo toca la ciudad de la *Concepcion de Penco* colocada en el hombro de la figura que hemos trazado, y en el intermedio la pequeña caleta de *San Vicente.* En esta posicion, la Plaza defiende el puerto que queda al norte, la costa del mar esterior que queda al oeste, y la entrada de tierra que queda al sudeste, camino de Concepcion.

En las discusiones y estudios que precedieron al asalto, habian diferido de opinion Brayer y O'Higgins en cuanto al punto por donde convenia iniciar el ataque. Ordoñez ocupaba con su ejército un campo atricherado con reductos, baterias, y palizadas por el lado de tierra. Tenia en el puerto algunas lanchas bien tripuladas, el bergantin *Potrillo* de 16, y la fragata *Venganza* de 36, con tripulaciones completas. Así pues, en cuanto á los medios de defensa estaba bien; pero no estaba lo mismo en cuanto á víveres, despues que estrechado el sitio y limpiado de realistas el otro lado del Bio Bio por el coronel Freyre, se veia privado de los recursos que estos le mandaban antes por la costa. Al encerrarse en Talcahuano habia cometido quizás un grave error, que sus parciales le reprocharon, por no haber preferido tentar la guerra

en campaña abierta con la division de Las-Heras; pero lo disculpaba la ignorancia en que se encontraba de lo sucedido despues de *Chacabuco*; y las hábiles maniobras con que el jefe argentino lo habia ido arrollando, y ocupando el país sin permitirle tomar conocimiento de la fuerza que lo habia empujado hasta encerrarlo.

Fuera de los buques y lanchas cañonera en el puerto y caleta de *San Vicente*, la línea de bastiones y palizadas cortaba la entrada de sur á norte, en el recodo que hacia el puerto con la dicha *caleta*, y afirmaba su izquierda en el *Morro* reducto fortificado con especial esmero por su importancia estratégica. Al centro, algo inclinado á la derecha, es decir á la *caleta*, se alzaba otro reducto interior en la costa del puerto llamado el *Cura*, donde tenia su cuartel general el coronel Ordoñez; siguiéndose palizadas hasta la orilla del mar en la cual operaban cuatro lanchas cañoneras.

Decidido el asalto de estas formidables defensas, surgieron dos planes. El general Brayer afectaba un grande desprecio de la línea enemiga. Confiaba en pasarla con un empuje victorioso; y sostenia que la fuerza del ataque debia llevarse desde luego sobre la parte capital que era el *Morro*. Vencido este punto, decia, la misma artilleria y posiciones del enemigo servirán para posesionarnos del puerto y de los muelles de la ciudad; rendir ó echar á pique los bu-

ques realistas; y, atacado Ordoñez por el centro y por la bahia de San Vicente tendrá que capitular, ganando nosotros todo cuanto hay que ganar con un solo golpe.

El Director O'Higgins, mas conocedor del terreno y mas práctico de los medios que tenian que manejar, opinaba que este plan era demasiado audaz y peligroso. Convenia en que era practicable con las tropas argentinas que formaban la musculatura del ejército sitiador; pero lo consideraba tambien arriesgado por que era preciso contar con *igual* empuje y con *iguales* acasos felices en tres puntos diversos; de los cuales, si fallaba uno, podian quedar quebrados los otros, dejando libre la disponibilidad y la concentracion de las fuerzas del enemigo sobre el punto que quedase en peligro para él. El plan del Supremo Director era concentrar el ataque todo entero sobre la bahia y las palizadas de San Vicente; penetrar por allí en el interior de las palizadas y defensas del campo atrincherado. Logrado esto, que no era tan dificil como el otro costado, era indudable tambien que Ordoñez estaba perdido, pues tenia que replegarse al *Morro* y al puerto de Talcahuano abandonando toda su artilleria; por que no le quedaba mas remedio que embarcarse.

En esto precisamente consistia la obgecion que hacia Brayer al plan de O'Higgins; pues en este caso, el enemigo, al verse dominado por el

lado de *San Vicente*, quedaba completamente libre para retirarse en salvo con todas sus fuerzas y buques por el puerto; y podia elegir entre ir á Lima á incorporarse con la nueva espedicion que se preparaba á venir sobre Chile, ó tomar las costas del Sud para reunirse con el coronel Sanchez, Benavidez y los Pincheiras, que todavia tenian á sus órdenes de tres á cuatro mil hombres de montoneras en los desiertos de Arauco ademas de numerosas indiadas. O'Higgins se contentaba con una ventaja limitada, reservándose para despues de obtenerla, el espedicionar al Sud y acabar con los realistas; Brayer preferia una operacion definitiva ejecutada con un solo esfuerzo.

Se necesitaba por consiguiente de la mejor tropa y del mejor jefe para llevar adelante el ataque y la ocupacion del *Morro*; y desde luego no era posible poner la vista á otro cuerpo que el *Número Once*, ni en otro capitan que el coronel Las-Heras. Llamado éste al cuartel general en consulta privada con O'Higgins y Brayer, se le explicó detenidamente el caso con los cróquis levantados por D'Albe, y se le pidió su opinion sobre la divergencia de los dos generales.—«Yo « reflexioné, nos decia él mismo veinticinco años « despues, que si me adheria á la opinion de « O'Higgins el *orgulloso francés* podia pensar que « era miedo ó desconfianza de mi energia para « ejecutar la operacion; y sin embargo de que

« tenia por mas juicioso el plan de O'Higgins,
« respondí que me abstenia de opinar, pero
« que si se me encargaba la division destinada á
« tomar el *Morro*, lo tomaria, ó lo tomarian
« mis oficiales faltando yo. El señor general
« Brayer, agregué mirándolo con firmeza, pue-
« de impartir las órdenes del cuartel general
« y tendrá ocasion de conocer á nuestros sol-
« dados».

Brayer conoció el espíritu de la frase, y dirigiéndose á O'Higgins le dijo:—Ya ve V. E. que el señor coronel tomará el *Morro*. Haciéndolo nos habrá asegurado una victoria completa, y sus soldados no serán inferiores, á los que yo he tenido el honor de ver en los mejores dias de mi carrera.

Llamado en seguida el coronel argentino don Pedro Conde, preguntó si estaba bien estudiado el terreno en que se le ordenaria operar; se le mostraron los planos levantados por los ingenieros Arcos y D'Albe; adelantó algunas dudas sobre ciertas escabrosidades interiores que no le parecian bien definidas. El general Brayer se las explicó, y le dijo que el coronel Las-Heras habia dado su asentimiento y ofrecido tomar el *Morro*. Si el señor coronel Las-Heras lo ha dicho, yo haré de mi parte cuanto pueda por imitarlo. (4)

(4) El coronel Conde tenia un carácter dulce y muy modesto, que en nada perjudicaba á su conocida bravura.

O'Higgins no habia hecho grande insistencia en defender su plan delante de los dos coroneles. Casi siempre se mostraba dispuesto á prestar grande deferencia á las opiniones militares de Brayer; y adoptado al fin el plan de éste comenzaron los preparativos para dar el asalto. Se puso mucho esmero, por algunos dias, en hacer ejercicios y maniobras adaptadas á la realidad de lo que podia acontecer, con sus accidentes y circunstancias, para que todo lo tuviesen presente los oficiales, los sargentos y la tropa.

El dia 6 de Diciembre de 1817, á las dos de la mañana, se puso en movimiento todo el ejército en tres divisiones, con arreglo á cada uno de los puntos señalados al asalto. Las-Heras llevaba la derecha en rumbo al *Morro*, con el batallon número 11, dos compañias del número 3 de Chile, cuerpo diminuto y de nueva creacion, dos compañias de cazadores del número 7 (argentino), y otras dos de los granaderos del número 8 (argentino), con una compañia del número 1 (chileno), á las órdenes del mayor Beauchef.

La del centro á las órdenes del coronel Conde marchó contra los bastiones del *Cura*, donde tenia su cuartel general Ordoñez; consistia su fuerza en el número 7 (argentino), el resto del número 3, el número 8 y trescientos hombres

milicianos de infanteria sacados de los diversos pueblos inmediatos.

La izquierda encargada de dominar y ocupar la bahia de San Vicente, tenia su principal fuerza en ocho lanchas cañoneras construidas y armadas en el Bio Bio; que á las órdenes de un valiente inglés don Jorge Manning, con algunos buenos piquetes de tropa chilena formada en Concepcion, debia acometer y destruir las lanchas españolas, saltar en la península por detrás de los fuertes, y sostenerse en los reductos esperando el resultado del ataque principal.

El mayor Beauchef habia solicitado y obtenido del coronel Las Heras que se le hiciese la gracia de darle colocacion en la cabeza de la columna. Se pusieron á sus órdenes tres compañias del número 11, del 7 y del 1°, y trás de él, iba sosteniendo el ataque el resto de la division con su brillante jefe á la cabeza.

En una direccion paralela por su frente marchaba el coronel Conde. Llevaba su vanguardia el mayor del número 7 don Cirilo Correa, uno de los mas bravos oficiales del ejército argentino. A retaguardia del centro marchaban los Granaderos á caballo con un escuadron de chilenos á las órdenes del coronel Freyre. Es de advertir, que hacia algunos dias que habiéndose apercibido Ordoñez de ciertos movimientos que aunque indefinidos y oscuros le hacian presentir un ataque, disparaba sus cañones

á metralla durante la noche en toda la estension de sus líneas. Esta circunstancia en vez de dañar, favorecia el ataque; por que los soldados patriotas rompieron la marcha sabiendo que aquellos fuegos no nacian de haber sido descubiertos, sino de simple precaucion sin valor para alarmarlos ni para hacerlos vacilar en la marcha.

Adelantaba Beauchef en el mayor silencio cuando se encaró con un centinela enemigo de caballeria, que al verlos encima disparó su tercerola y huyó con tanta precipitacion que fué imposible tomarlo. Presintiendo que iba á dar el alarma, el mayor ordenó un cambio de frente necesario, y á *paso de carrera* se dirigió al *Morro*, bizarramente acompañado de toda la tropa, que siguió el movimiento con una regularidad admirable.

Advirtió Las-Heras el rápido avance de su vanguardia, y lanzó tambien su tropa trás ella para sostenerla, guardando las convenientes distancias para no envolverse. Cuando Beauchef llegó á los fosos del *Morro*, recibió toda la descarga de un batallon enemigo que ya ocupaba el otro borde. La línea de los patriotas vaciló, pero el mayor y el capitan de cazadores del número 11 don Bernardo Videla, hijo de Cuyo, se lanzaron al foso lleno de agua; y como los solsados vieran aquel acto de arrojo siguieron tambien, yendo todos, ayudados los unos por

los otros, á tomarse de las palizadas del otro lado bajo el fuego furibundo de los defensores. Beauchef y Videla, en hombros de los soldados saltaron al interior seguidos de alguna tropa: en un momento echaron á tierra algunos postes; y aprovechando la primera confusion del enemigo, abrieron un portillo suficiente para que pasase la columna. Pero en ese momento, Videla, traspasado por cien balazos, caia muerto en aquel terreno glorioso, y Beauchef destrozado el brazo, siguió por algunos momentos alentando á los soldados, hasta que exhausto cayó exánime, recogido y retirado por la primera línea de la columna de Las-Heras que ya llegaba gallardamente al terrible lugar del conflicto. Sin trepidar, el coronel lanzó sus columnas al foso en medio de la noche: salvó las palizadas, y desenvolviendo su línea por su frente, arrolló las fuerzas realistas que procuraban resistirle. Una parte de estas se echó al mar por los cerros de la costa: y la otra se replegó al centro en desórden, abandonando completamente los reductos y la formidable posicion del *Morro* con toda su artilleria. Las Heras cumplia pues aquí la palabra que le había dado al general Brayer; y el soldado argentino se habia hombreado con el soldado francés.

En el centro, la columna del coronel Conde no habia sido igualmente feliz. El valor no habia faltado: multitud de oficiales habian caido tras-

pasados de balas en las mismas palizadas enemigas. Ordoñez, que estaba en aquel centro, habia logrado poner en accion todas sus fuerzas, y oponia una récia resistencia al ataque. Trayendo al flanco derecho alguna artilleria de campaña, vomitaba metralla sobre los asaltantes. En medio de sus esfuerzos, cayó gravísimamente herido el mayor Correa, cuando llevaba el empuje de la vanguardia, con siete oficiales mas que lo secundaban y con un número considerable de soldados. El coronel Conde, recibia á pocos momentos, un balazo en el costado, que lo derribó como muerto. Sin embargo de esto, algunos oficiales treparon las palizadas, entre ellos el teniente don Ramon Listas, argentino, don Antonio Alemparte, chileno, don Félix Villota, Borcosque, Villarreal y varios soldados; pero no pudiendo arrancar los postes, por falta de hombres: quemados y ametrallados por el enemigo, privados de sus jefes, diezmados los oficiales, la tropa vaciló, y desistió del ataque sin lograr levantar el puente levadizo para que penetraran los Granaderos á caballo, que debian haber completado el asalto.

Entre tanto, los fuegos del enemigo abrasaban toda la garganta de la península, causando grandes estragos en las reservas y en las cuadrillas de hospital que recogian y sacaban heridos.

En la bahia de *San Vicente*, derecha estrema

del enemigo, el capitan Manning habia asaltado las lanchas, tomando la mas fuerte de ellas con una pieza de 18. Las otras habian huido y pasado al puerto principal. Operando con su artilleria, Manning habia puesto en fuga las guarniciones de los reductos, quedando estos desalojados. Pero como la costa era pedregosa y brava, oponía sérios obstáculos al desembarco de fuerza, y los realistas tuvieron tiempo de volver con dos batallones para prolongar la defensa de aquel costado, que habria sido vencida si el centro enemigo hubiese cedido. El número 11 cubrió al momento la línea y las alturas del *Morro*. Los soldados, á pesar de la severa disciplina á que estaban habituados, al verse victoriosos en tan cruda escena, alzaron una inmensa griteria locos de júbilo y embriagados de gloria. Las-Heras contó en aquel momento con el éxito completo. Anheloso por distinguir ó percibir algo de lo que pasaba en el centro aunque envuelto en la oscuridad de la noche, y del humo, logró que todos se convenciesen de que era necesario guardar estricto silencio; y pudo percibir á lo lejos la confusion y el alboroto que reinaba en la ciudad y en el puerto: donde parecia, por los gritos de los marineros, que habia grande afluencia de gentes deseosas de embarcarse. Notaba sin embargo que el estruendo de la artilleria y fusileria en el centro conti-

nuaba demasiado nutrido y por demasiado tiempo. Empezó esto á darle cuidados por la suerte de la division del Coronel Conde; y comprendiendo la importancia capital que habia en llevarle auxilio para que penetraran los *Granaderos á Caballo*, se decidió á faltar á su deber estricto, y trató de adelantar sus tropas á ese lado para abrir el rastrillo, á pesar de que las órdenes terminantes que tenia eran: *tomar y mantener la posicion.*

Para comprender las dificultades de esta internacion es preciso tener presente que aquella península no está en un pais llano, sino en un terreno pedregoso, herizado por cerros y cortado por precipicios cuyas asperezas y comunicaciones, ó estado de defensa relativa, ignoraba completamente el gefe argentino, sin poder formarse idea de ellas en la oscuridad de la noche. Las primeras descubiertas que echó volvieron diciéndole, que el terreno no se prestaba á avanzar y mantenerse en comunicacion con la division. No podia pues, marchar al fuego sin llevar toda su division, y sin esponerse á encontrar obstáculos que lo espusiesen á ser cortado, y á perder la posesion del *Morro* que tenia órden de *mantener á toda costa:* prefirió conservarse en su puesto hasta que llegara el dia.

Poco antes de la madrugada cesó enteramente el fuego. ¿Era que habian triunfado los pa-

triotas? ¿Era que habian sido rechazados en el centro?

En la oscuridad de la noche, Ordoñez habia reflexionado como Las Heras. No sabiendo la situacion en que estaba el *Morro*, habia preferido esperar la mañana; cuando la luz puso en evidencia el descalabro de nuestro centro vió Ordoñez que el *Morro* continuaba en poder de los soldados argentinos: dirigió sobre ellos su artilleria y concentró sus fuerzas para llevar el ataque y recuperar esa posicion. Las Heras procuraba en ese momento apoderarse del pueblo de Talcahuano, contando con que el centro patriota tenia ahora mil ventajas para volver al asalto; pero al iniciar el movimiento, los fuegos de los buques lo abrasaron y tuvo que replegarse á su posicion. Muchos gefes y oficiales perecieron, entre ellos el Comandante del 3 de Chile don Ramon Boedo, oficial argentino que se habia grangeado ahora un inmenso crédito de bravura y de competencia en Chile, como antes en el ejército Auxiliar del Perú cayó allí destrozado por el cañon enemigo. Las-Heras y sus soldados, impertérritos en su posicion, hacian pagar tambien al enemigo estas pérdidas. Las tropas realistas que se habian aventurado á querer recuperar el *Morro* habian salido escarmentadas por los *Leones del* 11, como les llama el poeta de Cuyo. (5)

(5) Don Juan Godoy.

Entretanto, el Supremo Director de Chile con el general Brayer cuyo deber era haberse puesto al lado del coronel Las-Heras ocupaban en esa mañana el *Alto de los Perales*, bajo el fuego nutrido de los enemigos. Al lado del Director, caian atravesados por el cañon, dos de sus ayudantes; y malogrado el ataque del centro y de la derecha enemiga, no pudiendo hacer entrar la caballeria por la parte llana de la península, los dos gefes hubieron de resignarse á retirar á Las-Heras y á dar por fracasado el asalto.

Bien se comprende cuanto tenia de peligrosa y de árdua esta marcha por el flanco de un enemigo que quedaba libre para hacer jugar toda su artilleria desde los baluartes y baterias avanzadas; y que disponia de columnas móviles con que apurar la retirada. Pero Las-Heras conservando una tranquilidad heroica, hizo recoger sus heridos con un esmero que todos admiraron: mandó clavar los cañones que dejaba al enemigo; y continuando su fuego se retiró lentamente sin dejarse conmover ni apurar. Pero lo singular es que sacó tambien *todos los prisioneros* que habia tomado en el ataque de la noche. (6)

Cuando el coronel Las-Heras llegó al cuartel

(6) Casi todos estos detalles nos han sido dados por el general Dehesa, actor en aquel ataque como uno de los Capitanes del número 11; y por el general Necochea como de notoriedad corriente en el ejército. Véase el Apéndice.

general, el general Brayer, se adelantó á él y lo felicitó con mas cortesia que espontaneidad, y le hizo un elogio cumplido de sus soldados.

—Señor general, (le dijo Las-Heras con la franqueza militar, que le era habitual,) cuando V. E. en presencia del señor Director de Chile me consultó el plan del asalto, me pareció poco acertado. Si V. E. hubiese sido un gefe argentino se lo hubiese dicho; pero siendo un general francés, y estando yo designado para una parte de la operacion, creí de mi honor ejecutar lo que V. E. habia resuelto; y me complace mucho que V. E. encuentre que mis soldados y yó hemos cumplido con nuestro deber llenando en un todo las órdenes de V. E. — Las cosas de la guerra, Coronel Las-Heras, le dijo Brayer con dignidad, no se discuten con los subalternos despues de los sucesos, sobre todo si son desgraciados. » Nos decia el general Las-Heras que reconociendo la justicia de la observacion, habia saludado con respeto y se habia retirado.

El general Brayer no habia caido bien en el ejército independiente. Ya fuese que en su persona hubiese algo de arrogante y de poco simpático, ó que infatuado contra las especialidades del soldado americano, despertase ofensas de orgullo en gefes tambien aventajados y oficiales engreidos de su tropa y de sus aptitudes, que por otra parte no podian mirar con gusto que se les sometiese á gefes estranjeros y recien llegados,

el hecho es que era comun la distancia y la poca simpatía que les merecia el general Brayer: que siendo por otra parte un gefe esencialmente francés, era inadecuado para nuestro terreno y para nuestros hombres:—es decir, no habia aquella armonia de cuerpo y espíritu que hace la fuerza de los ejércitos.

Lo que tuvo de singular este asalto, segun lo oimos muchas veces á los actores, es la animacion y confianza que él inspiró al ejército independiente, y las angústias en que el suceso puso al coronel Ordoñez. Parece que lo natural habria sido lo contrario: y que habiendo fracasado el intento, los realistas hubiesen cobrado seguridad, y decaido el brio de los patriotas. Pero lo que esplica como sucedió lo contrario és, que al emprender una operacion tan nueva para nuestras tropas, como esta de asaltar fosos, palizadas y bastiones defendidos por artilleria y por una guarnicion numerosa y aguerrida, nuestros gefes y oficiales temian que el soldado se sobrecojiese encontrando obstáculos para llevar sus bayonetas al pecho del enemigo, como acostumbraban hacerlo en campo raso. Era de temerse pues que no tuvieran quietud para trabajar y remover tropiezos y obras levantadas contra su marcha, bajo el fuego de tropas abrigadas fuera de su alcance. Los oficiales mismos dudaban de que pudieran tener autoridad para experimentar á sus soldados en este conflicto.

Pero tan lejos de eso, todo habia respondido admirablemente á las condiciones del valor, de la disciplina y de la consistencia en aquel tremendo trance: menos el plan del Estado Mayor, que habia sido fundamentalmente errado y mal estudiado. Todos pues salieron de allí decididos á un nuevo asalto: lo deseaban y lo pedian, seguros de triunfar; y animados de tal brio, de tal seguridad en el éxito, que la nueva tentativa, con mejores datos y mayor acierto, se hizo una cosa resuelta y hasta una exijencia en la que tomaba parte la tropa misma con un evidente deseo de tomar desquite.

El coronel Ordoñez habia comprendido tambien que desde que los independientes se habituasen al asalto, no podia contar con la persistencia de la defensa, y que estaba perdido si no le venia pronto el auxilio poderoso que no habia cesado de pedirle al Virrey de Lima. En una reunion de gefes que hizo el dia 8 (Diciembre de 1817) fué unánime la opinion que la Plaza habia estado materialmente dominada; y que solo se habia salvado por accidentes con los que no era posible contar en otro ataque, si los patriotas como era probable, corregian sus movimientos, aumentaban su fuerza y concretaban el esfuerzo comun sobre los puntos naturalmente débiles de la posicion, que ahora se conocian á ciencia cierta: no pudiendo ya esperarse que la tropa argentina

se mostrara incapaz del asalto despues del [illegible]do como habia operado.

En todas partes fué amargamente criticado el plan del general Brayer. El General San Martin, con quien el general francés habia sido poco cortés y afectuoso, en la idea quizás de que no era digno de tenerlo bajo sus órdenes, reconvino muy esplícitamente al general O'Higgins por no haber persistido en su propio plan, y por haber cedido á otro que ofrecia todos los inconvenientes de una tentativa imaginaria. Con todo esto, el general Brayer perdió su autoridad moral en el ejército argentino; comenzaron los disgustos y recriminaciones respectivas; mientras Ordoñez, esperando prudentemente otro asalto, contrahia sus trabajos y cuidados á asegurarse una retirada al puerto, para embarcarse y salvar con todos sus recursos, si no podia resistir como lo temia.

Hacia tiempo tambien que San Martin estaba inquieto sobre los proyectos de Pezuela y las fuerzas y medios que este se preparaba á mandar sobre Chile. Hábil y diestro siempre para envolver al anemigo en los pliegues de su diplomacia previsora, habia logrado mistificar al Comodoro inglés Bowles, y decidirlo á que por caridad iniciara el cange de los prisioneros patriotas que estaban en el Callao, por los prisioneros realistas que estaban en las Provincias

argentinas: sufriendo horribles penurias y vejaciones, los unos y los otros.

Dados los primeros pasos, el Comodoro consiguió que Pezuela aceptase la propuesta. Hubo de enviarse á Lima con ese fin al Señor don Tomás Guido. Pero se cambió de idea, y fué comisionado el teniente coronel don Domingo Torres, oficial cordobés muy disimulado y bastante astuto. Torres desembarcó en el Perú, y fingiéndose de una vulgaridad propia de un tonto, se grangeó la amistad particular de los escribientes y oficinistas de los ministerios (sobre todo la del señor Unánue) inclinados á la causa nacional: penetró por ellos, en los secretos de la expedicion: supo las instrucciones que llevaba; y logró dejar establecidas inteligencias, asegurándoles que antes de muy poco tiempo estaria el ejército argentino en el Perú al mando del mismo general San Martin. Logrado esto, apuróse Torres á regresar, y San Martin quedó informado de lo que le convenia saber.

El nuevo ejército realista era fuerte: se componia de tres mil quinientos infantes, divididos en cuatro regimientos europeos de primera clase y uno peruano, 200 artilleros, 83 zapadores, y 500 hombres de caballeria. El todo abundantemente provisto de armas y de recursos. El convoy se componia de tres fragatas y cuatro corbetas con 234 cañones y 1426 hombres, entre las cuales el único buque de

fuerza positiva y buen andar era la famosa fragata *Esmeralda* cuyo nombre se conmemora en una de las calles de Buenos Aires.

El plan que Ossorio traia trazado por Pezuela, era bajar en Talcahuano: salir á campaña inmediatamente: destruir el ejército sitiador que se suponia muy inferior al suyo: reembarcarse inmediatamente, bajar en Valparaiso y apoderarse de Santiago, centro de los recursos, y punto sensitivo de la fuerza moral de los patriotas. Para lograr el primer fin, Pezuela hacia de modo que San Martin creyese que la espedicion caeria sobre Valparaiso primero, que tomaria á Santiago y que marcharia á desembarazar á Talcahuano.

San Martin recibió estas noticias precisamente cuando Ossorio debia estar embarcándose en el Callao. Era pues urgente operar la reconcentracion del Ejército patriota en un punto oportuno, desde donde pudiese atender á los dos estremos, sin quedar espuesto á ser batido en detalle. Con este fin, fijó su campo en la hacienda de las *Tablas*, cubriendo á Santiago y á Valparaiso; y le ordenó á O'Higgins que se previniese á levantar el sitio y retirarse oportunamente buscando su incorporacion entre el rio *Maipú* y el *Maule*. Esta órden llegó á Talcahuano cuando todos en el campo sitiador se aprestaban á un nuevo asalto.

Tan urgente era cumplirla, que cuando O'Hi-

ggins ejecutaba el movimiento en aquel sentido haciendo retirar por delante la poblacion y todos los recursos de la Provincia de Concepcion, Ossorio entraba con su convoy en Talcahuano. Al mismo tiempo que fondeaban las naves y que se armaba en el puerto y en la fortaleza un sobérbio bullicio de salvas de artillería, el cuartel general salia de la Ciudad de Concepcion replegándose al norte con el general O'Higgins á la cabeza.

Con la espléndida defensa de Salta hecha por sus heróicos hijos, con la galana aunque malograda correria de Lamadrid en las provincias orientales del Alto Perú, y con el asalto de Talcahuano, se cerraba dignamente para la bandera argentina el año glorioso de 1817, que habia comenzado por el PASAGE DE LOS ANDES y por CHACABUCO. *Sipi-sipi* ó *Viluma* quedaba reducido á una nube lejana ya disipada á los rayos del sol argentino.

Pero el esfuerzo habia sido excesivo. El pais entero, despues del triunfo, y á causa del triunfo mismo, se sentia exhausto. Sus nervios estaban laxos. El cansancio y la postracion por una parte, la anarquia de las pasiones y de los intereses por otra, producian la relajacion completa de las fibras sociales: efecto propio de la violenta tension en que el peligro las habia puesto. Y cosa singular! Un anhelo vehemente de mejoras pacíficas y orgánicas, de paz, de curacion,

levantaba tambien de todas partes su voz, pedia órden y quietud fraternal entre todos aquellos lamentables antagonismos: que nada oian, y que iban á correr confundidos al pugilato infame de la guerra civil.

Este es el cuadro bastante imponente por cierto que tendremos que trazar: glorioso por una faz: lúgubre por otra: victorias y patíbulos á la vez: concentracion y disolucion de fuerzas sociales: un drama griego por fin!.... Pero en medio de todo *spiritus intus aliit:* CHAOS SATOR.

CAPÍTULO V

DESBANDE DE CANCHA-RAYADA Y VICTORIA DE MAIPÚ

SUMARIO—La terrible noticia—Retirada de las fuerzas sitiadoras de Talcahuano—Concentracion en la hacienda de las *Tablas*—El ejército realista y sus primeras marchas—Traslacion del cuartel general patriota á la villa de *San Fernando*—Marcha decidida sobre el enemigo —Retroceso de los españoles—Grande operacion estratéjica de San Martin—Confusion y angustiosa situacion de Ossorio—Encierra su ejército en Talca—Operaciones recíprocas en la noche—Sorpresa y contraste del ejército patriota—El coronel Las-Heras—El capitan Deheza—El batallon español de Olarria—El coronel Alvarado—El Mayor Zequeira—El Comandante Rondizzoni—Animosa retirada del Coronel Las-Heras con todo el primer cuerpo del ejército y con los batallones y dispersos que se habian reunido á él—Su marcha al norte en busca del cuartel general—Situacion angustiosa de Santiago—Tentativas del partido de Carrera para sacar provecho del conflicto—El tribuno y alborotador don Manuel Rodriguez—Llegada de O'Higgins y restablecimiento del órden—Desaliento y egoismo de la burguesia—Indiferencia y malas inclinaciones del populacho—El pliego de Las-Heras—Actitud, auxi-

lios y refuerzos de Cuyo—Reorganizacion y fuerte espíritu del ejército—Temores y desconfianzas de Ossorio—Brillante triunfo del capitan Cajaravilla con un piquete de Granaderos á Caballo sobre todo el escuadron del teniente Coronel Palma — Preciosos efectos de este encuentro—Conducta del general Brayer—Su situacion desairada y su retiro—Operaciones de los primeros dias de Abril—Disposicion y órden de los cuerpos patriotas — Prestigio imponente de San Martin aún entre los enemigos—El grande y hábil acierto de sus medidas—Situacion y accidentes del campo de batalla—Rectificaciones y cámbios de las líneas y frentes de ambos ejércitos—La mañana del 5 de Abril— Principios é incidentes de la batalla—Triunfo completo de los Republicanos en el primero y en el segundo encuentro—Huida, persecusion y escape de Ossorio—Caida de Ordoñez y demas gefes, oficiales y tropa, en poder de los Republicanos--Las-Heras y el historiador español Torrente—«*Aquella ingrata noche habia pasado!*»—Mérito estratégico de la batalla de Maipu—Opinion del *Times* de Lóndres sobre sus resultados — El parte detallado y Las-Heras — San Martin y Monteagudo en Mendoza—¿Qué habia pasado entre ellos?

Qué horrible sorpresa! .... Qué espantosa noticia! .... El ejèrcito de los Andes ha sido completamente derrotado, completamente deshecho. Todos han huido: todos están pasando la Cordillera: Chile queda en manos de los españoles: queda perdido el único, el último ejército formal con que Buenos Aires contaba para defender su independencia. Laserna vuelve sobre Salta. El de La Bisbal está á punto de embarcarse con 25 mil

hombres en Cádiz. La escuadra rusa, aparentemente vendida, dará la vela con él en pocos dias.... OH INGRATA NOCHE aquella en que un vago rumor primero, desabrido pero increible, estalló en pocos momentos con el lúgubre y desesperado acento del dolor, por todos los ámbitos de la estensa capital!.... Y todo era verdad!.... Para qué decirlo: la indignacion, el despecho del contraste se volvió todo entero contra Pueyrredon.... ¿No era él quien habia tenido la debilidad de dejar indefensa á Buenos Aires, la cuna y el baluarte de la independencia, por una empresa lejana, problemática y desesperada? Ahí estaban las consecuencias: nuestros soldados no podian pasar las cordilleras en desórden, y todos quedaban ahora prisioneros del enemigo....Pero qué es lo que ha pasado, por Dios? se preguntaban todos en grupos lastimosamente consternados. Hé aquí la triste y la gloriosa história.

Al saber la fuerte expedicion que acababa de salir de Lima á las órdenes del vencedor de *Ramcá-gua* don Mariano Ossorio, el general San Martin pensó que era muy aventurado repetir el asalto de Talcahuano, y dió órden á la Division de O'Higgins de retirarse hácia el norte lentamente procurando arrastrar todo cuanto pudiera facilitar la marcha y la subsistencia del enemigo: no tanto para que no pudiera avanzar, como para que fuese desastrosa la retirada á que el general argentino pen-

saba obligarlo, y urgirlo de cerca, cuando estuviera bien adentro del país. San Martin habia establecido su ejército en las *Tablas* procurando cubrir á Valparaiso y á Santiago. Pero cuando supo que la expedicion española habia ido á desembarcar en Talcahuano, y que se ponia en campaña hácia Talca, hizo que O'Higgins retrocediese mas á prisa con el deseo de que el enemigo pasase al norte del *Maule;* y contando apurarlo entónces, impedirle que repásase ese rio, y obligarlo á dar una batalla en condiciones desfavorables, ó estrecharlo allí hasta hacerlo capitular. Con esta mira habia ocultado cuidadosamente en cada Provincia, y en Cuyo, el detalle de las fuerzas de que podia disponer, para concentrarlas rapidamente sin dar lugar á que el enemigo rectificase el cálculo que erradamente habia hecho de ellas.

A últimos de Febrero San Martin se situó en *San Fernando*, y le dió órdenes á O'Higgins de situarse en *Quecherêguas* (1) y en *Curicó* á donde se le reunió una division de 1500 hombres mandada por el general don Antonio Gonzalez Balcarce. (2) La escasez de víveres y recursos era motivo de que el general español procurase adelantar con rapidez; á lo que tambien con-

(1) Véase el cróquis del vól. VI, pág 428.

(2) El mismo que venció en *Suipacha;* que perdió la batalla de *Huaqui,* y que fué Director Supremo en 1816: Véanse los vól. anteriores.

tribuia la animosidad de algunos gefes engreidos y bravos que se figuraban tener el triunfo con sólo presentar las briosas y viejas tropas que traian. El 4 de Marzo quedó todo el ejército español al norte del Maule, sin tener á su frente mas que las guerrillas del coronel Freire que lo venian observando muy de cerca. Sin detenerse en TALCA siguió Ossorio una marcha franca y confiada hasta *Quecherèguas*:—«*Pronto se acabarà esta funcion*» les repetia á los Chilenos y realistas que venian á felicitarlo. Su gefe de Vanguardia el Coronel Primo de la Rivera atravesó el rio *Loutué* y se aproximó á las posiciones de los independientes. Llegó entónces al campamento el General San Martin, y rompió la marcha á encontrar al enemigo con cerca de 7000 hombres bien equipados, mandados por oficiales competentes y bravos, con treinta y tres piezas y parque bien servido. Al siguiente dia los enemigos abandonaron sus posiciones adelantadas y se replegaron hasta *Quècherèguas*. Allí tuvo Freire un encuentro feliz, aunque de poca importancia, con los escuadrones de lanceros y dragones realistas que mandaba el coronel Morgado; y habiéndose retirado la vanguardia enemiga, vino todo el ejército patriota á campar en ese punto. Entretanto, replegada su vanguardia, Ossorio permanecia inmóvil al parecer en *Camurico*, pero pronto se supo que hacia movimientos disimulados para repasar el *Maule* y con-

centrarse en CONCEPCION detrás de las baterias de *Talcahuano*, y bajo el amparo de los fortines del *Bio-Bio*.

Con esta prevision que estaba perfectamente justificada y que era cierta, San Martin dividió su ejército en dos cuerpos, y se embozó diremos así en el camino de la izquierda que vá costeando las caidas de las Cordilleras, sin que el enemigo se hubiese apercibido de este rápido cambio, que tenia por objeto salir al Maule por el oriente cortando el flanco izquierdo del enemigo en retirada sobre los mismos vados del Rio: cuya operacion una vez conseguida no le dejaba á Ossorio mas alternativa que encerrarse en TALCA sin recursos de ningun género, ni mas salida que la rendicion sin condiciones.

Pocas veces se habrá ejecutado en la guerra una operacion mas hábil ni de de un cálculo matemático mas decisivo. Ossorio se mantenia en *Camarico*, á inmediaciones del rio y en el camino del centro, creyendo que el ejército patriota quedaba todavia acampado al norte; y se comprende cual debió ser su turbacion y su sorpresa, al saber que lo tenia adelantado por su flanco derecho y en marcha á envolverlo por el oriente sobre las orillas del Maule. Sin mas esperar, se puso en rápida contramarcha al sur por el camino del Centro á meterse en *Talca*, mientras San Martin seguia su paralela por el camino del oriente guar-

dando una distancia de dos leguas. Descubierta la marcha y el fin que Ossorio pretendia alcanzar, trató San Martin de cruzar el rio Lircay; y para forzar al enemigo á detenerse y dar la batalla en aquel momento favorable, puso 1600 ginetes al mando de Balcarce con la órden de acometer la retaguardia de los enemigos y de obligar á su ejército á ponerse en línea. Pero eran ya las cuatro de la tarde, pasadas: los realistas habian tenido tiempo de formar su infanteria detras de los zanjones y escabrosidades de los alrrededores de TALCA que á causa de eso se llama campo de *Cancha Rayada*, (llano zanjeado) y la caballeria patriota que lo ignoraba, y que fué lanzada con un frente mucho mas estenso que el del enemigo, se envolvió á sí misma, fué recibida con un fuego nutrido, y tuvo que retirarse á tomar nueva formaçion. Creyóse que habia tiempo todavia de obligar al enemigo á batirse: se mandó en apoyo de la caballeria los granaderos y cazadores del número 2 de Chile que tomaron el flanco del enemigo, y se llevaron al encuentro 20 piezas de artilleria; pero ya no daba lugar á nada la proximidad de la noche; y el general San Martin mandó suspender los movimientos y formar el campamento.

Desde las torres de *Talca* pudieron recien conocer los enemigos las fuerzas superiores del ejército argentino. Desde allí pudieron ver que

ellos se hallaban en una posicion desesperada. Por su frente soldados y gefes de una reputacion ya consagrada; y á sus espaldas un rio caudaloso que no era posible trasponer sin una evidente y desastrosa derrota. «Aquí las del refrán, les dijo el coronel Ordoñez, «*audaces fortuna jubat.*» Sin eso estamos perdidos. La suerte de los prisioneros es espantosa en esta guerra: prefiramos morir antes que entregarnos: yo sé que si permanecemos aquí, la tropa misma se levantará y nos entregará cuando lleguen la sed y el hambre: no hay mas remedio que batirnos, batiéndonos mañana estamos perdidos: batámonos esta noche y de sorpresa: si salimos mal muchos nos salvaremos corriendo al sur; pero si salimos bien podremos cuando menos aprovechar el dia de mañana para atravesar el rio, y ganar á Talcahuano.» Triunfó su decision; y con lo que habian observado del campamento patriota formaron su plan de ataque nocturno.

Ossorio era cobarde é incapaz de dirigir un movimiento de esta clase. Era el único capaz de hacerlo Ordoñez. Se convino pues que Ossorio quedase en Talca á cargo de la defensa de la plaza, y que Ordoñez tomase el mando de la aventura. Dividió las fuerzas en tres divisiones: á cargo de Primo de la Rivera, la de la izquierda: de don Bernardo Latorre (3) la de la derecha;

(3) Véase el tomo VII, campaña de Güemes, pag. 626.

y tomó él la del centro donde el movimiento debia ser mas recio y decisivo.

Lo singular es que el general San Martin habia previsto el ataqne del enemigo, y formado el plan con que debia desbaratarlo, y ultimarlo al dia siguiente. Para esto se propuso cambiar de posicion, y situarse al norte de la ciudad, dejando al frente de la posicion que habia tenido en la tarde, partidas que le avisasen la salida del enemigo haciéndole la primera resistencia hasta engolfarlo, en direccion equivocada: mover él entónces el ejército, entrar á Talca, y consumar al otro dia la victoria rindiéndolo á discrecion.

Sospechando que algo de esto pudiera hacerse, calculó Ordoñez que le convenia dar el ataque apenas anocheciese, y esta sagaz prevision fué la que lo salvó; pues á la siete de la noche, completa ya la oscuridad y muy toldado el cielo, se puso en movimiento sobre los patriotas. A esa misma hora comenzaban estos su movimiento para cambiar la disposicion de su campo. Fatigado el general San Martin por las marchas y los incesantes trabajos de seis dias sin descanso ni sueño, encargó al general O'Higgins, al coronel de ingenieros don Antonio Arcos, y al Gefe del Estado Mayor general Brayer, la ejecucion de las disposiciones que habia tomado— «Un diablo (nos decia el general Las-Heras 25 años despues) que yó me hubiera confiado en ellos!»

En ejecucion de estas disposiciones, debian estos gefes colocar á media legua de *Talca* por el norte, las divisiones que mandaba don Hilarion de la Quintana, la del general O'Higgins, y las fuerzas de reserva: de modo que formasen tres líneas paralelas con el flanco derecho apoyado en una bateria de 10 piezas sobre el camino público que va de norte á sur.

Colocado el ejército en esta forma venia á quedar en ángulo recto con respecto á la formacion anterior que abandonaba; y era claro que dado caso de que el enemigo intentára una sorpresa debia perderse en la prolongacion de su frente y ser á la vez reciamente sorprendido por su flanco izquierdo.

El Jefe de Estado Mayor y el de Ingenieros, encargados de egecutar el movimiento, cometieron el error de darle principio por el primer cuerpo que era el que guardaba el frente; de manera que se corrian dos peligros—el uno era que si esta línea era atacada durante el cámbio quedara sin formacion expuesta á desorganizarse y á llevar el desbande sobre la paralela de su retaguardia:—y el otro, que realizado el movimiento conversivo del frente, la segunda línea quedara desguarnecida, y sin que la primera pudiera sostenerla en medio de la oscuridad é ignorando su verdadera posicion; y por último en ese conflicto de dos líneas formando ángulo recto y con el enemigo encima de una de ellas,

era de temerse que se chocasen sus respectivos cuerpos al querer maniobrar; y esto fué precisamente lo que sucedió. En el momento mismo en que realizado el cambio de frente de la primera línea, cambiaba el suyo la segunda para tomar su posicion, fué cuando las columnas de Ordoñez llegaban y acometian el campamento de los patriotas con un denuedo desesperado. Empujando todo lo que encontraban por delante, fueron á dar contra la línea segunda que obedecia las órdenes del general O'Higgins, dejándole tiempo apenas para ofrecer alguna resistencia. Las descargas cerradas del enemigo, y la desorganizacion que se notaba en la línea del general O'Higgins provocaron un pánico espantoso en todo el ejército. Este general se sostuvo sin embargo por algun tiempo haciendo un fuego mortífero sobre los agresores, que les costó cinco oficiales, un coronel y como 200 hombres. Pertúrbose algo el ataque, y aún se vieron síntomas de retirada; pero llegando entónces la columna que mandaba Ordoñez, mal herido en el codo derecho el general O'Higgins por un balazo, y ya desatado el pánico por todas partes, la línea flaqueó y se desorganizó completamente, abriendo el paso á las columnas realistas hasta el cuartel general, que tambien se deshizo, sin que el general en gefe pudiera darse cuenta de lo que sucedia ni poner remedio al desastre. El parque y todos los pertrechos cargados en

mulas, las caballadas y los dispersos, causaban un horrible alboroto y confusion por todo aquel campo cubierto por una noche oscura y cargada de nubarrones. (4)

Entretanto, la primera línea, es decir la que habia ya completado su conversion, se hallaba en una estraña posicion. El coronel Las-Heras formaba con el número 11 la extremidad izquierda, y habia apoyado su flanco por ese lado en una bateria de diez piezas con que podia barrer el camino público que tenia al frente. Hombre de una vigilancia incansable habia adelantado sobre su frente en ese mismo camino la compañia del bravo capitan Deheza: este oficial, como su jefe, habia aprendido á no dormir jamás cuando tenia cerca al enemigo, y habia adelantado 30 pasos á su frente, tocándose casi, en el vértice del ángulo, con la extrema derecha del otro cuerpo atacado, al teniente Juan Apostol Martinez. Llegado á su puesto, el teniente se sentó para extraerse del pié una espina que le habia martirizado toda la tarde, siendo este el primer momento que tenia suyo para deshacerse de esta incomodidad. No bien se habia descalzado, cuando distinguió una columna enigmática que marchaba de frente por su flanco; y sin mas tiempo que el necesario

(4) Debo advertir que en esta narracion sigo los informes tomados del general Las-Heras; y los reproduzco tal cual hé creído entenderlos.

para incorporarse dió el viva, ordenó hacer alto, y viéndose desobedecido mandó hacer fuego y se replegó á su compañia como se le habia ordenado. El capitan Deheza se adelantó entónces, hizo una descarga cerrada sobre la columna enemiga que al parecer le presentaba el flanco izquierdo y volvió á replegarse á la línea de su cuerpo. Con este ataque por un flanco donde los realistas habian esperado encontrar el frente de la línea patriota, el Coronel Olarria que los mandaba creyó que habia equivocado la direccion de su marcha, y prefirió detenerse en observacion de la línea de Las-Heras. Pero este puso en movimiento el número 11 sobre el batallon enemigo: lo tomó de flanco, lo desbarató, hizo matar todo lo que de él quedó en su poder para no ser descubierto; y volvió á su posicion sin atreverse á operar mas allá por la completa oscuridad en que se hallaba, limitándose á mantener firme y compacta su línea mientras le venian órdenes.

En ese momento, el batallon de CAZADORES DE LOS ANDES mandado por el Coronel Alvarado y el bravísimo Mayor Zequeira se desprendia de la extrema deshecha de O'Higgins, y evitando el ataque atravesaba el desórden por ese flanco y venia buscando la incorporacion del 2º cuerpo. Pero este, tomándolo por otro regimiento enemigo lo recibió con un fuego terrible. El Mayor Zequeira se arroja entonces adelante dan-

do voces tronantes, se hace reconocer con inminente peligro de la vida, y desvanecido el funesto error entra en línea prolongándose en el flanco izquierdo del número 11. Con este movimiento la línea del primer cuerpo se pone en la aproximacion del núm. 3 de Chile que quedaba aún en el segundo cuerpo. Su jefe Rondizoni en medio del desórden tiene la acertada idea de ordenar á su batallon un cuarto de conversion, y sobre su izquiérda logra ponerse en la línea de Las-Heras ascendiendo entónces á 3216 hombres de infanteria los que este jefe tenia reunidos bajo sus órdenes.

Eran las once de la noche. El jefe de la Division Coronel H. de la Quintana no aparecia ni se sabia de él. Era indispensable tomar una resolucion, los jefes de los cuerpos se reunieron y otorgaron el mando absoluto de la Division al Coronel Las-Heras.

El alboroto de la derrota se iba alejando; y solo se oian á distancia toques y órdenes de concentracion. Nadie venia á dar órdenes ni noticias: y viéndose librado á sus propias inspiraciones, el Coronel Las-Heras trató de apretar fuertemente los vínculos de la disciplina con todo rigor: hizo circular la órden de que seria penado con la vida cualquiera persona que diese ó emitiese una voz, una opinion cualquiera que no se le hubiese pedido; el que se separase de las filas ó se manifestase enfadado; y tomando la ca-

beza de la columna se puso en retirada procurando recostarse á los bajos de las cordilleras, para ir tomando posiciones en caso de ser perseguido, y poder adelantarse si no se descubria su marcha.

La retirada estaba, como bien se comprende, erizada de peligros; pero de su éxito dependia como de un hilo el destino de la independencia de Sud-América. Ese heróico resto era todo lo que quedaba del precioso ejército de 7,000 hombres ricamente pertrechado que en aquella tarde habia acampado á la vista de Talca, y que no tenía mas que estender su mano al otro dia para apoderarse del ejército enemigo. El general argentino se habia perdido por esceso de arte, por esceso de habilidad, y por la mala ejecucion de sus órdenes. Pero lo que prueba el acierto admirable del general San Martin es la posicion en que quedó la Division de Las-Heras en el momento del ataque. Si los cuerpos hubieran ocupado las paralelas, á todo el ejército enemigo le habria pasado lo que le pasó al regimiento de Olarria; se hubiera perdido en la proyeccion de su frente y al otro dia habría capitulado. Esto es incontestable.

Al moverse, Las-Heras carecia de víveres: no contaba con caballeria para recogerlos, para recorrer el país, para observar los movimientos del enemigo, ni para cubrir su retaguardia. La artilleria de su division estaba sin municiones,

por que habiéndolas agotado en la tarde anterior para desembarazar al General Balcarce, no habia tenido tiempo de reponerlas á la hora de la sorpresa. Carecia de bueyes y de caballos para arrastrar con rapidez las piezas; y en una palabra, todo lo tenia que sacar de su propia energia en aquel supremo momento, en que 3216 de sus soldados y diez jefes superiores, única esperanza de la patria, iban allí cavilosos, ocultando cada uno en su pecho una angustia muda, rebelde quizá, y sin saber lo que un momento despues iba á ser de todos ellos. El Coronel con una severidad seca y concentrada, que no seria afectada porque era natural que su ánimo estuviese dado al diablo, tomó sus medidas dando á cada jefe su puesto en el órden de marcha con un laconismo imperioso; y emprendió la retirada en columnas regularmente cubiertas por su flanco. En este órden ganó, despues por una marcha diagonal, la línea paralela del camino de los cerros.

Con seis horas de marcha bien aprovechadas y con la rigidez inexorable con que hacia ejecutar sus órdenes, el brillante Coronel se puso del lado derecho del Lircai. Todos, y él mismo para dar ejemplo, lo pasaron á pié con la única escepcion de su tambor de órdenes á quien entregó su caballo. El 20 de marzo á las 9 de la mañana la Division llegó á Camarico; supo allí que San Martin y O'Higgins se hallaban situados

en Quecheréguas, haciendo esfuerzos supremos para reunir dispersos. Todo el parque, los trenes, bagajes, muladas, habian quedado abandonados en Cancha-Rayada y desparramados entre el rio Lircai y el Maule. El 24 por la madrugada, asi sin víveres ni descanso, y siempre bajo la férrea presion del jefe que la salvaba, la division pasó á la marjen derecha del Lontué; y la patria pudo contar con poco mas de tres mil soldados esperimentados y decididos, que iban á servir de base á la reorganizacion de la victoria, mientras el General argentino y el Director de Chile, sobreponiéndose á la congoja y á la vergüenza, ponian toda su alma y las luces de su inteligencia en la obra urgente, febril, apremiante de construir y de reincorporar los restos del ejército para contener al enemigo, que lleno de brios y de aliento, marchaba sobre Santiago, sin haber perdido mas tiempo que el muy estricto para dominar el país adyacente y recojer los estragos de su victoria. Desde aquel momento, el verdadero general en jefe de los realistas era el Coronel Ordoñez: Ossorio no era ya otra cosa que un figuron de paja á los ojos de sus tropas. (5)

(5) Era tal la notoriedad del coronel Las-Heras en el ejército de los Andes, que Brayer en una *Exposicion* posterior en que colmaba de insultos y menosprecio al general San Martín y á toda la oficialidad, exceptuaba solo á Las-Heras de su procaz despecho, y aunque lo hacía

En diez dias de trabajo incesante, San Martin habia ya reparado en gran parte lo perdido, y tenia en el llano de Maipú un ejército retemplado por el despecho y por el patriotismo, de cinco mil hombres, cuya musculatura estaba formada, como siempre, por los viejos batallones y escuadrones argentinos. En aquella posicion, el general se proponia dar una batalla si el enemigo trataba de marchar sobre la capital; ó bien, si confiado en la debilidad del Ejército patriota, trataba de correrse á su izquierda para ocupar á Valparaiso y maniobrar con ventaja sobre su flanco ó sobre su retaguardia.

No se estrañe que en esta rápida ojeada ahorremos todos aquellos detalles de gobierno interno que son esclusivamente de la historia chilena, y que no entran en el círculo de nuestro asunto que es puramente argentino; si tocamos los acontecimientos capitales de la guerra, es solo por llenar en todo su horizonte el cuadro de nuestra vida nacional intimamente ligada con ellos.

Fácil es hacerse una idea del estupor que produjo en Santiago el repentino desastre de Can-

con la fatuidad de un juez, decía sinembargo: «Las-Heras es un oficial de la mas alta esperanza, y si la fortuna no le es contraria, será algun dia *la gloria* y *el orgullo* de su patria.» El historiador Torrente, español remachado y acerbo siempre, todo lo barre como escoria y abominacion: solo á Las-Heras exceptúa como lo veremos al hablar de la victoria del *Maipú*.

cha-Rayada. Se habia contado con la victoria como con un suceso natural. Nadie ignoraba la superioridad del ejército patriota, en número, en pertrechos de todo género, en la calidad de las tropas y en la competencia de los jefes que las mandaban. De impróviso, todo desaparece. «El ejército no existe. San Martin ha sido « muerto ó tomado prisionero. O'Higgins ha cor« rido una suerte ignorada. Los jefes han aban« donado el campo de la derrota, quedando baga« jes, cañones, parques, provisiones, muladas, « tesoro, batallones enteros en poder del enemigo, « que animoso con tantas ventajas, marcha aho« ra amenazante y seguro sobre la Capital.»

Despues de Ramcágua una porcion considerable de las familias chilenas habia conocido las amarguras y las humillaciones que son el triste cortejo de la emigracion. Muchísimas de ellas pertenecian al partido *carrerista*, para el que la restauracion del régimen pátrio, por la mano de O'Higgins y por la presion del ejército argentino, habia tenido hasta entónces muy poco de lisonjero. Entre ellas, lo mismo que en el resto de la poblacion, habia ya por esto un gran número de vecinos que eran patriotas frios, cuyo principal interés era vivir quietos en sus casas, ó en sus haciendas, al abrigo de una autoridad cualquiera, por celosa y tirante que fuese. La otra parte, entre la que habia muchos carrerinos exaltados, tenia como otros tantos O'Higginistas,

compromisos demasiado notorios, para esperar de los realistas otra suerte que la del patíbulo ó las terribles *Casas Matas* del Callao, que, en el clima peruano, eran una prision mas horrible que las de *Spielberg*, cuya fama lúgubre ha llenado de espanto el mundo civilizado y hecho adorable la pluma mística de Silvio Pellico.

Estos últimos, encabezados por el Cívico fogoso don Manuel Rodriguez, tenido por un carrerista peligroso, trataron de organizar una resistencia popular. Pero, ya fuese por el apuro doloroso de los momentos, ya por la abyeccion en que estaban entonces las clases bajas de Chile, reducidas á la servidumbre (*serviage*) de los *inquilinos* en la campaña, y de los *rotos* en la capital, el pueblo verdadero no existia y lo que llevaba nombre de tal no podia responder por consiguiente, con el alzamiento de las masas, que era lo único con que faltando el Ejército, podia haberse desempeñado la defensa del país.

El movimiento de Manuel Rodriguez mas bullicioso que sério, produjo solo el agrupamiento de dos ó trescientos ginetes, jóvenes de buenas familias, *anti-argentinos* los mas, que se alistaron en un cuerpo embrionario con el nombre de *Húsares de la Muerte*; pero que no entraron á ver la *muerte* de cerca en las filas del ejército que iba á batirse. El espíritu nacional de los nuevos escritores de Chile ha querido elevar á tal importan-

cia esta manifestacion de buenos deseos, que ha tratado nada menos que de repartir con ella la gloria de San Martín.

Pero lo evidente es que ninguno de los *Húsares de la Muerte*, murió ó derramó una sola gota de sangre en la batalla de Maipú: ni en ningun otro encuentro que pudiera haber contribuido á su éxito. El sentimiento general de las masas de Chile no se hallaba inclinado á insurreccionarse como el de las Provincias Argentinas de Salta y del Alto Perú. Mas bien parecian todos resueltos á someterse ó emigrar: cosa natural en un país agrícola, en donde el hombre pobre es una adherencia de la tierra; ó un *pária* y sigue la suerte que le impone la fuerza y el terror de la guerra.

Así es que un número *considerable* de personas conocidísimas, propietarios ricos los unos, antiguos patriotas de todas las clases los otros, se apuraron á escribirle al general Ossório felicitándole por su espléndida victoria, y abjurando el error que habian cometido siendo ingratos á la causa del Rey, única base de tranquilidad pública y de justicia; para entregarse alucinados al desorden revolucionario en que se habian visto perseguidos, arruinados y tiranizados por los partidos y por los caudillos de su pais.

En la capital comenzaron muy pronto á pronunciarse síntomas de desorden. Don Manuel Rodriguez promovió reuniones tumultuosas en

las plazas é hizo hacer *Cabildo abierto*. Con la audacia que le era genial, se apoderó del mando haciéndose nombrar *Acompañado* del Coronel Cruz que era el Delegado de O'Higgins: hizo abrir los parques y repartió armamento y municiones al populacho. Pero al llegar á Ramcagua fué O'Higgins informado de estos atentados, corrió á Santiago y puso en órden á los alborotadores cuando menos lo esperaban.

En aquellos momentos, lo primero era calmar las desavenencias y reunir todos los elementos de la defensa. Con este ánimo pasó una nota tranquila al gobierno delegado que habia surgido del tumulto, advirtiéndole que reasumia el mando, y que aceptaba el concurso del pronunciamiento popular para reparar el contraste que habian sufrido las armas de la Patria.

Al otro dia reasumió solemnemente el poder ante todas las corporaciones reunidas; y contestando á los discursos que le dirigieron, les habló de que la situacion era ya muy diversa de lo que habia sido en los dias anteriores:—«Lo « he visto todo, les dijo: el ejército se reorgani- « za bajo el cuidado inmediato del general San « Martin, y abrigo una profunda conviccion de « que hemos de salir vencedores en la próxima « batalla». Pero como O'Higgins conocia á fondo la fé vacilante y el dudoso patriotismo de los que lo rodeaban, sintió la necesidad de aquie-

tarlos con estas curiosísimas palabras, que pintan el egoismo, la duda, y el miedo que veia pintados en el ánimo de todos, mas interesados en saber algo para salvarse que en hacer sacrificios por una causa que consideraban perdida:— «No PIENSO (les dijo) EXIGIR DINERO: No PEDIRÉ « NADA, hasta que nuestra conducta en la batalla « que va á decidir de vuestra suerte y de la « de vuestros hijos, os manifieste que hemos « cumplido con nuestro deber». La situacion moral de aquella sociedad se puede calcar con este solo rasgo. SALTA habia respondido de otra manera á las terribles exigencias de la salvacion de la patria: hombres, recursos y dinero, todo cuanto tenia lo habia entregado al heróico jefe que iba á defenderla; y Mendoza no solo habia hecho sino que iba á hacer otro tanto.

O'Higgins empero multiplicaba sus esfuerzos y sus órdenes para reunir elementos, sin darse una hora de descanso, no obstante que la grave herida del brazo comenzaba á poner en alarma á sus médicos. Agravada por la necesidad de firmar tanto papel á cada instante, fué preciso mandar gravar una estampilla con su nombre para evitar las malas consecuencias de aquel esfuerzo.

Al dia siguiente (es decir—el 25 de Marzo) entró tambien San Martin á Santiago y se dirigió al palacio de O'Higgins. No bien corrió esta nueva por el pueblo, cuando se aglomeró en la

plaza un inmenso concurso para esperar al general y verlo á su salida. La conferencia duró dos horas. Eran ya las ocho de la noche cuando el general salia del palacio y montaba á caballo para retirarse á su habitacion. Pero el concurso le rodeó. Sus vestidos estaban maltratados y desaliñados. Desde la gorra á las fuertes botas granaderas, estaba todo cubierto de polvo y de barro; sus grandes ojos negros eran lo único que brillaba, como siempre, en su ennegrecida figura. Cuando llegó á su puerta de calle se dirigió á la multitud, y sin desmontarse pronunció algunas palabras modestas y enérgicas atribuyendo su contraste á las casualidades del juego de la guerra, y prometiendo una victoria próxima, para la que dijo que se hallaba ya preparado con los medios que habia reunido. Hacia un instante que estaba en él salon rodeado de muchísimas personas anhelantes por formar opinion sobre el estado de las cosas, cuando llegaba un chasque á raja-cincha con tanta urgencia que un momento despues el caballo caia yerto en la calle. San Martin tomó el pliego, lo leyó con indiferencia y siguiendo la conversacion lo dejó como distraido sobre la mesa. Pasado algun tiempo, el general se disculpó de la concurrencia y pidió permiso para retirarse á fin de arreglar su traje y su persona. Así que salió del salon, los mas curiosos se echaron sobre el papel que el chasque habia

traido y leyeron una nota de Las-Heras en que avisaba al general, desde San Fernando, que marchaba á las inmediaciones de Santiago con su division compuesta de 3,800 hombres y 14 piezas de artilleria—todos en excelente espíritu, y *decididos á vencer á los godos con un éxito completo*; agregaba tambien que estos nó se habian atrevido aun á pasar el Rio Lontue.

Con esta noticia, los ánimos recobraron alguna quietud. Las esperanzas comenzaban á renacer, la autoridad se afirmó lo bastante para contener el desbande general que habia comenzado á pronunciarse, con grave peligro, en algunos puntos importantes como Yllapel, Valparaiso y otros puntos del norte.

Heróico siempre y digno de la gloria que le habia cabido en la creacion del ejército de los Andes, el Pueblo de Mendoza hizo otro gigantesco esfuerzo, y pasó á Chile auxilios de todo género con una oportunidad y presteza asombrosa:—«Se conservaron en diferentes puntos re-
« puestos de buenos caballos hasta el pié de la
« Cordillera, con los cuales conducidos por las
« milicias con el cuidado y exactitud militar á en-
« tregarse aptos, como lo cumplieron, de entrar
« inmediatamente en combate y con municiones
« de ciertos calibres de que igualmente llegó á
« necesitar el ejército con urgencia por el con-
« traste de Cancha-Rayada en la noche del 19 de
« Marzo de 1818, se le atendió puntual y rápi-

« damente para la gloriosa jornada de Maipú.
« Se cubrió con dichas milicias el cordon que se
« puso á los dispersos de Cancha-Rayada, con-
« tuvo la desercion y la emigracion; y *se man-
« tuvo la reserva con que sirvió* esa provincia
« como el mejor ejército *hasta el año de* 1820.
« *Concurrieron tambien las mismas milicias* AL
« AUMENTO DE LA 2ª DIVISION, aunque por pi-
« quetes, con oficiales que adquirieron un dis-
« tinguido renombre en el Perú, como Pringles
« y otros ». (6)

Al mismo tiempo que con una rapidez asombrosa reorganizaba San Martin la fuerza y la moralidad de sus tropas, tomaba todas aquellas medidas de esmerada prevision para el caso en que la fortuna le fuera adversa. Escalonó fuerzas de inferior calidad, con depósitos de pertrechos y de movilidad fácil en todos los caminos por donde habia de retirarse á la Cordillera, ó á Mendoza, en caso de verse forzado á ello: aseguró la resistencia de Coquimbo haciendo pasar 380 hombres de *San Juan* y *de la Rioja* donde el teniente gobernador general don Francisco Antonio Ocampo, puso una diligencia digna de elogio en esta remesa importante, cuyo personal ingresó despues al grueso del ejército de los Andes.

(6) *Escrit. Póstumos* del General don Toribio de Luzuriaga, Gran Mariscal del Perú etc. etc., en la *Revista de B. A.* tom. 6º pag. 357.

En los dias anteriores al desbande, el general San Martin habia puesto de acuerdo al señor Guido plenipotenciario argentino con el Supremo Director O'Higgins acerca de la compra, por cuenta comun de ambos gobiernos, de una hermosa fragata de 50 cañones. Habia llegado este buque á Valparaiso con bandera inglesa, y pertenecia en efecto á la escuadra de la famosa *Compañia de las Indias*. Al parecer recalaba á Valparaiso en viaje al Asia; pero la verdad era que traia un contrato *ad referendum* hecho con el señor Alvarez Condarco en Lóndres para venderse y pasar al servicio de San Martin. Estaba al concluirse el contrato, y pendiente solo de la recoleccion del dinero necesario para pagarla, cuando ocurrió el desbande del ejército y los consiguientes cuidados á que fué preciso concentrarse, quedando aplazado el negocio, pero precisado en todos sus detalles para el caso de un éxito feliz como hemos de verlo.

Pasada la primera excitacion del triunfo los realistas habian comenzado á concebir dudas sobre el éxito final de la campaña. Ellos tambien habian tenido pérdidas muy sérias en el ataque nocturno del 19: coroneles y otros oficiales de graduacion quedaban muertos: mucha fuerza se les habia dispersado, huido al sur y desorganizado. La sola tarea de recoger el inmenso material que los patriotas habian dejado desparramado en aquellos campos

exigia largo tiempo; mientras que si no apuraban sus marchas, era evidente que San Martin iba á reunir recursos superiores, á levantar de nuevo el personal de los cuerpos, á recibir hombres y municiones de Cuyo, y á presentárseles en uno ó dos meses de trabajo con las mismas ventajas que habia tenido hasta el momento de la sorpresa. Lo indispensable era pues, no darle tiempo para nada de eso. Ordoñez, que era la cabeza militar mas aventajada del ejército realista, se tomó ó recibió el encargo de hacer esta persecucion con la primer columna que pudo organizar, creyendo que no encontraria sino fugitivos y grupos informes.

Pero tardó poco en saber que el Coronel Las-Heras se retiraba con dos jornadas de ventaja y con cerca de 4000 hombres organizados. El gefe realista no habia contado con tan pesado contratiempo; y como su columna no era bastante fuerte para comprometerse en una marcha resuelta al norte del Lontué, se detuvo en Quechereguas; y dió aviso de lo que ocurria para que el grueso del ejército realista apurase sus marchas.

Urgido por todos sus gefes, Ossorio iba como empujado por una fatalidad hácia Santiago. Todo el éxito de la campaña dependia de la rapidez; pero la rapidez ofrecia graves peligros y muchos inconvenientes: destruia los caballos, cansaba los hombres, y arruinaba todas las bestias de

carga y tiro. Los progresos de la marcha eran pues demasiado lentos para lo que requerian las circunstancias.

San Martin estableció su campo en el llano de Maipu. Desde allí cubria la capital y se hallaba en actitud de flanquear al enemigo, dado el caso de que este intentase correrse por su izquierda sobre Valparaiso.

La columna de Las-Heras pasó al norte del rio Maipú el dia 28, y continuaba su marcha para incorporarse al cuartel general cuando un edecan del General en Gefe se presentó á cumplimentar á los gefes de la columna y á participarles la órden del dia. En ella se ordenaba que la columna hiciese alto un cuarto de legua antes del campamento á fin de que el mismo General saliese á encontrarla con todo su Estado Mayor General, para volver á su cabeza y hacerla recibir con los honores de Capitan General. Un momento despues se presentó San Martin; y puesto al frente de la línea se descubrió la cabeza y realzó con algunas palabras militares el servicio escepcional que habian hecho á la patria los soldados que la componian, salvándola en un momento aciago para hacerla triunfar en la próxima jornada. Al mismo tiempo todas las músicas tocaban los Himnos Pátrios: las baterias hacian una salva de 21 cañonazos en el campamento, que era correspondida por las salvas y por las campanas de la ciudad.

Cuando San Martin supo que se habian avistado algunas partidas descubridoras de realistas, hizo marchar hasta la *Requinua* una fuerza de caballeria á las órdenes del teniente coronel Bueras, con una partida avanzada de 60 Granaderos á Caballo á las órdenes del capitan don Miguel Cajaraville, uno de los oficiales mas bravos y diestros de la caballeria argentina. (7) El dia 30 de Marzo, Cajaraville pasó al otro lado del Maipu y no tardó en descubrir una fuerza enemiga, que al verlo se puso en retirada. Cajaraville conoció perfectamente que el objeto era atraerlo ácia otras fuerzas. Pero como tenia muchísima confianza en los soldados que llevaba, y como iba ademas muy bien montado, conferenció con los suyos para ver si estaban bien dispuestos; y no pudiendo dudar de que podia contar con ellos, se puso á perseguir con decision á los Realistas. A poco andar, aparecieron estos reunidos con otros grupos, y resultó que Cajaraville con 60 granaderos vino á tener por delante el afamado escuadron del Coronel Palmas. Pero, apenas se afirmaron los realistas y trataron de cargar á los Granaderos, estos se soltaron con todo el empuge de los caballos manteniendo su línea como una tabla. Perdió el enemigo su aplomo; se dejó arrollar

(8) Primo hermano del respetable propietario don Calixto Moujan.

sable en mano; y pocos momentos despues huia pavorosamente por todo aquel campo, dejando 32 cadáveres y entre ellos y el sargento mayor del cuerpo con dos oficiales.

Este encuentro fué muy sonado y aplaudido, no solo por que era el primer desquite que nuestros soldados tomaban despues de Cancha-Rayada, sino por que probaba que la tropa se conservaba entonada y que no habia que temer que flaqueara ni que perdiera la superioridad que hasta entonces habia tenido. Aunque parcial, el suceso se consideró como una victoria señalada y fué festejado con músicas y repiques en el campamento y en la capital.

Habíase resuelto que el 1º de Abril tendria lugar una gran revista del Ejército; y como el campamento distaba poco menos de dos leguas de Santiago, agolpóse por allí numerosísima concurrencia venida de la ciudad y de todos los alrededores. No revistaron por decontado sino los cuerpos de línea, por que aquello era demasiado formal y sério para que entrasen á figurar los *Húsares de la Muerte* del alborotador don Manuel Rodriguez.

El continente de la tropa no podia ser mejor ni mas lucido. Todos los semblantes respiraban animacion y denuedo. Algo habia en el aire que presagiaba un triunfo; y todos los concurrentes se retiraron alegres y con vivas esperanzas.

Con la incorporacion de la columna de Las-Heras quedaba reorganizado el Ejército y pronto para adelantarse á contener al enemigo. Faltaba sin embargo del cuartel General un oficial de gran nombre y de quien ahora no se hablaba bien en los fogones. El general Brayer habia sido *Gefe de Estado Mayor* en «*Aquella ingrata noche*» del 19 de Marzo. Al salir del campamento en el momento en que era acometido por los enemigos, huyó despavorido; y sin detenerse en ningun punto del camino para cumplir con su deber, se metió en Santiago dando lúgubres detalles del desastre. Colocado al lado del tribuno Manuel Rodriguez aseguró con su propio testimonio que todo quedaba perdido, que no habia que contar con nada mas que con la iniciativa ó el alzamiento del pueblo: y esparció rumores *soto voce* de que San Mantin, O'Higgins, y los gefes principales se hallaban festejando el natalicio del primero, y estaban ébrios cuando ocurrió el ataque. (8) Al favor de estas culpables diligencias, que en

(8) Me ha referido el señor Las-Heras que el mismo general San Martin se lo dijo quejándose amargamente de la infame calumnia de Brayer. Las Heras precisamente habia estado hasta las 5 1[2 de la tarde con el general en gefe, sin que hubiera traza la menor de comida ó festejo; sino al contrario, disposicion del general á descansar unas horas, y órden de que le despertasen á las 10 p. m.

el fondo eran algo parecidas á una vergonzosa cobardia, Brayer provocó, ó contribuyó á provocar, un gran tumulto en el que se alteró el personal del gobierno, usurpando la presidencia el mismo Manuel Rodriguez, que peroraba al lado de Brayer. Un tal Serrano, tomando la palabra á su vez, lanzó al pueblo la torpe calumnia; pero Brayer la rectificó al momento advirtiendo—«que él no habia dicho al señor Serrano que lo *habia visto*, sino que era voz corriente entre los dispersos».

Cuando O'Higgins entró á Santiago y puso en órden el alboroto de que los *carreristas* habian procurado sacar partido, Brayer se sintió en un terreno difícil: é invocando el mal estado de su salud pidió permiso para pasar á los Baños termales de Colina camino de buena retirada con tiempo. Pero al dia siguiente—esto es el 27 de Marzo—se arrepintió de haber dado tan feo paso, y apelando á todo el lustre de su antigua carrera, pasó una nota al General en Gefe pidiéndole *un mando cualquiera en las tropas* que se aprestaban á dar la batalla.—«Mi salud « destruida por heridas graves (dijo) me deja « solo una existencia dolorosa, cuyos restos « ofrezco en obsequio de la independencia del « pais que me ha acojido en mi desgracia». Dice el señor Barros Arana, de quien tomo estos documentos, que San Martin vaciló antes de contestar. Sin embargo, lo que yo mismo he oido

al General Las-Heras es que la indignacion del general San Martin era tanta que no quiso contestar hasta no contenerse para hacerlo con términos decorosos y moderados. «La salud de V. S. « es muy interesante, y por lo mismo deberá re- « ponerla por medio de una curacion formal: « logrado este objeto se proporcionará el destino « que V. S. solicita en este ejército á beneficio « del pais ».

El dia 2 el ejército patriota estaba pronto para operar. La situacion que el general habia tomado era excelente: le ponia en aptitud de decidirse en vista de la marcha del enemigo; ya fuese de frente, si este tomaba una direccion recta, de Sur á Norte, sobre Santiago: ya para convertirse sobre la derecha y cerrarle el paso, en el caso que Ossorio pretendiese correrse por su flanco izquierdo con la mira de amenazar la capital y de ocupar los caminos de Ackon-Kahuac y de Valparaiso cortando las comunicaciones con los Andes y con el mar á la vez.

San Martin arregló sus fuerzas en tres cuerpos con frente al Sudoeste. El coronel Las-Heras mandaba el cuerpo de la derecha compuesto de su batallon número 11, del de Cazadores de Coquimbo, Infantes de la Patria, 8 piezas de artilleria, y los cuatro Escuadrones de Granaderos á Caballo. El teniente coronel don Rudecindo Alvarado tenia á sus órdenes el cuerpo de la izquierda, compuesto de su batallon número 1, ó

sea *Cazadores de los Andes*, del número 2 de Chile, y del número 8 argentino, con 8 piezas de artilleria chilena y los Cazadores á Caballo cuerpo argentino puesto á las órdenes del coronel Freire, Como doscientas varas á retaguardia formaba la division del centro y reserva á las órdenes del coronel don Hilarion de la Quintana, compuesta del batallon argentino número 7 á las órdenes del coronel Conde, de los batallones chilenos número 1 y número 2, con 4 piezas de artilleria, y con un escuadron denominado *Cazadores de la Escolta.*

Ossorio vino el dia 3 de Abril á pasar el rio Maipu por el paso de Lonquen: y salió por consiguiente sobre la derecha de la línea que formaban los patriotas. Mostraba con esto como lo habia previsto San Martin, que procuraba interponerse entre Santiago y Valparaiso para dar frente al naciente, correrse sobre su izquierda y cortar al mismo tiempo el camino de Valparaiso y las comunicaciones andinas amenazando tres puntos capitales á la vez: *Santiago*, *Valparaiso* y *Chacabuco*. Luego que San Martin conoció el intento del enemigo movió decididamente su ejército hácia el terreno en que habia resuelto batirse; y se colocó en disposicion de atacar el flanco derecho ó la retaguardia del enemigo si continuaba en su propósito. El movimiento de los independientes puso en tanto cuidado al enemigo, que se contuvo y se estableció en el *Case-*

rio de Espejo, vieja Hacienda de muchos edificios y callejones de tapia. Colocado allí, cambió el frente de su formacion en marcha poniéndolo al nordeste, para defenderse de los movimientos que podia hacer San Martin sobre su flanco derecho.

Era tan corriente entre los oficiales de Ossorio la habilidad y la astucia con que San Martin preparaba sus golpes, que todos andaban preocupados y obrando como si marcharan al borde de precipicios desconocidos; pero nadie mas temeroso y aprehensivo que Ossorio mismo. Cuando vió que los momentos eran decisivos y que Ordoñez, Morla, Primo de Rivera, entraban en cuidados deteniendo la marcha y rectificando sus direcciones, comenzó á pronunciarse por una retirada, ó bien por maniobrar hácia Valparaiso al amparo de la Escuadra, y volver á Talcahuano á reforzar el ejército y completar su organizacion. Viéndose contrariado por los gefes mencionados, y en un estado de grande inquietud, reunió un Consejo, con la esperanza de que su opinion triunfase. Pero Ordoñez se opuso animosamente, insistiendo en que era preciso no perder tiempo, ni la superioridad moral que les daba un triunfo tan reciente como el de Cancha-Rayada: que lo que convenia era seguir operando por el flanco derecho de los patriotas; caer sobre Santiago, y forzar á San Martin á dar una batalla.

Esta era precisamente la intencion de San Martin: el 4 por la tarde, dió minuciosas y claras instrucciones á los gefes de cuerpo y de Division; sin olvidar el menor detalle, por que en estos casos era de una labor y de una prevision incansables. En una de sus anotaciones detallaba los uniformes de cada cuerpo enemigo con las señas, distintivos ó rasgos peculiares de cada uno de sus gefes, inculcando en el grande interés que los gefes y oficiales patriotas debian tener en conocerlos. (9) Hablándoles del Regimiento de Burgos, decia—«A este se le de-
« be *cargar la mano*, por que es la esperanza y el
« apoyo del enemigo». En otra parte agregaba:—« Si algun cuerpo, tanto de infanteria como
« de caballería, fuese cargado al arma blanca,
« no esperará de pié firme, sino que á la dis-
« tancia de 50 pasos saldrá á encontrarlo á sa-
« ble ó bayoneta».

El dia 5 de Abril, luego que aclaró, el general San Martin disfrazado con poncho y con sombrero *huarapó*, (10) montó en un buen caballo, enjaezado á lo guazo y haciéndose acompañar del oficial de Ingenieros D'Alve, del edecan O'Brien y de un asistente, vestidos con el mismo disfraz, se acercó cuanto pudo al campo enemigo, y vió por sus propios ojos que este comen-

(9) A esta precaucion se debió que fuese tomado Ordoñez.

(10) Sombrero de paja con alas anchas.

zaba á mover sus columnas por el flanco izquierdo, procurando visiblemente ganar el camino de Valparaiso y la circunvalacion Santiago por el poniente. San Martin volvió á su campo y emprendió entonces un movimiento conversivo de toda su línea sobre la derecha, marchando á encontrar á los realistas en una direccion casi oblicua (segun lo dice en el parte de la batalla) con el objeto de envolverles el flanco derecho ó de atacar su retaguardia.

Al apercibirse de este peligro, Ossorio detuvo su movimiento y formó su línea en un terreno que necesita ser descripto.

Hácia el lado del Sud-oeste, se levantan unas pequeñas lomadas ó alturas, que sin ser áspera sierra, forman ondulaciones bastante acentuadas sobre una de las cuales se vé el blanco caserio de la *Hacienda de Espejo*, á la derecha, saliendo de Santiago. En medio de estos pliegues del terreno, se prolonga de oriente á poniente una hondonada, ó bajío poco profundo, cuya anchura, (segun cálculo que hice á la vista) puede ser, de mil á mil doscientos metros en el estremo del poniente, ó bien sea en la caida de las antiguas corrientes que lo han dejado en seco; y que hácia arriba (al estremo de oriente) se va estrechando hasta quedar en doscientos metros, á lo mas, y en forma de dos líneas que se fueran separando oblícuamente como si en una lejana distancia formaran un ángulo agudo ó

quebrada de las caidas occidentales de la Cordillera. Asi es que sus bordes, ó barrancos, quedan enfrentándose oblícuamente con cierta regularidad general.

El ejército español vino á ocupar los barrancos del sur con la mira probable de sostener allí su propósito de seguir marchando al noroeste para converjer y circunvalar á SANTIAGO; y el ejército independiente se adelantó á tomar posiciones en los bordes ó barrancos del norte con la mira de atravesar el bajío por su menor anchura (oriente) para envolver con su izquierda la marcha del enemigo y batirlo. De modo que en razon de la forma del terreno los dos frentes contrarios se hallaban en líneas oblícuas, mas estrechas y cercanas por el lado de oriente, y mas abiertas por el de occidente.

Ossorio, diremos mas bien Ordoñez, conoció al momento que la posicion de San Martin era mas ventajosa en cuanto le doblaba su flanco derecho por el espacio mas angosto de los barrancos; y variando su órden de marcha aglomeró en su derecha sus mejores fuerzas en dos columnas cerradas en masas, con el objeto de echarse al medio del bajío, de llevarse las fuerzas argentinas con un violento y poderoso empuje, dejando á su izquierda una tercera columna al mando de Primo de la Rivera, como reserva para acudir á las contingencias del combate. Tomó Ordoñez el mando de la columna de la

derecha, y el coronel Morla el de la izquierda, con el espacio consiguiente entre ambas para desenvolverse. Constaba la columna de Ordoñez de tres regimientos con 4 piezas, y de los dos escuadrones de Dragones de Chillan y de Concepcion. La columna de Morla se componia de los regimientos Burgos y Arequipa con otras cuatro piezas. A su izquierda quedaba, como hemos dicho, otra fuerte columna al mando de Primo de la Rivera; y como la faja de terreno bajo que por este lado la dividia de los patriotas era bastante mas ancha, y quizá como de 300 metros, la columna se habia colocado sobre la altura misma del barranco, con una bateria de ocho piezas á su derecha, y en el bajío se hallaban adelantados los escuadrones de *Lanceros y Dragones del Rey*, protegidos por esas piezas al mando del coronel Morgado.

El plan de los españoles era evidentemente esperar la noche para seguir por su izquierda el movimiento de circumbalacion sobre Santiago: ó de ser atacados, defender su posicion en lo mas estrecho del bajío con todas las fuerzas mas sólidas y aglomeradas de que podian disponer. Indudablemente los dos generales eran dignos de encontrarse en aquel crítico momento! Dadas las posiciones, la de los españoles era por el momento defensiva de su órden de marcha, la de los independientes agresiva por necesidad y por interés: era pues natural que los primeros

estuvieran dispuestos á esperar que los segundos se descolgasen al bajío, y que emprendiesen la subida del lado opuesto para que las columnas de Ordoñez y de Morla se moviesen y trataran de arrollarlos hasta su reserva, debiendo ser éste el momento en que Primo de la Rivera bajase por la izquierda con su columna y con la caballeria de Morgado para embestir á Las Heras y echarlo sobre el cuerpo desordenado del centro patriota.

Eran las doce del dia, cuando el Ejército Argentino ocupó las lomas fronterizas en el órden que hemos dicho. El general tenia en aquel momento un grande interés en descubrir la colocacion que el enemigo habia dado á su artilleria. Temia que la hubiese agrupado donde el terreno era mas angosto para barrerle las columnas que lanzase por allí, haciéndole mas difícil el ataque con que premeditaba echarse á las lomas de su frente. Hablando con el coronel Las-Heras que en ese momento estaba á su lado, y cuyas opiniones escuchaba siempre con atencion, éste le dijo con el tono familiar de que usaban en privado—«Si V. manda que nuestras piezas rompan un cañoneo general sobre su frente, verá V. que los *godos* no dejan callado uno solo de sus cañones»; y en efecto, un momento despues tronaban los cañones de la línea patriota arrojando centenares de balas sobre el frente; y los enemigos contestaban con igual

bullicio, descubriendo el órden de sus fuegos.

El general San Martin habia visto ya lo que deseaba: sabia que podia lanzar al llano las columnas de su izquierda al mando de Alvarado. Pero comprendiendo que allí iba á jugarse lo duro de la batalla, le ordenó al coronel Las-Heras que cuando viese comprometida la columna de Alvarado, ejecutase un movimiento de concentracion sobre su izquierda: de modo que los batallones *Infantes de la Patria* y *Coquimbo*, que eran su estrema por ese costado, pudiesen ocurrir sobre el flanco de los realistas á sostener á Alvarado y á la Reserva, pues era su intencion echar toda la fuerza posible sobre aquella parte. Pero al mismo tiempo le dijo que ocultase el movimiento, para que Primo de la Rivera no lo comprendiese; y que con ese fin echase al frente los *Granaderos á Caballo*, procurando que arrollasen sin descanso la caballeria de Morgado, y que entrasen por el espacio que mediaba entre la columna de Primo de Rivera y la de Morla, mientras el número 11 se corria tambien sobre su izquierda, amagando de flanco ó por retaguardia al primero si procuraba marchar á dar apoyo á las columnas realistas de su derecha cuando las viese envueltas por el grueso de la infanteria patriota allí concentrada.

Seguro de la habilidad y exactitud con que el coronel Las-Heras habia de desempeñarse, tomó el galope hácia su izquierda para coordinar el

momento de ponerla en marcha y de apoyarla con la reserva. Colocó al efecto en la extremidad de ese flanco 8 piezas de gran poder á las órdenes del Teniente Coronel Borgoño; destinadas á barrer al enemigo cuando Alvarado pasase el bajío y diese de frente con él; y desde que todo estuvo previsto y listo dió la órden de la marcha de frente por ese costado á todo empuje.

Así que Las-Heras vió las señales del cuartel general lanzó al bajío los *Granaderos á Caballo*, á las órdenes del coronel Zapiola; y comenzó á mover juiciosamente sobre su izquierda los dos batallones *Cazadores de Coquimbo* é *Infantes de la Patria*.

Desde que Primo de la Rivera vió moverse los *Granaderos à Caballo* temió verse comprometido, y en peligro de no poder moverse y acudir á tiempo sobre su derecha en apoyo de la columna de Morla, sin que el número 11 lo acometiese por el flanco, ó por retaguardia.

Era pues urgente que Morgado saliese al encuentro de Zapiola. El momento era crítico: Las-Heras veia que Alvarado con toda la izquierda estaba ya comprometido entre las dos columnas enemigas: ordénale entonces al Comandante Manuel Escalada y al Comandante Manuel Medina que carguen á fondo á Morgado, y lo lleven por delante hasta mas allá de su infanteria; y él sigue haciendo correr lentamente sus dos

batallones de la izquierda para engrosar la linea de la reserva y desbordar las columnas enemigas por la derecha encerrándolas en fuegos de flanco.

Los Granaderos cargan con el ímpetu de un huracán, animados sobre todo con el deseo de tomar desquite: arrollan á Morgado en el centro del bajío entre los dos barrancos, y llegan hasta los bordes del sur; barridos allí por la metralla enemiga retroceden por un momento: pero se rehacen con una disciplina admirable bajo el fuego del enemigo: vuelven á cargar: y sin que nadie pueda ya contenerlos pasan arrollando á los jinetes del Rey de España por el intermedio que habia entre la columna de Morla y la de reserva al cargo de Primo de la Rivera.

Este jefe se habia visto pues inutilizado por la furibunda intrepidez de los Granaderos á Caballo; y cuando pudo apercibirse de lo que pasaba á su derecha, abandona sus seis piezas, y á toda prisa trata de marchar al conflicto; pero el número 11 se mueve tambien cortándole por la diagonal que deja á su retaguardia. La columna realista vacila: y se detiene allí perpleja para no dejarse cojer. Véamos lo que habia sucedido por la izquierda de los independientes.

Alvarado habia bajado al llano y puéstose bravamente en ascenso del barranco por su frente. Al repecharlo aparecen las dos columnas en masa de Ordoñez y Morla: chocan contra el cen-

tro de la línea patriota y hacen vacilar su centro compuesto del batallon argentino número 8 mandado por el Comandante Enrique Martinez y del número 2 chileno á las órdenes del Comandante Cáceres. Se hace allí un esfuerzo para reorganizar la línea; pero el centro que era demasiado débil para el empuje en masa de las dos columnas españolas vuelve á vacilar y se pronuncia en retirada dejando ileso á la izquierda el batallon número 1º argentino, ó sea *Cazadores de los Andes*, á cuya cabeza estaba un oficial de mucha fama entre los suyos, el Mayor Severo Zequeira, hijo de Salta. Conociendo este oficial que podia quedar cortado comienza tambien á retrogradar sobre la reserva, pero en perfecto órden de formacion, y casi paralelamente con las columnas españolas que ya se llevaban por delante los grupos del 8 y del 2.

Al ver lo que sucedia el General en Jefe mueve hácia la grezca la Reserva al mando del coronel don H. de la Quintana; y para desahogar la izquierda ordena al coronel Freire que rodee el campo de batalla por ese lado, que arrolle y persiga la caballeria de *Concepcion* y de *Chillan* que guardaba el flanco de la columna de Ordoñez, y que cargue las hileras de esta columna por ese flanco y por retaguardia. Bueras (otro salteño) segundo de Freire, pasa con una intrepidez rara por entre los fuegos del enemigo: carga, triunfa, pero cae atrave-

sado por una bala de cañon mientras Freire, consuma la proeza, y hace vacilar los costados de la columna de Ordoñez.

Era en ese momento que la Reserva entrando por el vacio que habian dejado los batallones 8 y 2, chocaba por el frente con las columnas enemigas. El Teniente Coronel Conde á la cabeza del número 7 hace prodigios de valor, bien secundado por los comandantes Rivera y Lopez del 1º y del 3 de Chile. Los realistas sienten detenido el empuje con que venian entrando, al mismo tiempo que la extrema izquierda del cuerpo de Las-Heras—*Infantes de la Patria* y *Coquimbo* entran por la izquierda de las columnas enemigas, embarazando sus movimientos de una manera grave. El *Infantes de la Patria* choca, y es maltratado; pero apoyado inmediatamente por *Cazadores de Coquimbo*, despliegan sobre el fianco de Morla con un fuego excesivamente mortífero.

Por el otro lado, esto es—á la derecha de Ordoñez—el grueso batallon *Cazadores de los Andes* habia seguido como dijimos el movimiento retrógrado del 8 y del 2. Pero el Mayor Zequeira ve el movimiento brioso con que la Reserva entraba al fuego, y con el ademan soberbio que le era natural, con el gesto aterrante y con un tronido mas bien que voz, grita:—Alto C....! Frente á la izquierda!.... fuego!.... y acribilla

el flanco derecho de Ordoñez, al mismo tiempo que Conde y Rivera le detenian por el frente.

Alvarado reorganiza el 8 y el 2 al amparo de la marcha de la Reserva: el Teniente Coronel Enrique Martinez vuelve al fuego y se echa á la bayoneta. Acuden allí mismo Freire y los escuadrones Escalada y Medina de Granaderos á Caballo. Ordoñez y Morla procuran desplegar sus masas; pero con estos violentos choques se habia estrechado el espacio que separaba las dos columnas y al desplegar se enredan, entra el pánico, y se produce tal confusion que ya no hay medio ninguno de poner aquello en órden. San Martin lo advierte desde la altura en donde se hallaba la bateria de Borgoño: baja precipitadamente y manda que todos los cuerpos de la línea entren á la bayoneta. Ordoñez comienza á ceder en medio de grupos desordenados pero numerosos todavia: Morla hace lo mismo. Ambos coroneles buscan ansiosamente la columna de Primo de la Rivera para rehacerse; pero este gefe no ha tenido tiempo de llegar al conflicto, por que Las-Heras lo apuraba ya con el Número 11 y con dos escuadrones de *Granaderos á Caballo*, tomándole la diagonal para envolverlo en la derrota de los suyos. Grave en efecto era en aquel momento la situacion de la Reserva del ejército español; si se detenia no solo quedaba expuesta á verse atacada por todo el ejército independiente en un campo sin posiciones, sino tambien á

que la enorme masa de los realistas fugitivos la desbordase y la deshiciese. Huyendo pues de uno y otro peligro, pero en perfecto órden, se puso en marcha precipitada á fortificarse en el *Caserio* y *tapias* de la Hacienda de Espejo, seguida siempre por Las-Heras que procuraba cortarla y ocupar antes la misma posicion. Avisados de que en ese Caserio era el punto de reunion, todos los grupos que podian escapar á los vencedores corrian perseguidos y traqueados en el mismo rumbo.

El general San Martin habia tenido la prevision de encargar á sus gefes que le trajeran ante él, en el acto, el primer oficial prisionero que tomaran. Acababa de hacer entrar la Reserva, para apoyar y sostener su izquierda, cuando el Alferez de Granaderos á Caballo don Rufino Zado le presentó un soldado de su cuerpo que traia en ancas á un capitan español de caballeria llamado Gonzalez que acababa de ser tomado por el Comandante Medina. El general mandó que el prisionero se pusiese inmediatamente á su lado sin bajarse; dándole un anteojo le ordenó que le señalase el grupo en que se hallaba Ossorio, las señas de la persona, el caballo, trage, etc., bajo severísimas penas si mentia.

El general San Martin tenia mucho interés en tomar á este parásito del despotismo colonial: nó por que valiera sino por que era yerno muy mi-

mado de Pezuela; y tomándolo el general argentino se proponia sacar de él grande provecho, no solo para sus proyectos ulteriores, sino para mejorar la horrible situacion en que se hallaban nuestros prisioneros metidos en las crujías del Callao. Teniendo á Ossorio el general San Martin estaba seguro de que podria canjearlo á él solo por todos aquellos desgraciados.

El capitan español señaló claramente la persona del general realista y de los demas gefes enemigos que ocupaban ó que operaban en las lomas del frente. Otros prisioneros fueron traidos que corroboraron los mismos datos; y ya bien informado, puso una partida de caballeria al mando del Ayudante O'Brien con órden de perseguir exclusivamente á Ossorio desde que la victoria se pronunciase por los patriotas— «Los otros (dijo), están demasiado metidos en el fuego para que se nos vayan».

El general recibió en ese momento un parte de Las-Heras diciéndole que la reserva enemiga corria con ánimo de fortificarse en el *Caserio de Espejo* y de reunir allí los dispersos: que él con el Número 11 (900 plazas) y el *Coquimbo* (300) forzaba sus marchas para llegar antes ó por lo menos no darle tiempo de hacerse allí fuerte; para lo cual era menester que se le mandaran algunas piezas. El general le da orden al general Balcarce que tome las baterias de Borgoño y de R. de la Plaza (centro é izquierda) y que marche

en pos de Las-Heras á impedir la concentracion del enemigo en *Espejo.*

Estába el general haciendo cumplir estas órdenes con el apremio consiguiente cuando uno de sus édecanes vivamente excitado se acerca y le dice:—«Señor; allá en aquel grupo dispara Ossorio: véalo, señor, va disfrazado con poncho blanco y sombrero *huarapú*»:—O'Brien! grita el general ¿vé V. en aquel grupo un hombre de poncho blanco y sombrero *huarapú?*—¡Sí, señor!—Ese es Ossorio: córtese V. por la derecha y tómelo en el camino de Valparaiso. O'Brien toma un guia, una buena partida de caballeria y sale á escape; mientras el general Balcarce con las baterias de Borgoño y de Plaza, marchaba á toda prisa en direccion á *Espejo*.

Habia en efecto motivo para darse prisa: eran las tres de la tarde y era el mes de Abril: no habia pues que contar con la luz del dia sino hasta las 5 y media cuando mucho. Si los realistas ganaban la noche era de temerse que gruesos grupos de dispersos se uniesen á la columna de Primo de la Rivera, y que consiguiesen distanciarse al Sur buscando abrigo en Talcahuano.

Eso era precisamente lo que los realistas pretendian hacer. Pero apremiados de cerca por la columna de Las-Heras, consiguen entrar á tiempo en las Casas de Espejo, y decidieron hacer pié allí con alguna artilleria que habian dejado el dia anterior en prevision de una retirada.

El Caserio de Espejo está situado en una colina como ya dijimos; pero no sobre la misma loma sino al principiar su declive hácia el nordeste: de modo que la altura queda por el sur á la espalda del edificio; y que el declive sigue las ondulaciones del terreno hácia Santiago. Un callejon ancho de 20 varas (si mal no recuerdo) parte del grande patio de las casas, y viene á terminar á 180 metros, mas ó menos, en los potreros ó campo abierto, y en comunicacion con otros callejones laterales que se bifurcan en el mismo patio cortándose en varios ángulos. Estos callejones estaban formados, á uno y otro lado, por paredes gruesas de tapia ó tierra pisonada, á una altura de dos metros próximamente.

Los realistas estaban en aptitud de apoderarse de la Hacienda antes que Las-Heras; y en efecto, tomaron posiciones en ella para esperarlo. En la altura ó lomada que forma como el respaldar de las casas, colocaron una gruesa columna ó cuadro de infanteria. En el patio (que les quedaba en el declive) pusieron, sus artilleros con ocho piezas que defendian el callejon de la entrada principal; y en los demas callejones algunas guardias de vigilancia. Todo el terreno quedaba, como se vé, bajo la proteccion de la columna ó cuadro que ocupaba el patio.

A los pocos momentos llegaba Las-Heras. Pero como los encontrara fuertemente establecidos, sin tener él á mano mas que el Núme-

ro 11 y el *Coquimbo,* que no habia necesidad de sacrificar, se limitó á inmovilizar allí al enemigo mientras le llegaban algunas de las piezas que habia pedido.

Pero el general Balcarce mas animado y excitable en estos casos que prudente y reflexivo; y siempre impetuoso, se desesperaba de que la artilleria no pudiese andar al galope de su caballo, veia ya la noche y la evasion del enemigo con la violencia de su imaginacion, y se adelantó á la *Hacienda* resuelto á asaltarla con lo que allí tuviera. Su mayor graduacion y el cargo de Gefe de Estado Mayor que desempeñaba, le daban el mando. Llega y vé qué los dos batallones patriotas estaban estacionados sosteniendo algunas guerrillas sin atacar de firme; y dirigiéndose impetuosamente á Las-Heras le grita con poca cortesía:—¿Por qué no ataca V., Coronel?—Me falta artilleria, General, para proteger mi tropa—Para que quiere V. artilleria, señor? entre V. á la bayoneta por el callejon; ellos no tienen artilleria.—Si tienen, General.—No, señor, la han dejado toda en la fuga: ¡entre V.! entre V.! que viene la noche. Era en efecto algo mas de las cinco de la tarde.

El Coronel, profundamente contrariado, forma su columna poniendo á la cabeza el batallon *Cazadores de Coquimbo*, que no bien entra, es barrido á metralla. Cae una multitud de soldados. El bravo Comandante don Isac

Tompson persiste avanzando. Una nueva descarga de metralla lo acribilla de una manera cruel, 120 hombres quedan tendidos. Muchos oficiales, muertos ó heridos; y el resto de la tropa retrocede por los costados del Número 11 que sigue avanzando. El sacrificio era inútil; en ese mismo tiempo llegaba ya el Teniente Coronel Borgoño con 8 piezas bien servidas, y poco despues otra bateria al mando del comandante Blanco Encalada. Con ellas habia llegado tambien el General en Gefe; se colocan en bateria las piezas, rompen un fuego vivísimo sobre el cuadro enemigo que dominaba la altura de las casas: al mismo tiempo que el Número 11 venciendo las tápias de la izquierda, y apoyado en el otro costado por algunos piquetes del 7 y del 8, se echan sobre los edificios. Acribillada por la metralla, y viendo en peligro el Caserio que era su único abrigo, la tropa enemiga abandona la loma y se reconcentra en el patio al abrigo de los edificios. El Número 11 que venia entero, y que recien iba á tomar parte directa en aquella terrible funcion de guerra, rompe las tapias y superando los obstáculos que lo separaban del enemigo se desborda á la bayoneta sobre el patio, llevándoselo todo por delante en pocos minutos sin que nada lo pudiese contener. La mayor parte de los gefes y oficiales enemigos entregan sus espadas en las piezas del edificio, donde se habian asila-

do para huir del primer furor de la tropa. Muchos otros tratan de salvarse saltando los cercos y ganando el campo; pero son tomados ó muertos.

Al saltar una tápia del huerto, un oficial realista de graduacion siente que le cogen por detrás la vaina de la espada al mismo tiempo que otra espada le toca el costado con su punta, tomándolo en una actitud en que no podia defenderse porque estaba agarrado al muro y con el cuerpo en el aire—Señor Coronel, le dice el aprehensor, ríndase V. S., tengo órden de mi Coronel de tratarlo con la mas alta consideracion.—Ahora verá Vd. mi respuesta, dice el gefe realista, y se deja caer al suelo procurando usar de su espada. Pero cae mal: el oficial patriota salta tras él, lo oprime, y le pide la espada repitiéndole que tiene órden de tratarlo con todo respeto—¿Con quien piensa Vd. que habla?—Con el Coronel Ordoñez—¿Quien es su gefe de Vd., señor oficial?—El Coronel Las-Heras.—Tome Vd. mi espada y lléveme Vd. donde su gefe.—Conserve V. S. su espada: me basta su palabra; é incórporándose ambos al tiempo que acudian otros, retrocedieron á las casas—¿Donde diablos ha podido Vd. conocerme? le dijo el gefe realista mientras caminaban.—En Talcahuano: yo le entregué personalmente á V. S. un pliego por órden que recibí del señor Coronel Las-Heras.—Es cierto! sobre los presos

de la Quiriquina?—Ignoro sobre lo que era, señor Coronel—¿Como se llama Vd. jóven?—Manuel Laprida, Teniente del Número 11.—Bravo cuerpo y bravo gefe.—Aquí le tiene V. S. le dijo Laprida poniéndolo delante de Las-Heras y cuadrándose dijo:—Mi Coronel, el Coronel Ordoñez. Las-Heras le alargó al momento las dos manos al gefe realista recibiéndolo con toda la nobleza de un amigo. En aquel momento mismo venian á Primo de Rivera, Morla y Morgado que deseaban saludar á Las-Heras y ponerse bajo su proteccion. El galante Coronel aunque de prisa, se ocupó con esmero de que sus prisioneros quedasen seguros y tratados con el respeto que merecian: les ofreció visitarlos al siguiente dia disculpándose por las atenciones apremiantes que lo obligaban á retirarse.

Fué tan notorio entre los mismos enemigos el noble proceder del coronel Las Heras, que el historiador español don Mariano Torrente, tan acre en su estilo, y tan procaz siempre que se trata de gefes, de tropas, ó de personajes argentinos, hace aquí un paréntesis á la exajeracion de sus odios y dice:—«Los orgullosos insurjentes mancharon la victoria con varios actos de crueldad cometidos sobre los desgraciados prisioneros: pero estos cesaron á la llegada de Las-Heras quien animado de sentimientos mas generosos, empleó todo su influjo y autoridad

para contener á la desenfrenada soldadesca». (11)

Tal fué la doble y gloriosa victoria del CINCO DE ABRIL; que segun Juan Cruz Varela, habia inspirado al Cisne

> . . . . que cantó exaltado
> «AQUELLA INGRATA NOCHE HABIA PASADO! » (12)

El ejército realista quedó completamente destruido. De los gefes principales, solo Ossorio y el sargento Mayor Rodil pudieron salvarse: habia perdido 826 hombres muertos: 1346 prisioneros: entre estos Ordoñez, Morla, Primo de la Rivera, Morgado, Besa (coronel del *Burgos*) Latorre, con 174 oficiales mas, de diversas graduaciones. Cayó como era consiguiente todo el parque, repuestos, vestuarios y enseres de todo género, con mas de cuatro mil fusiles. El triunfo habia sido costoso tambien para los patriotas: ademas del Teniente Coronel Bueras, perdieron siete oficiales de mérito y como 700 hombres entre muertos y heridos.

Al oir los primeros tronidos de la batalla no pudo O'Higgins contenerse; y superando los dolores y el mal estado en que tenia el brazo, montó á caballo sacó de Santiago la reserva y corrió al campo de batalla. Cuando

(11) Vol. II, pag. 431.

(12) Primer verso de la *Oda* que el señor Vicente Lopez dedicó á la *victoria de Maipú* al dia siguiente de recibirse en Buenos Aires la gran noticia.

llegó con la excitacion de fisonomia y de ademanes propia de un *irlandés* de raza, San Martin marchaba ya sobre el *Caserio de Espejo*, y se unió á las columnas que iban á consumar los resultados del triunfo.

De los gefes enemigos solo Ossorio y Rodíl, (13) como hemos dicho escaparon del contraste general de los suyos. Rodil tenia ciertas rivalidades y aún enemistad con Ordoñez y Primo de la Rivera. Puesto en retirada, no quiso seguir al punto de reunion; y á la cabeza de dos compañias del Batallon *Arequipa*, que pudo sacar formadas, se corrió sobre su izquierda hacia el oriente, y al abrigo de las caidas de la cordillera, se deslizó hasta las orillas del Rio Maipú. Siguíolo sin embargo el coronel Freire con los *Cazadores á caballo* de la Escolta. Pero como no tenia artilleria ni infantes, Rodil se abrigaba con sus fuegos en las partes quebradas y ásperas del terreno hasta llegó así la noche. La tropa iba sin embargo tan desmoralizada, que al amanecer del dia 6, Rodil se encontró con solo 18 hombres y un guia: los demas se habian desparramado por el rumbo que á cada uno le plugo. Rodil tomó caballos y logró llegar á Talcahuano.

Ossorio tuvo tambien la fortuna de escaparse.

(13) El mismo que se señaló en 1825 como gefe de la Plaza del Callao

Durante la batalla habia conservado á sus inmediatas órdenes una fuerte compañia del escuadron *Dragones de Chillan*, gente muy experta en los caminos, para que le hiciese la guardia y lo protegiese si tenia que huir, como se lo decia cierta voz interna que tomaba como vaticinio, y que no era sino el terror que le inspiraba la presencia y la superioridad militar de San Martin. Cuando vió que sus columnas comenzaban á retroceder en desórden, dió por cumplido el vaticinio: dejó las responsabilidades *á los que habian querido dar la batalla:* puso á su lado al Capellan fray Melchor Martinez de quien no podia separarse porque le acompañaba á rezar el rosario todas las noches; y en vez de dirigirse al sur, tomó al nor-oeste y pasó á la márgen derecha del *Mapocho* (el rio de Santiago) hasta dar en el pié de la cuesta de Prado. Allí tomó el camino de Valparaiso, y siguiendo por los senderos de la costa, enderezó por último al sur. San Martin habia previsto bien que en aquellos parages era donde podia tomársele. Pero el capitan O'Brien dudó de que su fuerza fuese bastante á batir la que llevaba el general enemigo; y se limitó á perseguirlo á cierta distancia. Entónces fué cuando Ossorio, queriendo alijerar su fuga, abandonó su equipaje que con toda su correspondencia cayó íntegro en manos de O'Brien con algunos prisioneros de los que iban en su comitiva.

Tenia tanto interés el General San Martin en apresar á Ossorio, que cuando volvió O'Brien sin traérselo se mostró sumamente contrariado:—«*Me falta* (dijo) *un gran pedazo de la victoria.*» Ossorio entretanto superando á fuerza de diligencia, por escapar, muchos otros accidentes de la fuga, logró pasar el *Maule* y llegar á Talcahuano, donde pudo al fin rezar su *rosario* con fray Melchor.

Bajo el punto de vista de la estratégia es indudable el mérito que ofrecen las combinaciones con que el general San Martin preparó esta batalla; sobre todo fueron hábiles los movimientos oportunos que habia recomendado á Las-Heras para que se corriese sobre su izquierda, y viniese con ella á ahogar, diremos así, las fuerzas principales que el enemigo debia echar sobre la línea independiente de ataque antes que este lo hubiera podido preveer siquiera. Esto era resolver allí el gran problema de Bonaparte—«*Ser el mas fuerte en el punto dado.*»

En su forma general la batalla de Maipu responde al género de las batallas de órden oblícuo. Es por eso la mas científica de las que se han combatido en la América del Sur. La precision de la idea fundamental y la correccion de la egecucion, la hacen una digna compañera, en su género, de la que con tanta nombradia hasta hoy, ilustró el nombre de Epaminondas en el campo de *Leuctra*.

Todas las personas que trataban íntimamente al General San Martin, me aseguraban despues como cosa notoria, que no le placia hacer partes prolijos que pudieran parecer encomiásticos de los movimientos que habia ejecutado. Y en efecto: su modestia era tal que creo digna de la histôria esta anécdota que me ha referido el General Las-Heras:— « A los dos ó tres dias de la « batalla me hizo llamar *don José*, (14) y me dijo: « lea amigo el borrador que hé hecho tirar para « pasar á nuestro gobierno el detalle de la batalla, « y dígame si le parece bien. » Yo lo leí y me « pareció incompleto.—General, le dije, esto que « aquí se dice *que nuestra línea se inclinaba* « *sobre la derecha del enemigo* PRESENTANDO « UN ÓRDEN OBLÍCUO SOBRE ESTE FLANCO, fué, « como Vd. sabe, todo el mérito de la victoria; y « puesto como aquí está, nadie lo vá á entender, « sino yó que estaba en la idea de Vd. El gene- « ral se sonrió y me dijo: pero con eso *basta y* « *sobra*. Si digo algo mas, han de gritar por « ahí que quiero compararme con Bonaparte ó « con Epaminondas. ¡ Al grano, Las-Heras: al « grano! Hemos *amolado á los godos para* « *siempre* y vamos al Perú! El órden oblícuo « nos salió bien? pues basta amigo, aunque « nadie sepa como fué ;.... y refregándose las

(14) Nombre familiar con que hablaba siempre de su antíguo general.

« manos, agregaba: *mejor es que no sepan:*
« pues aún así mismo habrá muchos que no
« nos perdonarán haber vencido. »

Cuando la noticia de la victoria de MAIPU llegó á Europa se estableció en el concepto de todos los gabinetes y hombres políticos la conviccion de que habia terminado ya el imperio Colonial de España; y que de allí para adelante Fernando VII no tenia ya otra perspectiva que una série de contrastes hasta su definitiva expulsion de la América del Sur.

El TIMES del 1º de Agosto de 1818 decia:—«La
« mediacion que las *Grandes Potencias* habian
« ofrecido á España y Portugal para arreglar
« sus diferencias, no ha tenido resultado alguno.
« Las negociaciones entabladas á este respecto
« han sido infructuosas. Ambos Gabinetes es-
« tan IGUALMENTE OBSTINADOS en sus pretensio-
« nes. Las noticias de Chile, desastrosas como
« son para España, *no han podido abatir su*
« *sobérbia.* SI LA CORTE DE MADRID HUBIERA
« ESTADO DISPUESTA Á UNA CONCILIACION, AHORA
« UN AÑO, TODAS LAS COSAS SE HABRIAN TRAN-
« ZADO CON PORTUGAL. El gobierno de Buenos
« Aires no habria arriesgado entónces una es-
« pedicion semejante á la que ha progresado en
« Chile. Permaneciendo sumiso aquel reino, el
« Perú no estaria ahora en peligro. Pero des-
« pues de la completa derrota de Ossorio ¿*quién*
« *es capaz de detener ya el impulso de la Revo-*

« *lucion de América?* » Todos saben que el TIMES era órgano político entónces de Lord Castlereagh jefe del Gabinete inglés; y se puede apreciar por esta pieza auténtica, el inmenso resultado que nuestra célebre y gloriosa jornada habia producido en el mundo.

A los diez dias de la victoria, el General San Martin repasó las Cordilleras; se detuvo doce dias en Mendoza y salió precipitadamente para Buenos Aires. Llegó á la capital el 11 de Mayo por la madrugada y se metió en su casa (15) para escapar á las ovaciones y festejos con que el pueblo y el gobierno se preparaban á recibirlo. (16)

1818 Abril 14

Al pasar por Mendoza, vino Monteagudo á visitarlo; pero haciéndose ver á la distancia el general le hizo decir que «se retirará, y que no se presentase jamás en su presencia.» Comprendió Monteagudo que así que el general hablase con Pueyrredon le vendria órden de destierro ó de prision, y se dió prisa á ponerse en Chile bajo la proteccion de O'Higgins.

¿Qué habia pasado?.... Hé aquí la página de dolor y de duelo que entristeció el esplendor de estos gloriosos dias.

---

(15) Esquina actual de calle *San Martin* y *Cangallo* con frentes al norte y al naciente, reedificada con el nombre de Fussoni.

(16) Gaceta de Buenos Aires, del 13 de Mayo 1818.

CAPITULO VI

SUPLICIO DE LOS HERMANOS CARRERA, Y ASESINATO DE DON MANUEL RODRIGUEZ

Sumario—Monteagudo, su personalidad y sus condiciones morales—Su amargo destierro, y la compasion de Rivadavia—Pueyrredon y Monteagudo—Acojida de O'Higgins—Privanza en Chile—Proceso de los dos hermanos Carrera en Mendoza—Guido y Monteagudo—Intereses diverjentes en parte, y en parte análogos de los personajes de aquel momento—Conducta de Monteagudo en el momento del *Desbande de Cancha-Rayada*—Sus inspiraciones diabólicas—Su primera carta á O'Higgins—Su llegada á Mendoza y su inmediata intervencion en el proceso de los Carrera—La acusacion fiscal y la defensa de los reos—Calumniosos y falsos asertos del señor Vicuña-Mackenna acerca de San Martin—Ejecucion de los dos hermanos—*La Victoria de Maipu* y la gracia obtenida por San Martin—Horrible precipitacion del suplicio—Aquiescencia inconciente y servil de Luzuriaga—Responsabilidades de Monteagudo—El profundo enojo de San Martin—Se apura Monteagudo á trasladarse á Chile—Buena acojida y favor de O'Higgins—Alborotos subversivos de don Manuel Rodriguez—Su prision--Su asesinato—Intervencion de Monteagudo en este hecho atroz—El proceso posterior y las pruebas—

Ausencia de San Martin, y su ignorancia de estos hechos secretos de la política de O'Higgins—Su posicion oficial con respecto á Monteagudo y á O'Higgnis—La Logia Lautaro—Su convocacion á pedido de Sau Martin — Acusacion de Monteagudo — Enérgica firmeza de San Martin—Actitud del señor Guido—Condenacion y deportacion de Monteagudo—Pruebas de su culpabilidad y de la atingencia con ella de los intereses políticos de O'Higgins—Los documentos—La completa vindicacion de San Martin—La correspondencia de Ossorio—El noble proceder de San Martin.

Entre los caidos con el partido del general Alvear en 1815, ninguno habia provocado mayores antipatias, mayores odios, ni chocado mas el espíritu político de la capital, aún en el seno de su mismo partido, que el jóven abogado don Benardo Monteagudo. Habia en toda su persona tales aires de fatuidad y de insolencia, un tono tan duro y tanto de agresivo en su estilo y en sus opiniones, una mezcla al mismo tiempo tan rara de la índole baja de los libertos de media sangre y medio color, con la altivez de los advenedizos patrocinados por el favor, que sus mismos talentos, grandes y claros sin disputa, servian mas bien para hacerlo aborrecible que para hacerlo estimable.

Eximido, al fin, del proceso injusto que habian soportado los principales miembros del partido (1) pudo ir á Europa, donde padecia grandes

(1) Véase el vol. V. pág. 248.

necesidades. Rivadavia que no lo estimaba en nada, lo auxilió por algun tiempo con dádivas de escasa importancia; hasta que condolido de las miserias que le veia pasar en Londres, se empeñó con Pueyrredon, y obtuvo que se le dejase venir al Rio de la Plata. Vino en efecto; pero su llegada causó escándalo; Pueyrredon fué muy criticado, y LOS AMIGOS reclamaron contra tanta debilidad en favor de «ese mal hombre.»

Habria sido cruel é injusto volver á arrojarlo; y el Supremo Director transigió la desaprobacion de *los Amigos* permitiéndole á Monteagudo que fuese á residir en Mendoza, sin poder salir de allí de otro modo que por licencia especial. Entretanto, Monteagudo habia pasado á Chile; y en la noche de la sorpresa de Cancha-Rayada, se hallaba al lado del Supremo Director de Chile don Bernardo O'Higgins con el título y el empleo de Auditor General de Guerra. Véamos ahora la historia de esta transformacion.

Cuando Pueyrredon supo que—«este hombre funesto y de mal corazon» se habia trasladado á Chile con visos ó voces de haber sido empleado, le escribió al General San Martin en estos términos harto severos: — «*Reservado;*
« Monteagudo me ha escrito que habia estado
« con V. en convites etc., que estaba resuelto á
« seguir la suerte del ejército al lado de V.

« y que V. me avisaria de oficio los términos
« en que esto debia ser. Por fuera se ha dicho
« que V. lo proponia para secretario, *pero yo*
« *no puedo creerlo;* y ESTOY MUY LEJOS DE
« APROBARLO. No puede V. calcular cuanto he
« perdido yo en la confianza pública con ha-
« berlo dejado venir, á él y á otros, á quienes
« he restituido sus anteriores empleos. Es muy
« grande el número de los que le temen y lo
« detestan.... Algunos *Amigos* han venido á
« verme alarmados con la noticia de la tal se-
« cretaria, y recelosos de que ese hombre se
« acerque demasiado á nosotros; y tratan de
« que Pintos (Venerable de la Lojia) escriba
« á V. los inconvenientes que eso tiene. *Yo*
« *por mi parte protesto que si él se acerca,*
« *yo me alejo*; por que quiero que la opinion
« pública de mis amigos me haga siempre
« honor en el ánimo de cuantos los conozcan
« á ellos, ó puedan conocerlos; y el infeliz
« Monteagudo (2) se halla en un caso muy
« contrario. Por que me condolí de su suerte,
« y por que creí sínceras sus promesas, lo
« dejé venir y lo mandé á Mendoza con órden
« de que residiese allí. Apenas llegó, ya me
« faltó al respeto pasándose á Chile sin pe-
« dirme licencia. Lo prudencié por que me

(2) Parece que la palabra *infeliz* está por *desacreditado* ú *odioso.*

« escribió que V. lo habia llamado....Yo pre-
« veo muchos males y debo prevenirlos. Lo me-
« jor es que V. lo separe de su lado propor-
« cionándole alguna ocupacion con que pueda
« subsistir, para ver si con su buena com-
« portacion restablece su crédito enteramente
« perdido. La presencia de este hombre á las
« inmediaciones de V. perjudicaria mucho á la
« confianza pública que V. se ha granjeado. Por
« fin, *él no debe quedar en el Ejército, y V.*
« *buscará el mejor modo de separarlo* sin de-
« sairarlo.» (3)

A una órden tan terminante habria sido desacato no obedecer; y quizá no le costára mucho á San Martin complacer á médias al señor Director de Buenos Aires, á causa de una coincidencia que apoyaba las opiniones del señor Pueyrredon. El señor Guido, que á la llegada de Monteagudo habia guardado, segun su costumbre y su carácter, una prudente y amable reserva, tenia antiguas antipatias con este personaje, y ofensas provenientes de las maneras vanidosas y poco urbanas que empleára con él en 1812 y 1814, tiempo de su privanza, en que el señor Guido era empleado subalterno. Pero cuando conoció la opinion y la protesta del señor Pueyrredon puso tambien de su parte, la mala opinion que tenia acerca de Monteagudo, que co-

(3) *Papeles del señor Guido*, pág. 79.

mo en otras ocasiones lo hemos ya dicho, era general entre todos los hombres sanos del círculo, como Lopez, Rivadavia, Garcia, Luca y los demas, sin escepcion de uno. Guido y Monteagudo se querian mal: eran dos naturalezas inconciliables en todo. El primero era risueño, acomodaticio y lleno de bondad y de cultura en sus maneras, ya fuese que ocupase una posicion superior, ya que estuviese en el nivel comun de los hombres distinguidos de su clase. Su rara facilidad para dar esquisitas formas al trato personal, era tan notable como el talento con que sabia trasuntar en el papel ó en los negocios públicos las ideas y los propósitos del ilustre guerrero á cuya fortuna se habia consagrado y de quien fué cordialmente estimado de por vida. El otro, Monteagudo, era una alma opaca y soberbia que tenia por adentro divagaciones malignas y crueles. Se le habia puesto entre ceja y ceja que se parecia á Saint-Just, y habia entrado á la vida profesando las doctrinas de los *Montañeses* de Francia: el regicidio, y la matanza jurídica de los adversarios políticos en masa, hasta purificar la sangre nacional de las heces que le habia dejado la tradicion. Ese terrible jóven de la *Convencion* del 93 era el modelo de Monteagudo en todo: en el estilo sentencioso cuyo arranque era siempre un teorema á guisa de bastonazo y un complemento á guisa de sentencia. Sus talentos mismos hacian incómodo su trato por que

en cada palabra y en cada ademán traspiraba la elevadísima idea que tenia de si mismo y hacia sentir la superioridad de su génio, sin perjuicio de mostrarse bajo, adulon y sin escrúpulos cuando se trataba de servir los intereses del que mandaba.

San Martin lo habia creido utilizable como instrumento; pero no por eso miraba libre de aprehensiones aquel talento adusto y formulista, inclinado al fanatismo y á los médios extremos en todos los incidentes de la vida; y como el general era modesto, y sumamente cauto en todo aquello que pudiera hacer la desgracia de una ó muchas personas, encontraba en la índole de Monteagudo astillas que le hacian repelente su contacto.

Monteagudo era demasiado vivaz para ignorar la posicion precária y humillante que tenia, siendo tan grande y tan justa la prepotente influencia de Guido, á quien aborrecia de todo corazon. No ignoraba tampoco el mal querer de Pueyrredon, por causas viejas, y de todos los *Amigos* de Buenos Aires; pero por lo mismo se habia acogido á la proteccion de O'Higgins, que en pocos dias habia hecho de él su ahijado predilecto y el hombre de su confianza. Esta circunstancia le facilitó á San Martin la mejor manera de cumplir los deseos de Pueyrredon, consintiendo en que O'Higgins le diera el puesto de Auditor de Guerra en el Estado de Chile.

Inseparable desde entonces de su nuevo patron, habia marchado en el ejército y se puede decir que vivia amparado, pero activo en sus gestiones de todo género, dentro de la tienda del Supremo Director de Chile á quien sobrepasaba en cien codos de inteligencia, de maldad y travesura. La figura de Monteagudo correspondia admirablemente á su carácter. Llevaba el gesto siempre severo y preocupado: la cabeza algo inclinada al pecho, pero la espalda y los hombros tiesos. Tenia la tez morena y un tanto biliosa: el cabello renegrido,ondulado y enjopado con esmero: la frente espaciosa, y de una curva delicada: los ojos negros y grandes, entrevelados por la concentracion natural del carácter, y muy poco curiosos. El óvalo de la cara agudo; la barba pronunciada: el lábio grueso y rosado: la boca firme, y las mejillas sanas pero enjutas. Era casi alto: de formas espigadas: la mano preciosa: la pierna larga y admirablemente torneada: el pié correcto como el de un árabe. Monteagudo sabia bien que era hermoso y tenia tanto orgullo en eso como en sus talentos; así es que no solo vestia siempre con sumo esmero, sino con lujo y adornos.

Monteagudo no era cobarde en su puesto; pero su imaginacion sombria y al mismo tiempo artera, era asustadiza y prevenida en el terreno de la política contra los enemigos de sus planes y de lo que él entendia por bien de la patria.

La exageracion de las resoluciones, y el extremo de las responsabilidades del Poder no le asustaban: tentaban mas bien su alma con esa vaga inclinacion que algunos hombres sienten en las grandes alturas por echarse al abismo. Para él era un gusto innato obrar con un rigor inexorable al servicio de una causa puesta en peligro; y no buscaba en ella otra satisfaccion propia que la de servir con eso los intereses de algun personaje prepotente á quien él mirara como instrumento predestinado de las visiones que llenaban su alma. Así es que al obrar bajo el influjo de una fatalidad cruel y maligna, obedecia á su naturaleza sin preocupacion ninguna de egoismo personal, y siempre con la vista fija á su modo, en grandes propósitos políticos.

La prosecucion del proceso de los Carrera detenidos en Mendoza sin que se resolviera si habian de ser juzgados allí, en Chile, ó en Buenos Aires, daba pretestos á Monteagudo para sugerirle dudas á O'Higgins sobre el peligro de que fuesen absueltos en Buenos Aires, por espíritu de conciliacion ó por debilidad, y de que quedasen así habilitados para atacar su poder en mejor ocasion, cuando el Ejército argentino saliese de Chile para el Perú ó regresase á Buenos Aires. La familia de los Carrera hacia toda clase de solicitudes para que los reos fuesen trasladados á Buenos Aires, comprendiendo bien que allí quedaban mas lejos de la saña de sus enemigos personales.

O'Higgins pretendia que se les llevase á Chile como sediciosos de aquella nacionalidad; y San Martin se limitaba á ganar tiempo, sin dar la cara, hasta que los sucesos de la guerra le permitiesen buscar una solucion satisfactoria á este conflicto; y decimos sin dar la cara, por que dejaba al gobernador Luzuriaga de Mendoza, que escudase su inmovilidad con la falta de órdenes del Supremo Director de las Provincias Argentinas para remitir los reos á Chile. El interés político de O'Higgins era pues hacer desaparecer á estos enemigos incansables de su persona y de su gobierno: el de San Martin se limitaba á que no trastornaran el órden interior de Chile mientras expulsaba á los españoles y tomaba su vuelo sobre Lima: el de Pueyrredon era verse libre de los tormentos morales y políticos que le imponia la doble y enfermiza correlacion de los anarquistas chilenos con los anarquistas argentinos. Monteagudo, sanguinario y extremoso en todo, estaba todo entero en los intereses de O'Higgins; su doctrina era siempre sacrificar á los enemigos: y Guido, todo entero en las miras de San Martin y de Pueyrredon, pensaba que no debia hacerse mas que *contener el desórden hasta* que llegase el dia en que los Carrera no tuviesen influjo ninguno en la suerte de las armas ó de los pueblos argentinos.

Esta era la situacion de las cosas bajo la faz del asunto de los Carrera, en los dias en

que tuvo lugar el desbande de Cancha-Rayada.

En los momentos de la sorpresa debe suponerse que Monteagudo *no tuvo ocasion de ver á San Martin ni por un momento.* (4) Huyó como los demás y se puso fuera del conflicto tan pronto como pudo; de modo que corria muy adelante de San Martin. ¿Qué era lo que relampagueaba en la mente honda de este hombre estraño en aquellos momentos de confusion y de pavor en que miraba perdida, como un cometa pasagero, la estrella de San Martin, y derrumbados todos los gloriosos designios que le habian dado quicio y posicion histórica?

En su rápida fuga, se desvió de Santiago y de otros pueblos temiendo encontrar sediciones y venganzas que hubieran reventado al favor de la catástrofe; y metiéndose en las cordilleras se detuvo unos momentos en la *Guardia.* Allí supo que O'Higgins se habia salvado; pero aprensivo por el carácter de su fuga se resolvió á seguir hasta Mendoza para cohonestarla; y es muy de notarse que en vez de escribirle al general San Martin le escribiese solo á

(4) Permítaseme subrayar las partes que marcan la *absoluta incomunicacion* en que quedaron San Martin y Monteagudo desde entónces, y la ignorancia respectiva en que el uno quedó respecto del otro por que esto es esencial para justificar al general de los crueles sucesos que tuvieron lugar en Mendoza inmediatamente despues de la llegada de Monteagudo.

O'Higgins la siguiente carta en la que se vé bien claro que acepta *proprio motu* el servicio de este General, separándose del de San Martin, con reticéncias que demuestran las ofensas que llevaba en su alma contra este y contra Pueyrredon.

Señor don Bernardo O'Higgins.

Guardia, 26 de Marzo de 1818.

Amigo y muy señor mio:—Despues de haber sido testigo de nuestro contraste, y en el *conflicto de noticias adversas* que por momentos se recibian, al paso que *ignoraba la suerte de Vds., resolvi* salir para Mendoza, tanto con la idea *de ayudar á quel Gobernador* en el estado *difícil* en que se hallase, *sugiriéndole algunas medidas que nacen de extrañas circunstancias*; como para esperar noticias mas exactas sobre nuestra situacion; *sigo mi marcha* y *recien esta tarde* he sabido el arribo de Vd. á esa: espero tenga Vd. la bondad de *comunicarme sus órdenes* á Mendoza de donde regresaré sin pérdida de tiempo, si las probabilidades igualan nuestros riesgos, y SI USTED CREÉ ÚTILES MIS SERVICIOS.

Deseo mostrar toda la energia de mi carácter; pero con fruto y BAJO LA ADMINISTRACION DE Vd. No hay tiempo para mas: repito que *en Mendoza* INDICARÉ CUANTO LAS CIRCUNSTANCIAS EXIJEN.

De Vd. su afectísimo y atento servidor

Monteagudó.

Monteagudo iba, como se vé, distanciado y profundamente ofendido con San Martin. No lo nombra siquiera; declara que desea servir á O'Higgins, y, por consiguiente, separarse del influjo directo del general argentino; repite que vá á Mendoza á sugerir *medidas....* y que allí INDICARÁ QUE SE HAGA CUANTO LAS CIRCUNSTANCIAS EXIJEN. Claramente le prometia pues á O'Higgins que iba á aprovecharse de las circunstancias para hacer fusilar á los hermanos Carrera, quitándoles así oficiosamente del camino de las ambiciones ó aprehensiones del Dictador de Chile; y creyendo que le hacia á este un servicio señalado, de cuya importancia estaba al cabo por las confidencias del gabinete, así como lo estaba de la displicencia que este punto habia suscitado entre O'Higgins, Pueyrredon y San Martin. Monteagudo iba seguro pues de que lo que premeditaba hacer en Mendoza *era del agrado* y *del interés de O'Higgins* y no de San Martin; y por eso le decia al primero:—« deseo mostrar toda la energia de mi carácter, « pero *con fruto y bajo la administracion « de Vd.* »

San Martin habia perdido las gracias del Auditor de guerra. Este creía que el general estaba arruinado. Recordaba que Alvear habia caido; y tenia la esperiencia de que todos los generales derrotados habian sido fustigados y arrojados del poder por la *Comuna* de la Capital. Perdido

y deshecho el ejército argentino ¿qué quedaba? Nada mas que Chile y O'Higgins á la cabeza de los chilenos. Los mismos partidarios de O'Higgins odiaban la presion que ejercia sobre el país el general estranjero. Si San Martin volvia á Mendoza destrozado iba á ser destituido necesariamente, y era probable que otro general fuese puesto al lado de O'Higgins, para que volviese á reconquistar su país con elementos aliados. Era preciso pues allanarle todos los caminos, quitarle obstáculos y cuidados:—Era preciso que Luzuriaga se pusiese desde luego á las órdenes del Dictador de Chile como lo hacia Monteagudo; y adelantarse á los sucesos comenzando por fusilar á los hermanos Carrera que eran el inconveniente mas sério de esas previsiones.

¿Qué derechos, que atribuciones, que funciones, eran las que Monteagudo se atribuia en Mendoza *motu propio* y sin que nádie se las hubieso acordado? ¿Por qué usurpaba por asalto semejante posicion en los consejos de Luzuriaga, *para servir* á O'Higgins y nó á San Martin, siendo así que San Martin y nó O'Higgins era el gefe de quien Mendoza dependia inmediatamente? Los hermanos Carrera (uno de ellos al menos) eran criminales; (5) pero tanto como criminales

(5) Lo era don Juan José por la muerte del niño postillon.

eran desgraciados visionários, y su ejecucion sin juicio ordinario era una iniquidad, una mancha negra en las páginas de aquellos dias brillantes, de la que nadie sino Monteagudo debia ser responsable.

El crímen verdadero de los Carrera era el de don José Miguel, cuya ejecucion fué mas tarde justísima y reparatoria. Ese crímen consistia en la brutal sobérbia de no poder vivir en el mundo sino ocupando y asaltando el poder: consistia en no ceder al deber que tiene todo patriota y todo hombre honrado de dejar libre el curso de los sucesos de su país en épocas de gestacion, hasta que los elementos gubernativos, por su propia virtud y por el influjo de la paz interna, produjeran la solucion de los conflictos, y las evoluciones naturales dentro de cuyos giros todos los intereses legítimos se acomodan. El crímen era pues, esa bárbara é intransijente porfia de no dejar hacer por otros la grande obra que la fuerza de las cosas habia puesto en manos de otros. Aquellos dos infelices que estaban aherrojados en los calabozos de Mendoza no eran sino agentes ilusos del criminal: dignos del perdon y del olvido que el alma elevada y el corazon benévolo de San Martin les preparaba, y nó de la saña con que fueron sacrificados por un doctrinario fanático y terrorista.

Verdad es, que arrastrados por la clemencia política quisiéramos olvidarnos del cárdeno cadá-

ver de aquel niño, que habia sido estrangulado, y que yacia yerto en las soledades de la Pampa. Pero no fué esa, ni tan noble la causa que prevaleció en la ejecucion de los reos; y los crímenes privados cuando se complican con los crímenes políticos, no son generalmente los que dirigen y hacen implacable el brazo de los poderes que se vengan de sus enemigos.

Monteagudo se puso en efecto al lado de Luzuriaga desde el 21 de Marzo. El gobernador de Cuyo (6) lo tomó como el texto vivo de las órdenes é intereses del Director de Chile y del General argentino á quien debia obedecer, dadas las circunstancias del pais y las órdenes que tenia del señor Pueyrredon. Como la causa comenzó á llevarse con el apuro violento que le imponia el génio inflexible de Monteagudo, el fiscal *ad-hoc* teniente coronel don Manuel Corvalan (7) presentó en pocas horas un trabajo (suyo, ó ageno) una acusacion durísima: pieza procesal de un estraño y curiosísimo carácter que á todas luces revela no ser la obra de una sola pluma, sino la de cooperantes diversos que en el secreto

(6) El mismo me lo ha referído en 1834, cuando siendo yo muy jóven me encargó de ponerle en órden un opúsculo que publicó sobre la campaña del Perú. Me regaló entonces el proceso original de los Carrera, que yo puse en manos del señor Gobernador Saavedra en 1865 creyéndome en el deber de devolverlo al archivo á que pertenecia

(7) El mismo que fué despues edecan de confianza de Rosas.

del conciliábulo se han repartido las partes con el objeto de soldarlas despues, para que la obra *produjera pronto sus efectos.*

La acusacion acumulaba en un estilo pesado y heterogéneo, un amasijo de citas tomadas de la Biblia, de los Santos Padres, de las Siete Partidas y de los Fueros, para demostrar que el delito de rebelion es un crímen famoso, que fué siempre castigado con la última pena por todos os pueblos del mundo; y á fin de justificar las aplicaciones, ese papel hace prolijo relato de los hechos que el proceso habia puesto en evidencia.

Tocó defender á los desgraciados hermanos, en pocos momentos tambien, al jurista chileno Vazquez Novoa. Y si bien tuvo el dolor de que sus esfuerzos fueran vanos, su trabajo merecerá siempre los mas justos elógios. Supo sobreponerse con entereza y con prudencia á las espinas del compromiso, é hizo un alegato sentido y tocante, con el que venciendo los tétricos influjos de los textos que se le oponian, derramó la verdadera luz de la justicia, que consiste en su union con la bondad del corazon, y en la apreciacion de las causas morales que fueren concurrentes al hecho que se trata de juzgar.

Llevada así la causa quedó en estado de ser sentenciada el dia 7 de Abril. El Coronel Luzuriaga queria *hacer consulta* de la sentencia, antes de ejecutarla, como lo mandaba el Re-

glamento Provisorio Constitucional que regia. Monteagudo se opuso y pidió la ejecucion inmediata, por que creia que de un momento á otro caia sobre Mendoza el inmenso alboroto del descalabro total de la causa de Chile. Su argumento era que las reglas ordinarias del proceder no imperan en los casos estremos: doctrina que él justificaba con una erudicion poderosa. Luzuriaga entónces, abrumado tambien con esta terrible urgencia de los momentos, accedió, á condicion de que los Letrados le firmaran un dictámen, en ese sentido. No hubo dificultad, firmado el dictámen el mismo dia 8 de Abril á las 2 de la tarde fueron sacrificados los dos reos, en nombre de un peligro, y de una necesidad suprema, que habian desaparecido tres dias antes, en el glorioso llano de Maipu! Y nieguen los hombres la fuerza del destino!

El señor Vicuña Mackenna, puerilmente empeñado en falsificar fechas y datos para echar esta mancha sobre el noble pecho del general San Martin, (el leal amigo de su própio é ilustre abuelo el General Mackenna), asegura que la noticia de la victoria llegó á Mendoza tres horas antes de la ejecucion, copiando incorrecta ó muy torcidamente un documento del archivo de Mendoza; y agrega que la ejecucion se llevó á cabo no obstante ese grandioso suceso, porque los agentes de San Martin tenian que cumplir sus órdenes reservadas. Solo la inexperiencia de la

edad y la lijereza del carácter pueden haber servido de consejo á tan galano escritor para avanzar semejantes conceptos. Verdad es que el libro en que los consigna carece de valor histórico y de crítica seria. El señor Barros Arana, historiador de otro seso y de otra importancia, se separa de las opiniones de su compatriota, pero usa de una fraseologia indecisa sobre la inculpabilidad del general San Martin; é incurre en el error de decir que la noticia de la victoria llegó dos horas despues de la ejecucion, y que una de las músicas que salieron á festejar el triunfo tuvo que abrir paso al convoy de los cadáveres. El señor Hudson, testigo ocular y de una honradez irreprochable dice, que la noticia de la victoria de Maipu, llegó al otro dia á las 8 de la mañana, es decir, el 9 de Abril: y esa es la verdad. (8)

El aserto del señor Mackenna es de imposibilidad material. La batalla de Maipú concluyó despues de las *seis y media* de la tarde del 5 de Abril. El comandante don Manuel Escalada, que fué comisionado para traer la noticia á Buenos Aires habia actuado en la lucha sin descanso; salió de Chile á las seis de la mañana del dia siguiente, y aunque se ha ponderado con razon la rapidez de su viaje, no habia tiempo ma-

(8) ***Recuerdos Históricos de Cuyo por el señor Hudson:*** Revista de Buenos Aires, tom. 6°, pág. 308.

terial para que estuviese en Mendoza el 8 á las 2 de la tarde, es decir en dos dias. Harto hizo con llegar el dia 9.

Aplazando por ahora para el siguiente capítulo el relato que debemos hacer de la batalla campal de Maipú, creemos de mayor interés histórico llevar hasta el fondo la luz de los documentos que nos quedan, en esta vindicacion de las calúmnias arrojadas sobre el noble corazon de San Martin con motivo de la causa y ejecucion de los Carrera; y lo creemos tanto mas necesario, cuanto que los enemigos de nuestro pais, los españoles sobre todo, se hacen sordos á la verdad y esplotan esta desgracia para denigrar nuestra Revolucion, y sobre todo á aquel que los humilló como ninguno dando tono á la guerra y asegurando la victoria de nuestra causa.

El 11 de Abril acababa de volver San Martin á Santiago y recibia los plácemes de todo el pueblo embargado de júbilo, cuando entra corriendo al salon doña Ana Maria Cotapos, consorte de don Juan José Carrera: se abraza de las rodillas del Grande Hombre y le pide que haga perdonar á su marido. San Martin la levanta enternecido, y le dice: «Señora, me pide usted « una cosa que tengo que pedir á otros. Pero « mi deseo es tan grande que no cesaré de pedir

« hasta que lo consigamos; » y en el acto dictó este billete para O'Higgins: (9)

« Excelentísimo señor: Si los cortos servi-
« cios que tengo rendidos á Chile merecen algu-
« na consideracion, los interpongo para suplicar
« á usted se sirva mandar que se sobresea en
« la causa que se sigue á los señores Carrera.
« Estos sugetos podrán ser tal vez algun dia
« útiles á la pátria; y V. E. tendrá la satisfaccion
« de haber empleado su clemencia uniéndola
« en beneficio público. Dios guarde etc.—*José*
« *de San Martin.* »

« Recobre usted su tranquilidad, señora, le
« dijo el General á aquella infeliz suplicante, sin
« saber la una ni el otro que ella ya era viuda: llé-
« vesela usted misma al señor Director. El mo-
« mento es favorable, y él tendrá placer en
« que usted goce como todos de los beneficios de
« la fortuna. »

Se necesita no tener sentido moral ó juicio humano, para no comprender la profunda sinceridad con que están escritas esas palabras. ¿Qué necesidad tenia de hacer mas bárbaro el desengaño de aquella infeliz? ¿qué ganaba: qué ocultaba, si él hubiera creido que las víctimas

(9) El señor don Tomás Guido me ha dicho que estaba presente y que creía que hasta de su letra fué escrito el billete que San Martin dirigió inmediatamente al señor O'Higgins; y debe ser así por que eso se vé en la redacccion misma.

habian ya caido por sus órdenes?.... El mismo O'Higgins, quizás, que tenia en reserva la carta de Monteagudo, sin que San Martin la conociese, porque O'Higgins no podia ser desleal con el amigo que se la habia escrito mostrándosela al general, el mismo O'Higgins, repito, preocupado con los sucesos de aquellos terribles y gloriosos dias, no habia tenido tiempo ni quietud de espíritu para notar ó descifrar los tremendos y oscuros conceptos con que Monteagudo designaba los propósitos que llevaba á Mendoza. Y al acceder á la recomendacion de San Martin, otorgando la libertad de los reos, no sospechó siquiera cual espantoso desengaño iban á tener las amorosas esperanzas de aquella malhadada familia. Con otorgar un perdon tardío no hacia menos siniestra ni menos cruenta su obra; por el contrario, mas iniquidad recaia sobre él.

Así que O'Higgins recibió la esquela de San Martin le escribió á Luzuriaga. Pero no fué esplícito en el perdon como San Martin lo habia sido en la súplica. Véase aquí su carta—«La
« madama de don Juan José Carrera, interpo-
« niendo la respetable mediacion del Excelen-
« tísimo Capitan General, ha solicitado se sobre-
« sea en la causa que se le sigue á su esposo
« por este Gobierno, el que no ha podido re-
« sistirse ni al poderoso influjo del padrino, ni
« á las circuntancias en que se hace esta sú-

« plica, no considerando el gobierno justo que
« el placer general de la victoria no alcance á
« esta desconsolada esposa. En consecuencia
« este gobierno suplica á V. E. que en favor
« del citado individuo, por lo respectivo al de-
« lito perpetrado contra la seguridad de este
« Estado, se aplique toda indulgencia, dando así
« á él como á su hermano aquel alivio conci-
« liable con los progresos de nuestra causa
« augusta. Dios guarde, etc., etc. Santiago,
« abril 11 de 1818—*Bernardo O'Higgins.* »

Toda esta nota respira una sinceridad tanto mas clara, cuanto que, como se vé, limita la gracia y muestra que la concede con menos buena voluntad que aquella con que San Martin la habia pedido. La conviccion de O'Higgins era, con toda evidencia, que los hermanos Carrera estaban vivos, pues tomaba precauciones para que no fuesen soltados como lo pedia el General. Se limitaba á decir que «por lo respectivo al delito
« perpetrado contra la seguridad de Chile, se
« aplicase toda indulgencia dándoseles *aquel*
« *alivio conciliable con los progresos de nues-*
« *tra causa augusta.* » Aquí hay sinceridad y precauciones verdaderas: lo que prueba para cualquiera moralista, para cualquiera crítico sério, que los actos eran ingénuos y que no se representaba una cruel comedia sabiendo que el sacrificio debia estar ya consumado.

Cuatro dias despues, cuando la recomendacion

volaba por las cordilleras en manos de un chasqui amigo, llegaba á Santiago la noticia de la ejecucion, revelando el audaz abuso de poderes que habia usurpado Monteagudo. La ira de San Martin fué tremenda. Pero, urgido por la necesidad de partir inmediatamente para Buenos Aires por asuntos de la mayor entidad, y no pudiendo hacerse una idea de cual seria el grado de complicidad que le correspondiera á O'Higgins en este atentado, prefirió guardar una honda reserva, limitándose á encargar al señor Guido que le recogiese con el mas escrupuloso esmero y detalles cuanto pudiera averiguar sobre las circunstancias y las complicidades que hubieran mediado y precipitado la ejecucion. En cuanto á Monteagudo, no tuvo embarazo en arrojarle á la cara su indignacion: no era necesario esplicar las causas; bien sabia este á qué atenerse; pero seguro del afecto y de la proteccion de O'Higgins, no tomó en gran cuidado la malquerencia de San Martin; y apenas salió el General de Mendoza para Buenos Aíres, se trasladó á Santiago, donde el Supremo Director—*lo recibió con el mismo agasajo y la misma intimidad de antes;* lo que prueba que el señor O'Higgins no miraba la ejecucion de los hermanos Carrera de la misma manera que la miraba San Martin. De esto vamos á ver en seguida pruebas plenas y concluyentes como diria un juez.

El jóven don Manuel Rodriguez, ambicioso y

díscolo, pero no destituido de gallardas facultades, se habia hecho de un séquito numeroso entre los enemigos del gobierno y del influjo conservador, opresivo—si se quiere, del ejército argentino. Encimismado con las adhesiones ocultas que muchos le prestaban, atrevido como pocos para obrar de su cuenta, y creyéndose hombre de un poderoso partido popular que no esperaba otra cosa para sobreponerse que la señal de un gefe audaz que lo llamase á las plazas públicas, habia perdido el seso; y con el seso, la prudencia de que habria necesitado para manejar el carácter impetuoso y atolondrado que lo estaba poniendo en evidencia antes de ser capaz, por sí, ó por los otros, de desembozar su ambicion y sus propósitos.

Lo hemos visto antes arrebatar el poder público y querer alborotar las muchedumbres provocando el desórden en los momentos aciagos de la dispersion de Cancha-Rayada. Puesto á la cabeza de los *Húsares de la Muerte*, pretendió hacer de ellos una fuerza revolucionaria. O'Higgins le llamó privadamente, le reconvino y le ordenó que disolviese ese cuerpo, porque siendo de puro lujo y de naturaleza tumultuaria no era necesario para nada. Rodriguez desobedeció; con el génio provocador y franco que le era natural, comenzó á protestar en público que no habia de disolver ese cuerpo de patriotas, *destinado è imponer respeto á los*

mandones de la patria, que libre ya de españoles seguia sometida á fuerzas estrangeras no menos odiosas cuando actuaban en los partidos propios del país. Bravo y confiadísimo en su influjo popular, Rodriguez apeló al pueblo contra la órden de disolver el cuerpo de *Húsares de la Muerte* que el Supremo Director le habia dado; y provocó el 17 de Abril (doce dias despues de la victoria de Maipu) un *Cabildo Abierto.* Hubo en él grandes y fervorosos gritos *contra los tiranos: contra las contribuciones*; y aclamaciones sonoras incitando al armamento de los Chilenos *para que ellos fueran el sostén único y libre de su gobierno.* Semejante escándalo tenia que terminar por una pueblada, ó por una represion severa; y tanto mas tenia que ser así, cuanto que hacia apenas seis dias que medio Chile crujia indignado con la noticia del sacrificio de los hermanos Carrera.

Las proposiciones que se vociferaron en el *Cabildo abierto* eran todas tendentes á despojar á O'Higgins del poder; y se llegó hasta nombrar una comision que presentase á O'Higgins *estos deseos del Pueblo.* El Director recibió malísimamente la embajada. Pero Rodriguez, seguido de una alborotada multitud, habia hecho cortejo á los embajadores del pueblo, y se habia entrado al pátio del palacio, donde vociferaba animando á sus secuaces contra la des-

cortesía con que el Director los trataba en las personas de sus representantes. Su ánimo era evidentemente producir un conflicto revolucionario.

En esto, el edecan de O'Higgins don Domingo Arteaga, prende á Rodriguez allí mismo, por órden superior, á la cabeza de un pequeño piquete de tropa. Al ver esto nádie chista: todos salen cabisbajos al primer rugido del leon; y Rodriguez es llevado inmediatamente al cuartel de los *Cazadores de los Andes* que mandaba el coronel Alvarado.

Habia transcurrido poco mas de un mes cuando el batallon recibió del Ministro de la Guerra órden de marchar á Quillota. El 23 de Mayo salió en efecto, de madrugada, llevándose á Rodriguez como preso político. Al oscurecer del dia 24, un oficial llamado Navarro condujo á Rodriguez á cierta distancia del camino custodiado por dos soldados con un sargento, y habiendo llegado á un bajio Navarro le descargó un pistoletazo por la espalda. La víctima cayó herida y los soldados la ultimaron á balazos. Rodriguez (digeron) habia intentado fugarse, habia hecho armas contra la escolta, y en la lucha habia sido muerto. Esto era lo que resultaba del sumario que el Coronel Alvarado habia levantado en el acto, y remitido á O'Higgins como justificativo de la desgracia.

¿Por cual fatalidad se hallaba tambien compli-

cado en este otro drama sangriento el doctor Monteagudo que hacia apenas ocho dias que habia vuelto de Mendoza? Su empeño en servir á O'Higgins y en asegurarse este protector para emanciparse de San Martin, era acaso lo que le empujaba y le perdia en esas aventuras de sangre?

Cuando el General O'Higgins fué derrocado en 1823 se le formó á Navarro una causa criminal que vino á comprobar lo que la voz pública habia contado y repetido en los dias del suceso.

Declararon en esa causa no solo muchas personas respetables, sino algunos oficiales de Cazadores de los Andes que habian presenciado el hecho; y el mismo Navarro, conteste con ellos, dijo en su confesion: que al tiempo en que Rodriguez habia sido muerto, él era oficial del Batallon *Cazadores de los Andes:* que fué llamado por Alvarado y que encontró á su Coronel encerrado con el doctor Monteagudo; que ambos le dijeron, como una cosa muy grave y de confianza, que se encargara de Rodriguez; que él pidió compañero, y que le dieron al teniente Zoloaga: que al otro dia dieron la órden de marchar á Quillota; que Alvarado lo volvió á llamar: que lo encontró otra vez con Monteagudo, y que cerrando la puerta le dijeron que como á hombre de honor y confianza le encargaban que *asegurase* á Rodriguez, por que trataban de librarlo con dinero, que era probable que hiciese armas, y que ese

era el momento de matarlo: que á las 10 de la noche volvieron á llamarlo los mismos dos señores; y que se encerraron con él, diciéndole que interesaba muchísimo que desempeñara con toda exactitud el encargo que le daban, pues el gobierno *habia resuelto la exterminacion del sugeto,* por qué *interesaba* á la existencia del ejército y á la tranquilidad pública.

Aquí tenemos pues al doctor Monteagudo interviniendo otra vez como *confidente intimo* en el sacrificio de Rodriguez, por cuenta y por interés particular del Supremo Director de Chile; es decir, desempeñando análogo servicio al que habia desempeñado antes dando terminacion fatal en Mendoza á la causa de los hermanos Carrera. Esta continuacion de servicios, sin que se rompiese la amistad confidencial del Director y Monteagudo, prueba que la conducta de este en aquella causa habia dejado *satisfecho* y *grato* al señor O'Higgins; y que hasta entónces, solo San Martin y sus amigos íntimos Guido y Luzuriaga eran los que se mostraban seriamente indignados contra el Auditor.

Rodriguez habia delinquido y habia sido castigado (si es que aquello puede llamarse castigo) durante la ausencia del general San Martin, á quien solo se le comunicó el fatal resultado por carta privada—es decir—la muerte del reo. Y sinembargo, Cochrane, Brayer, Lobo, y cuantos

enemigos han tratado de perseguir la fama del ilustre General Argentino han puesto un torpe empeño en hacerlo asesino de Rodriguez: arrebatándose la calumnia, los unos de la pluma de los otros, para propalarla entre las gentes que lejanas de los sucesos, ó de los tiempos en que tuvieron lugar, ignoran que San Martin estaba en Buenos Aires, ocupado de cosas y de intereses ciertamente mucho mas nobles, cuando el Director de Chile procuraba ante todo exterminar á sus enemigos políticos antes que el Ejército Argentino se marchase al Perú y le dejase sin el apoyo militar de que vivia su poder.

Este nuevo episodio del sacrificio de Rodriguez y la reincidencia de Monteagudo en un hecho tanto ó mas lúgubre que el anterior, es otro dato que acaba por poner en evidencia los móviles que le habian llevado á servir los *mismos intereses* y propósitos puramente locales y chilenos que habia servido en la causa de los Carrera.

El general San Martin regresó á Chile el 17 de Octubre de 1818. Segun los Reglamentos de la Logia *Lautaro*, de la que Monteagudo era miembro, el general no podia proceder directamente contra él, ni hacer otra cosa que acusarlo y pedir su ejemplar castigo. A mas de ese inconveniente, habia el de ser el criminal Auditor de Guerra de Chile, y dependiente como tal del Supremo Director de ese Estado: lo cual no lo eximia de ser acusado y sentenciado, pero presen-

taba el sério inconveniente de que salieran á vuelo complicidades ó complicaciones de grave carácter; pues á nadie puede ocultársele el sumo interés que el general San Martin tenia en evitar un rompimiento con O'Higgins tomando parte coercitiva en hechos, que aunque atroces, aparecian intimamente ligados con los intereses de la política personal de Chile.

No obstante se sobrepuso á todo eso. Nada bastó á que cediese. Inmediatamente, y sin mas intermedio que el que va del 17 al 19 de Octubre pidió con urgencia la convocacion de la Lógia; y dejando que hiciera su parte el señor Tomás Guido por tener que ir urgentemente á Valparaiso, entabló la acusacion de Monteagudo en una forma tremenda. Maestro en el arte de doblar la frase y de iluminar el concepto, Guido lo dejó entrever todo, al fácil ardid con que presentó al reo como un pérfido tentador de O'Higgins: como ingrato y como prófugo rebelde á la autoridad de Pueyrredon y como incompatible con la posicion del general San Martin. En todo cuanto habia hecho, dijo, habia llevado el propósito inícuo de provocar un conflicto entre San Martin y O'Higgins, para captarse la proteccion y la buena voluntad de éste contra la justicia de aquel. Habia causado inquietudes; presentando la moderacion y la clemencia del general argentino como un sistema de intrigas en favor de los Carrera, para aparecer magnánimo, y

congraciarse con el partido sedicioso, á costa del crédito y de la suerte futura del Director de Chile. (10)

La Lógia resolvió que Monteagudo fuese deportado y confinado á *San Luis* en calidad de presidario; y tomó las precauciones posibles para que no traspirase el escándalo. Pero esto no satisfizo á San Martin como va á verse por los documentos siguientes, cuya luz disipa las infames y procaces calumnias con que se ha querido denigrar su nombre, y levanta las prue-

(10) En los Estudios sobre la *Revolucion Argentina* que publiqué en la *Revista del Rio de la Plata* hablé de este incidente, y de la parte que el señor Guido habia tomado en él. Pero no quise dar ciertos detalles con que me lo habia trasmitido el doctor Tagle, ministro de Pueyrredon en 1818, cuando eso sucedia, por que me parecieron una invencion del mismo doctor Tagle. Pero la verdad es que me dijo: —« Llegó á tanto la cosa que Guido *sacó la espada y provo-* « *có á duelo á Monteagudo en una disputa que tuvieron por una* « *acusacion.* Nosotros que habiamos conocido á Guido « amable y dulce siempre como una dama, y que jamás « lo habiamos visto con espada, ni en actitud de provo- « car estocadas con nadie, no podiamos creerlo, pero « fué verdad. En cuanto á Monteagudo que no tenía « fama de guapeton, sino de malo, es claro que bajo la mano « pesada de San Martin no habia de andar en esos dias « como para sacar espada tambien.» Como se vé, esta tradicion habia llegado á mi noticia, sin haber conocido documento alguno del hecho; pero la tenia por cierta, y hoy la veo justificada en la pag. 139 de los *Papeles y documentos del Archivo del señor Guido, publicada en la imprenta de Mayo en 1882.*

bas mas concluyentes que puedan pedirse sobre sus virtudes y su noble carácter.

Con fecha 30 de Octubre le escribe á O'Higgins así:—«Mi estimado compañero y amigo:—
« Cuando venia por Casablanca de vuelta de mi
« viaje á Valparaiso, despues de haber dejado
« á la vela nuestra escuadra, cuya fuerza verá
« V. en la adjunta gaceta, recibí un enviado de
« la *sociedad* con la *noticia de haber resuelto*
« *los amigos la confinacion de Monteagudo á*
« *Mendoza por haberse descubierto que*
« *este hombre ingrato trataba de maquinar*
« *contra V.* El modo de verificar esta providen-
« cia *no me parece el mejor*, por que el acuerdo
« fué, *que á la llegada del correo de esas pro-*
« *vincias, se pasase una órden por mí á Mon-*
« *teagudo, diciéndole que era reclamada su*
« *persona por el supremo director de Buenos*
« *Aires, y que así pasase la cordillera para po-*
« *nerse á la disposicion del Gobernador Inten-*
« *dente de Mendoza.* Yo creia mejor cualquier
« otro medio en que no hubiera la esposicion de
« una cosa que podia ofender la delicadeza de
« nuestro amigo Pueyrredon. Lo hice presen-
« te á la *sociedad* luego que llegué; pero como
« todos persistieron en que este era el mejor
« medio, lo he realizado así mismo, y Montea-
« gudo vá ya en camino desde esta mañana de
« alba. Resta solamente que Pueyrredon me
« mande la comunicacion que hemos supuesto

« con fecha 24 ó 25 de Setiembre último, *para*
« *que quede así cubierto el negocio.*

« Ahora, mi amigo, debo hacerle presente *que*
« *con los ejemplares de Monteagudo, de Vera,*
« y *otros hombres falsos como estos, debe V.*
« *moderar su natural bondad, que le lleva á*
« *protejer unos sujetos que no guardan ley*
« *con nadie, y que no pueden producirnos otros*
« *resultados que repetidos comprometimientos.*
« Por fortuna, hasta aquí se han cortado los
« males en su orígen descubriéndolos en tiem-
« po; pero no puede aprobar la prudencia que
« nos espongamos en adelante á iguales peli-
« gros. *Los que una vez fueron malos debemos*
« *temerles siempre, alejarlos del lugar donde*
« *pueden dañar, y no creerles unas protestas*
« que no les arranca el escarmiento sino la ne-
« cesidad.

José de San Martin.»

Por muchos empeños que Monteagudo hizo para ver y hablar á O'Higgins no pudo conseguirlo. La situacion moral de este personaje debia estar muy destemplada, y en dificultades insuperables para explicarse con el que le habia hecho indirectamente su instrumento gratuito, diremos por no decir otra cosa. Sin embargo el Director de Chile estaba enfadadísimo con el señor Guido, á quien suponia insuflador de la inflexible severidad con que se conducia el general San

Martin; y llegó el enojo á tal punto que complicándose con otras circunstancias relativas á los asuntos del Gobierno Argentino, llegó á tratarse de su remocion como mas adelante lo veremos.

Monteagudo no tuvo mas recurso que someterse y marchar confinado á San Luis. Véamos ahora hasta que punto se aclara de mas en mas la pureza del general San Martin, al mismo tiempo que se acentúan las responsabilidades de O'Higgins en todo lo sucedido. Monteagudo estaba convencido de que habia servido á O'Higgins, y esperaba que al fin la proteccion de éste lo levantase de la desgracia en que habia caido por su enérgica oficiosidad. Su ánimo estaba en una postracion vergonzosa y baja, por que en estos casos amargos su altaneria se volvia humildad para con los que podian agraciarlo. Oigámosle á él mismo como le cuenta á O'Higgins sus aventuras desde que la formidable Lógia le arrojó de Santiago.

San Luis, Noviembre 5 de 1818.

« Mi estimado amigo y señor—Antes de ayer llegué á ésta despues de un viaje largo y excesivamente penoso: en Uspallata encontré *una órden* para pasar á San Juan por el camino despoblado, y creí que este fuese mi destino; pero de allí me hicieron venir aquí bajo mi palabra, *donde debo permanecer hasta segunda órden.* V. CONOCE BIEN LAS CAUSAS DE MI ACTUAL DESGRACIA: *yo*

contaba con que sirviendo con celo al país bajo la proteccion de V. estaria seguro del influjo de mis enemigos; pero mi esperanza ha sido vana: la fatalidad de los tiempos quiere que no haya ninguna garantía para quien tiene *enemigos poderosos*. Dejemos esto á un lado y veamos si se puede remediar aquel mal. *Conozco bien el corazon de V. y su sinceridad*: esto me hace esperar que ya que no puedo evitar mi separacion de ese país, hará que se corte la cadena de vicisitudes que me persigue. Yo no encuentro mejor medio para esto que salir de América, aunque sea con una comision subalterna para Europa ó Estados Unidos, por Buenos Aires ó por Chile. La política de dar estas comisiones á personas que por los accidentes del tiempo no pueden ejercitar aquí su celo, ha sido adoptada desde el principio á ejemplo de otras partes, y tal fué el caso de Sarratea, Rivadavia y otros. Acaba de destinarse para Francia al canónigo Gomez, comprendido tambien en la jornada de 15 de Abril del año 15. Es indudable que el estado de la revolucion exige imperiosamente tener ajentes diplomáticos en las córtes estranjeras, y solo Chile no los tiene: Buenos Aires tiene uno en el Brasil, dos en Europa incluso Gomez, y un cónsul en los Estados Unidos. Yo iria gustoso á cualquier parte de estas, y por lo que hace á sueldo, lo necesario para subsistir con decencia me bastaria, pues los pocos conocimientos

que tengo me proporcionarian ahorros de consecuencia. Sin disimulo creo que no seria inútil mi viaje, al paso que por este medio podria desplegar todo mi celo sin temor de exitar rivales, ni de herir las pasiones de otros. Si contra mis esperanzas V. encontrase dificultades insuperables para que obtuviese una comision por Chile, *que es principalmente mi deseo, por que quiero pertenecer á ese país;* en este caso, ruego á V. con el mismo encarecimiento se interese con Pueyrredon para que me destine de secretario de alguno de sus ajentes en Europa, pues esto dá mas importancia á la comision. De contado, para uno y otro caso es de necesidad *que V. se interese fuertemente* con Pueyrredon; yo sé que si V. lo hace lo conseguirá. Respecto de mi persona, no hay sino justicia en esta pretension: yo he trabajado por la causa constantemente y muy desde el principio: por ella estoy en compromisos que me han atraido enemigos, *no siendo pocos los que me han resultado del dictámen que dí en la causa de Mendoza.* ¿Será posible que se me abandone á ellos, cuando puedo servir, y salvar de tanto escollo al mismo tiempo? Haga V. este servicio á un patriota, *y á un amigo suyo* que solo siente no haber dado mas pruebas de ello. V. disimulará el que le ruegue que á vuelta de correo escriba á Pueyrredon segun el partido que adopte de los dos que he indicado, sirviéndose avisármelo para

apurar mis resortes, segun lo que V. me diga. Entre tanto, permanezco aquí sufriendo las miserias de este país, propio solo para los prisioneros de guerra: sin embargo mi ánimo es superior á todo, y me sostiene *la esperanza de la proteccion de V.*

Monteagudo.

Nótese ahora la evidente concordancia de los intereses de O'Higgins con los *altos intereses y conveniencias* que Monteagudo *habia ido á servir en Mendoza.* Estas palabras dirigidas confidencialmente á O'Higgins son concluyentes:

« V. CONOCE BIEN las causas de mi *actual* des-
« gracia: *yo contaba* que sirviendo con celo al
« país *bajo la proteccion de V.*, estaria seguro
« *del influjo* de mis enemigos; pero *mi esperan-*
« *za* ha sido vana: la FATALIDAD de los tiempos
« quiere que no haya ninguna garantía *para*
« *quien tiene* ENEMIGOS PODEROSOS .... Conoz-
« co bastante el corazon de V. y su sinceridad. »

Los enemigos *poderosos*, como se ha visto por la carta del general San Martin, eran este general mismo, sin que pudiera ser otro ninguno, porqué nadie mas que él y O'Higgins tenian poder efectivo, y el señor don Tomás Guido, que fué el encargado de presentar y sostener en la LÓGIA las quejas del general San Martin contra la monstruosa conducta de Monteagudo, y contra la horrible iniquidad de la ejecucion de los presos,

cuando todo habia coincidido para que la clemencia hubiera sido el noble complemento de la gloriosa jornada de Maipu.

No se comprende tampoco como es que Monteagudo llamase *fatales*, ó funestos, unos dias en que una jornada como la de Maipu habia consolidado la Independencia de Sud-América, si es que no se referia al fatal error y atroz abuso que él habia hecho del poder público, *contando, por sí y ante sí*, con que servia los *intereses personales* de O'Higgins; no obstante que contrariaba atrevidamente la voluntad de San Martin y de *otros poderosos enemigos suyos*; pues que quedaba espuesto, (segun dice él mismo) *sin ninguna garantía*, á que *lo castigasen.* Y al fin, él confiesa que el orígen de su persecucion es la *Causa de Mendoza.*

O'Higgins mismo, sorprendido por la oficiosa diligencia del Auditor, declaró que él no le habia autorizado ni comisionado para semejante atentado. Con fecha 15 de Octubre le escribió á Luzuriaga asegurándole que habia sido sorprendido: que Monteagudo habia abusado de su nombre: que se habia portado mal; pero que en fin, era un patriota que habia partido de la idea de servirlo, y que en cuanto no afectara las órdenes y la justa indignacion de San Martin, hiciera lo posible por no hacerle desesperante la situacion en que habia caido.

La contestacion de Luzuriaga, aunque laconi-

ca, arroja una perfecta luz sobre el papel sangriento que se le habia hecho desempeñar.

Señor don Bernardo O'Higgins—Mendoza 1º de Noviembre de 1818—«Mi amigo muy estimado de mi respeto: contesto su apreciable del 15 último en que me impuse que debia venir Monteagudo. Lo he hecho pasar á San Luis por de pronto desde Uspallata. ESTOS VICHOS SIEMPRE SON VICHOS!

Toribio de Luzuriaga.»

Ahora pues ¿qué motivo podia tener Luzuriaga para esta justiciera reflexion que fuese otro que la ejecucion de los Carrera? Monteagudo, segun su carta datada de la *Guardia*, no fué á Mendoza á otra cosa que *á servir* los intereses de O'Higgins. Llegado allí, no hizo *otra cosa tampoco*, ni se ocupó de mas que de la causa y ejecucion de los reos, con perfecto *acuerdo y cooperacion* de Luzuriaga: y Luzuriaga, hecha la luz, resulta tambien uno de los ofendidos, uno de los enemigos poderosos, uno de los perseguidores de Monteagudo. La razon es clara. Luzuriaga habia creido que al cooperar á los actos y sugestiones del Auditor, llenaba las necesidades políticas del momento, tomándolo como el agente de los dos hombres en quienes reposaba la suerte de la independencia y de la quietud pública. Pero cuando vió que habia sido víctima de un inícuo engaño, y que se habia abusado

de su obsecuencia, sintió aquella amarga repercucion que era natural sentir al ver que habia cooperado á un acto tan estremo como irremediable y fatal.

Algunos escritores chilenos, influidos siempre por el deseo de denigrar la política del general San Martin mientras tuvo que hacer presion sobre la anarquia de su país, para darse lugar á llevar la guerra al Perú, pero abrumados con esta clara demostracion de los documentos, han ocurrido al pobre y ridículo arbitrio de suponer que Monteagudo fué perseguido por haberse puesto *á tramar* una conspiracion contra O'Higgins. Pero fuera de que está demostrada la falsedad de ese pretesto absurdo, por otros documentos que vamos á presentar, repárese lo que dice San Martin en lo que hemos trascrito un poco antes: «Los *amigos* (es decir LA LÓGIA) « me avisan que han resuelto la confinacion de « Monteagudo, *por haberse descubierto que* « *este hombre ingrato trataba de maquinar* « *contra V*. El modo de justificar la resolucion (digamos *el pretesto*) NO ME PARECIÓ EL MEJOR. *Lo convenido fué* etc. etc. Luego dando ese falso motivo no se trataba sino de un mero pretesto para castigar otro hecho de muy distinto carácter. Y tan evidente es esto, que á renglon seguido, el General le reprocha al Director de Chile que no sepa moderar esa natural bondad que le llevaba á *proteger* sujetos

que no cesaban de causarles *repetidos compro-metimientos* .... « Los que una vez fueron ma-
« los, agrega, deben siempre ser temidos, y
« se debe alejarlos del lugar *donde pueden da-*
« *ñar* ».

En sus plegarias Monteagudo apela siempre á la proteccion y amparo de *su amigo* O'Higgins: jamás á la de San Martin. No lo haria ciertamente si él hubiera conspirado contra aquel, sin haber ofendido á éste. Pero esta misma prueba es débil si se compara con la que arroja una carta de Irizarri y otras cartas del mismo Monteagudo. Irizarri era un hombre agudísimo y hábil: un Tagle menos sério y menos profundo, amigo y agente *íntimo* de O'Higgins. Nombrado *Comisionado Diplomático* de Chile en Lóndres, salió en Diciembre para Mendoza; y como al pasar para Buenos Aires tuviera que tocar en San Luis, era indispensable que se viese con Monteagudo, cuya figura política era demasiado culminante para que aquel viaje pasase sin recíprocas visitas. He aquí la carta que Irizarri dirigió á O'Higgins:

San Luis, Diciembre 30 de 1818.

Despues de cerrada esta carta, la abrí para decir á V. que Monteagudo me ha puesto aquí en apuros sobre las contestaciones de las cartas que ha escrito á V., á San Martin y á mí, sobre

el proyecto de su mision á Estados Unidos, ó á Europa. Se ha quejado amargamente DE QUE HABIÉNDOSE COMPROMETIDO TANTO EN FAVOR NUESTRO EN EL NEGOCIO DE LOS CARRERA, *lo hemos abandonado en términos* que la muerte le seria menos sensible. Yo no he podido menos de decirle que cuente con la proteccion de V. y que si estuviese en su arbitrio lo destinaria á los Estados Unidos, como él desea, pero que esto depende del Senado, y sin acuerdo de este cuerpo V. nada puede realizar de tanta gravedad. Creo que en consecuencia de esto, puede V. escribirle que sus esfuerzos han sido infructuosos por la oposicion del Senado, fundada en la escasez de dinero, y de este modo quedamos todos no tan mal con un hombre, *que, aunque sea tan malo como es, al fin nos ha servido en cosas de importancia.* Yo voy á ver si consigo en Buenos Aires que lo envien de secretario de Gomez á Europa, lo que tambien desea mucho, por que estoy persuadido de que un hombre como este no debe tenerse descontento entre nosotros, pues estamos aun en la revolucion, y como nada es imposible, quizá llegaria el tiempo en *que pudiera pesarnos el chasco que le dimos cuando menos lo esperaba el buen hombre.* Nosotros no hemos de contentarnos con hacer mal sin provecho. Este hombre puede servirnos lejos de aquí, y esto debe mantenerlo en nuestros intereses. Por tanto, voy á hacer empeño en Buenos Aires

para que vaya á París con su amigo Gomez, y creo que no estaria demas el que V. *persuadiese á nuestro amigo San Martin* á que él mismo se empeñase por esto. Veamos muy lejos, y conoceremos que Monteagudo puede dañarnos algun dia, y observemos aquella sábia máxima de poner una vela á Dios para que nos haga bien, y otra al Diablo para que no nos haga mal.

Antonio José de Irizarri.

Esta carta prueba evidentemente dos cosas: 1º que *el chasco sufrido por Monteagudo*, se lo dieron los amigos de O'Higgins á quienes el Auditor habia servido. Irizarri dice—« *que nosotros le dimos:* »—2º que O'Higgins DEBIA PERSUADIR A SAN MARTIN QUE PERDONASE Á MONTEAGUDO. Luego O'Higgins era el que habia sido servido, y San Martin el que habia sido ofendido. El sacrificio de los Carrera y de M. Rodriguez fué pues obra exclusiva de los partidos chilenos de la prepotencia é intereses de O'Higgins. A San Martin y á los Argentinos no les cupo mas responsabilidad que la fatal obligacion en que la Alianza, y los grandes intereses americanos comprometidos en ella, les imponia de callar y de lamentar. (11)

(11) Muy viejo ya el general Rudecindo Alvarado, oyó decir ó entendió que el señor Guido se proponia escribir la historia del *Ejército de los Andes* y le dirigió esta carta que parece íntimamente ligada con los recuerdos lúgu-

Atribuir, despues de estas pruebas, la menor participacion al general San Martin en esos negros hechos, seria persistir en la calumnia con mala fé palpitante; seria querer denigrar por maldad el grande y noble carácter de este ilustre guerrero cuya hombría de bien no se manchó jamás con picardias ni con actos criminales. San Martin era demasiado honrado y eminente para tener otra ambicion que la de la gloria militar, como libertador de la América del Sur. El no habló jamás de los Carrera sino como sediciosos que era menester inutilizar por el momento:— « tenerlos seguros mientras existiera la necesidad de contraerse exclusivamente á expulsar de Chile á los españoles, » sin negar que podian ser útiles despues á su país, ni que tenian el derecho de figurar en él. Por lo demas es evidente que la ambicion, las esperanzas, y los propósitos de O'Higgins le llevaban naturalmente á otro modo

bres de aquel tiempo y con los escrúpulos de su conciencia:— . . . « Como argentino y como sincero amigo de V. « me felicito, sin desconocer el riesgo de la empresa des- « de que puede hacerse preciso levantar el velo de cier- « tas épocas, que si posible fuera deseariamos borrarlas « de nnestro recuerdo en desagravio del patriotismo que « nunca nos abandonó y de la vanidad herida por los ex- « travios de nuestro fanatismo político. . . » *Rudecindo Alvarado*—(Papeles propios del señor Guido publicados por su hijo y con consentimiento suyo en la *Revista* de *Buenos Aires*, tom. IV, pag. 209.)

de pensar tenia su porvenir definitivo en Chile; mientras que Chile para San Martin era un puente de guerra para pasar á otras campañas y consumar otra obra. (12)

(12) Pocos libros se encontrarán sobre lah istoria sudamericana escritos con menos seriedad que el «Ostracismo de los Carrera.» No solo es imaginario el concepto fundamental de la obra, que es la conquista del poder argentino hecha por Carrera, á quien hace *Dictador Omnímodo* de Buenos Aires y de las Provincias, sino que todos los datos, las fechas y las apreciaciones son inexactas y puestas á una luz falsísima. Solo en Chile, donde no es corriente el conocimiento de nuestros sucesos del año XX, puede pasar inapercibido el imaginario tegido de incongruencias á que el señor Vicuña Mackenna se abandona en ese libro, cuando se propone historiar nada menos que esta tésis asombrosa—*Que asi como San Martin fué el árbitro de los destinos de Chile á la cabeza de un Ejército Argentino, así tambien Carrera, á la cabeza de los emigrados Chilenos, fué el Arbitro* de los destinos de la República Argentina, al mismo tiempo. Por supuesto que los gobernadores del litoral Lopez y Ramirez no fueron sino el dedo meñique de Carrera, que hacia de ellos á su antojo. La historia es buena para Chile y nada mas. Por otra parte, las alteraciones y descuidos en materia de fechas rayan en lo increible, á términos que la narracion corre de su cuenta sin ninguna relacion con la série y el lugar de los sucesos de su própio país. En la página 116, por ejemplo, coloca la conjuracion de los Carrera en 8 de Febrero de 1817, es decir *cuatro dias* antes de la batalla de Chacabuco. Las páginas 189 y 190 contienen errores tan fundamentales, que hacen imposible comprender y clasificar los sucesos de que habla. En las páginas 220 y 265 y en cien otras sucede lo mis-

Lo que realmente es el colmo de la mala fé es que se pretenda tambien acusar á Pueyrredon y al Gobierno Argentino de haber intervenido en estos bárbaros é inútiles sacrificios, como lo hacen algunos escritores apasionados y procaces de España y de Chile; que saltando sobre las vallas del criterio comun, y sin mas impulso que un ánimo prevenido, y ciego aún á las leyes inflexibles de las distancias, aceptan por malignidad y por despecho, la ocasion de reproducir y propagar calumnias contra el pueblo y contra los hombres ilustres que fueron los primeros en trozar las férreas trabas del yugo colonial y que parte ninguna pudieron tener en esos hechos. La carta (pág. 247) en que O'Higgins *accede* á la intercesion de San Martin; y la que le pasa al gobernador de Mendoza restringiendo los términos en que San Martin habia pedido *la gracia de los Carrera en nombre de sus servicios,* prueban que en el primero estaba el poder y la discrecional autoridad de la causa. Se trataba de *súbditos suyos* y *de atentadores contra su gobierno* que se hallaban presos en

mo. Todos los defectos del carácter literario del autor brillan con todas las hermosas dotes de su imaginacion y de su vigoroso estilo resultando un libro que en resumidas cuentas no pasá de ser una cópia abrillantada de la falsísima narracion del Norte-Americano Yates, que fué uno de los secuaces de las hordas con que Carrera el mayor, vagó un corto tiempo por nuestras Pampas.

el territorio de su aliado. Y por mas que esto parezca una anomalia: en primer lugar—es un hecho; y despues, era cosa que entraba perfectamente en las ideas del tiempo, y en las condiciones fatales de una alianza cuya primer necesidad era sostener á O'Higgins en el poder, por ser necesario para llevar al Perú la guerra de la independencia. Por eso precisamente fué que Monteagudo, sirviendo al Supremo Director de Chile, creyó que quedaba libre de la mano justiciera de San Martin. La respetuosa deferencia con que Pueyrredon y San Martin se trataban entónces resalta bien en la carta de la pág. 258. «Yo creia, dice el general en ella, que era prefe-« rible cualquiera otro medio en que no hubiera « cosa alguna que *pudiera ofender la delicade-« za de nuestro amigo Pueyrredon.* Asi lo hice « presente *á la sociedad.* Pero como persistie-« ron en que esto era lo mejor, yo cedí.... etc. « etc.» Estos conceptos consignados en una carta que no solo era confidencial sino de naturaleza secretísima, prueban cuan inocentes é ignorantes habian estado el uno y el otro de las fechorias de Monteagudo en Mendoza.

Pero me falta todavia presentar otra prueba que ha de consumar la evidencia aún en el ánimo de los mas obcecados. Hé aquí lo que Monteagudo le escribia á O'Higgins desde su destierro:

«San Luis, Enero 23 de 1819.

Señor don Bernardo O'Higgins.

Chile—

« Amigo y señor:—Los tres meses que han corrido desde mi salida de esa, me hacen conocer que nada debo esperar capaz de mejorar mi situacion, y que quedo abandonado á mí mismo. He tenido la honra de escribir á Vd. varias veces, pero considero que *sus buenos deseos no han bastado para corresponder á los mios,* á pesar de lo que Irizarri me hizo esperar, cuando pasó por esta. Acuérdese Vd. *de un desgraciado que lo estima,* y *que se habia propuesto servirle con el mayor celo.*

Bien presto celebrarán Vds. el primer aniversario de la independencia de Chile: yo, desde este destierro, me acordaré con placer de la suerte que me cupo de tirar la acta de aquel dia. ¡Qué distante estaba entónces de verme hoy aquí!

« Persuádase Vd., que feliz ó desgraciado, serán invariables, *hácia Vd.* los sentimientos de su afectísimo amigo y servidor

Bernardo Monteagudo. »

En esta carta, Monteagudo está todo entero con las tristes condiciones de su alma. Ni sombras de remordimientos ! en vez de eso, prorrumpe en las quejas de un parásito que no reclama mas mérito que *haber servido con celo*.... al general O'Higgins: ni tiene otro dolor que el de que se le

haya abandonado! Conservará, feliz ó desgraciado, sus sentimientos invariables—*hácia Vd.*, pero de *San Martin* ni una palabra sino la indicacion de que era él, (y por él) quien le habia impuesto su castigo, confirmando las palabras harto claras ahora de la carta de Irizarri.— « Persuada Vd. á nuestro amigo San Martin para que él mismo se empeñe con Pueyrredon.» Imposible! el General San Martin, era un hombre de noble y elevadísimo carácter.

Véase este rasgo, que no fué por cierto, el único de su género en su ilustre carrera. Dijimos que habia lanzado á su edecan O'Brien en persecucion de Ossorio y que este habia logrado escapar; pero que no pudo salvar su equipaje; que habia caido todo entero con numerosa correspondencia en poder de O'Brien. San Martin guardó toda esa correspondencia con absoluto secreto en su poder. Cuando se desahogó de los apremiantes quehaceres del momento, registró esos papeles—« encontró un *gran* « *legajo* de cartas escritas por varias personas « de Santiago que felicitaban á Ossorio por su « triunfo de *Cancha-Rayada*, y trataban de con- « ciliarse su proteccion manifestándose decidi- « dos partidarios de la causa del Rey».... El general las quemó todas sin dejar rastro ninguno que pudiera comprometer á los que las habian escrito. Hé ahí el hombre.

CAPITULO VII

EN LAS PROVINCIAS DEL NORTE

Sumario:—Insistencia de Pezuela por ocupar á Córdoba—Disidencias y contravenciones de Laserna—Atribuciones y carácter oficial de Laserna—Espíritu local y autonomía latente de las Provincias del Alto-perú—Causas eventuales é históricas—Afinidades y leyes geográficas—Recelos y sospechas de Pezuela contra Laserna—El Virey como personage y figura—Olañeta caudillo local del Sur peruano—Su apego local y su familia en Salta—Guerrillero y proveedor—Monarquista y anarquista—Ojeriza entre Laserna y Olañeta—Nueva incursion de Olañeta sobre Salta—Retirada y reconcentracion de los realistas al centro y al norte del Alto-perú—Contraccion de los realistas á la formacion de un grande ejército con reclutas del país—A espera de los sucesos—Aprestos y diligencias de San Martin.

Al mandar sobre Chile la expedicion cuyo descalabro acabamos de ver, Pezuela habia tenido presente la importancia de que San Martin no pudiera ser reforzado por nuevas tropas y pertrechos de las provincias argentinas; y volvió á su plan favorito de que el ejército realista del Alto-

perú entrase de nuevo rápidamente por Salta: que arrollase á Güemes, y que sin detenerse, cayese sobre el general Belgrano en Tucuman para situarse en Córdoba y dominar á Buenos Aires: que ahora, y con razon, suponia completamente desarmado y exhausto. Queria el Virey además que una fuerza ligera operase sobre Cuyo y pusiese en libertad los numerosos prisioneros de *Chacabuco* y de *Salta* que estaban aglomerados en los depósitos de *San Juan* y de *San Luis*; de modo que San Martin amenazado ó derrotado en Chile quedase completamente perdido.

El Virey no era hombre de comprender el poder de resistencia intrínseca que tienen los pueblos, una vez que las masas y los intereses fundamentales de la sociedad política se convulsionan con el propósito de cambiar su organismo. Juzgaba de las provincias argentinas por lo que habia visto en el Perú y en Chile: donde el movimiento social no se habia hecho pueblo todavia, y donde apenas se habia concentrado en el círculo de una burguesia precavida, indecisa y tímida. Mucho mas instruido que él en la índole de los pueblos modernos, el general Laserna estaba muy lejos de mirar con la misma infatuacion esas empresas de atravesar y de ocupar provincias argentinas.

Habia visto de cerca que la provincia de Salta no vacilaria entre el exterminio y la defensa de su territorio: recordaba tambien cuan indómita

energia habia dado á las masas españolas el derecho de defensa contra los franceses; y como era hombre de ideas prudentes y liberales, pensaba que no habia mas plan juicioso que el de esperar á que la Expedicion de Cadiz amagase por el Rio de la Plata; y que si eso fracasaba, lo único práctico seria un tratado por el que España conservase el Perú desde Tupiza á los extremos del Norte, quedando independientes las Provincias Argentinas y Chile, á condicion de garantir ellas mismas el fiel cumplimiento de este pacto.

Los inconvenientes de esta diversidad de caracteres y de ideas habian producido naturalmente grandes incompatibilidades y disidencias entre el Virey y el nuevo General en Jefe del Ejército Español del Sur del Perú. Verdad es que los celos y las rencillas habian comenzado entre ellos desde el primer momento en que Laserna pisó en las playas peruanas. Las órdenes é instrucciones que este habia recibido, le recomendaban que desembarcase en Arica; y que inmediatamente se dirigiese á Potosí y Tupiza para hacerse cargo del ejército. A pesar de eso Pezuela esperaba que el nuevo general tendria la deferencia de pasar por Lima, y de consultarle la manera de operar; y tanto mas lo esperaba, cuanto que entendia que su victoria de Sipi-Sipi, y su larga esperiencia en los negocios del Alto-perú,

le daban el derecho de que sus consejos fuesen mirados con respeto por un hombre nuevo que no conocia los medios prácticos de desempeñar su cargo, ni el país en que iba á gobernar.

Laserna pensaba de diverso modo. Para él, como hemos dicho, la causa del Rey estaba perdida por el momento en las provincias argentinas; todo lo que tenia que hacer el General de las fuerzas del Alto-perú, era contraerse á someter bien y con buen órden esta parte del virreinato: organizar su administracion de modo que cesaran las arbitrariedades y violencias de la guerra á fin de que el país mismo comprendiese su autonomía tomando espíritu de cuerpo; y que sintiéndose bien gobernado, diese una cooperacion regular y legal á la fuerza militar que allí debia levantarse para defender el derecho de España, y el suelo propio, contra las invasiones siempre aborrecidas de los *porteños*. Laserna creia que *constituyendo realistamente* las cuatro intendencias del Alto Perú, como se habian constituido *republicanamente* las Provincias argentinas, era fácil poner á *un pueblo contra el otro*; y aprovechar las incompatibilidades de caracter, de raza, de territorio, de orgullo y de dominacion que los dividian, para levantar un ejército indígena de 15 á 20 mil hombres sobre cuadros europeos; y esperar, á la defensiva, que San Martin invadiese por la costa occidental, para destruirlo mientras la grande espedicion española de

O'Donnell, Conde de La Bisbal, caia sobre Buenos Aires: que era entonces la ocasion de tomar la ofensiva.

Preciso es convenir en que el espíritu provincial y localísimo de las Provincias del Alto-perú, daba tanta fuerza moral á estos propósitos, que, por singular que sea, no seria inexacto ni aventurado, decir que la *política realista*, combinada allí con el espíritu local, fué la que echó la base de la independencia de ese territorio que hoy es Bolivia. Y como el orígen no solo fué malo sino contra naturaleza, es seguro tambien que el porvenir, por medio de los lazos comerciales y de las vias férreas, reunirá fraternal y políticamente (si no administrativamente) los trozos de aquel conjunto de intereses que entonces se rompió, pero que tenderán á reconstituirse por las fuerzas de las leyes geográficas que dominarán necesariamente su desenvolvimiento social y moderno en el futuro.

Muchas causas habian contribuido á poner á las cuatro Intendencias del Alto-perú en este declive de segregacion ó de antagonismo con las *Provincias de Abajo*. La primera fué el sentimiento espontáneo de vida y de gobierno propio que la Revolucion de Mayo despertaba en todas partes, como una consecuencia de los principios que le habian dado origen y que ella misma queria consagrar contra el metropolismo colonial. Un gobierno central y metropolitano llevado al

Perú en nombre de la *Comuna Revolucionaria del Plata*, debia acabar por ser tan antipático como el gobierno central y metropolitano de Madrid ó de las Juntas de Sevilla y de Cadiz; pues al fin, uno y otro imponian sobre los pueblos lejanos la presion de intereses, de hombres, y de leyes *estrañas* á los hombres y á los intereses locales que las recibian y que debian someterse á ellas. Otra causa, y quizás la mas dolorosa y determinante de todas, fuè la conducta de los ejércitos de Abajo que entraron por varias veces en el Alto-perú. Sea por una necesidad fatal de aquellos momentos, sea por incompetencia ó falta de organismo gurbernamental bien constituido é inspirado, los agentes políticos y militares del gobierno Revolucionario de Buenos Aires obraron con los mismos medios con que obraban los agentes políticos y militares del Virey de Lima; y con justicia sea dicho, el primero que trató de cambiar este estado en aquellas provincias, cimentando un órden administrativo regular y justo, como base de un gobierno al mismo tiempo que militar severo, fué Laserna; y á eso debió el éxito con que las mantuvo fieles y obedientes hasta los últimos momentos de la dominacion real, pues que no se hicieron independientes sino despues que Bolivar vino á recogerlas bajo su guante como una consecuencia de la jornada final de Ayacucho.

La otra causa (y quizás la mas poderosa de

todas) que contribuyó á darles esa posicion estable bajo la bandera real, nació de los terribles vaivenes de vária y mala fortuna en que las dejaban, año por año, nuestros ejércitos, entrando por ellas, comprometiendo los pueblos, imponiéndoles sacrificios en nombre de la independencia, y dejándolos á los pocos meses abandonados bajo el castigo y la presion de los generales realistas que al fin quedaban triunfadores. Vencedores por tres veces—en Suipacha y en Salta, los argentinos entraron *reconquistando* el Alto Perú; es decir—trastornando y modificando todos los intereses establecidos. Contaron al principio, sin duda con el concurso de los numerosísimos patriotas de aquella tierra que tambien queria ser libre pero que ante todo queria ser INDEPENDIENTE. Pero un momento despues venia una nueva derrota de los libertadores á dejarlos en manos de la reaccion de los Realistas; que cruda y violenta siempre, echaba mano de los castigos mas severos, el patíbulo, las cárceles y la deportacion, para reprimir y escarmentar. La derrota de SIPI-SIPI fué como un golpe final para aquellos pueblos desesperados. Los Argentinos renunciando á ese camino para obtener la victoria, tomaron el de Chile: donde la obtuvieron por la sábia organizacion de los recursos y de las tropas: y por la eminente competencia del general. Abandonados á su propia suerte, indignados de tantos chas-

cos, desilusionados de nuestro apoyo, se entregaron postrados y humildes al gobierno honorable y justo de Laserna, que no les pidió otra cosa que soldados de la clase popular, á trueque de paz y quietud para que la burguesia vejetára tranquila dentro del cerco aislado de montañas que la naturaleza le habia dado por Patria.

Bolivar no hizo otra cosa que consagrar con un nombre republicano la creacion realista con que Laserna se habia defendido de la Revolucion de Mayo: el Antagonismo Local estaba creado: la bandera del Rey era un medio, pero no era un fin.

Esta situacion divergente en que Laserna habia colocado las provincias del Sur del Altoperú, las alejaba tanto de Buenos Aires como de Lima. Pero no habia previsto que con esto fraguaba él mismo su ruina, y que rompia la unidad moral y militar del poder colonial. Lo curioso es que por razon de diversidad en las opiniones políticas, Olañeta que era el verdadero y único caudillo local del Alto-perú, estaba ahora del lado de la *unidad virreinal*, sin perjuicio de que cuando cambiase el órden actual de cosas hubiera de echar mano de ese caudillaje local para desentenderse de obedecer al gobierno central del norte y campear á derecha é izquierda por sus propios respetos. Esto temia Pezuela y con razon, no de Olañeta que era su

fiel Teniente, sino de Laserna á quien consideraba fautor de una disidencia localizada, harto peligrosa para la unidad y concentracion del poder colonial.

Pretendia pues el Virey que su autoridad debia ser ciegamente obedecida por el general del Ejército del Sur á quien no queria conceder mas atribuciones que la de un simple Teniente General puesto bajo sus órdenes. En este concepto, suponiendo el Virey que en Febrero ó Marzo el General Ossorio estaria ya lanzado en su campaña contra San Martin, insistia con impaciente vehemencia en que Laserna volviese á invadir á Salta, y procurase penetrar por los valles y portezuelos de la Rioja hasta Cuyo, para consumar la ruina del ejército de los Andes, en caso que tuviese que repasar las Cordilleras perseguido por Ossorio.

Como Laserna rehusase volver á correr las pasadas aventuras, le hizo presente al Virey que carecia de fuerzas para dominar á Salta, y mucho mas para internarse dejando esa provincia á su espalda. Trató de convencerlo de que lo mejor era consagrarse á formar en Puno un ejército de veinte mil hombres para destruir á San Martin en el Perú, ó para inmovilizarlo en Chile, hasta que la guerra civil, y el desórden interno de los partidos argentinos acabase con él; pues entonces seria el tiempo de que los Realistas reconquistasen lo perdido.

Pezuela creyó descubrir en esto una intencion torcida cuyo pérfido propósito era crear un ejército local de *arribeños* mandado por los *Liberales* del partido de Laserna para imponerle y quitarle el gobierno si la ocasion se les presentara favorable; y á fé, que no se engañaba. Y de mas en mas irritado con Laserna, las relaciones mútuas habian venido á estar tan vidriosas que era inminente un rompimiento cuya gravedad puede apreciarse por el carácter entero é intransigente del Virey.

Pezuela rayaba entonces en la vegez:—«Era « uno de los cabos principales del ejército real. « De estatura regular, cano, seco, ceñudo y de « rostro encendido.» (1) Era de solemne y pomposa apostura, vestia una casaca llena de bordados, con espadin de oro, banda roja y amarilla del hombro al costado, y un alto baston de mando tomado á una cuarta del puño. En las ciudades usaba calzon corto de casimir blanco con franja dorada, media de seda hasta la rodilla tomada con hebillas de piedras preciosas, y zapatos con hebillas grandes de oro: en campaña usaba botas á la escudera con vueltas de tafilete amarillo, una capa oscura y un gran tricórnio negro con filetes blancos y grandes plumas rojas.

(1) El Coronel don Rufino Guido, *Revista de Buenos Aires*, volúmen 2, página 167.

Todo èra en él característico de uno de esos viejos rezagados en el movimiento de su siglo, cortesanos y regañones al mismo tiempo, que tiranizan en nombre del pasado todas las aspiraciones del presente, y que por lo mismo son instrumentos serviles de los poderes retrógrados ó retardatarios, á la vez que dè una pesadéz inflexible sobre todo lo que tienen bajo la presion oficial de su mano. Pezuela era un tipo consumado de esta clase de séres históricos : tuerto ó derecho era preciso aceptar sus opiniones, por que de otro modo, él no habria sido digno de gobernar en nombre de su Rey cuyas opiniones y mandatos eran su ley suprema. La base de su carácter era la irritabilidad nerviosa del amor propio ; y á causa de esto y de la concentracion de sus ideas, en el Alto-perú le llamaban *araña colorada*, aludiendo á ciertos vichos de esta familia que tienen allí ese color y que son de hábitos sumamente irrascibles. Era sin embargo, hombre de muy buen sentido para apreciar las necesidades y las complicaciones del gobierno: tenia ideas claras sobre los intereses y las cosas que le afectaban de cerca ; pero su espíritu no se ocupaba jamás de las esferas de lo abstracto ; y aquella parte elevada de los sucesos que se engendra y que se elabora, como una vegetacion espontánea del desarrollo social, no solo escapaba á sus alcances, sino que le inspiraba el mas profundo menosprecio. Y no era

porque tuviese en su alma las fuerzas intuitivas con que algunos hombres superiores se sienten nacidos para arrastrar en pos de sí los rebaños humanos, con la conciencia de que llevan consigo una luz poderosa para aclarar los problemas del camino. Semejante presentimiento no era el que iluminaba la frente adusta y sin dimensiones del Virey del Perú. Su génio porfiado no tenia presentimientos: sus inspiraciones se encerraban en la posesion del mando y en sus aparatos; su decoro régio se concretaba en la dignidad del capricho, honorable y síncera pero limitadísima y vulgar; así es que nada de grande ni de prestigioso animaba su despotismo, apesar de que su persona imponia un veraz sentimiento de respeto, que, aunque destituido de simpatía, no estaba destituido de estimacion.

Las formas y las ceremónias de la etiqueta oficial eran tan grave asunto de gobierno para Pezuela, que èl estenso número de sus empleados civiles y militares se hallaba sometido al formulario de un cuartel, con tal nimiedad que podrian aplicársele las profundas palabras de Tácito: *apud quos jus imperii valet, inaniœ trasmittuntur.* Todos los Domingos á las nueve de la mañana se decia en la Iglesia principal de la capital ó villa por donde pasaba ó estaba Pezuela una misa llamada la *Misa del señor Virey.* Un cuarto de hora antes de comenzarla era menester que todos los empleados y oficiales vesti-

dos de uniforme estuviesen ya sentados segun su gerarquia y por corporaciones en dos filas al centro del templo; para que cuando Pezuela apareciese en la puerta con su Estado Mayor se pusiesen de pié. El Virey todo dorado y con su cara de ají atravesaba adusto é iba á tomar la cabecera del cortejo á la derecha del sacerdote oficiante. Luego que se arrodillaba un edecan le alcanzaba su rosario y el libro de oraciones. El Virey rezaba, se paraba, se hincaba, se persignaba, hacia contriccion; todo estrictamente, segun el ritual; los demás seguian la misma mímica; pero apesar de su recogimiento su devocion carecia de uncion y de misticismo como su política carecia de idealidad.

Este formulario era insoportable para los nuevos militares que se habian formado en la guerra contra los franceses. Habian salido de la misma escuela que San Martin y que Alvear; y salvo el *patriotismo local* y la distinta bandera que seguian, tenian en el fondo las mismas propensiones: eran *liberales é incrédulos;* ninguno de ellos cultivaba en su corazon los viejos respetos del *Altar* y del *Trono* que eran de dogma para Pezuela y de su partido. En esta situacion los unos estaban ya propensos á conspirar contra los otros. El partido de Laserna contaba con el ejército nuevo para derrocar á Pezuela; y Pezuela tenia de su parte la autoridad legal con el apoyo de los coroneles Olañeta y Ricafort

para contener á los gefes mal avenidos y sujetarlos al cumplimiento de su deber!

Pero Laserna habia sido nombrado por el gobierno español General en gefe y Capitan general de las provincias del Alto-perú, con atribuciones propias. Esto le daba un carácter oficial que no dependia de la buena ó de la mala voluntad del Virey, y jurisdiccion privativa en un territorio, que, aunque perteneciente al gobierno superior del Virreinato, estaba por otra parte bajo la inmediata jurisdiccion de su capitan general.

Lanzado Ossorio á la campaña de Chile, creia Pezuela con razon, que costase lo que costase, era menester apoyarlo con otra invasion vigorosa por el lado de Salta. La oposicion de Laserna habia provocado entre ellos una correspondencia ágria que el Virey cortó dirijiendo una órden seca y terminante á Olañeta y á Ricafort, para que tomasen el mando de las fuerzas y entrasen á Salta por la Quebrada y por Oran, si el capitan general persistia en hacerle oposicion. Estos dos gefes le hicieron presente á Laserna la órden que habian recibido y su ánimo de cumplirla á todo trance. Laserna resolvió entónces renunciar su puesto; pero Valdés, Canterac, Espartero y muchos otros gefes de la nueva série, se opusieron, y lograron que el general se sometiese por lo pronto á los deseos del Virey, dejando para un momento mas favorable el cambio de cosas que tenian por necesario.

Laserna puso entónces dos mil cuatrocientos hombres á las órdenes de Olañeta y de Valdés para que de nuevo invadiesen á Salta por la Quebrada; y mil trescientos mas á las órdenes de Canterac y de Ricafort para que apoyasen ese movimiento por el lado de Tarija y de Oran.

Aunque español de nacimiento, Olañeta no era un verdadero militar español sino un vecino realista emigrado de Salta. Para él, Salta concretaba todos los anhelos y los propósitos de su porvenir y de su persona. Habia pasado allí toda su vida: tenia estensas relaciones de familia, y estaba casado con la Pepita Marquiegui, que, segun se decia en el ejército realista, no solo era la mas bella sino la mas artera de las mujeres de la América del Sud en aquel tiempo. Su marido, segun dice el General Paz en sus *Memorias*, estaba locamente enamorado de ella. Así es que para Olañeta, la guerra de la independencia era menos que una guerra civil entre argentinos, y nada mas que una reyerta de vecindario—de salteños, localizada en aquella frontera. Con tal de gobernar él en Salta con la familia Marquiegui y con su partido habria pospuesto todos los derechos del Rey de España; pero, por lo pronto, lo uno era inseparable de lo otro. Hombre de poca cabeza pero de pasiones bruscas y de una energia incontrastable, no comprendia porqué razon el ejército realista habia de limitarse á ocupar la Quebrada y Tarija, y no

habia de ocupar tambien á Salta como una dependencia de las provincias de *arriba*, donde él queria residir y mandar, siendo asi que poseia las Provincias que habian sido Argentinas desde Cotagaita hasta la Paz. Con tal de que Salta entrara en esta porcion del territorio, todo lo demas le era indiferente; y por lo mismo, su posicion social y su génio terco le llevaban á aceptar con placer toda tentativa que tuviese por objeto segregar á Salta del territorio de abajo.

Al designarlo como gefe para que cumpliese las órdenes del Virey, Laserna se propuso dejar sobre sus hombros todas las dificultades de la nueva tentativa, y puso á su lado al coronel Valdés, hombre habilísimo y astuto, militar de mucha mayor importancia, para que no le dejara comprometer y perder las tropas en ímpetus descabellados. De igual modo procedió con Ricafort acompañándolo con Canterac, que era tambien de su entera devocion y de un mérito superior.

Olañeta ocupaba una posicion especialísima en el ejército realista. Sus servicios desde las primeras campañas de 1810 eran distinguidísimos; y puede decirse que antes de que el Alto-perú contase con un ejército profesional compuesto de tropas europeas, Olañeta habia sido el alma y el apoyo de todos los esfuerzos que los Realistas de aquellas cuatro intendencias habian hecho por defenderse contra las in-

vasiones revolucionarias de las tropas de Buenos Aires. Y sin embargo, Olañeta no habia sido jamas militar, ni otra cosa mas que un simple traficante de Salta. Ligado ántes de la Revolucion con las casas de Comercio de Gurruchaga y de Moldes, habia pasado una vida activa haciendo el comercio de negros, de ganados, de géneros y de pastas metálicas entre Salta, el Alto-perú y Lima : negócio eslabonado con el contrabando de Buenos Aires cuya llave, despues de las invasiones inglesas, habia caido en manos de varios comerciantes de Buenos Aires. (2)

(2) Entre ellos era el mas fuerte don Francisco del Sar, que tenia por agentes en la Intendencia del Alto-perú á su concuñado don Joaquín Bedoya, y á su cuñado don Sebastian Riera, á quien muchas veces he oido narrar curiosos incidentes de estos negocios y de los sucesos á que daban lugar. Estos dos agentes del comerciante del Sar cayeron prisioneros en la *Sorpresa del Tejar,* como puede verse en la preciosa noticia que el Coronel don Rufino Guido ha consagrado á este ruidoso hecho en la *Rev. de B. A.,* tomo 2º, pág. 170. Riera fué quien desarmó al centinela, cuando los prisioneros sorprendieron y tomaron la guardia española que los conducia á *Casas matas:* Riera murió en la catástrofe del *Quebracho* (1840). Bedoya era paraguayo y no de Salta como dice el señor Guido. Entre los papeles de Del Sar, si se han salvado, existen cartas y datos interesantísimos acerca de este comercio estraño, de los hombres que lo hacian y del carácter de los negocios privados y públicos de aquella época.

Por su actividad personal y por las estensas cuadrillas de peones que habia formado se hizo Olañeta en poco tiempo uno de los adalides mas famosos de la causa del Rey; y lo curioso es, que al mismo tiempo que se entregaba todo entero á la carrera militar, adquiriendo en ella una notable competencia y merecidísimos grados, seguia sus negocios con mayor anhelo; tenia sucursales mas ó menos declaradas y públicas en todas las plazas del Perú: cuadrillas de contrabandistas bien relacionados para tomar efectos y sacar ganados de Salta é introducir pastas; y á la vez que era uno de los mas famosos coroneles del Virey del Perú, era, directamente ó por medio de sus agentes, el proveedor de las tropas y surtidor general de los mercados interiores. Guerrillero incansable, intransigente y cruel tambien, no le faltaba flexibilidad para entenderse con Güemes y con otros patriotas acerca de una árria bien cargada de mercaderias y de pastas de retorno, ó de una gran tropa de ganados, al través de la frontera en qué, por esto mismo, preferia él imperar con esclusion de los demas gefes realistas que pudieran contrariarlo.

Este estenso comercio le daba un sinnúmero de subordinados, guerrilleros á la vez, que tenian á su cabeza hombres decididos con el título de Coroneles ó Comandantes, como el Valenciano Valdés, conocido en la historia de esta guerra con el nombre de—*El Barbarucho*, que tan

pronto era gefe de una division realista como mayoral de una árria ricamente interesada para su gefe. A medida que la guerra se iba organizando entre los dos grandes conjuntos, realista el uno, patriota el otro, de las Provincias *Altas* y las Provincias *Bajas*, comenzó tambien á normalizarse, diremos así, la situacion comercial de Olañeta; y muchas veces el mismo Güemes tuvo interés en entenderse con el guerrillero realista para dejarle llevar, *como arrebatados*, gruesas tropas de ganados que habian sido *contratadas* y *pagadas* «secretamente, con interés recíproco;» pues si el uno necesitaba ganados para negociarlos con el ejército real, el otro necesitaba dinero ó metales para pagar á sus gauchos y surtirse de las cosas que la guerra hacia necesarias; asi es que la necesidades eventuales del uno y del otro eran la ley de estas estrañas convenciones; y sin embargo, Olañeta era intransigente, decidido, porfiado y lleno de pasion en cuanto á la causa que sostenia. Desgraciados de los que comerciaban con él desde Salta, si eran patriotas y caian por accion de guerra en sus manos. Su rigor era mas duro con ellos; y aunque era cumplidamente leal y honrado cuando mediaba un convenio, para no tomar sino lo que habia sido materia del trato, guerrillaba en todo lo demas con una tenacidad incansable: sorprendia, invadia, robaba las campañas, y se batia con el denuedo de un gefe de banda, apesar de toda su riqueza,

de sus numerosas casas de comercio en todo el interior hasta Lima, y de su elevado rango de Brigadier y de Mariscal de Campo en el ejército del Rey. Se convendrá en que si todo esto era sumamente novelesco era tambien una faz estraña de la guerra de la Independencia en aquella frontera.

Al principio, este doble carácter de guerrillero y comeciante le daba á Olañeta grande importancia en el ejército real del Perú. Careciendo de tropas peninsulares con que oponerse á la invasion armada de los Revolucionarios de Buenos Aires, habia sido preciso apelar al influjo local. De modo que cuando el rico comerciante Olañeta, se arrojó con tanto ardor en la causa reaccionaria, llevó al ejército no solo todos sus empleados, dependientes y peonadas, sino todos los miembros de su familia entre los que sobresalia el bravo Coronel Marquiegui cuñado suyo y oriundo de Salta como Castro y otros.

Ademas de esto, en el apremio de los tiempos, se hizo poco á poco el banquero y el proveedor del Ejército del Alto-perú ; y como las provincias de Salta y de Tucuman estaban habituadas á traficar con las de *Arriba,* no tardó mucho en que se tegieran los hilos ocultos y mas ó menos eventuales de estos negocios subrepticios. Olañeta vino á ser por consiguiente un hombre indispensable ; y todos los viejos gefes del ejército, los viejos realistas, lo habian acep-

tado hasta entonces en su doble carácter de general y de proveedor ó banquero sin oposicion ni escándalo.

Pero esta irregularidad comenzó á cambiar asi que concluida en 1815 la guerra europea contra Bonaparte, la España empezó á enviar tropas y gefes de la nueva escuela, para sofocar la rebelion de sus colonias.

Laserna, Canterac, Valdés, Espartero, Tacon, Narvaez y demas jefes ultimamente venidos de la Península Ibérica, miraron como una violacion escandalosa de la disciplina y de la Ordenanza, esta mezcla irregular de comerciante y de general con que figuraba Olañeta; y aunque al principio tuvieran que disimular su disgusto, por estar tan arraigado aquel abuso, y por ser tan predominante el influjo de este personaje, como notorios sus servicios, y valiosa su cooperacion, poco tardó sinembargo en que comenzara á sentirse la crítica y las trabas disimuladas con que el nuevo general y sus compañeros se proponian poner fin á un estado de cosas, que á su entender era no solo una mancha chocante del carácter de un militar, sino un gérmen de inmoralidad y de disolucion en la causa del Rey.

Con varios pretestos procuró Laserna separar á Olañeta de las fronteras de Salta y echarlo al Perú colmándolo de honores y de grados al mismo tiempo. Pero todo fué inútil: Olañeta

persistió francamente en no separarse de allí donde lo ligaban sus intereses, su influencia, y el crecido número de parciales *esclusivamente suyos* que tenia ; y donde no solo era (por todo esto) un caudillo provincial desde Tupiza á Oruro, sino apoyado en la buena voluntad del Virey Pezuela. Los Liberales ó jefes nuevos no tuvieron mas remedio que seguir contemporizando á la espera de una mejor ocasion para separarlo.

Torrente, que, como se sabe, recibió sus valiosos informes de la boca de los jefes realistas mas caracterizados que hicieron la guerra en el Perú, no ha dejado pasar inapercibida esta situacion irregular en que Olañeta se hallaba colocado ; y la ha diseñado bien con todas las malas consecuencias que ella debia producir para la causa del Rey—« La armonia que se ha-
« bia notado entre Olañeta y los Gefes que
« reemplazaron la administracion del Virey Pe-
« zuela habia sido aparente, mas nunca fué fran-
« ca ni cordial.... Habia conservado así mismo
« Olañeta el tráfico y giro mercantil, cuya pro-
« fesion ejercia cuando sonó la trompeta guer-
« rera en el Alto-perú en 1810 : todos los que
« habian mandado en aquellas provincias habian
« condescendido con esta inclinacion *tan agena*
« de la carrera militar, con la esperanza de que
« por los muchos agentes comerciales del refe-
« rido Olañeta, se tendrian, como en efecto se

« tuvieron, comunicaciones y avisos muy útiles
« á la causa que defendian. El señor Laserna
« la toleró asimismo, si bien mostró mayor desa-
« grado que sus antecesores, y trató de ponerle
« algunas trabas que agriaron considerablemen-
« te el ánimo de dicho Gefe. » (3)

Estos motivos particulares hacian de Olañeta el mas fuerte instrumento que Pezuela tenia para llevar á cabo sus propósitos contra la Provincia de Salta; y como ese jefe era un verdadero caudillo local en las Provincias colindantes del Alto-perú, el ejército realista se hallaba embarazado para obrar al antojo de Laserna ó de su círculo; y tenia que seguir la direccion que le imponia Olañeta, ahondándose cada dia mas la mala voluntad que se profesaban los dos círculos contrarios á cuyo influjo estaba sometido el país.

Pezuela contaba con que Ossorio desembarcaria en Talcahuano á fines de Diciembre, y suponia que en todo Febrero ó principios de Marzo habria venido por Valparaiso á caer sobre Santiago, dejando á San Martin cortado y perdido en el Sur, segun el plan que habia trazado, y cuyo éxito le parecia infalible. Logrado esto, Pezuela queria que Ossorio amagase por la cordillera, al mismo tiempo que Laserna entrara otra vez por Salta; y como el Virey estaba infatuado con sus antiguas y victorias

(3) Hist. de la Rev. Hisp. Am. vol. 3, pag. 450.

de *Vilcapujio* y *Viluma,* tenia la esperanza de avasallar así la revolucion argentina; y ordenó con tono imponente que el ejército del Sur atravesase decididamente la provincia de Salta, sin detenerse á luchar parcialmente con los Gauchos: que batiese en Tucuman á Belgrano y que corriese por la Sierra de Córdoba á ponerse en comunicacion con las fuerzas realistas de Chile, que el Virey daba ya como vencedoras en Febrero ó en Marzo. Temiendo Pezuela que Laserna procurase insistir en su oposicion á este plan, le dejaba entender que para ese caso habia tomado la resolucion de que las fuerzas fuesen puestas á las órdenes de Ricafort y de Olañeta que se encargarian de realizar sus propósitos.

Laserna entregó á Olañeta la iniciativa de la campaña, seguro de que no podria llevarla á cabo. La primera necesidad era hacerse de recursos. El ejército realista estaba escasísimo de caballadas y de ganados. El mal éxito de la campaña del año anterior se atribuia á la falta de prevision con que habia invadido, confiando en tomar los recursos y caballadas del pais que se ocupara, sin tener presente que Güemes se los retiraria, y que los realistas tendrian que luchar por alimentarse mas bien que por reconquistar la tierra para su Rey. Ahora pensaban obrar de otra manera, bajo las inspiraciones y por el consejo esperimentado de Olañeta. Lo primero era hacer

una entrada rápida é inesperada con una fuerza de dos á tres mil hombres por la Quebrada, hasta mas abajo de Jujuí; abrirse allí en dos divisiones, á derecha é izquierda y volver rápidamente tambien, la una por las estancias del *Toro* y del *Despoblado*, y la otra por las márgenes del Rio *San Juan*, barriendo y arreando todos los caballos y ganados que encontraran por aquellos campos. Olañeta y los hombres del partido del Virey suponian que logrando este golpe para habilitar al ejército con medios de sustento y de movilidad, les seria dado llenar los deseos y planes que se les trasmitia; pero Laserna estaba muy lejos de participar de estas visiones, y lamentaba que en estas descabelladas empresas se estuviesen destruyendo, por centenares, los soldados europeos que formaban la parte sólida y fiel de su ejército.

Con la mira pues de preparar la invasion haciéndose de los recursos necesarios, y de que Güemes careciese de esos mismos recursos para defenderse, Olañeta entró por la Quebrada en los primeros dias de Diciembre con 2700 hombres. Pero Güemes que habia sentido los movimientos de los realistas, habia movido tambien hácia las fronteras parte de sus mejores fuerzas al mando de los Comandantes Arias, Rojas y Burela. Queriendo atraerlos Olañeta retrocedió hácia Yavi; pero como ellos se limitaron á observarlo en la línea de Jujui, acentuó de nuevo su

movimiento por su frente y vino rápidamente á ocupar á Jujuí el dia 14 de Enero. Puesto allí se ocupó en despojar á los vecinos de cuanta mercancia aprovechable tenian: en la tarde del mismo dia se abrió en dos divisiones y retrocedió con una por el Toro y el Despoblado, y con la otra por el Rio Grande, sin lograr otra cosa que llevar algunos caballos y ganados. Pero ardientemente perseguido por Arias y Burela con las fuerzas del centro y con las divisiones de los Valles, Olañeta tuvo que abandonar su presa y que sostener mortíferos encuentros á cada paso en los que perdió de 300 á 400 hombres, noventa y seis pasados entre ellos, como ciento diez fusiles, sables y cantidad de pertrechos.

Sin embargo de este mal resultado y de la conviccion de que la resistencia de Salta era indomable, combinóse de nuevo un otro plan para entrar á la vez por el Despoblado, por la Quebrada y por Oran bajo las órdenes de Ricafort. Con este fin, se hicieron correrias por todo el país recojiendo caballos y ganados, poniéndolos en los potreros de Tarija y de Santa Elena hasta reunir el número necesario. Pero cada entrada en el territorio argentino ocasionaba pérdidas irreparables para los realistas; y por mas que Olañeta y Ricafort se mostrasen anhelosos de complacer al Virey, les fué imposible hacer á tiempo los acópios y la concentracion de los me-

dios que les eran indispensables para operar. Corria avanzado el mes de abril cuando la noticia de la espléndida victoria de Maipu cayó como un rayo sobre los empecinados partidarios del Virey. Despues de este grande triunfo era absurdo que los realistas quisieran persistir en hacer una invasion formal sobra Salta; y por el contrario, su principal preocupacion era ahora ponerse á la defensiva contra la invasion de San Martin por el Pacífico, y la de Belgrano unido á Güemes por Tupiza en direccion á Oruro y al Cuzco.

Lo único sensato para ellos era pues aceptar el plan de Laserna: regularizar el órden civil y administrativo de las Provincias del Alto-perú, fomentar el trabajo y la produccion interior para alimentar el tráfico con las costas del Perú: reglamentar el servicio militar de una manera distributiva y regularizada hasta remontar el ejército con reclutas del país á una fuerza de 20 ó 25 mil hombres á lo menos y esperar al enemigo si invadia; hasta recibir los refuerzos que pudieran venir de España, ya fuese que tomasen la vía del Pacífico, ya que apareciera sobre Buenos Aires la decantada expedicion de La Bisbal, que cada dia con mas empeño se reconcentraba en los alrededores de Cadiz. No hay duda que la causa de nuestra independencia se hallaba expuesta todavia á graves contingencias.

Quedaba otra disidencia entre Pezuela y La-

serna. El Virey opinaba que el nuevo ejército debia organizarse en Arequipa para tenerlo á su devocion bajo el mando del general Ricafort. Laserna entendia que era preferible organizarlo en Puno y en el Cuzco bajo las órdenes inmediatas de Canterac, porque á su modo de ver, ya que habian de batirse con soldados hechos y formados en la táctica moderna como los de San Martin, era menester darles una instruccion adaptada al caso. Fuera de esto, convenia organizar esa fuerza en los distritos de la montaña; no solo porque allí estaba el verdadero baluarte de la defensa del Perú, sino para que la tropa se aclimatase al rigor del clima y estuviese asi habilitada á operar con vigor y con rapidez. Prevaleció sin embargo la opinion del Virey y se estableció en Arequipa el famoso campo de instruccion á las órdenes del viejo general Ramirez Orozco.

Laserna quedó en su puesto de general en gefe del ejército del Sur. Pero bien convencido de que el Cuzco era el centro importante de los nuevos sucesos que estaban al romper, obtuvo el beneplácito de situarse allí con las fuerzas de que disponia manteniendo á los coroneles Valdés y Olañeta al mando de los cuerpos avanzados en las fronteras de Jujui.

Este era el órden de disposiciones que tomaban los gobernantes españoles del Perú, para defenderse de las expediciones argentinas con-

tra Lima, al mismo tiempo que San Martin salia de Chile para Buenos Aires á recabar los recursos y los arreglos necesarios para habilitar las fuerzas de mar y de tierra con que se proponia emancipar al Perú del yugo colonial, y llevar su apoyo en el mismo sentido á la insurreccion de Colombia.

CAPÍTULO VIII

EROGACIONES DEL GOBIERNO ARGENTINO PARA LOS ARMAMENTOS NAVALES—APRESAMIENTO DE LA «MARIA ISABEL» Y DOMINACION DEL PACÍFICO

SUMARIO—Gastos y sacrificios del gobierno argentino en la emancipacion y defensa de Chile—Incesantes exigencias del general San Martin—Confusion y vaguedad de las cuentas y de las inversiones—Necesidad y conveniencia de la investigacion retrospectiva para establecer lo históricamente verdadero—La escuadra española del Perú—Dificultades y peligros en Chile—Armamentos y preparativos en Cádiz—Llegada de San Martin á Buenos Aires—Compromisos masónicos—Las comisiones de los señores Manuel Aguirre y Alvarez Condarco—Cláusulas y ofrecimientos del contrato—Parte el general San Martin para Mendoza—El señor Aguirre se pone en viage á los Estados Unidos—Dificultades del gobierno de Chile para suplir los fondos de la negociacion—Suplementos del gobierno argentino—Nuevas exigencias del general San Martin—Actitud del señor Guido—Buques de guerra entregados por el gobierno argentino—«La *Chacabuco*»—el «*Maipu*» antes (*Eolo*)—Resistencia del gobierno argentino á nuevas erogaciones—Sus reclamos por las

cantidades atrasadas—Entrada á Valparaiso del navio *Whithman*—Coincidencia del desbande de *Cancha Rayada*—Negociacion y compra del navío — Momentos apremiantes y resignacion á nuevos sacrificios del gobierno argentino—Urgente y repentina salida del navío con el nombre de *Lautaro*—Su primer encuentro—Su primer victoria—Heróica muerte de su capitan—La presa *San Miguel*—Reclamo de sus valores y amortizacion de una parte de la deuda—Nuevos ajustes de San Martin y Pueyrredon—Desmembracion del *Ejército de los Andes*—El empréstito argentino por 500 mil pesos, en provecho de los armamentos de Chile—Vestuarios, pertrechos y pagamento para el ejército de tierra—Dudas sobre la fiel ejecucion de lo pactado—Desistimiento del empréstito—Renuncia de San Martin—Restablecimiento de las buenas relaciones—Entrega de los 500 mil pesos—De como la gloria es cosa cara para los pueblos—De como el interés de la gloria aún la mejor inspirada adúltera la lealtad que se debe á la verdad—Detalle de los nuevos buques adquiridos por Chile al tiempo que recibia el monto del empréstito argentino—Las urgencias del general San Martin por recibir el dinero y pagar esos buques y aprestos—Efectos de la batalla de *Maipu* en España—El nuevo armamento—El espíritu de la tropa—El trasporte *Trinidad*—Apresamiento de la *María Isabel* y del convoy—Brillante horizonte de la guerra en el Pacífico—Mala situacion de las Provincias Argentinas en el interior.

Esta interesantísima parte de nuestra historia, que no se ha escrito todavia, servirá para que puedan apreciarse en toda su extension, las enormes erogaciones con que nuestro país contribuyó á la compra, al equipo y á la tripulacion de los fuertes y valiosos buques, que, gracias á

eso, se pasearon por el Pacífico con la bandera chilena pero sin la nuestra. Esas erogaciones nos fueron impuestas por el General San Martin, interesado en tener escuadra *suya*, como tenia ya ejército *suyo*, para llevar adelante, y con soltura, la empresa de emancipar al Perú, y de ir tan allá como pudiera en su glorioso anhelo de consumar la independencia de Sud-América.... á costa de los sacrificios y de la extenuacion del Gobierno Argentino. (1)

Y hemos dicho que esta historia no ha sido escrita todavia, por que en razon de los tiempos, de la insubsistencia de los gobiernos y de la confusion en que todo se hacia bajo el apremio supremo de las necesidades del momento, las finanzas del *Ejército de los Andes* están muy lejos de conocerse, ó de poderse calcular siquiera. Mientras el General San Martin preparó ese

(1) Con razon escribe el clásico y honrado historiador del *Perú Independiente:*—«Jamás se presentará mas gran-« de la Nacion Argentina que en esa época en la cual, « á pesar de que cada provincia se ensangrentaba con-« tra la otra y se devoraban por la guerra civil, osten-« taba sin embargo su poder en el exterior dando liber-« tad á Chile, y preparándose tambien á dar libertad al « Perú ». Cuando el señor don Mariano Felipe Paz-Soldan, vertia estos conceptos en 1868, no habia estado en Buenos Aires, ni era conocido personalmente en esta ciudad como lo fué 17 años despues con el grande aprecio que merecia por su mérito, su extenso saber y sus virtudes. Véase su *Hist. del Perú Indep.* vol. I, pag. 42.

ejército en Mendoza, llevó un apunte fiel, aunque somero, de las cantidades sucesivas que recibia del gobierno, fuera del pago regular y directo que la comisaria de guerra hacia de la tropa. Pero, desde que pasó los Andes y tomó sobre sí la defensa de Chile contra los enemigos políticos de su gobierno y contra las tropas españolas, nada ha podido saberse de las sumas exactas que tomó de Cuyo y de Buenos Aires, ni de las inversiones que les dió: ya fuese en armamentos navales, ya en la remonta ó avitualliamientos del ejército de tierra; conociéndosele mas bien desde entonces una marcada tendencia á que todo se alterase; de modo que viniese á convertirse en chileno el ejército argentino; y que una grande escuadra costeada en su mayor parte con dineros argentinos fuese echada al Mar con bandera chilena: sin que quedase asiento de los suministros, ó de las garantías pecuniarias con que se habia formado, ni razon de las inversiones ó de los cargos que debieron haber quedado en la cuenta.

El General San Martin nos aseguró la independencia arrojando de Chile las armas del Rey de España. Llevó con gloria nuestra huestes al Perú, y lo puso en el firme camino de su emancipacion. La honradez de su manejo es intachable; y se necesitaría toda la perversidad de un perdulario procaz como Cochrane, ó de un escritor prevenido y parcialísimo como el marino

español señor Lobo para pensar y decir otra cosa: hoy, sobre todo, que las virtudes de nuestro ilustre guerrero están en la conciencia de todos, y que son de una verdad luminosa en nuestra historia. Cuanto pasó por su mano lo empleó en el éxito de la noble causa que servía; y bien poco gastó por cierto, si se contraponen las erogaciones á los elementos que movió, y los esfuerzos á los resultados que obtuvo. Pero no es menos cierto tambien, que con una insistencia dura é inflexible cargó su mano sobre nuestro gobierno; y que todo lo hizo á costa de nuestro país y de sus recursos. Grande Capitan como Gonzalo de Córdoba, aunque mucho mas humano y mas honrado, prescindió de dejarnos documentado lo que Chile nos debía. Pretendió hacer pasar por chileno nuestro ejército, y por chilenos los buques pagados con nuestro dinero, dejando nuestros desembolsos embolismados en esta confusion de las finanzas internacionales entre los dos gobiernos, de que solo aprovechó el de Chile cuando nuestro organismo nacional sucumbió en el cataclismo político de 1820, perdiéndose hasta la posibilidad de rehacer esas cuentas. Despues, la chancelacion final se ha hecho en « ganancias y pérdidas »— como en los créditos incobrables. (2)

(2) En 1822 fué enviado á Chile el señor don Félix de Alzaga para arreglar esta cuenta de cargos y datas con

Algunos rayos de luz sacaremos sin embargo del fondo de los archivos privados; y no será inútil, por cierto, que aquí los aprovechemos para adelantar nuestras apreciaciones y provocar ulteriores aclaramientos. Eso es lo que hemos conseguido ya en otros puntos, antes ignorados, y puestos hoy en la categoría de los hechos averiguados. Tenemos pues esperanza que del mismo modo hemos de conseguir que se disipen las tinieblas en que se ha ocultado hasta el dia nuestra principal cooperacion en la formacion y complemento de la escuadra del Pacífico de 1818; para que salga á la evidencia como fué que allí tambien se debió á la vigorosa vitalidad de nuestra república la escuadra que inutilizó y destruyó las fuerzas navales de la España.

¿Cuánto le costó á la República Argentina el ejército que venció en Chacabuco?.... Los soldados que pasaron las grandes Cordilleras por *Ushupa-llacta*, por los *Patos*, por *Coquimbo* y por el *Portillo*, entre tropas y gentes de servicios, eran de cinco á seis mil hombres. Lle-

aquel gobierno, y suponemos que llevaría los comprobantes del caso; pero no se le quiso oir ni admitirle la menor reclamacion, y hubo de regresar desairado. Es pues probable que existan en la Tesorería ó en el Archivo los antecedentes de esta comision, que no nos ha sido posible obtener ni conseguir indicio alguno sobre su paradero.

vaban un número considerable de cañones, 700 caballos de valor, maestranza, fráguas, pertrechos, vestuarios, parque completo, municiones, víveres, repuestos, doce mil mulas ; y todo en fin cuanto un ejército reglado necesitaba para ejecutar las operaciones estratégicas de su marcha, y dar y ganar una batalla campal, contra veteranos europeos, asi que pisara el país que invadia.... Nos abstenemos de hacer el cálculo de ese costo. Si hay quien lo sepa y pueda decir los millones que todo eso representa—que lo haga y que lo diga.

Pero, no es eso lo que ahora hace á nuestro caso, sino la necesidad suprema en que se vió el General San Martin de formar y armar en el Pacífico una escuadra poderosa que pudiese medirse con las fuerzas marítimas de que disponia el Virey del Perú. Maniobraban desde el Callao á Valparaiso las dos fragatas de guerra—*Esmeralda* de 44 cañones, y *Venganza* de 42: los dos bergantines de guerra—*Potrillo* y *Pezuela* de 12. Unidas á estos cuatro buques, el Virey babia armado las fragatas mercantes—*Aguila* de 18—*Milagro* de 16—*Begoña* de 12—*Mariana* de 12—*Reina de los Angeles* de 12: Nueve barcos con 180 piezas, sin contar otros ocho ó diez buquecillos menores, que aunque de poca importancia, hacian buenos servicios.

Armado asi el Virey del Perú por el lado del mar, no era posible expedicionar contra él sin

crear antes una escuadra igualmente poderosa al menos; y como se habian recibido noticias fidedignas de que el gobierno español habia adquirido grandes buques de guerra rusos, prontos ya á marchar al Perú con tres mil hombres de buenas tropas, se temía con razon que Pezuela repitiera inmediatamente sus tentativas para reconquistar á Chile con mayores elementos, si no se le quitaba antes el puerto fortificado de Talcahuano, y la espedita navegacion por las costas del Pacífico.

En esta situacion no habia pues como desconocer la absoluta necesidad de que el ejército argentino permaneciese en Chile, y de que á cualquiera costa se levantase una fuerte escuadra en el Pacífico, sin lo cual podia ser completamente efímero el *Paso de los Andes* y vana la gloriosa victoria que habia coronado el esfuerzo. Pero fácil es conjeturar el enorme valor que era menester desembolsar y las tremendas dificultades que era preciso superar, para llegar á colectar y disponer de tan caros y gigantescos elementos de guerra.

Bien sabia el general San Martin que nadie, sino él personalmente, podia pedir y obtener los sacrificios que tendria que hacer el gobierno argentino para dar todavia tan costosísima cooperacion como esa á los armamentos navales que entraban en su plan, aunque quedase desarmado y extenuado en el interior. Pero confiado

en el prestigio irresistible que acababa de darle su victoria, en la firme voluntad que lo animaba, y en la argumentacion apremiante de los juramentos hechos bajo el nombre simbólico de *Lautaro*, salió de Chile y se presentó en Buenos Aires, á explicar su situacion, la del país que acababa de redimir, y las grandes necesidades creadas por la victoria: seguro de que habia de acabar por poner las cosas y los ánimos en el sentido de sus miras.

Durante los pocos dias que se detuvo en Buenos Aires San Martin superó todas las dificultades, dominó las resistencias, y allanó las bases del « Armamento Marítimo del Pacífico ». Para tener buques de importancia era menester mandar á los Estados Unidos y á Inglaterra comisionados diligentes y capaces de desempeñarse. En Inglaterra no era posible esperar que se pudiese sacar buques armados ni prepararlos convenientemente en sus puertos. Se oponia á eso el estado de paz y las buenas relaciones que se mantenian con España. Lo único que podia obtenerse era la cooperacion del comercio: y que alguna de sus grandes compañias de navegacion, mandase buques convenientes con el fin de venderlos, ya fuese en el Rio de la Plata, ya en Valparaiso si lograban entrar en este puerto. Encargóse esta diligencia al entendido y activísimo coronel de ingenieros Alvarez Condarco; y el gobierno argentino le adelantó

diez mil pesos fuertes para subsistencia, viages y pasos que tuviera que dar. En la inteligencia de que la compra y armamento de buques ofreceria mayores facilidades en los Estados Unidos, donde sobrarian especuladores que la tomasen de su cuenta, sin sérios cuidados de que el gobierno opusiese una resistencia que no pudiese eludirse, se trató de obviar demoras de forma por medio de autorizaciones explícitas y ámplias para proceder desde luego á la adquisicion y armamento de dos grandes fragatas en el menor tiempo posible.

Es de suponer que el general San Martin estuviera de antemano entendido con el señor Pueyrredon sobre todo esto; pues habiendo salido de Chile para Buenos Aires el 14 de Marzo, tenemos ahora á la vista en su original auténtico, y de fecha 8 de Marzo una carta poder firmada por el señor O'Higgins con sello del Estado y refrendada por el Ministro Zañartu en la que dice:—« confiero toda mi representacion con pleno poder y « facultades á don Manuel de Aguirre para que « contrate y entable todas cuantas negociaciones sean relativas á la compra de Buques de « Guerra, de Fragata inclusive para abajo (el « papel está aquí destruido en una palabra) y « equipados completamente, y á toda clase de « armamento, municiones, y demás pertrechos « útiles al Ejército.» Siguen á esto las cláusu-

las generales de garantías, hipoteca etc., para la seguridad del pago.

El 4 de Abril llegó San Martin á Buenos Aires, dueño de un prestigio inmenso, y más poderoso por lo mismo que era reciente. Lo que se ha dicho de que traia 200 mil pesos de Chile para armamentos marítimos es completamente inexacto, y era tambien imposible como ha de verse. Su objeto era que el gobierno argentino costease el viage y los encargos de la Comision que debia llevar el señor Aguirre, sobrino político y sumamente querido del señor Pueyrredon.

La prueba de que no traia semejantes fondos la tenemos á nuestra vista en otro documento auténtico del 18 de Abril de 1817, (catorce dias despues de estár en Buenos Aires el general San Martin) firmado por el Supremo Director de las Provincias Unidas, con el sello oficial, y refrendado por el Ministro Irigoyen (Matias) que dice así:—«Por cuanto habiendo sido auto-
« rizado por el gobierno de Chile el ciudadano
« de este país don Manuel Aguirre para que con-
« trate (aquí las mismas palabras del documento
« chileno.) Por tanto vengo en conferirle igual
« comision por parte de este gobierno al expre-
« sado Aguirre, facultándole *para empeñar el*
« *crédito del Estado de mi dependencia sobre*
« *el religioso cumplimiento de lo que de mí ór-*
« *den ha sido garantido* por el capitan general
« don José de San Martin en convenio separado

« de esta fecha, concediéndole además á don
« Manuel Aguirre *facultad de disponer de la*
« *suma necesaria para completar el armamen-*
« *to naval* de la Escuadra de cuya comision vá
« encargado por el Supremo Director de Chile,
« *librando contra los fondos* del empréstito de
« dos millones de pesos realizable en los Esta-
« dos Unidos de Norte-América y con su recibo
« se dará por entregada la cantidad de su im-
« portancia en la Tesorería Nacional. En testi-
« monio de lo cual etc. etc. »

En una carta original del señor O'Higgins que anda en seguida de las piezas ya citadas, le dá al señor Aguirre tan expresivas y sentidas gracias por la decision con que se habia prestado á ir á Norte-América que llega hasta tributarle el título de—*Libertador de Chile* por la generosidad con que lo ha hecho y le señala el premio de 100 mil pesos si la victoria corona sus trabajos. « Yó
« por mi parte, protexto cumplir *inviolable* y
« *religiosamente* todos los empeños y compro-
« metimientos que Vd. emprenda en aquella
« nacion ratificándolos desde ahora. »

A nadie puede ocultársele que en todas estas cláusulas y protextas, está claro y sin réplica, que el señor Aguirre no habia recibido un solo peso efectivo, sino simple *autorizacion* para comprometer al gobierno de Chile por 200 mil pesos *con la garantía* del gobierno argentino. Si se le hubiera entregado la cantidad en especie no ha-

bria habido motivo para garantias, ni para tantas y tan finas protestas y promesas. Habria bastado con fijarle sus gastos, sus comisiones, y confiar el negocio á su notória honradéz y patriotismo. Mas adelante hemos de ver pruebas incontrovertibles de esta verdad.

Una vez comprometidos los dos gobiernos de *mancomun et in solidum* como decian los viejos juristas, entra el general San Martin á figurar en el contrato que á nombre del de Chile, y garantido por el de Buenos Aires, vá á hacerse con don Manuel de Aguirre. Encárgale á este ajente que construya ó compre, en tan breve tiempo como pueda, dos Fragatas de 34 cañones cada una; y pasa á designar las dimensiones de manga, baul, entre puentes, calado, palos, vergas, velas, y repuestos, con toda minuciosidad. En los artículos siguientes extiende las facultades del Comisionado de acuerdo con lo apremiante de las necesidades, y con la conveniencia de llenar pronto su comision, que es lo principal, á cuidar de la administracion, tripulacion, y oficiales á quienes encargue el mando de los buques.

En el artículo 4º dice el general—« Se pondrá
« inmediatamente á la disposicion de don Manuel
« Aguirre en esta ciudad la suma de cien mil
« pesos, y dentro de tres meses (es decir el 18
« de Julio; y esto interesa mucho al caso) cien
« mil más, cuyas sumas se supone ser suficien-
« tes á la compra ó fábrica de dos Fragatas de

« 1ª clase, cuya suma la recibirá por conducto
« de don Miguel Riglos. »

Pero muy pronto vamos á ver que la entrega de estos cien mil pesos fué un adelanto que el General le sacó á Pueyrredon; y que de los doscientos mil pesos que debia haber entregado y suministrado Chile, no entregó sino cien mil, por la absoluta imposibilidad en que aquel gobierno se encontró de dar el resto.

En el artículo 12 del contrato el general San Martin autoriza á don Manuel Aguirre para tomar á nombre del gobierno de Chile cualquiera cantidad de dinero en los Estados Unidos á fin de completar el armamento de las dos Fragatas, si no bastare para la compra y el equipo la cantidad de 200 mil pesos *que se le entregan* (término incorrecto segun el artículo 4°.) ó el numerario suficiente hasta completar el número de 4 buques, aunque dos de ellos sean de 18 á 24. Y en el artículo 13 dice el General que como representante de Chile garante *cualquiera cantidad* que se prestare al señor Aguirre, con el 60 °/ₒ pagadero en dinero ó con *cobres* á la órden y eleccion de los prestamistas. A esta garantía agrega tambien el general la de las *Provincias Unidas*.

Debajo de la firma del general San Martin continúa un acto de garantía en toda forma y en términos explícitos del Supremo Director don Juan Martin de Pueyrredon, que termina diciendo

que—«empeña en este contrato los respetos y dignidad de la autoridad Suprema Nacional.» Y por conclusion, acepta y firma el señor Aguirre.

Conseguido todo esto, con 38 mil pesos mas, para pagamentos del ejército, y con un regular repuesto de vestuarios, partió el general San Martin para Mendoza de donde todavia tomó mulas y víveres, y mandó formar un campo de instruccion para reclutas. Detras de él dejaba en Buenos Aires algunas quejas, y si se me permitiera decirlo, salvando la gloriosa elevacion de los móviles, diria que dejaba tambien la reputacion de un petardista irresistible. (3)

A últimos de junio partió el señor Aguirre para los Estados Unidos llevando al señor don Gregorio Gomez Orcajo «en clase de segundo» segun dice el documento oficial que tenemos á la vista. Como acabamos de ver, en el contrato celebrado por el general San Martin á nombre de Chile, la obligacion de su gobierno estaba limitada á entregar 200 mil pesos. La mitad de esta suma llevaba ya el señor Aguirre, por consiguiente con entregar los cien mil restantes parece que debia haber quedado chancelado el anticipo por las dos fragatas. Pero en vez de eso, vamos á ver que además *de*

(3) Como tal, al ménos, me lo pintaba el señor Tagle Ministro de Pueyrredon al referirme lo ocurrido en esos tiempos: « le temblábamos por que nos saqueaba. »

los 100 *mil entregados al señor Aguirre en el momento de su partida, aparece el gobierno de Chile* debiendo todavia 200 mil pesos *á entregar por cuenta del contrato:* lo que prueba evidentemente que los 100 mil pesos entregados por el general San Martin, *salieron del tesoro argentino.* (4)

En 11 de diciembre de 1818, declara el gobierno de Chile que no tiene recursos para remitir á Estados Unidos los 100 mil pesos que debia haber remitido por cuenta de su contrato; y dice: « Las últimas comunicaciones del En-
« cargado en Norte-América, indican tal re-
« tardacion en los buques pedidos que acaso
« pueda frustrarse su objeto, ó al menos indu-
« cir perjuicios que no reparará la suma de
« doscientos mil pesos. *Con la mitad* de esta
« suma acaso podremos salir del apuro, si V. S.
« (el señor Guido) empeña toda su mediacion
« con su gobierno *para que compre y arme* los

(4) Segun se nos ha informado, se pensó primero que el señor Aguirre partiese sin provision de fondos, y con plenas autorizaciones para comprometer el crédito de chile, con la garantía argentina. Pero, como el señor Aguirre era deudo inmediato y muy estimado del señor Pueyrredon, este no creyó que fuera prudente comprometerlo así; y se allanó al adelanto de los 100 mil pesos, sobre la formal oferta de que serian reembolsados, ó tomados en cuenta de otros suministros que ya se veian venir sobre el gobierno argentino.

« buques que puedan adquirirse por 100 mil
« pesos. *Este gobierno no los tiene en el dia;*
« pero contando con varias dependencias muy
« cobrables puede colectar dentro de un mes
« cincuenta mil y el resto pasado un corto pla-
« zo. Se persuade este gobierno que el Supre-
« mo de las Provincias Unidas carezca de fon-
« dos disponibles, pero tambien supone que no
« le será difícil *activar un empréstito* que bajo
« intereses y ganancias que considere necesa-
« rias facilite la empresa, contando con el pago
« etc. La identidad de causá, *la distinguida*
« *proteccion* que nos ha dispensado el Gobierno
« Argentino, y los obligantes (¿será obligato-
« rios?) ofrecimientos para *continuar sus sacri-*
« *ficios*, afirman á este gobierno en la esperanza
« de que V. S. deferirá á sus votos y aplicará
« su *acreditado celo* al feliz éxito de esta pre-
« tension. » (5)

Esta solicitud visiblemente sujerida por el general San Martin, fué pasada al señor Guido de acuerdo con el general, y por el mismo influjo enviada al Gobierno de Buenos Aires ganando minutos por la posta. Repárese que nada estaba mas lejos de la idea de estos señores,

(5) No seria estraño quo fuese exacto, como alguien nos lo ha dicho que cada una de estas solicitudes ponia nervioso á Pueyrredon; y que paseándose decia: Cáspita! con el amigo don José, que nos ha metido unos ahijados.....

que el dejar sin efecto los armamentos navales, encomendados á Norte-América; y que lo que se pretendia ahora era nuevas contribuciones y nuevas garantías para armar buques en el Rio de la Plata que marcháran pronto al Pacífico, sin perjuicio de recibir y hacer pagar los que vinieran de Estados Unidos. Al recomendar la solicitud del gobierno de Chile, el señor Guido abundó en su sentido; y tanto—que no seria excesiva malicia suponer que mientras escribia estuviese allí pegado á su bufete el general San Martin, siguiendo el correr de la brillante pluma que hablaba por él. No se limitaba esta *recomendacion* á poner delante del gobierno las necesidades y la situacion de Chile, sino que tomaba una iniciativa franca y enérgica, para pedir por otros: que no podriamos decir si correspondia al carácter de plenipotenciario que investia; y declaraba, sin preámbulos, que la nota chilena era el resultado de los reclamos que él habia hecho. « Al saber, dice, la morosidad de los armamen-« tos encargados á Norte-América y la demora « en la remesa de los 100 mil pesos *estipulados*, « pasé personalmente al Gobierno á manifes-« tarle la necesidad de mayores sacrificios, á « fin de no inutilizar un golpe preparado con tan-« to anhelo, y cuyos resultados importaban la li-« bertad de este continente. » Pero el señor Guido se encontró entonces con que el gobierno de Chile no tenia un peso: bien lo sabia desde

antes; así es que todo lo que se buscaba era regularizar los antecedentes para llevar la exigencia al gobierno de Buenos Aires.

Como precisamente era el gobierno de Chile el que tenia un interés mas inmediato y mas vital en la realizacion de una y otra cosa, pudiera parecer raro que el Ministro Argentino, cuyo gobierno quedaba muy á tras-mano de los peligros, fuese quien reclamara la urgencia. Pero la cosa se explica si nos figuramos instando, en el medio, la persona del general San Martin, anhelante y nervioso por el deseo de tener fuerzas marítimas en el Pacífico. Esto explica la exigencia, y tambien la seguridad de que el gobierno argentino acabaria por prestarse á nuevos sacrificios. Continúa el señor Guido, y dice:
« La favorable disposicion de V. E. y su marca-
« do interés por la felicidad de Chile, y la efica-
« cia con que habia de prestarse á coadyuvar
« con su *autoridad* (suponemos que habria que-
« rido decir con su *crédito*) al armamento de los
« buques, siempre que se le proporcionasen
« auxilios pecuniarios de que carecia nuestra
« tesoreria nacional (?) fué una de las garantias
« que presenté para inspirar una resolucion
« decisiva; y S. E. penetrado de mis reflexiones
« se ha servido pasarme la nota que tengo el
« honor de acompañar. En el estrecho apuro
« en que se halla este Erario puede reputarse
« la remision de los cien mil pesos que se ofre-

« cen á plazos moderados como un esfuerzo
« extraordinario; y contando con la religiosidad
« de la remesa que agitaré incesantemente, me
« prometo que V. E. *se servirá tomar á em-*
« *préstito,* por lo pronto, la cantidad de 50 mil
« pesos ofertados, dentro de un mes, ó los cien
« mil, con el interés que fuere asequible; pues
« está pronto este gobierno á satisfacerlo, con
« tal que no se pierdan momentos en promover
« el armamento de *dos corbetas ó mas en ese*
« *puerto* (de Buenos Aires.) *Si V. E. está re-*
« *suelto á batir con seguridad los buques enemi-*
« *gos en el mar* Pacífico y emprenderla sobre
« Lima, creo necesario y urgente que *haciendo*
« *V. E. algun sacrificio, se apronten dos cor-*
« *betas ó bergantines de cuenta de ese Estado,*
« *cuyo importe será satisfecho superabundante-*
« *mente con el resultado de la campaña.* La to-
« ma de Lima importa igualmente á Chile que á
« las Provincias Unidas. La guerra en este país
« amenaza tomar un aspecto imponente. El
« consumo del ejército agota todos los recursos.
« Las fortunas abatidas por las depredaciones,
« escasamente pueden contribuir, y si la guerra
« hubiese de prolongarse en este país *por falta*
« *de auxilios marítimos* seria necesario ocurrir
« á medidas que engendrarian nuevos ódios,
« etc., etc. La importancia de no perder un ins-
« tante en las grandes empresas, me impele á
« *recomendar al gobernador de Mendoza* pase

« este pliego de posta en posta á manos de V. E.
« y *si se resolviese el armamento de la escua-*
« *drilla* espero se sirva avisarme por extraor-
« dinario. »

Malísimo efecto causaron en el ánimo del señor Pueyrredon la nueva peticion del gobierno de Chile y la notá con que el señor Guido la recomendaba; y no por que ignorase que era el general San Martin quien andaba por detrás moviendo el asunto, sino por que miraba ya como excesivo el peso que se queria imponerle, despues de los costos del ejército de los Andes, y de los armamentos navales que estaban contratados y garantidos. El gobierno argentino acababa de pagar y completar el armamento de la Corbeta «*Chacabuco*» de 32, que hacía apenas 20 dias que habia marchado al Pacífico. En ese momento acababa de comprar en 86 mil pesos un hermoso bergantin de guerra—el «*Eolo*» de 24,—perteneciente á la *Compañía Inglesa de las Indias Orientales*, que se estaba reparando y arreglando con el nombre de «*Maipu*», y que siguió tambien con el mismo destino en muy poco tiempo. Tenia encima el gobierno argentino las responsabilidades, amenazadoras por garantías, del armamento encomendado á los Estados Unidos á mas del desembolso ya hecho; y sufria ademas como era natural, dada la situacion azarosa en que lo tenia la guerra del litoral, la del norte, y la oc-

cidente, grandes penurias para hacerse de los fondos que necesitaba. Habia hecho pues en favor de Chile esfuerzos que le costaban amarguras y apuros de todo género; y no podia resignarse buenamente á un sacrificio total de los escasísimos medios que pudieran quedarle aún, para sus propias necesidades, que, por cierto, no eran menos apremiantes.

Si hemos de estar á lo que sospechamos, el señor Pueyrredon no contestó á la nota del señor Guido, ó mas bien dicho á la del general San Martin, tanto y tan grande fué el enfado que le causó. Se le repitió la nota por duplicado. El mismo silencio. Reclama contestacion el señor Guido, por nota del 22 de Febrero (y se ve que el silencio habia sido largo) invocando *la inquietud* del general San Martin (y podriamos decir el *profundo enfado* sin aventurar mucho); y solo entonces con fecha 16 de Marzo le contesta así el señor Pueyrredon —« Me hace V. presente en su última del 22 del ppdo. *la inquietud* en que estaba por no haber recibido contestacion —*al pliego que me dirigió San Martin sobre armamento de buques*—SE RECIBIÓ Y SE CONTESTÓ ». Aquí aparece que el general San Martin habia tambien escrito privadamente sobre el particular y que se le *habia contestado*. ¿En qué términos? No lo sabemos; pero de la nota del Supremo Director se puede inferir que la correspondencia no debió ser muy

cordial, muy concordante al menos; pues continúa diciendo—« por mas que Vds. apuren, nada « se puede adelantar si no vienen los 100 mil pe- « sos ofrecidos y que ya debian estar en cami- « no. Vengan pues si es posible por el correo y « en oro. ¿Cómo quiere V. que yo emprenda « aquí cosa alguna sin tener esos fondos en se- « guridad? Nó, mi amigo, las obras se conclu- « yen pronto cuando se tienen los materiales á « mano. De Norte-América me dicen que los « cascos de las dos fragatas quedaban casi pron- « tos, pero que la retardacion de los 100 mil de- « bia demorar la conclusion de la obra ó en el « caso mas feliz ocasionar costos de intereses, « si encontraban quien adelantase el dinero ».

Aunque el señor Pueyrredon dice—« se recibió y se contestó », creemos que esto último no se hizo sino con mucha demora y con reticencias de estilo enfático que muestran toda la displicencia del asunto. Por lo menos, el Ministro señor Irigoyen contestó al gobierno de Chile en estos términos—« Al recibirse aquella « nota se creyó muy prudente tomarse el tiempo « necesario para proceder con los conocimien- « tos, exactitud y acierto que se requiere, y á « que debia sujetar su suprema deliberacion, « naciendo de aquí el retardo de la presente res- « puesta ». En todo esto se están viendo á las claras, las gambetas del que quiere eludir un

gran petardo con frases bien compuestas y de formas globulosas y vacias.

«¿Con que hay tantas dificultades para remitir los 100 mil pesos? (le escribia Pueyrredon) Pues amigo mio, yo no podré hacer lo que habia ofrecido, y por esta falta se compromete el éxito de nuestras fuerzas de mar. Haga V. por Dios esfuerzos, por que aquí no hay como suplirlos!» Pero el general San Martin creia que habia, como lo vamos á ver, y bajo su influjo Pueyrredon comienza á humanizarse:—«Este gobierno convencido de las ventajas que promete á la causa general de América la pronta ejecucion de esta medida hará, en obsequio de ese territorio cuantos esfuerzos estén á su alcance para aumentar con algunos buques de guerra de este Estado las fuerzas navales de ese país para obrar contra las del enemigo». Y en efecto en 9 de Marzo (1818) se vé ya que el señor Pueyrredon iba cejando: «Ese negocio (agrega) estaria muy adelantado si ademas de los injentes gastos que gravitan sobre este erario, no fuera indispensable proveer á los que demanda urgentemente la campaña sobre Entrerrios. No me ha sido posible allanar el empréstito, aunque he hecho varias tentativas con este fin; y no se pueden ocultar á la penetracion de V. E. los motivos que lo dificultan. *He comprado*, y *está* ya casi enteramente listo de cuenta de este gobierno un famoso bergantin de 18, llamado «*Eolo*» de construc-

cion de guerra, sin perjuicio de una continua meditacion sobre los medios de adquirir otros. (6)

A tan justas objeciones, hubo de ejecutarse tambien el gobierno de Chile, y entregó al señor Guido 100 mil pesos por cuenta del negociado de Norte-América. Pero como esta remesa estaba destinada á levantar la garantía dada por el señor Aguirre á nombre del gobierno argentino por la demora en la entrega del 2º plazo que Chile no habia llenado, quedaba pendiente é impago el adelanto hecho al general San Martin en la fecha del contrato; y de ahí, que el gobierno argentino siguiera clamando por esos cien mil pesos que el de Chile debía haber abonado para el lleno de su obligacion á integrar 200 mil pesos segun el contrato celebrado en Abril con el señor Aguirre. (7)

Cuando el señor Guido, ó por mejor decir— el general San Martin, recibió esta negativa del gobierno argentino, no estaban las cosas como para pensar en los armamentos de Norte-américa, ó en los que pudieran venir de Buenos Aires. El Comandante de la Corbeta « *Chacabuco* » un norte-americano indigno de la confianza que se habia hecho de él, se habia alzado, y andaba

(6) A esta fecha la corbeta «*Chacabuco*» cruzaba ya en el Pacífico—*Papeles y documentos del señor Guido:* pag. 64 á 68.

(7) En un Apéndice, estudiaremos la negociacion del señor M. Aguirre y sus cuentas con el gobierno de Chile.

haciendo corzo de su cuenta por el Pacífico y despues segun noticias se fué por la Asia donde vendió el buque, y quedó perdido su rastro para siempre.

Acababa de tener lugar el desbande de Cancha-Rayada. Era menester reorganizar el ejército, y dar una batalla. En caso de un contraste, se necesitaba un gran buque de guerra pronto y listo que pudiera dar convoy á las fuerzas patriotas para operar en *Coquimbo*, y esperar allí refuerzos de las provincias argentinas. En caso de una victoria era de toda necesidad poder perseguir por el mar los restos del ejército realista, y bloquear á Talcahuano por mar y tierra. Y cosa singular! quiso la feliz estrella de la América del Sur que ese buque desideratum que hacia tanta falta, que ese fantástico deseo hubiese entrado milagrosamente y anclado en Valparaiso. No habia que vacilar! era preciso comprarlo. ¿Cómo?.... Entre todos.

Era este gran buque el navio ó grande fragata «*Whithman*» de la «Compañia de las Indias Orientales.» (8) que en su carácter de buque de guerra inglés, habia entrado libremente á Valparaiso. Venia á cargo de un señor Andreaws,

(8) Aunque todo el mundo lo sepa, no está de mas recordar que esa opulenta Compañia tenia *Ejércitos* y *Escuadras* própias, que gozaban de todos los fueros y preeminencias de los buques y tropas del gobierno inglés.

y predispuesto á venderse al gobierno independiente, por diligencias é insinuaciones que el señor Alvarez Condarco habia practicado con éxito en Inglaterra. Despues de discutir las condiciones de la compra, se arribó al precio de 150 mil fuertes. (9)

No era el precio la grande dificultad, sino reunir la suma para pagarlo. Delante de tanta necesidad y de tan bella ocasion para armar un gran buque de línea como era el « *Whithman* » puso San Martin su irresistible voluntad, y se fué á Valparaiso con el señor Guido. Contaba con nada mas que con 25 mil pesos que le suscribió el

(9) Asi lo dice el señor don Manuel H. Aguirre en la solicitud que hizo al gobierno de Chile en 24 de Agosto de 1822, y que corre en el expediente relativo al pago de sus comisiones, y adelantos en los Estados Unidos; de lo que nunca consiguió ni pago *ni justicia por arbitramento* como lo habia solicitado el interesado en la desesperacion de que se le abonase lo suyo con arreglo á los contratos. Este número 150 mil pesos que nada importa en el asunto del señor Aguirre, y que es una simple referencia, aparece algo confuso; pero de todos modos el número *1* es incontrovertible, el siguiente no es ni ha sido *cero* como es el último, resultando 150 ó algo así. En las *Reminiscencias* que el señor Guido publicó en los tom. 3 y 4 de la *Revista de Buenos Aires*, dice que el *Whithman* costó 200 mil pesos, pero agrega—« si no me equivoco. » Y en efecto, se equivoca, porque confunde esta compra con la del navio « Cumberland »—que recibió el nombre de San Martin, y que era buque de mucho mas valor que la Lautaro, antes *Whithman*.

gobierno de Chile; con una garantía á 2 meses por otros 25 mil, pero, así que llegó al puerto llamó al señor don Estanislao Linch ciudadano argentino que gozaba en Valparaiso de una situacion muy respetable, y por intermedio suyo reunió á los comerciantes americanos, estrangeros y aún españoles que podian disponer de mas dinero (no fueron estos últimos los ménos condescendientes con la fuerza como era natural) y el general invocando los grandes interéses que el comercio tenia en que se levantase el bloqueo del puerto, ofreció de una manera explícita la garantía oficial del gobierno de Buenos Aires, y logró que el comercio contribuyese con 80 mil pesos á condicion de que se le entregarian las presas que hiciese el buque hasta chancelar el adelanto, con 25 °/o de utilidad; sin perjuicio de la garantía directa del gobierno de Chile por ese adelanto con el 2 °/o mensual, y de la garantia subsidiaria del gobierno argentino por el mismo monto. En cuanto á los 50 mil pesos restantes, el señor Guido como Ministro Plenipotenciario del Gobierno Argentino dió la mas entera y formal garantia de entregarlos en Valparaiso ó en Buenos Aires, á los cuatro y seis meses de la compra; con igual compromiso ademas por todo el precio en caso que Chile cayese de nuevo en poder del Rey de España. (10)

(10) *Con estos datos parece indudable* que el *valor del buque* fué 150 mil fuertes como lo dice el señor *Aguirre;* y

A lo que parece no se atrevió el señor Guido á tomar solo sobre sus hombros la responsabilidad que le cabia en comprometer á su gobierno con tan enormes cargas; y apareció el general San Martin tomando la iniciativa é imponiéndole casi (de acuerdo comun, por su puesto) la obligacion de contribuir á la compra del buque inglés, y de facilitar todo lo necesario para concluir con brevedad el trato. (11)

que *si algo más se entregó fué á título* de *prémio* convenido *si se triunfaba.*

(11) *Cuartel general en la Aguada—Marzo 30 de 1818* Al señor Diputado de las Provincias Unidas Tomás Guido:

« La desgraciada jornada del 19 ha aumentado los peligros del país, y para salvarlo son indispensables grandes sacrificios: el Gobierno Supremo de Chile está dispuesto á todo por la libertad de la América, y debo presumir iguales sentimientos en *nuestro Gobierno.* Considerando que una fuerza marítima puede asegurar la independencia de Chile, me avisa el Supremo Gobierno hallarse dispuesto á agotar sus fondos para la compra de la fragata *Whithman* fuerte de 50 cañones; mas debiendo pagar fuera de la suma que entrega al contado 50 mil pesos en el término de 4 meses, necesita para recabar el consentimiento del dueño, la garantía de V. S. en nombre de *nuestro gobierno*, asegurando serán pagados en Buenos Aires en caso que este país se pierda en este período. V. S. conoce la importancia de está empresa y la seguridad que ofrece el ejército combinado, y *no dudo que preste luego* la garantia pedida en el concepto de que el buen resultado influye en la suerte de ambos paises. Dios guarde á V. S. etc. San Martin, » Debe notarse que no se alude aquí á la parte que tomaron los comerciantes en Valparaiso garantida tambien por San Martin, y que al fin se pagó con los 500 mil pesos que obtuvo despues del gobierno argentino, como lo vamos á ver.

Los momentos en que el gobierno de Buenos Aires tuvo conocimiento de la nueva y pesada carga que el general San Martin le imponia con esta y otras negociaciones, eran tales que no le dejaban albedrio ni medio justificado siquiera de rehusarlas. El tesoro de Chile, como hemos visto estaba literalmente vacio : no tenia ni cincuenta mil pesos como acababa de declararlo su gobierno. Los 25 mil entregados para comprar el « *Whithman* » se habian reunido por medio de una apremiante y violenta capitacion. (12) Despues del desbande de *Cancha Rayada* la pérdida de Chile parecia en Buenos Aires bastante probable. Si este funesto temor se realizaba, el gobierno nacional se derrumbaba: San Martin quedaba eliminado: las fronteras de Jujuy amenazadas de nuevo: el país desarmado, revuelto y anarquizado de un extremo al otro; y la expedicion de La Bisbal pronta á partir de Cadiz sobre Buenos Aires. ¿Cómo pensar pues en disputar cincuenta ni cien mil pesos, mas sacrificios y mas erogaciones, aunque costasen sangre, delante de semejante alternativa?

Perdónenos la ilustre memoria del señor Guido, si prescindimos de las operaciones y maniobras navales que dice haber dirigido con órdenes directas dadas al bravo y expertísimo ca-

(12) Véase *Pap. y doc. del señor Guido*, pag. 59 y principalmente 63.

pitan O'Brien que tomó el mando del buque con el nombre ya de *Lautaro*. Lo que el señor Guido obtuvo é hizo vale un millon de veces mas que esas maniobras marítimas hechas en tierra y desde tierra. Lo que el señor Guido hizo no lo hace cualquiera, sino aquel que tuviera, como él, el genio de la diplomacia, y las irradiaciones del talento que persuade y vence las dificultades mas árduas de una escabrosa negociacion. Esa fué su especialidad, ese su genio, ese el poder con que hizo grandes servicios á su país, eso en fin lo que le dió y conservó la amistad y la admiracion del general San Martin. ¿Para qué quiere mas?.... Todo lo que no sea esto son flecos de que puede despojarse su memoria sin perder un ápice de su valor.

Nadie sino él, en efecto, podia haber conseguido que un buque no pagado aún saliese al mar á batirse. Es verdad que en el intermedio del 15 de Marzo en que se negoció la compra, y del 15 de Abril en que se consiguió la entrega, habia tenido lugar la victoria de Maipu, y que no solo quedaba garantido el precio; sino que el general San Martin aseguraba á todos que en breves dias saldria para Buenos Aires y traeria giros ó sumas por 500 mil pesos.... Pero no nos adelantemos.

El señor Guido entregó el «*Lautaro*» al capitan O'Brien, un marino inglés de honor y de bravura que tomó de su cuenta la empresa de

apresar á la «*Esmeralda*», y que era hombre de cumplir su palabra ó de morir en la demanda. Salió de Valparaiso el 27 de Abril, y cuando estuvo mar afuera cambió las pinturas de su casco, reformó algo en el aparejo, izó bandera inglesa, y se puso en busca de los buques españoles. Avistáronse al fin, navegando unos y ótros, sin desconfianza por parte de los enemigos, en demanda del puerto. Al dia siguiente volvieron á verse algo mas cerca; y manejábase el capitan O'Brien con tanta destreza que llegó un momento en que el de la *Esmeralda*, capitan Coig, teniéndolo por ébrio ó por un insigne ignorante, tomó la bocina y le gritó con iracundo enfado—«Ea! cuidado! que ese barco se nos viene encima!» y en dos ó tres gambetas disimuladas, afectando siempre la mayor torpeza, metió el *Lautaro* su bauprés entre las jarcías de popa. Levantó entonces la bandera chilena, y se lanza O'Brien con cuarenta y tantos hombres á la cubierta: arrian la bandera española, empujan hácia proa á la tripulacion que no sabia ni se daba cuenta de lo que pasaba; pero entre los tiros y el alboroto un oficial español logra acertarle un balazo á O'Brien y lo mata. El 2º. jefe de la *Lautaro* un tál Turner se mantiene inmóvil, y retira el *Lautaro* cuando ve asaltada la *Esmeralda* por su capitan; perdiéndose así, por su incompetencia ó por su cobardia el resultado de tan hermosa hazaña. Sin embargo, la *Esmeralda* y el

Pezuela huyeron hasta Talcahuano; y logróse al menos que el puerto de Valparaiso quedase libre del bloqueo.

Al regresar á este puerto, la *Lautaro* apresó al bergantin *San Miguel* con un cargamento de bastante valor, y en él algunos personages realistas que iban de Chiloe al Callao. El cargamento del «San Miguel» correspondia de derecho á los comerciantes de Valparaiso por el adelanto que habian hecho á la compra de la fragata. Pero el gobernador del puerto Coronel Calderon, tomó todos los papeles de la presa y los remitió al gobierno de Santiago. Con este motivo s armó tan quejosa grita entre los comerciantes, que hubo de temerse que el agente del buque señor Andrews, echase mano de él con el auxilio del Almirante inglés; pero el señor Linch agitadísimo con estas amenazas, le escribió al señor Guido con fecha 30 de Abril:—«Póngase V. inmediatamente en camino para ésta. Todo se pierde si V. no viene.... A su retirada el *Lautaro* tomó al bergantin *San Miguel*. Calderon ha enviado los papeles á esa (Santiago) que no deberia haber enviado por que algunos son de dinero, que el gobierno tomará y que debian entrar en el valor de la presa. Si V. pudiera cogerlos y traerlos no estaria de mas *antes que caigan en el poder de los Ministros del Tesoro*. El dicho San Miguel viene entrando. Por Dios, no deje de venirse por que esto está en conmocion....

traiga poderes para hacer y deshacer; y haga V. que se *me mande el nombramiento de agente para principiar con el San Miguel.* V. no puede figurarse lo desordenado que está esto». Al pié de ésta le escribia el coronel Elizalde.—«La presencia de V. es de primera necesidad, y por eso le hago el expreso que lleva esa carta: venga plenamente autorizado por que los momentos son preciosos. El bien de la causa lo exige».

El señor Guido consiguió felizmente aquietar á todos. Entre cargamento y casco, el «San Miguel» produjo como 46 mil pesos, que se entregaron al señor Andrews. Consiguió tambien que los comerciantes tomaran escritura de la *Lautaro*, abonando el resto del precio, mediante la oferta que sobre su autoridad y sobre su honor, les hizo el general San Martin de traer fondos de Buenos Aires con que levantar la garantía total de los cien mil pesos que se estaban debiendo aún por el buque.

Motivo de grandes disgustos y contrariedades, fué este y otros negocios, entre el general San Martin y el gobierno argentino como lo vamos á ver mas adelante en todos sus detalles; por ahora nos limitaremos solo á lo relativo al armamento naval. En 23 de Junio de 1818 le escribia el general al señor Guido desde Buenos Aires—«Dentro de ocho dias saldrá el famoso « bergantin «*Maipu*» armado en guerra condu-« ciendo 150 marineros excelentes para tripular

« el «*Cumberland*».... El empréstito de los 500
« mil pesos *está realizado*: hágase por ese es-
« tado otro esfuerzo, y la cosa es hecha: so-
« bre todo auméntese la fuerza lo menos hasta
« nueve mil hombres, pues de lo contrario *nada*
« *podré hacer*. Prevengo que en los 500 mil
« pesos va inclusa la *cantidad del valor de 4 mil*
« *quinientos vestuarios para el ejército* de los
« Andes». Pero, como veremos despues, cuando el general recibió estos vestuarios se negó á tomarlos á cuenta de los 500 mil pesos efectivos que debia recibir, y que subieron á mas de 700 mil, por los giros del comercio que llevaba el correo, sustituyéndoles sus propios giros contra el gobierno argentino. (13)

El general San Martin partió pues de Buenos Aires despues de haber impuesto su gloria y sus prestigios; pero no fué sin grandes disgustos y serios altercados que consiguió que se levantase (*decretase*) el empréstito forzoso de los 500 mil pesos con que tenia que cumplir los compromisos que habia tomado en Chile «sobre su honor.» Para conseguirlo habia ofrecido poner en Cuyo dos mil soldados del *Ejército de los Andes* que sirvieran de plantel al nuevo ejército de 5,000 que sobre ellos debia formar allí el general don Marcos Balcarce para la seguridad del órden interior y sometimiento de los montoneros del litoral.

(13) Véase *Pap. del señor Guido*, pág. 148.

De ahí venia el aumento hasta nueve mil que el general le exigía al gobierno de Chile, el que no le dió jamás, como él mismo lo dijo—« ni un real ni un recluta.» (14)

El plantel del nuevo ejército de Cuyo, debia formarse sobre dos escuadrones de *Granaderos á caballo* (600 ginetes) y sobre el Número 1º denominado *Cazadores de los Andes* (1,200 plazas) y 180 artilleros del Comandante don Pedro R. de la Plaza.

En los primeros dias de junio (del 2 al 6) comenzó Pueyrredon la árdua tarea de negociar el empréstito de 500 mil fuertes que le imponia el general San Martin, y que como vamos á ver, el Supremo Director soportaba á mas no poder, y de muy poca gana. Chile no podia hacer frente á la compra de los dos grandes buques.—El *Lautaro* y el *San Martin* (Cumberland) que estaban negociados.—«Se queja « V. (le escribia Pueyrredon á Guido) de la esca- « sez de fondos de esa tesoreria para hacerme « ver que es *imposible mandarme ni* 25 *mil* pe- « sos de los 100 mil ofrecidos para el armamen- « to naval. Estoy persuadido de ello; y hé to- « mado *con anticipacion medidas para que* « *nada falte á las fragatas de Norte-América* « *luego que lleguen, y para acompañarles un* « *fuerte bergantin* que ayudará á la empresa;

(14) *Pap. del señor Guido*, pág. 167 y 175.

« pero no puedo conformarme con tener que
« vestir ese ejército *á costa de este Estado*, se-
« gun lo pide Balcarce en su última carta.
« Nuestro fondo público está apuradísimo; y ape-
« nas basta con mezquinas economías á nues-
« tras necesidades interiores. Acabo de levan-
« tar (*decretar*) un empréstito de 500 mil pesos
« en este comercio que dificulto se llene, y
« puede V. graduar mis aflicciones, cuando he
« recurrido á este arbitrio violento y ruinoso. No
« hay remedio, amigo: ejecute V. á ese gobier-
« no : que haga sacrificios al tamaño de la nece-
« sidad: que ponga á medio sueldo á sus emplea-
« dos civiles y eclesiásticos, lo esencial es que el
« ejército esté asistido. »

Con las noticias que en estos mismos dias adelantó el general San Martin de que «el empréstito de los 500 mil pesos estaba realizado» (15) se cerró en Chile el trato pendiente por la compra en 200 mil pesos del navio *Cumberland*, entregando el Gobierno de Chile á título de arras 50 mil pesos, y procediéndose inmediatamente á armarlo con toda diligencia. Era este buque un precioso navio de la *Compañia de las Indias Orientales*, venido como el «Whithman» y el «Eolo» por las diligencias del señor Alvarez Condarco en Lóndres. Con el mismo empeño, y contando yá con la suma del empréstito como

(15) Véase *Pap. y Docum. del señor Guido*, pág. 119.

aparece de su carta, se autorizó al señor Guido para que mediante un breve compromiso de un mes, levantase la hipoteca ó prenda que los comerciantes de Valparaiso tenian sobre la fragata «Lautaro» á fin de que en el acto se pasase la escritura de propiedad *al gobierno de Chile;* en lo que el general San Martin disponia irregularmente, pero siempre con la mira de que estando esos buques bajo la autoridad inmediata de Chile, quedasen á su entera disposicion, como ya tenia al ejército, para operar libremente y sin trabas de parte del gobierno argentino.

Pocos dias despues de estos arreglos partió el general San Martin de Buenos Aires; pero no con ánimo de trasladarse á Chile, lo que por otra parte era imposible en el mes de Julio, sino para arreglar en Mendoza nuevos reclutages, para la remonta de algunos de los viejos cuerpos del *Ejército de los Andes.* Al parecer se proponia cumplir con esto la oferta que habia hecho al Gobierno Argentino de formar allí el plantel de un nuevo ejército; pero se vió despues que su verdadero objeto habia sido aumentar el que tenia en Chile para trasportarlo íntegro al Perú.

Antes hemos dicho que para llegar á estos arreglos, tuvo el general San Martin que vencer fuertes resistencias de parte del gobierno de Buenos Aires, y que pasar por grandes disgustos con los hombres que lo componian, y sobre todo con el doctor Tagle. Se vé en algunas de

sus cartas cierta satisfaccion de haber sacado las ventajas que buscaba; pero en otras, bastante desconfianza de que le cumplan lo ofrecido, quizá por que no estaba él tampoco muy dispuesto á la desmembracion parcial del ejército que habia ofrecido. En alguna de las cartas del primer aspecto, encontramos la datada en Mendoza á 31 de Julio, en que dice: «Paso á V. en cópia el estado de la artilleria que á esta fecha habrá salido de Buenos Aires en el hermoso bergantin de guerra *Maipo*, así como el de 150 marineros excelentes *para la tripulacion de los dos buques*, y *todos los paños y demás aprestos para 4500 hombres del* EJÉRCITO DE LOS ANDES.» Pero en otras del otro aspecto, dice que *un amigo le avisa de Buenos Aires que no le cumplirán* lo convenido respecto á los 500 mil pesos. Y la ver dad era que el gobierno andaba remiso y casi arrepentido de esta oferta, dudando tambien de que fuera servido con las tropas que debian venir á ponerse á sus órdenes.

Por las dudas, el general tomó una resolucion incalificable; tomó el dinero de los particulares que llevaba el Correo á Buenos Aires, lo remitió á Chile para saldar los compromisos de honor que habia contraido por los buques, y sostituyó el valor de 200 á 250 mil pesos por giros suyos contra el gobierno de Buenos Aires. El público tuvo la primera noticia de este hecho por dos cartas: una del reo Cárlos Robert dirijida á don

José Miguel Carrera, que fué indispensable publicar en el proceso respectivo; y otra de doña Javiera Carrera al mismo. Decia Robert: —«San Martin ha detenido y despojado tres « correos que traian para esta caudales del « comercio», y decia doña Javiera: «traia el « penúltimo correo 30 ó 40 mil pesos de varios « individuos. Se echó en Mendoza sobre ellos, y « libró contra este gobierno á cuenta de los 500 « mil, etc.» Debajo de esta carta corre una anotacion oficial que dice: «Mentira y contradiccion mujeril. El dinero que se toma del comercio se cubre religiosamente, y si se estaba cubriendo el empréstito de los 500 mil pesos era un favor para el comercio entregar aquí la cantidad, *si acaso fué tomada.*» Pero no hay duda de que lo fué, y de que no fué tampoco la única vez que el general echó mano de ese arbitrio para llenar los compromisos de honor que habia tomado con el fin de dotar á Chile de una grande y fuerte escuadra que le asegurase el dominio del Pacífico para quedar seguro y expedicionar sobre las costas del Perú. Y decimos que no fué esta la primera vez; por que á pesar de que el gobierno argentino negó el hecho en público; por la via privada y con el rubro de *Reservado,* se dirigió al mismo general diciéndole: «He re« suelto prevenir á V. E. en precaucion de todo « comprometimiento que perjudique el crédito « de este gobierno y nos exponga á tocar otros

« extremos aun de mayor consideracion, que
« absolutamente omita el giro de letras contra
« esta Tesoreria, tanto mas expuesto hoy á una
« pérdida dolorosa é irreparable, que á pesar
« de las medidas adoptadas no ha podido el go-
« bierno contrariar el monopolio que los comer-
« ciantes ingleses han establecido para aprove-
« charse de la ansiedad de los prestamistas (16)
« por cubrir el desembolso de sus principales,
« y reducir á dinero sus documentos con la pér-
« dida de un 10 °/ₒ que hoy han elevado aquellos
« hasta el 20, causando con este motivo la es-
« tagnacion del numerario.» (17) Por lo que hace
al empréstito de los 500 mil pesos decia el señor
Director en el mismo documento que por coope-
perar á la grandeza de los planes del general,
habia calculado que—«no obstante la languidez
actual» podria haber impuesto una contribucion
con buenas condiciones para los prestamistas—
«Pero me es sensible anunciar á V. E. que han
« resultado ineficaces las medidas tomadas, y
« *aun los amagos de ejecucion*, todo por la postra-
« cion en que se halla este pueblo y *la nulidad de*
« *unos contribuyentes sobre quienes tantas veces*

(16) Los contribuyentes al empréstito por fuerza.

(17) Lo que demuestra que el lleno de ese empréstito forzoso hecho para Chile les costó á los contribuyentes de Buenos Aires 500 mil pesos *mas* 20 por ciento, es decir—la suma verdadera de 600 mil, y al gobierno por gastos y remesas y escoltas como 650 mil.

« *ha gravitado el peso de cuantiosas exacciones*
« y *préstamos forzosos*, ceñidos hoy á los úl-
« timos arbitrios de un giro totalmente ani-
« quilado........ de suerte que movido este
« Gobierno por los clamores de las mas justas
« y atendibles representaciones, le ha sido for-
« zoso moderar la cuota; y de los 500 mil
« pesos, á penas se hará exequible una *ter-*
« *cera parte*, y *esa con la lentitud* á que dá
« mérito la escasez de numerario. Entre tanto,
« habiendo acrecido las atenciones de este Go-
« bierno de un modo extraordinario, sin que
« pueda dejar de acudir á ellas por su gravedad
« y en la angustiosa falta de dinero en que se
« halla el Erario de esta Capital por falta de in-
« gresos, no hé podido aventurar obgetos de
« muy séria y perjudicial trascendencia, ni dis-
« pensarme de insumir en ellos las varias canti-
« dades que habia colectado *con preferente apli-*
« *cacion*, á las urgencias del Ejército del mando
« de V. E. (18) Estas, y las anteriores causas
« deben á toda luz persuadir á V. E. del conflic-
« to á que me reducen las actuales circunstan-
« cias del pais, é igualmente que si el resultado
« no ha correspondido en la prcática hay un
« fundado motivo PARA SUSPENDER TODO CAL-

(18) Hay aquí una frase evidentemente incorrecta, pues se vé por lo que antecede y por lo que sigue que ha querido decir: «con preferente aplicacion *á la de las* urgencias.»

« CULO QUE SE APOYE EN LA EXISTENCIA DE LOS
« EXPRESADOS FONDOS. »

Otra razón habia tenido tambien el Supremo Director para suspender la reparticion del empréstito y era una razon grave. La division de tropas que se habia convenido que vendria á Cuyo á disposicion del gobierno nacional, *habia sido mandada por el general O'Higgins á hacer la campaña del Sur de Chile contra los realistas.* ¿Quién habia facultado al señor O'Higgins para disponer de nuestras tropas é inutilizar el acuerdo y la promesa del general San Martin? Hé aquí un misterio!

Supóse esto en Buenos Aires, y dió motivo á que se viese que el ministro Tagle no habia andado fuera de camino, cuando insistia en que no se ejecutase el empréstito sino despues de recibir las fuerzas que el general debia entregar. Y pasados algunos dias se recibió una nota del señor Guido— « Creyendo el gobierno Supremo « *de este Estado* que hay probabilidad de tomar « á Talcahuano, y la division naval española « que lo defiende, atacándolo por mar y tierra, *há « resuelto destinar una parte del Ejército y « sus fuerzas marítimas, para atacar* á Talca- « huano etc. etc. » Nuestras tropas marcharon á los confines del Sur de Chile, pero ni salió la fuerza marítima de Chile, ni Talcahuano fue atacado. (19)

(19) Papeles de Guido, pág. 143-44.

Bien informado del estado aflijente del pais, y de lo que pasaba entre Pueyrredon y San Martin, el general Belgrano le escribia al señor Guido: «Si los movimientos de ese Ejército y Marina penden de los 500 mil pesos, ciertamente no se harán; por que yo no veo camino para que se consiga esa cantidad. ¿Por qué no se echa mano de cuanta plata labrada haya en ese país para juntar los 800 ó 900 mil?»

Era pues cierto que el general San Martin habia tomado los dineros del comercio que llevaba el correo: habia girado sin autorizacion ni derecho sobre la tesoreria argentina para pagar en todo ó en parte los buques qne aparecian como chilenos; y el Supremo Director, retiraba la promesa del empréstito de 500 mil pesos con evidente razon y clara justicia: y no solo por la notoria extenuacion de la riqueza pública, sinó porque despues de la victoria de Maipu obtenida toda ella por fuerzas y esfuerzos argentinos, Chile estaba ya seguro de no caer en manos de los realistas; podia y debia defenderse él mismo; y la expedicion al Perú, el dominio del Pacífico, no era ni debia ya ser una empresa que pesara exclusivamente y de un modo tremendo sobre la sociabilidad, los recursos y los sacrificios abrumadores de las Provincias Argentinas; que estaban expuestas todavia por el norte á la invasion de las tropas de Laserna y de Olañeta, como vamos á verlo; y mas expuestas aún á caer

bajo la barbarie armada del litoral sin tener á quien volver los ojos para salvar su organismo y su propio gobierno.

Pero el general San Martin no tenia ojos ni corazon para apreciar estas vitales necesidades de la Patria en que habia nacido y que tanto le habia dado. Todo, hasta la última gota de la sustancia vital era menester que Buenos Aires le diera para llevar las armas libertadoras hasta los últimos rincones en que pretendiese asilarse ó hacer pié el régimen colonial de España. Se ha dicho que la gloria es cara, que son mas caros los libertadores, y mas caros todavia los héroes; y si tanto cuestan los buenos, los que han sido grandes con honradez acrisolada y con virtudes inmarcesibles, como San Martin, ¿qué no costarán los malos, los vulgares y los corrompidos?.... Pluguiera al cielo que los chilenos hubieran vencido en *Rancágua!* de cuantos males y de cuanta ruina nos habriamos librado nosotros, quedándonos en nuestra casa, entre nosotros y para nosotros.

Fué tal el enojo del general San Martin cuando recibió la nota del señor Pueyrredon que hemos trascrito, que tocó casi en los límites de la ira.—« Incluyo á V. cópia del oficio de nuestro « Pueyrredon que recibí ahora tres dias (le escri- « bia al señor Guido desde Mendoza) juzgue V. « de la impresion que habrá causado en mi cora- « zon su contenido: él, como jefe del Estado, y

« como amigo, (20) y á presencia de sus secre-
« tarios sancionó el auxilio de los 500 mil para
« el ejército : en esta confianza yo marchaba á
« hacer el último sacrificio *volviendo á encar-*
« *garme de un mando que me es odioso ;* pero
« habiendo recibido avisos de un amigo de Bue-
« nos Aires en que se me aseguraba este resul-
« tado, suspendí mi marcha á esa. (21) Ayer
« he hecho al Director la renuncia del mando
« del Ejército, del que no me volveré á encargar
« jamás · YO NO QUIERO SER EL JUGUETE DE NA-
« DIE ; y sobre todo quiero *cubrir mi honor.*» El
honor del general no estaba comprometido en nada, absolutamente en nada mas *que por las garantías que habia dado en Valparaiso para la compra de buques.* No se comprenderia tampoco que despues de la victoria de MAIPU le fuese *odioso el mando del ejército,* si no lo esplicaramos por las resistencias y altercados que le habian ocasionado *sus exigencias* en Buenos Aires : y si eso de que *no queria ser el juguete de nadie* no se referia á Pueyrredon, nadie podria decir á quien se referia ; pues Pueyrredon era el que mandaba el país, el que disponia, y el que le negaba los 500 mil pesos, y el que si acaso se escusaba con Tagle para hacer otra

(20) Como afiliado á la Logia, sin embargo de que aquí pudiera tener el sentido de amigo personal tambien. Pueyrredon y Tagle se opusieron, como lo hemos de ver.

(21) El aviso provenia del señor Zañartu plenipotenciario de Chile.

cosa y desdecirse. Pero lo mas curioso es que en esa misma carta en que el General le cuenta al señor Guido—« que para siempre jamás ha renunciado al mando del ejército de los Andes »—le dice :—« Creo que seria muy conveniente que V. influyese para que el ejército marche sobre Talcahuano antes que se recoja la cosecha de granos, pues si la recojen puede demorarse mucho la toma de la plaza ». Una renuncia tan absoluta no se aviene con estas disposiciones, que prueban, cuando menos, la seguridad de continuar en el mando á pesar de todo y de no dar tropas al gobierno que las pedia.

Y bien lo sabia el general! El Supremo Director no se atrevió á tomar la responsabilidad de una separacion que habria tenido funestísimo éco en toda la América, y que desde luego puso en alarma á los *Amigos*. Fué preciso ceder, y volver á decretar la contribucion forzosa por 500 mil pesos, además de lo sacado del correo, y de nuevos vestuarios para cuatro mil hombres más :—« Al fin (volvia á escribir el general al señor « Guido) consecuente á mi renuncia se ha vuelto « á decretar el auxilio de los 500 mil pesos para « el *Ejército de los Andes :* ya tengo en mi poder « algunas libranzas contra individuos de esa que « remitiré á Lemos en el correo entrante: tam- « bien han salido de Buenos Aires los vestua- « rios necesarios para 4,000 hombres, y la arti- « lleria de batir que habia pedido: *todo eso ha*

« *mejorado mi salud*, y solo espero un poco de « más tiempo para que venga todo el dinero y « marcharme á esa aunque sea muriéndome: « ahora se puede trabajar: de lo contrario seria « ir á caer víctima de las necesidades». La perspectiva de la gloria restablece la elasticidad nerviosa del ilustre enfermo: su fibra se enaltece al pensar que ya á derribar en Lima el solio fastuoso de los vireyes del Perú. Tiene ejército y tiene escuadra. El Gobierno Argentino se queda exhausto.

Cuando San Martin nos arrancaba así un millon de pesos, mas ó menos para sostener *su* ejército y formar una escuadra, Chile se hallaba en una completa incapacidad de contribuir á esos gastos que se hacian en provecho suyo; y el Gobierno Argentino estaba muy lejos de pensar que unos pocos meses despues, y cuando ya lo hubiera dado todo, el General San Martin y el señor Guido habian de decirle—« Que el ejército era tan *poco argentino*, que estaba en su *mayor parte compuesto de chilenos*»—y que la Escuadra pertenecia á la Expedicion chilena para libertar al Perú ». Mas adelante ventilaremos ampliamente estos puntos. Por ahora veamos la situacion en que se hallaba Chile cuando se compraban y se armaban—el *San Martin* (navío «*Cumberland*»)—el «*Whithman*» (fragata «*Lautaro*»)—el bergantin *Maipu* (antes *Eolo*)—el bergantin «*Araucano*» (antes *Colombus*)—la corbeta

«*Chacabuco*»—el bergantin «*Galvarino*» (antes *Lucy*)—la corbeta «*Intrépida*» enviada últimamente por el gobierno de Buenos Aires :—« En el « caso mas urgente (oficio de San Martin á Pueyr- « redon) que ha ocurrido hoy desde el principio « de nuestra sagrada lucha, (22) *ocurro* á V. E. « por 300 mil pesos á buena cuenta de los 500 « mil convenidos, para cuya conduccion mando « al pundonoroso oficial don José Caparrós. Hé « dicho que ocurro á V. E. en el caso mas ur- « gente por que *nunca ha sido ni pudiera ser* « *mas importante* un esfuerzo enérgico como en « esta ocasion...... En Chile, Excmo. Señor, « *es imponderable la penuria de recursos*, y « *espantosa la pobreza general.* Buenos Aires « es—la que *ha principiado y sostenido con* « *magnanimidad* la grandiosa empresa de fun- « dar una Patria, llevándola por su constancia « *hasta el grado de probabilidad en que se ha-* « *lla.* Así es que á su verdadera gloria, á su « nombre y á su virtud interesa mas que á otro « pueblo el que se consolide y perfeccione de « una vez *á cualquier costa* (¡.....!) *sin sus au-* « *xilios en esta ocasion urgente nada vale el* « *trabajo emprendido*, y todas nuestras venta- « jas retrogradarian á una nulidad lastimosa. « Conjuro pues á V. E. en nombre de la Patria

(22) Nada de grave ni de peligroso pesaba sobre la suerte de las Provincias Unidas por el lado del oeste.

« para *que se empeñe de todo su posible á que*
« *vuelva inmediatamente Caparrós con la suma*
« *pedida*, en carretillas ó de la manera que
« pueda ser mas pronta.

Nada mas evidente que el motivo de la urgencia: no era por cierto el ejército, del que una buena parte estaba remontándose en Cuyo à costa de la sustancia vital del gobierno argentino: la otra parte operaba en el sur sin haber recibido *un peso ni un vestuario de parte del gobierno de Chile:* cuya situacion interna y general no ofrecia por ningun lado peligros de urgencia; por consiguiente—se trataba de nada mas que de saldar la cuenta de la «*Lautaro*» y de pagar el navío «*Cumberland*» con los valiosos armamentos que debian completar esa numerosa y fuerte escuadra cuyo detalle hemos dado.

En carta MUY RESERVADA dirigida al señor Guido, le dice el general:—« Nada se hace aquí, (en Chile) *nada se ha hecho, ni hay remota es-*
« *peranza de que se haga: no se toman medidas*
« *para dar* UN SOLO RECLUTA, y en cuatro meses
« no se ha socorrido al Ejército con UN SOLO REAL»
Esta referencia á *cuatro meses* tiene su importancia por que estando datada esta carta (*muy reservada*) en 12 de Enero de 1819, tenemos que retrogradar hasta Junio y Agosto de 1818; es decir—hasta las fechas en que se compraban los buques que se pagaron, en todo ó en gran parte con los 700 mil pesos *girados contra* Bue-

nos Aires y pagados, del mes de Agosto al de Noviembre. (23)

En carta del señor Guido de la misma fecha que la anterior, dirigida al Gobierno de Buenos Aires, urjiéndole por la remesa de mas dinero, trata de explicar las penurias del gobierno chileno por *haber tenido que gastar* 700 mil pesos en formar y preparar la Escuadra; sin que haya quedado rastro de que se haya dado otra inversion que esa á los dineros argentinos. No es de este momento discutir este punto. Será cuando tratemos de la—« Desobediencia del General San Martin » á las órdenes que reiteradamente le daba su Gobierno, de acudir á sostener y salvar el órden público, y el organismo nacional, trayendo á su patria y en defensa de su gobierno, al *Ejército de los Andes;* que era en *su personal* y en todo lo demás *exclusivamente argentino* como se verá; á pesar de que lo contrario afirmara tambien el señor Guido.

Pero, aún cuando verdad fuese que tanto como eso hubiera gastado el gobierno chileno en unos dias en que propios y extraños proclamaban que su absoluta carencia de recursos era tal que no podia disponer ni de 25 mil pesos, eso en nada alteraria la notoria verdad de las sumas de dinero llevadas á Chile por el General

(23) Véase *Papeles de Guido,* pág. 153 y 167.

San Martin en esos mismos dias y BAJO EL APREMIO de las mismas urgencias. (24)

La derrota del ejército realista en Maipu produjo en España una profunda y dolorosa impresion. Al tiempo de saberla, se aprontaba en Cádiz un poderoso armamento naval, que debia desembarcar en Buenos Aires 25 mil hombres. Se trabajaba con todo empeño en habilitar los buques de guerra, y trasportes necesarios para tan vasta y difícil operacion. Pero ese empeño no era bastante á eludir ó vencer las infinitas dificultades de detalle que cada dia se ofrecian, y cada dia mas graves, por la pobreza y extenuacion en que se hallaba el país; sin contar la mala índole moral de que las tropas daban indicios harto amenazantes, ya por la deficiencia y falta de los pagamentos regulares, ya por el influjo de la tétrica leyenda de penurias, miserias y horrores que de boca en boca se contaban sobre la guerra de América: ese tonel monstruoso como el de las Danaïdes donde se perdian sin voz ni recuerdos, por miles de miles, los soldados españoles que allá iban.

No se descuidó Pezuela en su vivísimo celo

(24) Como tendremos que volver en defensa propia y de la verdad fundamental con que en trabajos anteriores hemos escrito sobre los sucesos internos de 1817 á 1820, preferimos hacerlo en un *Apéndice*, para no interrumpir, con diversos episodios, la narracion estrictamente histórica de los acontecimientos.

por conservar el Perú para su patria, en hacer presente al rey, que despues de la derrota de Osorio, San Martin y Buenos Aires hacian fuerza de empeños y de trabajos por buscar una poderosa marina con que invadir por las costas, al mismo tiempo que entrarian por el centro hasta el Cuzco : que en tal caso era indispensable que tan pronto como fuera posible, se le remitiese uno ó dos buques de primera fuerza y calidad, con mas tropas en buenos trasportes que pudieran ser armados tambien en guerra para que los insurgentes no pudieran operar por el mar. La urgencia de estos pedidos y el gravísimo carácter de los hechos puso en áscuas al gobierno español; y á riesgo de amenguar las fuerzas y los recursos de la expedicion, subdividiéndolos, se resignó á echar mano de lo que mas pronto tenia ; y formó á toda prisa una escuadrilla de nueve trasportes, en la que embarcó 2,400 soldados haciéndolos convoyar por el navío *María Isabel* que era el mejor de los buques de guerra que el Emperador de Rusia habia puesto á disposicion de Fernando VII. (25)

Con la intencion de purificar el ejército de aquellos cuerpos y oficiales que parecian mas tocados del espíritu liberal, y de disminuir así los

(25) Los trasportes eran—las fragatas, ***Trinidad, Jerezana, Especulacion, Dolores, Carlota*** y ***Magdalena*:** los bergantines—***Escorpion, San Fernando*** y ***Atocha.***

gérmenes subversivos que de cuando en cuando bullian, se hizo embarçar el regimiento *Cantabria* de 1,600 plazas, cuyo espíritu inspiraba inquietudes; y se le dividió en porciones de 200 á 150 hombres entre el trasporte *Trinidad* y los otros buques del convoy. En las isla *Canarias* la tropa de ese trasporte se quejó amargamente del trato riguroso y de la escasez que sufrian de parte de los marinos que mandaban el buque, y pretendieron que sus oficiales tomasen parte en el manejo de abordo. El capitan don José Solé (26) logró apaciguarlos hablando en privado con algunos de los sargentos; y por lo que sucedió algunos dias despues, se echa de ver que era uno de los descontentos; y que si aplazó la sublevacion fué haciéndoles comprender que aquella no era todavia la buena ocasion. Y en efecto, á poco de pasar al sur de la línea ecuatorial, desatóse en la noche una ventolina que puso en dispersion el convoy dejando á la mayor parte de los buques la prosecucion de su rumbo aisladamente; y entonces fué que el dia 25 de Julio al amanecer, rompió el motin con la mas furiosa rapidez. Comenzaron encabezándolo tres sargentos y un cabo; mas, cuando los capitanes Miranda, La Fuente, Balderar y dos tenien-

(26) Este oficial contrajo matrimonio en Buenos Aires con la señorita Rábago; y dejó un hijo don Luis María Solé ventajosamente conocido en nuestro vecindario.

tes se echaron en armas sobre los sublevados, los capitanes don José Solé, don Manuel Abreu y los tenientes Peligrino y Martinez tomaron parte al lado de la tropa. Los otros corrieron entonces al polvorin para hacer volar el buque; pero cuando encendian las teas para eso, fueron tomados y pasados por las armas. Dueños del buque, Solé y Abreu erigidos en autoridad obligaron al capitan, pilotos y contramaestre á que hiciera rumbo directo á la Ensenada de Barragan para ponerse al amparo del gobierno republicano de Buenos Aires. El 26 de Agosto de 1818 llegaron al mencionado puerto; y este hecho, aislado al parecer, vino á decidir de la dominacion del Pacífico suprimiendo todos los inconvenientes y las futuras erogaciones que nos imponia el armamento naval que allí se estaba formando contra el Virey del Perú.

Con el trasporte *Trinidad* vinieron á manos del gobierno los planes, y los pormenores de la expedicion; y lo mas importante de todo en aquel momento, que era el detalle secreto de las señales para entenderse con los otros buques del convoy en todos los casos que pudieran ocurrir en la navegacion ó en los puertos amigos á donde fueran arribando juntos ó separadamente por accidentes de mar ó de enemigos.

Mientras la *Maria Isabel* y los demás buques del convoy iban en demanda de doblar el *Cabo de Hornos* cada uno en su línea de navegacion,

el gobierno de Buenos Aires, hacía volar con la prisa del caso los papeles de la *Trinidad* para que el de Chile sorprendiese los buques del convoy uno á uno. Pero sea que nuestros buques no se hallaran todavia en estado de echarse al mar, ó por alguna otra causa, el hecho fué que hasta el 10 de Octubre no pudieron salir de Val paraiso al mando del coronel don Manuel Blanco Encalada, graduado de Almirante para el caso, por ser artillero y por haber servido en grados subalternos en la Marina Española. (27) Esta tardanza fué causa de que la fragata española y parte del convoy pudiera entrar al puerto de Talcahuano.

Los buscaba entre tanto para atacarlos, la escuadra de los independientes compuesta del navío «*San Martin*» (antes *Cumberland*), de la fragata «*Lautaro*,» de la corbeta «*Chacabuco*», de los bergantines—«*Pueyrredon*»—«*Araucano*»—«*Galvarino*»—*Intrépido*—últimamente enviados de Buenos Aires. Despachó Blanco los mas veleros de sus buques á fin de que reconocieran las costas y las islas inmediatas, y se dirigió, él, con el «*San Martin*» y la «*Lautaro*» á la isla de *Santa Maria* donde un ballenero inglés les dió

(27) Nació en Buenos Aires el 21 de Abril de 1790. Fué su padre el Juez de Audiencia Blanco Ciceron y su madre doña Mercedes Encalada: estudió en el Seminario de Nobles de Madrid; y despues abrazó con ardor y honorabilidad ejemplar la causa de la Independencia.

noticia de que la *María Isabel* habia pasado para Talcahuano el 22 de Octubre llevando muy enferma la tripulacion y todo en muy mal estado; por cuyo motivo habia dejado en la isla algunos hombres. Mandó inmediatamente el almirante que se los trajeran; y por ellos tuvo menudas noticias de cuanto le interesaba saber. Dirigióse entonces á Talcahuano, bien servido por dos bravos y experimentados marinos ingleses Wilkinson del *San Martin*, y Wooster de la *Lautaro*.

Al ver los buques de nuestra escuadra entrando al puerto y volteando la angostura de la isla *Quiriquina*, los marinos españoles encopetaron su bandera afirmándola con un cañonazo. Los nuestros levantaron la bandera roja de Inglaterra, y siguieron á tomar una posicion conveniente para abordar el buque enemigo. Con esto entró en alarmas el comandante de la *María Isabel*. De mas en mas inquieto por no poder esplicarse aquel adelantamiento hácia su buque resolvió hacer fuego á todo acaso; y solo cuando los nuestros se pusieron á tiro de fusil, levantaron la *bandera chilena»*. La «María Isabel»—descargó todos sus cañones, picó sus cables y fué á bararse en la playa. La mayor parte de su tripulacion se tiró á las aguas bajas y ganó las costas del puerto al amparo de la guarnicion que vino á darles socorro, y á defender la fragata contra los patriotas que trataban de

ponerla á flote para consumar la importantísima captura. Se trabó como era natural un reñido combate: bajó fuerza de nuestros buques para desalojar de la playa á los españoles, pero fueron rechazados; y se pasó la noche en tentativ s para arrancar el buque de su baradura de parte nuestra, en impedirlo, de la otra parte, con accidentes varios que iban ya desanimando á los patriotas de poder capturar tan hermosa y codiciable presa.

Una feliz creciente del mar por un viento repentino del Sur, la puso á flote, y los marinos patriotas que la habian ocupado, manejando las velas y haciendo esfuerzos en la maniobra, la sacaron y la incorporaron á nuestra escuadra. En aquel momento el cuadro fué digno del mas hábil pincel: á los gritos de rábia, de maldicion y de furia que lanzaban los de tierra, respondia la algazara del triunfo de nuestro lado atronando el aire y rielando con injuriosas burlas las aguas del puerto. (28)

La expedicion del almirante Blanco no habia llenado todavia todos los fines con que habia salido al mar. Era menester capturar los trasportes y las tropas que llevaban á su bordo. En ese propósito volvieron nuestros tres buques á la isla de *Santa Maria* y anclaron con bandera

(28) Este y los demás detalles que siguen se hallan consignados en las Memorias del General Miller.

española, mientras la corbeta «*Chacabuco*» cruzaba dia y noche por las aguas de *Concepcion* y *Talcahuano* en acecho de cualquiera de esos trasportes que pudiera haber resuelto tomar allí puerto. Por desgracia, cuatro de ellos habian llegado mucho antes: habian desembarcado las tropas por el horrible estado de salud y miseria en que iban; y habian seguido navegando hasta Lima para dar cuenta del estado en que iba el convoy, y hacer que se le adelantasen auxilios. Hallábanse pues navegando todavia y próximos á tocar en la isla ó en Talcahuano cinco trasportes que difícilmente podrian escapar. En efecto, el 11 de Noviembre apareció la fragata *Dolores*, y reconociendo á la «María Isabel» con el pabellon de Castilla como los demás buques que suponian ser auxilios venidos de Lima que los esperaban allí, sus tripulantes prorrumpieron en gritos de alegria pues creian haber llegado al término de los espantosos tormentos que venian sufriendo por una peste general de escorbuto y tífus. Los oficiales se apuraron á vestirse de gala y no solo los sanos, sino los enfermos y moribundos procuraban arrastrarse á los puntos abiertos del buque donde pudieran gozar del alegre y salvador espectáculo que los encantaba. Pero, apenas echada el ancla al costado de la «*María Isabel*» de acuerdo con las señales, tronaba el cañon de la Capitana y nuestros buques, arriando el dorado pabellon de los Casti-

llos y de los Leones, enarbolaban la bandera nacional. Era de ver, dice Miller, el espanto, la confusion y los alaridos de furor á que se abandonaban desesperados todos aquellos infelices que venian imbuidos en las horribles leyendas que allá les contaban sobre la ferocidad y el exterminio sin piedad que los insurgentes de América hacian de cuantos españoles caian en sus manos, sin reparar en sexo ni en edad. El 12 y el 14 cayeron allí del mismo modo los trasportes «*Magdalena*» y «*Elena*»; y la «*Chacabuco*» haciendo su crucero tomó en las aguas de Concepcion á la «*Jerezana*» y la «*Carlota*».

Nada es capaz de espresar (dice el mismo testigo) el estado de inmundicia, de fetidez y de descuido en que se hallaban aquellos buques, incluso la «*María Isabel*». Era tal la grasa y la asquerosa basura que cubria toda la cubierta que se hacía difícil caminar y aún mantenerse en pié si uno no se tomaba de alguna cuerda. Se hacía mas repugnante y aflictiva esta escena con la vista de multitud de desgraciados que consumidos por el escorbuto y por el tífus estaban tendidos sobre los portalones con las agonias de la muerte, y viendo el mar en donde iban á ser pasto de los mónstruos que acechaban su caida. Para muchos de ellos, que aún conservaban fuerzas, era una verdadera felicidad tocar en tierra y ser tratados con esmerada compasion como lo fueron.

Desde Valparaiso á Santiago, de Santiago á Cuyo, por todas las provincias hasta Buenos Aires resonaron unísonas y bulliciosas exclamaciones de júbilo y de festejos.

Por el lado del Pacífico todo ofrecia pues una risueña y luminosa perspectiva. Pero, no era igualmente diáfano y tránquilo el cielo que cubria la situacion interna de las Provincias Argentinas.

CAPÍTULO IX

DISIDENCIAS PERSONALES — COMPLOT LLAMADO « DE LOS FRANCESES »—CONJURACION DE LOS PRISIONEROS ESPAÑOLES EN SAN LUIS

SUMARIO:—Dificultades é inconvenientes en el cumplimiento de lo acordado entre el general San Martin y el Supremo Director—Diversos modos de encarar la situacion—El ministro Tagle y sus opiniones—Espíritu transigente del Supremo Director—Recelos y negativas—Renuncia del general San Martin—Conflicto entre el señor Guido, Monteagudo y O'Higgins—Resolucion deferida al Juicio de la Logia—El *complot de los franceses*—Rasgos característicos y situacion personal de Mr. Robert—Sus relaciones con el general Brayer y con J. M. Carrera—Sus cómplices y su partida para Chile—Su prision—La interceptacion de su correspondencia—Doña Javiera Carrera—El proceso—Enfriamiento de los procedimientos—El depósito de prisioneros españoles de San Luis—Ordoñez, Morla, Primo de la Rivera, Morgado—El partido del general Alvear y el Sr. Murguiondo—El Teniente Gobernador Dupuy—Monteagudo—Las Montoneras del litoral amenazan á Buenos Aires—El general San Martin—Levantamiento explosivo de los prisioneros de San Luis—Triunfo del órden, víctimas

y ejecuciones—Efectos de la noticia en Chile—Medidas del general San Martin—Efectos presentes y retraimientos posteriores—El proceso de los franceses—Ejecucion de los reos principales y expulsion de los cómplices—Reflecciones.

A poco tiempo de haber partido el general San Martin de Buenos Aires comenzaron á correr con insistencia, y con verdad en el fondo, rumores muy desagradables sobre graves desavenencias con el gobierno, que segun voz general habian provocado, ó estaban por provocar, un rompimiento completo de la amistad y de la concordia en que hasta entonces habian marchado.

Y decimos que en el fondo era esto verdad, por que se habia roto el acuerdo en que despues de muchos inconvenientes habian convenido. Habíase comprometido el general á poner en Cuyo de mil á mil y quinientos hombres de infantería, y 500 *Granaderos á Caballo*, de que iria á recibirse allí el general don Márcos Balcarce, como plantel de la nueva fuerza de línea que debia operar en combinacion con una division de mil quinientos soldados que el general Belgrano debia desprender de Tucuman sobre Córdoba: punto céntrico desde donde ambas fuerzas abririan una campaña decisiva sobre los montoneros y caudillejos de Santa Fé y de Entre-rios, con el fin, imprescindible yá, de poner término á los vandálicos desórdenes que provocaban, y

de unificar la nacionalidad dentro de la Ley comun constitutiva en que el Congreso trabajaba con maduro criterio y asíduo empeño. (1) Pero, preocupado solo de la gloriosa mision de libertar la América del Sur con los soldados argentinos, que eran los únicos con que podia llenarla, el general San Martin empequeñecía tanto esos dos peligros, que se puede decir que no los veía ó que no queria verlos á pesar de su magnitud. Para él la insurreccion descomunal de las masas litorales, la prepotencia de los caudillos sanguinarios y voraces, ó retardatarios que las enardecían, como Artigas y Ramirez y Estanislao Lopez, era nada mas—« que una simple y efímera guerra civil en la que seria vergonzoso (*sic*) que tomase parte él, ó su ejército, en defensa de uno de los partidos.

A la verdad que la teoría era tanto mas estraña y sorprendente, cuanto que uno de esos dos partidos era nada menos que el organismo constitutivo de la Nacion, con su gobierno culto ; y el otro un alboroto incoherente y caótico de masas desorganizadas, (indios y mestizos en su mayor parte), sin mas bandera que el desórden bajo el imperio arbitrario, personalísimo y eventual de caudillos sin cultura, sin mision y sin fines determinados. En su deseo de no desha-

(1) Este acuerdo existia desde 1817—Pap. del señor Guido, pág. 48.

cerse de parte alguna de las fuerzas que habia recibido en 1816, ponia todo su empeño en que los *dos partidos* (como él los llamaba) arreglasen una base conciliatoria, un *modus-vivendi*, aunque fuese momentáneo (con tal que eso le diese tiempo á marcharse al Perú) entre el Gobierno de la Ley, y las Bandas de foragidos armados que producían el desequilibrio social: como si fuese posible apaciguar y coordinar así las autoridades y las Leyes sobre que reposa el órden social, con los ímpetus automáticos y brutales que surgen del tenebroso seno de las masas una vez que se embravecen como las olas del mar en la borrasca.

Las opiniones y la política del señor Tagle estaban en completa oposicion con las exigencias del general San Martin. Era un error, segun el Ministro, que el Gobierno argentino continuara haciendo erogaciones y sacrificios en provecho de Chile, que harto favorecido habia sido yá con la restauracion de su independencia.

Las Provincias Argentinas estaban libres ahora de que el Rey de España pudiera atacarlas por el lado de Salta ó por el de Mendoza. Ya no era esa pues la direccion á que debian dirigir sus cuidados, sino contraerlos al Rio de la Plata, amagado todavia por los 25 mil hombres que se preparaban en Cádiz, (2) y por el desborde del anarquismo que prevalecía en el litoral, tomando

(2) Sobre esta fecha véase mas adelante.

tales proporciones cada dia, que era de temerse se llevase por delante el organismo nacional, envolviendo al país, todo entero, en los desafueros de una barbárie primitiva. Era pues indispensable que el Ejército de los Andes regresase á defender y salvar la organizacion nacional, la independencia del país, y la del gobierno que lo habia formado y enviado á Chile; y si solo quedaran restos como decia el general y el señor Guido, esos restos debian repasar la cordillera. Lo demás era cuestion vana de mas ó menos gloria; y buen ejemplo habia yá con Chile de que las glorias no dejan sino agravios y mal querer en los mismos á quienes aprovechan.

La devolucion de esa parte del Ejército de los Andes, era á los ojos del general San Martin, una dolorosísima mutilacion de las únicas tropas hechas y sólidas con que contaba para expedicionar al Perú; y la resistió cuanto pudo en agrias conferencias con el Ministro Tagle detrás del cual se escudaba Pueyrredon tratando de mantenerse siempre en amables términos con el General sin desautorizar á su Ministro. Pero como en aquel momento el General se hallaba ahogado por sus compromisos del Pacífico, y como no contaba con otros recursos que los que pudiera darle Buenos Aires para cumplirlos y completar sus armamentos navales, se resignó, ó aparentó resignarse, á poner en Cuyo y entregar al general M. Balcarce los 2,000 hombres

mencionados: á trueque de que se le facilitara en el plazo de dos meses otro medio millon de pesos fuertes que decia serle indispensable para reclutar dos regimientos de 700 á 800 plazas, y dos escuadrones de 300 ginetes cada uno, con que llenar el vacio que iba á dejar en su ejército la separacion de la fuerza que tenia que devolver. Pero lo que mas ofendia al general San Martin era la inesplicable consideracion y respeto con que el Supremo Director soportaba la enérgica resistencia de su ministro: pues pudiendo, (como el General creia) darle una órden categórica de acceder á sus pedidos, se excusaba con manifestaciones indecisas entre el uno y el otro, afirmándose siempre con medios conciliatorios en el extremo de la devolucion del Ejército de los Andes en todo ó en parte, dejando solo en Chile lo bastante para servir de plantel al nuevo ejército con que Chile debia cooperar á la expedicion al Perú. Bien sabia el general que esto era imposible: porque Chile no tenia con que formar semejante ejército. Y Tagle que tambien lo sabia, pensaba que el General no tenia intencion ninguna de cumplir su oferta; y que por lo tanto no convenia facilitarle el medio millon que pedia, sino despues que los dos mil hombres estuvieran puestos en Cuyo bajo las órdenes de Balcarce y á disposicion del Gobierno de Buenos Aires.

Fácil es comprender la indignacion del general, no solo de que se le impusiese semejante con-

dicion, sino de verse adivinado por la sagacísima sospecha del astuto ministro. Pero no atreviéndose al fin Pueyrredon, á llevar adelante esta falta de consideracion personal y de galantería con el vencedor de CHACABUCO y de MAYPU, cortó la dificultad aceptando la lealtad personal y militar del General San Martin, y comprometiéndose él á levantar un empréstito forzoso de medio millon, costase lo que costase, para satisfacer las exigencias del General al plazo de dos meses. (3)

Persistia sin embargo Tagle en mirar esa concesion como una debilidad del Supremo Director, por que á su juicio, nada estaba mas lejos del ánimo del general que el cumplimiento de la oferta; y porque estaba convencido que una vez que tuviera el dinero le sobrarian pretestos y medios de no desmembrar sus tropas y de llevárselas al Perú dejando á Buenos Aires desarmado y en las astas del toro.

Apenas habia partido el general de Buenos Aires, contando de seguro con el medio millon que debia enviársele, y dejando al Supremo Director confiado en el envio de los dos mil hombres, cuando vinieron noticias de que esas mis-

(3) Acerca de los cargos que le hacian al general San Martin, por *ingrato é insubordinado*, Tagle y los amigos de Pueyrredon, véase el periódico—*El Centinela*—1.er vol., pág. 275 á 280: 2º vol., pág. 251-52-53 y el Apéndice del VII vol. de esta obra.

mas tropas que debian venir á Cuyo, habian recibido órden de marchar á los estremos del Sur de Chile abriendo nueva y larga campaña contra el general realista Sanchez, que dueño de Concepcion y de Talcahuano, habia formado una verdadera y fuerte republiqueta cuyo vigoroso centro de accion se hallaba en Valdivia, y teniendo bajo su autoridad las populosas provincias de Chiloe, de Arauco, con numerosísimas tribus araucanas que habian acudido al cebo de la guerra de robo, y de exterminio á muerte, que cobijaba la bandera del Rey de España, servida tambien por famosos asesinos y bandidos como los Benavides y los hermanos Pincheira. Nada mas propio y natural que se expedicionase contra esas bandas; pero nada mas impropio y abusivo que en vez de hacerlo levantando tropas chilenas, se echase mano de las tropas argentinas, sujetándolas á esa inícua contribucion de sangre y de recursos, no ya en la guerra de nuestra independencia, sino en una guerra local y exclusivamente chilena. Agravábase este insoportable abuso con la circunstancia de que comprometiendo nuestras tropas en ese ajeno servicio, no era posible contar con que pudiesen regresar al pais de su orígen natural y legal, para hacerle los servicios que se hacian cada dia mas apremiantes por la alta marea que tomaba el desórden litoral, y la inminente aparicion de la expedicion española; y que al mismo tiempo que

hacian en Chile la guardia para la conservacion del órden y el sosten de O'Higgins, ó de su partido, se privase al gobierno argentino de igual servicio; y que se pretestase que era vergüenza que intervinieran en la guerra civil argentina, cuando estaban haciendo igual papel en Chile, y sirviendo para ejecutar revolucionarios, como en el caso de Manuel Rodriguez y del batallon Nº 1º (véase la pág. 251 á 253).

Para eso no era, ni podia ser, el medio millon que se habia ofrecido al General San Martin; y como la exaccion forzosa de ese sacrificio tenia sumamente acongojado y descontento el espíritu público, vino entonces aquello de la nota del 22 de Agosto de 1818, firmada como acuerdo general de gobierno por el Supremo Director y por su Ministro de Hacienda don Estevan A. Gazcon, advirtiéndole al general que no girara contra el gobierno, ni contara con mas de 150 mil pesos de los 500 mil que se le habian ofrecido. (4) Juzgue V. (le dice el general á su íntimo confidente, el señor Guido, enviándole la copia del oficio) la impresion que habrá causado en mi corazon el contenido de ese oficio. Él (Pueyrredon) como Jefe del Estado y como *amigo* (5) y á presencia de sus secretarios sancionó el auxilio de los 500 mil pesos para el Ejército. En esta confianza, yo marchaba á hacer el último sacrificio, vol-

(4) Véase los *Papeles del señor Guido*, pág. 146 á 149.
(5) Miembro de la Logia.

viendo á encargarme de un mando *que me es odioso;* pero habiendo recibido avisos de un amigo de Buenos Aires en que se me aseguraba lo que ahora veo, suspendí mi marcha á esa. Ayer he hecho mi renuncia del mando del Ejército: del que no volveré á encargarme jamás. Yo no quiero ser el juguete de nadie, y sobre todo, quiero cubrir mi honor.» Mas adelante veremos cuan profundas y duraderas fueron las ofensas del general con el secretario Tagle y con el señor Pueyrredon que como Supremo Director compartia con su ministro la responsabilidad de los actos que lo agraviaron.

La renuncia del general San Martin produjo una dolorosa sorpresa en la capital. El Secretario Tagle nos contaba en su vejez, que su opinion habia sido aceptarla, y traer el ejército; pero que los miembros mas influyentes de la Logia dominados todavia por el prestigio del general, se agarraban la cabeza desesperados, y creían todo perdido si el general se separaba del mando de las fuerzas. Él opinaba por el contrario que habiéndole aceptado la renuncia con firmeza, el mismo General se habria avenido y reducido á los términos justos y convenientes que el gobierno argentino debia haberle impuesto.

Coincidía en este mismo tiempo otro sério disgusto entre el señor Guido y el señor O'Higgins. El señor Guido unificado en sentimientos y principios con el general San Martin: de

corazon sano y generoso como el General, humano por índole y de una conducta siempre pura y decente, sabia bien toda la amargura que iba á oprimir el corazon de su ilustre amigo, cuando conociese los detalles del asesinato de Manuel Rodriguez y la complicidad de Monteagudo. Indignado de tan feo crímen, Guido le habia enrostrado á Monteagudo su inícuo proceder: y como éste tenia el oido y el favor del Supremo Director de Chile, se produjo entre los tres tan grave disentimiento, que O'Higgins llegó hasta exigir que le fuese retirado á Guido el carácter diplomático que ejercía por ser incompatible con la armonia que debia reinar entre los dos gobiernos. (6)

Como el motivo del disgusto era de un carácter tan reservado y tan grave, Guido como hombre prudente y hábil habia guardado la mas estricta reserva, no habia escrito á San Martin la menor indicacion sobre los hechos, y esperaba verlo para informarle verbal y confidencialmente de todo lo que habia ocurrido. Fué por una carta anónima del 31 de Julio, muy vaga y sin detalles que el general San Martin tuvo la primer noticia; y en el acto le escribió á Guido diciéndole: « Ahí vá cópia de ese anónimo: « parece que hay díscolos empeñados en difun-

(6) Mas adelante veremos una nueva y coincidente complicacion con el gobierno argentino.

« dir esas ideas. Dígame V. con franqueza si
« hay algo con O'Higgins, y en este caso, le
« ruego por nuestra amistad que corte toda
« discusion, pues de lo contrario nos lleva el
« diablo ». A los tres dias vuelve á escribirle:
« Me repiten por segunda vez el anónimo ante-
« rior. Si hay algo ruego á V. por nuestra amis-
« tad que se corte todo con O'Higgins: háblele
« V. con franqueza; le han de haber metido al-
« gun chisme: sobre todo *no tome V. parte al-*
« *guna en nada que tenga intervencion con Chile:*
« O'Higgins es honrado y estoy seguro que to-
« do se transará ».

Bien hubiera querido Tagle cumplir su propio deseo (como lo veremos mas adelante) haciendo el aparato de condescender con O'Higgins: le habria convenido poner en Chile como agente del gobierno al señor Estévan A. Gazcon; pero esto habria sido agraviar mas al general y hacer extremo el enojoso entredicho que se trataba de soldar. En la misma dificultad se hallaba O'Higgins, y al fin se adoptó la única manera práctica de transigencia que el caso ofrecia: que fué poner la decision en manos del General San Martin; y ya hemos visto que á su regreso este opinó por deferir el asunto al juicio de la Logia.

Todos estos incidentes por mucha que fuera la reserva en que se quisiesen mantener traspiraban y vagaban en álas del rumor público, exagerándose no solo su propio valor, sino

con inventadas y mas graves complicaciones que la gente sensata no aceptaba, que no aceptaba tampoco el comun de los ciudadanos, pero que á los ojos de los enemigos del gobierno, y sobre todo de los emigrados chilenos, cuyo foco ardiente é imaginativo, era siempre la rueda privada de doña Javiera Carrera, eran tomados como pruebas de que toda armonía entre argentinos y chilenos estaba disuelta: que la dictadura de O'Higgins claudicaba: que San Martin se retiraba á Europa; y que las fuerzas argentinas se estaban disolviendo y pasando por grupos á Mendoza. Sucedia pues lo que siempre: un soñador cualquiera inventaba espécies para su propio placer: decia que otro se lo habia dicho: intervenia despues «un sujeto respetable» asegurando los hechos; y la pasion de los partidarios se echaba á las aventuras tomándolos como verdaderos. De ahí á las conjuraciones ya no hay mas que un paso.

Si antes, y cuando solo tenia agravios políticos y ambicion personal se habia señalado don José Miguel Carrera por el carácter vehemente é impetuoso de sus pasiones, bien fácil será hacerse una idea de cual seria el grado de iracunda excitacion á que habia subido su ánimo tempestuoso despues del inícuo suplicio de sus hermanos. Dia á dia, y hora por hora, trabajaba en formar planes y coordinar médios de derrocar á sus enemigos en Buenos Aires y

en Chile. La agitacion de las masas litorales le ofrecia un puesto que él habria tomado al momento, si la antipatía y la incompatibilidad de Artigas no le hubiese cerrado el camino. Por una de esas fatalidades en que se pierden aquellos hombres que no tienen bastante juicio y paciencia para someterse á las malas circunstancias de una vocacion errada, ó de un propósito impremeditado, se relacionó con Carrera en Montevideo, por medio de Brayer, un caballero francés Mr. Charles Robert, hombre de alguna educacion y de grandes maneras, pero de una fatuidad superior á todo cuanto pueda decirse. Si hubiera desembarcado en pais de *Cafres* ó *Ranqueles* habria temido quizá los peligros de la barbárie, y por saber que no podia enseñarles todas las maravillas que él se figuraba saber, no habria tenido como chocar con ellos. Pero desembarcado en Buenos Aires se penetró del mas profundo desprecio por todo lo que veía; y lo curioso es que tampoco servia él para nada de aquello que el país necesitaba. Habia sido Prefecto del Departamento de la Nievre durante la época imperial. En ciencias era completamente ignorante. Su educacion y sus aptitudes se limitaban á los procederes de la administracion imperial, á la fogosa imaginacion de las grandezas napoleónicas, y al manejo de su lengua en lo bastante para escribir lugares comunes, vulgaridades sabidas de todo hombre instruido, con un es-

tilo arrogante, y mas bien tieso ó erguido que flexible y delicado. Sin más que eso, se tomó á muy poco tiempo el rango de maestro con gratuita superioridad sobre los hijos del país, á quienes dijo bien claro que lo hacia porque estaban muy atrasados; y no teniendo cátedra ni asambleas, fundó un periódico con el título de *El Independiente del Sur*. Á las pocas semanas estaba ya enfadadísimo contra el estúpido país que no le hacia caso ni sabia valorar la extraordinaria fortuna de que Mr. Robert hubiese venido á civilizarlo. Limitado á un círculo restricto de sus pocos compatriotas, tronaba allí como un Júpiter tonante; y como era natural, cuando no hablaban de su Francia, se ocupaban de criticar, mofar y denigrar al pobre país en que estaban; y que, por cierto, bien miserable parangon hacia con la tierra por tantos siglos ilustre en que ellos habian nacido.

Volviendo y revolviendo este tema, pasó muy pronto Mr. Robert, por su genio impetuoso, del fastidio tétrico á la maledicencia soberbia que inspira el despecho, y que es por lo comun un declive moral de los emigrados sin trabajo, y sin aptitudes para refundirse en un medio social extraño á su orígen. Reñido en pocos dias con el editor de su periódico por la poca utilidad de la empresa y por adelantos que habia recibido, Mr. Robert se trasladó á Montevideo. Allí entró en la sociedad de Brayer

y de Cavaillon, donde conoció á Carrera. Desahogándose contra Buenos Aires y San Martin se hicieron ambos íntimos amigos: y de amigos pasaron á conspiradores. Con esto ya tenia Mr. Robert un brillante motivo de actividad para realzar su espíritu y sus esperanzas, dándose á la obra difícil, pero grandiosa, de volcar dos gobiernos despóticos—el de Buenos Aires y el de Chile.

Puesto á la obra regresó á Buenos Aires; y ya fuese por el influjo que tenia entre ellos el general Brayer, por el ódio que en razon del nacionalismo comun habían tomado en este personaje contra San Martin, ya por que los hubiese imbuido en lo mismo el Teniente Coronel Crammer, el hecho es que encontró como reunir en complot á un señor Lagresse que habia venido con un proyecto de colonizacion: á un Dragumette sobrecargo de la goleta *Angélica* que traficaba con Montevideo: á un militar le Mercher que habia sido oficial de ordenanza del Estado Mayor de Bonaparte; á otro oficial de caballería de la misma procedencia que se titulaba Capitan Young, y al ingeniero Mr. Parchappe que habia emprendido la destilacion de aguardiente de maiz.

Concertado el plan y combinada una *clave*, para entenderse con Carrera, Robert, Mercher y Young, se pusieron en viaje para Chile el 14 de Noviembre de 1818, en compañia de un oficial

Chileno llamado D. Mariano Vigil, jóven de familia muy distinguida y enemiga de O'Higgins, que se retiraba de Europa, donde habia servido en el ejército francés como Edecan del General Gautier. Los conjurados salieron para Chile en una tropa de carretas, por que á causa de las montoneras las postas estaban sin caballos, del Lujan para adelante. A los cinco dias de la partida, un señor chileno muy conocido en la ciudad (segun las palabras con que lo designa el proceso y que podriamos nombrar) se presentó con mucha reserva al Director, y recabando su palabra de honor de que jamás se le nombraria ni se le haria aparecer como denunciante, le dijo—que movido en conciencia por el interés que le inspiraba el órden público, y por la necesidad de evitar que se perpetrara un crímen horrendo, venia á declararle: — « Que « Mr. Robert le habia dicho que se iba para Chi- « le á fin de establecer correspondencia con « la familia Carrera, y para promover una « revolucion allí y en Buenos Aires, donde de- « jaba de corresponsal suyo á Lagresse: que « una parte del plan era matar al Director de « Chile, á San Martin y á otros gefes: que « de Montevideo debia venir Carrera para reu- « nirse á los malcontentos de Buenos Aires, y « con ellos romper una revolucion particular- « mente contra el Director Pueyrredon, etc. etc.» Con esta denuncia y con otras indicaciones, la

autoridad sorprendió al sobrecargo de la goleta «Angélica» Mr. Dragumette y á Mr. Parchappe, en poder de los cuales se encontró un pliego abultado, dirijido á *Mr. Le Breton President de l'Academie royale du Brèsil—Rio Janeiro;* y bajo de él se encontraron dos paquetes diversos uno con cartas de Robert, de Lagresse, de doña Javiera Carrera y de un anónimo, para don José Miguel Carrera; y el otro con una carta para una persona que no se nombraba, residente en Francia, á quien se le encargaba la impresion de un borrador refutando al abate De Pradt respecto á los elogios que habia hecho en sus obras de la afortunada situacion en que Pueyrredon y San Martin habian colocado la causa de Sud-América. Parece que este borrador (hoy perdido) «acumulaba todas las maldades « de que es capaz la depravacion de un hombre « nacido para concebir, abrigar y ejecutar gran« des y señalados crímenes...... el aventurero « Cárlos Robert, difama en él á los gobiernos de « Buenos Aires y Chile, al Congreso general « de las Provincias Unidas de Sud-América, á « los generales de los ejércitos, y á los emplea« dos mas respetables: en términos de no hallar « un solo hombre de bien entre tantas personas « como componen la administracion de los dos « Estados. Ataca su administracion militar, su « industria, no como á un estado naciente sinó « como si se tratara de una nacion antigua y

« constituida, atribuyendo todos los defectos
« que su malignidad nos supone, á los vicios,
« corrupcion y delitos de los magistrados y fun-
« cionarios públicos. En este vil folleto estampa
« cuantas calúmnias creyó conducentes á pre-
« parar el gran trastorno que meditaba con *su*
« *general Carrera.* En este vil folleto anuncia
« repetidas veces, y con toda seguridad, la cons-
« piracion de que era cómplice para usurpar al
« gobierno y trasladarlo á manos del infame
« Sila. Habla en él de hechos que no ha visto,
« de personas que no ha conocido, finge suce-
« sos que no han acontecido: censura leyes que
« ignora, providencias que no entiende, y por
« último, encargando su impresion en Europa,
« pide se le remitan muchos ejemplares para
« alarmar con ellos á los pueblos de la desgra-
« ciada América.»

Despues de prender á Dragumette, Parchappe y Lagresse, el gobierno despachó una partida que tomase á Robert, á Young y á Mercher. No habian adelantado gran cosa en el viage, por falta de animales á causa de la grande sequía que padecía la campaña y fueron alcanzados cerca de la Guardia de Lujan. Animados por Young y Robert hicieron una tentativa de resistencia armada, pero muerto el primero por el oficial que mandaba la partida, Robert se entregó y fué conducido á la ciudad, con Mercher y con don Mariano Vigil, altamente comprometido en

este negocio como se comprende por la simple exposicion de los hechos.

Las cartas que Robert y Lagresse habian dirigido á Carrera eran una terrible prueba contra ellos, agravada por la de doña Javiera sobre el mismo asunto. Despues de darle noticias y datos circunstanciados sobre el estado de los partidos en Buenos Aires, y del grande influjo con que podia contar el general Alvear, le decian que si este diese un golpe de mano tendria un éxito infalible:—«Pueyrredon está perdido:
« (agregaban). Pero si vuelve de su letargo y
« hace caer un cierto número de cabezas, ase-
« gurará su imperio.... Los de aquí (B. A.)
« amenazan mucho al general Lecor....Se man-
« dan refuerzos al ejército de Santa Fé, y casi
« no les quedan cien hombres aquí. La de-
« sercion está en su colmo.... San Martin ha
« despojado del dinero á tres correos, yo creo
« que lo que él procura es escaparse.—Y le ase-
« guro á V. que si llegamos á Chile, *nuestro en-*
« *cargue será fácil, y el resultado pronto: no se*
« *trata sino de deshacerse de* DOS HOMBRES, *y*
« *cuando se está decidido la cosa no es difícil.*
« Creo pues, mi general, que puedo asegurarle
« que muy pronto será V. dueño de sus enemi-
« gos.... He tenido el honor de hacer aquí una
« córte asídua á su señora hermana que nos
« ha colmado de favores, etc., etc.»

Lagresse le escribe tambien en la misma fecha

á Carrera diciéndole que ha quedado en Buenos Aires como intermediario de la correspondencia: Que pasa largas horas con doña Javiera *tratando de lo que tanto les interesa.* Compromete á Parchappe diciendo—« el dador de este pliego « es un oficial francés de toda confianza y del « mayor mérito : fué discípulo de la escuela po- « litécnica y sus principios corresponden á su « educacion. (7) El va á Rio Janeiro á comprar « un alambique para trabajar, pero *estoy cierto « que él abandonaria todo para servir la causa de « V.....* Va tambien Mr. Dragumette dueño de « la goleta Angélica ; y creo que *tiene intencion « de hacer á V. algunas proposiciones etc.»* Todas estas cartas fueron reconocidas judicialmente por Robert y por Lagresse en presencia del cónsul francés Mr. Leloir, del intérprete público don Juan Cruz Varela y del escribano Basavilbaso.

Los enemigos personales de don Juan Martin Pueyrredon le han calumniado á sabiendas propalando que todo este sumario reposaba sobre mentiras inícuas. Pero cualquier hombre entendido que compare el valor de la correspondencia, cuyo contenido hemos expuesto, con el tenor de las declaraciones que vamos á agregar, comprenderá la verdad incuestionable del conato criminal que dió mérito al proceso.

(7) Era cierto.

Parchappe declaró á fojas 44 que habiendo sabido que habian puesto preso á Lagresse, *fué á visitarlo*: que este le entregó un pliego rotulado *Mr. Le Breton etc. etc.*, diciéndole que lo pusiera en *lugar seguro*; y que cuando volviera á despedirse le diria *lo que habia de hacer con él*. Dragumette declaró que al saber que Parchappe habia sido preso, fué á verlo al cuartel de *Aguerridos*; y que fué entonces cuando Parchappe le entregó el pliego ya citado *encargándole que lo guardase*. Doña Javiera reconoció como suya la carta de fojas 30. En ella se ocupa de comunicar á su hermano noticias de los movimientos de Santa Fé, de lo que hacía San Martin, de la desgracia en que habia caido Monteagudo por rencillas personales con el señor Guido, y de los demás rumores que corrian:—« La última tuya « que he recibido fué por Robert. He hecho « todo lo que he podido por complacerlo, pero « no todo lo que he deseado.... salieron el « sábado por carretas, pero me dicen que no « los dejarán pasar del lugar del sacrificio. (8) « *Se fué con ellos Vigil, y te incluyo su despe-* « *dida*.... de tus encargues no sé que decir- « te. Se promete todo, pero veo una indeci- « sion que me incomoda.... *todo se hace muy* « *despacio* á pesar de la actividad que sin des- « canso manifiesto».... El anónimo le escribia á

(8) Mendoza.

Carrera:—El tuerto está muy pobre y aburrido y solo espera que un cierto amigo (Carrera) le avise sobre qué sé yo qué negocio que *tiene pendiente* para irse. Coyoco se va para Santa Fé. *Vigil se fué el sábado en carreta con tres amigos.*

Lagresse adelantó su declaracion diciendo—que el pliego que habia entregado á Parchappe, era para don J. M. Carrera pero que Parchappe ignoraba completamente el contenido, poniéndose en contradiccion con el texto de su propia carta, en la que le decia á Carrera que Parchappe iba dispuesto á abrazar su causa abandonando todo otro negocio. Habiéndosele puesto de manifiesto todas las cartas interceptadas reconoció ser las mismas que él habia entregado para que fuesen puestas en manos de Carrera.

El capitan Mercher y el teniente coronel Vigil digeron que aunque era verdad que habian conocido á Robert y á Young en Francia, y que ahora habian hecho viage á Chile con ellos, ignoraban la conspiracion y creian que Robert iba solo á cobrar tres mil pesos, segun él les decia, que le debian unos franceses residentes allá.

Robert reconoció sus cartas: en descargo de la cláusula—«la cosa es fácil, pues solo se trata de deshacerse de dos hombres» dijo: que habia escrito eso porque Carrera le habia dicho en Montevideo que solo tenia dos enemigos en Chile, siendo sus calorosos amigos todos los de-

más; y que por ésto él creia que dos hombres solos no podian ser un obstáculo sério para la rehabilitacion de un hombre político. Agregó que en cuanto *al encargue* que prometió desempeñar, se reducia á entregar una carta á un cacique Araucano: y que como los Españoles habian abandonado á Talcahuano, *el encargue* era ahora *fácil para él.* Descargos semejantes reagravaban el cargo, como lo comprende cualquiera.

En una de sus cartas, Robert comprometia al Teniente General del ejército francés Mr. Freyssinet que habia venido á Buenos Aires con la mira de ofrecer sus servicios, diciendo: que este gefe le habia autorizado á dirigirse á la persona á quien pedia en Francia que se encargase de imprimir, circular y remitir el manifiesto que habia trabajado. Citado á evacuar la cita, el Teniente General Freyssinet declaró que era completamente falso cuanto á él se referia, y *que en ningun caso habria tratado semejante cosa con una persona de un rango tan inferior al suyo, y de cabeza tan ligera además.*

El juez sumariante creyó que era indispensable que viniese á figurar en el proceso la *persona distinguida* que habia hecho la primera delacion—«Pero puesta ella en conflicto entre el amor al órden y la seguridad pública por una parte, y por la otra el temor de asumir el carácter de delator, se decidió á *una sostenida resis-*

tencia, se valió de empeños influentes y teniendo en consideracion sus circunstancias, y que el procedimiento estaba apoyado en documentos reconocidos, *lo único* que se se obtuvo fué: que hiciese su exposicion ante el teniente coronel don Mariano Vigil, que, como hemos visto, era uno de los indiciados.

El Capitan don Saturnino Perdriel fué nombrado defensor de los reos. Los distinguió en dos clases: la una era la de aquellos contra los cuales no resultaban *cargos positivos,* como Vigil, Mercher, Parchappe y Dragumette: en la otra caian Robert y Lagresse, por que no se podia negar que los hechos probados justificaban la acusacion. Pero aun así (dijo) que si se meditaba que se trataba de dos estrangeros desesperados por la desgracia, y refugiados sin amparo en nuestro territorio, el Tribunal sentiria con cuanta verdad se podia invocar algo que en este caso era mas poderoso que la ley:— la compasion y la equidad. Alegó que despues de todo, no pesaba sobre los reos sinó un cúmulo mas ó menos apreciable de indicios, ya castigados con la prision ó con la muerte de su compañero Young contra el cual nada resultaba. Y dijo que á su juicio el país se honraria mucho con perdonar á estos infelices. Y á fé, que el Defensor tenia plena razon! El gobierno estaba inclinado tambien á hacer gracia si la sentencia del Tribunal hubiera de ser rigurosa. Despues

del Defensor hablaron Robert y Lagresse. El segundo alegó que siendo él un individuo *civil* no era arreglado que se le hubiera sometido á una córte marcial. Hizo mérito de su aislamiento y falta de relaciones en el país: de sus repetidas contrariedades en cuanto habia emprendido; y que desconcertado por la mala fortuna, habia leido que en el Brasil se iban á repartir tierras y salió con ese destino. Pero que habiéndose detenido en Montevideo por falta de recursos, habia conocido á Carrera: habia tomado interés por sus infortunios, y procurado serle útil si podia: que despues resolvieron tentar fortuna en Chile: y que nada de esto era un crímen, ni tentativa de tal.

Robert negó que sus cartas contuvieran prueba alguna del crímen: que eran meras opiniones, y que en un país libre es iniquidad horrenda castigar opiniones. Dijo que era muy caballero, y muy liberal tambien, para ser hombre de puñal ó veneno, que por lo demás cualquiera que fuese su propósito al ir á Chile, el gobierno de Buenos Aires no era órgano de las leyes de aquel país, ni tutor de sus autoridades. Que era cierto que se habia encargado de corresponder con Carrera á quien profesaba la mas tierna aficion; pero que no era crímen ser amigo de un desgraciado.

El fiscal concluyó sin embargo, pidiendo la última pena; porque, para él, estaba tan proba-

do el conato de asesinato como la conspiracion política contra el órden legal: que por consiguiente habia crimen privado y tambien crímen de lesa patria; tanto mas inícuos, el uno y el otro, cuanto que habian sido tramados por aventureros estraños y advenedizos, que nada habian sufrido por acto directo ó indirecto del país; y cuya intervencion dañina en nuestros asuntos era mas irritante y criminal por lo mismo que era mas gratuita.

Aunque el proceso se habia iniciado con grande aparato, los procedimientos empezaron á caer en tanta calma desde Diciembre á Febrero, que todos parecian convencidos de que su resultado final seria la expulsion de los reos: cuando por desgracia suya, durante la causa, reventó, como un trueno, uno de esos sucesos trágicos, sorprendentes y ruidosos, que sacuden las fibras sociales de un pueblo, y que por algun tiempo dejan aterrados á todos, oscureciendo el criterio moral de los que tienen que medir y aplicar la oportunidad de los medios con que haya de hacerse la represion.

Habíanse depositado en *San Luis*, como provincia solitaria y aislada donde podia hacerse mejor vijilancia, á todos los prisioneros españoles tomados en las jornadas de *Chacabuco*, de *Maipu* y de *Salta*. En aquella reunion de hombres desgraciados y ofendidos, dominaban Ordoñez, Primo de la Rivera, Morla y Mor-

gado, por su mérito indisputable como gefes de *cabeza* y de *accion* (9) que tenian bien probado un ascendiente merecido entre los suyos.

Cuando el General Alvear ocupó á Montevideo en 1814 quedaron en su poder cuatro mil y tantos veteranos. Como el jóven general habia servido en España, y era insinuante y prestigioso por demás, tuvo la destreza de convencer á una gran parte de los oficiales jóvenes prisioneros, que nuestra guerra no era una guerra nacional entre razas incompatibles: que eramos y queriamos ser españoles como nacion, como idioma, y como hijos de una misma patria, y que lo único que reclamábamos era libertades políticas con la independencia necesaria para que un tirano como Fernando VII y los traficantes vampiros de Cádiz no pudiesen imponernos, su yugo el uno, y los otros—las bárbaras leyes del monopolio contra la riqueza propia de un país que era una parte de la España. El mismo se ofrecia como ejemplo del caso; y les protestaba que nada mas que eso era lo que le habia decidido á buscar y servir una España Nueva, liberal y regenerada, que era posible y fácil en el Rio de la Plata pero imposible en la península ibérica. Ganados así muchos oficiales de la guarnicion realista de Montevideo, se adhirieron al jóven general y aceptaron servicio en nuestras filas. Cai-

(9) Opinion de San Martin: véase adelante.

do Alvear, sufrieròn muchos de ellos el cruel desengaño del contraste: el mayor número trató de buscar modo de retrotraerse á su primitivo estado: otros continuaron sumisos á los nuevos gefes del ejército; y no pocos ligados por amistad al gefe caido, continuaron polìticamente adheridos á él y con la esperanza de un restablecimiento mas ó menos próximo de su influjo. Como sucede hay casi siempre alguno que en estos casos sobresale por su afecto y por su lealtad; y ese alguno fué, en el partido personal del General Alvear, don Agustin Murguiondo, sugeto muy estimado de cuantos le conocieron y trataron hasta sus últimos dias. Animoso y emprendedor tomó á su cargo entablar negociaciones con los numerosos prisioneros recogidos á *San Luis* á fin de que adoptasen como él la nueva patria y el partido del general Alvear; ya que por su larga residencia, por sus ideas liberales y por sus conexiones, era lo mas ventajoso para ellos acomodarse en América. (10) Los unos por este motivo; los otros con el propósito de recuperar su libertad para retirarse á Europa ó volver á sus banderas, se comprometieron á levantarse desde que fueran apoyados por las mon-

(10) De él mismo lo tengo, habiéndomelo referido en Montevideo á mí y al señor don Estéban Echeverria en 1846. Además, Gaceta de B. A. núm. 111, 31 de Diciembre (1819).

toneras de Santa-Fé y Entrerrios dirigidas por el general Alvear y don José Miguel Carrera. Era esta una de las partes principales del complot en que habian entrado los franceses ya nombrados ; y á ligar ó combinar los medios era que habian partido Robert, Young y Vigil. Hecha la combinacion, con Carrera, Robert y Young, trayendo á su servicio algunos chilenos para quienes llevaban señas de inteligencia, debian esperar en Chile el alzamiento de San Luis, y asesinar á San Martin y á O'Higgins.

Hallábase desempeñando la Tenencia-gobernacion de San Luis el Teniente coronel don Vicente Dupuy ; hombre firme, y de excelentes modales, que si bien sabia tener en órden y respeto los 300 y tantos prisioneros encomendados á su vigilancia, les permitia hacer una vida libre, y comprimida únicamente en cuanto al forzoso límite de la aldea á que estaban confinados. El trato que Dupuy les daba era consiguiente á la distincion personal de los oficiales superiores, y al cuidado que le merecian las demás clases, á quienes procuraba darles trabajo y conchavos en las chacras ó puestos de los alrededores. Los mismos gefes tenian habitaciones propias dotadas de huerto y de jardin donde podian tomar libre solaz ; y como el lugar era entonces un punto aislado en las Pampas, se hacia tan dificil la fuga en grupo ó aisladamente, que casi no se ejercia mas vigilancia que la visita domici-

liaria que por forma se les hacia dos veces al dia para comprobar su presencia. Comparada esta residencia, ó depósito de prisioneros, con la situacion de los sud-americanos en las *Casas-matas* del Callao, y en las cárceles de Oruro, se puede decir que eran tan felices los unos como horriblemente atormentados los otros: vivian aquellos en contacto con las alegrias de la naturaleza y con los esplendores de la vegetacion; estos enterrados en las masas de piedra y en la lobreguez de los calabozos que habia construido el Tribunal de la Inquisicion.

Así parece que lo creian los prisioneros de San Luis por el trato franco y amistoso que mantenian con el gobernador Dupuy y con las familias de la Villa, donde visitaban sin mas reato que el que cada una de ellas les imponia por su porte y por sus hâbitos. A la llegada de Monteagudo, deportado aunque no prisionero, los españoles lo visitaron, con la esperanza quizá de encontrarse con el antiguo *alvearista:* de hacer conjunto comun de enojos políticos y de encontrar afinidad en los propósitos; pero Monteagudo no les dió ocasion de desatar jareta; y como era hombre que no podia vivir sin preocuparse de amores (11) surgió de repente entre Ordoñez y él, una cuestion grave de rivalidades y favoritismo mugeril, que encendió la ira del desterrado con-

(11) Véase el vol. IV, pag. 65 y 66.

tra el prisionero, y que por mas que este hizo para evitar las consecuencias del encuentro, le fué imposible congraciarse con quien además de todo le odiaba no solo como español sino con el recuerdo de sus hechos en *Talcahuano* y de *Cancharayada.*

Bien avisado estaba Duyuy de que no prestara influjo á los consejos de Monteagudo. Pero, á pesar de eso, la irresistible superioridad del talento y la singular firmeza de las ideas y de las previsiones que parecian ser un don natural de su carácter, iba poco á poco, doblando todas las asperezas que Dupuy le habia puesto en los primeros dias, y se establecia visiblemente una relacion íntima que comenzaba á ser respetuosa y obsecuente de parte del Teniente gobernador.

Los complotados de San Luis no esperaban otra cosa para levantarse, que el aviso definitivo que se les habia prometido de Montevideo, y el pronunciamiento armado del caudillo de Santa-Fé contra el gobierno general. Pero descubiertos y encausados los conjurados franceses, quedaron aquellos otros pendientes solo de los movimientos de Santa Fé. En efecto, en Agosto de 1818, Estanislao Lopez se puso de acuerdo con Ramirez para derrocar al gobernador don Mariano Vera y colocarse en el mando haciendo armas al instante contra Buenos Aires; facilitarle á Ramirez el paso del Paraná y pre-

parar la invasion que ambos querian hacer sobre la campaña de Buenos Aires. En el momento en que el Supremo Director lo supo, ordenó al general Belgrano que desprendiese una division fuerte del Ejército de Tucuman; y el general don Juan Ramon Balcarce, gefe del *Ejército del Centro* trasladó su campo del Pergamino al *Arroyo del Medio* para operar en combinacion con aquella otra fuerza á cuya cabeza debia venir el Coronel Bustos. A fin de dar lugar al momento oportuno, este gefe se acampó en el *Fraile Muerto* con 400 hombres. Los santafecinos cayeron sobre él de sorpresa el 9 de Noviembre de 1818; pero fueron rechazados sin que Bustos pudiera sacar ventaja ninguna por falta de caballeria bastante sólida para arrollar y sablear las hordas de los montoneros. Con este ejemplo, Bustos le pidió al general Belgrano que le mandase algunos cuerpos de caballeria veterana y creyó prudente retirarse hasta la *Villa de Ranchos*.

Apercibido de la situacion, el Supremo Director apostrofó al General San Martin que le enviase los dos mil hombres, al menos, convenidos; puesto que habia recibido ya los 500 mil pesos del pacto. El General San Martin habia á ese tiempo regresado á Chile, y se hallaba tomando campo y restableciendo su salud en *Curimon*. En lo que menos pensaba ya era en desprenderse de parte alguna de *sus* tropas. Su con-

testacion fué que él mismo en persona iba á volver á Cuyo; y que al efecto *habia pasado órdenes* perentorias al general A. Balcarce que le mandase tales y cuales cuerpos de los que bajo su mando operaban en el Sur de Chile.

Como era esto precisamente lo que previan y trataban de estorbar los conjurados de *San Luis* resolvieron dar inmediatamente el golpe: matar á Dupuy, apoderarse de San Luis, atacar á Mendoza con cuatrocientos hombres decididos; y segun viniesen los sucesos esperar allí al general Alvear y á Carrera, ó volver por el Sur á reunirse con ellos al nordeste de Córdoba.

Algo se presentia, sin saberse á punto fijo donde estaba y cual era el enemigo que era preciso ultimar. Luzuriaga habia formado sospechas de que el artífice de ese algo oculto y grave que se susurraba, era Monteagudo en servicio de Alvear, y no cesaba de escribirle á San Martin en este sentido. El general no estaba tampoco muy lejos de aceptar estas desconfianzas, y creia que era indispensable tener el ojo fijo sobre el desterrado: que era *capaz de todo* en servicio de la Revolucion, pero *incapaz* de un mal pensamiento siquiera en su contra.

El 8 de Febrero de 1819 á las nueve de la mañana se presentaron á visitar al Gobernador Dupuy—el Brigadier don José Ordoñez, el Coronel don Joaquin Primo de la Rivera, el Coronel don Antonio Morgado, el coronel don Lorenzo Mor-

la, el Capitan Carretero y el Teniente Burguillo. Despues de algunas palabras amigables entre el gobernador y los visitantes, Carretero se echa de improviso sobre Dupuy, diciéndole *só pícaro estás perdido;* y todos los demás hacen lo mismo. Dupuy dá un salto violento hácia atrás; se trepa en un estrado que tenia por la espalda, logra acertarle un puñetazo á Morgado y derribarlo; pero los otros lo dominan inmediatamente: cae con ellos al suelo y se incorpora con un esfuerzo supremo al mismo tiempo, que una grande griteria de pueblo, tiros y alboroto de *¡maten godos!* se oia por toda la calle, y que un grande concurso de gentes procuraba entrar á la casa del Teniente-Gobernador.

Procedia este alboroto popular de que otras dos divisiones de confinados españoles acababan de asaltar, la una—el cuartel de cívicos donde habia bastantes presidarios y prisioneros de baja esfera: y la otra—el principal de la cárcel que tambien contenia muchos detenidos. En el primer momento los conjurados que asaltaban, combinados con algunos presos del interior habian logrado sorprender la fuerza nacional y apoderarse de las armas. Pero habia sido tan rápida y tan valiente la accion del vecindario y de la clase popular, que en un instante ocurrieron cientos de ciudadanos armados; dominaron á los enemigos, retomaron el cuartel ayudados de las guardias que se habian repuesto de la sor-

presa; y mataron á muchísimos de los sublevados dentro del cuartel, de la cárcel y por las calles. Cuando los gefes que habian asaltado á Dupuy sintieron la intervencion del pueblo, el tiroteo, los gritos de venganza y los golpes que el tropel daba en la puerta de la casa, quisieron huir, defendiéndose unos, y pidiendo perdon ó gracia otros. Burguillo mató al Capitan Riveros secretario de Dupuy; y este no solo mató con sus propias manos al Coronel Morgado, sino que mandó decapitar á los demás conforme los fueran cazando por las calles ó por el interior de las casas donde se refugiaban. Así murieron Ordoñez, Morla, Primo de la Rivera y algunos mas. Muchos otros de menor valia fueron tomados con vida; y se les mandó formar un sumario. Nadie mas apto para este ardiente trabajo que Monteagudo; y como Dupuy lo tenia á la mano, tiró un decreto nombrándolo juez de la causa. Monteagudo se habia portado con bravura y decision en los momentos del conflicto. Habia salido á la calle armado, y habia exitado al pueblo á que luchase, persiguiese y matase á los conjurados contra el órden público y contra la independencia de la patria. Cuatro dias de trabajo incesante de toda hora, le bastaron para organizar un sumario voluminoso y prolijo, donde todo quedó asentado y detallado con una luz completa. Así que empezó á orga-

nizarse la causa, el Teniente Gobernador Dupuy ofició al Gobierno General con fecha 11 de Febrero (1819) diciéndole que apenas se concluyese el sumario lo remitiria....« Por ahora solo creo « necesario informar á V. E. que está plena« mente probado que el plan de los conjurados « era irse á unir con la montonera, en virtud de « comunicacion que decian ellos haber recibido « de don José Miguel Carrera y de don Cárlos « de Alvear: estas no se han encontrado aún, y « no hay razones bastantes para darlas por cier« tas; pero lo *indudable es que ellos* decian que « su proyecto era ir á unirse con aquellos». (*Gaceta* del 24 de Febrero de 1819.)

Resultó del proceso, segun ocho declaraciones de oficiales que quedaron vivos, todas contestes con la del Capitan Lira, que fué la mas esplícita, que el plan de los conjurados habia sido apoderarse del Gobernador, del cuartel y de la cárcel al mismo tiempo: poner en libertad cincuenta á sesenta presos que habia allí, de los tomados á los montoneros de Santa Fé por Bustos, armarse todos y ponerse en marcha. Resultaban inocentes y sin ninguna participacion—el Mariscal don Francisco Marcó del Pont, el Coronel Bernedo y tres soldados, que fueron absueltos segun el dictámen jurídico de Monteagudo. Todos los demás fueron inmediatamente sentenciados á ser pasados por las armas, y fueron ejecutados el

15 de Febrero de 1819. Véase ahora el terror que este suceso produjo en Chile. (12)

El General San Martin seguia en Curimon preparándose segun decia á pasar con fuerzas á Mendoza y formar allí la division ó ejèrcito que habia de entregar al General M. Balcarce. Derrepente el 17 de Febrero le llega la tremenda noticia de que los prisioneros y los montoneros se habian apoderado de San Luis ; é inmediatamente le escribe á O'Higgins :—« Mi amigo : ahora « mas que nunca se necesita de que V. haga un « esfuerzo *para auxiliar* á la provincia de Cuyo. « Yo partiré esta noche y espero sacar todo el « partido posible de las circunstancias *críticas* « en que nos hallamos. Temo que todos los « prisioneros españoles se hayan incorporado « ya en la montonera, y *creo* que nos pueden

(12) Los enemigos del Supremo Director y del General San Martin han procurado hacer pasar este complot por una *farsa sangrienta inventada* por la cobardía cruel de Dupuy y de Luzuriaga. Esta calumnia ha podido tener cabida en algunos antes de que escribiera Torrente. Pero despues nó. Este historiador español, realista empecinado, que nada concede jamás de aquello que pudiera justificar á nuestros hombres de aquel tiempo, ó los actos que ejecutaron, conviene categóricamente en que los prisioneros españoles asaltaron á Dupuy en su casa, en que asaltaron la cárcel y un cuartel. Verdad es que diserta á su antojo contra los *mónstruos desapiadados* que despues de haber vencido á los realistas se *cebaron* en el castigo y en la venganza.

« hacer un mal incalculable: Chile no puede
« mantenerse en órden, y se contajiará lo mis-
« mo que lo demás, si no acudimos á tiempo:
« que no quede un solo prisionero: reúnalos V.
« á todos: eche la mano á todo hombre que por
« sus opiniones sea enemigo de la tranquilidad
« pública: en una palabra, es menester emplear
« en estos momentos la energía mas costante.
« El Comandante Justos pasa á esa á entregar-
« se de los *pertrechos* que *deben marchar* á Cu-
« yo: EL ÓRDEN INTERIOR NOS ES MAS INTERE-
« SANTE QUE CINCUENTA ESPEDICIONES (al Pe-
« rú). (13) Haga V. por Dios que los efectos pedi-
« dos marchen volando á Mendoza, pues aquella
« provincia se halla enteramente con los brazos
« cruzados. Las-Heras queda encargado de
« este canton; y Balcarce debe venir pronto». (14)
Mejor informado un momento despues agrega:
«P. D. Mi amigo, vamos claros: si V. quie-
« re que se mantenga el órden en ese pais, man-
« de V. por via de precaucion á la isla de Juan
« Fernandez á todos los carreristas....ese paso
« debe darse con prontitud segun mi opinion

(13) Ojalá que así hubiera pensado siempre, pero cuando cayó Buenos Aires—*Una sola espedicion* valió mas en su ánimo que el deber de salvar el órden.

(14) Alude al general don Antonio á quien daba órden de venir con las fuerzas que tenia al Sur. No se confunda á este general con sus hermanos don Marcos y don Juan Ramon.

« ....Habilíteme V. con caballos á Necochea,
« para que esté pronto para cualquier incidente.
« Lo mismo digo á V. para su escolta ; pues es
« imposible que Ordóñez, Primo de la Rivera y
« demás gefes que han muerto, y que eran todos
« hombres de cálculo y de instruccion, se pu-
« diesen meter en una conjuracion como esta
« *sin que estuviese apoyada con muchas ramifi-*
« *caciones* en Chile y Provincias Unidas. Ojo al
« charqui ; y prevenirse con toda actividad. »

San Martin llega á Mendoza inmediatamente, preocupado siempre contra Monteagudo creyéndolo complicado en estos sucesos :—« Luzu-
« riaga me ha dicho esta mañana (escribe) que
« un vecino honrado de esta le ha asegurado ha-
« ber visto una carta de Monteagudo en que
« nos hace muy pocos favores á V., á mí y á
« ese pueblo. Luzuriaga ha quedado en lla-
« marlo al que la tiene y presentármela : lo que
« resulte avisaré á V. » Entretanto, pocos momentos despues sabe que Monteagudo habia tenido la conducta de un patriota firme : y que puesto al lado de Dupuy como ministro, como Juez, como director, habia sido en las calles el alma de la resistencia y quien habia puesto á la autoridad en aptitud de restablecer completamente la quietud pública y la confianza que San Martin creia completamente subvertida y arruinada. El general se arrepiente entonces de la injusticia palpitante con que habia calumniado en su propio

juicio al ardiente patriota: siente remordimientos: del enojo pasa á la reflexion: viene Monteagudo á Mendoza, y se echa á sus piés: llora, se arrepiente, y ofrece mayor moderacion en sus procederes. El General se conduele de la dureza del castigo y resuelve premiar el ejemplo de abnegacion y de energía con que Monteagudo habia retemplado los ánimos en San Luis, restableciéndolo en el servicio de la patria.—« Debo « al General San Martin (le escribe Monteagudo « á O'Higgins) el favor de haberme permitido ve- « nir aquí, y estar de Auditor interino. Ojalá « tenga el placer de volver á ver á V. y acredi- « tarle que mis sentimientos hácia su persona « son sínceros é invariables ».

En la profunda alarma que le causó el complot de San Luis, el General San Martin tuvo pues que hacer justicia tambien al juicio y al derecho del Supremo Director; tuvo que convenir ahora con él en que *el órden interior era mas interesante que cincuenta espediciones al Perú*. Pero por desgracia, esa esclamacion que solo se le habia ocurrido al peligro de ver destruida la base de operaciones del *Ejército de los Andes en Cuyo*, fué vana y olvidada cuando solo fué Buenos Aires el que corria peores peligros. Entonces volvió á pensar que *la Espedicion* al Perú era preferente á la salvacion del órden público y á la intervencion del ejército de los Andes en lo que él llamaba *guerra civil:* y así procedió

al fin en 1820. La gloria tiene tambien sus grandes deslices: y bien decia un grande pensador romano: *non omne quod licet, honestum.*

Entonces fué que el General San Martin se resolvió á acantonar en Mendoza una fuerte division, compuesta del Regimiento de infanteria *Cazadores de los Andes*, cuyo personal ascendia á mil doscientos soldados de primera fuerza, al mando de Alvarado y de Zequeira: puso allí tambien al escuadron *Cazadores á caballo,* y tres escuadrones de *Granaderos á caballo*; quedando en *Santa Rosa*, entre Mendoza y Chile, el Regimiento Nº 11 al mando del Coronel Las Heras.

Esta situacion hábilmente estratégica, tenia tres objetos: el primero—cubrir á Chile de toda tentativa que Carrera procurase hacer tomando el camino de las pampas para caer sobre Mendoza: el segundo—estar en aptitud de caer prontamente sobre Chile tambien si allí reventara algun desórden grave: y el tercero—conservar la base de operaciones en Mendoza mientras el ejército se remontaba y se ponia en aptitud de operar.

Bajo el influjo de tan graves consecuencias, el crimen político de los *cómplices franceses* tomó un carácter harto sério para que pudiese tratársele con indiferencia. Las leyes de aquel tiempo, y las doctrinas fundadas en su texto, eran demasiado esplícitas, y obedecian á principios que entonces no tenian como ahora atenuacio-

nes morales. El Tribunal Militar que conocia de la causa de *insurreccion armada,* condenó á Robert y á Lagresse á la pena de muerte; y á expulsion por siempre á los demás encausados. Robert y Lagresse pidieron comer juntos la víspera de su ejecucion, á la manera de las víctimas que caian bajo la cuchilla de la Convencion; y fueron pasados por las armas el 3 de Abril de 1819. Sus compatriotas pidieron los cadáveres; se les entregaron; y despues de hacerles las fúnebres exequias, los inhumaron en el átrio de *La Merced.* (15)

En Francia y en cualquier parte de Europa en que hubieran cometido el mismo atentado, habrian tenido igual fin, *ellos* y *todos los cómplices.* ¿Qué diríase si lo hubiesen hecho estrangeros ó sud-americanos sin motivos propios para tomar esa actitud en el país de su delito? Hacemos esta reflexion, por que esa ejecucion ha dado pretesto á escritores mal prevenidos como Vicuña-Mackenna y Torrente á declamaciones pueriles, sin tener presentes la complicidad con lo de San Luis las doctrinas del tiempo á que aluden, y los principios en que reposaba el órden público en aquellos tiempos.

---

(15) Lagresse escribió á su padre desde *la capilla* diciéndole que cuando vino á este país nada estaba mas lejos de su ánimo que meterse en las cosas de la política, pero que su destino lo habia ingerido en ella.

CAPITULO X

EL RIO DE LA PLATA EN LA DIPLOMACIA EUROPEA

SUMARIO—Las grandes miras de Garcia desgraciadamente inutilizadas por Pueyrredon—Nuevas faces de los intereses diplomáticos—La Francia y el Rio de la Plata —Iniciativa del Duque de San Carlos—Acojida de Wellington — Diligencias del señor Rivadavia — La cuestion de dinastia mirada con indiferencia—Informaciones de Mr. Rush—Mr. Clay y los Sud-Americanos—La Comision investigadora de los Estados Uuidos—La Santa Alianza, la Inglaterra y los Estados Unidos—Mr. Rush y Lord Castlerreagh—Vistas y proposiciones del señor Rivadavia — El señor José Valentin Gomez —Sus antecedentes, su carácter, su retrato—Su nombramiento para atender en Paris á los intereses argentinos — Gomez y Garcia — El Marqués de la Palmella—Actitud de España—Las gestiones monárquicas—Inglaterra y Francia—Combinaciones Borbónicas—La Rusia en España—El general Dessolle y sus amigos—El Baron de Reyneval y el señor Gomez—Conferencia del señor Gomez con el Presidente del Consejo General Dessolle—El Príncipe de Luca—Actitud poco sincera del gobierno francés—Sentido doble de la negociacion por parte del gobierno y de los agentes

Argentinos—Inminencia tremenda del peligro—La España rehusa la propuesta francesa—Indecision de las cosas y proximidad de los sucesos.

Las grandes y trascendentales vistas del señor Garcia habian fracasado, como hemos visto, por la timidez y la lentitud del señor Pueyrredon Director Supremo del Estado. Si este hubiera aceptado en Mayo de 1817 el importantísimo tratado de alianza que su hábil plenipotenciario habia celebrado en Abril con el Rey de Portugal, habria venido á ser tan grave la dificultad para las Potencias reunidas en el Congreso de Aix-la-Chapelle, que no habria quedado allí mas alternativa que obligar á la España al reconocimiento inmediato de nuestra independencia: ó consentir que rompiera entre las dos potencias una guerra, que á poco andar tenia que convertirse en guerra europea. Es evidente que en este último caso, la España habria invadido á Portugal con el beneplácito de la Francia y de la Rusia cuando menos, y que puesta en ese tremendo conflicto, la Inglaterra no habria podido quedar inerte. Habria entrado necesariamente á figurar con su poderosa diplomacia y con la prepotencia que entónces ejercia sobre la Europa. El Rey don Juan, nuestro aliado, se hallaba en Rio Janeiro al abrigo de toda tentativa hostil, y de toda presion diplomática. La lealtad reconocida de su carácter y de su gobierno, á la par

que los intereses americanos de su corona, lo habrian mantenido fiel al pacto comun que nos habria unido; y la solucion no habria podido ser otra que el reconocimiento de nuestra independencia. Por que al fin y al cabo, los derechos de España, evidentemente contrarios á los intereses comerciales de Europa, no valian tanto como para que fueran motivo de una guerra europea; y el hilo se habria cortado por lo mas delgado, como dice el adajio. (1)

El fracaso de esta importante negociacion por culpa de su propio gobierno fué para Garcia tan grande contrariedad en el camino de nuestra independencia, como lo fué para Alvear la revolucion de 1815 que le privó de marchar por el Alto-perú hasta Lima, en el momento en que todo el país incluso el Cuzco, Arequipa y la sierra desde Puno á Jauja, se hallaban en completa insurreccion contra el gobierno colonial.

Desde la brillante altura en que pudo ser

(1) No será de más recordar aquí que ese tratado contenia este artículo—14: Como la conducta de S. M. F. el Rey de Portugal, aunque justa y legítima, se considera *opuesta* á las exigencias actuales de S. M. el Rey de España, lo cual pudiera traer un rompimiento, queda ajustado para tal caso por ambos gobiernos, que habrá entre ellos una alianza defensiva eventual, que *será publicada juntamente con el reconocimiento solemne de la Independencia de las Provincias Unidas del Rio de la Plata* por S. M. F. en el momento de sobrevenir el expresado accidente. (*artículo reservado.*) Véase el vól. VI, pág. 748.

protagonista, enviado necesario quizá del Gobierno Argentino en el Congreso de las Potencias Europeas de Aix-la-Chapelle, tuvo Garcia que quedar reducido al nímio papel de los arreglos caseros, y salvar al menos aquellos intereses mas elementales que mejor podian garantir los puertos del Rio de la Plata contra las nuevas expediciones de España; y dejar al Brasil en posesion de la Banda Oriental, con tal de que pusiese término al ominoso cacicazgo de Artigas en el litoral.

A pesar de haber descendido el nivel de nuestra grande diplomacia por la timidez y las vacilaciones del señor Pueyrredon para aprovechar con rapidez y firmeza la ocasion que se le presentó, el Rey del Brasil y Portugal habia comprometido demasiado su lealtad y buenos procederes en favor nuestro para que el hábil diplomático que cuidaba allí de nuestros intereses le permitiera soltarse completamente de la robusta y afectuosa mano que estrechaba las suyas; y aunque sus Embajadores en Paris y en Lóndres negaran *oficialmente* sus hechos y compromisos, de acuerdo con lo que estaba tratado con el Gobierno Argentino, ningun Soberano ignoraba la verdad y la importancia de esos compromisos; y él mismo tenia que mantenerse, por honra propia y por dignidad política, favorablemente ligado á la causa de la independencia argentina, agenciándola con empeño por medio de sus mis-

mos embajadores ante las cortes de Paris y de Lóndres. (2)

Fácil es comprender que en esta situacion aún cuando la alianza no hubiera tenido lugar, ó hubiera quedado desgraciadamente sin efecto, le interesaba altamente al honrado Rey de Portugal (3) hacer lo posible por allanar las dificultades eventuales que pudiera ocasionarle la situacion embarazosa que tenia que mantener entre su política americana y los intrincados problemas de la diplomacia europea en aquel momento: cuya base era la reintegracion de todos los territorios usurpados y fraccionados, al dominio de los respectivos soberanos que habian sido despojados por insurreccion ó conquistas. Para ello, lo mas

(2) En el tratado de Garcia con el gobierno portugués que antes mencionamos se contenia este otro artículo—« Los artículos reservados quedarán en el sigilo mas inviolable, mientras el órden de los sucesos no aconseje otra cosa, y si apesar de las precauciones llegasen á traslucirse algunos de ellos, el Gobierno Argentino *se obliga á contradecír* de un modo solemne y comprometiendo su dignidad si fuere preciso, la existencia de tales artículos: (artículo 15 página 751.) Fué así que habiendo el Ministro Frances de Rio Janeiro denunciado á su gobierno la existencia de la Alianza, fué interpelado el Duque de la Palmella por el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, y centestó redondamente que la denuncia era inexacta, y que no existia semejante alianza.

(3) Tenia este Rey una notable semejanza de cualidades morales (si no tantos talentos y luces) con su Nieto el actual Emperador don Pedro II.

eficaz era atraerse la buena voluntad de la Inglaterra; que habiéndose apoderado en Africa y en Asia de ricas colonias y puertos importantes como el del *Cabo de Buena Esperanza* y otros, no estaba del todo con la teoría de esas reintégraciones, que segun su entender serian convenientes cuando mas en los territorios de Europa pero nó totalmente aceptables en los paises coloniales, donde habrian sido funestas para su comercio é industria. En aquel momento (1818) los Estados Unidos tenian con España una cuestion enojosa, sobre las Dos Floridas, que no estaba muy lejos de convertirse en una guerra; y ya por esto, ya por sus mismos antecedentes, ó por los intereses continentales, habia comenzado á diseñarse en su prensa y en las reticencias mismas de su diplomacia, una teoría política—de que si los pueblos hispano-americanos se mostraban capaces de defender sus derechos y de establecer gobiernos cultos que respetasen las leyes fundamentales del Derecho de Gentes, debia reconocérseles como naciones, y garantirles todos los derechos de la mas completa neutralidad y comercio, sin perjuicio de que la España continuara ó nó su cuestion y su guerra con ellos.

Tenia confianza el gobierno portugués en que los intereses comerciales de Inglaterra, análogos y comunes con los suyos y con el espíritu constitucional y político de los Estados Unidos, habrian de hacer al fin que se adoptase con firmeza

la necesidad y el empeño de imponer esta solucion á la España cuyo antecedente habia dado él mismo constituyendo al Brasil en corona independiente del Reino de Portugal. Despues de la victoria de *Maipu* la España debia contentarse con salvar el Perú si podia, renunciando á las Provincias Unidas del Rio de la Plata y á Chile; pues visto el auge que habia tomado en Buenos Aires el tráfico inglés y portugués, no era posible resignarse á que una expedicion como la que se preparaba en Cádiz viniese á barbarizar el país y destrozar una nacionalidad viva y rica dentro de la cual el comercio de los neutrales representaba ya muchos millones con halagüeñas perspectivas de un ensanche fabuloso el dia que se consolidase la paz. (4)

(4) Desde el mes de Abril de 1818 se sabia en Buenos Aires que se estaba concentrando en Cádiz una fuerza considerable contra la capital argentina. La *Gaceta* del 29 de Abril trascribia un artículo del *Morning Chronicle*, en que se decia—«En uno de nuestros números anteriores observamos ya que antes de hacer partir su EXPEDICION DE CÁDIZ, la España tendria que vencer el obstáculo que encontrará en la ocupacion portuguesa de Montevideo que tal vez sea el *palladium* de la América Española. Para salvar ese obstáculo es que España se ha hecho de la escuadrilla rusa sometiéndose á las imposiciones del Autócrata Ruso, y que prepara, por medio de ingentes sacrificios, *algunos miles de soldados* para ir á tomar aquella primera posicion.» La misma Gaceta inglesa trascrita en Buenos Aires el 4 de Noviembre de 1818 decia—que ya estaban reunidos en Cádiz 8,000 hombres, y que la *Nueva Expedicion* daria la vela á principios de Julio de 1819.

Y la verdad es que ese próspero progreso se hacia ya notar en 1818. El señor Pueyrredon le escribia al señor Guido en 16 de Julio—«Aquí « no se conoce que hay guerra; y si no fuera « por el *Medio Millon* que estoy sacando para « mandar á ese país (Chile) ni los *godos* se « acordarian yá de Fernando VII.» (5) Tal era el importantísimo movimiento de mejora económica y moral en que habia entrado nuestro país despues de la victoria de *Maipu;* y bien se habrá visto por el importantísimo artículo del Times (pág. 224) que la política del gabinete Inglés andaba ya vacilante, y muy inclinada á una evolucion asaz significativa en el sentido de la política portuguesa, que era el de sus propios intereses. Cuando una potencia de esa magnitud toma esta clase de declives, podrán faltarle medios directos de hacer triunfar sus conveniencias, pero jamás le faltan medios indirectos; y era bien claro que la Inglaterra estaba ya resuelta á usar, en beneficio propio, de la iniciativa que habia tomado el gobierno portugués.

En cuanto á la Francia, el asunto era algo mas complejo. Sus intereses comerciales, los de su naciente y preciosa industria, y los de su marina mercante ligada á tantos y tan bellos puertos como los que tiene á uno y otro lado de sus costas, eran estímulos, que estudiados en si mismos y

(5) Papeles de Guido, pág. 129.

por los hombres de ideas liberales, la empujaban socialmente en el mismo sentido que á la Inglaterra y Portugal. Pero desgraciadamente se hallaba en manos de un partido gubernamental reaccionario, y de un Rey estrechamente ligado por los vínculos de la familia y de los intereses dinásticos al de España. El gabinete no desconocia el inmenso interés que llamaba á la nacion á frecuentar los mercados Sud-americanos, interés tanto mas grande cuanto que despues de las guerras del Pacto de Familia, y de las guerras napoleónicas, la Francia habia perdido todas sus colonias y habia visto arruinarse su marina de guerra y su marina mercante por la imposibilidad de navegar en mar alguno en que durante 25 años la habian tenido los cruceros y las escuadras inglesas.

Sinembargo, el gobierno francés, lo mismo que la nacion, se sentia atraido á la América del Sur, al Rio de la Plata sobre todo, como todas las naciones de su vecindad. Pero no pudiendo tomar el camino franco y liberal que iba á tomar Inglaterra, y que habia tomado ya Portugal, andaba trabajando lentamente una manera de llegar á lo mismo con la aprobacion de Fernando VII, haciéndose de una rica y opulenta colonia. Pensaba nada menos que en adquirir á Méjico ó á Buenos Aires. A la vista tenia el miserable estado de las finanzas y de la situacion moral y económica en que se hallaba

la España. Sabia á ciencia cierta que sin auxilios estrangeros, España no podia prevalecer sobre los independientes del Nuevo Mundo, que alzados y victoriosos estaban contra ella, desde el Cabo de Hornos hasta Méjico; y protestando sus mas decididas simpatias por la restauracion del régimen colonial, hacia comprender que si fuera monarquia absoluta ya habria estendido sus dos brazos en proteccion del Rey Católico, pero que teniendo que contar con Cámaras, con electores y con Ministros Parlamentarios, era menester halagar las necesidades y los apetitos de la nacion, cediéndole algunos territorios en compensacion de una alianza que tomaria sobre sí la consecucion completa de sus deseos. No habia prestado oidos Fernando á estas leves insinuaciones; pero, como todos veian que se aproximaba para España una grande y terrible crísis, el gobierno francés sabia que el Rey Católico se veria obligado á echarse en sus brazos; y que vendria de suyo la ocasion, no solo de salir á defender su trono, sino de ayudarlo, mediante buenas compensaciones, á reintegrar su imperio Colonial.

A pesar de la mala disposicion del gobierno francés, los negocios del Rio de la Plata despertaban vivísimo interés en los gremios del comercio y de la industria. Encarcelados durante tantos años en el aislamiento en que los habian

tenido las incesantes guerras del Imperio, y los poderosos bloqueos de los ingleses, anhelaban por respirar las brisas del mar y estender las fuerzas productoras de su inteligencia y de su industria por el mundo esterior donde estaban los compradores y el oro que debia pagarlas. El señor Rivadavia que buscaba con incesante solicitud medios de ensanchar su accion en beneficio de su patria, se habia hecho de amigos que lo escuchaban y que comenzaron á tener felices resultados en sus primeras operaciones de comercio. Uno de ellos el señor Leloir (don Francisco Antonio) vino á Buenos Aires con una especie de comision privada de los comerciantes del Havre. Varias casas de allí le encargaron que protegiese á los agentes que mandaran y que cuidase de los negocios que trajeran. Se hizo con esto no solo un verdadero Consul sino un centro de buenos negocios: que dada su honorabilidad, su juicio, su acierto, le dieron una posicion respetabilísima, y consideraciones de todo género en la que debia ser desde entónces la patria de sus hijos.

Contribuia muchísimo al influjo de estas ideas y de los intereses comerciales el Abate de Pradt: fecundísimo y elocuente escritor que repetia uno sobre otro sus interesantes folletos en favor de la independencia sud-americana, y de las enormes conveniencias que el mundo civilizado tenia en ella; y como era un escritor libe-

ral, insistente y bien quisto, aunque bonapartista en otro tiempo, sus escritos gozaban de grande y general aplauso en toda la Europa, muy afectada ya por las ideas modernas.

Contaba España en el Congreso de las Potencias con la proteccion de Lord Wellington representante de la Inglaterra; y en la esperanza de que esa proteccion fuese decisiva le encargó al Duque de San Carlos que recabase el apoyo del ilustre Duque y gestionase la necesidad de que se le ayudara por las negociaciones ó por la fuerza á recuperar el imperio de sus colonias americanas; prévio acuerdo de que restablecido ese imperio, se modificaría el régimen interno en beneficio de las naciones europeas, en tanto cuanto fuera adaptado á su seguridad y á las leyes del reino. Aceptó Lord Wellington la idea en general; y trató de conferenciar sobre el asunto con Lord Castlerreagh y con Mr. Canning, que, aunque encargado en el gabinete de un ramo secundario, comenzaba á tener en el Parlamento una mayoria predominante, y era en aquel momento el ídolo de los banqueros y comerciantes de la *City*. Castlerreagh opinó que el gobierno inglés podria encargarse de la mediacion propuesta á condicion de que en el tratado entrase la concesion del comercio libre de las colonias. Wellington observó que semejante condicion en territorios tan vastos y costas que abrazaban una gran parte de los mares

podria ser mirada por la España como una imposicion de la independencia de sus colonias; y Canning manifestó entónces que la única parte que la Inglaterra debia tomar en esta cuestion, era la que correspondia á una estricta neutralidad entre gobiernos de hecho, que cumplian sus deberes internacionales, y la antigua metrópoli que les hacia la guerra: que esta política le permitiria á la Inglaterra proteger legalmente el comercio de sus súbditos mientras no violasen las leyes de uno ó de otro país; y que en esta situacion debia esperar el momento en que los hechos, y su derecho, le aconsejasen acreditar agentes consulares, hacer convenios, y preparar una solucion definitiva á las dificultades, sin atacar los derechos de España ni privarse de los propios, como potencia neutral. Y como ninguna de las dos opiniones del ministerio coincidia con las miras de España, ni con los deseos de Lord Wellington, quedó sin resultado la indicacion del Embajador Español.

Al favor de la plena libertad de que gozaba, la prensa inglesa echaba al viento todo lo que podia alcanzar de estos y de los demás incidentes que tenian lugar en el mundo político; y fué por ella que don Bernardino Rivadavia tuvo ocasion de hacer sonar su nombre y los intereses que representaba, al oido de los hombres políticos cuya atencion habria deseado captarse. Pero nada sério y formal pudo negociar privada ó publica-

mente. Fuê en vano que se hiciese propiciar por algunos personages de grande reputacion pero que se hallaban excluidos de todo influjo político; y que si lo hubieran tenido, habrian hecho resonar en las Cámaras con algun prestigio, los intereses y los derechos argentinos á entrar en la consideracion política de los gabinetes. Fracasó tambien una negociacion bastante efímera que el señor Rivadavia entabló con el mismo Duque de San Cárlos: ni uno ni otro tenian bases asertivas, y al momento quedaron incapacitados de entenderse. Sucedióle lo mismo en una entrevista que á influjo del general Lafayette le concedió el Ministro Desolle.

Sin embargo, dando pasos de todo género, haciéndose del favor de los escritores liberales, proclamando los intereses comerciales; protestando (siempre que alcanzaba á saber que se trataba de concertar algo con España) que á él le tocaba entender en todo lo que se hiciera, por que estaba facultado ampliamente, aûn para tratar de la ereccion de una monarquia constitucional que era su grande anhelo entónces y el único modo que veia de consagrar nuestra independencia, contribuia indudablemente á que se percibiesen al menos, en el mundo europeo, los ecos lejanos y simpáticos de nuestra grande lucha.

La actividad y la insistência de sus trabajos, algunas indicaciones sobre su influjo, propias

de su candor y de la importancia que se atribuia, hicieron pensar y esperar al gobierno y al Congreso, que podria levantar obstáculos á la expedicion de Cádiz, ya fuera obteniendo favores diplomáticos de las grandes potencias, ya logrando entablar la negociacion de una dinastía; operacion larga, larguísima, que podria dar tiempo á conjurar peligros y organizar medios de resistencia. Así fué, que se le autorizó con nuevas credenciales para que abriese proposiciones en ese sentido, al mismo tiempo que se estaba sancionando una Constitucion (la de 1819) cuyos artículos iniciales consagraban el régimen republicano y electivo en toda su esencia.

Entre todos estos intereses que parecian removerse en oscura confusion, el mas apremiante y bien entendido era el que tenia Portugal de desligarse de nosotros, de regularizar su situacion entre las potencias europeas, y de eludir los compromisos en que se hallaba, obteniendo un acuerdo que atrajera al Rey de España á consentir en la independencia del Rio de la Plata. Así cumplia con todos: representaba en ese sentido nuestros intereses: evocaba los de las naciones comerciales: se desprendia de la alianza que habia querido formar con nosotros: conservaba la Banda Oriental; y se ponia en un terreno hácia el cual estaba ya en camino la Inglaterra. Ni á Inglaterra, ni á Portugal,

ni á la Europa, ni á la España tampoco (no pudiendo sometemos) les importaba cosa ninguna que si habiamos de ser independientes fuésemos república ó fuésemos monarquía. Lo que los primeros querian, y lo que habian de acabar por querer los demas, era que se removiesen las trabas que dañaban el comercio ultramarino. Con esto bastaba para que se diesen por satisfechos y para que prescindieran de esos intereses dinásticos que todos habian mirado con el mas profundo despego. Esto era lo práctico ; y de ahí la tibieza con que el señor García habia mirado y tratado siempre esta faz de la cuestion; que no habia sido en sus manos sino un accesorio tendente á poner en pugna á la España con los buenos oficios de los demás gobiernos interesados en encontrar no un trono, sino un término medio conciliatorio y plausible.

Los datos mas sérios con que contamos hoy para conocer la parte de la diplomacia de aquel tiempo relativa á nuestro país, son los informes publicados por Mr. Rush, Ministro de los Estados Unidos en Lóndres desde 1817 á 1825. (6)

Los Estados Unidos, que con los instintos sobérbios de su extraordinaria naturaleza, y de su crecimiento, tenian tambien grandes aprehensiones de que la Santa Alianza pudiera introducirse en la América del Sur por medio de la

(6) *Residence at the Court of London.*

España, y producir el fermento de intereses, de idéas, y de pasiones exóticas, que radicándose en Méjico, en el Perú ó en el Rio de la Plata, fuesen un enorme y peligroso contraste para su prosperidad y para la paz de este continente, habia advertido á sus plenipotenciarios de Parîs y de Londres Mr. Gallatin y Mr. Rush que no descuidasen esta amenaza; y que tuviesen presente que la doctrina de su gobierno era que—«la América era exclusivamente de los Americanos» —sin que por pretesto alguno pudieran ingerirse en sus cuestiones potencias y gobiernos que no tuviesen derechos directos en los asuntos que se ventilaban. El temor de estas complicaciones que no era del todo infundado entonces, tenia inclinado al gobierno de los Estados Unidos á sanjar la cuestion, por su parte, reconociendo la independencia del Rio de la Plata; y para proceder con cordura habia resuelto en 1818 mandar á Buenos Aires una Comision de investigacion, encargada á dos hombres de un alto criterio y de una honorabilidad escepcional, servidos por un secretario estudioso, contraido y trabajador que tenia el deber de tomar datos sobre los medios morales y materiales con que nuestro país podia contar, no solo para defender su independencia, sino para gobernarse y cumplir con los extranjeros los deberes de un pueblo y de un gobierno culto.

El resultado fué plenamente satisfactorio. Los

señores Rodney y Graham en sus informes oficiales; y el señor Secretario Bragkenridge en dos grandes volúmenes de preciadísima importancia, dieron cuenta de que bajo el punto de vista militar teniamos todos los recursos necesarios para hacer imposible que la España pudiera retrotraernos á su yugo: que éramos una nacion culta donde el extranjero era tratado y visto con favores ilimitados: que nuestras leyes eran liberales: las doctrinas sociales tan perfectas y adelantadas como en los Estados Unidos; y que si bien no habíamos llegado á tranquilizar las olas revolucionarias levantadas por la guerra y por la revolucion, las cosas se desenvolvian con una tendencia marcada hácia el gobierno republicano bajo principios análogos á los de la América del Norte.

Munido de la correspondencia confidencial y de los informes que le trasmitió Mr. Rodney, el famoso Clay, el modelo mas acabado que nos presenta el mundo moderno del civismo y de la virtud unidos al poder de la elocuencia, levantaba su voz en las Cámaras de su patria y se hacia aplaudir pronunciando estas palabras que resonaron en el mundo europeo, como espresion de la política del Presidente Monroe en los asuntos de la América del Sur: — « Es contra toda « verdad y contra toda justicia que se haya que« rido hacérsenos creer que los Sud-America« nos están imbuidos en tan grande ignorancia

« y atraso, que son incapaces de constituir go-
« biernos libres y cultos. Esta es la irritante y
« falsa doctrina de los tronos, pero es contraria á
« los hechos y á la naturaleza de las cosas. Los
« Sud-Americanos adoptan nuestros propios
« principios, copian nuestras instituciones, y
« casi siempre las consignan con los mismos
« conceptos que nosotros empleabamos duran-
« te nuestra revolucion ». (7)

De este modo pues la sociabilidad americana, al norte y al sur, venian á tocarse, casi simpáticamente, con los problemas que preocupaban al gabinete inglés acerca de las cuestiones diplomáticas suscitadas por el bárbaro sistema que la España, ayudada por la Santa Alianza, querian restablecer en las naciones europeas y en sus posesiones coloniales. Lord Castlerreagh, que no estaba del todo en las ideas de Mr. Canning, y que creia necesario contemporizar con las potencias del continente y con Lord Wellington, buscó un medio hábil de descartarse de los compromisos en que estos antecedentes lo colocaban ; y dando á los Estados Unidos la importancia que realmente tenian, por su vecindad con Méjico y con las regiones del Norte, trató, no tanto de buscar, pues bien la sabia, sino de dejar oficialmente comprobada cual era la política que en todo caso estaba dispuesto á

(7) Clay, Speeches vol. I, pp. 89-90.

seguir el gabinete de Washington en la grave cuestion de la España con sus colonias. El pensaba, le dijo á Mr. Rush, que los Estados Unidos podian adunarse con la Inglaterra en el propósito de poner un término á esa larga y sangrienta lucha; y que creia que recabando de la España la libertad del comercio colonial, y un régimen que diera elementos de gobierno propio á cada una de las regiones que habian de ser centro administrativo de su imperio occidental, se debia intervenir y suprimir la insurreccion perjudicialísima en que persistian esas colonias.

El ministro norte-americano que aún no tenia instrucciones al caso para entenderse con Inglaterra, esquivó los términos asertivos, y aseguró que hasta su salida de Washington el gobierno de los Estados Unidos se habia abstenido de dar tal ó cual carácter á la insurreccion sud-americana: que segun él esa lucha estaba contenida, hasta entonces, en los límites de una guerra civil; pero que, como las diversas repúblicas ó fracciones que se habian separado de su metrópoli, usaban banderas distintivas, los Estados Unidos las admitian cumpliendo estrictamente su deber de neutrales, por que otra cosa habria sido convertirse en agentes del Rey de España sin deber ni derecho para ello.

Pasada la sorpresa del primer encuentro, diremos así, Mr. Rush comunicó á Mr. Gallatin la

insinuacion de Lord Castlerreagh, y ya fuese que este estuviese mas al cabo de las ideas de su gobierno, (8) ó que en el intermedio hubiesen tenido ocasion de consultarlo, se encontraba habilitado para responder mas asertivamente, caso de renovarse las indicaciones como era indudable que sucederia.

En efecto, esta vez fué Mr. Rush quien provocó la nueva conferencia con Lord Catlerreagh. Los periódicos mejor informados habian publicado las instancias que hacía España por obtener la mediacion de Inglaterra, y alguno de ellos aseguró, que estaba ya concedida y convencionada. Lord Castlerreagh desmintió ese avanzado aserto: reiteró el deseo que tenian todas las potencias de acceder á las instancias de la España y de recomponerle su sistema colonial, por que sin eso, corria lamentablemente á la mas completa ruina y postracion; pero que no se habia tratado aún de cómo se haria el concierto para llevar á cabo tan árduo negocio: en el cual mantenia las mismas opiniones que antes le habia manifestado; pues todo dependia de salvar la libertad del comercio. Tomó entonces motivo Mr. Rush, para

(8) *Hist. of England from 1815* vol. II, pag. 358 by Spencer Walpole—« Canning took the opportunity of sounding Mr. Rush on the views of U. S. upon the subject. Rush however had no instructions upon it, and Canning was consequently compelled to act alone ».

opinar que las colonias insurrectas habrian de rechazar esas bases ; y que si la mediacion de las Potencias habria de ir, en tal caso, para no quedar desairadas, hasta tomar parte con fuerzas y medios propios en la guerra, podia asegurarle que el gobierno de los Estados Unidos no quedaria indiferente, y que se opondria con cuanto pudiera á que la cuestion tomase ese desenlace: tanto mas cuanto que su gobierno estaba ya muy inclinado á reconocer la independencia de Buenos Aires y de Chile donde no quedaba en pié ninguna autoridad española, y donde se habian formado gobiernos cuya relacion ningun país neutral tenia derecho ó interés en rechazar.

Tuvo ocasion el señor Rush de comunicar á Lord Castlerreagh que su gobierno habia resuelto acreditar en Buenos Aires un agente público consular ; y que como habia recogido informes oficiales y fidedignos de que los nuevos estados de la América del Sud, no solo tomaban formas regulares, sino que económica y políticamente se hallaban ya dueños de su propia entidad y desenvolviendo sus recursos con verdaderas aptitudes, estaba resuelto á reconocer su independencia. Despues de consideraciones generales sobre la política de los dos gabinetes, Lord Castlerreagh declaró que en esta cuestion jamás habia tenido propósito de comprometerse en actos coercitivos, ni otra mira que la de entablar negociaciones persuasivas entre

uña y otra parte beligerante, en el sentido de restablecer la paz, sobre la base de un mejor gobierno colonial.

Aprovechando el señor Rivadavia estos interesantes datos cuyo conocimiento obtuvo por Mr. Gallatin, y por el general Lafayette, concibió el plan de una doble negociacion en Francia y en Inglaterra, de la que esperaba sacar resueltas las dos grandes cuestiones que lo preocupaban: la independencia y la ereccion de la monarquia constitucional que era su delirio. Sabia él que el gobierno inglés no aceptaba para su real familia, ni para sus protegidos, la corona que trataba de erigir. Por este lado pues nada habia que proponer en ese sentido: y todo debia dirigirse á la parte económica y comercial del asunto. Pero creia que no era lo mismo tomando el asunto bajo el aspecto de las preocupaciones ordinarias del gabinete de París y de los intereses dinásticos de los Borbones; que siempre se habian mostrado inclinados y anhelantes por colocar príncipes de su familia por todas partes del mundo. Allí pues debia buscarse el príncipe que habia de coronarse con la poderosa cooperacion de las Potencias continentales.

Encantado con esta invencion, se dirigió al gobierno de Buenos Aires detallando todas las ventajas de su plan, y la necesidad de ponerlo en práctica por medio de dos Legaciones indi-

vidualizadas, que negociaran exclusivamente cada una en su terreno y en su diverso sentido, á fin de no complicar política inglesa con política francesa. Podia aprovecharse así la rivalidad diplomática, mercantil y colonial que comenzaba á producirse entre las dos potencias, y que segun él estaba ya acentuadísima; en lo cual no estaba del todo engañado. En las gestiones que hizo para que se creasen esas dos legaciones, se tomó él la parte inglesa que era la mas inclinada á dar buen resultado por el declive liberal que iba tomando el gabinete británico á causa de la escision que Canning iba produciendo en el partido *Tory* con sus ideas liberales: y pidió el envío de un nuevo negociador para París, donde habia que luchar, que estrellarse, diremos mas bien, contra los compromisos que la dinastía y el partido reaccionario que gobernaba habia contraido con la Santa Alianza.

En la esperanza de que pudiese abrirse una negociacion que detuviese los armamentos que España hacia en Cádiz contra Buenos Aires, nombró el gobierno por Agente suyo en Paris, al señor don José Valentin Gomez, hombre hábil: culto como el mejor cortesano: dotado de una palabra insinuante, de un metal de voz sonoro pero delicado que parecia salir de la cuerdas de una harpa, y con un talento de exposicion fluida y perfectamente calculada al obgeto que lo movia.

La revolucion lo habia tomado en plena profesion sacerdotal, desempeñando el curato de Canelones. Pero traia ya su espíritu removido por el profundo sacudimiento de las invasiones inglesas, y habia brotado espontáneamente en su alma un amor profundo de los intereses del país, una de esas pasiones con que se revelan los grandes patriotas. De grande y distinguida alcurnia: adorado en su numerosísima familia por hombres y mugeres, por viejos y niños, era un oráculo de todos; y cuando entraba por la noche á los estrados, donde cien sobrinos y primos de que sé yo cuantos grados acudian á besarle las manos con un indecible cariño y obsecuencia, se imponia de veras la hermosa presencia de talle y de fisonomia con que tomaba su puesto en el centro del salon y departia con suprema cultura y amenidad los asuntos triviales de la conversacion de las señoras, ya en el género casero, ya en la faz adaptable de los asuntos corrientes de la ciudad. (9)

Este sacerdote lanzado desde el Curato á las filas mas avanzadas de los patriotas de 1810, de 1812 y de 1814, habia conservado todo el decoro de su carácter y de sus costumbres; pero de su

(9) Puede dar testimonio vivo de esto el señor Nicolás Calvo, y sus hermanos, que estoy seguro, que como yo han presenciado en la estensa rueda social de su señora madre doña Josefa Diaz de Calvo, la escena gráfica que expongo.

profesion sacerdotal no habia salvado nada mas que el derecho de hablar desde el púlpito, nó de santos del martirologio cristiano, sino de los prohombres y de las grandes fiestas de la patria. No era que su carácter fuese dulce ni apacible; por el contrario, era de un temperamento alzado é imponente: un partidista firme y resuelto; activo y metido siempre en lo mas árduo y comprometido de los debates y de los conflictos revolucionarios. En la tribuna iba hasta donde su pasion y el interés de su partido lo llevaban; y en los puestos que ocupaba era mas que contemplativo imperante y erguido. (10) Como hombre de letras no puede decirse que haya sobresalido el señor Gomez ni dejado otra cosa que algunas pocas arengas y elogios fúnebres. Su talento era mas bien dialéctico: perezoso para producir por la pluma se desquitaba con la improvisacion parlamentaria; y allí estaba ciertamente en su puesto cuando se abandonaba á la abundancia de sus argumentos y á la variedad de faces que le presentaba la discusion. No en valde habia sido tambien en su juventud maestro de filosofía peripatética en el Colejio de San Carlos, y—«*cordubensis Collegii quondam Scholasticus.*» La misma importancia que traspiraba de

(10) Podemos asegurarlo los que como el doctor Tejedor, otros, y yo mismo, le hemos visto actuar en la Universidad mientras fué Rector y en otros grandes empleos.

su persona, el aire distinguido y enhiesto que le era natural, sus ojos azules y la alba tez realzada por el esmero esquisito y serio del trage, hacian del señor José Valentin Gomez un adecuado representante del Gobierno Argentino en la corte aristocrática y seria que Luis XVIII y Madama de Caylus trataban de resucitar en Paris.

El señor Gomez habia sido en 1814 uno de los miembros mas saltantes de lo que se llamaba entonces—*la Faccion de Alvear:* y no diremos la exageracion sino la acentuacion de sus ideas y de sus actos en servicio del partido y de su jefe, le habian atraido, en el partido vecinal de ricachos y timoratos, grandes antipatias en que entraba tambien la renuncia notoria de su carácter sacerdotal que se revelaba en el desembarazo con que habia asumido su papel político y beligerante. Era esto causa de que el señor Pueyrredon fuese no poco motejado por los mas rehacios del circulo gubernativo, que no pudiendo desconocer las superiores calidades del personaje, habrian querido verlo siempre puesto á parte, y sin entrada posible al teatro de los sucesos; no fué poco lo que esto influyó para que se le alejara con ese motivo honroso y digno de su mérito personal.

De acuerdo con sus instrucciones, el señor Gomez bajó á Rio Janeiro para tomar datos del señor Garcia acerca del estado en que se hallaban los intereses diplomáticos del Rio de la Plata. Era

el señor Garcia uno de los discípulos mas aventajados que el Catedrático de 1802 habia tenido en el Colegio de San Carlos. Unidos despues en los mismos deseos políticos, en las mismas ideas, y hasta en los mismos partidos afiliados, habian conservado una sincera amistad en que andaba envuelto el cariño presente con el respeto de los gratos recuerdos. Pero, ardoroso é impulsivo el maestro, reflexivo y prudente el discípulo, expuesto á ilusionarse el primero con el efecto de cualquiera perspectiva halagüeña, observador, estudioso, y poco inclinado el otro á la política apasionada ó imaginativa, los roles parecian cambiados entre discípulo y maestro. Disuadiólo Garcia de tentar negociacion ninguna matrimonial con la casa del Brasil, asegurándole que el Rey don Juan y sus ministros se habian resistido siempre á comprometer su familia en esa aventura ; por que tenian muy poca confianza en la estabilidad de los gobiernos y de las cosas del Rio de la Plata ; y por que creian que seria gran calamidad para el Brasil y Portugal tomar esa actitud que podria imponerles todo el peso de una guerra inacabable, por el parentezco del monarca ó por la vergüenza de un desistimiento forzoso que pudiera suscitarse despues de comprometida su honra.

Por lo demás, estando sancionado ya un artículo de la nueva Constitucion en que se declaraba que la religion católica apostólica romana

era la religion del Estado, no veia el señor García como pudiera entablarse una negociacion monárquica séria, á no poner los ojos en príncipes franceses ó italianos, puesto que el gobierno argentino preceptuaba que *no se admitiera de ningun modo miembro alguno de la casa de España;* y cuando en resumidas cuentas, franceses, italianos y españoles eran de la misma casa, de los mismos intereses, afiliados todos á la Santa Alianza y estrictamente sugetos á lo que el Rey de España quisiera ó no consentir; de manera que seria siempre Fernando VII el árbitro de toda la negociacion; cuando no habia que contar con su aquiescencia para nada que no fuese el restablecimiento puro y simple de su imperio colonial. Bien estudiado el asunto, convinieron ambos en que las vistas del señor Rivadavia no ofrecian ningun resorte positivo con que llegar á una solucion; y que era menester atenerse á las sugestiones y recomendaciones del señor Tagle, que se reducian á tomar cualquier pretesto, cualquier medio, cualquiera negociacion, costara lo que costara, y se ofreciera lo que se ofreciera, con tal de que las potencias mediaran y se contuviese por algun tiempo la salida de la expedicion de Cádiz: que al fin y al cabo era tambien *lo único claro y positivo que contenian las instrucciones* y el fin reservado con que el gobierno enviaba al señor Gomez.

Debido al influjo del señor García en el gabi-

nete de Rio Janeiro, prestóse el Rey don Juan VI á que se pasara una nota al Duque de la Palmella su Embajador en Aix-la-Chapelle ordenándole que hiciese una indicacion á los demás Embajadores de aquel Congreso sobre la conveniencia que habria para todas las potencias, especialmente para las que tenian intereses apremiantes en la navegacion y comercio del mar Atlántico, en provocar un acuerdo con el Rey de España á fin de que consintiese en la ereccion de una monarquia en el Rio de la Plata; con cuyo consentimiento se entrase á negociar la manera de estatuir este nuevo gobierno mediante un armisticio y la aceptacion del gobierno insurgente de Buenos Aires. La proposicion del Duque de la Palmella fué bien recibida en Aix-la Chapelle; y aún el gobierno francés, la miró, si no como solucion, como una tentativa al ménos simpática y ventajosa para todos sobre la cual podria oirse á la España.

Llegó el señor Gomez á París, cuando los hombres del gabinete se hallaban bajo esta impresion favorable. Lord Wellington celoso protector á todo trance de los intereses españoles, pero leal constitucionalista como todo inglés, se habia encargado de trazar un plan de avenimiento mas ó ménos análogo en el sentido propuesto por el Duque de la Palmella; (11) lo cual

(11) Gervinus, *Histoire du XIX siécle.*

no habia sido del gusto del gabinete francés, muy preocupado entonces de rivalizar con el influjo comercial de la Inglaterra.

La mision del señor Gomez tenia por objeto en París, como la del señor Rivadavia en Londres, perturbar la organizacion y la partida de la grande expedicion española que se aprontaba en Cádiz. Visto el estado tristísimo del Rio de la Plata, que el lector conoce por lo que hemos espuesto, era incuestionable que las Provincias Argentinas no se hallaban en estado de rechazar, por lo pronto, fuerzas de tanto bulto como las que España habia reunido con los auxilios descarados de la Rusia y con las connivencias poco disimuladas de la Francia. Por la nota que ponemos al pié de esta página, puede hacerse una idea de lo que valian los poderosos y supremos esfuerzos que Fernando VII estaba haciendo para reconquistar á Buenos Aires. (12)

(12) Estado de la escuadra y convoy que se preparan en el puerto de «Cádiz» para espedicionar contra el «Rio de la Plata».

Seis Navíos de 74 cañones—á saber: Fernando VII (Ruso)—España (Ruso)—Numancia (Ruso)—Guerrero (español)—San Julian (español). El sesto no ha recibido nombre todavia (es Ruso).

Ocho Fragatas, á saber: La Perla (española)—Diana (id) La Pronta (Rusa)—Mercurio (id)—Viva (id)—Ligera (id—La 6ª y la 7ª no han recibido nombre todavia; (son Rusas).

Tres Corbetas—Fama (francesa)—Victoria (francesa)

El peligro en que se hallaba nuestra causa era tan grandé y tan inminente, que no era posible evitar sacrificio alguno para conjurarlo. En aquel tiempo, las ideas republicanas sublevaban el anatema de todos los paises fuertes. La mis-

La tercera (tambien francesa) no ha recibido nombre todavia.

Seis Bergantines:—Ligero—Jacínto—Golondrina—Flecha—Guerrero—Avispa.

Tres Goletas—Juliana—Roncalera—y otra sin nombre.

Veintinueve Barcas Cañoneras: «Castellana»—«Leonesa»—«Aragonesa»—«Navarra»—«Valenciana»—«Gallega»—«Mejicana»—«Limeña»—«Santafecina»—«Caraqueña»—«Habanera»—«Chilena»—«Guatemalteca»—«Campechana»—«Canaria»—«Mahonesa»—«Catalana»—«Vizcaina»—«Montañesa»—«Asturiana»—«Manchega»—«Estremeña»—«Inés»—«Cármen»—«Valiente»—«Actividad».

Ciento Veintiun—Trasportes.

Fuerzas

Batallones de Infanteria:—América—Guadalaxara—Príncipe—La Princesa—La Corona—España—Valencei—Sevilla—Valencia—Guias—Cataluña—Astúrias—Aragon—Sória—Canarias—4 compañías de obreros y 4 id de zapadores.

«*Caballeria*»

2 escuadrones del General. 4 de Alcántara. 4 Dragones del Rey. 4 Farnesio (14 Escuadrones).

«*Artilleria*»

Un escuadron volante.

Otro de la brigada de á pié.

Fuerza Total

20,000 hombres.

ma Inglaterra las repudiaba. Cuando algun pueblo de América pedia algun favor ó imploraba que lo salvasen, en el interés del comercio y de la industria de las grandes naciones, los Ministros de esas potencias le respondian :— mientras seais republicanos no debeis esperar nada de nosotros : estamos resueltos á negaros todo, aún con perjuicio de nuestros intereses ; y tambien lo estamos á ayudar á vuestro Rey para que os someta: es un compromiso sagrado que hemos jurado entre todos !.... La Diplomacia Sud-Americana no tenia mas remedio que mentir, que contemporizar para ganar tiempo, y seguir derrotando parcialmente las tropas españolas para hacer cada dia mas difícil y mas dispendioso el esfuerzo final de la lucha por parte de la España.

El armamento de Cádiz estaba tan adelantado que no habia tiempo material para pensar en atacar á Lima, y ocupar en empresas lejanas las tropas y los recursos que necesitaba Buenos Aires para su propia defensa. No habia mas arbitrio que intrigar y hacer creer á las potencias que no persistiamos en ser republicanos : que esta forma de gobierno no figuraba entre nosotros sino por la fuerza de una necesidad tan dolorosa como fatal ; y que estábamos dispuestos á cambiarla desde el momento en que una Casa fuerte y prestigiosa quisiera tomarnos así bajo su proteccion, y contener la pertinacia de la España.

No hay duda que muchos de los que ponian en juego esta política patriótica y artera, cuya mira era la salvacion de la independencia y de la libertad constitucional, creian teóricamente en la superioridad de las formas monárquicas para asegurar la felicidad de los pueblos libres; y que puestos ellos en la posibilidad de escoger, habrian sido monarquistas liberales de la mejor buena fé. Pero dados los hechos consumados, estas aspiraciones no bajaron jamás del nivel de las ideas puras en el ánimo de nuestros patriotas: y *nunca fueron ellas motivo ni pretesto de una conjuracion secreta* para *subvertir el órden del Estado* en provecho de un monarca. Es menester no olvidar pues, la radical diferencia que hay entre ser monarquistas de teoría, ó como simples pensadores, y ser monarquistas en accion; es decir, conjurarse en un momento dado para cambiar la constitucion social de su país y levantar sobre ella tal ó cual Rey, tal ó cual dinastia. Entre los fundadores de nuestra Revolucion hubo algunos monarquistas de la primera clase; pero no hubo jamás uno solo de los de la segunda. Asi es que no hubo un solo criminal en este sentido; y que las negociaciones diplomáticas con las cortes estrangeras nunca salieron del carácter inocente de intrigas, poco felices sin duda, para obtener la cooperacion de los poderes estrangeros contra las amenazas y los armamentos de la España; amenazas que

por fortuna se desvanecieron milagrosamente cuando estabamos en peores condiciones de defensa y con menos recursos para resistir.

Las dos córtes europeas que podian ejercer un influjo mas efectivo sobre el curso de nuestra Revolucion, eran la de Inglaterra y la de Francia. Los Borbones de Francia debian su trono á la asistencia de la Inglaterra; pero no bien se habian sentado en él, cuando comenzaron á padecer, como todo el país, de la enfermedad de los celos, al ver la prepotencia política y comercial que esta Nacion libre ejercia sobre todos los paises del mundo. La Francia, libre tambien hasta cierto punto bajo el régimen parlamentario, comerciante é industriosa, no tenia anhelo mas grande que el de rivalizar con la Inglaterra; y como la mayor parte de los *Legitimistas* que gobernaban con Luis XVIII habian vivido emigrados allí, envidiando la robustez de este grande pueblo, llevados ahora al gobierno de la Francia se mostraban inclinados siempre á todas aquellas pequeñas arterías que podian poner un estorbo en el desarrollo poderoso de ese rival, ó mas bien dicho, de ese grande modelo que les deslumbraba y ofendia al mismo tiempo.

La Inglaterra tenia indudablemente vivísimo interés en que los Sud-Americanos asegurasen su independencia para asegurarse ella sus mercados. Pero, como tenia tambien grandes deberes de consecuencia y de armonia que guardar

con la España y con las demás potencias que la habian ayudado á derrocar á Napoleon, se abstenia aparentemente de fomentar la insurreccion de las colonias españolas, y les ponia siempre un gesto depresivo para alejarlas de su diplomacia, cumpliendo así los deberes estrictos de su posicion. Pero los ingleses, es decir, la opinion pública de Inglaterra, miraban como de poca cuenta los deberes de la consecuencia diplomática, y como de mucha cuenta los intereses comerciales de los mercados Sud-Americanos; y el gobierno inglés, que en el fondo sentia los mismos estímulos, contemporizaba y ganaba tiempo cumpliendo aparentemente su deber.

Movida por estos celos y emulaciones, deseaba la Francia hacer a un lado los incovenientes, que su lealtad para con la España le imponia impidiéndole aprovecharse de los mercados del Rio de la Plata; y deseaba vivamente que la metrópoli pactase algo con sus colonias para que terminara el entredicho. Pero era condicion esencial aceptar la forma monárquica, y poner fin al escándalo abominable de que colonias españolas y católicas—apostólicas—romanas, persistiesen en querer ser Repúblicas á la faz de las Monarquias europeas. Era preciso además, que al tomar la forma monárquica, exigida por la decencia del tiempo, se diesen á una Casa católica, para crear intereses del mismo género que hiciesen imposible el predominio futuro de la Ingla-

terra y de las otras razas del norte que tenian, como ella, el vicio abominable de la heregia. (13)

A todas estas dificultades, tan absurdas como enojosas, tenian que hacer frente nuestros débiles gobiernos con una diplomacia casi mendicante, á la que todos los gabinetes le cerraban las puertas cuando iba á pedirles que protejiesen y salvasen nuestra independencia, en nombre del propio interés de la industria y del comercio de esos mismos pueblos europeos cuyos Monarcas nos eran tan hostiles los unos, y tan indiferentes ó menospreciativos los otros. Verdad es, que todos ellos estaban fatalmente ligados con los vínculos de una *política comun* en el exterior, que les habia impuesto la guerra contra Napoleon, y contra el *Espíritu Revolucionario* que de todas partes tendia á brotar del seno mismo de la sociedad moderna contra los tronos. Hacia unos momentos que todas las casas reinantes habian sido aliadas en idéntico esfuerzo; y todavia en 1818 estaban formalmente comprometidas á reorganizar la Europa sobre las bases dinásticas anteriores á la Revolucion Francesa, para restaurar á cada Monarca en la posesion de todos los derechos y territorios que le correspondian por sus títulos antiguos. Asi es, que por muy dispuestos que los hombres políticos del Rio de la Plata estuvieran á prescindir de los

(13) Gervinus: *Hist. du XIX siécle.*

gabinetes europeos, para darse formas y constituciones análogas á la índole de los pueblos y al genio de su Revolucion, tenian que contenerse delante de la amenaza terrible que les hacian los gabinetes de la *Santa Alianza*, decididos á proveer á la España de todos los recursos marítimos y terrestres de que pudiera necesitar para recuperar sus colonias. Todo estaba pronto y Buenos Aires señalada como el punto primero del ataque.

Destituidos nosotros de crédito moral por el espantoso y tristísimo desórden en que se hallaban nuestras provincias litorales, echadas en una guerra civil que tenia en el exterior todas las apariencias del caos y de la barbarie, era imposible que ninguno de los gobiernos europeos quisiera arrostrar, ante los otros Monarcas aliados, la escandalosa responsabilidad de admitirnos en la sociedad de las Naciones *decentes*, ni darnos la menor proteccion directa contra los auxilios y los favores con que la Rusia, cabeza de la *Santa Alianza*, con todo descaro, estaban ayudando á los preparativos bélicos de la España contra el Rio de la Plata. Esceptuado Portugal solo habia dos entre estas naciones en cuya política pudiese tener algun influjo la prensa y la opinion pública :—La Inglaterra y la Francia : á causa de la constitucion parlamentaria que formaba la base de su respectivo organismo.

Pero habia una diferencia enorme entre ambas. En Francia, el réjimen parlamentario representaba el triunfo reaccionario y personal de una *vieja dinastia* y de un *viejo partido*, que armado del poder y de la fuerza, perseguia y excluia de todo influjo á los hombres y partidos de espíritu liberal. La opinion pública, impotente, enfermiza, y perseguida en sus libres manifestaciones, gozaba de tolerancia apenas, pero no de libertad política; y si era impotente para influir en los intereses *internos* que mas de cerca le tocaban, lo era mas por consiguiente para arrastrar al gobierno en un sentido diverso de aquel en que le ponian sus pactos y compromisos con los gabinetes de su círculo.

Esta dinastia, y los hombres políticos que la servian, sentian sinembargo el legítimo influjo de los intereses mercantiles é industriales de la produccion nacional. En ninguna parte de Europa contaba la industria francesa con mercados abiertos para desparramarse y abastecerse de materias primas como las que podia darle y retornarle el Rio de la Plata. Se alcanzaba bien la prodigiosa estension que esta grande fuente de cambio podia tomar en el porvenir. La Inglaterra con una política menos consecuente y menos severa, ó mas bien dicho—los ingleses por aquella iniciativa propia y libre con que fomentaban sus intereses sin contar con la voluntad de su gobierno—se habian echado yá en esa

esplotacion; y la España no solo los acusaba de esta infraccion irritante de los deberes que tenian para con ella, sino que propalaba tambien que Inglaterra tenia la intencion de acomodar príncipes protestantes en la América del Sud, renovando los proyectos de Pitt, de Abercromby, y de otros.

Con esto, la Francia, que por todas partes no veia otra cosa que el espantajo de las rivalidades inglesas, comenzaba á entrar en grandes alarmas; y unas veces para atajar en Sud-América el desenvolvimiento de la industria y del comercio inglés que amenazaba elevarse á una potencia jigantesca: otras veces, procurando tambien dar ensanche al suyo, cambiaba de objetivo con frecuencia; y tan pronto adoptaba el punto de vista español, para que la España reconquistase á la América y cerrase los mercados al comercio inglés, como adoptaba el punto de vista mercantil, y preferia que la América fuese independiente para que la industria francesa gozase las inmensas ventajas de sus mercados. Pero ¿cómo podia una rama de la Casa de Borbon entrar en tratos lícitos con una colonia rebelada, que no solo habia cometido el abominable pecado de adoptar con la forma republicana, la peor y la mas pestilente heregia del tiempo, sino que vivia en plena demagogia? ¡Imposible! Condicion *sine-qua-non*, era pues el cambio de forma fundamental y la adopcion de la

formá manárquica presidida por una rama de la Casa de Borbon.

En medio de estas divagaciones, los monarquistas franceses pretendian imponernos diversos proyectos de su propia invencion, para salvar el respeto absoluto, que segun ellos debíamos prestar á sus dogmas políticos. Unas veces, Chateaubriand y Montmorency corrian las cortes europeas tratando de ligar voluntades para levantarle un trono á Luis-Felipe de Orleans en el Rio de la Plata, casando á sus hijos y sus hijas presentes y futuros con príncipes españoles y portugueses. Otras veces, Villele y Metternich fijaban sus predilecciones en el archiduque Cárlos de Austria; y por fin, el partido ultra-realista, encabezado por Descazes y Dessolle preferia al Príncipe de Luca un muchacho palurdo, sobrino de Fernando VII que andaba cesante por antesalas y vestíbulos.

Pero todas estas exóticas combinaciones encontraban la oposicion que hacia la Rusia á toda solucion que pudiera alterar en lo mas mínimo la absoluta soberania de España sobre sus colonias. Su embajador en Madrid, Conde de Tatistchev, era (dice Gervinus) el mas ardiente sostenedor del proyecto de someter á la América por la fuerza y sin condiciones— « Este propósito « (agrega) halagaba la soberbia ambicion del « Emperador, su amo, que encontraba un gran- « de atractivo en la idea de que el *poder arbitral*

« de la Santa Alianza se estendiese hasta la otra
« parte del Oceano Atlántico. La Francia ex-
« cluida entonces de todo influjo político en las
« cosas de Europa, apoyaba estas miras, con
« tanto mayor celo, cuanto que el *partido apos-*
« *tólico* habia conseguido que se confiase el
« puesto de Embajador en Madrid á uno de los
« suyos, Montmorency, con lo que las relacio-
« nes de las dos familias borbónicas habian
« tomado un carácter mas amigable.» (14)

No eran estos solos los intereses que los unian, sino que mediaban otros mas análogos á su baja y vergonzosa corrupcion. A la sombra de la diplomacia Tatistchev el Embajador ruso, los ministros Ugarte, Calomarde y Eguia, se dividian en partes iguales los tres millones y medio de pesos que les habia dejado, por líquida ganancia, la escandalosa negociacion y compra de los navios y de las fragatas rusas que debian servir en la espedicion contra el Rio de la Plata.—Este negociado (dice Gervinus) ignominioso y completamente impopular, vino á hacerse de peor condicion aún, cuando se vió que Ugarte, el amigo de Tatistchev, era nombrado Director general de la espedicion contra el Rio

(14) Véase aquí el acierto y las buenas informaciones, del señor Garcia que hemos consignado en el volumen anterior. Gervinus, explorando los registros de las cortes europeas, confirma cuanto Garcia habia dicho á su gobierno; sin conocerse el uno con el otro.

de la Plata.—«Y así fué que por sus manos
« tuvieron que pasar todas las sumas de dinero
« destinadas á los gastos. Ugarte, *con acuerdo*
« *del* Embajador Ruso, fué el que propuso al
« Gefe de la Espedicion; de modo que este
« Embajador, sin tomar la menor responsabili-
« dad, era el que disponia del Ministro de la
« Guerra y el que dirijia todo este grande é
« importante negocio de la Espedicion contra el
« Rio de la Plata.» (15)

Este era el estado en que se hallaba ante el Congreso de Aix-la-Chapelle, la gran cuestion diplomática levantada por la guerra de la independencia argentina contra España, cuando llegó á Paris el señor Gomez. Era entonces Ministro de Relaciones Exteriores, y presidente del Consejo, el General J. A. Dessolle hombre que se inclinaba á las ideas liberales, y que miraba como de muchísimo interés para la Francia el comercio con los mercados americanos. Por antecedentes de familia y por vínculos formados en los tiempos en que la Revolucion de Francia presentaba tendencias parlamentarias, Dessolle habia conservado siempre inalterable y estrecha amistad con Lafayette. Prevenido este por el señor Rivadavia, é instado tambien por el Embajador portugués Marqués de la Palmella, se prestó el Ministro á tener una conferen-

(15) Gervinus, obra citada.

cia con el señor Gomez, pero reservándose el momento oportuno de llamarlo. Pasado algun tiempo, recibió el señor Gomez la visita del Baron de Reyneval — «considerado en esta Corte como el jefe de la diplomacia francesa.» Disculpó el Baron á su Ministro por atenciones apremiantes, que no le habian permitido hasta entonces la ocasion de conocer y tratar á un caballero—«del cual tenia los informes mas recomendables para hacerle desear el interesante momento de la entrevista» y de esto pasó el baron, con aquel trato facil y ameno de un hombre cumplido y habituado á los negocios diplomáticos, á estender sus miras y provocar informes sobre el estado social y económico del Rio de la Plata sin tocar nada relativo á la guerra con España. No menos hábil el señor Gomez comprendió que el señor Reyneval buscaba lo que mas interesaba á su gobierno—el comercio; y se aprovechó de la ocasion para trazar una perspectiva lisongera de las inmensas é inagotables fuentes de riqueza que el país ofrecia y de su extraordinario poder consumidor. Pero dijo que por muy grande que fuese su riqueza, el estado de guerra en el Alto-perú, las continuas invasiones de las tropas realistas, la necesidad de mantenerse armado en Chile, y mas que todo la terrible amenaza de la Expedicion de Cádiz, lo atrasaban todo é inutilizaban la natural fecundidad del país, que se veia obligado á man-

tener sobre las armas mas de treinta mil hombres, á remover sus milicias, y hacer todos aquellos sacrificios que son consiguientes; y que separando brazos é inquietando así los capitales se veia privado de mostrar á las naciones el verdadero valor de su comercio y la liberalidad de sus ideas. Convino el Baron en que estas eran las fatales consecuencias de todas las guerras; pero observó, que á lo que él entendia, tenia gran parte en esa triste situacion el estado de anarquia, y la insubsistencia de los gobiernos que era propia del régimen republicano. Precisamente, contestó el señor Gomez, ese es el fatal resultado de la tenacidad inconcebible que ha mostrado el Rey don Fernando VII en su terrible odio contra nosotros: ni quiere concedernos un régimen liberal de comercio con las naciones europeas, ni se presta á que se nos admita á negociar la ereccion de una monarquia constitucional. Si el gobierno de Buenos Aires se viese libre de las amenazas y de los ataques de España, sofocaria el anarquismo con la mayor facilidad: sus grandes y definitivas victorias contra los ejércitos españoles demuestran que tendria fuerzas y medios mas poderosos para constituir una monarquia.

Pareció muy satisfecho el señor Reyneval, y la verdad es que debió haber hecho grande concepto del enviado argentino, pues desde entonces se formó entre ellos una cordial relacion per-

sonal que cultivaron asíduamente despues. Es muy probable que el señor Dessolle se hubiese tomado tiempo de hablar sobre el asunto con el Rey y quizá con los otros miembros del gabinete, para acordar una proposicion categórica y ver si con ella tenia solucion probable el negocio. El hecho es que á fines de Mayo recibió el señor Gomez un billete del señor Reyneval participándole que el Ministro tendria especial gusto en recibirlo el 1º de Junio.

Lo primero que resaltó en la conferencia fué los celos con que el gobierno francés miraba la opulencia comercial de la Inglaterra y el influjo depresivo que esta opulencia le daba en los paises hispano-americanos. Parecia que el señor Dessolle se habia propuesto hacerle entender al señor Gomez que no le habia llamado para oirle, sino para trasmitirle las ideas y propósitos del Rey de Francia, en la persuacion de que el gobierno del Rio de la Plata les prestaria la respetuosa atencion y la deferencia que se merecian.—« Me hizo un largo razonamiento sobre sus de-« seos personales por el feliz resultado de la glo-« riosa empresa en que se hallaban empeñadas « esas Provincias, y habló al mismo tiempo sobre « los considerables embarazos que le impedian « tomar una marcha determinada, activa, y *ma-« nifiesta para protegerlas*. Pasó despues á de-« cirme: que preocupado de sus verdaderos inte-« reses, habia llegado á convencerse que estos se

« encontraban íntimamente *ligados con la forma*
« *de Gobierno* que se dieren, bajo cuyo influjo pu-
« diesen gozar tranquilos de los beneficios de la
« paz; y que él creia no debia ser otra que la
« de una Monarquia Constitucional, fijándose en
« un príncipe de la Europa cuyas relaciones
« añadiesen al Estado una nueva respetabilidad,
« y facilitasen el reconocimiento de su indepen-
« dencia nacional. Que penetrado de estas ideas,
« habia llegado á *ocurrírsele* un pensamiento
« que consideraba *feliz*, é iba á exponérmelo con
« la mayor sinceridad, proponiéndome un prín-
« cipe cuyas particulares circunstancias eran
« las mas oportunas para que se allanasen todos
« los obstáculos con que podia tropezar un pro-
« yecto semejante, *atendidos los diferentes in-*
« *tereses de las principales naciones* de la Euro-
« pa, y la *variedad de las miras politicas* de sus
« respectivos gabinetes. Que este era—el Duque
« de Luca, antíguo heredero del reino de Etrúria,
« y entroncado por linea materna en la augusta
« Dinastia de los Borbones. Que consideraba
« que su eleccion no infundiria celos en las cor-
« tes principales, antes bien encontraria la mejor
« acojida en sus soberanos, principalmente en
« los Emperadores de Austria y de Rusia, abier-
« tamente dedicidos por su persona, y en mayor
« grado *por los intereses generales del continen-*
» *te.*» Que LA INGLATERRA NO ENCONTRARIA UN MOTIVO JUSTO Y DECENTE PARA RESISTIRLO. Que

S. M. Católica (Fernando VII) no miraria con desagrado un sobrino suyo sentado en el trono de unas provincias que habian sido de su dominacion, y de quien podia esperar algunas consideraciones al comercio de la Península, al menos las que fuesen compatibles con la independencia absoluta de la nueva nacion y política de su gobierno. Pero que particularmente S. M. Cristianísima (Luis XVIII) cuyos sentimientos le eran conocidos, le miraria con especial complacencia, y emplearia en su obséquio sus altos respetos y su poderoso influjo con los demás soberanos, sin perdonar cuantos otros medios estuviesen á su alcance para protejerlo; « bien fuese
« por los auxilios de toda clase que fuesen nece-
« sarios, bien para convencer á S. M. Católica
« que desistiese de la guerra en que se hallaba
« empeñada con esas Provincias. S. E. (dice el
« doctor Gomez) se detuvo en varias otras ob-
« servaciones que seria difícil detallar, pero
« particularmente en las del carácter personal
« de S. A. el Duque de Luca, ponderándome los
« principios de su educacion, análogos á la
« ilustracion actual de la Europa, y la liberali-
« dad de sus ideas *enteramente contrarias á*
« *las que dominan el ánimo de S. M. Fernando*
« *VII, tan estraviado de la política adoptada*
« *por los demas soberanos para el gobierno de*
« *sus Pueblos.*—Debo confesar sinceramente (dice
« el señor Gomez) que quedé atónito al escuchar

« la indicacion de un príncipe sin respetabilidad,
« sin poder ni fuerza para presidir destinos de
« unos pueblos que se han hecho dignos de la
« expectacion de la Europa y que han comprado
« su libertad al caro precio de tantos y tan ex-
« traordinarios sacrificios. Pero, mientras S. E.
« se difundia en sus *largas reflexiones*, yó me
« preparaba á una contestacion, que, sin herir
« directamente su amor propio, dejase á cubierto
« los sagrados intereses de nuestro país, y *pues-*
« *to* en puntual ejecucion el artículo 7 de mis
« instrucciones. » (16)

En consecuencia el señor Gomez le contestó al Ministro que no estaba autorizado para aceptar al príncipe de Luca por que su gobierno no habia podido ni preveer siquiera la propuesta de su persona: que tambien estaba persuadido que no acompañándose la propuesta con el compromiso de hacer cesar inmediatamente la guerra con España, dando otra direccion al armamento de Cádiz, su gobierno no daria opinion ninguna sobre la indicacion de personas, y las tendria por no designadas: que además de esto el príncipe de Luca estaba soltero lo cual envolvia el peligro futuro de una regencia.

A estas obgeciones contestó victoriosamente

(16) Por el cual se le prevenia que no admitiese propuesta de ningun príncipe español ú otro de rango inferior.

el señor Dessolle. Si el príncipe de Luca estaba soltero, princesas en buen número tenia la casa del Brasil, para irlo matrimoniando hasta que fundara fecundas sucesiones. En cuanto á los armamentos de Cádiz— « Seria del especial cuidado de S. M. Cristianísima Luis XVIII recabar de su S. M. Católica Fernando VII la terminacion de la guerra y el reconocimiento de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. El andar menesteroso y sin oficio el príncipe de Luca, no era tampoco un obstáculo para que fuese Rey en Buenos Aires; tanto mas cuanto que el Rey de Francia se obligaria á contribuir con los mismos recursos y fuerzas *que habria dado para un príncipe de la sangre,* y con todo lo posible, para llevar á cabo el proyecto.

Tan interesado vió el señor Gomez al Ministro Francés que debió creer que lo que se le trasmitia era la opinion, ó mas que la opinion el *propósito y la voluntad* del Rey. Preparándose pues con hábil prudencia á sacar partido de la situacion alegó como una desgracia su falta de instrucciones avanzando su conviccion de que vistas las ofertas de S. M. Cristianísima y el deseo de que esa fuese la solucion del caso, habian de dársele instrucciones inmediatas para entablar formalmente la negociacion.

Persuadido el Ministro de lo mismo, asintió á la necesidad de que el señor Gomez pidiera instrucciones ; y el señor Gomez las pidió en efecto,

dando cuenta de todo y diciendo que lo de Cádiz era de una gravedad inminente; que la expedicion estaba casi completa y que indudablemente partiria en Diciembre (1819) ó en Enero á mas tardar: que no se hicieran ilusiones y que á su modo de ver, el único medio de hacerla aplazar era aceptar sin reparos la propuesta y entrar á negociar aunque despues fracasase todo por motivos que seria fácil encontrar. El señor Rivadavia tenia la misma opinion del señor Gomez; y como el señor Irizarri agente de Chile pensaba tambien como ellos, despacharon para Buenos Aires y Chile al señor Mariano Gutierrez Moreno con el encargo de esplicar lo inmediato del peligro, y la necesidad de que—«no se dejara escapar una ocasion tan favorable». Claro es que no era para cojer por golpe de mano al príncipe de Luca, sino para afirmar el compromiso de la Francia á tomar esa intervencion, y hacer aplazar la salida de la expedicion.

Verdad es que hasta esto mismo ofrecia dudas desconsoladoras: — «La marcha que hasta el
« presente ha seguido el gobierno francés (dice
« el señor Gomez) tampoco parece bien ave-
« nida con esos sentimientos favorables á la
« libertad de las Provincias Unidas de Sud-
« América. En Burdeos se han construido
« buques de guerra y fletado trasportes pa-
« ra la expedicion de Cádiz, á pesar de las
« reclamaciones de la Cámara de Comercio.

« En el Senegal se halla detenido el valor de
« algunas presas con su cargamento, sin que
« hayan bastado las reclamaciones hechas por
« el caballero Rivadavia, y repetidas por mí,
« para su entrega. No han sido suficientes
« cuantos arbitrios se han tocado para que este
« ministerio nombre un Cónsul. Muchas veces
« ya han sido contrariados los esfuerzos de
« varios miembros de la Cámara de Diputados,
« que han querido reclamar una conducta mas
« decidida en favor de las Provincias del Rio de
« la Plata y *mas protectriz del comercio fran-*
« *cés*. —Todo esto se procura cohonestar con
« la posicion *delicada* de la Francia. ».... Y
para que se vea cuán ageno estaba nuestro enviado, y el gobierno de Pueyrredon, de haber llevado conato alguno monárquico, ó de haber entrado en una conjuracion ó proyecto con este fin, oigámosle cuando agrega—« Pero ¿ qué sabe-
« mos si en el Rey de Francia obran los intere-
« ses de familia, y en el gabinete el de una perfec-
« ta inteligencia con la España *para alejar el in-*
« *flujo de la Inglaterra, que es el objeto de los*
« *cuidados de todos los gobiernos del continente,*
« *y particularmente de la Francia ?* »....

Despues de indicar así las desconfianzas que le inspiraba el proyecto, el señor Gomez decia: que para él, era indudable que si la España salia fallida en el esfuerzo que iba á ensayar, este proyecto de coronar al Príncipe de Luca iba á

convertirse en una resolucion decidida de la Santa Alianza.— Interesa á todos los Estados del Continente que en las Provincias del Rio de la Plata se eleve un trono, sobre el cual se siente un Monarca *independiente de la influencia de la Inglaterra:* bien sea para contrapesar con el tiempo su poder colosal en el mar; *bien, para disminuir en ellas* la introduccion de sus mercaderias por la libre entrada de la produccion de las demas Naciones. Además de que, decia tambien el Enviado, quizás entra en las ideas del gabinete francés brindar al Austria con el Estado de Luca, para que sea acomodado allí el hijo de Napoleon: lo cual aquietaria las aprehensiones que dá este rival. (17)

(17) Parece que la buena fé del general Dessolle no puede ponerse en duda. Se demuestra el interés con que miraba su propuesta por la circunstancia de haber mandado trabajar un largo Memorial sobre el asunto. De cíase en ese memorial que el gobierno francés tenia que obrar con la mayor circunspeccion para allanar obstáculos *procedentes de las circunstancias políticas, principalmente* por parte de la Inglaterra. Esto era causa de que el gobierno francés no demostrara todavia todo el deseo que tenia de relacionarse con el gobierno de Buenos Aires— «pero que no despreciaria proporcion alguna « favorable para darle pruebas convincentes del interés « con que lo miraba;» y la primera de estas pruebas era el negociado que ofrecia para coronar allí al Príncipe de Luca— «al que daria el socorro necesario, tanto en « fuerza marítima como en tropas espedicionarias. Aun-

Segun nuestra tradicion oral ni el señor Gomez, ni el señor Rivadavia, y mucho menos el gobierno, habian tomado á lo sério el extraño negociado del Príncipe de Luca. Pero, al ver por la nota

« que este príncipe, de 18 años, es Borbon y sobrino de « Fernando VII, no hay temor de que sea contrario á « los Sud-Americanos, cuya causa abrazará con entusias- « mo. Posee cualidades eminentes, y una educacion « militar de las mas cuidadas; así es que, bajo todos « respectos, ofrece una perspectiva la mas lisongera. » Seguia el *Memorial* hablando del casamiento con una princesa del Brasil, y de la consolidacion en una sola corona de *todo el Virreynato y de la intendencia de Chile.* «Por « lo que respecta á los Estados Unidos, como ellos no « tienen que temer *mas que á la Inglaterra,* y como está en « sus intereses vivir en buena armonia con la América « del Sud, es evidente que no serian difíciles de vencer « los obstáculos, que, por parte de ellos, pudieran pre- « sentarse para el establecimiento de un gobierno monár- « quico. »—Con este motivo, entraba el Memorial en otro órden de consideraciones, y examinaba las ventajas internas que hacian de la monarquía la única forma de gobierno posible en estos paises.— « Se asegura (ob- « servaba) que en el Rio de la Plata hay un partido « poderoso que insiste por la forma republicana, » pero haciendo á un lado el ejemplo de los Estados Unidos que *no era posible aceptar* en el Rio de la Plata por las diferencias y el *anti-organismo natural* de las cosas, era preciso para hacer una República, que el territorio fuese *muy limitado.* Como si en las Monarquias constitucionales no fuese lo mismo, y la Francia misma no fuese yá un ejemplo bien triste de ello, añadia:— « La fuerza de una república consiste en que haya costumbres depuradas, en que haya armonía de intereses en las clases, y deseo

del señor Gomez que nada menos que el Presidente del gabinete francés era el que invocando el nombre de su Rey hacia la propuesta y ofrecia

síncero en cada particular de contribuir al bien general : »— « en una palabra : se requieren virtudes que son « muy raras en nuestro siglo : »—*ergo*— es mas ventajosa la monarquía, que no requiere esas condiciones, y que la república que no es posible sin ellas.

Es verdaderamente cosa de reir el pensar que semejantes desatinos pasáran entonces por apotegmas; y que no se comprendiera que entre el absolutismo y el liberalismo constitucional, no hay términos médios monárquicos ni estremos republicanos ; porque una y otra forma, cuando las sociedades oscilan, se mueven y se derrumban porque se mueve el terreno, así como tienden á tomar el mismo centro de gravitacion cuando el sacudimiento normaliza otra vez las ideas y los intereses populares. Pero el Nestor aquel de la política francesa, que escribia el Memorial, era demasiado empírico para ver todo esto. La *República* francesa de 1793 era para él el tipo de todas las Repúblicas posibles : el tipo de las perturbaciones : la *Legitimidad* el tipo de las organizaciones definitivas.

« Sé tambien, decia el Memorial, *que hay en las Provincias*
« *Unidas un partido considerable por los ingleses* . . . .
« Supongo que la Inglatera coloque un príncipe de su
« casa en el trono de la América del Sur, y que por el
« ascendiente queha adquirido en la Europa, en virtud de
« largas guerras que siempre ha costeado, *y que estaban*
« *en sus intereses*, pueda poner aquellos paises al abrigo
« de nuevas guerras y darles una fuerza física que cimen-
« tase su poder : ¿Se cree por esto que el pueblo seria
« dichoso ? ¿En qué consiste la felicidad de un pueblo?
« ¿y principalmente de un Pueblo como el de las Provin-

—«que este soberano recabaria de Fernando VII la suspension de las hostilidades» es decir la suspension de la salida de la expedicion de Cádiz,

« cias Unidas, que trabaja tanto tiempo ha por conseguir
« ese estado de independencia, que debe formar su glo-
« ria, y asegurarle una felicidad á la que tiene derecho
« despues de tantos sacrificios?

« 1° En egercer sus derechos naturales.

« 2° En egercer libremente *la Religion que profesa* y
« cuyas verdades saben conocer y apreciar.

« 3° En *conservar* ese carácter nacional que constituye
« el buen espíritu social que distingue yá á los habitan-
« tes de la América del Sur.

« Ahora pues ¿ qué se podria esperar, bajo todos estos
« respectos, de la Inglaterra ó de un Príncipe *imbuido*
« *hasta el fanatismo* en los principios de su nacion ? Habrá
« que temer, si nó el trastorno de la religion católica
« dominante en el país, al menos su envilecimiento, ó
« quizás guerras intestinas de religion que causarian la
« desgracia de los Pueblos. Además, el carácter inglés,
« tan opuesto al de los Americanos civilizados, induciria
« á actos contrarios á la felicidad social; y haciéndose
« odioso á los hijos del país, irritaria su amor propio,
« arrebatándolos por venganza, si nó á destruir la nacion
« que la exitaba, al menos á debilitarla de modo que
« pudiera manejar las riendas sin obstáculo. Por esta
« pintura que es demasiado cierta, se verá, que, lejos de
« que por ese modo se hubiera establecido, sobre bases
« sólidas, el edificio *que se ha empezado á construir tan*
« *bien,* se destruirian sus fundamentos, y volveria á caer
« en la esclavitud *un pueblo que merece mejor suerte.* »

Hemos trascrito todo este trozo, porque él nos dá una idea acabada de como concebian el progreso moral y libre de los pueblos los políticos europeos de la Santa Alianza.

creyeron haber encontrado una tabla de salvacion *para ganar tiempo* hasta buscarse otros pilares de que asirse ; por que el peligro era tremendo y horroroso para el pueblo de Buenos Aires cualquiera que hubiera de ser el éxito final de la catástrofe.

Consultado el Congreso se adhirió á la opinion del Poder Ejecutivo, y el señor Tagle contestó al señor Gomez que se aceptaba la propuesta y que entrase á negociarla, con tal que se aplazase la salida de la Expedicion, dando cuenta de lo que hubiese convencionado. (18)

El proyecto francés fué consultado al Embajador español. Debe suponerse que este lo puso en conocimiento de su gobierno ; y que fué autorizado á decir que — « S. M. el Rey don Fernando VII no admitiria proposicion ni negociado de ninguna clase entre su Soberania y los rebeldes de América, sino despues que el armamento que iba á marchar sobre el Rio de la Plata hubie-

(18) El señor B. Mitre en su *Historia de Belgrano*, vol. 3, pag. 80, presenta esta contestacion como una prueba de la pertinacia de las *ideas monárquicas* del señor Tagle, puesto dice que la daba— « cuando la expedicion de Cádiz no era ya una amenaza. » Pero el informado historiador no ha reparado que la sublevacion de Riego tuvo lugar el 1.º de Enero de 1820 *en Cádiz*, y que la nota del señor Tagle fué dirijida el 14 del mismo mes y año, lo que prueba que el Ministro argentino no podia saber el suceso, cuando por el contrario suponia que el armamento estaba muy próximo á partir.

se ocupado los puntos que le estaban señalados.

Quedó pues paralizada en Paris la Comision del señor Gomez: herméticamente cerrados los oidos del ministerio inglés á las incansables solicitaciones, memoriales y protestas del señor Rivadavia; y las Provincias Unidas del Rio de la Plata, desamparadas hasta por sus ejércitos, como lo vamos á ver, iban á verse sin tener siquiera como defender el organismo político en que se habia trabajado tanto para consolidar los principios y las tendencias de la Revolucion de Mayo de 1810.

CAPÍTULO XI

LOS ANARQUISTAS DEL LITORAL URUGUAYO EN LA MARGEN DERECHA DEL PARANÁ

SUMARIO—La vida selvática en las márgenes del Yuquery—El semillero de los caudillos—El redomon y la mujer—Panchito Ramirez—Su familia materna—Sus hábitos—Su porte—Su carácter—Su semblanza—Su naturalismo primitivo y su concepcion de la mujer—Su declive hácia el caudillaje—Sus incompatibilidades militares—Su natural afinidad con el artiguismo—Su ensalzamiento como jefe y caudillo provincial—Su nuevo trage—Sus miras ambiciosas contra Artigas—Situacion incierta del gobernador de Santa Fé, don Mariano Vera—El Comandante de Campaña Estanislao Lopez—Sus rasgos característicos—Sus antecedentes—Alarmas de Vera—Su solicitud de auxilios—Lo probable dada la situacion del gobierno nacional y de sus fuerzas—Delaciones ocultas—Acuerdo de Lopez y Ramirez—El motin de Santa Fé—Destitucion de Vera—Usurpacion y entronamiento de Lopez—Dificultades y peligros del gobierno nacional—Combinaciones militares—El Coronel Bustos—Campaña de Lopez sobre Bustos—Distraimiento en distintas operaciones de las fuerzas del ejército de los Andes—Campaña del general Juan Ramon Balcarce sobre Lopez—Entran en ac-

cion las fuerzas de Ramirez—Ricardo Lopez Jordan —Pedro Campbell—El Coronel Arenales—Retroceso de Balcarce--Debilidad de la caballeria—Solidez de la infantería—El Ministro Tagle y los ejércitos de los *Andes* y del *Perú*—El nuevo plantel del ejército del interior—Tergiversaciones trágicas mas bien que cómicas.

Frente á la villa del *Salto Oriental* y en la orilla occidental del Uruguay veíase en 1813 una miserable aldea, convertida despues en la gentil ciudad de la CONCORDIA. Era entonces un grupo embrionario de chozas sin mas contacto con el mundo de los vivos que los indios tapes y tagüéses de las selvas del *Yuquery*, y los desalmados montaraces de las islas en cuyo suelo enmarañado no habian penetrado jamás las leyes ni las autoridades civiles del régimen colonial. Las gentes que habitaban las casuchas de paja, y de construccion primitiva que se agrupaban en esa aldea llevaban como en todas las demás de su especie aisladas en el inculto desierto de las tres regiones litorales, una vida vejetativa y tímida. El desórden revolucionario habia arrastrado consigo las autoridades primarias que protegian las agrupaciones vecinales. El desamparo y la pobreza tenian todo el país sugeto al miedo y á la humillacion; y bajo esa atmósfera depresiva, degradadas las costumbres, incierta la propiedad, temblorosa é inerme la familia, se habia extinguido la conciencia de la individualidad; y el haber y el hogar, y la mujer principalmente,

eran presa de los perdularios que con bravura mas altiva y mas fiera imponian terror á los demás.

Allí fué naturalmente donde encontró su mas fértil terreno el semillero de los caudillejos y bandoleros que encabezaron el anarquismo litoral. Allí donde comenzó cada uno de ellos por ser uno de tantos entre los que se alzaron contra el régimen civil y orgánico del país. Con actos de arrojo sorprendente, de astucia y aún de raro talento en las obras de la maldad despues, y en las correrias depredatorias del desórden, fué que algunos de ellos tomaron el ascendente que los hizo jefes de cuadrilla. De compañeros subieron á capitanes; y de capitanes á jefes, que favorecidos por el concurso de la masa se hicieron omnipotentes convirtiendo en sumisos esclavos del ídolo local, á los mismos que lo habian creado con sus propias manos.... como sucede siempre.

Antes de que el desórden anárquico de las masas les hubiese abierto allí un teatro apropiado á los vicios de la vida inculta que llevaban, habian dado desahogo á sus pasiones y á los instintos de su actividad en las saciedades del individualismo entregado á sí mismo y fomentado por las imperfecciones y defectos del estado casi bárbaro en que se procreaban. Privaban mas que todo entre aquellos haraganes, los apetitos fantásticos del amor conquistado á empuje y como prenda de poderío personal.

Robar y sacar á los campos, en ancas del *redomon*, una aldeana ó gauchita de 17 años, bien parecida y—« de trapos limpios »—como decian en su típico lenguage, era la hazaña de que mas blasonaban estos tenorios de guitarra y de luciente daga en los riñones. La vanagloria no era tanta por la prenda conquistada á sus placeres, cuanto por lucirla, así enancada y esclava de la voluntad de su dueño, en carreras y en sortijas, para provocar cuchilladas entre envidiosos ó rivales, cuando no una riña á muerte con algun antecesor; pues no siempre era la pasion correspondida la que habia puesto á la—« china »—en poder del adalid que la poseia; sino que las mas veces aquello era un robo del bien ajeno que hacia mas apetitoso el lance y mas arrogante la posesion del robador.

Al estallar nuestra revolucion de 1810 ninguno habia cobrado mas fama entre esta clase de perdularios, ni pasaba por mas garboso sultan al aire libre, que Pancho Ramirez: moceton de 30 años, nacido en las márgenes solitarias del arroyo *Yuquery*. Habia sido su padre un paraguayo carpintero de ribera que fabricaba canoas con los troncos del bosque circunvencino; y la madre una vecina de apellido Jordan que habiendo enviudado volvió á casarse con un pulpero portugués de apellido Lopez, que se hizo pasar por gallego para eludir las dificultades que de

tiempo atrás ofrecia dentro del país la nacionalidad de su origen. Era éste 2° marido de la vecina Tadea Jordan un hombre de buena pasta que sabia apreciar para su negocio y la tranquilidad de su persona, el influjo ya notable de que su hijastro gozaba á muchas leguas á la redonda del vecindario en que habitaban. Nacido de padre con oficio y de madre que tenia sus terrenos (lo que entonces probaba poco) se tenia Ramirez por acreditado para aspirar; y era un héroe de aldea haragan y soberbio: cultor infatigable de amoríos, poseído de su imperio sobre las mujeres y de su fama en proezas de bravura. De robusta constitucion, y de arrogante presencia, (1) lucía en su rostro una abundante y sedosa barba que parecia un esmalte sobre lámina de bronce: tenia el ojo atrevido, la nariz aguileña, la frente echada atrás, y la expresion despreciativa. Violento tambien y bastante imperioso para tirarla de guapo, se mostraba confiado en sus fuerzas y en su propio predominio; y no solamente por eso, sino por

(1) Nuestra lengua necesita complementarse en muchas acepciones capitales que no acepta á pesar de las raíces propias y de origen legítimo que tienen en ella. Tenemos el verbo *encarar,* y no se nos dá el sustantivo *encarada,* que es de una necesidad evidente cada vez que se quiere dar el rasgo de mirada fija y abierta que no solo se traduce en el ojo sino en la actitud de toda la fisonomía y hasta en el nivel que toma la cabeza.

claro talento natural, y por una rara hidalguia que brillaba al través de sus bruscas pasiones, se habia hecho caudillejo temible por un lado; y por otro, dueño de las vivas simpatias del rebaño popular, inclinado siempre á seguir y adorar lo que lo aplasta por la fuerza del poder ó por la superioridad del ánimo. Cualquiera que lo hubiese visto vestido con la bombacha turquí, que era de uso general en su pago, prendida al cuerpo por un cinto de cuero curtido y *enjaezado* con variedad de monedas de oro y de plata, y ligada bajo la rodilla con la vistosa trenza de las botas de potro; sin mas sobrepuesto en el busto que el chaleco abierto, y la blanca camisa trasparentando el ancho y velludo pecho: con el parduzco chambergo (2) encajado en pañuelos flotantes de vivísimos colores, se hubiera figurado tener por delante un capitan de *bachibusuks* salido de las orillas del Oxus ó de algun otro rio del Turquestan.

Desde su primera mocedad, en la cumbre del poder arbitrario, y hasta en el momento aquel en que recibia la muerte sobre el campo de batalla, fué Pancho Ramirez eximio entre estos culteranos—no diré de la mujer en su tipo ideal, sino —de la *China*, de la *Hembra* como decian los de su jaez en su torpe y brutal lenguage. Y no

(2) Llamábase vulgarmente al sombrero sin formas —*panzaburro*, por el cuero de que se hacia en el pais.

se nos tenga á mal que así lo reproduzcamos en toda su crudeza por que entra en nuestros fines poner de pié con sus hábitos, su trage y su lenguage á estos bandoleros del Artiguismo, que por desgracia tienen todavia quien los ensalce, y.... quien los imite por tierras adentro.

Fácil es ver que los hombres como Pancho Ramirez estaban en la pendiente natural de la anarquía local que encabezaba Artigas. Demasiado insolente é inculto para tomar un puesto honroso en las filas del nuevo ejército republicano: incapaz de aprender á obedecer ó á mandar bajo las reglas orgánicas del arte militar, sin hábitos sociales para ajustarse á las armonias que exige la vida política bajo un gobierno culto, Pancho Ramirez tenia que brotar, de pronto, y robusto, caudillo de banda al servicio del desórden litoral; y en efecto, así fué como reveló su nombre y su influjo con una rapidez sorprendente; y desde que comprendió que Artigas iba perdiendo el poderio del territorio Oriental que lo hacia dueño de las costas entrerrianas, él, Ramirez, comenzó tambien á centralizar su influjo y su partido en su propia tierra; y por pasos hábiles, que denotaban inteligente astucia y espíritu atrevido, se puso en el camino de localizar su poder. Se desprendió poco á poco de los conflictos orientales, y echó del lado de Santa Fé y de Buenos Aires todas las aspiraciones al predominio general en la República Argenti-

na que se hizo desde entonces el violento y apasionado deseo de su alma.

Adueñado de todo el territorio entrerriano; aquel moceton que todos habian llamado por sus pagos Pancho Ramirez, se trasforma y comienza á figurar con el título y la gerarquía de—El General Ramirez. Por que—Qué menos que General podia ser cada uno de aquellos caudillos que imperaban á su placer sobre los hombres y las cosas de toda la provincia que tenian bajo su mano?.... Y si acaso se prescindia en lo confidencial de llamarle General Ramirez, se le decia á lo menos DON FRANCISCO RAMIREZ, que lo de *Pancho* habria sido un desacato que hubiera pagado caro quien lo hubiese cometido. (3)

(3) Fué entonces tambien que Ramirez cambió el trage habitual con que lo hemos dado á conocer, adoptando el pantalon azul con *vivos colorados:* chaquetilla corta con pequeñas coletas por detrás, y cuello parado del mismo color y vivos, que llevaba siempre abierta sobre el chaleco: el pañuelo pintado pasó de la cabeza al cuello en forma de esclavina; y tomó el sombrero de copa en vez del *panzaburro.* Inhabilitados estos jefes de correria para usar el verdadero traje militar de los grados que habian usurpado (que de haberlo hecho se habrian puesto en contradiccion con las bandas desmelenadas y andrajosas que encabezaban), habian adoptado los atavios del *cívico populachero* que eran los que mejor cuadraban á su carácter de caudillos. Hablando en Montevideo en el año de 1854 con el general Mansilla, del traje que llevaba habitualmente el general Urquiza, que á su vez sabia tambien vestir el de general en toda regla y el *frac*, nos

Estaba ya Ramirez decidido á sacar de Entrerios el predominio extrangero de Artigas, y hacerse jefe imperante en las estensas comarcas occidentales del Uruguay y del Paraná. Necesitaba para esto aumentar su poder con la alianza de Santa Fé. Pero el gobernador de esta provincia don Mariano Vera no habia sido inquietado desde que el señor Pueyrredon habia entrado á presidir al gobierno nacional; y preferia mantenerse en ese estado. No queria amenazar á Buenos Aires ni ponerse tampoco en buenos términos con su gobierno. Por que si hacia lo primero tenia que aceptar la proteccion de Ramirez, ó la de Artigas, y convertirse en sumiso pupilo de estos dos mandones, ó de uno de ellos por lo menos; y si lo segundo, se exponia á provocar la enemistad del *partido local* que era predominante entre aquellas masas incultas é intransigentes con todo órden público que tuviese por regla la ley y el imperio de sus agentes regulares.

La situacion en que Vera queria mantenerse, era cómoda, pero no era posible que pudiera

« decia: ese traje es el que usaba Ramirez cuando tomé
« servicio con él; y despues han seguido todos la moda;
« solo Echagüe y Urquiza se han puesto entorchados en
« Buenos Aires y en los recibos ó paradas. Estanislao
« Lopez vestia lo mismo; y creo que nunca *gastó uniforme*
« ni dejó el vestir medio gaucho de chaquetilla y sombre-
« ro de copa con *barbijo* ».

asegurarla; por que de un lado, era un grande estorbo á la ambicion de Ramirez, que necesitaba reunir en su mano las fuerzas de Entrerrios y Santa Fé para someter á Buenos Aires bajo la prepotencia de su poder personal y con elementos puramente argentinos: y del otro, daba pretexto á los descontentos de su provincia para que lo sospecharan de traidor ó secretamente inclinado á reintegrarla en la Union gubernamental de la nacion.

El peligro mas inmediato que se cernia sobre el gobernador de Santa Fé, era el Comandante de Campaña don Estanislao Lopez: campesino sagaz y egoista sin igual, aunque por otra parte debemos hacerle justicia diciendo que fué el mejor inclinado y el mas honorable en su vida doméstica de los caudillos que tuvieron retardado el progreso de nuestro pais por espacio de treinta años, sin haber hecho jamás el menor servicio, un sacrificio cualquiera, personal ó político, por la causa de nuestra independencia ó de nuestra organizacion administrativa; pues es ahí donde está la vergüenza de todos ellos y el anatema que merecen de nuestra historia.

Este Comandante de fronteras que va á comenzar aquí su larga carrera, era un individuo de la clase media de Santa Fé que en 1811 habia marchado en clase de sargento de caballeria miliciana con la expedicion del General Belgrano al Paraguay. Aquella caballeria era poco mas

entonces que grupos colecticios compuestos de individuos sin preparacion : perdularios y haraganes de pulperia, los mas : sin táctica ni formacion firme ; de modo que el sargento Estanislao Lopez, no por haber sido sargento se habia hecho militar ; pero tenia indudablemente mucha viveza de espíritu, con las condiciones que las fábulas populares dan á los zorros ó raposas ; y una destreza notable, á la manera de los jefes de tropas tumultuarias, para corretear por los campos desiertos con la rápida movilidad de sus caballos y ginetes, tan semi-salvajes los unos como los otros. Metido desde 1812 entre el gauchage de las pampas limítrofes del Chaco é indiadas del Rio Salado, se habia hecho de gran prestigio ; y como tenia práctico talento para tratarlos segun convenia, de ellos mismos se servia para castigarlos unas veces con dureza, permitiéndoles otras que con una licencia absoluta se entregasen al desórden.

Apercibióse el gobernador Vera de que se enredaban tratos entre Ramirez y Lopez para deponerlo. Pero no pareciéndole prudente tomar desde luego una actitud decidida, se valió de un tal Lasota y de otros amigos fieles para que ofreciesen al gobierno nacional la reinstalacion de la provincia en la unidad nacional, encareciéndole la necesidad de obrar pronto, y de ocurrir con buenas tropas á ocupar á Santa-Fé, ó invadir firmemente el Entrerrios.

A contar con lo que habia ofrecido el general San Martin, y con la division de mil quinientos soldados que se le pedian al general Belgrano, tenia el gobierno nacional medios sobrados y superiores con que poner término radical al vergonzoso y amenazante desórden en que gemian las provincias litorales. Seis mil hombres de excelentes tropas como eran las que podian concentrarse en Córdoba, del *Ejército de los Andes* y del *Ejército Auxiliar del Perú,* mandados por oficiales como Garcia Zequeira, Cajaraville, Brandzen, Lavalle, desprendidos del uno; y Paz, Moron, Lamadrid, bajo el mando de Arenales, desprendidos del otro; y reunidos todos con dos mil veteranos que podia adelantar Buenos Aires, además de otro dos mil reclutas que habrian entrado á esos sólidos cuadros, constituian una fuerza incontrastable que habria barrido con solo el empuje de su marcha las miserables *montoneras* de Santa Fé y el gauchaje de los bosques entrerrianos. Que digan hoy los gefes y oficiales que han sometido allí dos grandes rebeliones de esas mismas montoneras, mucho mas adelantadas ya en el arte de la guerra, si es posible que entonces un gaucho Ramirez y un campesino Lopez hubieran podido triunfar de los que habian asaltado á Talcahuano, y vencido en *Chacabuco* y en *Maipu.* En esos mismos dias cinco mil portugueses habian triunfado de Artigas que era mucho mas poderoso que sus tenientes de Entre-

rrios y de Santa Fé; y lo habian arrojado para siempre del país que habia manchado con su nacimiento y con su presencia ¿Y puede pretenderse que cinco, que ocho mil soldados argentinos de línea no habrian podido recuperar la tierra segregada de su nacion por las manos impuras del caudillage y de dos mil *montoneros*; pues no tuvieron mas? Oh! Hay cosas que no se discuten: que de suyo estan demostradas; y ya veremos como los hechos nos van á dar razon, aún en el triste caso en que le faltaron al gobierno nacional algunos de los servidores que mas deber tenian de haber ocurrido á salvar el órden y el organismo sobre que reposaban las bases del Estado. Suponer ahora que aquellos jefes reunidos en un grande ejército nacional se habrian sublevado tambien y entrado en las líneas de los anarquistas, es otra suposicion monstruosa; y no hay oficial de línea que no sepa que si es muy posible el levantamiento de un cuerpo aislado, ó de una division, no lo es el de todo un ejército contra el órden político que lo sostiene; y que aún en el caso de haber eso acontecido, habrian caido los hombres del gobierno pero jamás se habria disuelto el cuerpo y el conjunto de las instituciones que componian el organismo general y político del país. La verdad es que ese ejército hubiera vencido y que nuestro país se habria salvado de la ruina en que cayó.

El gobierno nacional debió confiar en que las

órdenes impartidas á sus generales de Cuyo y de Tucuman serian inmediatamente cumplidas, y contando con la concentracion de fuerzas que hemos mencionado, entró en acuerdos con los nacionalistas de Santa Fé para redimirlos del yugo de los caudillos que hacian imposible el buen gobierno en aquella provincia y su concordancia con el órden nacional representado por el Congreso y por el Poder Ejecutivo del Supremo Director.

Artería fué de alguien, ó imprudencia quizá, la que hizo llegar á oídos de los caudillos Lopez y Ramirez la noticia de la combinacion de fuerzas con que se trataba de atacarlos en sus propias guaridas; y ellos, comprendiendo bien el peligro, resolvieron adelantarse poniendo á Santa Fé bajo su mano, y cubriendo de ese modo el terreno en donde debian tomar carácter los sucesos. Con la doblez que le era característica, preparó Lopez el motin contra Vera y la usurpacion del gobierno, si es que gobierno puede llamarse la autoridad personal, y de banda, con que eran dominados aquellos incultos y miserables villorrios, que con mas propiedad podrian llamarse aduares ó paradas de tribus semi-bárbaras.

Para justificar el motin hizo Lopez que bajo cuerda entraran de sorpresa los indios *Guaycurus* por los suburbios del pueblo mismo que era asiento de eso que por allí llamaban gobierno: mataron, cautivaron mujeres, y saquearon lo

que en aquel rápido *malon* encontraron á mano. Sirvió esto de motivo para que los confabulados con el autor del hecho alborotaran aquel populacho esencialmente nómade, que habitaba el lugar con el caballo siempre pronto y atado al cerco para levantarse como bandada de gaviotas, y salir dando alaridos en *monton* ó en *montonera,* á escaramuzar y corretear por el desierto campo que los rodeaba. Dos ajentes de Lopez, los vecinos Maciel y Roldan, acometieron al Cabildo y pidieron asamblea general del pueblo para que se tomara en consideracion la necesidad de nombrar un gobernador capaz de dar seguridad individual al vecindario. La asamblea no dió el resultado que ellos buscaban ; y declaró al contrario por grandísima mayoria que el señor Vera estaba bien en su puesto. Irritados con chasco, los directores del motin alegaron que como no era posible continuar gobernados sin constitucion, no obedecerian á nadie mientras el Cabildo no ofreciera hacer esa constitucion; pues sin este requisito no habia mas gobernador que el Cabildo mismo.

El alboroto de los amotinados habia provocado la actitud defensiva de los amigos de Vera; y puesto á la cabeza de dos compañias de cívicos yde otros partidarios el capitan Juan José Obando, joven valiente, se apoderó del edificio de la Aduana resuelto á defender allí el órden de cosas establecido, al mismo tiempo que otro

comandante don José Rodriguez, tocaba llamada tambien en Coronda á sús secuaces para sostener á Vera. Pero Vera, que bien sabia de donde le venia el golpe, y que por momentos esperaba verse atacado por mil indios y tapes entrerrianos, abandonó la partida y dimitió su gobernacion en la esperanza de que le permitieran vivir tranquilo y seguro.

Don Estanislao Lopez estaba entretanto en el *Rincon* al mando de 120 *Blandengues*—«diciendo á los que iban y venian á verle la cara y el gesto, *que él no se metia en nada*. Pero dejaba al mismo tiempo que un cierto Larrosa hombre de su devocion, se pusiese á la cabeza de los Blandengues, y que con la tropa y un cañon que tenian los revolucionarios, se adelantase á guerrillar contra Obando. Fué entónces que el Cura Amenabar, hombre de influjo y de talento, que convenido estaba tambien con Lopez, se puso de por medio á transigir el conflicto. Obando y Larrosa dejaron su puesto, y cada uno se fué por su lado. Pero lo curioso es ver como se hacian las cosas en estas sociedades embrionarias de las provincias litorales; y tomar el relato en la boca ingénua é inconciente de los Cronistas lugareños:—«En la mañana del dia siguiente apareció en la Aduana don Estanislao Lopez con la tropa de Larrosa y otra gente que él traía (*gauchaje* por supuesto). Mandó llamar al doc-

tor Seguí y luego por bando público *hizo saber que él era el gobernador.* » (4)

El señor Vera entretanto se habia retirado al Paraná; pero allí lo tomaron bajo custodia y lo confinaron en Calá, centro mediterraneo del territorio.

Los contrastes sufridos en Entrerrios por el coronel don L. Montesdeoca y por el general don Marcos Balcarce, el mal éxito del coronel E. Galvan en Corrientes, y la destitucion de don Mariano Vera en Santa Fé, estrechaban de tal manera la mala situacion del Gobierno nacional, que de no llamar en su auxilio fuerzas de Chile y de Tucuman, le seria imposible evitar que las montoneras semi-bárbaras del litoral entrasen á saco por los campos de la provincia de Buenos Aires, y se apoderasen al fin de la capital. Salieron pues órdenes terminantes para que el general Belgrano desprendiese una columna de 400 infantes y 100 húsares, que ganando horas, y con el mayor sigilo, alcanzase á las márgenes del *Rio Tercero* y se situase en el *Fraile Muerto*, tratando de reunir allí cuatro ó cinco mil caballos. El general Belgrano entre cuyas virtudes sobresalia la subordinacion y el respeto á las autoridades legítimas del país, cumplió al pié de la letra lo que se le habia mandado, y puso en marcha la pequeña columna al mando del coro-

(4) *Apuntes* de don Urbano Iriondo, pág. 39.

nel Juan Bautista Bustos. La caballería era indudablemente muy escasa para las operaciones que se iban á emprender; pero se contaba con dos escuadrones de *Granaderos á caballo*, y con un regimiento de 500 infantes segun se habia convenido con el general San Martin, al entregarle el subsidio de 500 mil pesos que habia solicitado para reponer la separacion de esta fuerza y completar los armamentos navales. Concentradas estas dos divisiones en el Rio Tercero, con las buenas y numerosas caballadas que ya las esperaban, debian formar un total de 2500 soldados, incluyendo en ese número 400 y tantos milicianos que el coronel Arenales tenia reunidos en la Villa de los *Ranchos* (Córdoba) para incorporarse.

Todo estaba previsto y combinado con muchísimo acierto para emprender la campaña desde que llegase al *Fraile Muerto* la division del Ejército de los Andes de cuya reunion dependia el movimiento sobre Santa Fé por el lado de Córdoba.

Por el de Buenos Aires, el general don Juan Ramon Balcarce se hallaba acampado en el *Arroyo del Medio* con 1500 infantes de muy buena organizacion, y seiscientos reclutas de caballería, que carecian todavia de espíritu de cuerpo, y que para operar con éxito necesitaban sin duda de verse apoyados por cuerpos de mejor temple.

Una vez que la division acampada en la mar-

gen izquierda del Rio Tercero estuviese ya incorporada á la de Cuyo, seiscientos de sus mejores soldados de caballería debian abrir la campaña, bien montados, y hacer por el oeste y por el norte una batida formidable en los campos de Santa Fé. Ese era el momento en que las fuerzas de Balcarce debian entrar por el *Rosario* y cerrar el cerco á los montoneros, sin dejarles mas recursos que asilarse en Entrerrios, ó perecer en el Chaco. Completada pues esta batida que ninguna dificultad podia ofrecer á las fuerzas con que se contaba hacerla, era el caso de concentrar sobre el Rio Paraná los cinco ó seis mil hombres de las tres divisiones: ocupar la Bajada y emprender igual batida en Entrerrios, donde los anarquistas estaban yá librados á sus propios recursos, sin poder contar con Artigas á quien los portugueses tenian acogotado y reducido á las últimas convulsiones de un moribundo. Supo Estanislao Lopez la llegada de Bustos al *Fraile Muerto:* é informado de que no tenia sino cien hombres de caballería, y muy confiado en que no se habian de ver por allí los terribles *Granaderos* de los Andes que Balcarce esperaba para hacer su entrada, mandó montar á caballo todo el aduar que le obedecia; y con aquella rapidéz comun con que los bárbaros atraviesan los campos desiertos se puso sobre el Rio Tercero con cerca de ochocientos ginetes armados á sable y lanza, con fusi-

les y tercerolas otros, con *chuzas* los indios; y despues de hacer volteretas y escaramuzas por las riberas vadearon el rio el dia 8 por la madrugada y se echaron sobre los campos en que pastaban las numerosas caballadas reunidas por Bustos á espera de los soldados de Cuyo. Los húsares que era la única caballeria de confianza con que contaba Bustos, eran muy poca gente para defender tantos animales sueltos en los pastizales de aquel campo abierto á todos vientos; y como el tropel de los montoneros contribuyó á espantarlos, se desbandaron por el vasto horizonte de las pampas, á pesar de la buena comportacion del pequeño cuerpo de húsares que bajo el mando del comandante Sayós atacó y sableó algunos grupos enemigos, teniendo al fin que retirarse al campamento por no poder emprender nada mas allá de lo prudente.

Al ver abandonada otra vez la periferia del campamento y villa del *Fraile Muerto,* los montoneros, como pájaros de banda que despues de revolotear en dispersion rehacen sus grupos y vuelven al lugar de la pitanza, trataron de embestir á toda rienda; pero tan incapaces eran de emprender una operacion séria de guerra, que les bastó ver á la infanteria resguardada por algunas carretas, y sentir el efecto de las primeras descargas, para que se pusieran á prudente distancia; limitándose á corretear á la vista con alaridos salvajes y vociferaciones provocativas.

Otro jefe que hubiera tenido mas iniciativa y actividad que Bustos habria podido romper y deshacer con brio y oportunidad aquel incómodo enjambre de avechuchos que circundaban su campo. Muy cerca tenia al coronel Arenales, que con mucho menos habria hecho mil veces mas; pero, á lo que parece, tenia yá Bustos sospechas que se pensaba darle á ese brillante y aventajado guerrero el mando de toda la division, y no dió paso ninguno para llamarlo.

Esperaban los montoneros acabar con Bustos por hambre; pero Arenales por su lado, y Balcarce por el suyo, tuvieron noticia del estado de las cosas en el Rio Tercero. El primero se movió hácia el lugar del peligro; y Balcarce adelantó rápidamente un escuadron al mando del coronel Saenz, subiendo él mismo á marchas forzadas por la márgen derecha del *Carcarañáa.*

Tuvo entónces Estanislao Lopez que volverse de prisa á su provincia; y bien se comprende que habria quedado completamente perdido si el general San Martin hubiera enviado los dos ó tres cuerpos del ejército de los Andes que el gobierno nacional esperaba con tanta ansiedad. Pero qué!....

El señor O'Higgins de propia autorizacion y sin que sepamos de quien la hubiera recibido, se habia permitido mandar al sur de Chile toda la caballeria argentina: al mismo tiempo que el gene

ral San Martin recibia los 500 mil pesos de subvencion bajo promesa de poner en Cuyo 2000 hombres de ese ejército. Esta singular coincidencia le impedia al general cumplir su oferta; y así quedaba siempre pendiente de promesas nunca cumplidas, y de nuevas promesas á cumplir, ese auxilio de fuerzas que el gobierno nacional pedia para defenderse, y que el general queria retener para expedicionar al Perú. Véase si no es de una rareza inexplicable el oficio en que el señor Guido, Plenipotenciario argentino, dá cuenta de que el señor O'Higgins habia dispuesto la marcha al Sur del ejército argentino que no dependia de él bajo ningun concepto:—*Santiago, Agosto 29 de* 1818: Instruido el GOBIERNO SUPREMO DE ESTE ESTADO de que puede ser tomado Talcahuano (5) ha resuelto destinar una parte del ejército de tierra para asaltar á Talcahuano antes que desembarquen tropas enemigas en este punto fortificado.... La órden general del dia de hoy previene á los batallones se equipen pronto para esta campaña.... » Pendia pues la remesa de la division auxiliar de nuevas órdenes para que regresase del sur y repasase la cordillera; pero como se creia que esas órdenes ya estaban dadas, el General San Martin habia mandado movilizar milicias de Mendoza y

(5) Esta plaza permanecia aún en poder de los españoles despues de la victoria de Maipu.

San Luis anunciando que en el acto marcharian á reunirse con Bustos y operar de acuerdo con Balcarce.

Contando con eso el general Balcarce, y cumpliendo su deber de socorrer y desembarazar de enemigos á los cuerpos comprometidos en la misma campaña que él, paso el rio *Carcarañaa;* y arrollando siempre las montoneras con que López le salia al paso se dirigió á los vados del Rio *Salado* con el objeto de ocupar á Santa Fé, y de dar facilidad á las fuerzas del *Fraile Muerto*, mandas por Bustos ó por Arenales, de que viniesen de su lado con las suficientes caballadas para acosar á los montoneros y exterminarlos en las orillas del Chaco, ó haciéndolos abandonar la provincia y asilarse al otro lado del Paraná.

Convencióse López de que su táctica montonera no era bastante á detener fuerzas regladas; y la abandonó por la idea de defender la ciudad fortificando militarmente el *Paso de Aguirre* en el Rio Salado. Un oficial español llamado Yac que habia sido artillero, se encargó de la obra. Escogido el lugar aparente, abrió fosos, levantó parapetos, circundó el reducto por abatis formados con árboles y ramazones espinosas que allí abundan, y con 600 hombres de fusil y cuatro piezas, se propusieron contener la invasion.

Despues de estudiar y de conocer bien la posicion, aparentó el general Balcarce hacer un

ataque decidido sobre su frente, que no tenia mas objeto que cubrir el movimiento de una de sus divisiones que habia subido el rio dirigida por el Cura de Cayastá Fray Juan José Leal. Conocia este sacerdote punto por punto aquellos lugares; y dirigió la tropa á dos picadas por donde toda pasó facilmente. Ocultando así su marcha por dentro del bosque, apareció de sorpresa sobre la bateria. Alborotáronse los que estaban dentro de ella, algunos hicieron fuego; pero no pudiendo ya sostenerse se desbandaron echándose al rio, donde perecieron muchos, y se salvaron otros como sucede siempre en estos casos. Desde luego no quedaba ya obstáculo alguno para ocupar la ciudad y la division se acampó en la *Chacarita*.

Esperaba Balcarce que la fuerza de 800 ó mil hombres que suponia en el *Fraile Muerto* se pondria en marcha inmediata á reunírsele; pero pasaban dias y mas dias sin tener noticia ninguna; al paso que las montoneras y los indios en grupos mas ó menos grandes recorrian libremente los campos entre Córdoba y Santa Fé, le inquietaban las guardias, le retiraban ó arrebataban los caballos y los ganados sin que se realizase la combinacion con que debia haberse hecho la batida por las dos fronteras.

Entretanto, Ramirez no habia desatendido la urgente necesidad de auxiliar poderosamente á su aliado; y ápenas supo la marcha de Bal-

carce y la aproximacion por el lado del norte de las fuerzas de Bustos, hizo que pasasen el Paraná mil ochocientos montoneros de Entrerrios al mando de su hermano materno Ricardo López Jordán : hombre pacato, que no tenia de militar sino el grado y el puesto que le habia confiado su hermano. El verdadero caudillo que venia con esa fuerza era el aventurero Pedro Campbell : un foragido hecho y derecho, nacido para ser salvage y que á fuerza de serlo por naturaleza habia encontrado lugar y mando entre las hordas de aquel alzamiento.

Este aventurero, inglès segun unos y escocés segun otros, habia sido marinero, y bajado á la playa de Quilmes en el batallon de marinos con que Popham habia reforzado la brigada de Beresford. En los primeros dias de estar en Buenos Aires, entró ébrio al cuartel, y al ser tomado del cuello por un teniente, levantó la mano sobre el oficial y le echó abajo la gorra de cuartel que llevaba, con algunas otras circunstancias que ya habian hecho notar su natural insolencia. Le valió la cosa una carrera de baqueta con cincuenta azotes. Pero despues de haberlos recibido, se supo que en el mismo dia, ó poco antes, habia atacado una pulperia y robado á mano armada algunas prendas de plata : crímen muy grave entonces, que tenia pena de horca entre los ingleses. Estaba pues preso y curándose de la azotaina mientras se le seguia la

causa, cuando Liniers atacó y redimió la ciudad. Habiendo quedado libre en el Hospital, Campbell se presentó como voluntario al coronel don Bernardo Velazco; y cuando este fué nombrado gobernador del Paraguay, Campbell lo siguió y se acomodó á la vida de aquellos pueblos, en algun oficio propio de su clase. (6) Unióse despues á las montoneras que en Corrientes levantaron la bandera de Artigas; y como se daba por marino, comenzó recorriendo los rios con lanchones armados. Otras veces aparecia como jefe de caballeria; y en todas partes resaltó su audacia y su arrojo, que tenia la astucia, la sagacidad, el golpe de ojo, la saña, la rapidez y la crueldad que distingue á las fieras, sin un solo accidente que denotara al hombre que alguna vez hubiera vivido entre gentes civilizadas. No tenia principios morales: carecia de las mas simples nociones religiosas, y nunca se le oyó el menor recuerdo de familia. Pero lo importante para nuestro criterio, ès que basta pintarlo y saber quien era, para juzgar el movimiento de barbarie en que habia tomado servicio; así como para conocer bien los horribles caractéres de ese movimiento, basta y sobra con saber que Campbell fué uno de sus grandes generales.

(6) Tengo estos detalles de mi respetable amigo don Diego Davidson vecino de Corrientes por muchos años, y padre del doctor en medicina del mismo nombre que reside en esta capital.

Con la incorporacion de López Jordan y de Campbell, tenia ya el de Santa Fé fuerzas muy superiores á las del general Balcarce, sobre todo en caballeria, que era el arma decisiva en aquel momento. Le hubieran bastado á este gefe (como se probó poco despues) dos escuadrones veteranos del Ejército de los Andes ó del de Tucuman con oficiales como Cajaraville, Medina, Paz, y como muchos otros del mismo mérito que podríamos mencionar, para dar cuenta de las bandas enemigas que lo inmovilizaban por falta de recursos para echarse sobre ellas. Pero pasaban los dias, y nada le venia de Córdoba ó de Cuyo que le diera esperanzas de ver la caballeria que se le habia ofrecido. Bustos no daba señales de vida, y en vez de haber seguido el movimiento retrogrado de los montoneros como queria el Coronel Arenales, se negó á ello, y se retiró hacia el Pilar inutilizando con esto la incorporacion de este brillante gefe. De allí dió cuenta al gobierno que era imposible operar sobre Santa Fé si no bajaba todo el Ejército del General Belgrano.

Las circunstancias se hacian en efecto cada dia mas graves y delicadas. Habia fracasado tambien una nueva tentativa del Coronel Hereñu para levantar la provincia de Entrerrios contra Ramirez; y los dispersos andaban escondiéndose por las islas y costas del Paraná, donde los recogia la escuadrilla de Buenos Aires, que no pudo evitar el apresamiento de dos de sus lan-

chones y el sacrificio que Campbell hizo de los tripulantes y de los prófugos que iban en ellos.

Conociendo pues Balcarce que la permanencia en la ciudad de Santa Fé podria agotar sus medios de movilidad á una distancia de Buenos Aires que le hacia imposible mantener sus comunicaciones, resolvió retroceder al *Rosario;* para ponerse en actitud de restablecer sus quebrantos y de volver á invadir si se reanudaban de una manera séria los movimientos combinados que habian servido de base estratégica al emprender la campaña. Luego que se puso en retroceso quisieron los montoneros (á la manera de los Parthos con los Romanos) envolver la columna y destrozarla. Pero la infanteria era demasiado sólida para que aquellos grupos de puro gauchaje pudieran conmover sus líneas; y pudo continuar su marcha cubriendo bien su débil caballeria y el ganado ovino con que hacia su rancho y sus paradas convenientes. Mas como conocia que la debilidad de su caballeria le privaba de emprender nada serio contra los montoneros, el general se esmeraba de mil modos en hacérselo comprender al gobierno: que, en verdad no tenia como defenderse, sino haciendo bajar el Ejército del General Belgrano, ó dando órden categórica á San Martin de poner en marcha una parte del de los Andes.

A lo primero se oponia tenazmente el Ministro Tagle alegando los malísimos resultados y los

peligros que debia producir ese abandono indebido é injustificado de las fronteras del norte al frente de las tropas realistas : cuando el Ejército de Chile ningun peligro tenia á que hacer frente, ni razon ninguna para no ocurrir en defensa de su gobierno, estando enteramente acuartelados é inactivos sus mejores cuerpos, los que mas se necesitaban. Y de acuerdo con esto instigaba al Supremo Director que diese comision al general don Márcos Balcarce para ir á Cuyo en el carácter de Gobernador de Mendoza y general en jefe de las fuerzas argentinas que se hallaban en Chile, en caso de que por no separar una division de ellas, volviera el general San Martin á renunciar su mando.

Lo singular era que en ese momento el general San Martin tenia, por decirlo así, agarrada la muñeca en la trampa. Nunca habia tenido la intencion de pasar fuerzas del ejército argentino á este lado de la Cordillera; y por lo que parece, y se vió despues, poco le importaba, una vez que ya tenia escuadra, y dinero, y vestuarios que Buenos Aires cayese en manos de los montoneros, y que Pueyrredon con todo su gobierno y *sus amigos* los hombres de órden, y el Congreso (aquel famoso Congreso de Tucuman á quien tanto debia) fuesen á las cárceles, ó tuviesen que huir al estrangero. Pero, como hemos dicho, derrepente la trampa le coje la muñeca: rompe en San Luis la sublevacion de

los prisioneros españoles: aparece el hecho como una gran conflagracion combinada con las montoneras del litoral, y con José Miguel Carrera: se asusta y mira como en terrible peligro la provincia de Cuyo—Mendoza, San Juan y San Luis que eran su cuartel general, la base de sus recursos, sus provincias, el vivero de sus reclutas, y de todo lo demas con que contaba para robustecer su expedicion al Perú: se asusta repetimos; y desde Curimon donde recibe la terrible nueva le escribe á O'Higgins que vuela á Mendoza: POR QUE LA SALVACION DEL ORDEN INTERIOR LE INTERESA MAS QUE CINCUENTA EXPEDICIONES. Al partir no es su ánimo por cierto meterse en Mendoza *sin saber lo que habia sucedido*, sino que toma lo que tenia á mano, lo que el gobierno nacional le habia pedido, y que él no habia querido darle— tres escuadrones de *Granaderos á Caballo* al mando de Necochea, uno de *Cazadores de la escolta* (Carabineros) y el Regimiento núm. 1º de infanteria (Cazadores de los Andes) y les dá órdenes de pasar á Cuyo. Cuando llegó todo el peligro habia pasado; pero no le quedaba modo honesto de hacer volver á Chile una fuerza que pertenecia al Gobierno de la Nacion, y que el Gobierno de la Nacion necesitaba. Aquí empezaron sus apuros, y aquí las tergiversaciones que el señor General B. Mitre ha llamado—LA SUBLIME COMEDIA. Nuestra opinion es como se verá, que no hubo comedia.

Pero si la hubo, dudamos mucho que el incidente pueda llamarse *comedia:* ni clasificarse de *sublime* la desobediencia de un general al gobierno de quien su ejército depende; desobediencia que si fué *cómica* debió tener algo de doblez, de enredo, ó de engaño: y que si fué *sublime* nosotros preferiríamos verla por los dos lados—por el lado del General—y por el lado del Gobierno Nacional; la llamaríamos entonces *tragi-comedia,* trasuntando con mas propiedad al menos, el desdichado drama de aquel tiempo en que se jugó la ruina de nuestro organismo político: y cuyos ecos, bien tristes por cierto, resuenan lugubremente todavia en nuestro estado social.

CAPÍTULO XII

LOS GENERALES BELGRANO Y SAN MARTIN EN LA CATÁSTROFE DE NUESTRO ORGANISMO POLÍTICO

SUMARIO:—Campaña infructuosa contra los montoneros—Retirada del ejército nacional—La infanteria—Actitud del general San Martin—El general Belgrano—El ejército de los Andes—Vacilaciones de San Martin—El comandante de caballeria don José María Paz—Debilidad militar de las montoneras—Llegada del general Belgrano al teatro de la guerra—Trabajos políticos del general San Martin—Antecedentes sobre la defensa de la Capital—Compensacion de reclutas chilenos por soldados argentinos—Exigencia y disgustos de San Martin—Dificultades de Chile—Tribulaciones—Invencion de un Armisticio—Carta del señor Guido—Vuelta à lo del principio—El Ministro Tagle—Mediacion de Chile rechazada con enfado—Órdenes terminantes sobre el *Ejército de los Andes*—Declaracion de O'Higgins sobre la propiedad y composicion del *Ejército de los Andes*—Sancion del Senado de Chile—Esperanzas y propósitos—Apurada situacion de los sucesos—Insinuaciones de San Martin—Situacion desesperada de los montoneros—Estanislao Lopez protesta deseos de reconciliacion—Su perfidia, y la candidez de Belgrano—El Armisticio—Sorpresa é

irritacion del Gobierno Nacional—Su impotencia delante de la presion de sus generales—San Martin en Mendoza—Sus trabajos en la remonta del *Ejército de los Andes*—Sus comunicaciones con el Ministro de Chile señor Zenteno—Sedicion de los Gefes—Situacion anómala del General—Desaliento del Supremo Director—Pertinacia de Tagle—Robustez de la situacion—Adhesion de la opinion pública—Predisposicion de los militares—Convocacion del Congreso—Último esfuerzo del Supremo Director--Negativa del general San Martín—Apertura de las sesiones—Los hombres de Estado y los aventureros—El Dean Funes y el Proyecto de Constitucion—La concepcion y el espíritu conservador—Constituciones programas—Reminiscencias de Moreno—Organismos constitucionales—El régimen provincial—El *Habeas corpus*—El idilio de la fraternidad—Lo débil y lo fuerte—Postracion y alejamiento de Belgrano—Tarea final de Pueyrredon—La Logia—La reeleccion—La resistencia—La renuncia—Eleccion de Rondeau—Sentido político y miras especiales de esta eleccion.

La culpable desídia del Coronel Bustos para combinar sus movimientos con el general J. R. Balcarce, fué causa de que toda la pampa intermedia quedase abierta á las correrias de los montoneros, y de que no se les hubiese perseguido ni encerrado en el Chaco. Escusóse Bustos alegando que habia esperado la incorporacion de las milicias de San Luis que se le habian ofrecido; y ya fuese por la apatía de su carácter, ya por estar en otras combinaciones mas propias de sus secretas miras, la inaccion en que se mantuvo le dió ocasion de conservarse en su

provincia nativa, á la espera de los sucesos, sin ponerse á las órdenes inmediatas del gobierno nacional.

Frustrado pues el proyecto de circunvalacion con que habia marchado, el general J. R. Balcarce tuvo que ponerse en retirada, acosado por las guerrillas enemigas. Perdió poco á poco su escasa y débil caballeria, y alcanzó al Rosario con la esperanza de recibir refuerzos para sostenerse allí hasta repetir la campaña con mayor seguridad de las combinaciones.

A esto mismo tuvo que renunciar, por que aunque la infanteria le bastaba para estar libre de peligros y de asaltos, nó tenia como hacerse de víveres en aquella inmensidad de campos desiertos donde no habia una sola granja, ni sementera, ni un árbol plantado por el hombre, ni la mas rudimentaria aldea: y donde solo se habria podido encontrar algun pequeño grupo de ganados diseminados á tan largas distancias que era imposible darle alcance. El general San Martin tenia en San Luis, á cinco jornadas escasas de Santa Fé, una brillante division de caballeria bien montada, nada menos que los famosos *Granaderos á Caballo* al mando del coronel M. Necochea; pero esta fuerza permaneció indiferente, á pesar de que el general le escribia al señor Guido—«Balcarce está sitiado en el Rosario.» (1)

(1) Papeles del señor Guido pág. 199.

Despues de este contratiempo comprendió el gobierno que era un error estar empeñando contra los montoneros fuerzas pequeñas y colectivas, compuestas en su mayor parte de milicianos ó reclutas ; y que era menester obrar de un modo formal y definitivo contra esta inmunda plaga de bandoleros alzados contra los poderes nacionales. Pasó órdenes apremiantes al general Belgrano de que se pusiese en marcha con todo el Ejército de Tucuman. Al general San Martin se le ordenó que pusiese á este lado de la Cordillera al Ejército de los Andes, y que marchase á Salta, dirigiendo antes al Rio Tercero la division de caballeria que se hallaba en San Luis para que se incorporase al general Belgrano.

La traslacion del Ejército de los Andes á Salta no era por cierto un paso desacertado. Chile estaba en completísima seguridad. El mismo señor Guido, en un momento de arranque sincero, y en medio de una gran fiesta nacional, habia dicho bien alto en Santiago : —« LA GUERRA HA CONCLUIDO YA EN CHILE. » (2)

Pero la guerra no habia concluido al norte de nuestras provincias ; y ya que el diminuto ejército del general Belgrano bajaba de allá á consolidar el órden interior, pensaba el gobierno (lo decia al menos) que se proponia formar en Sal-

(2) *Gaceta de B. A.* 14 de Abril 1819, pág. 515.

ta bajo la direccion del general San Martin y del coronel Güemes un ejército de seis ú ocho mil hombres que invadiera por el Alto-perú, al mismo tiempo que el que debia formarse en Chile sobre el plantel de 2,000 hombres que allí se le dejaban, amenazaria las costas con la poderosa escuadra que podia maniobrar en ellas.

La verdad de estas nuevas combinaciones está plenamente justificada.

El general Belgrano le escribia al coronel Güemes que por la via muy reservada se le comunicaba que el general San Martin iba á pasar á Salta con la mayor parte del ejército de los Andes remontado poderosamente en Cuyo. El mismo le escribia al general San Martin sobre esto, (3) y el general San Martin sorprendido y profundamente desagradado le escribia al señor Guido—« Las comunicaciones del gobierno *tan exigentes y apuradas* son de fecha 15 (Abril 1819) y se refieren á las de Belgrano del 7 y 9 del mismo siendo así que este general en las suyas *de oficio no me habla una palabra de la bajada del enemigo;* pero aun siendo eso verdad ¿hay tiempo para que las fuerzas del ejército de los Andes pasen la Cordillera y lleguen á Tucuman?» (4)

(3) *Historia de Belgrano* por el señor Mitre, vol. 2 de la 3ª edicion, pág. 623.

(4) Pap. del señor Guido, pág. 235.—Lo habia ciertamente para que fuese la Division que tenia en San Luis.

El general San Martin duda, como se vé, de que sea verdad la bajada de los realistas por Salta, y parece inclinado á pensar que no se trata sino de tener un pretexto plausible para sacarlo de Chile y embolsarlo en la patria argentina, donde no le quedaria como desobedecer al gobierno. Seria ó no seria así; pero en uno y en otro caso quedaria probado siempre que el señor Pueyrredon queria entrar en posesion del ejército nacional.

Las nuevas combinaciones eran pues, en resumen, adelantar el ejército de la Capital en número de dos mil infantes y quinientos milicianos de caballeria á la frontera del Rosario: mientras el general Belgrano con 2,600 veteranos y cuatro escuadrones llegaba á las márgenes del Rio Tercero. Allí debian reunirse á él los *Granaderos á caballo* que Necochea tenia en San Luis, y marchar en seguida al centro de la provincia de Santa Fé combinando este movimiento con el ejército de la Capital pronto á entrar por el este y por el sur. Al general San Martin no se le obligaba á tomar la menor parte en la guerra civil, que era lo que segun decia, y repetia, provocaba todos sus escrúpulos. Estaba resuelto á no hacerlo, de este lado de los Andes al menos, por ningun pretexto. Pero trasladándose á Salta á organizar una invasion por el Alto-perú, mas acertada quizá que la que él proyectaba por las

costas del Pacífico, se le dejaba en su puesto y en la pureza de sus escrúpulos morales.

La doctrina del General Belgrano era siempre la de la virtud y del deber. Ciudadano antes que todo, no habia interés político ó personal que en su alma pudiera prevalecer contra la ley, ó sobre la disciplina militar. No tenia talentos de guerrero pero tampoco tenia límites su abnegacion y su respeto á las autoridades constituidas de su país. El militar siempre y en todos los casos debia obedecer ciegamente á su gobierno; y si en ello se comprometia su honra, podia salvarla renunciando su puesto y dejando libre el paso á la autoridad. Fué por eso que creyendo desacertado el abandono de Tucuman-- «lo manda quien puede»—le escribia á San Martin y se ponia en marcha.

En el camino tuvo noticias de que Bustos estaba sitiado y á mal trance en las márgenes del Rio Tercero, por falta de buena caballeria; é inmediatamente ordenó que se adelantasen á marchas forzadas dos escuadrones, si es que merecen este nombre dos pequeños cuerpos que á lo mas completarian 130 hombres—el de *Husares* al mando del coronel Lamadrid y el de *Dragones*, cuyo jefe era el jóven don José María Paz, el oficial mas entendido en la guerra y de mas claros talentos que figuraba en aquella division, pero por desgracia tocado del espíritu sedicioso,

y aspirante fuera del órden legítimo de los intereses nacionales.

Apenas llegó Paz al campamento del *Fraile Muerto,* se vió ya cuan vana y ridícula era la fama que se atribuia á las montoneras y á sus caudillos. No nos parece conducente, útil ni interesante siquiera, perder tiempo en detalles militares, desnudos de carácter y de importancia, ya sea que se les tome bajo el aspecto de nuestra sociabilidad, ya bajo el del arte de la guerra, ya en fin como causantes del desastre que arruinó entonces nuestro organismo político.

No fueron aquellas montoneras las que derrocaron el órden vigoroso que se habia consolidado de 1816 á 1819, sino la sublevacion y la desercion de nuestros dos grandes y únicos ejércitos—el del Belgrano y el del San Martin. Esas dos columnas se salieron de la línea del deber, y el edificio se desplomó. Si una parte del ejército aleman se pasase al Austria, y la otra á Rusia ¿en qué quedaria la solidez del imperio y del poder de Bismarck? Pues eso y nada mas que eso fué lo que pasó entre nosotros el año de 1820.

Hemos dicho que apenas se incorporó Paz al campamento del Fraile Muerto, se vió ya lo que valia el caudillo don Estanislao Lopez, sus auxiliares Lopez Jordan y el facineroso inglés Pedro Campbell. Despues de rodear el campamento con mil y ochocientos montoneros, hicieron un «formidable» aparato de asaltarlo. Dos compa-

ñias de Cazadores (96 hombres) les hicieron fuego, y bastó para que dieran vuelta sus caballos dispersándose como bandadas de patos de laguna. Sale entonces el jóven Paz con sesenta dragones, y los sablea á su gusto en aquella vasta campaña donde el pequeño grupo de sus soldados parecia « un punto en el espacio comparado con aquella multitud que revoloteaba y daba alaridos por el horizonte.» Queriendo volver en sí al verse tantos contra tan pocos, tratan de alcanzar al escuadron que se replegaba á su campo, pero al ver que los veteranos se detenian y les daban el frente para volver á cargarlos, se contienen y los 1,800 montoneros se retiran á tres leguas á comer y descansar. Esta era esa terrible milicia del salvajismo con que se queria imponer á un gobierno que contaba á lo menos, con siete mil veteranos que se habian medido con ejércitos españoles en Chile y en el Alto-perú, en Maipu, en Tucuman, y en Salta. Y no era por que esos semibárbaros fueran cobardes : todo lo contrario ; tenian un arrojo sorprendente, y morian con la rabia de las fieras—« Ví un indio « (dice Paz) que habiendo perdido su caballo « habia quedado á retaguardia de mis soldados, « y que rodeado despues por diez ó doce de los « nuestros le ofrecian salvarle la vida, pero él « con la lanza en la mano los acometia, y aún « hirió á uno que quiso convencerlo por piedad. « Se asemejaba allí á una fiera acosada por los

« cazadores que vuelve á esperarlos para vender
« cara su vida, así éste furioso no escuchaba
« sino su rábia ; y fué preciso matarlo como se
« habria hecho con un tigre.» En los dias siguientes los montoneros repitieron sus tentativas, pero apénas veian salir del campamento los dos escuadrones de veteranos huian en dispersion, con la mira quizá de alejarlos de su centro para que cansaran sus caballos y poder triunfar con ardides de esa ínfima fuerza que no se atrevian á esperar por falta de consistencia militar.

Cansados de estas vanas tentativas, los montoneros desaparecieron. Pudo haber dos causas : la noticia de que el general Belgrano se aproximaba con el grueso de sus tropas ; y la entrada del ejército de Buenos Aires al Rosario bajo el mando del general Viamonte, con una buena escuadrilla que seguia sus movimientos por el rio Paraná. (5)

Veamos ahora otro ejemplo asombroso de lo poco que valian las montoneras como fuerza militar. Teniendo que remitir vestuarios y armas á las divisiones que debian llegar al Rio Tercero, se cargó todo en ocho carretas custodiadas por una pequeña escolta de cien hombres

(5) El general don Juan Ramon Balcarce, ofendido de que en vez de suministrarle buena caballeria veterana, se hubiese llamado al general Belgrano renunció y fué sostituido por el general Viamonte.

á cuya cabeza salió de Buenos Aires un oficial de confianza—el mayor Inarra. Así que el convoy tocó en las pampas de Santa Fé salieron los montoneros á su encuentro. Sin retener la marcha de los bueyes, Inarra aprovechaba sus fuegos cuando los enemigos se le acercaban, y cuando se dispersaban los cargaba y los escarmentaba con su pequeña escolta. Al tercer dia todo quedaba á salvo; y el Mayor Inarra entregaba íntegro el convoy en el campamento del *Fraile Muerto*. Por mas que se haya dicho, estas montoneras no tenian mas táctica de combate que la de los indios.

El general Belgrano entró en el territorio de Santa Fé en una sola masa de cinco batallones, cuatro escuadrones—«muy bajos»—dice Paz, y ocho piezas de artilleria, con el parque y los bagajes correspondientes. Se esperaba por momentos que se incorporasen los Granaderos á caballo que estaban en San Luis, pues se sabia de positivo que el mismo general San Martin se habia adelantado con ellos hasta *Rio Quinto*.

Con el fin de descubrir lo que pasaba en la vasta y desierta campaña que tenia por delante, mandó el general Belgrano que el jóven comandante Paz tomase la vanguardia, é hiciera una firme persecucion de los grupos que de vez en vez aparecian correteando á la distancia. Marchando á prisa, alcanzaron los Dragones á ver un grupo como de 500 ginetes que llevaban azo-

tado por delante un número crecido de ganados; pero, como la persecucion era viva y firme los montoneros se dispersaron en completa fuga y abandonaron caballadas y ganados. Creyendo los caudillos que no podian contrastar la marcha de Belgrano se lanzaron de prisa sobre Viamonte, y sorprendieron con éxito completo la caballeria de reclutas y milicias que acampaban en las chacras del Rosario. En nada habria mejorado con esto su situacion, desde que la caballeria del Ejército de los Andes y de la Division Belgrano hubiesen ocupado la provincia por el norte con la solidez consiguiente y con la movilidad de sus poderosos escuadrones.

Veamos ahora en lo que el general San Martin habia ocupado el tiempo que acababa de pasar en Mendoza. Apenas vió que no tenia como evitar que los *Granaderos á Caballo* pasasen á incorporarse al ejército del general Belgrano temió perderlos él para siempre; y de pronto se manifestó resuelto á seguir con ellos la marcha de la invasion á Santa Fé.

El señor Cárlos Guido Spano, anotador de los *Papeles,* de su ilustre padre nos dice en la pág. 225 que el señor B. Mitre trata este incidente y las consecuencias que produjo—« Suponiendo « en San Martin (cuyo carácter desvirtua por « completo presentándole como un tramoyista « sigiloso) el haber urdido *una trama, un mis-* « *terioso plan, una sublime comedia*, á lo que se

« llama *golpes peculiares de su genio*, dice el « autor citado (señor Mitre) *inventó* el repaso de « su Ejército á esta parte de la Cordillera, *lo « cual ha engañado hasta hoy á los mismos his- « toriadores.* » Sin tomar nosotros la responsabilidad de la cita, y en la creencia de que la documentacion del señor Guido Spano para negar esas *supuestas embrolladas, comedias* y *tramas,* es muy superior á la que puede haber tenido el señor Mitre para suponerlas (si fuera genuina la trascripcion) diremos que á nuestro juicio no hubo tales deslealtades; y que dejando á un lado todo lo que tiene de reprochable la final desobediencia del general San Martin y de su amigo el señor Guido (padre) creemos que puede probarse la mas completa buena fé de parte del general en su intencion de suministrar fuerzas al gobierno directorial; y que no fué él sino el gobierno de Chile quien faltó á todo lo prometido, dejándole al fin sin mas alternativa que desobedecer, pero sin que hubiera combinado comedias, chocantes ó sublimes, ni forjado tramas ó mentiras, á escepcion de una *exageracion dolorosa,* y á todas luces inexacta en que incurrió el señor Guido, al forzar demasiado los argumentos que quiso hacer en su sentido. (6)

(6) Usamos de la palabra *exageracion* que es la que emplea el señor Guido (hijo) al revelar (creemos que con dolor) lo que él mismo piensa de la asercion de su ilustre padre de que «*mas de dos tercios* del Ejército de los Andes se componia de chilenos.»

Vease ahora cual fué el orígen, los accidentes y las oscilaciones que ofreció el asunto hasta su desenlace.

Nos permitimos recordar por ser indispensable para esta explicacion, la oposicion tenaz y violenta que el pueblo de Buenos Aires habia hecho á la campaña sobre Chile en 1816. Preciso le fué al Supremo Director don Juan Martín de Pueyrredon hacer acto de peligrosa energía para mandar á Cuyo los batallones que guarnecian la Capital; y no se habrá olvidado que el Cabildo, adunado con la *Junta de Observacion*, solo por no alterar el orden, se sometieron á ese sacrificio; ordenando que se levantara un nuevo ejército de 6,000 hombres—« bajo la « base inalterable de que en ningun caso habian « de ser sacados de la Capital, por que Buenos « Aires se habia desprendido yá generosamente « de millares de brazos robustos, útiles y nece- « sarios á la agricultura y al trabajo, que se ha- « bian mandado con repeticion á las penosas « campañas de la Banda Oriental, del Perú y « Mendoza. Ahora ya no tiene qué dar ni de « qué valerse si no agota sus recursos; y se « halla expuesta á ser presa de sus enemigos « exteriores y de las facciones anárquicas. » De estas palabras, que en el fondo tenian mas verdad de la que puede suponerse, concluia el Cabildo que el Supremo Director quedaba obligado

ante la Patria y el Pueblo á reponer con ventaja las fuerzas militares que se le extraian. (7)

El gobierno tomó sobre sí la sagrada y urgente obligacion que se le imponia, y decretó la formacion de ese nuevo ejército. Pero al momento se encontró con la enorme absorcion de recursos pecuniarios que le imponia el ejército situado en Mendoza para reconquistar á Chile; y las medidas coercitivas que hubieron de emplearse para obtener dinero y hombres, levantaban tan peligrosa resistencia en el seno de la burguesia contribuyente ó imponible, y tantas alarmas en los cuerpos cívicos (único fondo de donde podia tomarse soldados) que hubo que desistir de tentar la operacion en grande, y usar de prudentes demoras y contemplaciones para ir formando poco á poco, dos ó tres batallones. Mas que de infanteria se necesitaba una caballeria sólidamente educada; y esta era la mas grande de todas las dificultades dado el carácter de la poblacion de nuestros campos, y dada la falta de oficialidad y de organizacion administrativa en que habia quedado Buenos Aires despues de la caida del general Alvear y de la expedicion del general San Martin, que se habia llevado toda la que se habia formado en tres años de asíduos trabajos.

(7) Reclam. del Cabildo de 17 de Febrero de 1816, y contestacion del Pod. Egec. del 20: *Historia Argentina* por V. F. Lopez, vol. VI, pág. 326-33.

No solo por deber sino por un vital interés le convenia al gobierno de Buenos Aires mantener fuerzas respetables en Tucuman y en la Capital. Y siendo de creer que Chile se bastaria para formar su propio ejército de defensa una vez que fuese libertado del yugo colonial, ofreció el general San Martin que en el acto de triunfar devolveria 2,000 soldados argentinos con mas dos ó tres mil chilenos, ya fuesen de los que se tomasen prisioneros, ya reclutas levantados en la numerosa plebe de *Rotos* que pululaban en *Santiago* y pueblos circunvencinos—« Vengan sin falta, y antes que se cierre la Cordillera *los dos mil soldados pedidos*, que es aquí donde ahora hay mayor necesidad de ellos.» (8)

De larga data venia pues esa promesa ; y aunque los sucesos que mediaron, pudieron justificar la demora y el error de los cálculos favorables que se habian hecho sobre los resultados de la primera victoria : despues de la de Maipu, y de tantos y tan repetidos sacrificios, era natural que el Gobierno Argentino hubiese comenzado á ser mas insistente sobre aquella promesa ; y que la hubiera hecho condicion de todo lo que habia otorgado y dado al general San Martin. A fines de 1818 el Supremo Director le ordenó que pusiese en Cuyo los escuadrones de *Granaderos*

(8) Carta del 10 de Marzo de 1817—de Pueyrredon á San Martin.

á caballo y los tres mil reclutas chilenos ofrecidos para formar allí un ejército sólido á las órdenes del general don Márcos Balcarce. El general San Martin se habia comprometido á eso, con tal que se le dejaran en Chile tres mil veteranos argentinos con la suficiente oficialidad para organizar cuatro batallones y cuatro escuadrones de chilenos que debian componer parte del ejército expedicionario al Perú. Pero pasaba el tiempo y el gobierno de Chile no tomaba medida ninguna para contribuir al Ejército Unido y compensar la parte de argentinos que debian quedar en él. Los repetidos reclamos no daban resultado, ni alcanzaban contestacion. Inquieto el general al ver tan culpable apatia, temió con razon que el gobierno de Buenos Aires perdiese la paciencia, y que urgido por la mala situacion interna le expidiese una órden categórica de hacer regresar á Cuyo todo el Ejército de los Andes. Y como ya se le habia insinuado por varias veces que esta seria la última resolucion, el general le escribió al señor Guido una nota incisiva y vehemente pero síncera, como era propio de su carácter, sin tramoya ni pueril comedia, con el fin verdadero y honorable de salvar su honra comprometida. Mostrábase en ella profundamente ofendido con el Gobierno de Chile, y hacia sentir que se le ponia en una posicion falsa y desleal con respecto al gobierno de Buenos Aires. En su deseo de sincerarse pasó otro oficio del

mismo tenor al Supremo Director de las Provincias del Rio de la Plata: no para arrastrarle por la oreja á figurar en una trama de mentiras, que además de indecorosa habria sido imposible de concertar entre personas de tan acrisolada moralidad; sino para que exigiese el cumplimiento de lo que el general suficientemente autorizado habia ofrecido á nombre de Chile, es decir—los tres mil reclutas. (9)

Como no es posible á medida que se escribe acumular todos los incidentes que concurren á explicar una época, se verá mas tarde que el envio á Mendoza de estos tres mil reclutas, lleva-

(9) «Creo de mi deber y en descargo de toda respon-
« sabilidad hacer presente á V. S. que la conducta que
« observo en el gobierno de Chile no es en nada adecua-
« da ni al agradecimiento que debia tener al Ejército
« Unido, ni al plan de operaciones para atacar á los
« enemigos de Lima. El 31 de Julio hice ver la necesi-
« dad de aumentar el ejército hasta un número que pu-
« diese *quedar en seguridad el país,* y estar disponibles
« 6,000 hombres para la expresada expedicion. Nada se
« ha hecho, ni hay la mas remota esperanza de que se
« haga. No contesta á las peticiones que se le hacen,
« *no toma medidas para dar un solo recluta*..... En fin, la
« conducta de este gobierno está manifiestamente clara
« que su objeto es, no solo que no se verifique la expe-
« dicion proyectada, sino la de desprenderse del Ejército
« de los Andes, poniéndonos en un estado de desespera-
« cion tal que tengamos que pasar la Cordillera, ó COM-
« PROMETERNOS Á DISGUSTOS DE LA MAYOR TRASCENDEN-
« CIA.» (Pap. del señor Guido, pág. 174—75).

do de oido en oido por un vago rumor, producia en Chile tal indignacion en el ánimo público, que el temor de la ejecucion era la principal causa que encogia á su gobierno, sin comprender que si eso era un sacrificio, era infinitamente menor que el que habia hecho la República Argentina y que el que se le iba á imponer á su gobierno dejándolo maniatado y perdido por falta de medios de defensa. El gobierno de Chile trataba pues de tener su compromiso en la mas grande reserva, y si se hablaba de la idea de hacer una leva, se cohonestaba con la necesidad de remontar el Ejército Unido para la expedicion al Perú, hasta el momento de arrimar los reclutas á la Cordillera y de trasmontarlos bien custodiados: á cuyo fin ya se hallaba acantonado en Santa Rosa el Regimiento Nº 11. Debe tambien tenerse presente que en la cuestion de las *montoneras* estaba muy interesado Chile; por que José Miguel Carrera con muchos emigrados de su partido y desertores, se habia unido á Ramirez y Lopez; y por que si bien O'Higgins no podia tener cuidado mientras los Argentinos le hiciesen la guardia en Chile, no era lo mismo desde que expedicionasen al Perú. De ahí el deseo de eludir el compromiso y de poner dificultades á la realizacion inmediata de esa expedicion.

La nota del general San Martin era pues perfectamente séria y síncera. Cuando decia que la *apatia para dar reclutas podia comprome-*

terlo á mayores disgustos preveia con dolor que se le pusiese en la terrible alternativa de tener que entregar el Ejército de los Andes al gobierno Argentino, ó tener que desobedecer alzándose con toda su fuerza, y marchándose al Perú, *á costa de una tremenda responsabilidad*, como él mismo lo dijo despues. En el momento presente, no era eso todavia lo que premeditaba, ni lo que pensaba hacer. Su deseo era que Chile cumpliese el pacto de cooperar á los sacrificios comunes que habia celebrado con él, y que su plenipotenciario Irizarri habia celebrado solemnemente y por escrito con el señor Tagle. En vista de sus vehementes exigencias se le avisa de Chile que se habia *decretado* una recluta de 5,000 hombres: que incorporada al ejército argentino constante entonces de 4,300 veteranos, debia dar un total de nueve mil soldados mas ó menos; inclusa la division mixta que debia pasar al servicio del gobierno argentino. San Martin que esperaba con ansia en Mendoza *reclutas* y nó *decretos*, le escribe enfadado al señor Guido: —« Esta voz decreto no quisiera « oirla: he visto tantos y no cumplidos que des- « confio de todos ellos: pero hablemos claro, « amigo mio ¿V. ha visto cumplir ningun *acuer-* « *do* de los amigos de esa? ¿Y de buena fé « cree V. que los hombres varien de carácter? « V. sabe el interés que hé tomado en la suerte « de América; pero, amigo, es muy doloroso que

« V., yo, y otros pocos sean los únicos que « meten el hombro. Nada importaria el sacri- « ficio, pero el resultado es que tambien perde- « remos el honor, y tanto mas desolante cuanto « es por culpas agenas. » (10) Se corroboraria esta carta si fuese cierto lo que nos dice el señor B. Mitre que San Martin miraba con grande antipatia y *repugnancia* á los hombres de Chile. —« que son de general de un carácter que no confrontan con mis principios, y aquí tiene V. un disgusto continuado que corroe mi triste existencia: dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me darian la vida. » (11)

A principios de 1819, el general San Martin podia disponer de 5,000 veteranos argentinos como se verá mas adelante; y á no tener mas propósito que la expedicion al Perú no habria tenido razon ninguna para encarecer tanto la nueva recluta de Chile, por que con mucho menos que eso realizó su empresa. Pero lo que explica el conflicto en que se veia, es: que entregando á Buenos Aires de dos á tres mil de aquellos veteranos quedaba en la impotencia, ó reducido á la necesidad de dar un escándalo ruidoso anteponiendo la emancipacion del Perú á la salvacion del gobierno y del país de quienes depen-

(10) Pap. del señor Guido, pág. 232—33.
(11) *Nuevas Comprob. Hist.* por B. Mitre, p. 319—20.

dia. Ningun hombre honrado afronta con frialdad desde el primer momento resoluciones que se mecen así entre la lealtad y la enormidad de un acto que puede tocar la raya del crímen. (12)

El general San Martin comenzaba á ver que el egoismo—« la ingratitud »—ó la apatia del gobierno chileno, podian arrastrarlo á una fatal alternativa: y se desesperaba. Resolvia unas veces sacrificar sus grandiosas miras, y resignarse á su triste suerte, antes que faltar á su deber. Se indignaba entonces de que—« la ingratitud y las faltas agenas fuesen causa de su conflicto; y al ver que la hora de las resoluciones se aproximaba sobre él, iba desoyendo sus primeros escrúpulos, y razonando consigo mismo que no le dejaban otro medio de terminar en el Perú la guerra de la Independencia de Sud-América que el de empeñar en ella el Ejército Argentino llevándoselo contra la voluntad y contra el interés del país y del gobierno que se lo habian confiado. Este es el proceso moral de todas las faltas humanas—de las grandes y de las nobles, como de las mediocres y de las perversas: propósitos primero: despues obstáculos, sujestiones, atenuaciones, vacilaciones, y resolucion al fin con las responsabilidades del caso. Aquí

(12) Es bien entendido que tomamos la palabra en la acepcion que le dan las leyes políticas y disciplinarias del Estado ó de la Milicia.

tenemos pues al general San Martin en el primer período psicológico de todas las faltas humanas. Se halla sínceramente atormentado entre el escrúpulo ó el miedo de cometer una grave falta—«por culpas agenas»—y el dolor de que el deber pueda cerrarle el camino de la gloriosa empresa con que piensa cerrar su brillante carrera.

Qué hacer?.... Los reclutas chilenos no llegan. No llegarán nunca si él no corre á Chile á urgir é imponer el cumplimiento de lo ofrecido. Pero si se va, los *Granaderos* y los *Cazadores á Caballo* y el Número 1° de infanteria, que son con el N° 11 la mejor mitad de su ejército, quedan en manos del gobierno argentino, por que tienen la órden de incorporarse al ejército del general Belgrano. Dejarlos que pasen así á otro general, es perderlos él. Perdidos para él ha fracasado la expedicion al Perú—«Malditas sean las culpas agenas!».... Pero él ha acusado ante su gobierno la inercia y la ingratitud de Chile....¿Qué mas quiere Tagle? ¿Qué mas quiere Pueyrredon? Ya tienen en la mano el pretexto para recuperar lo suyo; y en el acto expiden ellos la órden terminante de que todo el Ejército de los Andes repase la Cordillera y vaya á situarse al Norte; por que al saber Laserna que el general Belgrano ha desamparado aquella frontera, amenaza invadir de nuevo por Salta. Rehuye todavia

el general San Martin de lanzarse á desobedecer abiertamente lo que su gobierno le ordena.

Si los sucesos le dieran tiempo para presentarse en Chile y forzar la recluta se salvaria de tener que devolver el ejército y todo quedaria arreglado. Es menester pues encontrar algo que detenga la marcha vertiginosa del desorden litoral: algo que mueva la mano de Dios á detener el curso de los soles del mes de Abril que se aproximan. Es menester suplicarle á Estanislao Lopez que transija con el gobierno nacional: á Ramirez que renuncie á la prepotencia que ambiciona: que no humille á Buenos Aires haciendo retemblar en sus callès el alarido de sus bandas y el callo dè los potros. Es preciso rogarle á Artigas que sea clemente, que aplaque la furia de sus tenientes mientras esté pendiente la emancipacion del Perú; y sobre todo—sométase Pueyrredon á la benevolencia de toda esa gente, abandóneles las provincias, los pueblos y las campañas para que fecundasen su semilla y se hagan cada dia mas poderosos por la impunidad, hasta que se devoren los unos á los otros.

El general San Martin no encuentra otro medio que ese de salir de la dificultad que lo atormenta. Una pacificacion general, una tregua, un armisticio que le den tiempo á desenvolverse. Ofuscado por esta ilusion, comienza entonces por recabar del gobierno de Chile que nombre una

respetable Comision que médie—«entre el Gobierno Argentino y los montoneros.» Reparte entonces sus misivas rogatorias á todos aquellos caudillos; y le pide al señor Guido una—«sabia carta»—al caso, en la que debata sobre todo el error de mandar venir á tierra argentina el Ejército de los Andes, cuando hay todavia como darle al gobierno de Buenos Aires toda la fuerza que reclama, sin afectar la integridad de ese precioso ejército.

Un mes antes, al temer que se subvertiera el órden en Mendoza, centro de sus remontas y recursos, el general San Martin le habia escrito á O'Higgins:—«*Voy allá, mándeme V. todo lo necesario*, POR QUE EL ÓRDEN PÚBLICO NOS INTERESA MAS QUE CIEN EXPEDICIONES A LIMA.».... ¿Por què piensa ahora de otro modo?—«No tengo mas esperanza (le escribe al señor Guido) sino que la comision de Chile y mis buenos deseos apaguen la guerra civil; dígame V. su opinion sobre este particular.» Y como el general sabia bien cual habia de ser la opinion del señor Guido, se le escapa añadir—«que creo que será la mia.» (13)

Usando el señor Guido de una dialéctica bellísima en que brillan todos los colores indefinidos del arco iris, apoya, por supuesto, las opiniones del general, y tiene para él—que el regreso del

(13) Papeles del señor Guido, pág. 210.

Ejército de los Andes á manos del gobierno argentino, seria una calamidad tanto mas inútil cuanto que volviendo las cosas al acuerdo primitivo arreglado con Chile, se puede evitar; y llenar todas las miras y los intereses que parecian tan encontrados. Muchas razones tiene el señor Guido para entender que el general no debe cumplir la órden que acaba de notificársele. La primera es: —Que DOS TÉRCIOS de ese Ejército SE COMPONE DE HIJOS DE CHILE; y yo quiero suponer (agrega) contra toda posibilidad que no deserte un hombre solo.» La segunda—que al saber Pezuela la retirada del Ejército á Mendoza reforzará á Laserna, y este bajará hasta Córdoba con 10 mil hombres, *cortando al ejército en Mendoza* (sic). Pero si en vez de acantonarlo en Mendoza se le lleva á Buenos Aires, Laserna se apoderará de Cuyo en el acto, se pondrá en comunicacion por Santa Fé con la expedicion de Cádiz, y Buenos Aires quedará perdido.

De estos antecedentes se desprende (y nos cuesta creer que fueran sériamente aducidos) que Buenos Aires, Córdoba y las demás provincias argentinas estaban mejor defendidas teniendo su ejército en operaciones sobre las márgenes del *Bio-bio* y al frente de *Talcahuano,* que teniéndolo en Cuyo ó al alcance de la Capital. Y adviértase, que no criticamos ni juzgamos, sino que lo dejamos todo al criterio co-

mun. Lo que sí diremos es que el general Laserna no tenia cosa parecida á esos diez mil hombres que el señor Guido le supone, ni estaba Pezuela en condiciones de poner en marcha semejante fuerza, por mas que como dice el señor Guido—« Este hubiera sido antes el plan de Abascal en 1814 y debia ser el que ahora practicara Pezuela. » Si tal fué el plan de Abascal, no lo pudo poner en práctica el mismo Pezuela, ni aun despues de haber triunfado en *Vilcapujio* y en *Ayouma* ; y cuando quiso realizarlo en 1816 despues de Sipe-sipe, sabemos como dió cuenta de tan famoso plan el coronel Güemes á quien el señor Guido mira ahora en poco menos que nada para dar fuerza al argumento de su carta, y apoyo á las ideas de desobediencia en cuya pendiente estaba ya el general San Martin. Dice el señor Guido con mejor razon, aunque en manera exagerada, que la traslacion del Ejército de los Andes á Mendoza prepararia la ruina de la América. Pudiera ser que por lo pronto dejara sin efecto la expedicion al Perú ; pero de seguro que eso no arruinaba á las Provincias del Rio de la Plata, sino que las defendia. No arruinaba tampoco á Chile que tenia ya una escuadra poderosa y millon y medio de habitantes para defenderse ; y en cuanto á la *América* de mas allá, somos de opinion que la *caridad bien entendida debiera empezar por*

la seguridad y por el buen órden de la casa propia.

Se estendia despues el señor Guido en ámplias consideraciones de política general, y en imaginarias ó afectivas apreciaciones que tienen poca aplicacion al momento de que nos ocupamos. Pero lo mas importante de su carta es el modo como comienza, y que hemos aplazado hasta el fin de esta exposicion, por que es ahí donde se encierra el secreto de toda la política con que el general San Martin pensaba desprenderse de sus compromisos, y desoir los reclamos de su gobierno—« No vario un punto mi opinion respecto á la necesidad de *una prontisima transaccion con los montoneros.* » Cuando el señor Guido opinaba así, sabia que esa era la resolucion que el general iba á poner en práctica; pues á renglon seguido dice—« Convengo con V. en que cualquiera que sea el resultado de la campaña contra los montoneros será funesto á los intereses generales si deciden las armas *cuando nos vemos amagados de la expedicion española.* (14) Si V. y la Comision de Chile consiguen

(14) Mal argumento; por que segun asegura el señor Mitre con el poderoso peso de su archivo, ese era uno de los incidentes de la *sublime comedia;* y ni el general San Martin ni el señor Guido creian en eso. Nosotros pensamos de diverso modo; y creemos que la Expedicion española era tan séria y tan inminente que bien podia aterrar con justicia á los que la esperaban y hablaban de ella.

que—« ambos partidos » (!)—*se den la mano* para defender la patria será mas glorioso eso que los triunfos de *Chacabuco* y de *Maipo.* »

Pero no se habria necesitado grande dialéctica con tal que fuera de colores mas fijos, y menos vagos, para encontrar que en vez de delegar la defensa de la patria á Artigas tomado de la mano de Pueyrredon (¡ qué idea!) habria sido mas natural que el general San Martin mismo hubiese venido á completar y hacer mas tierno, mas imponente al menos, ese gran cuadro en que él habria figurado como el salvador de su antiguo amigo y de la integridad constitucional de su patria, con todo el Ejército de los Andes. Sin embargo, el señor Guido, tenia siempre lo que antes en lenguage de monteria se llamaba *la vuelta* y hoy el *rapél.* El buen instinto lo traia siempre al rastro: y haciendo justicia á las exigencias de su gobierno, vuelve á la necesidad de que Chile cumpla el acuerdo primitivo, y dice : —« Puede « hacerse mas estenso y benéfico este plan, pue- « de muy bien pasar á Mendoza el Regimiento « de Granaderos á Caballo, un batallon de infan- « teria de los Andes, y 1,500 reclutas de este « país (Chile) (15) y con los cuadros sobrantes « de oficiales sueltos organizar allí una divi- « sion de tres mil hombres que *sirva de apoyo*

(15) La disminucion del número venia de que mucho se habria conseguido si eso se conseguia.

« *á las milicias de la Provincia que deben ba-*
« *jar á la campaña de Buenos Aires.*» Hecho esto á tiempo hubiera llenado quizá las miras y los deseos de todos ; pero era tarde.

Habia en el fondo de la escena un hombre cuyo espíritu silencioso y concentrado va siguiendo de hito en hito las vacilaciones y los pasos del general. Ese hombre no habia creido jamas en la buena fé de la cooperacion ofertada por Chile. Tagle tiene ya la voluntad de poner al general en la alternativa de someterse ó de rebelarse. Ha resuelto disputarle la entrega de la Division que se halla en Cuyo : decimos Tagle por no decir Pueyrredon : ponemos al frente al ministro y metemos en la nulidad al Supremo Director, ya que se pretende que San Martin y Pueyrredon marchaban en celestial armonia haciendo tramoyas y comedias con los intereses argentinos. Pero Tagle, ministro de Pueyrredon no hacia tramoyas ; y aunque—« era hombre oscuro y mediocre »—segun algunos, estaba tan lejos de intervenir en comedias que habia resuelto ya (y lo hizo) nada menos que destituir al general San Martin.... ¿Seria esto contra la voluntad del Supremo Director?.... Seria necesario un candor especialísimo para creerlo.

Inspirado por su principal ministro. el gobierno argentino rechazó con enfado la mediacion de Chile ; y ese ministro tuvo bastante influjo sobre

el Gefe del Estado para hacerle contestar así, directamente al gobierno de Chile, ó indirectamente al general San Martin y al señor Guido que eran los que habian negociado la mediacion : — « Ha « causado la mayor sorpresa el arbitrio adop- « tado por el Supremo Director de Chile para « cortar las desavenencias entre este gobierno « y el caudillo Artigas.... V. E. se habrá desen- « gañado de que es llegada la época de concluir « con los anarquistas.—Que á este solo objeto « se han reunido las fuerzas,.... y cuando ya se « miran destruidos los pequeños restos de esa « turba sin órden ni concierto, ¿es posible empe- « ñarse en darles importancia por el extraordina- « rio arbitrio de una mediacion tan caracterizada « como la del gobierno de Chile? El gobierno de « las Provincias Unidas no puede aceptarla sin « degradar su dignidad y decoro, y sin exponerlas « á males mas efectivos y reales que los que se « temen. Presumiria Artigas que el gobierno es « quien ha solicitado esa mediacion ?.... No se- « ñor! trabajemos en acabar con los anarquistas « y restablecer el órden. Estas ideas son las de « V. E. (San Martin) y espero que sabrá ratifi- « carlas y propenderá que triunfen los designios « de este gobierno dirigidos á la felicidad del « país.» Que la expedicion de Cádiz fuese la razon verdadera de que el Ejército de los Andes repasase la Cordillera, ó que solamente fuera un pretexto para emplearlo contra los montoneros :

el hecho era que desde Diciembre de 1818 tenia el general San Martin la órden de verificar ese regreso. Si tanto lo horrorizaba la idea de intervenir en lo que él llamaba ahora—« guerra civil »—pero que se habia llamado—« salvacion del órden interior »—cuando temió que Carrera y Alvear favorecidos por el alzamiento de San Luis llevasen el desórden á Cuyo, su deber como militar era cumplir las órdenes de su gobierno hasta poner el ejército en Mendoza donde lo habia recibido: y despues renunciar su puesto. En 9 de Marzo hacia ya tiempo que el general tenia esa órden. Pero aplazó su cumplimiento proponiéndole al gobierno argentino la remesa de 5,000 reclutas chilenos en reemplazo de los veteranos argentinos que queria retener. Verdad es que afectaba temer que eso de hacer retroceder á Cuyo todo el Ejército de los Andes—« era una operacion algo espinosa, y casi imposible poderla ocultar, pues los preparativos se lo indicarian al soldado ; por lo tanto, decia, me inclino á que se haga pública aumentando el riesgo para comprometerlos á que sigan especialmente los chilenos. » En esto, el general procedia de acuerdo con las indicaciones que ya le habia hecho al señor Guido en carta del 5 de Marzo *pidiéndole su opinion* sobre el particular—*en la creencia de que estarian acordes* ; concordancia de que nadie habia de dudar tratándose de asunto tan grave y de interés tan apasionado para el ge-

neral. No lo dice tan claro, como lo dijo el señor Guido, pero apunta la idea de que pudiera haber grande desercion si el ejército dejara á Chile. Pero en ese caso, el general debia haber dado de baja á los chilenos, que no tenian el deber de estar figurando en un ejército argentino ; y que pasando al ejército chileno (que harto los necesitaba) quedaban en su puesto, al servicio de su país, y en aptitud de tomar parte con su bandera en la Expedicion á Lima cuando se hiciese. Los soldados argentinos del 7, del 8, del 11, habrian regresado á su país llenos de contento, como habian ya venido sin que se hubiese desertado *un solo hombre*—Los Granaderos y los Cazadores de Caballeria, y el Nº 1º de infanteria (*Cazadores de los Andes*) en los que por lo visto habia tan escasos chilenos como en los que quedan mencionados. (16)

El fin con que se hacia aparecer compuesto de chilenos al ejército argentino, era convencer al gobierno de Buenos Aires que en vez de

(16) Sensible me es no poder dar pruebas de que mas bien eran los batallones chilenos los que estaban rebosando de soldados argentinos ; pues se les preferia en la paga por su mayor instruccion. Al general Las-Heras se lo he oido, agregándome que habia hecho reclamos, y tenido—« sérios disgustos »—sobre esto con el señor Zenteno Ministro de la Guerra de Chile. Allí entre los papeles del Ministerio, ó entre los particulares de aquel señor Ministro habrá sin duda documentos ; pero. . . .

llamar el Ejército y de frustrar la expedicion á Lima, aceptase 5,000 reclutas. Así es que en la postdata de esa misma carta del 9 de Marzo, dice el general San Martin—« Si el completo de « los 5,000 hombres que pide Pueyrredon á Chi- « le pudiera ser de reclutas, seria mas ventajo- « so que no cuerpos formados. (17)

Justo es hacer notar lo incorrecto del concepto —« pide á Chile »—cuando á Chile no se le pedia tales 5,000 hombres sino los cuerpos de argentinos que formaban ese ejército nacional.

Aparece aquí, aunque vaga todavia, la especie de que el Ejército de los Andes se componia en su mayor parte de hijos de Chile, cuando la verdad era que—no contenia un solo chileno. ¿Se quiere una prueba concluyente, incontestable? Oigase á O'Higgins, que al hacerse cargo de la órden del gobierno de Buenos Aires para que ese ejército regresase, le dice á San Martin—« La « República Argentina PIDE LO QUE ES SUYO : la « salvacion del país que ha dado libertad á Chile « es antes que todo. » (18)

Instando y moviéndolo todo para llegar á sus fines el general San Martin habia conseguido que el Senado de Chile sancionase una formal minuta en fecha 9 de Marzo. Con reflexiones

(17) Pap. del señor Guido pág. 212.

(18) Carta de O'Higgins á San Martin de 15 de Marzo de 1819 citada por el señor B. Mitre en su *Hist. de Belgrano*. Vol. 2, pág. 599 : id. de 1876.

que parecen copiadas de la carta del señor Guido, ó por lo menos inspiradas por el mismo espíritu, acerca de la conveniencia de que no se remueva de Chile al Ejército de los Andes, ordena el Senado que se proponga al Gobierno de las Provincias Unidas que deje en Chile 2,000 hombres con sus respectivos oficiales—« y que en reposicion de esos dos mil hombres, se le manden reclutas del país, beneficiándose por este medio ambos Estados. »

Alucinado el gobierno argentino con una sancion á la que debió dar todo crédito por el alto cuerpo que la habia expedido, y creyendo que el gobierno de Chile la cumpliria inmediatamente, accedió á dar contra órden. Pero pasó todo el mes de Marzo sin que llegaran á Mendoza los tales reclutas ni se hubiera tomado la menor medida para reunirlos. El 9 de Abril esperaba todavia el general recibir de Chile lo necesario para formar en Mendoza un buen plantel de tropas.—« Las últimas noticias de Balcarce me han movido á que vengan los « Cazadores á Caballo » : con esta base tendremos en un par de meses 800 ó mil caballos excelentes que con algun aumento de artilleros podremos estar prontos para ocurrir á las atenciones que aflijen á esta Provincia.... (19) Mi plan es poner aquí los es-

(19) Nos parece que aquí hay error de cópia ó de impresion, y que lo escrito debió ser—*á estas Provincias*;

cuadrones de Mariano (el coronel Necochea) aumentados con otros dos hasta 800 ó mil plazas etc.»

Interesadísimo en llevar á cabo este plan, y creemos que con buena fé, San Martin vé con dolor que los sucesos se precipitan en el litoral: que el general Belgrano adelanta y bate á los santafecinos: que á él no le queda mas remedio que actuar, que marchar á San Luis, y de San Luis al Rio Quinto. Pero en vez de mandar adelante su fuerza le envia á Pueyrredon la carta del señor Guido, y una noticia de todos los pasos que dá para conseguir una reconciliacion. El oficial portador de los pliegos, es tomado, ó se deja tomar, por los montoneros. Además de los pliegos lleva tambien insinuaciones de que le haga ver á Lopez que si no transige, está perdido, porque no tiene ni puede recibir fuerzas ó elementos de Entrerrios, que por el momento al menos, puedan librarlo de ser batido, perseguido y traqueado hasta el exterminio por las fuerzas que van á caer sobre él. Si no transige, el Ejército de los Andes, vá á repasar íntegro la Cordillera; lo cual, es por un lado la destruccion segura

pues la de Cuyo era entonces la que no tenia ninguna afliccion, ni amenaza, mas que la general de las montoneras del litoral, y la personalidad de Carrera unido á ellas.

y para siempre de su poder en Santa Fé; y por otro — el restablecimiento del poder español; porque quedando sin efecto la expedicion á Lima, Salta va á ser invadida, y la causa de la Independencia retrocede necesariamente hasta los tiempos aciagos del año de 1811. Entre estas insinuaciones, van algunas sobre cuán grande debiera ser su interés en mantener paz y concordia con Buenos Aires, mas bien que ligarse con Ramirez ó continuar sometido á Artigas.

Bien sabia don Estanislao Lopez que todo esto podria convenirle despues, pero que su principal interés era disolver ahora la tormenta que tenia encima, prestándose á una suspension de hostilidades. Con el pretexto de entregar las comunicaciones del general San Martin que habia interceptado, le dió cuenta al general Viamonte que las habia leído, como era consiguiente: que no era él, quien habia puesto á la provincia de Santa Fé en la necesidad de defenderse, pero que como su corazon de patriota y argentino respondia tambien á las nobles insinuaciones del general San Martin, estaba dispuesto á suspender las hostilidades y nombrar comisionados que arreglasen un armisticio con los que nombrara el gefe de la division de Buenos Aires. El general Viamonte en su carácter de gefe en campaña aceptó la suspension con respecto á las fuerzas que mandaba, defiriendo el armisticio

ó cualquiera otra negociacion en el general Belgrano, que era quien tenia el mando en gefe de todas las fuerzas nacionales, y en especial, de las que venian del interior. El general Belgrano, que al llegar á Santa Fé venia completamente seguro de sus ventajas sobre los montoneros, y que en ese sentido habia escrito con brio al Supremo Director, comenzó á vacilar á penas se puso en contacto con el general San Martin; y acabó por someterse á las ideas de éste sobre la necesidad de transigir á toda costa con los anarquistas, y de no llevar adelante la limpieza policial de la costa derecha del Paraná. Al recibir la noticia de que se habia deferido en él la formacion del armisticio, tomó una pequeña escolta y se presentó en el Rosario, donde ratificó la suspension de hostilidades, y el 5 de Abril nombró al gefe de Estado Mayor de la division Viamonte, general don Ignacio Alvarez-Thomas para que se reuniese en *San Lorenzo*, punto intermedio, con los dos individuos comisionados de don Estanislao Lopez. (20)

(20) Reunidos los comisionados el 12 de Abril en San Lorenzo se celebró allí el mas ridículo convenio que podia haber hecho y firmado el Agente del general Belgrano—don Ignacio Alvarez-Thomas. Nada agenció, ni obtuvo cosa ninguna para su representado; nada más que vagas promesas, abandonando todo lo sustancial á una nueva negociacion, que en el fondo era una

Puede comprenderse la sorpresa y la contrariedad del gabinete de Buenos Aires, al tener noticia de semejante ajuste. En esos mismos dias se le habia contestado al general Belgrano desechando algunas de sus indicaciones y diciéndole — « Urge por instantes terminar cuan-« to antes la presente azarosa campaña, y se « opone á su realizacion enflaquecer, sin una

simple pillería para llevar á lo largo las cosas con fines siniestros. Era preciso ser el señor Belgrano y su sobrino el señor Alvarez-Thomas, para pactar y firmar semejante oprobio en un momento en que tenian la victoria en la mano. Hé aquí el acuerdo:

1° Las fuerzas y la escuadrilla del Gobierno nacional saldrán del territorio y de las aguas de Santa Fé.

2° Se reunirán diputados el 8 de Mayo en este mismo paraje para hacer el acuerdo definitivo.

3° Las tropas del Gobierno nacional que operan en Entrerios, desalojarán aquella provincia.

4° Por el terrritorio de Santa Fó no podrán transitar tropas, sinó de 25 hombres cuando más.

5° No se interrumpirá por buques armados la comunicacion de Santa Fé y Entrerrios (esto es entre sus caudillos).

6° Extradicion de ladrones.

7° Dificultades ó disgustos ocurrentes se salvarán por medios amistosos.

Cuando veamos como se cumplió este y los precedentes artículos habrá de convenirse en que si este convenio fué obra trabajada de soslayo por el general San Martin, le hace poco honor. Algo mas, algo de mas generoso podia haber hecho por su gobierno, por Buenos Aires y por sus amigos.

« imperiosa necesidad, la fuerza que ha de lle-
« varla á cabo.... Pacificada totalmente la
« presente contienda y REUNIDOS EL EJÉRCITO
« DE LOS ANDES Y EL DEL PERÚ, llevarán sus
« armas con las demás fuerzas que se dis-
« ponen á desalojar á los realistas de todo el
« territorio de este Estado. » Se vé pues que el gobierno estaba enérgica y firmemente resuelto á imponerle al general San Martin, la obediencia que debia prestar á las órdenes que habia recibido. Entretanto, se encuentra ahora con que San Martin ha conseguido enfrascar á Belgrano y comprometerlo en actos que no podia condenar ni rehusar. Es verdad que el gobierno podia desconocer lo hecho; pero de hacerlo, tenia que apercibir y destituir al general, que aunque actor principal, era el menos culpable; y provocar quizá un sacudimiento en las fuerzas reunidas, cuyos resultados podian ser muy graves, sin librarse por eso de la esfinge del general en gefe del Ejército de los Andes que era con evidencia el instigador principal y agencioso de esa indecorosa y pérfida solucion: pérfida cuando menos de parte de los montoneros, cuya intencion no era cumplir, sinó salvarse del peligro en que estaban.

San Martin habia regresado á Mendoza. Puede creerse que no tuviera todavia la idea de abandonar al gobierno de Buenos Aires, ni

la de dejarlo desarmado delante de los anarquistas. El armisticio no era tal vez para él una solucion sinó un medio de tomarse tiempo para traer de Chile los 5000 reclutas que deseaba sinceramente dejar en Cuyo al servicio del gobierno nacional, y conseguir con esto que se revocaran las órdenes que se le habian dado de hacer regresar el Ejército de los Andes. Pero el doctor Tagle taciturno y vengativo habia resuelto estrellarse con el general y ponerlo en el extremo donde no le quedase efugio; porque además de que no creía que Chile diese semejantes reclutas, estaba convencido de que no quitándole al general el mando de las tropas que estaban en Cuyo no las recuperaria jamás el gobierno nacional.

Descorazonado tambien y desgarrado su ánimo por la—« terrible disyuntiva » en que las cosas lo arrinconaban de dia á dia, el general pedia á Chile los reclutas: con mas instancia que antes en el mes de Abril, para aprovechar la trégua del *Armisticio de San Lorenzo*; y tenerlos en Cuyo cuando se renovasen las hostilidades; porque como el mismo decia—« la nueva constitucion sancionada por el Congreso no permite transigir con los caudillos de la anarquia provincial. » Además, entre esos montoneros figuraba ya Carrera como influente entidad; y si triunfaran sobre Buenos Aires, sobre Córdoba y sobre Cuyo, el peligro de Chile era tanto ó

mayor que el de Buenos Aires. Los reclutas chilenos eran pues indispensables hasta para este caso. El general no hacia comedia ni tramoyas. Era sincero: queria eximirse de una grande falta, pero empleaba arbitrios impropios é inaceptables. Lo singular era que en vez de traer reclutas de Chile, el general aprovechaba de su residencia en Cuyo para hacer una recluta de mas de tres mil hombres con los que remontaba los cuerpos de *Granaderos* á *Caballo,* de *Cazadores* á *Caballo* y el N° 1° de Infanteria (*Cazadores de los Andes*) con soldados muy superiores en número y en calidad á los reclutas que hubiera podido mandarnos Chile. De solo la provincia de San Luis levantó 2185 hombres. (21)

El 14 de Abril el general le escribe al señor Guido desde Mendoza que urja categóricamente al Gobierno de Chile por el envio de

(21) Véase la Gaceta del 15 de Setiembre de 1819 donde se halla el cuadro oficial de esa recluta. Cuando decimos—«de mejor calidad á los reclutas que hubiera podido mandarnos Chile»—es porque tenemos entendido, y es opinion general en Chile que su poblacion mas enérgica y robusta era la que se hallaba entónces aglomerada al Sur; la que por desgracia servia en los batallones y escuadrones realistas del general Sanchez. La plebe de la capital y del norte no era entonces bien considerada como base militar. Al menos así lo hemos oido á los militares de aquel tiempo: lo que muy bien puede haber cambiado despues.

los reclutas. El Ministro de la guerra señor Zenteno le contesta así al señor Guido con fecha 30 de Abril—«Impuesto el Excelentí-
« simo señor Director de la nota de V. S. del
« 24 del corriente referente á las comunica-
« ciones que se han recibido sobre que el
« Ejército de los Andes» pase la Cordillera
« escepto 2000 hombres que del mismo deben
« quedar en este Estado, de cuya cuenta serán
« pagados, me ordena S. E. diga á V. S. que
« ha sido muy de su agrado la resolucion del
« Gobierno de las Provincias Unidas tocante á
« la permanencia en Chile de aquella fuerza
« *en cuyo reemplazo marcharán los dos mil*
« *reclutas que se previene, y á este fin se es-*
« *tán practicando las diligencias conducentes.*
« Pero, para no malograr el éxito de esta ope-
« racion se hace necesario que el general su-
« plente (el señor Antonio Gonzalez Balcarce)
« disponga que una partida de cien cazado-
« res se sitúe en la Guardia del camino prin-
« cipal con el objeto de encargarse de la con-
« duccion de esa recluta.» (22)

Pero ya no era posible continuar en este embolismo de ambigüedades. Reconcentrado en lo recóndito de su espíritu observador y penetrante, el ministro Tagle habia seguido de hito en hito los pasos extraviados y las va-

(22) Pap. del señor Guido, pág. 237.

cilaciones políticas del general San Martin. Miraba el armisticio del 5 de Abril como una intriga desleal y como una sorpresa arrancada al carácter inocente del general Belgrano. Nunca habia creido que Chile cumpliera sus promesas; y la carta del señor Guido era á sus ojos una grave falta con la que el gobierno no podia contemporizar, desde que siendo ese señor su agente público, su ministro plenipotenciario, debia haber cooperado y actuado en el leal cumplimiento de las órdenes que se le habian dado, y no contrariarlas en nombre de razones propias, ó agenas, como lo habia hecho. Habia pues llegado el momento de separar al general San Martin del mando de la division que estaba en Cuyo y aún del de la parte de ejército que habia quedado en Chile; y de reemplazar al señor Guido por otro agente menos vinculado á influencias personales.

Entre el general San Martin y el Supremo Director don Juan Martin de Pueyrredon y su ministro el jurisconsulto don Gregorio Tagle habia una combinacion de influjos morales bastante curiosa por cierto. El general San Martin comprendia á fondo todo el poder magnético que su mirada de águila y que sus frases soldadescas y gallardas ejercian sobre la naturaleza abierta y luminosa del señor Pueyrredon; y este inclinado siempre por una cultura esquisita á

admirar el mérito superior, las victorias y los grandes servicios de su ilustre amigo, se puede decir que no osaba agraviarlo con resistencias á que el empuje mismo del otro apenas le dejaba entrada y lugar. Pero no era lo mismo con el doctor Tagle. Esa naturaleza siempre entera y taciturna, impenetrable, que en su mirada reconcentrada encerraba juicios y miras propias y ocultas, con una rara insensibilidad, con una desconfianza aparente, inatacable, de lo que se le decia, ó se queria hacérsele pensar, hacia en general la impresion que hace un abismo insondable en el precipicio de un camino; y el mismo general no sabia si lo odiaba ó lo temia; pero la verdad es que habia guardado á su respecto una esmerada prudencia desde que los sucesos lo pusieron en contacto con ese hombre.

Le habian llegado ciertos rumores de que entre él y Tagle no andaban corrientes las relaciones y de que el uno hablaba con poca estimacion del otro: — « Es una equivocacion « maliciosa la que V. me indica sobre el se- « ñor de Tagle: *siempre he oido hablar con « respeto de este señor*: excepto á dos ó tres « maliciosos cuyas cartas hé visto; por otra « parte; aunque asi fuese, todo debia haberlo « despreciado, *sabiendo lo interesado que esta « en el adelanto de las luces* » — es decir en los trabajos y fines de la Lógia. (23)

(23) Carta del general San Martin al señor Guido: en la *Revista de Buenos Aires*, tom. 4° pág. 250.

Esta carta es de 1816; pero la situacion en que ella muestra á los dos personages, no varió jamás. Asi se mantuvieron, sin que ninguno de ellos se fundiera en el otro; y si es probable que el general San Martin oyera hablar con respeto del señor Tagle, debe haber sido no tanto como de un hombre *respetable* cuanto como de un hombre político temible, de génio capcioso y de voluntad incontrastable; porque si la pureza de las costumbres privadas entra como elemento principal en las condiciones del *hombre de respeto,* desgraciadamente el doctor Tagle se hubiera encontrado muy deficiente para poner ese entre los otros diplomas de su vida pública. Pero aún ese mismo rasgo de la carta, es un síntoma que revela el cuidado con que el general tocaba el nombre del ministro del señor Pueyrredon.

1818
Abril 12

El armisticio del 12 de Abril puso el colmo á la paciencia del gobierno, y decimos del gobierno porque no hay como desconocer la participacion del Suprémo Director don Juan Martin Pueyrredon en los actos que se siguieron. El 15 de Abril en el momento de la enojosa situacion producida por el armisticio, y podriamos decir *ab irato,* el gobierno le ordenó al general San Martin que hiciera repasar la cordillera al Ejército de los Andes dejando en Chile 2000 hombres solamente. Al

recibir esa órden seca y categórica: y sobre todo, al recibir las noticias particulares que venian con ella, el general se desconcierta, y bajo *reserva* le escribe al señor Guido—« Ya verá « V. la órden para que solo queden en ese es- « tado 2000 hombres del ejército. Yo me lo « tenia ya tragado, por el antecedente de haber « sabido que don Márcos Balcarce debia pa- « sar á Mendoza. Por esto no estrañaré *el que* « *V. sea relevado de su destino* y aquel pase « á Chile. La *sábia carta* de V. se la incluyo « por si acaso no ha sacado cópia de ella.... « *Parece que no ha gustado mucho* que todos « se hayan impuesto de los sentimientos *que* « *nos animan,* y esto *está* manifiesto en la seca « carta con que me devuelven la de V. como V. « verá ». Y la verdad era que el general estaba bien informado al hacer esa suposicion pues sabia que se trataba de separar al señor Guido como lo sabian muchos hombres influentes en Buenos Aires, que probablemente se lo escribieron.

Véase ahora como el gobierno estaba en la mira de suspender la expedicion á Lima hasta que con la venida del ejército lograse consolidar su autoridad y restablecer el órden público; que era precisamente y por desgracia lo que el general San Martin se permitia estorbar y frustrar: —« Por el contexto de la « presente carta parece disipada la expedicion « española. Solo vá un refuerzo para Lima;....

« y por eso se sacan las tropas de Chile! ¡Ay
« amigo! *mucho le hé ocultado á V. de mis pa-*
« *decimientos:* dia llegará en que le hable con
« franqueza!». Estas amargas reflexiones se dirigian naturalmente al señor Pueyrredon que era el gefe del Estado que habia expedido las órdenes que tanto agraviaban al general, y quien le habia *ocasionado, ó permitido que se le ocasionasen los disgustos que habia ocultado.*

Pero en la fecha del 20 de Abril en que escribia esta carta, el general San Martin no conocia todavia toda la gravedad de las medidas que se habian tomado. El dia 24 vió recien que eran tales que no le daban lugar á tergiversaciones. Se le decia que el general Laserna con un ejército numeroso amenazaba en ese momento hacer una invasion poderosa por Salta, y que era forzoso que las tropas argentinas inútilmente detenidas en Chile, ó en campaña contra las *montoneras* del Sur del Bio-bio, regresasen sin demora á defender las fronteras de su patria. Que la invasion fuese ó nó inminente, á nadie se le podia ocultar que el peligro era real, y justo el motivo de la resolucion. En consecuencia se le ordenaba imperiosamente que hiciera marchar á Tucuman la division de caballeria que se hallaba en Cuyo; y que á medida que llegaran de Chile los otros cuerpos los dirigiese al mismo punto, donde los recibiria el general don José Maria Cruz. La idea del gobierno era evi-

dentemente—tener en Tucuman bajo su mano toda la poderosa caballeria del Ejército de los Andes, con las remontas que acababa de recibir en San Luis; y hacerla venir inmediatamente al litoral para castigar á tiempo la perfidia con que los montoneros pensaban sacar buen partido del malhadado armisticio de Abril. El plan era acertado, y no podia dejar de dar un completo resultado si los generales y los jefes cumplian su deber. Pero el general San Martin tomó la órden como una venganza personal de Tagle, y con fecha 24 de Abril le escribia al señor Guido — (*reservada y para V. solo*) — «Mi amado amigo: —Vá adjunto en cópia la que « acabo de recibir :—el Tagle ha tenido un modo « sumamente político de separarme del mando « del Ejército : Dios se lo pague por el beneficio « que me hace.... Pero ¿habria tiempo para « que las fuerzas del Ejército de los Andes pa- « sasen la Cordillera y llegasen á Tucuman? « ¿Para que el nuevo jefe que se ha de encar- « gar de ellas pudiese contener al enemigo y « organizar su ejército? Sea lo que fuere, yo no « haré mas que obedecer, lavar mis manos y « tomar mi partido: el que ya está resuelto».

En el momento en que el general se daba por destituido estaba á la cabeza del gobierno, como jefe del P. E., el señor Pueyrredon y era él por consiguiente, quien con las facultades constitucionales que le daba el Reglamento vi-

gente de 1817, *separaba del mando al general San Martín con ese modo sumamente político* de que él habla. El general sabia perfectamente la parte principal del ministro Tagle, que como se vé, no era hombre de poco influjo; pero no ignoraba la que tenia tambien la aquiescencia de Pueyrredon, ni habia olvidado los disgustos que habian mediado entre ambos desde 1818. Así, en esa misma carta continúa diciendo: — «Dije á V. « en mi anterior que mi espíritu habia pade- « cido *lo que V. no puede calcular: algun dia « lo pondré al alcance de ciertas cosas;* y estoy « seguro dirá V. que naci para ser un verdadero « cornudo (*sic*); pero mi existencia la sacrificaria « antes que echar una mancha sobre mi vida « pública que se pudiera interpretar por am- « bicion. » (24)

Para proceder así no solo tenia el gobierno argentino el propio derecho de disponer de lo suyo, sinó que á principio del año habia celebrado un tratado con el plenipotenciario chileno don Antonio José Irisarri, por el cual, la expedicion á Lima debia hacerse con dos Divisiones de fuerza igual — una chilena y la otra argentina: en cada una debia tener mando independiente y respectiva administracion el general y los empleados que cada uno de los dos gobiernos nombrase: y las dos Divisiones debian

(24) Pap. del señor Guido, pág. 235.

regresar cada una á su país, en el acto que se organizase el primer gobierno peruano. El tratado era absurdo, pero al celebrarlo el señor Pueyrredon (ó el señor Tagle, como se quiera) no habian tenido otra mira que la de reducir el mando del general San Martin, en Chile, á los dos mil hombres argentinos y á lo que quisiera darle el gobierno chileno, retirando el resto á este lado de los Andes. A lo que parece, el general no conoció este tratado hasta el mes de Abril siendo así que habia sido celebrado en 5 de Febrero; pues en la postdata de la carta antes trascrita le dice al señor Guido — «Es lo mas célebre la cópia de los tratados celebrados sobre la Expedicion al Perú *sin que el general en jefe haya tenido el menor conocimiento* ni V. tampoco. ¡Dios los ayude!»

Aparentando acatar las órdenes que ya estaba bien dispuesto á desobedecer, el general se dirigió al Jefe de Estado Mayor General residente en Buenos Aires diciéndole que vista la suprema disposicion de que el ejército repasase los Andes, se sirviera disponer cual era el Estado Mayor que debia quedar en Chile con la fuerza respectiva y cual el gefe que la habia de mandar. El gobierno contestó nombrando al coronel Las Heras como encargado de ese servicio.

En 12 de Mayo le escribia el general San Martin al señor Guido: — «Aquí me tiene V. separado de todo mando; pues el de la Division de

tropas que existe en esta, se lo he entregado á Rudecindo (el coronel R. Alvarado), yo pienso marchar al campo por un mes ó mes y medio.» Pero el general no se separaba de Mendoza donde todos le obedecian á él mas que al gobierno: donde los gefes estaban confabulados en todo y para todo con él y hasta en la revolucion abierta contra el gobierno consentida por él, dando el primer ejemplo del escándalo cuyos ecos resonaron bien pronto en la posta de *Arequito*, en San Juan, en Tucuman, y fueron causa del terremoto político en que se hundieron las cosas y los hombres sobre que reposaba el órden público. «Todos los gefes de esta
« Division (escribia en la misma carta) *me han re-*
« *presentado particularmente la imposibilidad*
« *de marchar al Perú.* (25) Veremos como se
« recibe esto en Buenos Aires. Por lo que sé ex-
« trajudicialmente, todos ellos están resueltos á
« dejar sus empleos antes que separarse del
« Ejército de los Andes; yo los hé apaciguado
« cuanto ha estado en mis alcances para que
« no se dé una campanada que nos pueda traer

(25) Aquí se toma la palabra *Perú* en el sentido general que tenia en las provincias argentinas donde denotaba lo que es hoy Bolivia; de modo que lo que esos gefes resistian era marchar á Tucuman en consonancia con el *Ejército Auxiliar del Perú* que era nombre oficial. Reflexiónese que de otro modo no tendria sentido la frase, y mucho menos lo que sigue.

« consecuencias fatales.» Los gefes estaban pues sublevados y en cordial inteligencia con el vencedor de Chacabuco y de Maipu para desobedecer y abandonar á su gobierno. (26)

Bajo el peso de esta dolorosa situacion, el Supremo Director hace su último y desesperado esfuerzo para entenderse con el viejo amigo de la famosa «Conferencia de Córdoba en 1816» y le pide con fecha 29 de Mayo—«que vaya á « Buenos Aires para conferenciar y allanar lo « necesario al sostén, elevacion de fuerzas y « mejor éxito de la DIVISION *que se hallaba en « Mendoza*. (27) El general le escribe al señor Guido que ha recibido esta carta y le dice:— «Pero V. conocerá que me es imposible verificar « semejante viage en tiempo *de invierno* (mes de « Mayo) pues el temperamento húmedo de Bue- « nos Aires atrasa mi salud extraordinariamente « .... Quince dias hace qne me hallo postrado en « cama.» Sin embargo con fecha 26 de Mayo, es decir, trece dias antes, le escribia al mismo señor Guido—«En este correo escribo á O'Higgins oficialmente. Estoy pronto á marchar; pero antes « de verificarlo quiero ver algo, es decir, *que haya « expedicion* aunque sea de 1000 hombres. En « este caso habré cumplido con sacrificarme pe- « ro no perderé mi honor. Á V. le consta cuan-

(26) Pap. del señor Guido, pág. 243-244.
(27) Pap. del señor Guido, pág. 251.

« tas veces he sido el ridículo juguete, y cuan-
« tas veces me han comprometido: ya seria de-
« bilidad permitir que se repitiesen estas esce-
« nas. » (28) Si el general podia pasar la cordillera podia sin dificultad haber ido á Buenos Aires, y hacer en eso un sacrificio que dadas las comodidades y los recursos de su rango y de su poder no podia inspirarle temores sérios en el viage, ni en un clima sano y templado como el de Buenos Aires. Pero lo que no queria era conferenciar ni allanar cosa ninguna sobre la subdivision de las fuerzas que retenia desobedeciendo á su gobierno; y de lo que huia no era tanto del temperamento húmedo de Buenos Aires, cuanto de las dificultades y de las espinas que tenia el asunto que se queria tratar con él.

Por lo demás, ni el general se tenia por separado del mando militar ni daba cumplimiento á ninguna de las órdenes que habia recibido, ni dejaba de seguir trabajando en la remonta de los cuerpos, en la organización del parque y en la colecta, engorde y enseñanza de caballos: todo para llevarlo á Chile así que le avisasen que la escuadra estaba pronta y libre de enemigos el mar y el desembarco en las costas del Perú. (29)

El Supremo Director don Juan Martin de Pueyrredon, rendido el ánimo y perdidas ya las

(28) Pap. del señor Guido, pág. 248.

(29) Carta del general San Martin á O'Higgins de 9 de Noviembre 1819.

esperanzas de salvar la situacion interior, habia resuelto sacarse de sobre los hombros el enorme peso y las responsabilidades de un gobierno imposible ya para él desde que habia de quedar abandonado á los acasos de la anarquía por su única columna:—el general San Martin. Que no se podia contar con él, que no le quedaba ya nada por ensayar para traerlo al cumplimiento de su primer deber, estaba visto. ¿Podia echar mano de las medidas estremas? ¿Tomaria la resolucion de mandar un gefe autorizado con plenas facultades para tomar el mando de las fuerzas y separar los gefes que quisieran desobedecer al gobierno?.... Era lo único que quedaba por hacer. El ministro Tagle estaba resuelto á ir hasta ese extremo como lo vamos á ver. Pero el señor Pueyrredon, no: y prefirió cerrar el período de su gobierno urgiendo la sancion de la Constitucion Nacional para separarse, y dejar que se eligiese al nuevo Jefe del P. E. de acuerdo con esa Constitucion.

Su resolucion de dejar el mando causó una profunda alarma en el partido gubernamental, que en aquel momento contaba con toda la burguesia de la capital, con todo cuanto el país tenia de mas conspícuo en las letras, en la política y en la ciencia. Los elementos sanos y orgánicos de la nacion estaban con el gobierno, en el Congreso y en la opinion pública. Nunca jamás, antes ó despues, hasta hoy, han

tenido las provincias nacionalizadas mandatarios locales de mayor dignidad y sabiduria. Baste decir que en la de Córdoba era gobernador Intendente el sabio y honorabilísimo jurisconsulto don Manuel Antonio Castro: en la Rioja el benemérito anciano general don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo: en Catamarca don Nicolás Tula de Avellaneda: en Tucuman el coronel Botello, dechado de hombre administrativo y de espíritu tranquilo: en Mendoza el coronel Luzuriaga, correcto y cumplido caballero por educacion y noble descendencia; y así en las demás. Todos esos preciosos elementos adheridos á la ilustre persona del Supremo Director, insistian en que continuase á la cabeza del gobierno: todos tenian la firme voluntad de reelegirlo como hombre necesario para el primer período constitucional. Pero los gefes del Ejército de los Andes al rededor del general San Martin, en su misma presencia, y oyéndoles él con rara impasibilidad, le habian declarado que no obedecerian al gobierno. (30) El general lo habia oido y le habia escrito al señor Guido—«veremos *cómo se toma esto en Buenos Aires.*» Luego él sabia que tan grave novedad habia sido trasmitída á Buenos Aires; y el Supremo Director tomó la advertencia como debia, resistiendo todos los influjos y abandonando una autoridad que desde que era desobe-

(30) Pap. del señor Guido, pág. 244.

decida no podia ya ser desempeñada con dignidad. (31)

Hacia dos meses que Pueyrredon se había separado del despacho á causa de una herida que se habia hecho en la mano derecha cazando, que le produjo alguna fiebre, dolores agudos é imposibilidad de firmar. Se creia en aquel tiempo que la herida coincidia con la resolucion que habia tomado el Director de no afrontar las duras contrariedades en que lo ponian las vacilaciones y la falta de franqueza del general San Martin. Pero los tres meses de separacion lo habian corroborado en la resolucion de abandonar su puesto.

El señor Pueyrredon reasumió el mando y convocó el Congreso, señalando el 25 de febrero para la apertura de sus sesiones. En ese dia se presentó el Supremo Director y pronunció un discurso notabilísimo, que merece figurar íntegro en las páginas de la historia, por que es la pintura exacta de la época, trazada con la admirable maestria de un grande estadista.

En ese discurso declaraba el Supremo Director que no reasumia el poder sino con dos objetos claros y netamente definidos. El primero era urgir la promulgacion de la Constitucion permanente del Estado: el segundo—declarar su inquebrantable resolucion de separarse del go-

(31) Papeles del señor Guido, pág. 244.

bierno y señalar al general San Martin como el hombre necesario para salvar el orden público y consolidar el organismo político de la Nacion. (32)

(32) *Soberano señor:* Lleno hoy con satisfaccion mi deber, felicitando á V. Soberanía en la apertura de sus sesiones. Los amigos del pais esperan de ellas el término de las vacilaciones en que fluctúa el Estado; y sus enemigos que temen el dia de ver afirmado para siempre el órden interior y el imperio de la ley, trabajan con el tezon que impone la desesperacion para alejarlo, ó para que no amanezca jamás. Son públicos y constantes ante V. Soberania los medios varios de que se valen para destruir nuestra paz y nuestras libertades. Seducciones, engaños, conspiraciones contra la vida de las primeras autoridades, libelos para infamar su reputacion, pasquines los mas inmundos, son las armas que diariamente emplean para alterar la armonía en que hoy reposan las Provincias Unidas. Es amargo para el corazon menos sensible tener que emplear la proscripcion y el destierro con la frecuencia que lo piden los delitos de perturbacion. Aún diré mas, Soberano Señor: es contra el crédito del Estado, ver á la autoridad siempre armada y siempre castigando á los turbulentos. Situacion tan violenta, ó *cansa* á los pueblos que la ven, ó *desalienta* á la autoridad que la sostiene.

Es, pues, de primera y de la mas urgente necesidad buscar un remedio que aniquile radicalmente el gérmen de los males que se observan.

No hay otro que la conclusion de la Constitucion que ocupa las tareas de V. Soberania, y que tiene á los pueblos en una ansiosa espectacion.

Constituida la autoridad, y fija la ley para los que mandan y para los que obedecen, se verá destruido ese espí-

« HARÉ VER Á LA NACION QUE ES MUY FÁCIL OBEDECER Y MUY DIFÍCIL MANDAR! ...... Y cuando uno ve á hombres de esta valia, de esta importancia, de estos servicios, de esta expe-

ritu de aspiracion que ha hecho tantas veces los conflictos del Estado, y tendrá en una regla segura todo el nérvio y fortaleza que requiere el Poder Ejecutivo; ..... Sabe bien V. Soberania en que turbaciones encontré al pais cuando recibí el honor del lugar Supremo....... Se repitieron los intentos, y me ví obligado á repetir tambien el uso de la autoridad. No han cesado en su obra desde aquel tiempo los ajentes del desórden: ni yo he podido dejar de perseguirlos como un deber de mi puesto. Una sucesion de actos tan dolorosos me ha hecho el objeto de enemistades, de ódios y de venganzas de hombres que en otra situacion podrian haber sido útiles á la causa de nuestra libertad. Tambien esto, señor, pide un remedio pronto. *Yo podria presentarlo en este mismo acto* á V. Soberania, pidiéndole mi separacion del Directorio, pero no lo creo conciliable todavia con el crédito esterior y aun interior del Estado. La Constitucion es la que dará ese remedio natural, eficaz y sin violencia.

Otro hombre, sin los compromisos personales que yo hé arrostrado neutralizará esas pasiones encendidas, con provecho de la causa comun; y con el código de la ley en la mano refrenará y castigará los males (si aparecen) sin que se equivoque su justicia con su malignidad, su rectitud con su personalidad.—Por otra parte, nuestros implacables enemigos, los Españoles, preparan en Cádíz con eficaz diligencia una fuerte expedicion para sojuzgarnos.—El alma me dice que somos invencibles. Pero es preciso prepararnos de *un modo no comun,* y que aumente nuestra gloriosa opinion: pero es preciso tomar medidas al tamaño del peligro. El Estado debe tomar hoy una actitud mas

riencia, realzar así la naturaleza científica del gobierno ¿qué pensar de los aventureros que en los desgraciados vaivenes de las democracias inorgánicas y *meramente representativas* de nuestros dias escalan el poder arbitrario con la mas completa fatuidad, y sin mas fin que convertirlo en sociedad anónima de mútuos provechos? Para estos se invierte el apotegma del señor Pueyrredon y abren Cámaras é inauguran Congresos diciéndoles con la mas impávida jactancia — « lo fácil es mandar, lo dificil obedecer ».

Ni el señor Pueyrredon, ni otro alguno de los hombres políticos que le rodeaban, tenia el candor de creer que con la nueva Constitucion iban á hacer desapareeer los conflictos é inco-

guerrera: y para ello *necesita poner á su cabeza un Gefe mas formado en las campañas*, y que reuna mas conocimientos militares que los que yo he tenido ocasion de adquirir. Hablo, señor, con la ingenuidad que me impone el sagrado interes de nuestra salvacion.—Al darnos V. Soberania la Constitucion, *debe tambien darnos ese Génio que pide nuestra situacion:* y como todo esto reclama la mayor prontitud, yo ruego á V. Soberania, que quiera redoblar sus tareas y su contraccion á este interesante objeto.—Entonces completará V. Soberania los deseos y la gratitud do los pueblos de la union, que por tantos títulos ya les es debida.—*Y descendiendo yo entonces de este lugar de amarguras, haré ver á la Nacion que es muy fácil obedecer y muy difícil mandar*. (Sesion del 25 de febrero de 1819.)

Hé aquí el lenguage de un Hombre de Estado.

herencias que hacian tan insubsistente como peligrosa aquella situacion. Pero como el Supremo Director y los miembros del Congreso eran agentes y representantes del partido conservador que les habia confiado sus intereses políticos, aspiraban naturalmente á poner un término á sus compromisos por medio de una nueva ley que suponia, á lo menos, la inauguracion de un nuevo órden de cosas. Creían que una vez sancionada esa ley, era indispensable la renovacion de todo el personal administrativo; y que de esa manera el Supremo Director y los hombres mas comprometidos, ó mas cansados, en esta tan amarga lucha, encontrarian un medio decoroso y legal de echar sobre otros las cargas y las responsabilidades que ellos no podian sobrellevar por mas tiempo. Y en eso se mostraban honrados y patriotas.

Dotado de uno de esos caracteres que por sus dotes insinuantes influyen poderosamente sobre los demás, el Director movió el ánimo de sus amigos en el sentido de su discurso y todos ellos se dedicaron con ardor á terminar la Constitucion de las *Provincias Unidas de la América del Sur,* para nombrar Director Supremo al general San Martin. Encargado el Dean Funes de preparar el proyecto, fué obra de tan pocos dias para él, redactarlo, que el 22 de Abril (1819) fué sancionada la Constitucion y señalado el 24 de Mayo para su jura,

haciéndola preceder de una exposicion de *Antecedentes y Motivos* que tiene tambien un grande valor histórico.

La Constitucion de 1819, la mejor concebida y mas adaptada para templar el régimen espúreo de las Presidencias Representativas, y de las intrigas electorales que desnaturalizan la índole de los Gobiernos Libres y que los convierten en especulacion personal, nacia condenada á muerte por las circunstancias fatales del país y por la preocupacion de la Expedicion al Perú que tenia absorvido el ánimo y la pasion del general San Martin. Aquellos mismos con cuyo apoyo se habia contado: los que tenian el deber de defenderla por gratitud y respeto de los antecedentes que esa obra traia, parecian ahora resueltos á darle la espalda y dejarla abandonada á su mala suerte, prefiriendo seguir el rumbo de otros intereses, y de fines totalmente agenos á los del órden interior y de la organizacion política de la patria.

El partido burgués que habia hecho la Revolucion de 1810, tomado en su conjunto era *republicano conservador*; y al decir conservador queremos decir que era de principios unitarios; porque el sistema de nacionalidad concentrada en régimen unitario, era el que venia obrando naturalmente con los antecedentes históricos de la sociabilidad argentina; y es el que ha de continuar sus evoluciones hasta fundirse con el ré-

gimen electoral parlamentario; porque así como no se cambia con artificios la constitucion física de los individuos, no se cambia tampoco la índole moral de los pueblos. En este sentido, la Constitucion de 1819 es la mas oportuna y la mejór concebida de todas cuantas se han proyectado en el curso de nuestra revolucion, inclusa la vigente. Antes he tenido otra opinion sobre ella; pero la experiencia y el espectáculo de los gobiernos personales que se han sucedido de período á período, sin mas razon que la cábala de los partidos, me ha hecho comprender cuan necesario es atenuar los principios puros de la democracia electoral consagrando en el Parlamento elementos conservadores que no dependan de ella, sinó de la tradicion administrativa y de las categorias consagradas por el tiempo y por los servicios hechos al país. A esto respondia, con tino y buena intencion, esa Constitucion que de cierto se habria afirmado y triunfado si los jefes del *Ejército de los Andes* y del *Ejército Auxiliar del Perú* hubiesen sido fieles á la ley del deber.

Es indudable que esa Constitucion como las demás que habia proyectado el Dean Funes tenia mucho de teórica y no pocas imitaciones candorosas de los principios ingleses, vistos al través del Abate Sieyes, de Montesquieu y de Delolme. Pero en esto se parecia ó mas bien dicho, padecia del mal de todas las Constitucio-

nes otorgadas ó trabajadas *ad hoc*; pues no hay una sola de ellas, que no sea en el fondo un Programa entregado á la elaboracion práctica de los tiempos y al contínuo trabajo de la jurisprudencia política. Treinta años llevamos de vida con la Constitucion actual y todavia no sabemos qué clase de gobiernos produce y condimenta, ni hemos resuelto con ella aquel famoso problema planteado en 1810 por el inmortal Moreno:—« Los pueblos no han de contentarse con « que sus mandatarios obren bien: sinó que deben « estar seguros de que en ningun caso *puedan « obrar mal*, y de que sus pasiones tengan « siempre un dique mas fuerte que el de su « propia persona, para que la bondad del go- « bierno se derive no de las personas que lo « ejercen sino de una CONSTITUCION PODEROSA « que obligue á los sucesores á ser igualmente « buenos que los antecesores, *sin que en nin- « gun caso se les deje la libertad de gobernar « mal.*» (33)

Trabajada en un momento difícil en que los intereses políticos de los hombres que habian hecho la revolucion contra la España se hallaban sériamente comprometidos por la insurreccion de las masas litorales, era natural que la Constitucion del año XIX naciese eminentemente oligárquica y conservadora; pero es justo decir

(33) MARIANO MORENO, *Arengas y Escritos*, pág. 209.

que en este sentido habria tocado en la region de lo verdadero si sus autores hubieran podido saber cual era el delicado procedimiento con que la constitucion inglesa une sus fuerzas conservadoras con las fuerzas progresivas de la opinion pública, ó mas bien dicho — con las fuerzas *estimulantes* de la nacion. Ella menosprécia las fórmulas *absolutas*, y las sostituye con las fórmulas *prácticas* de los estímulos directos y libres del individualismo y de la opinion. Se cuida menos de los *principios teóricos* que de los *procedimientos jurídicos* que consagra á la preservacion y defensa de los derechos individuales. El Dean Funes ignoraba, como lo ignoraban los maestros á quienes copiaba, que todo el secreto con que los ingleses unen la *solidez* de su gobierno á la *libertad* y al *imperio* de la opinion pública, consiste en la *descentralizacion administrativa,* (34) que hace de todo el país un sistema de corporaciones libres y propias, que se gobiernan á sí mismas ; y en el *mecanismo parlamentario*, arreglado de modo que los gefes de las mayorias electorales se mantengan ó se sucedan en el poder central, solo y cuando estas mayorias los apoyan.

Encargado el Dean Funes de concebir y de escribir un plan constitucional capaz de resistir

(34) Decimos *administrativa* y no decimos política ó *federal.*

y dominar la insurreccion de las masas y de la anarquía, creyó con razon y con sensatez que era menester acomodar en el Poder Legislativo una Cámara Alta de órden mixto, donde predominaran categorias administrativas y políticas, independientes de la cábula electoral, y dueñas de su propia entidad por servicios eminentes ó por elevadas posiciones adquiridas de antemano en el movimiento político del país. Dirigiéndose por el mecanismo constitucional de los ingleses lo trasladó con acierto al Proyecto de constitucion que se le habia encargado; y creó un verdadero Senado. Sentando como un principio inconcuso del organismo, que cada ciudad ó villa debia tener un Ayuntamiento Propio (como estaba dispuesto por los Estatutos de 1815 y 1817) electo y compuesto por su vecindario, correspondia á ese Cabildo formar una comision electoral compuesta de uno de sus miembros con dos vecinos afincados por mas de diez mil fuertes. Esta comision formaba una propuesta de Senadores *en terna*; y el Senado elegia en ella al que debia tomar asiento en su seno. Además de este Senador provincial, eran miembros natos, el Obispo diocesano de la capital, y otro Obispo sufragáneo electo por los cuatro ó mas obispos de provincia. Lo eran tambien tres militares del mas alto grado cuya eleccion correspondia al Gefe del Poder Ejecutivo. Los cabildos eclesiásticos unidos á todos los curas de su ca-

tedral componian otra asamblea electoral para dar tres Senadores del Clero; y por fin los Cláustros ó Facultades Universitarias que tuvieran autoridad para conferir grados científicos podian designar otros tres Senadores entre sus própios miembros.

Creia el Dean Funes que con esto quedaba constituido dentro del Congreso un eficaz poder moderador, tan capaz de resistir á los caprichosos antojos del Poder Ejecutivo por intereses de *clase y de arraigo territorial*, como apto para cooperar á la accion salvadora del gobierno contra la turbulencia imprudente de los partidos plebeyos, animados siempre del deseo *irreflexivo* de demoler el edificio tradicional que la Revolucion habia puesto en manos de la Burguesia gubernamental, con el fin de que lo adaptase poco á poco á las nuevas necesidades del país Pero sea de esto lo que fuere—« la verdad es, que por critica-
« ble que fuera en ciertos detalles el plan del PO-
« DER CONSERVADOR trazado por el Dean Funes;
« en otro sentido, y abstraccion hecha del mo-
« mento histórico, sus fundamentos serán siem-
« pre de una eterna verdad; y para no hablar de
« nosotros, diremos solo que la misma Demo-
« cracia de la América del Norte está ya dando
« al mundo el triste espectáculo de una corrup-
« cion precoz y rápida, procedente de ese meca-
« nismo de gobiernos presidenciales, que no tiene
« mas resortes activos que la incesante intriga

« de las elecciones populares y la omnipotencia
« personal de los Presidentes, sucediéndose de
« la mano del uno á la mano del otro, sin resor-
« tes intermedios que dén entrada á los influjos
« de la opinion pública y del debate parlamen-
« tario, como en Inglaterra y en Suiza. En
« nuestros mismos dias, cuando uno de los pen-
« sadores mas liberales y mejor intencionados
« de la Francia quiso imaginar una forma com-
« pleta de *gobierno republicano liberal y pon-*
« *derado* para esa gran nacion, (que tan pron-
« to habia de darnos un doloroso espectáculo)
« no encontró por cierto otra forma mas práctica
« que la del Dean Funes, que presentar al estu-
« dio y á la adopcion de su país; (35) y hoy
« mismo, no hay un publicista sério en ningu-
« na parte del mundo cuyo objetivo principal no
« sea el de ver como se pueden adaptar á la
« constitucion republicana de los pueblos libres,
« los *elementos propios* de toda sociedad civili-
« zada, cuyo juego es tan fácil y tan completo
« dentro del mecanismo inglés; al paso que el
« mecanismo norte-americano no se mueve ni
« se expande sino mutilando y anulando en su
« funcionamiento de los elementos mas elevados
« de la nacion, oprimiéndolos de una manera

(35) Prevost-Paradol: *La France Nouvelle:* composicion del Senado ó *cámara alta* del proyecto de Constitucion Republicana.

« tiránica que de dia en dia es mas contraria á la
« justicia, á la verdad política, y á los intereses
« generales sobre que reposa la civilizacion de
« todo pueblo libre. » (36)

La Cámara de Diputados procedia de la eleccion popular sin mas limitacion que la calidad de *propietario ó rentista* que debia tener el electo, y la de que se eligiese un Diputado por cada 25 mil habitantes.

« En cuanto al Poder Ejecutivo, como el Dean
« Funes no tenia un Rey de quien echar mano,
« copiaba á los Norte-Americanos y traspasaba
« al Presidente ó Director todas las atribuciones
« de ese poder. Pero le suprimia las limitaciones
« que en los Estados Unidos le ponen la Corte Su-
« prema y el Senado; y le entregaba el nombra-
« miento y destitucion espontánea de sus minis-
« tros para que fueran su simple hechura, y
« nada mas que los actuarios serviles que de-
« bian refrendar sus actos: fórmula vacia y ab-
« surda, contraria á todo mecanismo sério de
« gobierno, por que no se necesita mandar que
« el Gefe del Ejecutivo tenga *favoritos titulares*
« que le ayuden á hacer su antojo en el poder.
« Que eso se le mande ó no se le mande, es in-
« dispensable que sus paniaguados estén á su

(36) No es culpa nuestra si en esta trascripcion se encuentra algo ó mucho que tenga que ver con nuestro presente. Eso fué escrito en 1873 y publicado *tal cual se vé* en la *Revista del Rio de la Plata* de ese año.

« lado y que recíprocamente le sirvan de instru-
« mentos personales para gobernar. La Ingla-
« terra obra de otra manera, como se sabe; allí
« el Ministerio es una Comision ó Gabinete, un
« cuerpo colectivo igual en el fondo al de Suiza,
« y procedente de los movimientos eventuales de
« la opinion pública. » (37)

Así como esta fué la primera vez que en el desarrollo orgánico de nuestra Revolucion se hizo sentir el influjo inglés y norte-americano por la division del Congreso en dos Cámaras, fué tambien la primera vez en que ese mismo influjo llevó á nuestros constituyentes á combinar con sistema un *Departamento Judiciario.* Pero es preciso convenir en que ninguno de los que tomaron por norma el modelo norte-americano, habia comprendido el resorte práctico de la constitucion de los Estados Unidos en este punto. Copiando el aparato esterior y los nombres de los tribunales, desconocieron el mecanismo especial y soberano con que esta constitucion impera en el límite que une lo *Político á lo Civil,* para someter la Ley y los Poderes que la dan, á la verdad práctica y absoluta de la institucion fundamental y á la garantía de los individuos contra la inconstitucionalidad de las leyes que violaran ó atenuaran la constitucion.

Podria pues decirse con verdad que la parte

(37) Tiene igual fecha y procedencia.

reflexiva y adaptable de la constitucion del año XIX estaba concebida con buenos propósitos en el sentido de los intereses conservadores, que son siempre legítimos y respetables en toda sociedad libre y liberal. Pero al mismo tiempo, tenemos tambien que decir que el sistema de los resortes prácticos, era incompleto; y que en el conflicto de la situacion, debia levantar en contra suya las prevenciones con que los partidos subversivos se movian para suplantar á los que procuraban crear esas fuerzas *resistentes* con que querian *conservar* en el poder á los elementos sociales que lo representaban desde Mayo de 1810.

Como era natural, la Constitucion del año XIX mantuvo la Seccion 5ª. del Reglamento Provisorio de 1817, que habia dicho—« Las elecciones « de Gobernadores Intendentes, Tenientes Go- « bernadores y Subdelegados de Partido, se ha- « rán *á arbitrio* del Supremo Director del Esta- « do, de las listas de personas elegibles de *den-* « *tro ó fuera* de las Provincias, que todos los « cabildos formarán y remitirán en el primer « mes de su eleccion. » Pero no lo hizo de una manera clara y terminantemente, sino guardando un absoluto silencio en el particular, y diciendo esto solamente en el *capítulo final*:—« Conti- « nuarán observándose las Leyes, Estatutos, y « Reglamentos que hasta ahora rigen en lo que « no hayan sido alterados ni digan contradicto-

« riamente con la Constitucion presente *hasta*
« *que reciban del Congreso las reformas que*
« *estime convenientes.* »

En cuanto á garantías individuales la Constitucion consagraba algunos de los principios absolutos del *Hábeas corpus* inglés. Pero, como sus autores no habian comprendido que todo el mérito de esa garantía consiste en ser *una escepcion prévia de nulidad, por falta de causa notoria para prender,* desconocieron que sus virtudes prácticas estaban en el procedimiento civil que autoriza al reo á hacer verificar por cualquier juez, y en el acto, la causa de su prision, bajo el réjimen de la accion de daños y perjuicios y de multa *contra ese juez,* si no hubiera conocido y juzgado la escepcion en el término perentório de la ley. Desconocido esto, que es lo esencial, de nada sirve ni á nada conduce el declarar que *la casa del ciudadano es inviolable y sagrada* con otras sublimidades teóricas que quedan reducidas á pura palabreria delante del interés, del capricho, de la vanidad, y de los antojos del poder.

No es por cierto poco característica la filosofía política con que el Congreso vindicaba todo este organismo en el solemne manifiesto de Precedentes y Motivos con que promulgó la constitucion. En algunas partes se le vé recurrir al *idilio* de los famosos *Montañeses* de la Convencion, que pretendian tomar el *naturalismo* por

regla absoluta de la fraternidad y de la organizacion social, y que exterminaban los vicios con la guillotina para restaurar en la sociedad los *mansos*, los *dulces*, los *tiernos sentimientos de la madre naturaleza*. Así nuestros Legisladores del año XIX se deslizan con encanto en frases como estas :—« Fué preciso á vuestros tiranos que cer-
« rasen los Archivos de la Naturaleza para que
« no pudieseis encontrar los títulos de vuestra li-
« bertad, igualdad y propiedad. Pero ellos se os
« abren hoy á vuestra vista.... Entrando el
« Congreso en el corazon del hombre, y cono-
« ciendo la marcha de las pasiones previno las
« consecuencias de un paso resbaladizo....»
« ¡ Hemos tenido presente el *tierno cariño y con-*
« *fianza* que debe unir *el corazon* del pueblo á
« los Diputados que elije! »

Pero tambien es justo decir, que salvo uno que otro punto débil de la redaccion, el Manifiesto es un precioso papel político, que resume con elevada y noble pasion todos los antecedentes de nuestra guerra contra la España. Habla con verdad y dolor de nuestras desgracias internas ; tiene razon cuando señala el heroismo de los pueblos en los sacrificios que han hecho para obtener la victoria ; y si lamenta la dolorosa confusion de ideas que ha prevalecido entre ellos, les entrega ahora, con ingenuidad y patriotismo, la forma definitiva que á juicio del Congreso era la solucion de todos esos males, de

todas esas dudas, «y el complemento para llegar á su grandioso destino.»

Una vez que uno se hace una idea de las angustias del momento en que fué hecha esta suprema tentativa, y de los nobles propósitos que ella tuvo en vista, es imposible leer ese papel sin sentirse emocionado al considerar los esfuerzos y los sacrificios de esos patriotas que cayeron con su obra mártires de los intereses y de las responsabilidades que les habia impuesto la Revolucion misma. Su mira habia sido:—« organizar de un *modo mixto* los Po-
« deres Públicos bajo una forma *unitaria* de go-
« bierno; porque, ¿qué otra cosa es la constitu-
« cion política de un Estado, sinó ese solemne
« pacto social que determina la forma de su go-
« bierno, asegura las libertades del ciudadano y
« *abre los cimientos del reposo público*?....
« La presente Constitucion, como decia una
« pluma sábia (Sieyes) no es, ni la democracia
« fogosa de Atenas, ni el régimen moral de Es-
« parta, ni la aristocracia patricia ó la eferves-
« cencia plebeya de Roma, ni el gobierno abso-
« luto de Rusia, ni el despotismo de la Turquía
« (oh!) ni la *federacion complicada* de algunos
« otros Estados.... Para hacer buenas leyes,
« dijo un filósofo, se necesita *cabezas frias* y *co-*
« *razones puros*.»

Apesar de todas las perfecciones con que la Constitucion del año XIX pretendió organizar la

República Argentina, los pueblos que ocupaban su vasto territorio se hallaban en mal momento para entenderse con *tierno cariño* sobre el modo de gobernarse con el juicio y con la sensatez que los Legisladores querian pedirles. Se hallaban unos en plena apatia, y los otros dominados por pasiones incoherentes y por caudillos locales, que hacian imposible el avenimiento reflexivo de todos; para que renunciando á los móviles sórdidos de su egoismo, sugetase cada uno su posicion y sus miras á los influjos orgánicos de la ley general.

En ese embate de aspiraciones emancipadas que provocan todas las conmociones sociales, el único freno imperante que hubiera podido salvar la Nueva Constitucion y hacer prácticas sus cláusulas, habria sido la fidelidad y la abnegacion de los gefes que mandaban el *Ejército Auxiliar del Perú* y el *Ejército de los Andes*. Pero el general Belgrano rendia ya la vida moribundo; y solo con un esfuerzo dolorosísimo que se habia agravado por los disgustos que le ocasionó el armisticio del 12 de Abril, habia podido mantenerse á la cabeza de su ejército, apesar de la hipertrofía que lo tenia ya en los umbrales de la muerte. Retirado á la *Cruz Alta* en virtud de ese malhadado armisticio, presidió el 24 de Mayo delante de sus soldados la Jura de la Nueva Constitucion que muy pronto iban ellos á violar. No pudiendo permanecer por

mas tiempo en el campamento, entregó el mando al mayor general don Francisco Antonio Cruz, uno de los hombres mas honorables de nuestro país, y se retiró á Tucuman con la esperanza de que el clima tibio, y persistente en su bonanza de esa hermosa provincia, le procurase algun alivio para continuar esa carrera de abnegacion y de virtud que á pesar de su candor lo hace un gran carácter en nuestra historia.

1819 Mayo 24

Jurada la Constitucion en la Capital, en los Ejércitos y en las Provincias, se ocupó el señor Pueyrredon de los arreglos necesarios para separarse del mando y dejar cerrados al dia todos los servicios administrativos de su período. Convocó la Logia Lautaro: explicó su situacion y las causas que hacian imposible su continuacion en el mando. (38) Dos dias se em-

(38) El señor Tagle aseguraba que esta sesion habia sido conmovedora; que el Supremo Director se habia manifestado muy ofendido con el general San Martin; y que desde entonces *habia quedado muy fria su antigua amistad.* El general San Martin ha dejado en su posterior correspondencia algunos indicios de esto. Escribiéndole al señor Guido en 1829 le decia:—«Si no fuese á Vd., á Goyo Gomez, ó á O'Higgins, *con qnienes tengo una síncera amistad,* yo no me aventuraria á escribir con franqueza.» Si hay algo notable en esta frase de los *tres únicos amigos,* es la exclusion *deliberada* de Pueyrredon que era, entre todos, el que mas habia hecho y el que mas

plearon en instancias y ruegos: ya por medio de comisiones, ya por medio de amigos y súplicas personales. Todo fué inútil. El Supremo Director presentó su renuncia al Congreso; y se le admitió—« Condescendiendo con el mayor « dolor á las instancias que por tercera vez ha- « bia hecho, y solo por las razones de salud que « habia invocado. » En seguida fué electo el general Rondeau Director Supremo del Estado.

No sabemos si el general San Martin escribió ó no alguna carta, ó hizo alguna gestion para empeñarse que su antiguo amigo continuára á la cabeza del Gobierno: casi podriamos asegurar que nó, pues no conocemos ni hemos encontrado mas á este respecto, que una rápida referencia sobre esta triste terminacion que mas bien parece un eco frio é indiferente.—« Ya V. « habrá visto las novedades de la Capital con « respecto á Gobierno; pero todos opinan que á « la reunion de las Cámaras, para la que han « venido las convocatorias, se deshará el cam- « bio que se acaba de hacer volviendo á ser ele- « gido nuestro amigo Pueyrredon. » (39)

La eleccion de Rondeau no era otra cosa que

habia sufrido por la carrera y por la gloria del general! De eso no se olvida nadie involuntariamente, sino deliberadamente y por circunstancias que han debido ser muy desagradables.—Rev. de B. A. tom. 4o, pág. 165.

(39) Pap. del señor Guido, pág. 265.

una simple maniobra del partido burgués y conservador que estaba en el poder. Habia llevado al Gobierno un hombre á todas luces insignificante, con el fin de que la política siguiera bajo la mano gubernativa del Ministro Tagle: que empeñado todavia en hacer triunfar la Constitucion, sobre la anarquía y el desórden, se proponia superar las resistencias del general San Martin, hacerlo venir á Buenos Aires con el motivo real y efectivo de la Expedicion de Cádiz; y una vez dueño, en territorio propio, de todas las fuerzas militares de la República, extirpar con mano firme y desapiadada la lepra de la anarquía y del desórden litoral.

Si el general San Martin hubiera venido á Buenos Aires cuando con tanto ahinco lo llamaba—« su amigo »—el señor Pueyrredon, este grande hombre hubiera vuelto al gobierno. Sobre los planteles que el general hubiera traido habrian entrado en línea 6,000 cívicos de un temple militar incontrastable, y 6,000 campesinos ginetes consumados que con cuatro ó mas meses de cuartel y de ejercicios, habrian rivalizado con los afamados Granaderos á Caballo. Si á este cómputo moderado, se une lo que se habria sacado de las demas provincias, nada habria costado descalabrar en dos semanas la famosa Expedicion de Cádiz, y quedar con un Ejército vencedor de 20,000 soldados, que habria ido á Lima en 1821, dejando la Patria organizada sobre una base

inconmovible. Y aun admitiendo los sacudimientos, las descomposiciones y recomposiciones personales, la Constitucion habria perdurado como sistema político, y hubiera entrado gradualmente en la vida de conjunto y de progresiva armonia que forma el carácter y la cohesion moral de las naciones.

CAPÍTULO XIII

OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE LA OBRA ADMINISTRATIVA DE ESTE PERÍODO

SUMARIO—Dificultades económicas del primer período revolucionario—El comercio europeo—El intercambio y el tránsito en las Provincias Argentinas—Arbitrios empíricos y eventuales—Las deudas flotantes y su amortizacion—Fracaso de las primeras tentativas—*La Caja de Fondos de Sud-América*—Su parte meritoria y su parte criticable--La Instruccion Pública—Antecedentes de la materia—El Real Colegio de San Carlos—Naturaleza de sus estudios—El señor Cerviño—El señor Labarden—El Consulado, el señor Belgrano y el Consejo de Indias—El Colegio de Monserrat—Las invasiones inglesas—La escuela de matemáticas—Abandono subsiguiente de la instruccion—Los conventos de frailes regulares—El P. Castañeda y el dibujo—La enseñanza primaria—La Academia de matemáticas—El Colegio de la Union del Sur—El general San Martin y el Colegio de la Trinidad en Cuyo—El intercambio con Chile y sus agentes—Las fronteras del Sur—La colonizacion de los campos—El Resguardo y el Portazgo—La agricultura—La exportacion de trigo—Las adulteraciones de la moneda de plata--El *boliviano*—Reglamentacion del Corso—La calle de las *Artes*.

Desde que tomó asiento en la opinion pública trató el señor Pueyrredon de regularizar su go-

bierno. Trajo el Congreso á la Capital: se sancionó el Reglamento Provisorio constitucional de 1817 que por mucho tiempo despues ha durado como fuente jurídica en algunas de sus cláusulas; y echó su mirada á la Hacienda y al Crédito público que habia recibido en un estado lamentable.

La Revolucion de 1810 habia comenzado por consagrar los principios del Comercio libre. Pero los resultados de esta innovacion no podian bastar, en aquel tiempo, para dotar al país de una fuente regular de médios inmediatos ni de recursos de crédito con que hacer frente á las necesidades apremiantes de la administracion y de la guerra. La Europa de aquella época se despedazaba, y su suelo estaba empapado en sangre por las guerras del primer imperio francés. Su industria, su produccion y sus capitales bastaban apenas para pagar las cargas y las erogaciones que les imponia la conquista por una parte, y los esfuerzos de la defensa por la otra. El comercio marítimo reducido á poca cosa, se hallaba totalmente perturbado por el trastorno general y por el combate sangriento que se daban entre sí todas las naciones. La única que producia y que comerciaba en grande escala era la Inglaterra. Bajo el influjo poderoso y feliz de sus grandes instituciones parlamentarias ella tenia tiempo, brazos y riquezas para ayudar á la

Europa á defenderse del insaciable usurpador que ocasionaba todos estos males. Salvaba el comercio marítimo, y llevaba los productos de sus fábricas á las colonias emancipadas, levantando á la vez los retornos con que fomentaba la riqueza de sus propias fuentes. Pero entonces el arte de las construcciones navales era tan imperfecto que ningun marino habia que conociese ó hubiese estudiado las corrientes y las brisas normales del Océano. Los buques mercantes eran pequeños, y sus condiciones tan poco aventajadas para la carga y pasajeros en viajes lejanos, que rara vez atravesaban el Atlántico en menos de tres meses, esponiéndose á percances que aterraban el ánimo y los recuerdos de todos los que alguna vez habian pasado por ese peligro.

De nuestra parte, la guerra de la independencia habia cortado las relaciones de las Provincias Argentinas con las del Alto-perú. En los tiempos anteriores, la ganaderia de nuestras campañas era la que las habia surtido de mulas, de caballos y de bueyes para el trabajo y para el alimento. De nuestro puerto tambien era de donde iban desde la creacion del Virreinato en 1777, los surtidos de géneros y mercaderias que en su grande parte procedian del contrabando; y á este mismo puerto era donde acudian los caudales del *Situado* que eran los tesoros en oro y plata sellada que se remitian al Consulado de

Cádiz para liquidar y pagar los cargamentos del monopólio y el quinto del Fisco Real.

La guerra de la Independencia habia interrumpido todos estos intercambios de la riqueza interior. La inseguridad de las fronteras habia alejado de ellas el valor económico para elevar á un grado eminente el valor militar. Las continuas invasiones que las tropas del Rey hacian hasta el centro de nuestras provincias, y las invasiones que á su vez llevaban nuestros ejércitos á las del Alto-perú, cuando derrotaban á las primeras, hacian imposible que el comercio pudiese establecerse ni prosperar. Y si á esto se agrega la soledad de las campañas, las estensiones inmensas y desiertas en que se prolongaban los caminos: su estado lamentable, las incursiones de los indios, y los infinitos contratiempos de la vida, con los peligros que nacian naturalmente de la guerra y del estado revolucionario del pais, se comprenderá bien que cualquiera que hubiera sido la liberalidad de las leyes y de los principios proclamados desde 1810, los gobiernos revolucionarios tenian que luchar con la pobreza de los mercados y con la escasez de los recursos, para vivir y para saldar los ingentes gastos que les imponia la lucha.

En efecto :—dada la carencia de produccion y de comercio, fué indispensable ocurrir á la violencia de las exacciones, de los empréstitos for-

zosos, y de los arbitrios. Los capitalistas españoles, que eran los ricos del viejo réjimen, tuvieron que pagar como crímen el interés y la simpatía natural que los unia á los enemigos de nuestra independencia; y era sobre ellos sobre quienes caia á cada instante el terrible prorrateo de los empréstitos forzosos, que, unidos al exiguo producto de las rentas que el consumo dejaba en la nueva Aduana, iban á mano de los proveedores de los ejércitos, y de los comerciantes que corrian las gruesas aventuras de surtirnos de armas, de adelantar fondos para pagar tropas y empleados, y de los que descontaban á usura el boleto del empréstito repartido á cada contribuyente.

En medio del trastorno general y de los cuidados apremiantes de una situacion tan azarosa, no era dable que administraciones tan nuevas y arrastradas así por la fiebre de tan grande perturbacion y de tanta insubsistencia, hubieran podido fundar y arraigar un sistema regular y científico de la contabilidad pública. Las reglas y trámites del pasado colonial estaban abandonadas y muertas. El arbitrio para salir de la necesidad del momento fué por mucho tiempo la ley suprema de nuestros primeros gobiernos; y la presion de este estado desastroso de los intereses públicos, dió orígen como era natural, á un enjambre inextricable de papeles de deuda con infinitas calidades y cantidades, buenos y malos,

genuinos los unos, abusivos los otros, y no pocos falsos tambien, que á fines de 1816 eran una verdadera lepra que contaminaba la verdad, la sequela y la honradez de todos los valores y de todos los actos administrativos.

Puesto el gobierno en la altura moral y política á que lo llevaron las victorias obtenidas en Chile y en Salta por nuestras armas, y regularizada la organizacion de los Poderes Públicos por la cooperacion del Congreso y por el *Reglamento Provisorio,* se preocupó el señor Pueyrredon de buscar los mejores medios de regularizar el estado de la hacienda y de fijar el carácter del crédito público.

El primer paso que dió en este sentido fué el decreto de 29 de Marzo de 1817; que para poner un principio á la amortizacion de la deuda y fundar el crédito de que el gobierno necesitaba para crearse recursos, permitió que los derechos de Aduana se abonasen, por mitad, en metálico y en papeles de obligaciones contraidas por los gobiernos anteriores, desde Mayo de 1810 hasta Diciembre de 1816; y se abrió al efecto una cuenta de amortizacion especial.

Esperaba el gobierno que con esta medida podria amortizarse la suma de 800 mil duros cada año, y que el interés del Comercio abriria el mercado con un valor para la deuda flotante y atrasada, relativo y amortizable de cada año; y que por consiguiente, entablada la demanda de

créditos por esa medida, los tenedores de esos papeles podrian obtar entre el valor presente para venderlos, y el valor progresivo que debian adquirir en el futuro á medida que disminuida la cantidad que circulaba de ellos, se acreciese el fondo amortizante, y fuese acercándose el plazo del resto hasta su completa extincion.

Los motivos y el estilo con que el Poder Ejecutivo justificaba esta benéfica medida son dignos de reproducirse. El primero era el deseo de que los créditos que gravitaban sobre el Estado, ya fuese por empréstitos, compra de pertrechos, expropiacion de esclavos para el servicio militar, ya por sueldos atrasados ó pensiones devengadas, tuviesen un pago pronto y efectivo, que aliviase justamente las aflicciones de tantas y tan recomendables personas como se habian hecho acreedoras á eso por la heróica constancia con que habian sufrido privaciones de todo género, en el largo tiempo en que los gobiernos de la patria, rodeados de gravísimas atenciones, nada habian podido hacer por ellas, á pesar de sus mas puras intenciones. El segundo era, que en tan interesante asunto, nada era mas conforme á la naturaleza de nuestra causa y á la religiosidad de los empeños tomados por ella, como cumplir los compromisos contraidos, y *manifestar al Universo con hechos constantes los justos sentimientos* que nos animaban, propendiendo de este modo á merecer un crédito bas-

tante *para dar vida al Comercio, á la Agricultura, á la Industria,* y *Fomentar así la prosperidad* general de los dignos hijos de Sud-América, en justa retribucion de los enormes sacrificios de bienes y personas que habian hecho para defender su independencia.

En aquel tiempo se creia que una medida de esta naturaleza iba á producir en poco tiempo la liquidacion y extincion de la deuda flotante; y el gobierno se lisonjeaba de que con esto habia dado un paso definitivo para entrar en el camino del órden y de la justicia. El público tambien, halagado con la esperanza de que así fuese, respondió con gratitud á estas buenas intenciones de poner en órden el crédito y las finanzas.

Pero eran esperanzas que carecian de fundamento, por que la medida habia sido dada sin un estudio exacto de los hechos preexistentes; sin una clasificacion prévia de las categorias de los papeles de diversas épocas y orígenes, otorgados á los acreedores; y en suma, sin que una liquidacion y consolidacion de deudas tan variadas y multiformes, igualase su valor por medio de una renta fija asignada á la totalidad de su capital, para cambiar los títulos especiales é incoherentes que eran relativos á cada promesa ó contrato anterior, por títulos impersonales, que dotados de un interés fijo, tuviesen un valor de venta en el mercado.

Sucedió pues lo que era consiguiente: los me-

nesterosos tenedores de liquidaciones y documentos por sueldos atrasados, y por los otros de los infinitos motivos con que se habian espedido estos papeles, acudieron en tropel á golpear las puertas de los especuladores, suplicando los unos que los prefirieran á los otros, y que les comprasen su título por cualquier valor, para hacer de él algun *dinero presente*, con renuncia de toda ventaja *futura* siempre ilusoria ante la premura de la necesidad ; y así fué que en vez de que la medida produjese la *demanda* en favor de los papeles de crédito público, produjo por el contrario la *oferta ;* y su valor vino á degradarse hasta el estremo de que en vez de servir para realzar, sirviese para desacreditar las responsabilidades del gobierno. La proporcion de la mitad de las rentas de Aduana señalada para amortizar deudas no sirvió pues de auxilio efectivo á los servidores ó acreedores del Estado. La medida se convirtió en beneficio de los deudores y de los usureros, es decir, de aquellos á quienes el Estado no debia servicio alguno ni habia querido favorecer.

Fué tan rápido el desengaño que afectado el gobierno con las malas consecuencias cambió las proporciones de su decreto por otro de fecha 17 de Mayo de 1818. Se hizo un estudio sério de la materia y se resolvió derogar el de 29 de Marzo sostituyéndolo para otra creacion que se

presentó con todas las apariencias de una ámpia y excelente combinacion económica.

Estudiando las operaciones con que Mr. Ouvrard, el célebre arbitrista del primer Napoleon, sacaba algun jugo por escaso que fuese, del exhausto pueblo francés, el Ministro de Hacienda señor Gazcon llegó á comprender (aunque no con mucha claridad) que todo el secreto de una buena operacion para dar valor á la renta, consistia en la consolidacion de las deudas, bajo la asignacion de un interés fijo, combinado con la creacion de capital efectivo levantado á crédito para amortizarlas. Pero bisoño en esta delicada materia, sin base dentro del país mismo para levantar capitales, y sin relaciones establecidas con el capital estrangero (porque todo esto era imposible y aún desconocido en aquel tiempo), entró á montar un mecanismo artificial, que, tomado como obra de arte no carecía de cierto mérito financiero ni de agudeza. Para suplir la falta indispensable de capitales venales que pudiesen constituir la base de un empréstito regular, ideó la famosa *Caja Nacional de Fondos de Sud América*, que, aunque incompleta como institucion solvente, fué sin embargo la base de muchos estudios prácticos sobre finanzas; y que por sus propios defectos sirvió mucho á ilustrar las ideas y á fijar las opiniones sobre las verdaderas leyes que rigen la consolidacion y el pago de las deu-

das públicas, teniendo además el mérito de vivir hasta 1821.

El decreto ó bando de la creacion que dió ser á la *Caja de Fondos de Sud-América* decia: que ella era el resultado de las profundas consideraciones con que el gobierno habia estudiado y resuelto el grave problema de crear una vida regular para los recursos y para el crédito de una nacion como la nuestra, á la que *la Providencia tenia señalados grandes destinos:* que en este concepto su primer deber era *arbitrar medios adecuados de estabilidad y de grandeza futura*, alejando toda necesidad fatal de tener que volver á gravar ó inquietar las fortunas particulares pidiéndoles el fruto de su labor, que debiera ser sagrado é inviolable en adelanto. Creábase en consecuencia con este nombre de *Caja Nacional de Fondos de Sud-América*, un establecimiento de genero indefinido entre Crédito Público y Banco, cuyo carácter y operaciones eran las siguientes:

1ª La caja era una institucion *permanente*, decia el bando, y quedaba habilitada con un capital de tres millones.

2ª Los créditos que por el decreto de 29 de Marzo (que antes hemos examinado) hubieran obtenido órden de introducirse por mitad en pago de los derechos de Aduana, quedaban privados de esta aplicacion, y derogado este decreto. Pero los tenedores de esos títulos ó es-

pedientes, que quisieran amortizarlos en la nueva caja, recibirian un documento en el que se les reconoceria *acreedores permanentes* por un interés anual del 8 por ciento.

3ª Todos los créditos procedentes de empréstitos de dinero, de compra de pertrechos, que tuvieran un decreto anterior de ser recibidos en la Aduana como *dinero efectivo* y no por mitad solamente, podrian introducirse en la caja ganando un interés de doce por ciento.

4ª La caja recibia tambien dinero efectivo y capitales procedentes de capellanias, dotes de monjas y otras sumas de manos muertas, acordando á su introduccion el interés de 15 por ciento.

5ª Todos estos réditos debian abonarse por trimestres; y al efecto se afectaba á la responsabilidad todas las rentas y bienes que tuviera ó que adquiriera el Estado; y aunque sobreviniesen casos de guerra ó bien otras catástrofes, el gobierno *ofrecia que aquellos fondos serian siempre* inviolables; y para garantir mas su pago, se mandaba llevar á la caja el 6 por ciento de lo que produjesen los derechos de Aduana en dinero, imponiendo grandes penas á los funcionarios, del Director abajo, que empleasen este fondo en otra cosa que en el pago de esos intereses.

Como esta caja era una institucion permanente, el bando establecia que los capitales introduci-

dos en ella no pudieran ser removidos, es decir, *sacados* por los introductores ni *devueltos* por el Estado, pues los unos no tenian ya mas derecho que al interés; y el otro estaba obligado perpétuamente á pagar la renta asignada. Las acciones, títulos ó cupones espedidos eran endosables con tal que se anotase el cambio del tenedor en los asientos administrativos de la caja.

A estas cláusulas fundamentales agregaba el Bando todas aquellas que eran relativas y propias de un estricto y correcto manejo en lo interior del establecimiento y de su contabilidad; y que por lo mismo carecen hoy de interés histórico.

No es mi ánimo entrar ahora en una crítica especial de las bases de este establecimiento, porque él no tuvo influjo alguno histórico, ni tiene otro valor aquí que el de demostrar la tendencia orgánica que tomaron los propósitos generales del gobierno del señor Pueyrredon. Sin embargo, creo que el establecimiento no merecia los reproches que se le hicieron en el informe de la Comision de Hacienda de la Cámara, de Diputados redactado con mucha habilidad y competencia por el señor don Santiago Wilde en 1821.

Es incuestionable que el defecto fundamental de la Caja de Fondos de Sud-América era el de no haber dado á la deuda anterior, que an-

daba flotante, un medio de amortizacion efectivo y un plazo fijo para que con ese medio ó prorrata se efectuase su amortizacion. Pero, por lo demás, me parece que era injusto tratar de absurda la reunion en la misma caja de tres categorías distintas de deudas, compuesta la una de los papeles sin orígen cierto, la otra de los que procedian de empréstitos forzosos, pagos de víveres, y pertrechos; y la otra de las introducciones de dinero; desde que cada una componia una categoria diversa ó *série* de *bonos,* y desde que cada categoria tenia un diverso interés.

Si la caja, apesar del alto interés que señaló á favor de los que introdujesen dinero, no atrajo capitales para esta forma de depósitos bancarios ó de empréstitos disimulados, no fué porque fuese absurda la operacion, sino porque apesar de todo no se creia bastante sólida la situacion del gobierno. Se temia la guerra civil, la guerra con el Portugal, las necesidades apremiantes de la espedicion al Perú, con mil otras contingencias propias de aquellos dias azarosos por demás; y es sabido que causas como estas bastan para alejar todo depósito de dinero de Bancos ó Cajas, ya pertenezcan al Estado ya sean de administracion particular.

Por lo demás, la Caja tenia indudablemente el vicio capital de ser una *Receptoria perpétua* de empréstitos *indeterminados y volunta-*

rios al 15 por ciento: una oficina de consolidacion y de amortizacion perpetua de la deuda en dos categorias, una al 8 por ciento, y otra al 12 por ciento; y á la vez oficina de crédito público para abonar perpétuamente esas obligaciones siempre abiertas: es decir admitidas á voluntad y diligencia espontánea de los interesados ó solicitantes. Pero la justicia histórica, que ningun interés tiene ya en la operacion misma, debe apreciar el mérito del Gobierno que entró en esa operacion con relacion al tiempo en que la medida fué tomada y con relacion á las intenciones que presidieron en su sancion.

La Caja Nacional de Fondos de Sud-América contenia en gérmen la nocion de los Bancos de Depósitos y de Descuentos unida á la idea fundamental de la Administracion del Crédito Público: que despues estableció en toda regla el señor don Manuel José Garcia. Teniendo en cuenta lo vago de las ideas y de las informaciones que nuestros hombres tenian entónces sobre estas árduas materias, no se puede negar, que, aunque deficiente, tuvo el mérito de ser el punto de partida para el arreglo de nuestro crédito y de nuestras finanzas: mérito que realza la administracion, célebre por tantos otros títulos, que presidió como Director Supremo del Estado don Juan Martin de Pueyrredon. Así fué, que cuando superados

los azares de 1819 y 1820, entró la provincia de Buenos Aires en aquella via saludable y reparadora en que la puso la administracion del general Rodriguez, dirigido por sus Ministros Garcia y Rivadavia, la *Caja Nacional de Fondos de Sud-América* suministró, por su misma existencia, los medios adecuados para emprender la consolidacion de la deuda y el establecimiento de los *Fondos* del crédito público del 6 por ciento anual. Su buena contextura quedó probada por la fácil y honrada liquidacion que pudo hacerse, de las operaciones que ella habia realizado en los cuatro años en que habia subsistido , como puede verse en la Ley del 14 de Julio de 1821 que la reformó.

Uno de los primeros objetos á que el Supremo Director dirijió su atencion, así que la victoria de Chacabuco le quitó los graves temores de la guerra, fué tambien la instruccion pública. Con fecha 3 de Junio de 1817 dió una Comision á los ministros Lopez y Trillo para que hiciesen levantar una informacion indagatoria del estado en que se hallaba la enseñanza, ya fuese en los Conventos de Regulares, yá en los escasos establecimientos que regenteaban algunos particulares, con el fin de tomar medidas para establecerla y darle un ensanche conveniente.

Para mostrar el resultado que dió esa indagacion, nos vamos á permitir hacer una sucinta

relacion de los antecedentes que asunto de tanta magnitud tenia en nuestro pais.

Poco tiempo despues de suprimidas las casas de los jesuitas y de confiscados sus bienes, el Gobernador don Juan José Vertiz, americano de nacimiento y de corazon, inició en 1770 un espediente administrativo para hacer que esos bienes fuesen destinados á la enseñanza clásica de la juventud. Tan vehemente era su deseo de asegurar esta interesante mejora, que sin esperar que la Corte resolviese la materia, Vertiz se adelantó á fundar aulas de Latinidad, de Filosofia escolástica y de Teologia, que comenzaron á funcionar en 1772.

Sobrevino entónces la última guerra de España con Portugal; y conviniendo ya erigir á Buenos Aires en Virreinato, se dió el título de virrey á don Pedro de Zeballos con la famosa espedicion de 1777. Restablecida la paz en ese mismo año por el *Tratado de San Ildefonso,* Zeballos recibió órden de regresar á España; y volvió Vertiz á tomar como virrey, el gobierno de Buenos Aires. Desde luego, su primer conato fué hacer despachar el espediente que antes habia iniciado para fundar en la capital un colegio de estudios literarios y una Universidad.

Pero despues de largo tiempo y de muchos esfuerzos, lo único que pudo conseguir fué el establecimiento del *Real Colegio de San Cárlos;* quedando aplazado indefinidamente el de la Uni-

versidad, por la mala voluntad con que el Consejo de Indias oponia siempre obstáculos y demoras á esta clase de concesiones. El colegio se inauguró el 3 de Noviembre de 1783 con aulas donde se enseñaba la latinidad con señalado esmero, la filosofia escolástica unida á la física especulativa ó hipotética que le servia de apéndice, y la Ética.

No faltaban desde entónces algunos hombres adelantados y bien informados en los progresos hechos por las ciencias exactas, que criticaran este género de estudios como notoriamente insuficientes é inadecuados para el siglo. Aranda y la compañia distinguida de pensadores que se habia formado á su lado, habian marcado esa inclinacion de los tiempos modernos á dar preferencia á los estudios de las ciencias exactas y á los conocimientos prácticos que se ligan al progreso de la riqueza territorial é industriosa de acuerdo con el espíritu de la gran Enciclopedia Francesa. Labarden y Cerviño fueron en Buenos Aires los ecos mas distinguidos de estas ideas: el uno por sus ensayos de aclimataciones rurales; y el otro por sus trabajos topográficos y geodésicos.

Profesólas tambien despues el jóven abogado D. Manuel Belgrano, que, por ser secretario del Consulado pudo hacer valer el influjo que tenia en esta corporacion, para que fundase y dotase con sus propios fondos una *Escuela de Náutica*

que en efecto fundó y puso al cargo de Cerviño en 1797. Abrazaban los estudios de esta escuela, desde los elementos de aritmética y de álgebra hasta los problemas mas prácticos de la cosmografia y de la geodésia; y hubiera producido grandes bienes, si la corte, al conocer no mas su establecimiento, no hubiera mandado disolverla como cosa *inutil y de puro lujo*, reprendiendo agriamente al Consulado por haberse avanzado á tan grande desman. No sucedió lo mismo con el *Colegio de San Cárlos*, cuyos estudios tomaron consistencia, y en cuyas aulas se formó la mayor parte de los jóvenes que hicieron la Revolucion de Mayo y que la defendieron en el campo de batalla y en el de las letras.

Al mismo tiempo en que Vertiz fundaba en Buenos Aires el *Real Colegio de San Cárlos*, fundábase tambien en Córdoba el Colegio de Monserrat. Pero sus estudios fueron por desgracia de un carácter teológico mas bien que literario, quizá por falta de un hombre de génio, que, como don Pedro Fernandez en el de *San Cárlos*, hubiera sabido dar á la enseñanza de la latinidad la viva animacion de los modelos, é iniciar á la juventud en el movimiento libre, eminentemente político y filosófico, que distingue á los famosos escritores de Roma. Formáronse sin embargo en sus cláustros hombres públicos de primera nota como Zavaleta, Gomez, Gorriti, Baigorri, Bedoya y muchos otros.

Estos eran los gérmenes con que la administracion colonial del americano Vertiz habia conseguido dotar á Buenos Aires, cuando cayeron sobre nuestras playas las invasiones inglesas. La primera inició á nuestros padres en las emociones terribles de la guerra, y les abrió el oído á los encantos del cañon en la batalla y en los festejos del triunfo. Al amenazar la segunda, la juventud en masa abandonó con sus maestros los estudios y tomó las armas: quedando desde entónces convertido en Cuartel de Patricios el edificio mismo del colegio.

Siguiéronse tiempos de una agitacion pública estrema. La deposicion del virey Sobremonte, la lucha de Liniers y de los Patricios contra el partido de Alzaga, que comenzó á caracterizarse como de *criollos* contra *europeos*; la asonada del 1° de Enero de 1809, las conmociones de Chuquisaca y de la Paz, la polémica de los *Hacendados del Rio de la Plata* contra los *Comerciantes monopolistas de Cádiz* por el comercio libre, las emociones morales que producia el estado de la Europa, y la invasion de Bonaparte en España, fueron causas de tan profunda inquietud y de tanto alboroto, que no dejaban tiempo ni atencion para intereses de un orden tranquilo y orgánico, como los que se referian al restablecimiento de los estudios públicos.

Pero apenas se hizo la Revolucion de Mayo, Belgrano, que se habia ilustrado en el triunfo

contra los ingleses y que era uno de los miembros mas influentes de la *Junta Gubernativa*, volvió á insistir en la necesidad de que se fundase una escuela séria de estudios matemáticos, «*para que los jóvenes patriotas que se dedicaban á la milicia pudieran instruirse en los principios de esta brillante carrera,* que una política destructora habia querido sepultar en las tinieblas de la ignorancia». La Junta ordenó en efecto el restablecimiento de la Escuela de Matemáticas en el sentido de las necesidades guerreras de la Revolucion, creando el plantel embrionario de una verdadera escuela politécnica bajo la direccion del Teniente Coronel don Felipe de Santenach. Por desgracia, Santenach era español y de ideas reaccionarias; y complicado en el complot de Alzaga, fué fusilado en Julio de 1812, quedando la escuela cerrada despues de año y medio de existencia.

El Triunvirato creado en Octubre de ese mismo año y presidido por Pueyrredon procuró poner en estudio y llevar á cabo la restauracion de las aulas. Pero esta tentativa, lo mismo que la de la Asamblea de 1813, quedaron en puro deseo. Así fué que desde 1813 á 1816, la instruccion pública estuvo abandonada á la accion espontánea del convento de San Francisco, donde los frailes mantenian una escuela primaria numerosísima, dos aulas de mala latinidad ó mas bien dicho de jerga, y una aula de filosofía re-

ducida á la dialéctica, al estudio de las cuestiones dogmáticas, y de las contradicciones de las doctrinas hipotéticas formuladas por las diversas sectas ó escuelas del peripato, sin ninguna clase de enseñanza positiva cuya base fuese el estudio de los hechos naturales, metafísicos ó sociales.

Debemos sin embargo mencionar dos excepciones: una escuela de dibujo afecta al Consulado y creada por la enérgica é incansable iniciativa del Padre Castañeda, el famoso pamfletista de 1820 á 1824, cuyo objeto decia con notable sagacidad, debia ser preparar á la juventud para lucir y desempeñarse en la indüstria de las artes y los oficios; y la otra —un plantel de estudios matemáticos creado por don Felipe de Senillosa, jóven español é ingeniero militar, que por haberse comprometido en el partido de José Bonaparte habia tenido que emigrar al Rio de la Plata.

La enseñanza primaria estaba reducida á tres escuelas de alguna nota para las gentes acomodadas que podian pagar la instruccion elemental de sus hijos (1). Para el comun de los pobres, entre los que muy contados recibian algunas lecciones de primeras letras, no existian otros establecimientos que las cuatro

(1) D. Rufino Sanchez, D. Francisco Acosta y D. Manuel Robles. La enseñanza se limitaba á la contabilidad comercial, la gramática castellana, lectura y escritura.

escuelas de simple lectura y escritura que se daban dentro de los Conventos de Regulares.

Este era el miserable estado en que se hallaba la instruccion pública en las Provincias Argentinas cuando subió al gobierno el Director Supremo dan Juan Martin de Pueyrredon, segun resultó de la indagatoria que mandó levantar sobre la materia.

En el deseo de hacer lo posible en aquel tiempo por el adelanto de los conocimientos útiles, comenzó el gobierno por dar proteccion al establecimiento del señor Senillosa elevándole á la categoria de *Academia de Matemáticas*; y puede decirse en su elogio que salió de sus bancas el eminente matemático argentino don Avelino Diaz: fundador de las mesas técnicas del *Departamento Topográfico,* donde hicieron sus primeros trabajos los aventajados jóvenes que despues fueron profesores universitarios como don Saturnino Salas, don Alejo Outes, Sauvidet, Eguia, Juan Maria Gutierrez y otros.

En 2 de Junio de 1817 se ordenó que se crease un colegio de estudios clásicos ampliando las bases del de *San Cárlos*; y el 16 de Julio se inauguró el *Colegio de la Union del Sur* con cierta solemnidad que demostraba el alto sentido que el Gobierno queria dar al acto.

Reorganizado y puesto en auge este Colegio, el Director inició la creacion de la Universidad de Buenos Aires, restaurando el patriótico pro-

pósito de Vertiz; y con ese objeto dirigió una nota en 1819 recabando la autorizacion del Congreso para tomar las medidas necesarias. El Congreso contestó inmediatamente dando su ascenso. Pero, en ese momento mismo, era cuando las pasiones rabiosas de la guerra civil y los síntomas inminentes de un grande desquicio, tenian ya conmovidos todos los asientos del órden público. El Director estaba ya convencido de que el general San Martin le abandonaba á su propia suerte; y no viéndose con medios para mantener su autoridad y su política, prefirió abandonar el poder: quedando así aplazada la ereccion de la Universidad de Buenos Aires para tiempos de mayor bonanza. (2)

No se limitó á Buenos Aires la accion benéfica con que el Director Pueyrredon procuró servir el establecimiento y los progresos de la instruccion pública.

(2) Hemos seguido en esta parte el libro en que el Dr. D. Juan Maria Gutierrez, Rector de la Universidad de Buenos Aires, desde 1855 hasta 1873, ha trazado con mano sin rival la historia de la Instruccion Pública en el Rio de la Plata, y que tiene por título—*Noticias históricas sobre el orígen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior*, etc. etc. Buenos Aires, 1868. Ese es en verdad un libro precioso por la abundancia de los datos, por la esposicion magistral de las doctrinas, por la belleza esquisita del estilo, y por la amenidad de los hechos biográficos que figuran en él como otros tantos cuadros artísticos y deliciosos para la erudicion y para el patriotismo de los argentinos.

Durante su gobierno, la Provincia de Mendoza tenia una posicion ventajosísima y especial entre las que seguian con armonía la política del Congreso y del Director. Era el punto intermedio de las relaciones políticas y comerciales que unian á Buenos Aires con Chile; que como hemos visto tenian un carácter tan estrecho y tan confidencial, diremos así, entre San Martin, Pueyrredon y O'Higgins, que se puede decir que eran partes de un mismo orden político. El vencedor de Chacabuco y de Maipu le habia consagrado á Mendoza una justa y noble gratitud. No podia olvidar que esa provincia benemérita habia sido la cuna de su gloria militar y el punto de partida de su encumbrada fortuna. Así fué que despues de la victoria empeñó todo su influjo con su sucesor en el gobierno de la Provincia, el coronel Luzuriaga, y con el Supremo Director del Estado para que se instalase en Mendoza un espléndido Colegio de ciencias, especialmente exactas y prácticas, que fuera un modelo en su género, por la *construccion* adaptada del edificio, por la reglamentacion de los estudios, por la disciplina, y por el lustre de los maestros—«Ningun hombre (decia él en una « carta particular) nacido en nuestra tierra debe « tener á menos, ó creer que hace sacrificio, vi« niendo á esta ciudad exelente á fundar los es« tudios hasta que ellos puedan marchar por sí « solos, bajo la direccion de otros directores que

« se formen; pues que así todo buen paisano
« trabajaria por su gloria y por el beneficio de la
« Patria, como tantos militares y otros hombres
« de mérito que me acompañaron en la empresa
« de formar el Ejército de los Andes; » y esta
iniciativa se dirigia al doctor don Estanislao Zavaleta Dean de la Iglesia Catedral de Buenos Aires y gobernador del Obispado desde 1811, que oponia resistencias á ir á Mendoza á fundar y dirigir el proyectado Colegio, como San Martin queria, para que tan ilustre prelado le diese á la casa y á la enseñanza el inmenso prestigio de que gozaba en las Provincias Unidas por su templanza y por sus virtudes.

A fines de Octubre de 1817 dábasele ya al edificio la última mano para que quedase preparado á funcionar. Su planta era bien concebida y casi grandiosa para su tiempo. Exitada la generosidad de los vecinos acaudalados de la provincia, consiguió el general San Martin donaciones y legados á favor de la casa. El presbítero Cabral donó una hermosa manzana de terreno que media 22,500 metros cuadrados; se levantó allí un espacioso y cómodo edificio en donde podian acomodarse 180 alumnos con todas las condiciones higiénicas y adaptaciones á una liberal y ámplia enseñanza, bajo los cuidados y distribucion prolija del mismo general San Martin. Ventilados estaban los dormitorios, de acuerdo con las reglas últimas de la higiene, por

ventanas enfiladas en lo alto del muro, y por lo bajo con vistas al jardin para hacer risueño el despertar de los jóvenes al aspecto de la vegetacion. El gran comedor estaba dominado en el extremo por una tribuna donde se daban lecturas políticas y patrióticas que desempeñaban entonces lo que ahora llamamos instruccion civil. En el jardin y en el huerto, ademas de la labranza entregada al cuidado y trabajo de los alumnos bajo competente direccion, tenian ellos los mejores juegos gimnásticos, la *barra*, la *pelota*, los *bolos*, y el *billar* por la noche.

Poseia el Colegio un fondo metálico de 16 mil fuertes colocado al 5 por ciento de interés ; y cada interno abonaba al establecimiento 80 fuertes por año.

El Congreso le habia confirmado el título de *Colegio de la Santísima Trinidad de Mendoza*, dándole al Rector el rango y las atribuciones de *Cancelario* ó Canciller, para que los estudios hechos allí y los certificados de exámenes valiesen en todas las Universidades de la República ; y Chile, obedeciendo á la justa gratitud que le imponian los servicios hechos por Mendoza, otorgó igual crédito en sus establecimientos nacionales á los certificados del Colegio de Mendoza. Cien estudiantes de todas las provincias, y de Chile, se hallaban alli el 10 de Noviembre de 1818.

Aunque en rigor pudieran considerarse age-

nos estos detalles al caracter de los acontecimientos históricos, debe hacerse diferencia entre un país formado, de viejo orígen, donde estos trabajos vienen de antigua tradicion y como un resultado ordinario de su vida, y un país nuevo, donde por primera vez aparecen; y donde son históricos precisamente por que marcan el espíritu político y trascendental de su revolucion social y el anhelo de los hombres que los concibie-y los plantificaron. (3)

(3) Por eso mismo creemos oportuno trascribir la proclama con que el Gobernador Intendente coronel don Toribio de Luzuriaga dió cuenta á la provincia de la creacion del Colegio y de su próxima inauguracion.

«Ciudadanos: Entre los imponderables esfuerzos de la inmortal provincia de Cuyo, será siempre laudable en sus fastos, el empeño de la Muy Ilustre Muuicipalidad de esta capital, por el establecimiento de un Colejio público, cuya apertura indica para el diez y siete en la proclama que tengo el honor de ofreceros.

«Con demasiada elocuencia manifiesta las trabas hostiles del gabinete español, tan contrarias á la fecundidad de las artes, como á las primeras bases de la sociedad. Un plan seguido y completo de degradacion, que se estendia á la prohibicion esclusiva de las escuelas mas necesarias, son unos hechos de que se han lamentado muchas provincias de ambas Américas.

«Por fortuna no tendreis ya que buscar el tesoro de las letras á la distancia. En vuestro propio suelo se erijen cátedras de humanidades, en que se enseñarán los sagrados derechos y deberes del hombre en sociedad, las facultades mayores, la física, las matemáticas, la geografía, la historia y el dibujo. Ilustrados labrareis vuestra

Esperando vencer las dudas y resistencias del Dean Zavaleta, se puso el colegio bajo la direccion provisoria de un exelente presbítero, el doctor don José Lorenzo Guiraldes, hombre de só-

felicidad y con estos estudios abrireis las puertas del país de la abundancia, al poder, y al valor: sabreis la importancia del heroismo y de cuanto puede sublimar al hombre sobre los demás seres que, como sabeis bien, es fruto del e tudio y de la ilustracion.

«La naturaleza, segun el emblema del elocuente Tulio, nos ha repartido con próvida mano todas las semillas de las ciencias. Su rocio y su cultivo, son el don mas relevante con que los magistrados podemos servir á la patria. Felizmente, el injénio americano en general es de una grande vivacidad, segun la declaracion de los sábios mas despreocupados del viejo hemisferio. Se han cumplido ya los vaticinios de los eruditos, sobre que las ciencias del Asia habian de fijar su dominio y anidarse en nuestra patria.

«La Universidad de Salamanca en la pompa funeral de Felipe III, llegó á espresarse que, *entre las riquezas que tributaba á España el Nuevo Mundo, la mayor era la felicidad de los injénios que empezaban, no ya á aprender, sino á ilustrarse y á servir*. Pascal, Puffendorf y otros, no acababan de ponderar la sabiduria de los Incas, cuyas leyes, (mas célebres que las de Solon), hicieron felices por el espacio de quinientos años, muchos mas hombres que los que nos precedieron desde la creacion del orbe!

«Sud-Americanos! La patria os convida eon las luces. El templo de Minerva se abre ya para todos sin esclusion.

«Forman la felicidad de un Estado el hombre de armas y de letras, el hombre de gobierno, el hombre de la religion y el de la agricultura, artes y ciencias. La ins-

lida reputacion y de un carácter sumamente respetable. Empezó el colegio con dos aulas de latinidad y con una de filosofía que dictaba el Rector Guiraldes. Un padre de la *Congregacion*

truccion científica no es tan solamente adorno, mas tambien prenda necesaria al militar. El general empuña la espada mas para mandar que para pelear con ella. Pelear es efecto de la fuerza, y mandar de la instruccion mental. Julio César no debió menos á su espada, que á su pluma. Esta y aquella, juntas, lo hicieron ilustre y perfecto general.

«Honorables padres de familia! Inspirad en vuestros hijos generosos deseos de aventajarse en las ciencias —inflamad sus corazones para que consagren sus talentos á la patria. Así podreis gloriaros como *Cornelia,* cuando presentando sus hijos, los *Gracos*, al volver de la escuela dijo á la heroina *Campañia:—estos son, amiga mia, mis collares, mis perlas, mis diamantes, mis adornos y todo el ajuar de mi casa.*

«El gobierno empeña su palabra de protejer, auxiliar y fomentar á los jóvenes estudiosos, y que se perpetúe tan útil establecimiento para que Cuyo sea feliz y pueda llevar sus glorias hasta las últimas estremidades. Si no lo lograre me quedará al menos la complacencia de haberlo deseado.

«Publíquese por bando en la forma ordinaria, con la proclama del Muy Ilustre Ayuntamiento. Fíjense cópias y circulares á los pueblos de San Juan y San Luis.

«Mendoza, 9 de Noviembre de 1817.

« *Toribio de Luzuriaga.*

El Cabildo.

«¡Ciudadanos!

«Llegó el momento feliz en que la luz habia de sostituir á las tinieblas. Abatidos mas de trescientos años

de la Buena Muerte, llamado Espinosa, enseñaba las matemáticas, en las que se le tenia por hombre muy aventajado; y dió en efecto un curso completo de esta enseñanza. Tan cuidadosos fueron los estudios en este ramo del Colegio de

por la ignorancia á que nos habia sometido el despotismo español, privándonos de todos los conocimientos que podian ilustrarnos en nuestros derechos, continuábamos existiendo sin conocer lo que es el hombre. Un encadenamiento de sucesos felices forma al presente nuestra mas gloriosa época. Sacudido ya el yugo, y sin temores de sucumbir, se proporciona la oportunidad de ilustrar á nuestros hijos para que sepan conservar el fruto que en ocho años, á costa de inmensos sacrificios, hemos sabido adquirir. Si el guerrero ha sido el instrumento necesario para salvar la nacion en las crísis peligrosas, el sábio debe serlo para constituirla estable y brillante en las delicias de la tranquilidad. Demos á la patria hombres útiles en todos ramos y su prosperidad será indudable y permanente.

«Padres de familia! La educacion es el mejor patrimonio que en herencia podeis dejar á vuestros hijos. La apertura del colejio es el lúnes diez y siete del corriente. Los que quieran inscribir á sus hijos, los dispondran dentro de este término. El Rector á quien se encarga su direccion, es el doctor don Diego Estanislao Zavaleta. Su aptitud para desempeñarla, es demasiado conocida por su fama. El alto destino que ocupa en la Soberanía de la Nacion, no le permite por ahora desprenderse de Buenos Aires. Entretanto don José Lorenzo Guiraldez ejercerá sus funciones. Este está prevenido de dar el diseño del vestido que deben usar los colejiales.

«La municipalidad tiene la satisfaccion de anunciar

Mendoza, que los mismos discípulos guiados por su maestro levantaron con perfeccion la carta topográfica de la ciudad y de los suburbios. Uno de ellos don Alejo Outes fué despues un distinguido profesor de la Universidad de Buenos Aires, que mereció el cariño de los que tuvieron la fortuna de ser sus discípulos, y la alta estima que todos sus contemporáneos hacian de su competencia y de las bellísimas prendas de su carácter.

Enseñábase además el dibujo en un salon de mas de veinte varas de largo y diez de ancho especialmente edificado para ese objeto y enriquecido con numerosas colecciones de muestras; y creóse en seguida una aula de Derecho al cargo del jurisperito mendocino don Juan Agustin Maza que era tenido por hábil abogado. Faltaba como se vé la teolojía; y esa falta revelaba ya un progreso tanto mas evidente en las ideas de los que habian dirijido la fundacion de este establecimiento, cuanto que la enseñanza de la Filosofía en manos del Rector Guiraldes estaba calcada sobre el método de Condillac, y tomaba por punto de partida, como este grande maestro, la observacion esperimental y la sensacion

la ereccion tan deseada de este templo que se consagra á Minerva y se promete que, no despreciando su invitacion, os apresurareis á llenarlo de alumnos.

«Sala capituiar de Mendoza y Noviembre 9 de 1817.

afectiva de la conciencia individual. Completábase la enseñanza con cursos de física, de geografía y de historia.

Cuando uno reflexiona con sano criterio en que el acierto y la prolija prevision de todos estos detalles, tanto en el edificio cuanto en los fines morales de la enseñanza, procedian de las insinuaciones directas y del influjo personal del general San Martin, comprende con asombro que los méritos estraordinarios de este grande Patriota no pueden medirse sino por su propia modestia; pues para hacer el bien de una manera práctica y en grande escala, su primer cuidado era retirar de sus obras y de sus beneficios el carácter personal que los déspotas y los charlatanes gustan tanto de imprimir en sus vulgaridades. En lo que San Martin hacia ó decia jamás habia jactancia ni infatuacion: era siempre el cumplimiento de un deber sencilla y honradamente entendido y desempeñado.

Su influjo en servicio de la instruccion pública no se satisfizo con el establecimiento del precioso colegio de que acabamos de hablar; sino que se estendió tambien á la educacion primaria y *gratuita* para los niños pobres de ambos sexos, y para ellos fundó escuelas en las que se educaban 500 y tantos alumnos. Mejoró los paseos; y por indicaciones suyas, don Juan de La Rosa, gobernador de San Juan, abrió canales de irrigacion que llevaron el agua á los distritos del

Pozito y de *Angaco* que eran antes de esto estériles eriales. En Mendoza hizo practicar igual mejora, y fertilizó con ella otros puntos no menos mal dotados, como el *Retamo, Barriales* y *Villa San Martin,* que se convirtieron en feraces terrenos de produccion. Verdad es que para todo esto estaba ayudado, como ya digimos, por la posicion escepcional que Mendoza vino á ocupar despues de *Chacabuco;* y que, como los puertos de Chile habian estado bloqueados por la escuadra de Lima, el consumo de lo exterior le iba por el puerto de Buenos Aires ; con lo cual hicieron grandes beneficios los negociantes y los arrieros de Cuyo que vinieron á ser así los agentes activos del intercambio de valores que servia de motor á esos adelantos.

Echando una mirada inteligente sobre el desierto, comprendió el señor Pueyrredon el inmenso interés que la Provincia de Buenos Aires tenia en pasar sus fronteras al otro lado del rio Salado ; y pidió al Congreso autorizacion para llevar á cabo esta importantísima mejora. Pero todo cuanto podria decirse en elogio de las miras del Supremo Director con respecto á las tribus de la Pampa, resalta en los documentos : (4) — « Siempre « creí que seria un medio muy oportuno para « llevar á cabo la importante empresa de la ex- « tension de nuestras fronteras, *adjudicar tier-*

(4) Gaceta de Buenos Aires, 2 de Diciembre de 1818.

« *ras en propiedad* á los que quisieran poblarse
« en ellas. Lo representé así al Soberano Con-
« greso Nacional; le pedí facultades para proce-
« der; y el resultado ha sido cual debia esperar-
« se de la sabiduria de sus consejos. Por órden
« augusta de 16 de Mayo del año anterior quedé
« autorizado para hacer la espresada adjudica-
« cion. En tal estado, quise adquirir conoci-
« mientos mas estensos en este asunto. Al efecto
« mandé convocar una junta estraordinaria, de
« autoridades civiles y gefes militares.... En
« ella se discutió la estension de la nueva demar-
« cacion hasta la sierra del Tandil como estaba
« premeditado. Pesadas las razones—quedó
« acordado que por ahora debiamos limitarnos
« en la laguna de *Kakel-Huincull*, como la mas
« indicada para construir el fuerte de *San Mar-*
« *tin*. Mas allá de esa laguna están avanzados
« algunos pobladores con establecimientos ya
« formados. *Ellos han sabido* cultivar tan pa-
« cíficas relaciones con sus infieles vecinos, que
« han logrado ya no ser incomodados por es-
« tos. (5) Así es que estas poblaciones son las
« que hoy constituyen la verdadera línea.... Es
« indispensable la necesidad de consolidar cuan-
« to sea dable estas relaciones con los indígenas

(5) Referencia al virtuoso Misionero de paz y de ri-queza don Francisco Ramos Mexia: cuya propiedad conservan aún sus sucesores.

« inmediatos: por que ellas aumentarán el gra-
« do de sociabilidad que estos naturales van
« adquiriendo, sin contar otras razones de con-
« veniencia general y de conveniencia política
« que son demasiado óbvias, y se obtendrán ce-
« diendo tierras en propiedad á los que deseen
« dedicarse á la industria de ganados ó industria
« agrícola. Bajo estos principios, los que quie-
« ran presentarse ante este Supremo Gobierno á
« denunciar los terrenos valdíos que aspiren á
« ocupar en aquella demarcacion que les serán
« concedidos en merced, etc., etc. »

Muchísimos otros ramos de la administracion merecieron tambien sus cuidados. Fué él quien comenzó á organizar con reglas fijas y respetables la oficina y las funciones del Resguardo. La relajacion de los resortes del antiguo réjimen que habia sido una consecuencia inevitable de la Revolucion habia dado lugar á prácticas inescusables que no se habian coartado por las premiosas preocupaciones de la vida agitada y llena de peligros que llevaron los primeros gobiernos patrios. La licencia del tráfico llegaba á tal estremo, que las carretillas de carga andaban por la ciudad no solo á las primeras sino tambien á las altas horas de la noche; y bien se comprende el abuso que se hacia de esta tolerancia en aquel tiempo en que la ciudad no tenia alumbrado, ni serenos, ni mas policia que la que hacia el comandante Alcaraz contra los bandidos

de los suburbios. No era menos el contrabando que se hacia á pretesto de los artículos despachados en *tránsito* para Chile ; y así és que fué preciso tambien abolirlo, dejando subsistente sin embargo el tráfico de los buques de cabotaje que traian cueros de la Banda Oriental y de otros puertos del litoral.

Una de las aspiraciones mas constantes del Gobierno de Pueyrredon fué la de promover la agricultura, favoreciendo con esa mira la exportacion de trigos y las sementeras de nuestra campaña. Pero, por desgracia, este anhelo que debió haber sido un motivo de elogio, se convirtió desgraciadamente en un tema tenaz de calumnias y acusaciones. El único mercado que se ofrecia entonces á nuestra produccion (bien corta por cierto) de cereales, era Montevideo y uno que otro cargamento al Brasil. La carestía, la escasez y la mala calidad del pan, servian de pretesto para acusar al gobierno de que sacrificaba al pueblo por mantener un comercio ilícito y de favoritismo con los portugueses detentadores y opresores de *nuestra* Provincia Oriental. Si Pueyrredon y Tagle no les mandasen trigo (decian) en negocios fraudulentos y provechosos, ya se habrian muerto de hambre, y hubieran tenido que abandonar la tierra que usurpan ; y mientras los—« portugueses comen de nuestro pan en abundancia—los hijos del pais carecen de él, ó comen un amasijo espúreo y dañino.» Ar-

tigas levantó el grito contra esta inícua traicion, que era la prueba mas solemne que podia darse de como el Supremo Director era cómplice de las monarquías europeas y de los enemigos internos confabulados en avasallar *la Patria.* Los partidos de oposicion hicieron coro, y á una voz señalaron todos ese crímen que consistia en querer explotar las fuentes de nuestra riqueza agrícola exportando trigos y fomentando sementeras ;—« ni la plata de los portugueses quieren recibir estos brutos »—le decia Pueyrredon á un amigo con quien se lamentaba de los sufrimientos que le imponia su puesto. El Director resistió cuanto pudo ; pero dominado al fin por la acritud y por la fiereza de los cargos, empezó á ceder ; y hubo de resolverse á poner prohibicion á las espediciones de trigos dirigidas á la plaza de Montevideo, sacrificando nuestro mas grande interés local á los caprichos de Artigas y á las pasiones ciegas de la oposicion que se formaba en Buenos Aires.

Sin embargo, era tan injusto exigir que la medida tuviese efectos absolutos, é inmediatos, sobre una porcion de personas que habian comprado ó sembrado trigos, confiados en la animacion que ese artículo habia tomado en el mercado, que el Director tuvo que acceder de cuando en cuando en favor de algunos solicitantes que protestaban grandes perjuicios ; en la inteligencia de que esa lenidad no solamente era

justa, sino de pública utilidad. Llevado de esas ideas no fué del todo riguroso en la prohibicion que administrativamente habia promulgado.

Ocurrió por el mismo tiempo en las provincias del norte un hecho fraudulento que puso en grande alarma al comercio desde Salta á Buenos Aires. La circulacion monetaria reposaba entonces sobre el valor típico de la plata, y el oro tenia el cambio interno de 17 pesos con 2 reales plata por onza de oro. Derrepente comenzó á notarse por todas partes una crecida existencia de moneda adulteradísima; y luego que la atencion pública se fijó en este grave fraude, se averiguó que la provincia de Salta habia hecho gruesos pedidos de mercaderias, contando con un pagamento de servicios militares y civiles que el Gobernador Güemes habia comenzado á verificar de un modo fácil entre los acreedores y sus *Gauchos*. Esto dió mérito á que se le tuviese por adulterador de la moneda de plata menor de un fuerte; y la voz *moneda, ó plata de Güemes*, se hizo una manera proverbial en las calles, y entre la plebe, para designar toda cosa ó promesa de carácter falso.

Los perjuicios y las quejas de los damnificados fueron tan notorios que el Congreso no pudo prescindir de ocuparse seriamente del asunto; y despues de ventilarlo trasmitió así su resolucion al Supremo Director para que la cumpliese — «Habiéndose considerado detenidamen-

« te por el Soberano Congreso el espediente
« sobre la gravísima ocurrencia de haberse fal-
« sificado la moneda en la Provincia de Salta,
« y tratándose del remedio de tan escandaloso
« y criminal abuso, este Soberano cuerpo ha
« acordado en Sesion de ayer, que se apliquen
« las penas impuestas por el derecho comun
« á los falsos monederos, obrando V. E. con-
« forme al espíritu del art. 14, cap. 3, seccion
« 4ª del Reglamento Provisorio que rije ; y tam-
« bien se resuelve que no debe indemnizarse
« con fondos del Estado á los tenedores de
« la falsa moneda cualesquiera que ellos sean ;
« y que la que se recoja se les devuelva des-
« pues de inutilizada ». El Director Supremo puso el *cúmplase,* pero el *cúmplase* y la ley quedaron en letra muerta como era natural.

Con mejores informaciones se vió despues que esa alteracion se habia hecho en la *Casa de Amonedacion* de Potosí bajo la administracion española del Alto-perú, y que desde entonces viene la circulacion de lo que hasta ahora poco se llamaba *boliviano* en nuestros mercados.

Otro de los actos bien intencionados y dignos del deseo que tenia el gobierno de ser tenido por culto entre las naciones civilizadas, fué la estricta reglamentacion del Corso. Esta abominable práctica era aceptada entonces como una derivacion del antiguo filibusterismo, y como un medio de defensa de los débiles contra los fuer-

tes. La habian practicado con amplitud los franceses, los holandeses, los norte-americanos. Pero á medida que la cultura política iba tomando su vigoroso carácter comercial, se adelantaba en el conocimiento de los verdaderos intereses de todos, y el Corso iba apareciendo en su simple faz de autorizacion para robar, que solo interesaba á los forajidos del mar; pues la ruina de los cargamentos comerciales no disminuia ni aumentaba en parte alguna el poder de las naciones que se hacian la guerra. Sin adelantarse á la abolicion que se hizo despues de este bárbaro resto de los antiguos usos de la guerra, el gobierno del señor Pueyrredon lo restringió de tal manera por su conocido Decreto de 1818, y rodeó de tales dificultades y requisitos las solicitudes y los despachos con que podia expedirse la licencia, que á lo menos era una condenacion implícita de la cosa en si misma, por la forma con que se le restringia.

La calle actual *De las Artes*, debe mucho á la solicitud con que el gobierno de Pueyrredon fomentó todas las industrias relativas á la curtiembre de pieles, y trabajos de correaje. Todas las monturas que consumia la tropa, y los demás objetos del servicio militar se encargaban con preferencia al gremio de *Lomilleros*; que con este fomento dió una poderosa estension á sus talleres. Al rededor de ellos se amontonaron tambien las *platerias*, las herrerias, y los tejidos

que completaban *el apero* ó conjunto de piezas con que los campesinos y los militares ensillaban y enjaezaban sus caballos. Se trenzaban por allí de una manera preciosa cuerdas tejidas con fibras de cuero que parecían formadas y torneadas con el mas delicado hilo de Holanda. Y como esa calle era entonces una especie de cintura, que dividía la ciudad del predio y de la campaña, se habian localizado á su largo todas las industrias embrionarias y de interno consumo que fabricaba y que consumia el país; de manera que cuando el señor Rivadavia acordó en 1822 regularizar la nomenclatura de nuestras calles, no pudo ni debió hacer otra cosa que consagrar con su propio nombre el noble orígen y el opulento porvenir radicado en esa via, hoy central, que parece haber nacido predestinada para la riqueza y para el comercio.

FIN DEL SÉPTIMO VOLÚMEN

ADVERTENCIA

La necesidad de mantenernos en las dimensiones indispensables de este volúmen no nos ha permitido terminar en él la narracion del *Rompimiento*—la *Partida* y el *Regreso* del general San Martin. Pero lo haremos en los primeros Capítulos del próximo volúmen.

ÍNDICE DEL VOLÚMEN SÉPTIMO


REPÚBLICA DEL PARAGUAY
BIBLIOTECA BLAS GARAY

